

El beso de la finitud II

(Más ensayos de filosofancia en defensa del mundo)

Óscar Sánchez Vadillo

El beso de la finitud II

(Más ensayos de filosofancia en defensa del mundo)



Ilustraciones de Jaime González Galilea
y revisión crítica de Valentina Bouzada

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970/932720407.

© Copyright by
Óscar Sánchez Vadillo

Editorial Filosofía en la Calle
<https://www.filosofiaenlacalle.com/editorial>
filosofia.lacalle@gmail.com

ISBN: : 978-84-09-54573-5
Depósito Legal: AL 2580-2023

Ilustración de Jaime González Galilea, 2020

Maquetación:
german.balaguer@gmail.com

Por lo demás, diré que involuntariamente y conforme con mi naturaleza, siempre me mantuve en la segunda, pues consideré el mundo como un gran fenómeno infinitamente atrayente, que oculta en sí los más dulces contentamientos y que me pareció en alto grado valioso y digno de todos los empeños y fervores.

Thomas Mann, *Confesiones del estafador Félix Krull*

(...) Con un raro grito reunió bocalechosamente los entonces desunidos labios de él de ella cuando lengüisaboreando la dorada oportunidad de toda una vida veloz como cuero e chancho engrasado el campeón armoricano con un viril lance lingual empujó al mensajero de avanzada del amor a destellar más allá de la doble línea de ebúrneos delanteros defensores exactidisparados enmontón hacia el gol de su garguero.

James Joyce, *Finn's Hotel*

*En el infierno siempre estás enamorado
sin nada que amar.*

Charles Bukowski

Prólogo o prezaño.....	13
Pájaros en la ventana	15
Chesterton contra Nietzsche.....	18
La Ley Trans y el “Argumento por Libertad”	23
El huevo y la “aitía”	26
El videojuego de la “espiritualidad”	29
El Club de los Piratas Muertos	32
Con ocasión de la muerte del teólogo Hans Küng	35
De la metafísica como escalpelo.....	38
Nietzsche en Turín y el noble equino.....	40
Mercado de palabras o lenguaje/basura.....	45
Leonardo Sciascia, en su centenario	48
Ananké.....	52
“Cyrano de Bergerac” como manual de autoayuda	54
<i>Twenty years after</i> : del 11-S como sorpresa letal.....	57
El intrínquilis de la posverdad.....	60
De la “vida filosófica”	62
Bajo un fulgor albo y cuadrado.....	65
Lo marxiano frente a lo marxista	70
“Dune”: Lynch muy bien, Villeneuve mejor	72

Sir Richard Francis Burton y “el amor de los muchachos”	75
Las ridiculeces altamente filosóficas de Don José (Ortega y Gasset).....	79
“Heidfucker”: vida (sexual) de los filósofos ilustres	82
Voltaire, Rousseau y el volcán de La Palma	87
La Cumbre de Glasgow y el Intelectualismo Moral.....	90
Entrevista sobre la clonación.....	92
El porvenir de la humanidad recibe “un balón de hidrógeno”	95
El Escéptico Autodidacta.....	97
75 años de la vaporización de Hiroshima.....	99
“MetaZuckerberg”: el video promocional de Meta.....	102
Diatriba contra el Surrealismo	104
Simone Weil y el “dejar de ser”	107
Geist-Philosophie: Hegel y Marx en muy pocas palabras	109
La saga de “Alien” y los miedos de EEUU.....	114
Sala de embarque.....	116
Algunos clásicos de terror y la Alt-right mundial	124
Pragmatismo, informalmente... ..	127
Crítica de la Razón Pura.....	129
Las bombas saudíes y el Imperativo Categórico	132
Galileo encadenado	134
El mito del “buen salvaje” en el cine norteamericano reciente.....	137
Muchos algos versus una Nada... ..	140
Los enemigos de la Filosofía	143
Un futuro de muñecos vivientes: 40 años de <i>Blade Runner</i>	146
Nosotros, los marginales de las Humanidades, o de la misión de los (Un)happy Few... ..	148
¿”Neofukuyamismo”?	151
Por un Sueño no necesariamente Americano	156
Siglo XXI Cambalache	160
Telenihil	166
-A- Por otra Navidad... ..	169
La aristocracia de la belleza	172

Del materialismo como el penúltimo “-ismo”	175
20 años de Internet, ¿Ánima Mundi...?.....	178
La Amazonía en llamas y la “disciplina del Diluvio”	182
Nota sobre el sufrimiento de los animales (a propósito del tricentenario de Diderot)	185
Economía del consumo para filósofos y poetas (acerca de la propuesta de una cultura del trueque urbano)	188
<i>Anámnesis</i> : la teoría platónica del conocimiento, la salud y la pedagogía	191
Cuatro películas sobre el Apartheid norteamericano	194
¿360 Grados?.....	197
La Educación Telemática o la Foto del Fin del Mundo	200
Teoría del Suspense... ..	203
Platón, Aristóteles y Homero.....	205
Breve teoría (a propósito) de Borges	207
A la sombra de Hamlet (René Descartes, I)	211
El mundo nunca es suficiente (René Descartes, y II).....	213
La culpa de la culpa.....	216
¿O Revolución o Caída?	221
Leibniz y Europa	224
Fernando Savater y el <i>aurum non vulgi</i>	225
Philosophía Solarística.....	227
Herrar es humano	230
La Fiesta de las Olimpiadas.....	232
Del behaviorismo como ejemplo	234
El imperio de Newton	236
¡¡¡Profundísimo!!!: el debate en torno al Mundial de Qatar.....	239
Sobre el célebre filosofema “Todo vale” (<i>Anything goes...</i>)	241
El beso de la mortalidad	242
What Remains Of '68.....	244
A los 300 años de la muerte de Leibniz.....	246
“Joker”: un poco de esto, un poco de lo otro, nada en total... ..	249
Acerca de la banalidad del bien.....	251

420 años de la hoguera de Giordano Bruno.....	253
Dos sabios disjuntos “pasando a los más”	255
El “pin parental” y John Rawls... ..	258
Emanuele Severino en disputa con la Nada	263
Noticias de(sde) la <i>Noosfera</i>	265
TikTok o la escuela del trashumanismo	269
En defensa de Míster Hume	271
Comentario herético a “El Paraíso perdido” de Milton	274
Friedrich Engels, la grandeza del segundón... ..	277
Animula vagula blandula	279
(Me) Río de Heráclito	281
¿Dónde están los niños?.....	282
<i>Narciso y Goldmundo</i> : a los cincuenta años de la muerte de Russell	284
Sobre la imposible confusión entre las filosofías de Sartre y Heidegger.....	288
<i>Lycófrón, diario de clase</i> , Francisco J. Fernández.....	291
De la vida reproductiva	294
Una década sin Agustín García Calvo	296
Futuro Peirano	299
Bruno Latour, que estás en los cyborgs... ..	302
Por una religión de la tierra... ..	304
Blanco	306
Epílogo: chispita.....	309

Prólogo o prezaño

Ni me ha pedido este prólogo ni ha dejado de hacerlo, pero como a veces discutimos, sin que haya sido capaz casi nunca de convencerlo de nada, me tomo la libertad de hacer por él un ejercicio de introspección. Imitaré su desfachatez, sus sesgos, sus incomprensibles lealtades y la acidez de su humor.

No es mucho de arrepentirse, pero a veces lo ha hecho. Que yo recuerde, en tres ocasiones. La primera, cuando negó una piruleta a su hija, haciéndola sufrir innecesariamente por hacer caso estricto de la recomendación de todo un intelectual señor ministro acerca de la comida sana. La segunda, cuando incrementó el calentamiento global con una gloriosa ventosidad kilométrica con que satisfizo su gana de cachondeo etílico en vez de haberla controlado un poco. La tercera, cuando desoyó las sabias palabras de Mark Twain (¡Marca dos!, en las aguas del Misisipi) en torno a Jane Austen, pero es que tenía que demostrar su sensibilidad antimachirula, con la que internamente ha de luchar (suele vencer en las distancias cortas, como Brummel, no en las más largas). Bueno, tengo que añadir una cuarta, que es que una vez tachó una palabra y la substituyó por otra en vez de escribir todo seguido y de una vez, como siempre hace para desesperación de algún amigo con obsesiones ortotipográficas. Salvados estos casos, nada de qué arrepentirse (*Je ne regrette rien*, como cantaba Edith Piaf: la película no le hace justicia).

Por lo demás, suele tener razón y le basta con cuatro o cinco páginas para exponer los asuntos, aunque podría fácilmente escribir trescientas, pero es que tiene que hacerlo durante la siesta de los niños, antes de la merienda, y luego después de la cena, pues se recoge pronto (al protagonista de *El mundo según Garp* de John Irving le pasaba un poco lo mismo, pero en aquel caso para escribir una novela que no pudo sino titular *Demora* o *Tardanza*). Tal contingencia le lleva a no permitirse incurrir en las fruslerías inanes de los gabachos estructuralistas pre y post, así que bienvenida sea esta premura con que al menos no aumenta la tontería de sus alumnos, a los que quiere (y odia, pues le cuestan algunas pesadillas que espero que algún pedorro psicoanalista tenga a bien no analizar) desde su posición de profesor de valores éticos en la escuela pública.

Como es un filósofo, aunque de segunda división (¿pero no decía Platón en *Los rivales* que el filósofo había de ser de segundas?), diré que respeta a Aristóteles (sí, ya sé que era esclavista, pero al menos se enfrentó a Alejandro), a Kant (sí, ya sé que su puntualidad era odiosa, pero al menos no se le conoce indignidad alguna), a Heidegger (sí, ya sé que era nazi, pero se fue quitando como quien se aleja de acantilados de mármol) y a algunos más (sus simpatías hacia el pragmatismo americano no acabo de entenderlas). De hecho, reconoce que no hay mucho más que decir tras ellos, pero, como nunca se les hizo caso, podemos sin temor ni temblor volver a decir lo mismo. Como Bill Murray en *Atrapado en el tiempo* cabe seguir repitiéndose hasta que acertemos a dar con la secuencia correcta, aquella que incluya mayor cantidad de esencia en una mayor variedad, como decía Leibniz mientras rascaba el huevo de paloma que tenía en esa cabeza cubierta por barrocas pelucas. El caso es que si podemos perseguir esos bienes asintóticos (la sublime nariz de nuestra vicepresidenta nos indica el camino), habrá esperanza de que el mundo no se nos vaya por el desagüe, de que la sociedad no sea una jungla del asfalto y de que *the secret of success* no sea *faking sincerity*.

Presenta aquí casi cien artículos publicados en esas revistas de dios que andan a la busca de intelectualillos que no digan a grosso modo y no osen confundir infringir con infligir o apoquinar

con acoquinar. Creen sus editores que con eso basta, así que aprovecha tal relajación para decir lo que le viene en gana, para citar de cualquier manera (y si es por extenso, mejor) y cagarse en la madre que los parió de quien proceda. Ciertamente, hay una contradicción que a veces se le señala: tan compasivo con el mundo y tan poco con sus criaturas, sobre todo si son varones, blancos y heterosexuales. En su defensa diré que es el primero de la lista para esos desprecios. Curte lomos porque sabe lo que es curtírselos, porque sabe que ahí están los enemigos del mundo, los que despedazan infancias, malbaratan sueños y aniquilan lo que encuentran al paso. Cuando los tales son filósofos, se muestra inmisericorde. Sus fuerzas son pocas para luchar, pero muy específicas. No ha hecho más que leer, olvidándose a menudo de la vida, pero ha desarrollado un olfato que ventea las amenazas de las palabras detrás de las palabras. A ello se dedica, a detectarlas, a señalarlas, a hablar de ellas. Y he aquí la prueba.

José Patiño

Pájaros en la ventana

*Three Little birds
Each by my doorstep
Singing sweet songs
Of melodies pure and true*
Bob Marley

Me mudé hace más de un año, un caluroso y melancólico julio, pero no fue hasta diciembre que mis hijos me insistieron en comprar una pareja de periquitos en la tienda de mascotas más cercana. En realidad, ellos querían un hurón que se dejaba acariciar mientras se escurría como una anguila, pero no soy tan animalista como para sacar a pasear bichos exóticos que encima son más rápidos que yo. Los periquitos, en cambio, hacen barrio, en vez de hacer la pascua. Un hurón es cierto que hubiese gustado también a los niños de la zona, que hubiesen alucinado con él, pero el precio sería que se me escondiera por casa, durmiera conmigo con riesgo de aplastamiento y que dejara las provisiones echas un destrozo de migas y granos de arroz. Los pericos, sin embargo, se exhiben a sí mismos, les gusta ser observados, la gente que pasa les hace carantoñas y los niños pequeños se quedan ojipláticos durante un minuto sin que yo tenga que hacer el menor esfuerzo. Mi casa es un bajo que da directamente a la calle, como en los pueblos, así que la ventana principal queda justo a la altura de los ojos, y un periquito es azulado, tiene rayas como un tigre blanco y es hermoso de tamaño, mientras que el otro es más pequeño e íntegramente amarillo. Tienen lugar muchos debates frente a mi ventana acerca de si el segundo es, o no, un canario, pero lo que todo el mundo tiene claro es que al amarillo le toca ser la hembra y al de aspecto oriental el macho. No sólo porque la gente asigne sexos por tamaños, olvidándose -afortunadamente- de Romina y Al Bano, sino porque, según parece, el color de la nariz, justamente en el empeine del pico, determina el género. La gente sabe de estas cosas, y te las dice con mucho respeto para que no te avergüences de tu profunda ignorancia. Gracias a los pájaros me han adoptado, y muchos me dispensan sus consejos.

Un vecino, por ejemplo, que es grande, calvo y tatuado me advierte que no deje la puerta de la jaula del lado externo, que hay mucho desalmado suelto que los soltaría o metería la mano para hacerles Dios sabe qué. Otro me ha dejado en el alfeizar unos palitos de semillas con miel que le han sobrado de los suyos, que no son periquitos y no es bueno alimentarles con cosas que no son de su especie. Me los encontré un día al volver del trabajo y más tarde pasó por casa para explicármelo. Otra vecina mayor a la que sorprendí diciéndoles cositas cuando iba a cambiarles el agua me sorprendió ella más a mí al revelarme que alguna vez limpia la repisa de la ventana de plumas y alpiste porque la tengo hecha una porquería, y soy un Adán de la ornitología. De este estilo todo. Las madres se paran día tras día a hora fija en la ventana a enseñar a sus bebés los “pipis” -todas, pero todas, como si se hubiesen puesto de acuerdo, les llaman pipis-, y los cogen en brazos, para que no se pierdan detalle. Esos críos y crías que en cuestión de diez o doce años ya no les llamarán la atención más que los coches caros y la ropa de marca todavía son tan tiernos que se asombran con un par de pajarines, como si para eso sirviera haber nacido, para ver portentos increíbles del tamaño de mi mano. Ayuda mucho que mis pájaros son un amor

total. Nunca pían lo más mínimo hasta que me escuchan removerme y finalmente levantarme, y tampoco en cuanto apago la luz y me acuesto. Ni adiestrados lo harían mejor. Luego están absolutamente enamorados el uno del otro, cualquiera que sea su verdadero sexo, y se pasan las horas haciendo los tortolitos y dándose piquitos, nunca mejor dicho. Las pocas veces que les he sacado de la jaula, por aquello de la culpabilidad de que estuviesen siempre encerrados, me parece que no han disfrutado nada del garbeo, precisamente por sentirse perdidos y encima separados. Ignoro si todo amor monogámico tradicional es una jaula, pero este desde luego que lo es, a satisfacción de los dos interesados...

Si cruzo la calle en diagonal, como en Tokio, doy con un comercio chino de esos que abren 16 horas para venderte la comida más cutre que existe a un precio superior al de los supermercados. Lo lleva un chino muy majete, que ya es abuelo y con ese aspecto de hombre noble y sabio que abunda mucho por esas tierras. Tengo la impresión de que según salió del avión le metieron en ese tabuco a trabajar, donde está preso todos los días del año, que no hace excepción ni por la celebración del Año Nuevo Chino. Una vez le pregunté y, en efecto, no sabe lo que es la Puerta de Alcalá, mírala, mírala, mírala. Me está enseñando chino por entregas, a palabra la visita, pero como las pronuncio mal, a este paso no aprenderé más que diez y nadie me contratará de intérprete en la ONU. Los números son facilísimos, quiero decir el uno y el dos, luego ya el tres se complica. Pero no hay que cometer el error de saludar con una reverencia al entrar y al despedirse: parece que eso es cosa de los japoneses, y no sé si nos gustan o no los japoneses (a ese nivel de conversación no hemos llegado, sobre todo porque sabe el castellano justo para cobrar las mercaderías chungas). El hijo de este hombre, mi profesor de chino, regenta el bar de enfrente de mi casa. Tampoco cierra nunca, se ha puesto un falso nombre occidental y juega a las cartas y al dominó con los clientes. A los quince años le metieron en una escuela de artes marciales, así que alguna vez, aunque está algo fondón, se marca una patada aérea tras la barra. Los parroquianos del bar están encantados con él, siempre que se pueda hacer algún comentario crítico hacia la civilización china, y darle caña porque no sabe disfrutar de la vida. No es racismo ni xenofobia, es chovinismo español expansivo y cordial. Esos parroquianos se pasan el día entero en la puerta del bar, son como restos del naufragio laboral que beben cerveza de lata, fuman chustas miserables y ven los partidos de fútbol, sin conseguir nunca emborracharse del todo y hablando sin parar de Historia, les encanta la Historia de España. Por descontado, la mayoría tiene una interpretación muy facha de la desgracias de España, y echan de menos un poco cuando fuimos imperio, como si también ellos hubieran estado allí saqueando la plata y desvirgando indígenas. Como yo soy el profesor, se piensan que me conozco las proezas de Blas de Lezo y no sé quién más, pero en realidad no tengo ni idea, de manera que, para fastidiar un poco, sólo saco a colación Trafalgar y el heroísmo tullido de Nelson, ese jodido inglés.

Completan el cuadro un africano que hace guardia en la puerta de un garaje cantando para sí mismo canciones de allí y un pobre diablo que ocupa el poyete de una esquina tratando de dar conversación a todo el incauto que pasa. A este le gustaría ser el espíritu bondadoso del barrio, y a todo el mundo le desea un buen día (he observado que sólo la clase trabajadora desea a los demás un buen día) y toda clase de parabienes, pero luego tiene sus manías. A unos cuantos les tiene atravesados, y les insulta, y a unas cuantas se pasa de piroppearlas, que el hombre no es de piedra y desde luego lo ignora todo de dinámicas sociales de igualdad de género o micro-machismos cotidianos. Últimamente anda jorobado de lo suyo, me temo que se ha pasado una temporada en el psiquiátrico. Lo de que “anda” es un decir, ya casi ni puede caminar. El otro día tuve que llevarle hasta su portal, yo, que jamás ejerzo de humanitario, muchas horas antes de su hora de retiro habitual. Pero es orgulloso, él dice que se va a casa a ver el fútbol. Caray con el fútbol, es la nueva Iglesia Universal, y Florentino Pérez el Paparoma, como decía el Ivá. Hasta

tiene misioneros, el fútbol, que viajan al Tercer Mundo a engañar a los chavales con el señuelo del oro occidental y la vida loca... No soy yo de fútbol, además de que trabajo, y por eso no terminan de integrarme en la peña del bar de enfrente, cosa de la que más bien me alegro, o mi sensibilidad pequeñoburguesa se sentiría herida por mezclarse con semejante quinta del paro, la nostalgia imperial y el botellín recalcitrante. Ya se sabe que los filósofos sólo nos juntamos con la gente normal, cuerda, más o menos maltrecha y asendereada -gran palabra- por la vida, para hacer antropología barata.

A todo esto mis pájaros continúan cantando. Viven del halago ajeno, se alimentan de él, como los cantantes humanos, y a veces pienso que podría dejarles varios días sin comer y sobrevivirían tan sólo metabolizando las monerías que les hacen. No lo hago, claro. Llevan en las patas unas arandelas identificativas que atestiguan quién es su dueño, por si alguna vez me da por putearlos. Con toda seguridad no servirían para nada, y yo quedaría impune, pero es un detalle que alguien se preocupe por eso y crea que se puede proteger a los animales domésticos en algo. Tenemos a los bichos de la Creación toda a nuestro servicio, esclavizados, cuando son nuestros compañeros, aquellos que nos van a preceder en el apocalipsis de la quiebra ecológica. Y hay quien ha propuesto conceder a algunas especies carta de ciudadanía (*Zóopolis*, errata naturae), e incluso reconocerles derechos, pero muchos intelectuales ilustres se lo toman a chacota. Como cantaba Lou Reed, *and animal life is low on the totem pole / with human life not worth much more than infected yeast*. Yo, hoy, me pongo de su lado, y de los tres pajarracos del temita de Bob Marley, dos los tengo expuestos en la ventana y el tercero -aunque nunca aprenderé a decirlo en chino- me pido serlo yo.

Chesterton contra Nietzsche

Majadero, a los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimidos que encuentran por los caminos van de aquella manera o están en aquella angustia por sus culpas o por sus desgracias; sólo le toca ayudarlos como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus bellaquerías.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*

El pensamiento de Friedrich Nietzsche se imparte en la asignatura de *Historia de la Filosofía* del Bachillerato español, y aunque sólo fuera por eso (y porque se asocia su nombre al “marketing” de la exaltación de la vida en cientos de citas sacadas de contexto en las redes sociales, y que realmente poco tienen que ver con él), se trata de un escritor mucho más conocido por el gran público que G.K. Chesterton, que fue su antítesis natural, el hombre con el que de verdad hubiera debido medirse y no con Sócrates, Jesucristo o Hegel, que están en otra onda, su tiempo fue distinto y además compiten en otra liga. Chesterton, en cambio, comparte mucho con Nietzsche, como el repudio del mundo moderno, un cierto romanticismo de la acción, su respectivo alejamiento del socialismo teórico y práctico, la actitud afirmativa de la existencia y casi-casi la misma época, aunque el inglés conoció los estragos de una guerra espantosa, conocida como la Primera Guerra Mundial, como el alemán jamás pudo imaginar. Sin embargo, los filósofos, incluso los profesores de Filosofía, se sienten por lo general muy cercanos a Nietzsche, como si Nietzsche fuese el ídolo inevitable del lector de filosofía actual -curiosamente, jamás se le aplica a él mismo su *Crepúsculo de los ídolos*, ni su “filosofar con el martillo”-, cuando lo cierto es que muchos textos de Nietzsche son conspicuamente repulsivos. No por su prosa, desde luego, que después de todo lo mismo da (aunque nunca faltará quien señale lo bien que escribía Nietzsche, a lo Derrida; el propio interesado decía haber aligerado y prestado alas al alemán como sólo Goethe o Heine pudieron haberlo hecho antes), sino por su aborrecible contenido, sin duda aristocratizante y sin duda prenazi. Frases del tenor de la siguiente... *La miseria del hombre que vive en condiciones difíciles debe ser aumentada para que un pequeño número de hombres olímpicos pueda acometer la creación de un mundo artístico...* deberían constar a justo merecimiento entre los primeros puestos de una historia de la infamia ideológica o libresca. Imbecilidades parecidas ya habían escrito Carlyle, Baudelaire o De Maistre antes que Nietzsche, como las escribirían después Jünger, Céline u Ortega y Gasset, pero no con tanta crueldad misantrópica, no con tanto ensañamiento discriminatorio, en mi opinión. ¿O es que puede haber nada peor que un párrafo como el que viene ahora, no indigno de Tamerlán, Adolf Hitler o Slovođan Milošević?:

El régimen de castas, la ley suprema, dominante, no es sino la sanción de un régimen natural, una legalidad natural de primer orden con la que no puede ningún antojo, ninguna “idea moderna” [...] La Naturaleza [sic!], no Manú, es la que separa a los hombres que dominan por su entendimiento, por la fuerza de los músculos o del carácter, de aquellos que no se distinguen por ninguna de estas cosas, de los mediocres; estos últimos constituyen el mayor número, los otros son la flor de la sociedad.

O, por no hacer más sangre, la peor de las perlas nietzscheanas, a mi juicio, a causa de la cual, y sólo por ella, el filósofo debiera ser desterrado de las aulas y ser sustituido por el mencio-

nado Hegel, sin ir más lejos, o por el mismo Chesterton (como ya traté de defender en <https://hyperbole.es/2014/04/el-otro-chesterton/>), una reflexión que es una mancha indeleble en su obra y que pertenece, no obstante, a su último libro publicado en vida, de modo que es difícil justificarlo en la inmadurez y los ardores juveniles del pensador:

*Los débiles y malogrados deben perecer; tal es el axioma capital de nuestro amor al hombre.
Y hasta se les debe ayudar a perecer (en El Anticristo).*

Y, en efecto, se les ha “ayudado” en numerosas ocasiones y aún se sigue haciendo, pero sin que nadie se haya atrevido en los últimos tiempos a proclamarlo tan abiertamente. No obstante, a los cultores de Nietzsche que en el mundo han sido -abundantes, y entre ellos no pocas firmas ilustres del s. XX- no les duelen prendas ni encuentran contradicción alguna en hablar por boca del gran filósofo y hacerse lenguas de su perspicacia al tiempo que se lamentan interminablemente por este sistema capitalista nuestro que arrincona a los compasivos y a los desfavorecidos. Pero apliquemos el método supremo de Nietzsche, es decir, la psicología entendida como auscultación de las maniobras de la Voluntad de Poder, a él mismo, ya que ese paso hacia la introspección no tuvo lugar en *Ecce homo*. Tenemos a un joven admirador de Wagner, enamorado de su mujer, Cósima, que es el catedrático de filología más joven de Alemania, del que Wagner hacía a menudo cierta chuffa (como cuando le sugería que el motivo de su mala vista era el abuso de la masturbación), alguien que exigía tanta grandeza de su maestro que finalmente no pudo soportar que el músico-Mesías no se tornase líder-Mesías y pasó primero a envidiarle y luego a odiarle. Un odio muy singular, por cierto, dado que seguía enjaulando una rabiosa veneración, de manera que no se dio el caso de que Nietzsche abandonase del todo su alta estimación hacia los grandes hombres en general, hacia los creadores o los dominadores, para detener por rechazo su atención en las cualidades del hombre corriente. Éste, el hombre común y corriente (y la mujer, claro, pero es que Nietzsche tenía que ser también misógino, como Schopenhauer), continuaba condenado sin juicio ni posibilidad de réplica en la distinguida y culta mente de Nietzsche, ocupado como estaba en otros pensamientos, los cuales se pueden recrear, o eso creo yo, parafraseando un apotegma de su propio *Así habló Zaratustra*: “si un verdadero Wagner existiese, ¿por qué no iba a ser ese Wagner yo mismo?”...

Y además... ¿no era aquel desprecio por la masa ignara y estúpidamente satisfecha de su inanidad también la actitud de partida del otro, del ya muerto, del filósofo por antonomasia para él del mundo moderno, de Arthur Schopenhauer? Claro que a éste igualmente había que superarle (*odi et amo* de nuevo), pero al menos marcaba una línea vital para Nietzsche: poco dotado para la música, Friedrich iba a ser filósofo como Schopenhauer, pero un genuino líder-Filósofo, ese líder que Wagner, el nacionalista antisemita, jamás llegó a ser. Se iba a enterar Richard de cómo se hacen de verdad las cosas. Entre tanto, todo aquel que fuese menos todavía que el criptocristiano Wagner era pura filfa. No obstante, personalmente Nietzsche era de trato tímido, bipolar, climatérico y de lágrima fácil. El *Zaratustra*, su obra magna, fue escrito poco después del enésimo rechazo de Lou-Andreas Salomé, y eso explica el núcleo más personal del libro -que es un gran libro y un libro sin duda producto del genio-, allí donde Nietzsche se confiesa más, al escribir que “el hombre que ama el peligro y el juego debe ser educado para la guerra; la mujer debe serlo para el descanso del guerrero” (*Erholung des Kriegers*). Por escrito nos crecemos todos, faltaría más, sobre todo si nadie nos lee, huérfanos y horros de crítica pública...

Pero lo cierto es que todas las razones que aporta Nietzsche contra el hombre corriente ya las conocen muy bien todos los hombres corrientes, sólo que no encuentran en ellas motivos de asco

ni de indignación como le sucedía a Nietzsche. Será porque a ellos los Wagner o los Schopenhauer del mundo les importan lo justo. Tú a una persona normal, sin más estudios que los necesarios para tirar *p' delante*, y que trabaje como un burro toda la semana, le invitas a tres copas en una taberna de barrio y te suelta lo mismo que Schopenhauer resumido en lenguaje coloquial pero sin llegar a la conclusión de la aniquilación del Yo ni monsergas parecidas. ¿Qué persona común no entiende perfectamente y a la primera la compleja acusación que va larvada bajo el epíteto de “amargado” (*amargao, que eres un amargao!*)? Sin embargo, Nietzsche cree haber encontrado en eso la panacea psicológica definitiva en contra precisamente del rebaño... El poeta romántico Novalis había escrito algo muy adecuado para lanzarle como objeción en su propio lenguaje a Nietzsche incluso antes de que éste naciera, y que decía así (citado en *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*, ensayo de Thomas Mann publicado en Alianza, pág. 121):

El ideal de la moralidad no tiene ningún competidor más peligroso que el ideal de la fortaleza suprema, de la vida más enérgica, cosa a la cual se ha dado también el nombre de “el ideal de la grandeza estética” (en el fondo, de manera muy acertada, pero, en cuanto a lo que se opina, de manera muy falsa). Ese ideal es el máximo del bárbaro y tiene, por desgracia, en estos tiempos de una cultura que se está embruteciendo, muchísimos seguidores entre los más debiluchos. Ese ideal convierte al hombre en un espíritu-animal, una amalgama cuya gracia brutal tiene precisamente una brutal fuerza de atracción para los debiluchos.

En su novela *La esfera y la cruz*, también Chesterton hace aparecer a un defensor teórico de la fuerza que escapa corriendo en cuanto le tienden una espada para que se arranque a luchar. Me pregunto cómo habría reaccionado Nietzsche, un hombre al que sus caseros de Turín tenían por un atildado erudito de excelentes modales, de haber sido retado a duelo, por ejemplo, como lo fue Alexandr Pushkin (duelos que estaban prohibidos desde la Contrarreforma, pero que siguieron clandestinamente vigentes hasta 1967, que se sepa). La fuerza está muy bien, todo el derecho asiste a la fuerza, según cierta intelectualidad romántica y conservadora, siempre que el librepensador no tenga que poner en juego su propio pellejo, demasiado valioso para el porvenir de la humanidad. El mismo Chesterton era un tipo bastante extravagante que, a diferencia de Nietzsche, caía bien a todo el mundo, tenía familia, era leído y era criticado, pero que llevaba un espadín en su bastón (y un par de pistolas de mecha bajo su capa, según cuentan) por si —obeso mórbido y miope como era: poco *Übermensch*, por tanto...- se daba el caso de defender el honor de una dama, batirse con un nihilista o desafiar a un dragón. Naturalmente que llevar espada y pistolas por las calles del Londres del s. XX era una bobada como la copa de un pino, pero me parece que las bobadas ya mencionadas y escritas por Nietzsche tiempo antes fueron a la postre mucho más peligrosas, como el tiempo y la historia confirmaron. Nietzsche sospechó siempre del sentimiento de culpa (además de tomar tales suspicacias de la *Ética* de Spinoza, pero sin citarla), pensaba que es la culpa la que hace a una persona o a una cultura resentida, y el *ressentiment* era para él el único adversario psicológico o “pasión triste” capaz de vencer a la *limpieza* y a la *pureza* —palabras suyas, altamente significativas como se ve— de la autorreferencialidad valorativa de la fuerza, fuerza más bruta o fuerza menos bruta, que en eso no se mete. Chesterton no estaba de acuerdo, Chesterton diría que sólo las almas nobles sienten culpabilidad y compasión, que no son más que formas de responsabilidad y de respeto hacia uno mismo y hacia los demás, mientras que son los volubles, ruines y sibilinos lo que gozan hasta de sus propias flaquezas y diabluras. Recuerdo un pasaje de *El niño perdido*, del escritor norteamericano Thomas Wolfe (editorial Periférica, pág. 38) donde se cuenta que “Grover sintió la culpa sobrecogedora y corrosiva que sienten todos los niños, todos los hombres buenos de la tierra desde el principio de los tiempos.

Incluso la rabia se había extinguido, ahogada bajo la voluminosa y corrosiva marea de la culpa”. Sólo el tirano, el sinvergüenza o el inconsciente sin remedio consiguen evitar siempre ese trastero sucio y lleno de telarañas de su yo más interior donde esconden la culpa bajo siete llaves, pero no la gente normal, no las personas de la calle, a las que suelen pesar enormemente los errores de su pasado, que aman a sus amigos y no a sus enemigos, como pedía absurdamente Nietzsche, a los que en ocasiones les gusta vivir peligrosamente, aunque no todo el rato, y que saben lo que es pasarse la vida cargando con la injusticia y la arbitrariedad de los poderosos. A gran distancia de esto, Chesterton, que es mucho menos famoso que Nietzsche, escribía cosas como estas, cosas que hasta un niño de once años podría comprender¹, y para las cuales no hay que convertir a nadie en “reposeo del guerrero” ni ayudarle piadosamente a “perecer” de una vez por todas...

Una extraña ley recorre la historia humana, y consiste en que los hombres siempre tienden a minusvalorar lo que les rodea, a minusvalorar su felicidad, a minusvalorarse a sí mismos. El gran pecado de la humanidad, el que la caída de Adán simboliza, es esta tendencia no a la soberbia, sino a una extraña y horrible humildad.

Este es el gran pecado, el pecado por el que el pez se olvida del mar, el buey se olvida del prado, el oficinista se olvida de la ciudad y cada hombre, al olvidar su propio entorno, en el sentido más completo y literal, se olvida a sí mismo. Este es el verdadero pecado de Adán, y se trata de un pecado espiritual. Es extraño que muchos hombres verdaderamente espirituales, como el general Gordon², se hayan pasado las horas especulando sobre la exacta ubicación del Jardín del Edén, pues lo más probable es que aún sigamos en el Edén. Sólo son nuestros ojos los que han cambiado.

Suele hablarse del pesimista como de un hombre en rebelión. Pero no es así. En primer lugar, porque hace falta cierta alegría para permanecer en rebelión. Y, en segundo lugar, porque el pesimismo apela al lado más débil de cada uno, y el pesimista, por tanto, regenta un negocio tan ruidoso como el de un tabernero.

La persona que verdaderamente está en rebelión es el optimista, el que por lo general vive y muere en un permanente esfuerzo tan desesperado y suicida como es el de convencer a los demás de lo buenos que son. Se ha demostrado más de un centenar de veces que, si verdaderamente queremos enfurecer incluso mortalmente a la gente, la mejor manera de hacerlo es decirles que todos son hijos de Dios. Conviene recordar que Jesucristo no fue crucificado por nada que dijera sobre Dios, sino por el cargo de haber dicho que un hombre podía derribar y reconstruir el Templo en tres días.

Todos los grandes revolucionarios, desde Isaías a Shelley, han sido optimistas. Se han indignado no ante la maldad de la existencia, sino ante la lentitud de los hombres en comprender su bondad. El profeta que es lapidado no es un alborotador ni un pendenciero. Es simplemente un amante rechazado. Sufre un no correspondido amor por todas las cosas en general.

Cada vez se hace más evidente, así pues, que el mundo se halla permanentemente amenazado de ser juzgado mal. Y que esta no es ninguna idea extravagante o mística puede comprobarse mediante ejemplos sencillos. Las dos palabras absolutamente básicas ‘bueno’ y ‘malo’, que describen dos sensaciones fundamentales e inexplicables, no son ni han sido nunca empleadas con propiedad. Nadie que lo haya experimentado alguna vez llama bueno a lo que es malo; en cambio, las cosas que son buenas son llamadas malas por el veredicto universal de la humanidad.

¹ Aunque únicamente fuera porque el Schopenhauer de Chesterton era Tomás de Aquino, y su Wagner George Bernard Shaw... Una definición de filosofía que también comprendería un niño de 11 años podría ser la siguiente, algo chestertoniana a su manera: los filósofos son aquellos que no se conforman con presenciar y acaso participar en la película de la vida, sino que aspiran también a asistir a los títulos de crédito y exigen que se les pase después el *making-of*...

² George Gordon, héroe y mártir británico de Jartum, cuya vida fue muy bien narrada por Lytton Strachey.

Pero permítaseme explicarme mejor. Ciertas cosas son malas por sí mismas, como el dolor, y nadie, ni siquiera un lunático, podría decir que un dolor de muelas es en sí mismo bueno; pero un cuchillo que corta mal y con dificultad es llamado un mal cuchillo, lo que desde luego no es cierto. Únicamente no es tan bueno como otros cuchillos a los que los hombres se han ido acostumbrando. Un cuchillo no es malo salvo en esas raras ocasiones en que es cuidadosa y científicamente introducido en nuestra espalda. El cuchillo más tosco y romo que alguna vez ha roto un lápiz en pedazos en lugar de afilarlo es bueno en la medida en que es un cuchillo. Habría parecido un milagro en la Edad de Piedra.

Lo que nosotros llamamos un mal cuchillo es simplemente un buen cuchillo no lo bastante bueno para nosotros; lo que llamamos un mal sombrero es simplemente un buen sombrero no lo bastante bueno para nosotros; lo que llamamos una mala civilización es una buena civilización no lo bastante buena para nosotros.

Decidimos llamar mala a la mayor parte de la historia de la humanidad no porque sea mala, sino porque nosotros somos mejores. Y esto es a todas luces un principio injusto. El marfil puede no ser tan blanco como la nieve, pero todo el continente Ártico no hace negro el marfil.

Ahora bien, me parece injusto que la humanidad se empeñe continuamente en llamar malas a todas esas cosas que han sido lo bastante buenas como para hacer que otras cosas sean mejores, en derribar siempre de una patada la misma escalera por la que acaba de subir.

Creo que el progreso debería ser algo más que un continuo parricidio, y es por eso que he buscado en los cubos de basura de la humanidad y he encontrado un tesoro en todos ellos. He descubierto que la humanidad no se dedica de manera circunstancial, sino eterna y sistemáticamente, a tirar oro a las alcantarillas y diamantes al mar. He descubierto que cada hombre está dispuesto a decir que la hoja verde del árbol es algo menos verde y la nieve de la Navidad algo menos blanca de lo que en realidad son.

Todo lo cual me ha llevado a pensar que el principal cometido del hombre, por humilde que sea, es la defensa. He llegado a la conclusión de que por encima de todo hace falta un acusado cuando los mundanos desprecian el mundo; que un abogado defensor no habría estado fuera de lugar en aquel terrible día en que el sol se oscureció sobre el Calvario y el Hombre fue rechazado por los hombres.

Gilbert Keith Chesterton, introducción a *El acusado* (1901, el año siguiente a la muerte de Friedrich Nietzsche) en editorial Espuela de Plata, 2012, versión de Victoria León.

La Ley Trans y el “Argumento por Libertad”

*Te besaré en la sombra, sin que mi cuerpo toque tu cuerpo.
(Correré las tinieblas, que no entre ni el olvido del cielo)
Que en la nada absoluta de todo, sólo exista, nuevo mundo, mi beso.
Juan Ramón Jiménez*

Recuerdo un momento en las novelas seguramente apócrifas de Carlos Castaneda en que el antropólogo hace a su mentor y *dealer* Don Juan una pregunta “de las de ir a pillar”. Como, según parece, ingiriendo la hierba del diablo uno siente que vuela a gran velocidad sobre las montañas (ojalá fuera cierto...), Castaneda, o su avatar, pregunta a Don Juan si el vuelo es de verdad o tan sólo imaginario. El viejo yaqui, astuto lector de Husserl, responde que cuál es la diferencia: la verdad, es, efectivamente, eso que puedes experimentar. Entonces el antropólogo “va a pillar” y le ataca por el flanco: si tras tomar la hierba del diablo yo me encadenase al tobillo una enorme bola de preso... ¿mi cuerpo quedaría en tierra mientras mi mente, o mi espíritu, vuela como un reactor de Aeroméxico? Don Juan, ni corto ni perezoso, replicaba en el acto que eso no comporta problema alguno, porque volarías como siempre sólo que arrastrando la bola tras de ti, como un cometa inverso -esto es mío...

Creo que lo mismo ocurre con la tontada del viejísimo argumento de lo contra-natura, que nos vamos a hartar de oír las próximas semanas o los próximos años en la católica España, ahora que se ha aprobado la autodeterminación de género, o sea, la conocida como Ley Trans. Naturalmente que decir que la biología es una construcción social es una necedad propia de divos de la Teoría de Género a los que no voy a nombrar aquí, porque me importan lo justo. Es claro que si una persona con cromosomas XY decide ser o ejercer el rol social de mujer eso no va de por sí a librarle de padecer prostatitis a partir de los cincuenta años. Así que creo que esa no es la cuestión, más aún, pienso que desvía la verdadera cuestión a un debate bizantino en el que nadie puede vencer, porque cada interlocutor va a rellenar a la pobre Natura del contenido que a él le venga en gana. De modo que el correcto entendimiento del asunto no pasa por ahí, pasa porque cualquiera puede comprobar que Natura ha dejado sitio para las conductas libres³, de modo que

³ No deseo meterme ahora muy a fondo en el interesantísimo debate entre el determinismo y el indeterminismo, que estaba ya zanjado y obsoleto en mi opinión gracias a la *Crítica de la Razón Práctica* hasta que en la actualidad ha sido resucitado por ciertos teóricos neoconservadores que no parecen haber leído a Kant (y, curiosamente, siendo liberales en lo político, niegan la libertad en lo metafísico, lo que le hace a uno pensar que la libertad no pertenece para ellos al individuo, como proclaman, sino al dinero...) A este nivel tan básico -libertad entendida como facultad individual, personal, íntima- Leibniz contestaba algo claro en *Nuevos ensayos sobre el Entendimiento humano*: los motivos, los condicionamientos, etc., “inclinan, pero no obligan”. Y es que en cualquier otro caso sería absurdo. En primer lugar, de no existir motivos y condicionamientos previos, elegir sería elegir en el vacío, como el proverbial asno de Buridán, o lo que es peor: la arbitrariedad absoluta del tirano. De modo que sin duda algo debe inclinar. Y, en segundo lugar, si tales motivos o condicionamientos previos no tuviesen lugar en una presunta última sede psíquica en la que reside eso que llamamos libertad, no se ve en qué sentido calificarlos de “motivos” o “condicionamientos”. ¿Motivos de qué? ¿Tiene una

no hay nada más *natural*, precisamente, que elegir el género en el que te sientas más cómodo. O sea, que el hecho de que se te enrabiete la próstata a avanzada edad no invalida en absoluto que te declares mujer, por ejemplo, como el hecho de que te declares masculino no invalida que prefieras cocinar y cuidar niños a trabajar fuera de casa. Ninguna de ambas posibilidades es contra-natura, porque esa libertad tiene lugar *dentro* de la naturaleza, como un espacio abierto inmanente a ella... ¿y dónde si no? ¿o es que seguimos creyendo en el alma trascendente de los cristianos?

Si algo fuese realmente contra-natura, sencillamente no podría ocurrir, como si tratas de volar desde una ventana sin parapente o disfrutar dos días seguidos de un banquete de setas venenosas. Los adalides de la Naturaleza como supuesta fuente de legalidad normativa vinculante que impide que ocurran cosas que sin embargo sí que ocurren, y con bastante frecuencia, deberían recordar que un tratamiento contra el cáncer impide que la enfermedad se desarrolle conforme a su evolución natural, o que un salto de agua se convierte en electricidad y ésta es capaz de evaporar la propia agua si la aplicas al fogón de una vitrocerámica, y un inmenso e interminable etcétera de situaciones que fueron conceptuadas como contra-natura hasta que un buen día vino alguien y las hizo enteramente homologables a la naturaleza. El argumento, por tanto, para defender la Ley Trans, no es un argumento “por Natura” (*kata physin*, decía Aristóteles), sino lo que yo denominaría un argumento “por libertad”⁴. Es decir, un adolescente, pongamos, quiere mutar de género, y hacerlo no requiere de más explicación que la que es requerida para que un adulto

tormenta de verano “motivos” o más bien “causas” (sin meternos ahora tampoco en el lío de la Física del Caos)? De manera que si queremos hablar sencillamente en un lenguaje que tenga sentido para la acción humana, que es inalienablemente teleológica, debemos admitir que los motivos y condicionamientos en último término no obligan, que siempre resta un resquicio de decisión, o toda moral y todo Derecho positivos serían aberrantes, que es algo que ni el propio Spinoza, ni Schopenhauer desde un punto de vista opuesto, ni tan siquiera el fatalismo mahometano en sus más delirantes sueños ha defendido. Porque, de defenderse algo así, seriamente, en una comunidad dada, ésta se autodestruiría, lo cual es una “decisión” que raras veces se ha tomado en la historia humana, hasta donde yo sé.

Otra cosa es que hasta la presunta libertad individual esté llena en realidad de los demás, del prójimo, cuyo concurso configura nuestros motivos y condicionamientos más potentes con diferencia (mucho más, creo, que la biología, la psicología, etc., y sobre esto también existen numerosos experimentos y estudios, como si nos hicieran falta...)

⁴ Insisto en que hablo de la libertad en sentido netamente coloquial o civil. Lo malo del determinismo no es sólo que se trata en realidad de una extrapolación ilegítima desde la Física (los estoicos o Laplace) o la Metafísica (Schopenhauer y Nietzsche) hacia la Ética, lo malo es que no sirve absolutamente para nada. Pongamos que sí, que somos tan vetustos que aplicamos la mecánica de Newton a la mente de Hume, esa “tabula rasa”. Aun así, nuestros códigos morales y jurídicos serían exactamente los mismos. Quiero decir que una sociedad tan loca como para admitir el fatalismo de la acción humana sería completamente invivible. Yo no podría poner notas a mis alumnos, Milósevic no acudiría al Tribunal Internacional de La Haya, nadie recibiría ningún premio Óscar, tendríamos que dejar campar a sus anchas a los asesinos en serie, etc., ya que si no hay reconocimiento social de la libertad, no hay cargos, no hay responsabilidad y tampoco mérito o demérito. De modo que Kant tenía razón, a mi juicio, al menos frente a Laplace y frente a su propio discípulo Schopenhauer, antes de tiempo. En el plano teórico, el dilema libertad/determinismo es irresoluble, constituye para Kant una antinomia de la razón. Pero en el plano práctico no hay duda ninguna: la idea nouménica de la libertad debe desde luego -porque la alternativa es sencillamente imposible- servir de base a los códigos éticos y jurídicos. Teniendo en cuenta, por cierto, que Kant no entiende la libertad como *liber arbitrio*, que es una concepción enteramente teológica (la disputa, por ejemplo, entre Martín Lutero y Erasmo de Rotterdam), puesto que no es más que aquella potencia del alma que desde el vacío opta entre el Bien y el Mal. Kant, en cambio, entiende libertad como libertad determinada, no vacía, y determinada por el acto de la voluntad que aplica o no el Imperativo Categórico. Quien no aplica el Imperativo no está eligiendo el Mal teológico -la desobediencia a Dios-, sino algo mucho más concreto y burgués: su interés privado. Para pensar todo esto, en cualquier caso, la consideración biológica o física poco tiene que ver. Comprendo que para los enfermos mentales sí, en ese caso especial las normas habituales quedan en suspenso, y por eso el único expediente del criminal desesperado es alegar locura, enajenación mental o consumo de drogas -lo cual a mi parecer debería ser un agravante-, etc. Pero para Slobodan Milósevic no. Y tampoco para, yo qué sé, Paganini. Sería absurdo retirar a Niccolò Paganini su reconocimiento de genio del violín bajo el pretexto de que ha nacido con los dedos más largos que yo o que no es mérito suyo su mejor coordinación psicomotriz...

cambie de domicilio. A la pregunta “¿por qué?” se podrían aducir muchos motivos, si el interrogado se aviene a ello, pero en último término la respuesta es “por libertad”, porque se me debe reconocer el derecho a ambas cosas, a cambiar de género y de domicilio, o también de profesión, por ejemplo. Puesto que ya no creemos en la sociedad estamental, al menos en apariencia, del mismo modo que predicamos la movilidad social, geográfica, económica o política no veo por qué tendríamos que obligar a ciertas personas a permanecer enclavadas en la anatomía en la que han nacido. Si se puede curar la ceguera de nacimiento por qué no suprimir la pilosidad de la barba para quien así lo desee. Lo primero es un mejoramiento, como dicen los genetistas, algo todavía dudoso desde el punto de vista de la Bioética, lo segundo un acto de libertad avalado por la tecnología y la ley, es decir, otra manera de decir *civilización*. De ahí Don Juan. Si alguien “va a pillar” señalando que una señora de 55 años que tiene problemas de próstata no es más que un señor disfrazado, es que no acepta que eso es lo que es, una señora con próstata, un fenómeno nuevo en el mundo pero tan humano como algo tan extraño a la madre naturaleza como ser jugador de fútbol o filósofo francés, al igual que volar encaja perfectamente con cargar con una bola de hierro atada al tobillo cuando te metes hierba del diablo. Pero seguro que alguien me dirá que he simplificado enormemente un problema de dimensiones cósmicas. Está en su derecho -es decir, *es libre* de hacerlo, es decir, es hasta *civilizado* que lo haga...

El huevo y la “aitía”

“¿Qué fue antes, el huevo o la gallina?” Esta pregunta, un poco para críos (y que inspiró un buen chiste gráfico: en la consulta del médico están aguardando un huevo y una gallina en la sala de espera; una voz desde el interior del despacho del doctor traspasa la puerta: “¡que entré el primero!” ...), puede ser contestada de un modo enteramente serio de dos formas posibles. La primera es mi favorita, la de una ya desgraciadamente olvidada -pero que está volviendo con la contribución de Lynn Margulis y el neolamarkismo...- estirpe aristotélica, que diría que la gallina está sin duda primero, aunque se trate de una prioridad lógica y ontológica y no temporal. Puesto que Aristóteles admitía, a diferencia de nosotros hoy, que la “causa final” es operativa y real sobre y ante todo entre las entidades naturales -en las fabricadas y en los fines de la praxis parece más claro, pero allí están Schopenhauer, el marxismo o el psicoanálisis para aguarnos la fiesta y ensombrecer las metas de nuestras decisiones como inconscientes; en este sentido son, no “filosofías de la sospecha”, como señaló Paul Ricoeur, sino “de la alienación”), entonces el huevo es algo que está ahí para convertirse en gallina, y no al revés. La esencia-gallina, o si se quiere la forma-gallina, llega a su plenitud cuando todas las potencias que estaban latentes en el huevo alcanzan su tope, y Aristóteles, desde luego, se sostiene sobre una metafísica de la presencia que entiende que lo des-oculto (ya se sabe: *alétheia*) es el fin último de lo oculto, es decir, de la *dýnamis*, lo cual es un modo de colocarse ante el mundo que hace difícil en principio un sistema económico como el capitalista, para el que siempre el platillo de la balanza en que gravita lo que *aún puede ser conseguido* es misteriosa y angustiosamente más pesado que aquel en que descansa lo que *ya ha sido conseguido*, es decir, bienes, estos sí, tangibles y contantes y sonantes. Es por eso, en mi opinión, que hoy triunfa considerablemente más la visión que inició la filosofía natural y política del s. XVII y que en la actualidad abandera, en su realce mediático y libresco, el biólogo evolucionista y best-seller mediático Richard Dawkins.

Para Dawkins, en efecto, el huevo es y debe ser considerado científicamente anterior a la eventual presencia de la gallina, dado que la gallina crecida no es más que el huésped que colabora a la supervivencia del genoma gallináceo en su viaje temporal hacia la Nada, exactamente igual que la élite adinerada de Occidente acumula una enorme cantidad de rentas con el único fin de cedérselas a sus alocados hijos, y los demás que revienten. Es decir, que para el viejo Aristóteles (otro más nuevo, Onassis, estaría más del otro lado), lo que fue antes es la gallina, causa formal, final y perfección última del huevo, mientras que para el mundo moderno lo que fue antes es el huevo, aunque nadie sabría decir bien para qué, ya que todo “para qué” ha sido eliminado del planteamiento epistémico y ético del saber. Mala suerte para las gallinas, mala suerte también para nosotros, que no somos más que correas de transmisión del “gen egoísta”, y mala suerte sobre todo para el mundo social, cuya trama ya no puede estar tejida conforme a la “felicidad del mayor número”, como decían los utilitaristas, porque los genes son egoístas, sí, pero ni mucho ni poco felices (se diría en todo caso que son desgraciados, visto que están sometidos a una competición absurda que ni siquiera ofrece un premio al final). Tal como yo lo veo, pues, un mundo cada vez más regido únicamente por la “causa eficiente” es bastante más rico en fuerza bruta de producción y consumo, pero considerablemente más uniforme e inhumano que cuando contábamos con las cuatro causas aristotélicas, pero esto es algo que la Ciencia jamás va a reconocer...

La cuestión de la causa, de la “aitía” helena, es, sin sombra de duda, la clave de bóveda de la ciencia y filosofía occidentales. Las transformaciones más decisivas y bruscas de nuestra tradición han tenido lugar en torno a la comprensión del concepto de causa, si se mira bien. Fue el entendimiento de la causa lo que separó a Aristóteles de Platón, produciendo el cisma filosófico más recurrente de nuestra historia, puesto que al discípulo le resultó finalmente intragable que lo inteligible pueda *producir* lo sensible, y de ahí que acertase a poner la producción, el automovimiento, en el seno mismo de lo natural inmanente. Algo semejante se puede decir respecto de Descartes y Hume, la impugnación más archifamosa del concepto de causa. Aquí, lo que Hume argumentó fue sencillamente que si la filosofía tiene ahora su punto de arranque y fundamento en la conciencia subjetiva, entonces Descartes nos toma el pelo al tratar de convencernos de que, en todo caso, el Yo porta huellas o rastros de conceptos que no son, o que proceden del exterior de, el Yo, lo cual es una manifiesta contradicción por no decir un juego de manos digno de un prestidigitador de tercera –si son conceptos, René, habíamos quedado, acuérdate, en que por “concepto” hablábamos de lo *concebido* por el cogito, así que dime cómo pueden venir de fuera o fundamentar al propio fundamento. Menos mal que Tomás de Aquino y muchos otros eran ya pasto de los gusanos hace mucho tiempo, porque si no el clamor por tan especiosas lucubraciones hubiera llegado al mismísimo Cielo... (hay otro chiste gráfico, esta vez dedicado a Hume: una criada suya con una barriga bien prominente le reprocha al filósofo que cómo tiene la desfachatez que alegar que ese “efecto” en su vientre no tiene por qué tener conexión necesaria alguna con la “causa” que quizá lo engendró...)

Kant, en cambio, hubiera ameritado un mayor respeto por parte de Aristóteles o Tomás. El par “causa-efecto” existe porque sin él sencillamente toda certeza científica sería imposible, y es un hecho que la ciencia no es una quimera, puesto que Isaac Newton y otros han realizados adelantos asombrosos. Kant lo plantea todo de modo magistral, pero es difícil disimular el carácter voluntarista de su sistema. De hecho, el propio Kant confiesa que la Razón Práctica es prioritaria, y Fichte ya no se corta y da el paso siguiente: en efecto, hay ciencia, *Wissenschaftslehre*, porque el sujeto se autopone en la acción. Más claro el agua. El tercer momento histórico en que el concepto de causa puso patas arriba el pensamiento fue valiéndose, por así decirlo, del tándem Hegel/Marx. No otra cosa es la inversión de la dialéctica hegeliana de las que los marxistas tantas lenguas se han hecho, en nombre sobre todo de Louis Althusser, que en mi opinión hizo un flaco favor a la hermenéutica filosófica. Porque si dices que en lo que se equivocó el gran Hegel es en que es la producción material la que *causa* la producción inteligible, y no al revés, entonces lo que obtienes es sustituir la *arché* detenida por el Estado moderno por la Revolución, y con eso, nada más y nada menos, efectivamente colocas en la cabeza lo que antes estaba en los pies... La lección que todo esto ofrece es que hoy ya hemos accedido a la conciencia de que todo proceso, natural o social, es multifactorial, de manera que establecer un delimitado cuadro de causas no sólo es insultantemente reduccionista, sino que además hiede bastante a ideología en el estricto sentido marxista.

¿Cómo debemos pensar, entonces, si incluso el enlace “causa-efecto”, que es tan básico para el discurso racional como el principio de contradicción, se torna un problema? Yo creo que lo que hay que hacer es admitir que no podemos poseer una explicación completa de nada, pero que eso no paraliza al saber. Porque siempre se puede ser honesto y confesar que cuando se busca una explicación de hechos naturales⁵ o sociales (y si esta distinción sigue vigente fuera del esquema de *El conflicto de la facultades*, como aducía Kant...), lo que se está haciendo es querer satisfacer

⁵ Por cierto, no sé si nadie se ha dado cuenta de que la tan aclamada Teoría del Bing-Bang, que no por casualidad propuso un cura, o es teológica Causa Sui, o es el supersticioso retorno de la criticada generación espontánea...

un interés, del tipo que sea, y por tanto colmar un *télos*. Ni Dios mismo podría conocer todas las causas de un fenómeno, pero lo que sí podemos es fijar una posible línea teórica de acción de acuerdo con un fin determinado, sin que ello cierre o prohíba o haga ridículas otras investigaciones posibles. O dicho de otra manera: que volvemos a la gallina, que el huevo es un prodigio de volumetría biológica pero viene después, desde un punto de vista no cronológico, diga lo que diga el viejo o nuevo evolucionismo. “¿Qué fue antes, el huevo o la gallina?”, preguntan aquellos que se percatan de lo arduo que es dar razón hasta del más insignificante de los hechos. Pues lo que fue antes, en pureza, y si yo no me equivoco, no es ni una cosa ni otra. Lo que siempre *está antes* es la *aitía*, la categoría de causalidad, de la que echamos mano cuando necesitamos algo que no puede ser obtenido por medios meramente prácticos, instrumentales o manuales.

El videojuego de la “espiritualidad”

“Pasábamos por dificultades insólitas y algunos nos recetaron aspirinas”, este podría ser un aforismo de El Roto y esta fue también la impresión que me dio la entrevista a dos voces publicada ayer en El País que tuvo lugar, si es que no se hizo con tiempo y por escrito, con dos eminentes... eminencias (el uno teólogo, dice, y el otro lector de sanscrito): <https://elpais.com/babelia/2021-02-05/el-triunfo-de-la-filosofia-del-espiritu.html>. El objetivo manifiesto era vender el último libro de uno de ellos, el bendecido con ese cabello níveo que expresa sin duda su gran serenidad y su bondad, pero el periodista había preferido disimular ese hecho comercial para hacer creer al lector que el pensamiento occidental entra por fin en la Era de Aquarius. No tuvimos bastante, según parece, con Herbert Marcuse disertando en California acerca de *Eros y civilización* entre la muchachada pluridimensional, ni con Luís Racionero en España ilustrándonos con una cachimba acerca de *Las filosofías del underground*, o con las más recientes invocaciones psuedoheideggerianas al *Homo Sacer* del italiano Giorgio Agamben, no, queremos más. Y eso que queremos parecen ser puertas de atrás para poder poner tierra de por medio y que se las arreglen nuestros hijos como buenamente puedan. La propuesta de estos señores consiste, si no lo he entendido mal, en que dentro de unos años, mientras nuestros cachorros buscan empleo, luchan con los algoritmos que les constreñirán como en el cuentecito aquel de Cortázar en que un tipo se ahogaba al quitarse un jersey, deciden entre un amplio espectro de opciones sexuales y de género, salen a manifestarse a las calles a favor de las energías renovables e intentan distinguir como hipermétropes digitales en sus numerosas y oligofrénicas redes sociales entre un bulo emocionante y otro inquietante, nosotros vamos a dedicarnos a la meditación, como Yuval Noah Harari entre un bestseller y el siguiente. Cuando todo da lo mismo, por qué no abrazar el budismo. El budismo es, como la religión egipcia, un evidente culto a la muerte y a la pasividad, pero a estos dos insignes intelectuales hispánicos, como han leído a Raimon Panikkar, este aserto les parecerá -además de un plagio de Javier Krahe-, un despropósito y una muestra de ignorancia. No por nada ellos comenzaron sus respectivas carreras leyendo *El tercer ojo* de Lobsang Rampa (“rampa hacia el cielo”, que cantaban los Zeppelin), sin verle el chiste fácil a la cosa que sí que le encontraban el resto de sus compañeros de estudios. Lo malo del tal Rampa no es que fuera o no un falso gurú, lo malo es que de verdad tuviera abierta en algún sitio una consulta de proctología...

¿Y cómo se pueden hacer estudios de Filosofía y sin embargo seriamente, de corazón, afirmar que Kant es una suerte de “cerrado mecanicista” (no os preocupéis, ellos tampoco saben lo que han querido decir), y que uno prefiere arrimarse a la técnica de oración del *hesicasismo* de la Edad Media, una corriente de la Iglesia Ortodoxa de la que no ya se acuerda ni Dios, nunca mejor dicho? Pues muy fácil, es el mismo tipo de ardid -de nuevo huir por la puerta de atrás- que usan esos tipos que abundan ahora en la red desde la cuarentena del pasado marzo y que te aseguran que con un ordenador y un móvil vas a ganar diez mil euros al día desde un resort en Malibú sin necesidad alguna de matricularte en una carrera, aprender idiomas o redactar currículums -ya sé que está mal usado el latinajo, pero es lo que hay-, esas fatigosas trampas formativas para los pringados. De modo enteramente gratuito (sic), ellos van a compartir generosamente lo que han aprendido acerca del comercio digital -es decir, nada menos que poner banners de publicidad en páginas de otros durante 24 horas al día-, que es el gran negocio del futuro cibernético si sabes bien dónde excavar (asombroso: ¡cuatro espabilados nos están vendiendo otra vez la Fiebre el Oro

del Yukón!...), engañando a miles de pardillos como tú. Al menos nuestros dos ilustres entrevistados venden una mercancía venerable, previamente gentrificada y recortada por ellos mismos para uso de los atribulados y perplejos de hoy, en plan *Reader's digest* de la sabiduría. Leer a Kant (que escribió además aquella diatriba contra los psicofantes, *Sueños de un visionario*) es un rollazo insufrible, ya lo dijeron Alaska y Mario, eso requiere del Cuarto Ojo, el ojo del entendimiento, así que mejor adentrémonos en la misteriosa filosofía *samkhya*, que, no se asuste, señora marquesa, es muy sencilla, yo se la explico en una tarde con una infusión de te con menta por delante...

No obstante, no se crea que esto es un retroceso a Madame Blavatsky o incluso a Meher Baba, el cantamañanas (charlatán no, porque no hablaba, no como estos dos, que no paran de perorar acerca del silencio...) que embaucó a tantas estrellas del rock, y al que debemos ese lema tan emblemático de la tontería global que dice *Don't worry, be happy*. Al contrario, tal exhortación al recogimiento, al vaciarse para llenarse -también las cosas están vacías, dice uno de los sabios entrevistados, poco antes de probar a meter los dedos en los agujeros de un enchufe...-, al sincretismo cultural y a la compasión universal pero siempre desde la necesaria distancia de la ironía lo encuentro yo en la actualidad completamente reflejado en la industria de los videojuegos, una de las más boyantes del planeta. El *gaming*, he aquí la espiritualidad del presente. Si estás estresado, la vida te confunde, alguna vez votaste al PP o te ha abandonado tu móvil -para cuándo una aplicación para poder besarse con lengua con tu móvil-, enciendes la videoconsola y una paz interior semejante al Nirvana te invade. Como riman en TikTok, "viva el orden, viva el rey, viva el mando de la Play". No es una paz, es cierto, quietecita e inerte, como les gusta a nuestros intelectuales de vanguardia, porque se grita, se suda, se sufre y hasta se ama, como en el *Striking Viper* de *Black Mirror*. Pero obtienes apartamiento del mundo y desnudez del alma, borrar enteramente las preocupaciones del día para encontrarte contigo mismo, renegar con un ademán del ruido mundano para dejarte penetrar de una pura percepción interior. Podéis esperar comunidad en el silencio de los gamers, esos nunca usarán de la palabra para protestar excepto si les suben el precio de una "skin". El propio *Fornite*, la Más Alta de las Experiencias Místicas, te absorbe en su mundo virtual sin resto alguno, y ya no existen para ti el Mal, ni la política, ni la ecología, ni tu familia ni más forma de muerte que una especie de dron ultramoderno que chupa tu luz, confirmando así que eras un *ser de luz* y que te reconfigurarás en el siguiente evento. El *Fornite* es, en efecto, sincrético, mezclando mitologías y franquicias en una visión holística común, ramas todas de un mismo poderoso árbol que hunde sus raíces en el Ser y eleva su copa hacia la Nada: personajes Marvel, DC, Depredador, Mandalorian, youtubers famosos y un largo etcétera de religiones contemporáneas, efectivas, con decenas de millones de seguidores entusiastas. Como apunta Arnau en el artículo de ayer: "Para mí la clave de la meditación no es tanto cerrar los ojos como abrirlos"...

Y todo esto está muy bien, es estupendo y maravilloso y devuelve efectivamente una dimensión de lo numinoso a nuestras vidas por cortesía de la Sony o de la Nintendo, pero de lo que ya no estoy tan seguro es de que sea filosofía propiamente dicha. En *Fedón*, Platón pone en boca de Sócrates que una vez estuvo interesado en la composición de los astros y todo lo que está más allá de la experiencia vulgar a la manera de Anaxágoras y compañía, pero que luego, en una "segunda singladura", se dio cuenta de que aquellas materias son vanas si uno no se preocupa primero por la promoción de lo bello, lo bueno y lo justo en su ciudad. Esa preocupación se compadece mal con el recogimiento, la planitud interior y mucho menos con el silencio, por eso Sócrates salía desde temprano a la calle todos los días a dar la vara a sus compatriotas. Así que no sé si es del todo cierto que el videojuego de la espiritualidad, o la espiritualidad de los videojuegos, que es prácticamente lo mismo, constituyan realmente el nuevo territorio del pensamiento del futuro, por muchísimos *followers* que tengan, sobre todo mientras pesen sobre la humanidad

tantas nuevas incertidumbres y tan enormemente decisivas que lo que menos necesitan es que nos desentendamos de ellas a canje de dar vivas al espíritu, al rey y al mando de la Play. Pero que no se diga, ¡ea!, que soy yo un materialista que sólo aprecia una larga espalda de mujer y una paella con sangría entre amigos -nuestros gurús hablaban también del *fagos*: “¡al Principio fue el Fagos!”⁶... En realidad, también yo tengo mi facetilla espiritual, como la tenían sobradamente Sócrates y Kant, y me postro de hinojos ante la divinidad, al tiempo que trepo sobre las ramas de ese Yggdrasil que conduce del Ser a la Nada o a la inversa, pero sólo en los términos en que lo canta el poeta en *El libro de horas*:

*El tiempo es como un borde marchitado
en una hoja de una haya.
Es el ropaje deslumbrante
que Dios ha desechado,
cuando Él, que siempre fue profundidad
se cansó de volar
y ante los años, todos, se escondió,
hasta que su cabello, que era como raíces,
entre todas las cosas se extendió.*

⁶ So el espíritu, en este mundo corpóreo y crudo todo consiste en comer y ser comido. Los animales no hacen otra cosa, comerse los unos a los otros. La noche llega y engulle la luz del día, la plantas rechupetea la luz del sol, un cachorro crece y absorbe porciones de su entorno, un idioma es un sistema digestivo común, la revolución devora a sus propios hijos, el sexo está hecho de mordisquitos, de envulvar y de hacer desaparecer en cuevas partes salientes del otro, hasta el conocimiento no es más que echarse un libro, una clase, una práctica entre pecho y espalda... En el fin del mundo Dios volverá a ingerir todo aquello que había evacuado antes, al inicio...

El Club de los Piratas Muertos

*Bajo el inmenso y estrellado cielo,
cavad mi fosa y dejadme yacer.
Alegre he vivido y alegre muero,
pero al caer quiero haceros un ruego.
Que pongáis sobre mi tumba este verso:
"Aquí yace donde quiso yacer;
de vuelta del mar está el marinero,
de vuelta del monte está el cazador".*
Epitafio de R.L. Stevenson

En mi tontuela opinión, la principal causa de discrepancia entre los hombres reside en la intuición que cada uno tiene del temperamento humano. Unos entienden que el prójimo está compuesto de una turba de pícaros desvergonzados, a los que o bien hay que sumarse o bien poner coto, y otros entendemos que el prójimo está compuesto de una selecta multitud de personas amables, a las que hay que tratar con reverencia y dignidad. Antes de cualquier opción política está en juego esta elección puramente sentimental o empírica, y ambas conocen formas de radicalidad según las cuales para los primeros los pícaros dejan de ser mínimamente simpáticos para ser tus adversarios sexuales, ideológicos o de negocios a batir y para los segundos las personas amables lo son tanto que no saben defenderse solas y cabe matar por su conservación. Tal como yo lo veo, esos extremos jamás se podrán evitar, y lo más que podemos hacer es reservar una especie de contenedor de basura social para que ambas tendencias tengan su sumidero particular, a la vista de todos pero apartado también de la vida diaria y real de todos. Los piratas, claro, los piratas históricos, de carne y hueso, los que se narran en las crónicas de Daniel Defoe -que los tenía bien cerca- o de Philip Gosse -que los estudió de lejos-, eran más bien de esa clase de talantes que viven convencidos de que todos somos unos golfos, y que al menos ellos son los únicos consecuentes. España, que es un país (o un estado de ánimo subtropical) feraz en excelente rock, muy buena poesía y conspicuos corruptos, está situada un poco entre una y otra visión, y por eso nos agrada tanto conovernos por las desgracias de las pobres víctimas del Sistema como aplaudir a individualidades destacadas como el Dioni, el Lute o el Comisario Villarejo, y así nos va. De hecho, en tiempos del pirata Francis Drake, tan odiado en nuestra tierra, tan vilipendiado como característico de las tretas y malas mañas de la pérfida Albión disfrazadas de caballerosidad y título de Sir, mucha envidia fea es lo que había detrás de tanto vituperio español. ¿Qué sería, pues, España? Una Francia grosera, una Inglaterra perezosa...

Sin embargo, y pese a Lord Byron, sólo en España se esculpió *La canción del pirata* más sonora e internacional de todos los tiempos, gracias a la mano maestra de Espronceda: *¡Con diez cañones por banda / viento en popa a toda vela!* etc., etc. Unos versos enérgicos, desafiantes, románticos, como corresponde al espíritu individualista y ácrata de la vieja piratería. Por lo que cuentan Defoe y Gosse, los piratas clásicos, los grandes estandartes de la piratería, no se parecían lo más mínimo a la interpretación noble y elevada que hace de ellos Joseph Conrad en su novela homónima (*El pirata*, buenisísima, la última suya, pero completamente ayuna de intención realista o de retrato verídico). Se parecen más bien, si acaso, a Al Capone y los mafiosos de aquellos años del Estados

Unidos de la prohibición: tipos violentos, garrulos, ignorantes, con aspecto de pueblerinos, más bestias que un arado y analfabetos como ellos mismos. No importa: al igual que imaginamos a Capone con el rictus de De Niro, imaginamos a los piratas del Caribe con la ambigüedad sexual de Jack Sparrow o con la sofisticación del Capitán Flint en la serie *Black Sails* -o, cómo no, con el morro y la habilidad social de Long John Silver en *La isla del tesoro* de Stevenson, el libro de libros, el único heredero moderno de Homero y Ariosto. El Sandokán de Salgari no nos vale, porque aunque Salgari fuera tan escritor de folletín -yo lo he leído, y es Serie B total-, Sandokán es un pirata enamorado, y eso no puede ser. Es cierto que está enamorado con toda su bravura salvaje, pero no nos vale. Es como si lo hubieran concebido la calenturientas cabeza de J.J. Rousseau y el Vizconde de Chateaubriand: un “mal salvaje” que en el fondo sí es “buen salvaje” porque actúa por amor con el trasfondo natural indómito de Malasia. Muy buena idea para vender libros, pero no para hacer antropología verificable del espécimen humano...

En realidad, en la famosa Isla de la Tortuga (que se sitúa frente a las costas de Haití, y que resplandece rodeada de islotes, lo que hace que, a veces, sea mencionada en plural como Las Tortugas...) los bucaneros tuvieron una base y plataforma sin fronteras nacionales durante los siglos XVII y XVIII. Tales piratas, sucios, brutos y desharrapados, formaban una asociación llamada Cofradía de los Hermanos de la Costa -*El Hermano de la Costa* es el verdadero título de la novela de Conrad, si no recuerdo mal. No se conoce el preciso origen de esta Cofradía, pero se sabe que llegó a elaborar una suerte de Constitución que regiría sus vidas, más acá del anarquismo decimonónico, o para demostrar que hasta el anarquismo decimonónico precisaría algo más que pactos y buena voluntad para trabar relaciones sociales útiles para todos, habida cuenta de que el material humano con el que cuentas son asesinos depredadores y no una prole de clones educados de Herr Immanuel Kant -porque Kant, en efecto, es el fautor involuntario del anarquismo, en tanto que el anarquismo pone la moral como fundamento de la convivencia, si es que ésta tiene lugar...⁷ Y esa paradójica Constitución de los Renegados resulta que la conocemos, y que decía así:

-«Ni prejuicios de nacionalidad ni de religión». En este punto la coincidencia es general. Convivían perfectamente católicos con protestantes e ingleses con franceses. Se privilegiaba la individualidad antes que ningún otro factor. Las guerras europeas y sus odios no llegaban a la Isla Tortuga. No hay países, hay hermanos, pero cabe destacar que existían diferencias lingüísticas que separaban a unos de otros.

-«No existe la propiedad individual». Entendiéndose por esto la propiedad de un determinado terreno. Quiere decirse en concreto que la Isla de la Tortuga, donde todo barco recalaba para descansar (descansar significaba también, naturalmente, juerga y orgía desenfrenadas: *iron, ron, ron, la botella del ron!*) y aprovisionarse, es de todos y para todos. Los barcos de la Cofradía no tenían un propietario fijo.

-«La Cofradía no tiene injerencia en la libertad de cada cual». O sea, que en la Isla no habría impuestos ni imposiciones de trabajos forzados ni Código Penal. Cualquier problema entre hermanos debía solucionarse solamente entre ellos. La participación en travesías es completamente voluntaria y no existía obligación alguna cuando llegase la hora de componer tripulaciones o armar un ejército.

-«Si un cofrade abandona la sociedad, jamás será perseguido». Esta ley, asombrosa, permitía libertad absoluta para abandonar la Cofradía en cuanto su integrante lo decidiera o, lo que es más sorprendente aún, volver a formar parte de ella más tarde así lo deseaba. Es decir, sin malos rollos...

⁷ No es casualidad, por cierto, que fuese también Conrad quien escribiese *El agente secreto*, una novela tremenda, absorbente, que tiene ese mismo problema como tema: ¿qué hacemos cuando el sujeto moral kantiano pone bombas?...

(Los nombres más conocidos de esta época dorada de las piratería son los de Agrammont, Pierre Legrand, Henry Morgan -sobre el cual John Steinbeck escribió *La taza de oro*, que es una novela extraña, parecida al *Scarface* de Pacino, pero que no está mal-, El Olonés, Rock el Brasileño, Bartholomew Roberts y Edward Low, y las fuentes de estas peculiares reglas los fascinantes y meticulosos estudios *Utopías Piratas* de Hakim Bey y *Los Hermanos de la Costa - Piratería Libertaria en El Caribe* de Bernardo Fuster).

Lo cual nos lleva a la pregunta final, la realmente importante: ¿qué es un pirata?... Pues un pirata es, me parece a mí, todo aquel que no está dispuesto a trabajar, ni por autoabastecerse a sí o a su familia ni menos aún a cambio de un salario o de un puesto de relumbrón. Que trabajen los demás, y el pirata ya se encargará de arrebatarle el fruto de su esfuerzo de años en media hora de coraje y de rebanar gajates. Un pirata es, pues, un parásito declarado, alguien congénitamente incapaz de respetar el Contrato Social o el Imperativo Categórico. La sociedad estatuida, a la que rapiña y asalta ocasionalmente para poder pegarse una buena fiesta -el pirata no deja tras de sí propiedad, ni testamento, ni inversiones, ni recuerdos ni nada-, le tiene por un condenado, no sólo jurídica sino también religiosamente hablando. Cuando se le ahorque, irá directo al Infierno. De hecho, la Isla de la Tortuga era ya el Infierno en la Tierra a los ojos de los estirados ejércitos imperiales que trataban de parar los pies a esas hordas de vividores armados que conformaban la piratería. A día de hoy, la piratería residual está poblada de gente depauperada y desesperada, como los piratas somalíes. Pero en época histórica, los bucaneros (este nombre se debe a la carne ahumada que devoraban) no estaban en absoluto desesperados, únicamente es que no les merecía la pena la vida civilizada que habían conocido en tierra. ¿Para qué vas a servir abnegadamente a alguien más bien despreciable, postrarte de hinojos antes los suntuosos vestidos de su mujer, trabajar la tierra o adecentar la mansión del señorito a diario, cuando puedes enrolarte en la nave de las tibias y la calavera, hacer el macarra por los Siete Mares y probablemente terminar muerto en combate (por mano de un miembro de la armada de S.M.S. o tal vez de un compañero de correrías) sin apenas darte ni cuenta?⁸

No es mi estilo, pero tal vez Joaquín Sabina tenía razón. Tenía razón aunque tampoco él sería capaz, para qué engañarnos. No obstante, muchos hombres, y algunas mujeres, sí lo fueron. Viajaron a la Isla Tortuga, ese Paraíso del Mal, y cantaron, con varios rones encima, y tras haber echado unos cuantos polvos, *si me dan a elegir/entre todas las vidas, yo escojo/la del pirata cojo/con pata de palo/con parche en el ojo/con cara de malo...*

⁸ O, casi más interesante, al revés: el aristócrata byroniano que aspira a no morir nunca como el vampiro Lestat de Tom Cruise en *Entrevista con el vampiro...*

Con ocasión de la muerte del teólogo Hans Küng

Rehuso entrar en valoración personal alguna acerca de la figura del recién fallecido Hans Küng, pero en principio un teólogo que escribe tres volúmenes de memorias suyas individuales me inspira bastante recelo, por mucho que tenga el lejano y genial precedente de Agustín de Hipona. Es cierto que Küng escribió mucho, muchísimo, acerca de asuntos religiosos o social-religiosos muy variados, como si pretendiera él mismo erigirse en una Iglesia alternativa a la que le había repudiado (repudiado en parte, no del todo, puesto que siguió ordenado sacerdote hasta el último día), pero tampoco encuentro nada demasiado original ni especialmente interesante en todo ello, así como en ninguna en las entrevistas que concedió en España y que se conservan en Youtube. En esencia, Küng fue un hombre que admiraba el pontificado de Juan XXIII y su intento de renovación de la institución en el Concilio Vaticano II, y de ahí que en consecuencia no pudiera soportar, a mi juicio con razón, el retroceso conservador que después imprimió, tras el interregno tristemente anecdótico de Juan Pablo I, ese monstruo mediático que fue el papa Wojtyła. No en vano, hay quien siempre ha sospechado de lo oportuno de la muerte de Juan Pablo I, teniendo en cuenta que aquel hombre pretendía profundizar en las reformas del Vaticano II e incluso aparecer ante su rebaño como un hombre casi común, que es precisamente lo que Küng apoyaba mediante su recusación de la infalibilidad papal. Treinta y tres días de efímero pastorado y enseguida tenían ya preparado como recambio a ese carismático polaco que había hecho la guerra contra el comunismo con Wallesa y que tanto gustaba a Thatcher y a Reagan... (que Wojtyła fue un Papa más político que piadoso lo muestra bien a las claras el hecho de haber recibido un tiro por parte precisamente de un torvo sujeto ligado a las conexiones búlgaras de la KGB). Yo creo, por tanto, que la motivación principal de la enseñanza de Kung fue esa fundamentalmente: empeñarse en aquel sueño tampoco tan revolucionario pero sin duda inspirador del gran Juan XXIII, y para ello enfrentarse con dureza al viraje neoliberal y autoritario de Juan Pablo II. Al fin y al cabo, que yo sepa la infalibilidad papal es dogma de la Iglesia Católica tan sólo desde inicios del s. XX, mientras que la imposición del celibato a los curas proviene del s. XI, de modo que no se trataba tampoco de remover demasiado un articulado digamos que muy arraigado en la tradición canónica. Antes de eso, papas como León XIII -la famosa encíclica *Rerum Novarum*, ejemplo clásico y espléndido de lo que la Iglesia pudo haber sido y no fue- se habían mostrado tal vez demasiado comprensivos con los movimientos obreros que agitaron y sacaron adelante el s. XIX, y está claro, a la vista del vergonzoso papel que hizo la Iglesia durante la Segunda Guerra Mundial y después, que esa no ha sido su tendencia general durante el terrible y doloroso s. XX...

La controversia por el ateísmo en Europa surgió pujante en el siglo XVII y ocupó prácticamente todo el XVIII, convirtiéndose en cuestión definitiva y de facto en el XIX. Resultaría aburrido citar aquí autores destacados, que fueron legión, lo que adquiere más relevancia aún si tenemos en cuenta que entonces sí que existía una correlación práctica inmediata del pensamiento en forma de movimientos sociales o revueltas políticas. Cuando Nietzsche dijo aquello de “Dios ha muerto”, tomándolo de Hegel, no expresaba un deseo o una idea suya, como pudiera haberlo hecho el pobre Jean Meslier en el Barroco (el cura más trágico pero también más divertido que haya existido nunca), sino que tan sólo proclamaba alto y fuerte el estado de cosas característico de la cultura de su tiempo. De hecho, hoy que la moda del ateísmo en Occidente se ha traducido también en una avalancha editorial que inunda sobre todo Francia e Inglaterra (comandada en

esta última por el genetista neo-evolucionista Richard Dawkins, autor de aquel famoso lema he-donista que adornó allí los autobuses: “probablemente Dios no exista, así que deja de preocuparte y disfruta de la vida”), no se ha aportado hasta donde yo sé ni un solo giro retórico o filosofema que no estuviese ya esgrimido en la obra de aquellos pioneros. Claro, se dirá que la ciencia ha cambiado, y que en el presente lo que se opone a lo divino-único ya no es, pongamos por caso, el newtonianismo de Laplace, sino los memes, las mutaciones, la teoría del Bing-bang y un largo etcétera de presuntas novedades punteras. Pero, en mi opinión, esa aparente diferencia sólo engaña a los legos, que para colmo son más legos que nunca en la presunta sociedad de la información, además de harto más indolentes de lo que fueron nuestros levantiscos antepasados -pongamos el caso célebre de los “nihilistas” rusos que asesinaban zares entre lectura y lectura de Dostoiévsky-, de tal forma que nadie permitiría hoy en día que los embrujos intelectuales de un bando u otro modificasen ni un átomo su estilo de vida habitual. Por ilustrarlo con un ejemplo histórico, a mi juicio hizo más acuñando en su forma moderna el término “fanático” el habilidoso Voltaire que todos nuestros oportunistas vendelibros reeditando sus reflexiones en jerga contemporánea. Voltaire es el caso más célebre, sobre todo en la muy católica España, donde siempre ha sido perseguido como si fuera el mismísimo Satán, y por eso menciono su distinguido nombre (no por casualidad, Voltaire escribía muy bien, y mediante su divisa “aplástad al infame” colocada como colofón de sus escritos contra la Iglesia no pasaron ni once años de su muerte hasta que tuvo lugar la Revolución Francesa y con ella la entronización de la Humanidad como Ser Supremo y del desahucio de viejo Jehová en favor de la virginal Diosa Razón...) En comparación, me parece, en la actualidad somos hoy la mar de tolerantes por pura y dura indiferencia, más que por una convicción seria y responsable...

Mas, insisto, Voltaire sólo era uno entre cientos. ¿Y qué es lo que tenían todos aquellos defensores del ateísmo o incluso del agnosticismo en común, *grosso modo*? Pues dos cosas principalmente: primero, no la ciencia en abstracto, que ya existía milenariamente, sino concretamente la ciencia matemática mecanicista; y segundo, no la protesta contra la peculiar divinidad católica, que ya había consumado sobradamente Martín Lutero, sino la denuncia hacia los poderes fácticos arropados por ella. Y mi pregunta vuelve a ser la misma: ¿qué es lo que ha cambiado desde entonces? Nada en absoluto en lo que toca a la ciencia, que continua por vías mecanicistas no sólo en la Física, sino también en parte en la Biología y en la Filosofía Política (Darwin no hizo más que dar el golpe de gracia a la teleología en la consideración de los seres vivos como ya se había hecho entre los inanimados, y en ciencia política Thomas Hobbes comenzó su meditación sobre la necesidad del estado represor suprimiendo las causas finales también en la acción humana; sin embargo, las finalidades inmanentes de los procesos naturales no son invención cristiana, sino pagana, para más señas aristotélica -se luchaba, pues, contra Santo Tomás, en olvido de Grecia). Y nada tampoco ha cambiado en lo que se refiere al amancebamiento del poder con la institución eclesiástica, que es de lo que estos nuevos autores -pongamos, también hoy, Michel Onfray- realmente se quejan. A estas alturas de lo dicho ya se comprenderá que las llamadas a la autoconciencia ética del hombre para suplir a la fallecida divinidad son también vetustas y venerables, tan sólo habría que mencionar la obra de Ludwig Feuerbach. De modo que la situación actual de la teología occidental⁹, pues, me parece que es la siguiente: el ateísmo ha ascendido

⁹ Me parece que en nuestra Teología existen dos corrientes principales, y todas las demás son derivadas. La primera, de raigambre griega, como casi todo, señala que decir el nombre de Dios es equivalente a decir Su Divina Lógica y Su así mismo Divina Moral. De manera que pedirle a la divinidad que se saltase la moral es pedirle que se salte a sí mismo, que incumpla su propia esencia, lo cual es absurdo. No es que Dios no pueda hacer que 2 más 2 sean 5, es que de hacerlo se estaría haciendo la guerra a sí mismo, puesto que Él es la Matemática, no la Matemática se le impone incluso hasta a Él. Esta es la opción, a mi juicio, de los grandes autores, Tomás de Aquino, Leibniz, Hegel, etc. En contra de ellos está la

imparablemente desde el Renacimiento hasta el siglo XIX, y lo único que realmente ha cambiado es la experiencia escalofriante del siglo XX, que ha venido a mostrar qué tipo de mundo puede ser construido sin Dios en la cara occidental del globo. O mejor dicho, “destruido”, en una noche fría, larga y oscura del alma... Por todo ello, entiendo que debemos descreer tanto de la apelación a Dios -no digamos ya del dios musulmán, ferozmente machista, monolítico y teocrático- como de la Autonomía Racional del hombre, que por el momento ha rendido escasos resultados, y encuentro la moda del ateísmo en cuestión fútil y un tanto ideológica, puesto que ya no es la idea de Dios nuestro enemigo prioritario: tenemos, ciertamente, problemas mucho más urgentes. ¿Porque no se escribe, por ejemplo, en los autobuses londinenses algo como “probablemente hacer dinero es vano, así que deja de preocuparte y disfruta de la vida”? Algo así -y muchas otras cosas más que se nos ocurrirían a todos, como, por poner un caso más grave, “probablemente cargarse el planeta es suicida, así que arrima el hombro para que también tus nietos puedan disfrutar de la vida”-, ameritaría mucho más nuestro respeto de laicos sosegados, con lo que mi conclusión personal es que tanto las profusas memorias y reflexiones de Hans Küng como la labor misionera y evangelizadora de la propia Iglesia Católica podrán tener mucho por hacer desde sus propios presupuestos prácticos, pero no encuentro que tengan ya nada valioso que decirnos en el plano teórico ni mundano. Los hombres ya no buscan la seguridad y confianza en la presencia ultramundana de una megapersona eterna, los hombres nos conformamos con la guía de una Inteligencia Artificial alimentada por un núcleo procesador cuántico de inmensurable potencia. Que el romántico *Angelus Novus* de Paul Klee y Walter Benjamin nos coja confesados...

nómina de los que no han entendido bien la cosa, tal como yo lo veo: Guillermo de Ockham, Lutero, Descartes, etc. Estos recalcan tanto el carácter antropomórfico de la divinidad que piensan que Dios es en primer término una macropersona sufriente cuya naturaleza es únicamente su voluntad, y a menudo tiene una mala hostia que te cagas. De ahí aquello de “si a Dios se le antojase, habría hecho que 2 más 2 fueran 5 y que matar fuera santo”. Pues vaya porquería de Dios, diría por ejemplo Leibniz, carente de criterio, caprichoso, cuyo Sumo Entendimiento y Máxima Bondad se disocian de Él, como si no le perteneciesen de suyo y más bien pareciesen tornadiza y relativa opinión humana. Lo más razonable parecería pensar que no es que Dios se obligue a sí mismo a condenar el asesinato, sino que condenar el asesinato como un mandato trascendente es *la misma cosa que* la esencia de Dios. En fin, no sé si me he explicado -es demasiado tema para mi poco talento-, pero lo más curioso es que, de esas dos grandes alternativas, es la voluntarista que la que en realidad se delata como no más que la proyección del revoltijo humano en la figura del Absoluto, y no la intelectualista. Quiero decir que sería a Ockham, y no a Tomás, a quién se le podría reprochar que “usted ha construido un Dios a su imagen y semejanza”, puesto que para Tomás o Leibniz Dios no se quita su intelecto como un sombrero cuando emite leyes lógicas, ni se desprende de su Misericordia como una chaqueta cuando formula leyes morales. Estas, unas y otras, son la expresión de su mismo ser, y no prescripciones tan arbitrarias que fácilmente se adivina su origen humano, demasiado humano...

De la metafísica como escalpelo

En *Pensamientos*, Pascal escribe lo siguiente, entre lo que yo juzgo que son en general un buen montón de despropósitos barrocos:

¿Qué es el «yo»? Un hombre sale a la ventana para ver los transeúntes; si yo paso por allí, ¿puedo decir que se puso a la ventana para verme? No; porque no piensa particularmente en mí. Y el que ama a alguien a causa de su belleza, ¿le ama? No: porque la viruela, que matará la belleza sin matar a la persona, hará que ya no le ame. Y si se me ama por mi juicio, por mi memoria, ¿se me ama «a mí»? No; porque puedo perder estas cualidades sin perderme a mí mismo. ¿Dónde está, pues, este «yo», si no está ni en el cuerpo ni en el alma? ¿Y cómo amar el cuerpo o el alma sino por estas cualidades, que no son lo que constituye el yo, puesto que son perecederas? Porque ¿se amaría la sustancia del alma de una persona abstractamente, cualesquiera fuesen las cualidades que tuviera? Esto no puede ser, y sería injusto. No se ama, pues, jamás a nadie, sino solamente a las cualidades.

En toda su incisiva grandeza, qué tradición más terrible, y más horrible, es también en su doble fondo la Metafísica... Siempre e infatigablemente empleando un escalpelo mental para diseccionar la experiencia espontánea y dejarla en cueros, tiritando, casi muerta. Recuerdo un fragmento parecido de Marco Aurelio. Como era un emperador, podía acostarse con una mujer distinta cada noche, o varias al tiempo, pero como era estoico, no le merecía demasiado la pena. Porque, total, decía él (*Tà eis heautón, Cosas dichas a mí mismo*, extrañamente traducido como *Meditaciones*), si lo piensas bien, bajo el indudable atractivo que ejerce el cuerpo femenino para el heterosexual o para la sáfica o para Robert Mapplethorpe no hay más que vísceras asquerosas, fluidos repugnantes, ritmos estomacales, defecaciones mefíticas, etc., que para colmo un día se ajarán y serán pasto de los gusanos. Y ese desprecio es lo que nos quería hacer sentir Marco Aurelio, como si la filosofía consistiera en mirar por el ojo de la cerradura de la vida hacia su aspecto ciegamente escatológico, más bien infrafísico que metafísico, cuando lo cierto es que ninguna persona normal, ajena al estoicismo o al pensamiento en general, lo vería nunca así. Pero no porque la gente esté completamente desacostumbrada a la práctica de la reflexión, o porque sólo miren su móvil o se pasen las horas muertas sumergidos en el *flow* hipnótico de los videojuegos, que también. En realidad, muy al contrario, la gente ya sabe todo eso de sobra, ya ha oteado por el ojo de la cerradura de la existencia, puesto que cuidan de su bebé aunque se les orine encima, llevan a su marido al hospital para que le enderecen las tripas, observan el hueso tronzado de su hijo saliéndosele del codo... saberlo, sin embargo, no les come la cabeza en absoluto ni les impide amar. La filosofía, en cambio, tiene que subrayarlo, tiene que restregártelo en la cara, obteniendo un morboso placer en ello, el placer del que, como Sófocles, entiendo que la conciencia es sufrimiento y se niega a sufrir solo. Y a mí me parece que en lo que incurren tanto Pascal como Marco Aurelio, como casi todos los grandes autores blancos, varones y muertos del pasado (e incluso el que esto suscribe muy a menudo...), no es más que en nostalgia del espíritu intangible, dado que no lo encuentran en ninguna parte y sólo él sería lo única y realmente valioso. Frente a su evanescente posibilidad, el resto de lo tangible/comprobable les/nos parece puro desecho....

Pero para combatir a ese talante falsario y triste, la autoridad de Aristóteles, que sin duda también fue un filósofo, *el* Filósofo. A Aristóteles, en *De anima*, no le escandalizan las funciones corporales del alma, no parecen deprimirle lo más mínimo ni trata de sugestionar a los demás para que se depriman hechos como el de que no seamos más que la expresión viva de un cuerpo. “El todo es mayor que la suma de las partes”: esta fórmula lógica tan célebre en Aristóteles significa también que la boca no es un grotesco agujero en la cara que tritura y deglute materia, como si pudiera ser considerada aisladamente, sino que la boca¹⁰ es parte armónica de un organismo cuya función es muy superior, pero que muy superior ciertamente, al mero nutrirse o a la tarea de la nutrición. “El todo es mayor que la suma de las partes” es, pues, una máxima empírica, antes que lógica, o un Trascendental, si se quiere, puesto que nadie podría sustraerse a ella al percibir e incluso al imaginar y sentir. Igualmente, si Pascal no encontraba ningún “yo” analítico y abstracto en la observación de la conducta ajena pues peor para él, que se ponga a escribir teología jansenista, es decir, protestante encubierta, como de hecho hizo movido por sus piadosas hermanas. Pero cualquiera sabe o puede fácilmente saber que un cierto yo sintético que no es necesario concretar es el origen de la concreta mirada de Bette Davis o de la inconfundible voz de Freddie Mercury, y que ambos destacan y atraen el amor de muchísima gente que no conoce los *Pensées* de Pascal (y que si los conocieran los considerarían materia erudita y les importarían un verdadero y muy sólido rábano). Pensar no debería servir para aguar la fiesta de la existencia a nadie, sin contar con que, como escribía mucho después John Stuart Mill, hablando del concepto de “alma” y de la esperanza que su noción infunde en tantas personas y en no pocas culturas:

Esa esperanza, aunque carezca de un adecuado respaldo científico-racional, trae consigo efectos beneficiosos que no pueden desestimarse: estimula nuestra generosidad y delicadeza para con los otros; alivia la sensación de absurdo que nos produce observar la decadencia y finitud naturales que afectan a todas las cosas; nos da mayor fuerza y otorga “mayor solemnidad” a todos los sentimientos que nuestros prójimos y la humanidad en general suscitan en nosotros.
(En *Tres ensayos sobre la religión, Técnos*, pág. 31).

El problema de la filosofía, o de la Metafísica, por tanto, no es que sea poco realista, o que flote entre las nubes, como creen y no paran de susurrar sus detractores, sino en todo lo contrario: en que muchas veces es *demasiado* realista, es tan realista que se arroga la responsabilidad de descomponer en piezas los fenómenos que obran de modo natural para poder mostrárselos con rebozo a los legos aunque luego ya no sepan cómo montarlos otra vez... A mí, pongamos por caso, cada vez que oigo que la atracción sexual por la belleza humana depende de hormonas o feromonas me parece la misma milonga del distinguido emperador romano pero en el lenguaje de la secta de la bata blanca. Sin duda hay que ser filósofos, la filosofía debe permanecer en las escuelas, en las universidades y en la cultura del futuro, si es que ese llamado “Metaverso” que Zuckerberg pretende inflar como un globo (eso sí que va a ser *ta metá ta fisiká...*) en los próximos años deja algo fuera de él que no sean meros despojos analógicos. Pero no hasta el punto de necrosar, eviscerar y esterilizar todo aquello que sea verdaderamente vital y existencialmente insustituible...

¹⁰ Por cierto que otra distinción entre el hombre y el resto de los animales consiste en eso, en que los animales son todo boca y el sistema digestivo y locomotor que está al servicio de ella. El ser humano, sin embargo, no sólo ingiere a través de su boca, sino también emite desde ella, y eso que emite es nada menos que lenguaje significativo...

Nietzsche en Turín y el noble equino

Me atrevo a hacer todo lo que es propio de un hombre; si me atreviese a más no lo sería...

Macbeth, William Shakespeare.

Nietzsche era un hombre tan moral que quiso prescindir de toda moral.

José Ortega y Gasset

Hace diez años el director húngaro Bela Tarr estrenó una de las películas más espantosas de la historia del cine, *El caballo de Turín*. No es que sea mala hasta la vergüenza ajena o algo parecido (estilo, no sé, *El mapa de los sentidos de Tokio*), es que ni es. *No-es* como *no-es* una pieza musical de John Cage, o sea, eso mismo: *no-es*. Con el agravante de que dura dos horas y media de no-ser (*to me on*, en griego, lo digo porque soy un bobito y siempre me ha hecho gracia), en vez de los casi cinco minutos de la tomadura de pelo cageana. Omíto contaros nada de ella, por si hay algún ocioso amante de abismarse en las películas plomizas mientras pela patatas (muy protagonistas, en esta peli, las patatas, por cierto, tanto o más que los humanos), o le da por pintarse las uñas de negro, y aun así ni a ese frikonazo se la recomendaría. Bien, de acuerdo, se la recomendaría, pero bajo la estricta condición de que la vea en la siguiente página, y así puede pasar rápido cuando se aburra y ahorrarse el ominoso bucle musical que le sirve de fondo: <https://www.youtube.com/watch?v=Y5Dwa2Nfo4c>. Frente al vicio de castigar al espectador, la virtud de las elipsis forzadas... Pero una cosa buena tiene la cinta que hay que reconocerle, y son los primeros planos y a veces primerísimos planos de la faz del noble equino que da nombre al infierno cinematográfico correspondiente. Warren Ellis no, el avatar manco de Warren Ellis no da ni pena, siempre con la vista fija en la desolación y el vendaval; y su hija, la pobreza rubia, más le hubiera valido que se la hubieran llevado los gitanos... Es el jamelgo el que resume en su semblante genérico el fin de todo lo vivo, la consunción total del mundo, el triunfo de la oscuridad absoluta. Tarr se pasó de profundo, fue tan profundo que más bien devino hundido, y encima se hizo el interesante declarándola la última película de su carrera, a ver si así nos convencía de que fuese también la última película de la historia del cine y la primera y única a proyectar y reponer eternamente en un Tártaro insaciable de muerte.... (Parece que sigue vivo, nuestro querido director... también Cioran pasó de los ochenta... ¿¿¿Por qué???)

Pero Tarr iba intelectualmente muy mal encaminado, que es lo que me importa ahora. El caballo de Turín pretende ser el caballo que, según una de las leyendas urbanas pioneras del siglo XX, Nietzsche habría abrazado en enero de 1889 en Turín un instante antes de que la sífilis y los dioses le volvieran completamente loco. No sé si recordáis la anécdota, que es tan falsa como la de la manzana de Newton, pero mucho mejor *trovata*. Lo cuenta como nadie Curt Paul Janz, el músico suizo que se atrevió en los sesenta a escribir la biografía monumental del filósofo, casi al inicio de su cuarto volumen:

El 7 de enero (eso le dice Overbeck a Kóseltz el 15 de enero) Nietzsche «se cayó en la calle y fue levantado [y] estuvo a punto de ir a parar acto seguido a un manicomio privado y de rodearse así de esos aventureros que, en Italia más que en ninguna otra parte, concurren en tales ocasiones».

Elisabeth Förster cree poder informar de que fue el patrono de Nietzsche, Fino, quien lo recogió de la calle y lo llevó a casa, poniéndolo así a seguro. También el 8 de enero «el asunto se convirtió en un escándalo público, el patrono... acababa de estar... en la policía y con el cónsul alemán; una hora todavía... la policía no sabía nada» (Overbeck.) Sobre este incidente, que Overbeck sólo menciona como «escándalo público» y, por desgracia, sin citar fuentes, así como localizándolo falsamente, con seguridad, cuatro días al menos demasiado pronto, el 3 de enero, Erich Podach narra (en 1930) la conmovedora historia de cómo Nietzsche, en la parada de coches de punto, cree que un viejo caballo es maltratado por su cochero y, entre sollozos y lágrimas, se echa al cuello del animal abrazándolo. Aunque Podach testimonió aquí una transmisión oral de la tradición local de Turín, y que él recordó después de años, siempre queda la pregunta de si en realidad se produjo un mal trato realmente llamativo de un animal, o si Nietzsche se lo figuró simplemente con su mirada ya turbia. Hay que considerar además otra cosa: Nietzsche nunca mostró especial afinidad para con los animales, sólo usa de «el animal» abstractamente, como el ser vivo cobijado en la seguridad de su instinto, frente al hombre, inseguro a causa de sus prejuicios morales y extraño de sus fundamentos naturales, al que designa como el «animal imperfecto». Con el caballo únicamente entró en contacto directo en su época de servicio militar como «artillero a caballo». De ello sólo se encuentran recuerdos muy aislados, así por ejemplo cuando informa a Malwida v. Meysenbug, el 13 de mayo de 1877, respecto a una pintura de un caballero del Palazzo Brignole de Génova, y le dice que él encuentra que «en el ojo de ese potente corcel está todo el orgullo de esa familia», o cuando el 13 de mayo de 1888, en carta al Sr. v. Seydlitz, incluye la penosa escena de cómo en un duro paisaje invernal el cochero niega el agua al animal maltratado. Nietzsche califica entonces aquello como una «moralité larmoyante», nombrando a Diderot como fuente de la cita. Últimamente Anacleto Varrecchia ha llamado la atención sobre otra posibilidad: la escena de Crimen y castigo (1.ª parte, cap. 5) de Dostoiewski, donde Raskolnikov sueña cómo campesinos borrachos dan palos a un caballo hasta que muere, y él, dominado por la compasión, se abraza al cuello del animal muerto y lo besa.

Nietzsche no atestigua en ninguna parte (así que habrían de aparecer aún pruebas de ello) que hubiera leído esta obra de Dostoiewski o, al menos, de que hubiera conocido este episodio sacado de ella. Pero el relacionar con él el incidente de Turín presupone tal conocimiento; o bien la deducción contraria: a partir del incidente de Turín podría suponerse ese conocimiento, no atestiguado en parte alguna; ello sería interesante. Pero de un modo u otro, la cadena causal resulta débilmente unida sin otras pruebas de ello.

Como se ve, Janz no se toma el episodio en serio, y enseguida pasa a referir lo que sucedió de verdad, el modo en que, en el lapso de unos pocos días, se produjo el desmoronamiento y Nietzsche cayó primero en garras de una clínica psiquiátrica y después en las de su madre y su hermana, los seres que precisamente más detestaba de la humana Historia Universal. Fue, desde luego, un incidente mucho más prosaico, y hasta más ridículo y divertido. Pero, ya digo, lo del noble equino era bien bonito. Hay quien añade al injerto novelesco la guinda que dice que Nietzsche antes de desplomarse susurró al oído del caballo un “Mutter, ich bin dumm”, o sea, “Mamá, soy un idiota (o bobo, o gilipollas)”, a modo de despedida del mundo y de conclusión final de su filosofía. Naturalmente, Nietzsche era un imbécil integral, eso es seguro, aunque sólo fuese por la mala vida que se dio, pero eso no significa que cualquier imbécil por serlo vaya a ser o podamos llegar a ser un extraordinario Nietzsche. Existe una aristocracia también de la imbecilidad, como reconocería el propio Nietzsche. El caso es que Bela Tarr hace su película partiendo de esto y lo que le sale más bien es Arthur Schopenhauer. Un Schopenhauer más negro y pesimista que el propio Schopenhauer a quien Nietzsche primero admiró y luego combatió, puesto que Bela Tarr escenifica la extinción de todo, hasta de la Voluntad de Vivir,

que queda reducida a la pesadilla sin fin de dos seres atornillados a una habitación oscura fingiendo querer sobrevivir. Yo creo que Schopenhauer no quería eso, aunque pregonase que sí. Lo que es seguro es que el pensamiento maduro de Nietzsche era lo contrario de ese colapso, su antítesis absoluta. Si los franceses nos han hecho creer que Nietzsche fue la antítesis de Hegel es porque no entienden mucho de Hegel, ya que Nietzsche de quien realmente quiere desmarcarse máximamente es de Schopenhauer, o, si se quiere, de Alemania, de la *décadence*, de Bismarck, del Reich y de la Santidad Cultural -Nietzsche siempre mencionaba su “miedo terrible a que un día me hagan santo”-; en resumen: de Wagner. Sin embargo, así es como lo enfocó Bela Tarr en su película, yo creo que como pretexto culto para dar al espectador un baño pavoroso de nihilismo...

Y, sin duda, Nietzsche podía ser muy nihilista, como en los *Ditirambos de Dionisos*, compuestos el año anterior, 1888, al derrumbamiento psíquico y a su muerte a todos los efectos, cuando escribía:

*El desierto crece: ¡ay de aquel que en sí cobija desiertos!
Rechina piedra contra piedra, el desierto engulle y estrangula,
La monstruosa muerte mira ferviente parpadeando y masticando -su vida es la trituración...
No olvides, hombre, que has tomado prestada la voluptuosidad: tú -eres la piedra, el desierto,
eres la muerte...*

Pero eso es “el hombre”, ese hombre para que el que Zaratustra pide una y otra vez el crepúsculo que haga posible el amanecer del superhombre. Porque desde la perspectiva del superhombre -y eso es el *Übermensch*: no un individuo concreto, y menos una nación elegida, sino una perspectiva posible de valoración de lo inmanente y a la vez una *paideia*, un modo superior de crianza-, las cosas se ven de modo muy distinto, y sin relación alguna con Schopenhauer ni con Hegel, ni con Wagner, ni con el Reich ni con Bela Tarr; se ven tal que así:

10

*Vosotros hombres superiores, ¿qué os parece? ¿Soy yo un adivino? ¿Un soñador? ¿Un borracho?
¿Un intérprete de sueños? ¿Una campana de medianoche?*

¿Una gota de rocío? ¿Un vapor y perfume de la eternidad? ¿No lo oís? ¿No lo oléis? En este instante se ha vuelto perfecto mi mundo, la medianoche es también mediodía, - el dolor es también placer, la maldición es también bendición, la noche es también sol, -idos o aprenderéis: un sabio es también un necio.

¿Habéis dicho sí alguna vez a un solo placer? Oh amigos míos, entonces dijisteis sí también a todo dolor. Todas las cosas están encadenadas, trabadas, enamoradas, - ¿habéis querido en alguna ocasión dos veces una sola vez, habéis dicho en alguna ocasión «tú me agradas, felicidad! ¡párate! ¡instante!»? ¿Entonces quisisteis que todo vuelva!

-Todo de nuevo, todo eterno, todo encadenado, trabado, enamorado... oh, entonces amasteis el mundo,-

-Vosotros eternos, amadlo eternamente y para siempre: y también al dolor decidle: ¡pasa, pero vuelve!

Pues todo gozo quiere -¡eternidad!

11

Todo gozo quiere la eternidad de todas las cosas, quiere miel, quiere heces, quiere medianoche ebria, quiere sepulcros, quiere consuelo de lágrimas sobre los sepulcros, quiere dorada luz de atardecer-

¡Qué no quiere el gozo!, es más sediento, más cordial, más hambriento, más terrible, más misterioso que todo sufrimiento, se quiere a sí mismo, muerde el cebo de sí mismo, la voluntad de anillo lucha en él,-

-Quiere amor, quiere odio, es sumamente rico, regala, disipa, mendiga que uno solo lo tome, da gracias al que lo toma, quisiera incluso ser odiado,-

-Es tan rico el gozo, que tiene sed de dolor, de infierno, de odio, de oprobio, de lo lisiado, de mundo, - pues este mundo, ¡oh, vosotros lo conocéis bien!

Vosotros hombres superiores, de vosotros siente anhelo el gozo, el indómito, bienaventurado, -¡de vuestro dolor, oh fracasados! De lo fracasado siente anhelo todo gozo eterno.

Pues todo gozo se quiere a sí mismo, ¡por eso quiere también sufrimiento! ¡Oh felicidad, oh dolor! ¡Oh, rómpete, corazón! Vosotros hombres superiores, aprendedlo: el gozo quiere eternidad, -el gozo quiere eternidad de todas las cosas, ¡quiere profunda, profunda eternidad!¹¹

Ya me diréis qué demonios tiene que ver nada de esto con las angustias infinitas que se han inventado los existencialistas después apelando a Nietzsche o con el tostón de película en blanco y negro del pobre caballo que encima de azotado termina en el establo más ceniciento y muermazo del cine mundial. Pese a ser el más solitario y mortificado de los filósofos, o precisamente por serlo (“sabía que nunca llegaría hasta mi una palabra humana”, escribe en confianza a un amigo en sus últimos tiempos¹²), Nietzsche es precisamente el hombre que se ha cargado filosóficamente hablando a todos los plastas que van de nigromantes como Ingmar Bergman, Emil Cioran, Bela Tarr, Giorgio Agamben y la recontramadre que los dio a luz a todos, sin excepción todos ellos más cristianos retorcidos y más paulinos caídos del caballo -otro caballo...- que el propio Nazareno, para el que por cierto Nietzsche jamás tuvo una palabra mala. Si no fuese por el redomado empeño que tuvo en afirmar a machamartillo la justicia intrínseca a la desigualdad entre los hombres -uno de los *leit motifs* más recurrentes de las dos primeras partes del Zarathustra-, y por su odio visceral a la gente corriente¹³, ya por entonces a punto de ser convertida en masa democrática y consumista, casi se podría decir que, para mí, con lo que Friedrich Nietzsche como temperamento más tiene en común es con esto:

Clara y tierna es mi alma.

Y claro y tierno es mi cuerpo:

todo lo que no es mi alma también.

Si falta uno, faltan los dos.

Y lo invisible se prueba por lo visible,

hasta que lo visible se haga invisible y sea probado a su vez.

En todas las edades el mundo ha dispuesto sobre lo bueno y lo malo.

Pero yo que conozco la correspondencia exacta

y la imparcialidad absoluta de las cosas,

no discuto,

me callo y me voy a bañar al río para admirar mi cuerpo.

Hermoso es cada uno de mis órganos y mis atributos,

y los de otro hombre cualquiera sano y limpio.

¹¹ *Así habló Zarathustra*, V, La canción del noctámbulo, Alianza, Madrid 1981, ligeramente retraducido por mí.

¹² Thomas Mann dice muy bien algo terrible, en *Schopenhauer, Nietzsche, Freud* (Alianza, LB H 4421, pg. 21): “Ecce Homo, esa obra tardía horrorosamente serena, que fosforece en una última sobreirritación de la soledad...”

¹³ Por el mismo motivo, supongo, por el que no tragaba a su familia: por vivir enfangados en banalidades en vez de en cumbres y abismos arrebatados, por insistir en que vistas bien, por ejemplo, en vez de preocuparse por Sócrates, etc...

*No hay en mi cuerpo ni una pulgada vil;
nobles son todos los átomos de mi ser y ninguno me es más conocido que los otros.
(...)*

*Nunca hubo mayor inicio que ahora,
Ni mayor juventud o vejez que ahora,
Y nunca habrá mayor perfección que ahora,
Ni más cielo ni más infierno que ahora.*

*Impulso, impulso, impulso,
Siempre el impulso procreador del mundo.*

*De la penumbra surgen los iguales antagónicos, siempre
la sustancia y el incremento, siempre el sexo,
Siempre un tejido de identidad, siempre la distinción,
siempre la creación de la vida.*

De nada sirve elaborar; sabios e ignorantes lo saben.

*Seguros como los más seguros, íntegros e inconvencibles,
bien cimentados, afianzados y a plomo,
Fuertes como caballos, afectuosos, altivos, eléctricos,
Yo y este misterio estamos aquí
(...)*

*Sé que soy augusto,
No inquieto a mi espíritu para que se me justifique o se
me comprenda,
Veo que las leyes elementales no piden disculpas,
(Creo, después de todo, que no me muestro más
orgulloso que el nivel según el cual construyo mi casa).
Existo como soy, eso basta,
Si pasa inadvertido en el mundo, estoy satisfecho,
Si todos y cada uno lo advierten, estoy satisfecho.*

*Un mundo lo advierte y para mí el mayor, y ese soy yo,
Y si llego a poseer lo mío ahora o en diez mil o en diez
millones de años,
Puedo aceptarlo jubilosamente hoy, o con igual júbilo
esperar.*

*Mi apoyo se apuntala y se ensambla con granito,
Me río ante lo que llaman disolución,
Y conozco la amplitud del tiempo.*

Canto a mí mismo, Walt Whitman

Mercado de palabras o lenguaje/basura...

Soy un “Actúer”. Lo soy y ni siquiera sé por qué se escribe así. Me lo han dicho en Yoigo, mi compañía telefónica y de red, la cual contraté sin saberla distinguir de todas las demás y de la que ni recuerdo cómo y cuando comencé mi vínculo con ellos, creo que fue cosa de mi madre. No importa, el caso es que soy un Actúer, que por lo visto son tipos que están ayudando a cambiar el mundo a la manera de Greta Thunberg. Nuestro lema es “pienso, luego actúo”, que el Departamento de Marketing de Yoigo ha tomado de la Filosofía de Bachillerato que yo imparto y que saben bien, los muy lince, que hemos sufrido todos en su día. Pero para que quede claro que seguimos siendo los que éramos y, que, como antaño el poder a Rodríguez Zapatero, ni las canas ni la disfunción eréctil “nos ha cambiado”, me encarecen a que si de verdad quiero cambiar el mundo -y quién no querría cambiar el mundo, hasta Trump quiso y aún quiere cambiarlo...-, y esa performance me “gusta más que el colacao con galletas” (sic), pues que me una a eso de los Actúers ya mismo. “Porque sin clientes tan molones como tú -añaden sin rebozo alguno- esto no habría sido posible ¡Sois mejores que un lunes de puente!” De manera que los Actúers emulan a Greta Thunberg, pero no les gusta nada trabajar los lunes. Yo lo entiendo, nadie puede ser coherente del todo, y además sería poco “molón” serlo. Sin mí no hubiera sido posible nada de “esto”, me vengo a enterar, pero cuando investigo que oculta el “esto”, ese “esto” indefinido, resulta que detrás del misterioso “esto” hay personas actuantes o actuatoras como yo que han impulsado hasta el momento presente “cientos de proyectos sociales” para cambiar eso, el Mundo en general, el Mundo/Mundial de Manolito Gafotas. Pues, si lo piensas, vaya birria, “cientos”... Cojo yo a mis clases de *Valores Éticos* de mañana martes (hoy es lunes, pero no de puente), y consigo sin despeñarme 150 manuscritos con propuestas sociales, parasociales y hasta o sobre todo anti-sociales en unas pocas horas. ¿Serán los menores escolarizados “Actúers” también? No todos, ciertamente, desean cambiar el mundo todavía, pero una buena porción sí que le cambiaría la cara de un tortazo al del pupitre de al lado. Eso sí que es “Actúer” contundentemente, y sin mediación alguna de Yoigo. “Cientos”, dice... y eso que habrán engordado la cifra, como yo inflo mi *currículum vitae*, que jamás he salido de España a un Máster del Universo o de profesor asociado/invitado/mantenido/subvencionado del Trinity College de Aravaca y os juro que mi historial de actividades superinteresantes tiene cuatro páginas bien repletas y eso al margen ahora del “alto nivel de alemán leído y no tan malo de chapurreado” que consigne. O sea, que si dicen “cientos” es que deben ser 25, tirando por lo alto... ¿Y qué tipo de proyectos sociales habrán elaborado clientes de Yoigo que han ingresado voluntariamente en un subgrupo de salvadores de la humanidad que se hace llamar a sí mismo “Actúers”, tal vez porque suena igual que “traders” o que “fuckers”... No quiero hacer sangre, pero ya me estoy figurando cosas como que a ver si el gobierno pone aceras en el monte, porque no hay derecho que los discapacitados no puedan hacer trekking, o cosas así...

El mercado (o, si se quiere, “los mercados”...) crea sus propias palabras de ilusionismo ideológico, como “implementar”, “tomar acción”, “valor añadido”, etc., monedas lingüísticas que no valen ni para media mierda por sí mismas a no ser que consigas que el otro hablante las acepte, se las crea y las dé por buenas, como los bitcoins y demás. Pero es que además sucede también que lanzamos deliberadamente palabras al mercado, que existe un mercado sectorial de palabras en busca de alguien gordo y poderoso que nos las compre, con el resultado de que corrompemos

absolutamente términos muy nobles -de modo semejante a como los publicistas corrompen cualquier estilo de vida que hubiera podido tener su dignidad y su gracia- que antes hasta molaban un poco, como molamos ahora yo y mi pandilla de “Actúers” de Yoigo. Así, hace unas semanas escuché un especial de la radio, de cuyo dial no puedo acordarme, en que un pobre idiota perteneciente a una empresa de modelo norteamericano -la mayoría lo son, en la convicción mágica de que si cambias al Ratoncito Pérez por Mickey Mouse te vas a forrar inmediatamente- había acudido a una especie de retiro espiritual de managers (o... ¿cómo llamaba el franquismo a eso?... ¿“convivencias”?), y el hombre volvía “cargado de energía” en orden a practicar la “empatía” en una “estrategia coordinada de apertura de nuevas líneas de negocio” fruto de aquel fin de semana “inspiracional” que le había hecho “crecer” interiormente... ¿Y todo para qué?... Pues caramba, para asumir y “liderar” nuevos “retos de futuro”, por supuesto, qué iba a ser si no. Traducido a cristiano paladino: le habían comido el coco y en mitad del estallido de carmín número 2 de Givenchy del crepúsculo del sábado le habían obligado amablemente a cogerse de la manita de sus odiados compañeros de oficina y prometerse los unos a los otros que no se harían la vida imposible o serían despedidos. Y lo comprendo, claro que sí, porque para colocarle a la gente una estupidez tan flagrante como lo de la campaña “Actúers” de Yoigo debe uno aprender a perder el pudor por el medio que sea (o por el “método” o “metodología” que sea, que es otro vocablo de gran linaje que los vendehumos han necrosado también, con eso de que es que el “método” para hablar inglés no te lo han enseñado bien, o es que hay un “método” secreto para leer dos libros en una tarde, etc.; hay que ver Descartes cuanto juego ha dado a la retórica de la venta-*fake*...). Pero en el momento en que pervierten las bellas palabras “inspiración”, “reto”, “crecimiento” y otras para transformarlas en tintineo de cifras, mercaderías insulsas e intercambios de dinero ya me enfado y pataleo y digo eso de Serrat frente a un caso semejante, aquello tan duro de que “entre esos tipos y yo hay algo personal”...

Porque lo peor del capitalismo (;me gusta el mal, me gusta el Isabel Zendal!) no son los problemas absurdos y completamente innecesarios en que nos mete -como, no sé, que un tercio de la comida producida en EEUU termine en los vertederos, cuando sólo con ella bastaría con acabar con el hambre en el mundo¹⁴-, lo peor son las soluciones oligofrénicamente pueriles que nos propone. ¿Pero cómo demonios vamos a poner remedio a eso mismo, por ejemplo, al despilfarro de alimentos, siendo molones, tomándonos colacao con galletas, regalando nuestro fin de semana de descanso a la empresa para que nos llene la cabeza de lenguaje basura, volcándonos “inspiracionalmente” -esto ni existía en castellano- a fin de “implementar” proyectos que generen “valor añadido” (y esto del valor no digamos... ¿de dónde habrá salido)? Que nadie me responda, era una pregunta retórica. Porque es igual, estamos perdidos hagamos lo que hagamos, ya que al otro lado del espectro político e ideológico, por no decir humano o actitudinal, el fenómeno es exactamente el mismo. Hablas con alguien que trabaja en un campamento para niños desfavorecidos por la causa que sea (pongamos la Cañada Real de Madrid, pero me lo invento), y lo que escuchas es que les han puesto a jugar al fútbol todos los días porque así “revierten su negatividad en positividad” y asimilan “valores de trabajo en equipo”, bajo la condición de que los goles no suban al contador porque supondría la humillación del adversario, y de que las faltas o sanciones se cambien por “refuerzos benéficos” -tal cual me lo explicaron a mí, y juro que no conseguí aclarar en qué podrían consistir dichos refuerzos... ¿en vez de tarjetas rojas cromos de Neymar? Traducido de nuevo al cristiano paladino: les hemos comprado un balón para que se entretengan y no roben o se droguen, los niños cuentan los goles mentalmente y cuando uno le patea el menisco al otro éste pasa a su lado y con un susurro le jura venganza eterna. Al anochecer,

¹⁴ *Sociofobia*, César Rendueles, Capitán Swing, pág. 161.

seguro que se juntan también cogiditos de la mano a ver el rojo sangre del crepúsculo manando de la herida del horizonte, ese horizonte que les niega el Sistema...

Lo que vengo a tratar de decir con tanta tontería es que nuestro mundo es enormemente mejor que el de nuestros antepasados en la mayoría de los aspectos, excepto en este arte de malversar el lenguaje para lograr ese autoengaño en el que somos maestros¹⁵. Este arte, sin embargo, lo estropea todo, en mi opinión, pero quizá es que yo sea muy impresionable. Es cierto que nuestros antepasados también decían “evangelizar” y querían decir “expoliar”, pongamos por caso, pero esa degradación e impostura con que el lenguaje del mal se disfrazaba del bien prostituyéndolo tenía lugar al menos en un plano bastante más adulto. El conquistador que iba a América a hacer pillaje era un hideputa, no un emprendedor guiado por un sueño o un “Actúer”; el rey que financiaba sus crímenes era un aprovechado y un imperialista, y no un *coach* o un *sponsor*; y el arzobispo que bendecía toda la operación con el hisopo del verbo divino no suministraba precisamente “refuerzos benéficos o positivos”, sino hostias como panes cada domingo en la parroquia del subordinado de turno. Era sin duda, ese “mundo de ayer”, y tomado en conjunto, un mundo mucho peor, más cruel y violento e invivible, pero también habitado por gente menos crédula, mucho menos infantil y en definitivas cuentas hartamente menos imbécil que los clientes de Yoigo como yo.

O eso me parece a mí, que, ya digo, lo mismo soy hipersensible (en cuyo caso supongo que no me queda otra que asistir a Risoterapia, o a Kundalini-Yoga, o hacer Running, o probar la Meditación oriental contra la disfunción eréctil, o adquirir uno o varios fármacos revigorizantes compuestos de electrolitos que combatan el estrés de la vida moderna y que se anuncien en la web; ese tipo de cosas, ya sabéis...)

¹⁵ “No estoy todavía tan perdido en la selva de la lexicografía que haya olvidado que las palabras son hijas de la tierra, mientras que las cosas son hijas del cielo”, Samuel Johnson.

Leonardo Sciascia, en su centenario

Ten cuidado cuando expulses a tus demonios, no vayas a desechar lo mejor de ti...

Friedrich Nietzsche

La única forma real de anarquía es la de los poderosos.

Saló o los 120 días de Sodoma, P.P. Pasolini

No permita la virgen / que tengas poder, termina una canción -no recuerdo ahora cuál- de Joaquín Sabina. Sin embargo, no ha habido nada ni remotamente tan fascinante para la intelectualidad mundial desde hace siglo y medio (excepto, por desgracia, el sexo para las múltiples ramificaciones de la Secta del Diván, pero es un sexo enrarecido, atravesado él mismo de juegos de poder) como el poder, siempre que sea el poder de los otros, a los que hay que execrar tanto como secretamente envidiar. Esencialmente, un intelectual no tiene nada que ver, pero nada, con un filósofo, pero en ese lapso que va desde la obra de Karl Marx hasta hoy tienden a confundirse, para menoscabo de la filosofía. Es conocido que la figura del “intelectual” como tal, es decir, la del hombre (es una manera de hablar: mujeres ha habido también, desde Mary Wollstonecraft hasta Mary McCarthy, que son intelectuales y no filósofas) que ejerce de conciencia crítica de su tiempo por medio de la escritura se forjó en el caso Dreyfus, oficialmente, pero ya existía antes en las intrigas antizaristas de la Rusia pobre y triste. La filosofía, en cambio, no es eso, la filosofía consiste -entre otras cosas más o menos bien trabadas- en la convicción de que existe un ámbito superior a toda vida social desde el que ésta puede ser juzgada, o por lo menos algo de un valor inmensamente mayor para el hombre de razón que todas las trapisondas meramente humanas y puramente pasajeras en las que consiste la coexistencia humana. En este sentido, Aristóteles es un filósofo, El Filósofo, como decían los medievales, pero en ningún sentido hoy comprensible un intelectual. Claro que Aristóteles estuvo metido hasta el tuétano en los conflictos políticos de su época, tanto que casi le cuestan la vida (como a Dostoiévsky, por cierto, que como filósofo era más bien torpe, pero no a Émile Zola, o a los “10 de Hollywood”, o... en general, y para colmo de desgracias, para que la intelectualidad te cueste la vida en el s. XX tienes que ser latinoamericano, ruso o chino), pero Aristóteles no se dedicaba a eso, Aristóteles estudiaba la forma de volar de un ave, pongamos por caso, y eso es lo que más le gustaba en la vida -el *zoon*, pues, más que el *politikón*... Es como si pudiéramos establecer la diferencia entre un filósofo y un intelectual en términos de llevar o no la cabeza tapada. Los filósofos van descubiertos, son esos seres cuyo cráneo pretende estar abiertamente expuesto a los influjos del ser, mientras que los intelectuales son ese otro tipo de lumbreras cuyas únicas preocupaciones tienen lugar en el rango de observación que va de su sombrero (o gorra, o gafas, o pasamontañas de subcomandante, lo que sea) para abajo. Eso explica el porqué Martín Heidegger, por ejemplo, es tan gran filósofo y tan pésimo intelectual, o porque, a la inversa, Michel Foucault se ha colado entre los filósofos sin serlo. Foucault, de hecho, es sin duda el gran intelectual con el que se cierra el siglo XX, cuyas inoperantes disquisiciones sufrimos todavía hoy, el hombre que ha difuminado absolutamente,

a base de darle vueltas sin concretar ni definir nada, la cuestión del poder¹⁶. Si Foucault hubiera sido algo filósofo (lo intentó, por ejemplo en *El pensamiento del afuera*, que casi es sinsombrerismo filosófico), lo mismo ahora no tendríamos el lío mental que tenemos, que vamos por el mundo viendo correr a los cerdos, es decir, confundiendo el tocino con la velocidad...

Otro caso eximio de intelectual del s. XX obsesionado con el poder, como si el poder fuese la cosa más extraña y más misteriosa del mundo en vez de una de las más habituales y de sentido común de entre las existentes, fue Leonardo Sciascia, de quien se cumplen este año 100 de su nacimiento. Sciascia fue siciliano -fue en Sicilia, por cierto, donde Platón hizo su experiencia más cruda y desengañada con el poder-, y supo elevar a Sicilia a la categoría de observatorio privilegiado de la práctica política mundial. Sciascia era de la casta de Zola, pero con medio siglo más de acumulación de horrores políticos y bélicos a sus espaldas. La Mafia siciliana fue su máximo objeto de interés literario y ensayístico, pero no sólo. En novelas como *La hora de la lechuga* o *A cada cual lo suyo* lo que Sciascia muestra es que la Mafia es el tejido mismo de las relaciones sociales en Sicilia, y no un aditamento característico suyo que pueda ser exportado a otros países como si fueran espaguetis o la tarantella que tocan en la boda de *El padrino*. Quiero decir que en aquella Sicilia secular no había primero el Estado, y después la Mafia parasitándolo, que es lo que ocurre casi siempre, sino que la Mafia *era* el Estado, configuraba la urdimbre social, sin más, sólo que siendo un Estado puesto al servicio por así decirlo del interés particular de un grupo¹⁷. Ese sí que es un campo apasionante de estudio acerca del uso cotidiano del poder, y no un hospital o una escuela, como pretendía Foucault (la Mafia deber ser desmantelada, los hospitales y las escuelas obviamente no...) Y además Leonardo Sciascia no lo explicaba, o no siempre, a la manera de Roberto Saviano, sino que lo narraba espléndidamente, con aparataje de novela policíaca de una suerte de atestado judicial -*El caso Moro*-, o de, como en *Las parroquias de Regalpetra*, su primera novela, con aires de costumbrismo rural...

Al ser la mafia un fenómeno, como un abogado lo define, de «hipertrofia del yo», es obvio que en el seno de un estado totalitario se reduzcan en gran parte sus manifestaciones externas; pero es también obvio que la educación necesaria para desautorizar dicho fenómeno sólo se puede conseguir en un estado de libertad y justicia. Los sistemas de Mori, e incluso un mono habría sabido establecer el orden con aquellos métodos que son la locura de los fascistas, sólo lograron anestesiar a la mafia; y esto es tan cierto que no hay más que observar el violento despertar de ésta en la posguerra última. Desgraciadamente, el hecho de que los mafiosos, por su ideal de democracia, se mantuvieran alejados del fascismo o fueran condenados a destierro, significó para el AMG (Gobierno Militar Aliado) un inicial punto de ventaja, ventaja que la mafia está lejos de perder en el actual juego electoral. Sea como fuere, la fuerza política de la mafia, la nobleza de que hacen jactanciosa gala ilustres parlamentarios sicilianos, no esconde sino el homicidio, el abigeato y, en determinadas zonas, el robo de gallinas. La mafia extrae viejas y nuevas linfas de

¹⁶ Porque es asombroso, por ejemplo, que Foucault esté tan preocupado por el poder que pueda estar vehiculado por el discurso científico que se olvide completamente de mencionar algo tan básico como la función de las élites...

¹⁷ Cuando escucho las charlillas de José Ramón Rallo, al cual sacan de la caja fuerte del Instituto Juan de Mariana en cuanto se presenta la menor emergencia ideológica, me pregunto a veces si esa versión tan edulcorada suya del liberalismo, según la cual estar a favor de liquidar completamente el Estado Moderno no es más que defender los proyectos de vida particulares de agentes cualesquiera no se avendría perfectamente a encajar con el *modus vivendi* de la Mafia. Naturalmente, Rallo argumentaría que el proyecto vital de la Mafia pasa por normalizar la violencia y que eso está feo, puesto que sería invadir ilegítimamente los derechos naturales de otros individuos, pero eso es, al fin y al cabo, lo que hacen las grandes corporaciones actuales por motivos puramente estratégicos y económicos -como la Mafia- y a él no se le caen por ello los anillos.

esta democracia; pasada la aventura separatista, se ha replegado hacia posiciones más realistas. De manera que puede suceder a muchos lo que un día le ocurrió al abogado regalpetrense Cravotta. Al abogado le habían robado las ovejas, dejándole al pastor atado a un árbol y llevándose el ganado. El abogado hablaba de ello con un individuo que había encontrado en la ciudad.

—¿Por qué no se dirige a Gaspare Lo Pinto? —dice el individuo.

El abogado contesta:

—¡Pero si ya he acudido a los carabinieri!

—En casos como éste —añade el otro—, Gaspare es mejor que los carabinieri.

El abogado, que es persona muy cándida, dice:

—Pero él ya sabe que me han robado las ovejas, somos amigos y no me ha dicho nada.

—Demonios —dice el otro—, usted no quiere entenderme; le han robado las ovejas, ¿no?; ¿cuánto valían, cien, doscientas mil?; usted va a ver a Gaspare y le dice que estaría dispuesto a pagar veinticinco o cincuenta mil; ya me dirá si no se las devuelven.

—Pero si Gaspare es el alcalde de mi pueblo —dice aturdido el abogado.

—Lo sé —concluye el otro—; como alcalde es cuando mejor van estas cosas; pero es amigo de los amigos, y le conviene estar a buenas con él.

En España conocimos a Sciascia a través de Manolo Vázquez Montalbán¹⁸. Manolo decía de él que “paseó su mirada por nuestra cultura como un investigador privado de novela policíaca y siempre fue tan certero en la descripción del crimen como en el reconocimiento de la impunidad del criminal¹⁹” Aquí es, efecto, donde dolía la herida. Tanto a Sciascia como a Montalbán, ambos con un pasado de militancia comunista dubitativa²⁰, por así llamarla, lo que les llevaba por el camino de la amargura era la impunidad. Seguro que los dos hubieran terminado por dar por bueno que seguramente haya que asumir que el poder sea una constante antropológica inevitable que lo más que puede hacerse es tratar de limitar, controlar y diversificar, a fin de que no llegue siempre a las peores manos, pero lo que no soportaban era la impunidad. El poder, en el fondo, tampoco es tan interesante como lo encontraba Foucault²¹, o lo es únicamente por razones foucaultianas. Quiero decir que el poder, o los poderosos, jamás han urdido un verso digno -recuérdense las relaciones de Luciano y Petronio con Nerón-, nunca han pintado ni medio cuadro decente o compuesto una melodía pegadiza²², al contrario: los poderosos son esos señores, o señoras, que se compran o patrocinan el arte de los grandes talentos, cuanto más muertos de

¹⁸ Sobre su relación literaria, intelectual y personal: <https://www.lasicilia.es/blog/vazquez-montalban-y-leonardo-sciascia-dos-seguidores-sui-generis-de-la-novela-policiaica-por-caterina-briguglia>

¹⁹ “Sciascia y Sicilia o la metáfora de la posmodernidad”, en *El escriba sentado*, pág. 131.

²⁰ Pero no es lo mismo en esto ser italiano que español, no sólo por la existencia de las ya extintas Brigadas Rojas, sino por esta impagable anécdota que cuenta Fernando Díaz Plaza en *El italiano y los siete pecados capitales* (Alianza, pg. 120): *En una recepción romana, un diplomático español se quejó a un colega americano de la poca ayuda económica prestada a su país, en comparación con la que había enviado a Italia, la ex enemiga. “Pero hombre —contestó el de los Estados Unidos— ¿para qué íbamos a mandársela? Ustedes son anticomunistas gratis”.* No hay más comentarios, excepto que parece que seguimos siendo exactamente los mismos.

²¹ El poder, curiosamente, también que le encontraba sumamente interesante a él, y por los motivos correctos y esperables: <https://www.infobae.com/america/mundo/2020/09/26/cuando-la-cia-elogiaba-al-filosofo-michel-foucault-por-considerarlo-funcional-al-sistema/>

²² Ya, ya, veo venir la objeción del emperador Marco Aurelio. Marco Aurelio era un gran escritor, pero téngase en cuenta que el trasfondo de todo lo que pensaba, el estoicismo, tenía ya nada menos que seis siglos de antigüedad cuando él se puso a realizar su contribución, y en ese tiempo los grandes autores del estoicismo, tanto en el plano rigurosamente filosófico, que Marco Aurelio apenas tocó, como en el literario, *vergigratia* Séneca, ya habían llevado la escuela hasta su cumbre. Algo semejante ocurre con los grandes escritores que han sido aristócratas, como Platón, Chateaubriand, Byron o Pardo Bazán, que para cuando se pusieron a escribir su rango y abolengo ya no valía nada ni creía nadie realmente en él.

hambre mejor, porque saben de su propia mediocridad. Tan mediocres son que ni siquiera han aportado al legado de la humanidad ni un chiste, salvo los chistes que el pueblo ha hecho si acaso a propósito de ellos. De modo que si el poder, o los poderosos, pudieran tener algún interés, o bien es por pura admiración de los débiles ante la asertividad de la fuerza (la legión de espectadores que aman la saga de *El padrino* ya mencionada²³, o que adoran a Donald Trump), o justamente por aquello que tanto gustaba a Foucault, o sea, por su perfil criminal. No se entiende bien, por cierto, porque a Foucault le apasionaba tanto la vida de los hombres infames de abajo y no la de los hombres infames de arriba... Sciascia no padecía esa contradicción, tal vez pequeñoburguesa. Sciascia reconoció en una ocasión que la Mafia era un atraso, una pústula, una rémora irracional (los calificativos son míos) de las sociedades actuales, pero que a la vez era estimulante y épica...

De esa especie de obnubilación hacia a lo omnímodo e invencible del poder, como si el escritor hubiera quedado hipnotizado por un áspid momentos antes de ser picado por ella, es de donde nació esa pesadilla que es *Todo modo*. Vázquez Montalbán, que padecía el mismo hechizo²⁴, que estaba convencido también de esa cosa hiperbólica y más bien errónea que dijo Sciascia, eso de que “nunca se sabrá ninguna verdad respecto a hechos políticos que tengan relación, incluso mínimamente, con la gestión del poder”, jamás podría haber concebido un infierno así, porque era mucho más sentimental. *Todo modo* es el precipitado de todas las neurosis de los años sesenta, es decir, de la Guerra Fría -del espionaje tanto como del temor nuclear-, de Vietnam y Chile, del Che y Cuba, etc., todo eso removido y además agitado, en contra de James Bond. Sciascia introdujo en *Todo modo* la suma de su odio a la impunidad del poder y lo convirtió en la danza siniestra de los poderosos, y un lector (o espectador de la película de Elio Petri, que es terrorífica) actual podría pensar que el escritor se había vuelto completamente loco, si no fuera porque no mucho después de la publicación de la novelita la Italia del Partido Democristiano que había permitido el asesinato de Aldo Moro descubría una buena mañana que una logia masónica llamada Propaganda Dos había gobernado el país de modo ilegítimo y delictivo con la complicidad de 30 generales, 38 diputados, 4 ministros, algunos ex primeros ministros, redactores de diferentes medios de comunicación, ejecutivos de televisión, empresarios, banqueros, jefes de espionaje, 58 profesores universitarios y 18 jueces. *Las parroquias de Regalpetra*, *La hora de la lechuza* y *A cada cual lo suyo* elevadas a categoría nacional y multiplicadas por el esperpento oligocrático y oligofrénico de *Todo modo*. Que te enteras y te preguntas que si habrá habido nunca democracia... Pero, a la vez, y si uno es sincero consigo mismo, debes confesarte que en los civilizados países del norte de Europa hay que ver lo que se aburren (o se aburrían, hasta que se inventaron su propio género político/policiaco, a menudo más suavizado...)

En fin, lean o releen a Leonardo Sciascia, un gran tipo que escribía muy bien, que fumaba demasiado y que practicaba aquello que señalaba Simone Weil de entender la moralidad como una modalidad de la atención... Les va a parecer un intelectual (no sé si tanto como un filósofo: creo que sombrero no llevaba...) de otro siglo y de otro humor, cuando las cosas se tomaban más en serio y mordían más, con más saña. Desde entonces hasta ahora hemos sido adiestrados para la insensibilidad y la ludificación, con la consecuencia de que nos las van a meter dobladas, con toda probabilidad -el primero Zuckerberg, ahora que se pasa al narco digital...-, pero con mucho mayor gusto de nuestra parte. Lo que le ocurría a Sciascia, a Manolo, y quizá también a Foucault, es que tenían el sentido de la dignidad humana muy agudizado, algo que en esta vida únicamente te puede conducir al sufrimiento -pero, sin duda, también a menudo al Genio...

²³ Una de las cosas más graves que se cuentan en la saga es el tránsito de la Mafia neoyorkina al tráfico de drogas, algo que estaba rigurosamente vedado en la Sicilia natal de los Corleone. Ese paso, ese borramiento de una importante línea roja moral es en todo semejante a lo que hoy está intentando realizar Mark Zuckerberg: <https://youtu.be/t0YISpMcfuM>

²⁴ <https://hyperbole.es/2019/01/manuel-vazquez-montalban-como-escritor-de-terror/>

Ananké

Hoy nos da mucha lástima la naturaleza, *natural/naturans* y *natural/naturata*, pero hay que recordar que hubo un tiempo, excepcionalmente largo, en que fue ella la que nos tuvo sometidos a nosotros. Nuestros antepasados, en efecto, vivieron un mundo durísimo, inimaginablemente áspero para nosotros hoy, en el que reinaba de modo inclemente la Necesidad -*Ananké*, en griego arcaico-, Necesidad natural tanto como Necesidad política, y a casi nadie se le ocurría osar siquiera contestar tímidamente a ese poder incontrovertible. Las noches eran oscuras como la boca del lobo, los bosques estaban llenos de alimañas, los reyes eran seres imponentes, y el futuro consistía en la eterna repetición de la penuria. Paradójicamente, la gente era más alegre entonces que ahora. Precisamente porque vivían enjaulados en un calabozo de fatalidades (el mundo estaba lleno de paredes, era todo él muro tras muro y muros doquiera), resultaba más sencilla la resignación y el vivir al día. Cuando estás ocupadísimo en trabajar como una mula, pagar diezmos y tributos, sufrir un miedo permanente a las bestias, los dioses, el señor feudal y la meteorología no tienes tiempo ni cuerpo para pensar en la felicidad, simplemente matas el escaso tiempo libre en burdeles, templos y tabernas, que, aunque parezca que no, venían a ser lo mismo.

En el siglo XXI, en cambio, padecemos la angustia diametralmente opuesta. Nada tiene paredes, todos los muros han caído. Hasta el Universo mismo, el paradigma mismo de la firmeza para los antiguos -de ahí “firmamento”...-, nos inculcan que es enorme, a la vez que diminuto; totalitario, a la vez que azaroso; e irrebasable, al tiempo que abierto. Porque si ni el propio Big-Bang tuvo razón de ser, y bien pudiera no haber sido, y el Universo mismo en que vagamos perdidos es uno entre una infinidad de combinaciones posibles, entonces es inevitable concluir que la existencia es completamente irrelevante, mientras que para nuestros tatarabuelos era todo menos eso. Antes del siglo XVIII europeo, por poner fechas y lugares, vivir era difícil, pero jamás absurdo. Cada ritual, cada oficio, cada mera vestimenta parecía eterna e inexorable, pero a cambio todo lo que sucedía en la Tierra era de un valor extremo. La libertad era poca, muy poca y a muy alto precio, pero sabía a gloria, como el sexo. Año 2023 y estamos ahitos de libertad, en una especie de condena a la libertad (por llevar mucho más lejos el ingenioso retruécano de Jean-Paul) de la que más bien nos gustaría librarnos. Sabemos, hoy, y además es completamente cierto, que todo, todo en este mundo, desde el Género hasta las sacrosantas Leyes de la Física, podría ser de otra manera, ¡de una miríada de maneras distintas!, y esa es nuestra peculiar versión de *Ananké*, de la Necesidad. Dicho con otras palabras: antes de la Revolución Industrial la especie humana pasaba arduas e insufribles necesidades, y de ahí que saborease a tope las muy infrecuentes alternativas a la soberanía cósmica y política; después de la Revolución Industrial todo ha sido profanado a nuestro servicio, es verdad, y nos lo pasamos como niños, es cierto, pero el Destino sigue ahí, manifestándose en la forma del *Ab-Grund*, de no-fundamento. Occidente, y con él el resto del planeta, ha pasado de estar agobiado por la Necesidad a estar agobiado por la Contingencia. Va un ejemplo tomado de la vida cotidiana. Un señor nacido en el Quattrocento se miraba en un espejo -ya existían los espejos- y asumía la fea cara que veía reflejada en él, a partir de la cual obraba felizmente en el margen de sus estrechas posibilidades; una señora nacida hoy, en un país de los llamados desarrollados, contempla su fea cara en un espejo -el del móvil, que tiene filtros-, y lo primero que piensa es en cuáles amargas modificaciones se va a tener que hacer en una clínica de cirugía estética...

Tener un Cielo implacable sobre nuestras cabezas era ya un yugo muy pesado sobre nosotros, pero haberlo sustituido por un Suelo que continuamente se abre bajo nuestros pies no lo es menos. Pensar la naturaleza en términos del bucolismo grecolatino es fácil en regiones templadas del globo, pero ponte a ser Virgilio en plena Siberia. No hace falta en absoluto ser un energúmeno ecofascista para entender que la venganza no ha sido la de la naturaleza sobre el hombre en la forma del calentamiento global, sino que lo que ha sucedido realmente ha sido la venganza del hombre sobre la temible *Ananké*. No obstante, es preciso encontrar el famoso y aristotélico término medio. El otro día escuché a un nutricionista decir que la supuesta dieta equilibrada existe, pero no es la mediterránea, o no sólo, sino que existen un sin fin de dietas equilibradas, dependiendo de la herencia genética y también del gusto cultural correspondiente. Análogamente, de nada sirve habernos librado del hechicero de la tribu que fungía de intermediario entre el hombre y las potencias oscuras de la naturaleza para haber sustituido el espanto primigenio por el vértigo de la incertidumbre absoluta (ejemplo banal: tú hoy preguntas a alguien qué música le gusta y resulta que a todos nos gusta todo tipo de música, o sea: todas y ninguna).

Ni Cielo cerrado ni Suelo agujereado: la Libertad se mueve entre espacios de Necesidad...

“Cyrano de Bergerac” como manual de autoayuda

El día aciago que se inventaron las armas de fuego la historia de la humanidad descarriló una vez más. Ya se podía matar a distancia (en realidad se podía antes: los ágiles ballesteros acabaron con el predominio del caballero medieval acorazado y repartiendo mandobles), pero encima haciendo mucho ruido -el Bruce Wayne/Batman de Frank Miller tenía eso en contra de los fusiles: no son callados, no son precisos, son el arma torpe de nuestro torpe enemigo, algo así decía- y nublando con humo la vista de los infantes de ambos bandos. Los cañones también desempeñaban el mismo papel acústico, sibilino y visual: con la artillería del adversario delante sembrando el caos no hay caballero capaz de lucir en público y en tan señalada ocasión su valor, su destreza en la esgrima y su pericia en la equitación. Un inútil cualquiera del campo contrario enciende una mecha y se acabaron todos esos años de preparación y entrenamiento del oficial vestido de gala. En las guerras actuales todo es aún peor, a mi juicio, porque ahora tenemos los francotiradores²⁵, las minas antipersona, los bombardeos desde el aire y los drones, los malhadados drones. La guerra con drones ya no es guerra, porque no se da el caso de que un dron luche contra otro dron, sino que un dron es como la cirugía laparoscópica de la guerra moderna: extermina de modo teledirigido únicamente aquella zona exacta que tiene que exterminar, y es el mercenario perfecto, porque opera sin emoción alguna justo lo que su comprador le ha exigido que opere. No echo nada de menos la era de las guerras como trato de descortesía habitual entre las naciones -otros sí, los jugadores del *Call of Duty* y demás videojuegos de liquidar contrincantes sin necesidad de hacer puntería parecen sentir nostalgia...-, pero encuentro algo descorazonador que la gente, en general, haya cambiado aquellos estupendos antídotos contra la depresión y el *ennui* que eran, tanto para los machos muy machos como para las hembras muy hembras, el montar a caballo, el escribir versos, el practicar la esgrima y el acudir a bailes de relumbrón en los que nadie tocaba más allá de la mano de su pareja de vals o de polka y donde todos eran muy educados, respetuosos y se dejaban las drogas en casa -aunque a saber cómo serían los *afterhours* de entonces, parece que el monje Rasputín se lo sabía montar... Los ansiolíticos actuales están muy bien, las terapias están muy bien, los manuales de autoayuda están muy bien, los grupos de apoyo son estupendos, pero que queréis que os diga, algo tienen esas punteras soluciones contra la tristeza, el aislamiento y los vicios que a mí me entristecen, aíslan y “vician” todavía más...

Eso es lo que he pensado hoy viendo por décima vez *Cyrano de Bergerac*, esta vez con mis hijos, la versión de 1990 de Gerard Depardieu. Soy casi más fan de la de José Ferrer de 1950, pero no podía obligar a mis niños al blanco y negro, mis hijos no son Carlos Boyero. Ferrer estaba más flaco que Depardieu, pero sobre todo tenía de natural una nariz más adecuada. Pero eso es igual. A mis hijos les he prometido que verían los primeros veinte minutos más espectaculares de la historia del cine mundial, y han picado (de nuevo, no podía ponerles el grandioso plano-secuencia de *Sed de mal*²⁶, por ejemplo, porque ya he dicho que mis niños no son el señor Boyero). “¡¡Y al finalizar, te hiero!!”: les ha gustado tanto que en comparación lo del amor platón-

²⁵ Pérez-Reverte cuenta en el viejo *Territorio Comanche* algo espantoso y asqueroso a la par. Francotiradores de los Balcanes que esperaban apostados en un tejado, veían salir de casa a una víctima, le pegaban un tiro en la pierna, y cuando sus parientes acudían aterrados a auxiliarla entonces hacían su agosto. Ese era su trabajo, su deber militar... Simone Weil escribió que “la historia es un tejido de bajezas y crueldades donde de tarde en tarde brillan unas gotas de pureza”...

²⁶ El chalado y charlatán -hay charlatanes chalados de verdadero genio- de Alejandro Jodorowsky quiso rodar el *Dune* de Frank Herbert, y lo primero que se le ocurrió fue batir a Orson Welles con un plano-secuencia que iba desde la pro-

nico y por persona interpuesta hacia la bella Roxane lo he tenido que dejar para dentro de unos años. Cuando Edmond Rostand estrenó su obra en 1897 esperaba un fracaso total, y obtuvo una ovación de 25 minutos. Yo la he visto, la he leído y hasta he leído al hijo de Rostand, Jean Rostand, que era biólogo, tan larga fue para mí la sombra con sombrero y espada de Monsieur de Bergerac. Desde luego, la obra es una exageración romántica y una deformación flagrante del barroco francés, pero como decía Alejandro Dumas padre por aquellos mismos años, “cierto que hago de la historia ficción, pero reconózcaseme que son ficciones brillantes...” Y además yo creo que podría de verdad servir de autoayuda mucho más que la farmacopea, los manuales del perfecto vendedor, los discursos de motivación de Steve Jobs y las terapias en que la gente confiesa que sufre fobia social. Para empezar, Cyrano lo que confiesa es muy distinto, confiesa de entrada que ya que nació con esa nariz superlativa, como la que Quevedo atribuía a Góngora, pues entonces se había propuesto decididamente “ser un hombre admirable, y no un pillo”. Admirable en las armas, se entiende, pero también en las letras y en el ejercicio de la virtud (“yo llevo moralmente la elegancia”, afirma también poco después). Sólo eso, como arranque de un programa vital a prueba de dudosas terapias o de derrotas definitivas, ya es digno de erigirse en el más exitoso de los métodos para sacarse a uno mismo del hoyo, además de ser el más barato. Precisamente porque Cyrano se hizo a sí mismo en su mocedad esa promesa, la promesa de ser el mejor amigo de sí mismo y su más fiel aliado, podrá sufrir decaimientos y melancolías, sí, que es de lo que trata toda la trama de Rostand, pero jamás rendirse ni vivir pendiente del juicio de los demás, que es lo que constituía el “infierno” en vida para el joven y sensible (en vez de nariz tenía bisojo...) Jean Paul Sartre.

En *El apartamento*, de Billy Wilder, había un personaje que solemos olvidar y que es el vecino alemán de Jack Lemmon. Recuerden que es doctor, y es el que asiste a Shirley MacLaine cuando intenta suicidarse. Como el doctor piensa que la culpa del desfallecimiento de la chica está en las calaveradas de Lemmon, le insta a ser un hombre, a ser “un Mensch”. *Mensch* en alemán significa “ser humano”, de manera que el doctor no está siendo machista, no le está pidiendo que se comporte “como un hombre”, sino como un ser humano decente, sin importar su sexo. Es decir, que le está invitando también a ser “un hombre admirable, y no un pillo”. Hoy eso nos parece mucho pedir, porque nos llegan desde todas partes mensajes morales diversos, y para colmo contradictorios, que yo creo que se pueden sintetizar en dos. El primero es un eco del *Carpe diem* horaciano o del *Collige, virgo, rosas* (“recoge, doncella, las rosas”) de Ausonio, según el cual lo que el individuo debe procurar es exprimir la vida y potenciar el instante. “No hay nada más allá del instante presente”, han aseverado un millón de filósofos aficionados y de publicistas avezados. Y lo malo no es que sea mentira -prueba a decírselo a tu casero cuando te exija la renta, pongamos por caso-, lo malo es que mientras que tú estás tratando de volcar todo el sentido de tu precaria existencia en este preciso momento vivido, los demás siguen a lo suyo, que es hacer carrera y ganar dinero o posición. En rigor, un politoxicómano es el ser que más apura el instante, a la vez que destruye su vida y su cuerpo. Pero la economía capitalista fomenta desmesuradamente el consejo horaciano, ya que constituye claramente un mandato a gastar dinero y consumir productos fungibles, hasta el punto de que el propio capitalismo es el estilo económico que, como estamos viendo en la actualidad, se mantiene pujante a base de aniquilar toda perspectiva de futuro. Ahora bien, justamente porque ya sabemos eso, porque sabemos que el futuro peligra, el otro mensaje que nos llega hoy -muy realzado este último año y medio por la pandemia- es el de comprendernos a nosotros mismos como seres frágiles y vulnerables, menesterosos de las relaciones con los demás y con el entorno. Esto, que es cierto para el individuo, no lo es desde luego para la especie, esa

fundidad del universo, supercúmulo a cúmulo y galaxia a sistema planetario hasta llegar a una concreta nave en mitad del oscuro atacada por unos piratas. Nada menos. Alejandro, la hierba legal, pero dosificada...

especie tan sumamente poderosa que ha sido capaz de revertir el estado de sujeción que padecía con respecto a la naturaleza que la creó para convertirla en sierva suya. No obstante, aún siendo cierto para el individuo dentro de la comunidad, tampoco es algo que convenga decir muy alto. No conviene, en efecto, en un sistema altamente competitivo y despiadado como es el capitalista ir por ahí diciendo que uno es débil y dependiente, y conviene mucho menos aún al movimiento feminista, que no consigue por este camino, tal como yo lo veo, más que confirmar los más rancios prejuicios patriarcales sobre la condición delicada de la mujer.

Así que yo, al menos, ni deseo machacar el instante, que es trampa y no da para tanto, ni, siendo como soy frágil, pienso convertir esa vulnerabilidad en bandera de mis actos. Cyrano, el Cyrano de ficción²⁷, es un estoico, y el estoicismo tiene la gran pega de que es una ética de solitarios empedernidos (algo manifiesto en la obra en el final del magnífico monólogo “¡no gracias!”: *Sólo al que vale reconocer los méritos / no pagar jamás por favores pretéritos / renunciar para siempre a cadenas y protocolo. / Posiblemente no volar muy alto, pero volar solo...*), pero al mismo tiempo la gran ventaja de no esperar más recompensa que la que uno pueda otorgarse a sí mismo. Eso es lo que explica lo muy jactancioso e inmodesto que es Cyrano, porque esa chulería contraproducente es la única recompensa que tiene, y desde luego la única que le es lícito darse a sí mismo. Cyrano sabe de sobra que va a terminar mal, como guerrero y como amante, de modo que apuesta por una victoria simbólica. Las victorias reales ya están preasignadas, y suelen llevarse siempre personajes como el cínico Conde de Guiche, sencillamente porque nunca dan la cara, porque libran sus batallas valiéndose de ballestas, cañones o drones. Los que de verdad dan la cara -a veces una cara en cuya nariz podrían anidar pájaros- terminan rompiéndose, y eso reconozco que no parece muy alentador como autoayuda, pero es menos inerte y más humano que terminar acudiendo a terapias, tomando pastillas o leyendo absurdos libros que recomiendan una y otra vez, hasta la náusea, el *Carpe Diem* capitalista y la religión de la fragilidad mal mezcladas. Con el *Cyrano* de Rostand, al menos, puedes atesorar estas palabras, que son inútiles, cosméticas e incluso masoquistas, para qué nos vamos a engañar, mas sin duda también victoriosas, irredentas y cien veces mejores que probar a irse de compras:

Sí, todo me lo quitaréis, el laurel y la rosa. Lleváoslos, pero me queda una cosa que llevo. Y esta noche, cuando entre en la casa de Dios, brillará intensamente mientras diga mi adiós algo que immaculado meceré en un arrullo, y me lo llevaré para siempre, y eso es... mi orgullo.

(Y, si uno no se siente a diario de un ánimo tan heroico, también puede ensayar en los ratos malos a ser como el pastelero Ragueneau, un personaje grande y generoso también en la obra de Rostand).

²⁷ La excelente película *Al filo de la noticia*, dirigida por James L. Brooks en 1987, es también un Cyrano de ficción encubierto, con la diferencia de que allí Roxane -Holly Hunter como directora de un informativo- adquiere un papel más protagónico que el propio Cyrano. Y lo merece, ciertamente, ya que Roxane, al final de la obra de Rostand, había demostrado una lealtad y una altura espiritual que hacían creíble esta versión contemporánea, con ella como sujeto ético.

Twenty years after: del 11-S como sorpresa letal

En 2003, el filósofo francés Jean Baudrillard quiso en gran medida repetir el sortilegio que ya había realizado sobre la Guerra del Golfo y que tanta notoriedad le había reportado: comenzar declarando que tal suceso de envergadura planetaria no había sucedido para a continuación enredar al desprevenido lector en una no larga, pero si especiosa consideración acerca de lo que sí, pero no, o no, pero sí, es real en el mundo globalizado del espectáculo total. Puesto que ya de suyo el término “real” es sumamente complejo -si es que la Realidad no es eso mismo: la complejidad máxima en cuanto tal- en cuanto empiezas a mirarlo un poco por dentro, imaginaos lo que implica un filósofo francés sacándole punta a la cosa en la era de la apropiación completa del significado de los acontecimientos por los llamados medios de comunicación de masas. Esa repetición, pero aplicada esta vez al atentado terrorista y posterior derrumbe de las Twin Towers de Nueva York, resultó un regalo de oro para Baudrillard, ya que ahora podía prolongar sus confundentes disquisiciones ontoteológicas en base a un material mucho más sabroso, nada menos que una secuencia de imágenes de corta duración enormemente más impactantes que una simple guerra -creemos haber visto muchas guerras en el cine- y enteramente acotables y bidimensionales. Quiero decir que la dimensión de una guerra es difícil de ubicar y roturar en la especie de un docudrama propagandístico, mientras que la catástrofe de las Torres Gemelas... bueno, eso es la píldora mediática perfecta: absolutamente centrado en dos figuras perfectamente delineadas sobre el cielo monocromo, un evento inequívoco, el fuego como resultado inmediato y las pobres víctimas lanzándose al vacío después. Ni Riefenstahl ni Warhol ni Kubrick ni los publicistas de la Coca-Cola lo podrían haber soñado mejor. Es, sin duda, el videoarte más conseguido de la historia de la humanidad, y lo es también, diga lo que diga Baudrillard, porque la desgracia es radicalmente cierta, y mucha gente murió absurdamente allí...

No obstante hay algunos tramos del artículo de Baudrillard, titulado *La violencia del mundo*, que merecen comentario, sobre todo al final (completo en: <http://mastor.cl/blog/wp-content/uploads/2017/05/Baudrillard.-La-violencia-del-mundo.pdf>). Naturalmente, Baudrillard viene a decir lo mismo que diría cualquier intelectual en su lugar, sólo que otros lo harían de modo menos enigmático, es a saber: que nos los hemos ganado a pulso. Este es el pasaje en cuestión, más previsible que la conducta de Homer Simpson votando en las últimas elecciones presidenciales de EEUU: “Pero es el sistema mismo el que ha creado las condiciones objetivas de esta reacción brutal: recogiendo para sí todas las cartas, termina por forzar al Otro a cambiar el juego y a cambiar las reglas de ese juego. Estas nuevas reglas son feroces, porque apuesta es feroz. A un sistema al que el exceso de potencia le plantea un desafío insoluble, los terroristas responden con un acto del que el intercambio mismo es insoluble e imposible. Se trata, por ende de terror contra terror.” (pág. 29, Baudrillard/Morín, Libros del zorzal).

Pues eso, que Occidente, en su hegemonía absoluta sobre las redes de transmisión de sentido del mundo (ya sea ese sentido vehiculado por imágenes de autoafirmación civilizatoria, o por flujos de estimulación del deseo, ante todo y sobre todo sexual, o por el tejido material mismo de la producción y el consumo de mercancías, imágenes y deseos) tras la caída del imperio soviético, ha forzado tanto la máquina que no solamente se ha creado enemigos irreconciliables en los bordes mismos de su dominios, sino que, según Baudrillard, hasta busca ya su propia auto-destrucción -es como el gigante que ha obtenido un triunfo tan colosal en el plano de la humana

historia que se ha quedado completamente solo y ya sólo anhela morir... Hay, aquí, un poco de Freud encubierto, por aquello de la pulsión tanática, y un poco de teología también, puesto que si imaginamos, en una pirueta dialéctica, al Satán de John Milton ganándole la partida a Dios, el único paso lógico siguiente para él sería el suicidio y con ello la instauración irrevocable de la Nada... Vale, lo aceptamos. Pero en la frase siguiente viene lo que pretendía yo comentar, pues es entonces cuando Baudrillard añade que “Ahora bien, el terror no es la violencia. No es una violencia real, determinada, histórica, aquella que tiene una causa y un fin. El terror no posee un fin, es un fenómeno extremo, es decir, que está más allá de su finalidad, de alguna manera: es más violento que la violencia. Cualquier violencia tradicional, hoy, regenera el sistema, siempre y cuando ésta tenga un sentido. Sólo amenaza realmente al sistema la violencia simbólica, aquella que no tiene sentido y no conlleva ninguna alternativa ideológica. Ahora, el terrorismo no implica, esto es evidente, ninguna alternativa ideológica o política. Es en este punto precisamente que construye acontecimiento y que es objeto de un júbilo particular: en el pasaje al acto simbólico, disfrute que no encontramos jamás en lo real o en el orden real de las cosas.” (pág. 30, casi al final del texto, *Ibidem*)

Hay que leerlo tres o cuatro veces para creerlo. Es ese tipo de declaraciones que le hacen a un@ soltar un “perdoonaaaaaaa...” De modo que lo que a Baudrillard se le habría ocurrido, tras dos años que cavilar en el suceso, es que, primero, no hay nada que entender en la masacre del 11-S; después, que no hay ninguna trama ni interés concreto que reconstruir tras el telón de la posible mano que comete los atentados. Por tanto, que según el filósofo no hay “cui prodest”, que aquello ni benefició ni dejó de beneficiar a nadie, que el hecho de que la gente muriese de modo horrible aquel infausto día es menos violento que la violencia “simbólica” y, para rematar, en el colmo ya de la prestidigitación filosófica, que en un acto simbólico tiene lugar un cierto “júbilo” que pone al conjunto del sistema en un peligro mayor que en una acción de enfrentamiento real. Dicho con mis palabras: que Javier Krahe, cuando rodó el video aquel de *Cómo cocinar un Cristo*, hizo más daño a la Santa Iglesia Católica que todos los templos que ardieron en España el año '36. En tal caso, si uno es enemigo de la todavía enorme influencia de la Iglesia en nuestro país, lo último que debe hacer es salir a la calle a protestar por la injusta e inconstitucional exención del impuesto del IBI sobre la piadosa institución, siendo harto más preferible quedarte en casa diseñando un meme jocoso sobre los privilegios de la Iglesia. ¿Y quién razonaría de esta original y sutilísima manera? Pues un doctor de la Iglesia, naturalmente. Con el texto de Baudrillard ocurre tres cuartos de lo mismo. ¿A quién le encantaría escuchar que no hay nada que investigar en los terribles acontecimientos del 11-S, que los terroristas no buscaban objetivo político alguno dado que no poseían ideología alguna, y que en el fondo no eran más que finos estetas que mediante su brutalidad legaron al mundo la más incondicional de las obras de arte, la Obra de Arte Total, proporcionándonos un “disfrute que no encontramos jamás en lo real o en el orden real de las cosas”? —a mí esto me recuerda mucho al primero de la primera temporada de *Black Mirror*, *Himno nacional*...

Baudrillard consigue, valiéndose de un “de alguna manera” y un “esto es evidente” completamente tramposos, parecer un crítico del sistema y al mismo tiempo ser su más eficiente paladín. De nuevo, mi pregunta: no hay responsables, los responsables si acaso lo son a la manera de artistas, no hay nada que averiguar, quedaos con esos minutos grabados para la eternidad... ¿quién se convencería de esta original y sutilísima manera? Pues Condoleezza Rice, Colin Powell, Dick Cheney y, en general, todo el gabinete presidencial de George W. Bush en aquellos años de plomo. La filosofía, voluntariamente o no, como cortina de humo de la geo-estrategia global. Pero eso no lo peor, lo peor es que como nunca sabremos qué ocurrió en realidad (<https://humorextrane.wordpress.com/2020/09/11/el-11-s-y-los-mayas/>), o por qué ocurrió lo que ocurrió y con esa

como tan espléndidamente perfilada puesta en escena, pues desde entonces hasta ahora nos hemos acostumbrado ya a no pedir explicación de nada. Las calamidades muy gordas como la caída de Lehman Brothers, la pandemia o el retorno de los talibanes son “singularidades”, como dice Baudrillard, “cosas que pasan” suele decir el católico ciudadano español... Están ahí para combatir la rutina del orden real de las cosas, para servir de significantes aunque sin significado ni referente claro -pero no sin ataúdes o familias destrozadas...-; el devenir de repente se nos ha convertido en algo muy extraño, incontrolable, lábil y escurridizo. Con esto de la pandemia hemos recibido y celebrado un millón de chistes que trataban precisamente de eso, de que toda expectativa de regularidad ha perdido el norte. Hoy es la pandemia, mañana serán los zombis y pasado mañana será Skynet. Sería hasta divertido si no fuera porque detrás de la pandemia están las macrogranjas, detrás de los zombis estará una empresa de comercialización y degustación de cerebros humanos y detrás de Skynet claramente tendremos a Mark Zuckerberg con cincuenta años acariciando un gato persa. A los 20 años del 11-S, lo que conmemoramos es el fatal precedente de que se nos puede herir hasta lo más hondo (y manipular hasta lo más hondo) sin que pase nada, sin que el horror tenga consecuencia alguna.

Bin Laden, supuestamente, murió, pero al margen de eso, que no es más que un truco muy viejo -de modo ancestral se viene practicando el ritual del chivo expiatorio, como estudió René Girard- “11-S” no es más que un icono pop que connota el miedo al futuro entendido ahora el futuro no como progreso, sino como sorpresa letal...

El intríngulis de la posverdad

Había un cuento corto de Juan Perucho en una recopilación de la editorial Alianza, más bien un apólogo, que él dedicaba, me parece, a Sigmund Freud, pero que en mi opinión era mejor que el Psicoanálisis en general. Trataba, si no recuerdo mal, de un padre como de pueblo o de ambiente en todo caso rural o medieval que acudía espantado al médico local con el anuncio de que su esposa y su hijo se habían transformado en animales, a saber cuáles, pongamos que camello ella y ratón el chaval. El médico acude raudo al humilde hogar, preocupado por si se trata de un caso de brujería, y allí descubre que no, que la mujer sigue teniendo hechuras de mujer y el rapaz de rapaz, de modo que, intuitivo como él solo, entiende que lo que pasa es que el hombre ya no soporta a su familia, y por una maniobra elemental de desplazamiento prefiere creer que vive en una suerte de belén viviente (esto lo injerto yo, no es de Perucho, él lo que dice es que el médico se dió cuenta de que la animalidad no está en las personas, sino en los ojos del que las juzga; Freud, por ejemplo, añadiría yo) a admitir que ya no le gusta su vida, que todo su ser clama por huir de allí. Es verdad que toda la conseja resulta un poco machista, pero no es por ahí que quería atacarla yo. La encuentro una muy buena parábola porque sirve también para explicar eso que hoy llamamos de modo bastante comercial o mercantil (se venden mil libros con ese neologismo en el título) “posverdad”, es decir, la proliferación y, sobre todo, grandísima eficacia propagandística de los bulos o trolas de toda la vida por los circuitos emocionales de un país, un sector e incluso del planeta entero. ¿Por qué, después de todo, la gente se ha tragado las patrañas del Brexit, los disparates de Trump, las chuminadas de Díaz Ayuso o de Fakejóo? Pues, sencillamente, porque no son capaces de reconocer que su vida no les gusta y en vez de cambiarla prefieren pensar que efectivamente y como por ensalmo se hallan rodeados de figuras de fantasía, a las que es mucho más grato temer, como el tipo del cuento de Perucho. El sueño de la razón produce monstruos, ya se sabe...

Mi amigo Alejandro Escudero me dijo ayer algo muy perspicaz, y es que la posverdad es lo propio del dogmatismo que se aprovecha del ambiente relativista generalizado. Me explico, o sea, explico la posición de Alejandro. Resulta curiosísimo que hasta hace no mucho tiempo se acusase a la posmodernidad, así, a bulto, de “relativista”, y todavía hay gente que a la multiculturalidad la llama “multiculti”, ese tipo de mofa que también practicaba Gustavo Bueno para hacer escarnio de José Luís Rodríguez Zapatero. Por entonces, la gente sería era científicista, de derechas y partidarios de Alain Sokal, que en sus *Imposturas intelectuales* había desenmascarado el “embeleco francés”, como diría Machado. Ahora, en cambio, “la gente de bien”, por usar la expresión de Fakejóo, no han tenido más remedio que travestirse al posmodernismo les guste o no, tal como ellos lo entienden, porque si no no tienen manera de negar las vacunas o el cambio climático -valiéndose de la falacia de “la torre y el patio”, puesto que a la vez en cuestiones de género se mantienen aferrados fanáticamente al dimorfismo en materia sexual de raíz netamente dogmática y científicista, no vaya a ser que se nos corrompa la juventud... De forma que hoy no hay nadie más relativista que el Partido republicano de EEUU, *a fin -y este es el intríngulis mencionado y formulado por Alejandro- de que todos los demás enarbolan opiniones cuestionables y relativas* (Trump ha llegado a decir que los estudios científicos dependen de quien los pague, yendo mucho más lejos todavía que propia Sociología de la Ciencia...), *mientras que el que emite ese juicio se reserva para sí mismo la verdad*. El cambio climático es materia de “sistemas de

creencias”, pero, cuidado, el pucherazo en las últimas elecciones USA no, pese a que el primero sea netamente empírico y el segundo, por decirlo suavemente, “hipotético”. Es de coña, con perdón. ¿Qué se consigue con estos sucios enredos mentales? Pues es fácil: un refuerzo del viejo argumento de autoridad en detrimento de la independencia de criterio del ciudadano medio, ya que ahora, creer o no creer en el fraude electoral o en el calentamiento global va a depender no de observaciones, estadísticas o inferencias científicas o judiciales, sino del bando en que te sitúes previamente. Soy anti-vacunas porque confío en Trump, por ejemplo, porque Trump es mi líder, al margen de que lleven salvando vidas un buen cuarto de milenio...

Como se ve, el truco es coger el arma de tu anterior enemigo, ese que te envenenaba de “relativismo”, para usarla contra él en favor de un dogmatismo doblemente reforzado, puesto que va ligado ahora a una persona o a un partido, y no a un sesgo o sistema de creencias, como se dice últimamente. Pero escuchemos al propio Alejandro Escudero, antes de dejarnos engañar de nuevo por cierta gentuza pero también por el sordo prejuicio de nuestras propios miedos y aversiones, a lo vecino de Juan Perucho...

<https://canal.uned.es/video/62346e56b609233e7002cf54>

De la “vida filosófica”

La mente que encuentra su camino a lugares asombrosos es la mente del poeta; pero la mente que nunca encuentra el camino de vuelta es la mente del lunático.

G.K. Chesterton

Recuerdo una noticia casi chusca que apareció hace unos años en el diario español Público: <https://www.publico.es/internacional/hombre-recibe-disparo-durante-discusion.html>. Los hechos son para reír, de los filósofos o de los rusos, siempre tan dostoiévskianos o tan borrachos estos últimos (vodka significa «agüilla»: así de cariñoso y así de natural...); mas probablemente de ambos a la vez. Si hubiera sido por el glorioso fútbol, la disputa habría terminado peor, todo sería para llorar y no para reír y, sin embargo, todo el mundo lo comprendería mejor. Pero creo sinceramente que la filosofía misma no se merece esas risas, aunque sí se las hayan ganado muchos filósofos particulares, entre los que no se cuenta precisamente Kant, que era una persona absolutamente seria para el pensamiento así como para consigo mismo.

La filosofía no se lo merece, digo, porque en realidad nada como la filosofía ha insistido tanto en la aplicación directa, existencial, de la propia teoría, como si para actuar precisásemos siempre de una telaraña de ideas generada por nosotros mismos que prediseñase, como una retícula fantasmal, nuestros afanes cotidianos. Parece claro que la gente común apenas hace eso, sino que, más bien, o echa mano de las teorías existentes, o vive como le viene en gana -generalmente, esto segundo pretextando lo primero-, y por eso encontramos extravagante el caso de aquellos rusos elevado/pendencieros. De ahí la sempiterna pregunta con que se busca colapsar y silenciar al filósofo antes de haberle oído, ya se sabe, el «¿y esto para qué sirve?». Las respuestas a tal pregunta, amigos, siempre son patéticas, todas ellas, sobre eso no hay que engañarse. Y es que no hay por qué jugar a ese pueril y diminuto juego. La filosofía que no consiente una praxis inmediata es, sin duda, en muchos casos, filosofía en toda regla, y aquella que se promociona como acicate de la acción suele ser, en cambio, pensamiento gratificante o lo que es peor: crasa voluntad de poder. Voy a intentar, pues, formular esa pregunta bien, en su sitio, y espero que nadie quiera después pegarme por ello.

Fue, seguramente, la influencia histórica de las escuelas helenísticas la que nos ha hecho creer que la filosofía debe ser susceptible de aplicación o no ser, y que, cuando menos, el ámbito de esa realización efectiva está en la vida del propio filósofo, que si es consecuente con ella será considerado «sabio» con todos los honores (en aquella batalla histórica entre escuelas, por cierto, la victoria se la llevó esa doctrina de redención individual y dominio global que llamamos cristianismo). Sin embargo, esta actitud no está clara en los fundadores, que más bien entendían la filosofía como una propuesta de educación general e integral -paideia- para sus ciudades respectivas. Ciertamente Platón da lugar a ambigüedades: por un lado parece entender la filosofía como un diálogo especulativo interminable, pero por otro lado confía en la función soteriológica, salvadora, del pensamiento sobre la vida concreta. En mi opinión, ésta es la contribución fundamental de Platón a la que más hay que oponerse hoy, en vez de otras en las que, después de todo, no resultó tan errada.

Lo diré clara y contundentemente: la filosofía no salva el mundo, no dirige la historia, no evita la violencia, no cura de las pasiones ni va a arreglar tu vida, así de fácil. Olvida todo eso, busca otras esperanzas u otros consuelos. Si sanación es lo que te ofrecen, sospecha del sanador y de su remedio, o, si acaso, bázate únicamente en tu percepción de los resultados, pero sin pretender universalizarlos. Filosofía no es, después de todo, nada de eso, aunque se haya intentado muchas veces.

Filosofía es, en cambio, y como parece, discurso de conceptos, o sea, que empieza en conceptos, se desarrolla mediante conceptos y da lugar a conceptos. Un proceso que sólo refiere a la realidad como tema suya, pero nunca como aval o garantía. Los conceptos no son la realidad, ni siquiera nuestra experiencia plural de la realidad: yo concibo una montaña y eso que concibo no es la montaña ni puedo escalarlo y obtener minerales. Otra cosa es que sin concepto de montaña los hombres, a diferencia de las cabras, no sobreviviríamos ni un día en el Himalaya. Las cabras, como el resto de los animales, viven la aventura absoluta, mientras que los seres humanos abordamos la realidad con el equipamiento de simulaciones que la ponen cada vez más a nuestro servicio. Esa ventaja de la que partimos ni que decir tiene que nos ha hecho dueños de las cabras, de las montañas, y hasta, desdichadamente, de los demás hombres. De manera que no hay que subestimar a los conceptos cuando afirmo que la Filosofía tan solo se mueve entre ellos, pero tampoco hay que suponer que un concepto es capaz de apresar una realidad que inevitablemente se le escapa.

Hegel decía que la red de conceptos de una época congela el devenir histórico, ofreciéndonos de él una imagen estática y, por tanto, falsa, porque la realidad sigue en marcha y los deja atrás. Quien guía su vida por un concepto determinado congela su vida. Quien pide coherencia vital con una idea nos pide la ceguera voluntaria. Los conceptos sirven para muchas cosas, dependiendo de quién y para qué intereses se los use, o nadie se molestaría en parirlos, y a menudo un solo concepto da lugar a prácticas distintas, incluso a una y a la vez -o después- a su contraria.

La historia de la humanidad está llena de grandes personajes que se llevan las manos a la cabeza escandalizados por las consecuencias reales de sus conceptos: «¡no era eso, no era eso!», exclaman. A sus seguidores les ocurre igual, y se precipitan a justificar lo injustificable, en base a rebuscar y excavar entre las palabras originales del Mesías (también grandes personajes ha habido que debieran haber contemplado lo que desencadenaron, pero que murieron antes para su suerte). Pero es que no es el mundo el que tiene la culpa, ¿cómo demonios el mundo va a tener culpa alguna?; de haber una culpa, sería la de la con-fusión entre teoría y realidad, esto es: el ideal de la Verdad.

La Filosofía produce conceptos, y, claro, no es la única disciplina que lo hace, ni siquiera la más antigua; tan sólo, quizá, la más exigente. La Filosofía, por consiguiente, sirve para todo lo que se quiera que sirva, siempre que separemos cuidadosamente -y aún abstractamente- el momento de la ideación del momento del uso. No podemos, por ejemplo, dejar a los políticos la operación ideativa, porque nacerá adulterada desde el principio por sus propios fines corporativos e individuales en vez de dirigirse al bien colectivo, cuya promoción incesante es su presunta tarea profesional. Para lanzar teorías están las universidades, por ejemplo, en el bien entendido de que sean verdaderamente independientes.

De cualquier forma, aunque los conceptos como tales sean moralmente aceptables o reprobables conforme al uso para el que han sido alumbrados, el acto mismo de pensarlos se mantiene eternamente inocente. Y del mundo imprevisible, que luego los pone majestuosamente del revés, se puede decir decididamente lo mismo. En este sentido, la Filosofía hace lo que tiene que hacer, que es concebir, y rara es la noción que no adquiere una praxis posible, o varias, pero entonces la responsabilidad debe recaer mayoritariamente en este último extremo. Es por esta razón, creo

(muy weberiano estoy saliendo...), que la filosofía europea, desde la obra de Baruch Spinoza, ha puesto tanto énfasis en la libertad de expresión y pensamiento, marcando sin embargo taxativamente los límites en la acción. Y es por esta razón, también, que el ideal de la vida filosófica no es en modo alguno impracticable, pero en la conciencia de que no se está más cerca de la Realidad por ello -de que no se es, pues, más verdadero, más auténtico, ni nada parecido que el resto de nuestros congéneres por ello. La Realidad sobrepasa todo concepto, que no es más que un esquema selectivo de la realidad, y cuando un desconocido ruso se pelea con otro por la correcta interpretación de Kant en una húmeda bodega y no son pareja, pasemos tranquilamente de largo pero sin reírnos demasiado, que el planeta está repleto de inquietantes fanáticos parecidos a ellos que poseen los medios para hacer cosas realmente explosivas con sus malditas ideas...

Los geómetras actuales saben de sobra que un fractal no es real, por ejemplo, pero que sirve como modelo para, por ejemplo, dibujar la frecuencia de los latidos de un corazón sano; tras un siglo XX de puesta en práctica feroz de todas las ideologías concebibles, hora es ya de encontrar el «camino de vuelta» propio de una cabeza sana.

Bajo un fulgor albo y cuadrado...

*Apartarme de los ruidos que escuchábamos ayer...
Perderme en el olvido... solitario;
y echaré por tierra todo un mundo reaaaaaal
-desde tiempos de Eva- en un pozo sin foooooooooondo
Fuente Esperanza, Héroes del silencio*

Minecraft no es un videojuego cualquiera, a la manera de porquerías como el *Street Fighter* o el *Grand Theft Auto* y precedentes y descendientes más o menos básicos y ultraviolentos. Tiene su dialecto propio -oigo mucho a mis hijos, por ejemplo, el término “kraftear” (lo siento, a mi me suena en alemán, con “k”)-; los jugadores pueden pasarse días diseñando en su mundo particular, que es casi ilimitado y está por definir, sin tener que entrar en batalla alguna ni relacionarse con nadie más -modo “creativo” en vez de “supervivencia” o “pvp”-; la textura de los dichos mundos no disimula su factura irreal, sino que la destaca (los famosos “bloques”: aquí la inmersión completa en el juego es y será siempre imposible); el final consiste en un largo discurso filosófico algo hermético -de la tradición hermética, quiero decir- pero no obstante hermoso y esperanzador; puedes llenar el prado de vacas y otros pacíficos animales de granja así como el cielo de alegres loros de vistosos colores; y lo mejor de todo, en mi opinión, el gran detalle que redondea la idiosincrasia del juego, nunca peor dicho, el sello que caracteriza como una firma a sus habilidosos creadores²⁸, que es que el Sol está ahí arriba, presidiéndolo todo como el monarca eidético y único que soñó Platón, pero siendo extrañamente blanco y cuadrado²⁹... Hay otros videojuegos, literalmente miles, que plantean retos de largo alcance en los que podría enfrascarse un adulto durante meses, juegos de economía compleja de una hipotética urbe moderna, o de urbanismo concienzudo de la misma, o de sofisticadas relaciones sociales como *Los Sims* o *Second Life*, incluso, supongo, muchos más clandestinos que se pretenderán pornográficos (pero para eso ya está la célebre red social donde exhibir carne a cambio de dinero, *OnlyFans*...), la diferencia está en que ninguno de esos posee un sol cuadrado ni gustaría a los preadolescentes corrientes. Quizá por eso *Minecraft*, dicen algunos, es el videojuego más vendido del mundo, pero supongo que eso va por casas, y que cada una dirá lo mismo de su producto estrella en el mercado, ese mercado analógico nuestro que tiene al fake como moneda corriente...

La Física del *Minecraft* no es, dice mi hijo mayor, muy seria. Grandes plataformas macizas quedan flotando en el aire, los cursos de agua parecen estáticos y los personajes pueden volar. A cambio, la tierra vuelve a ser feraz y dar al hombre todo lo que necesita, tanto en el orden de las materias primas altamente diversificadas, del alimento o de las herramientas, como en el orden de los seres vivos más o menos tontos, peligrosos o esclavizables -se puede ser, me dice mi otro hijo varón³⁰, muy mala persona con los aldeanos en el *Minecraft*, siendo perfectamente posible explotarlos laboralmente o reducirlos a cautiverio permanente. Este mundo cuadrangular, además,

²⁸ Naturalmente, hace mucho ya que lo vendieron a Microsoft y de ellos nunca más se supo, pero son mencionados en el final casi como dioses, en términos parecidos a como la escuela pitagórica se refería al Maestro...

²⁹ Que es, si lo pensamos bien, la forma de las ubicuas pantallas. Es decir, como *Black Mirror* pero visto en positivo.

³⁰ A mi hija el rollo no le ha interesado lo más mínimo, pero conozco otras chicas de su edad a las que sí, no se crea.

tiene un Submundo o Inframundo -asimismo cuadrangular- como el de los antiguos griegos, y a él, como al Hades o al Olimpo arcaicos, se puede acceder por medios naturales y sin necesidad de morirse antes. Por supuesto, el juego te sugiere una misión épica, que tiene que ver con matar a una dragona y pasar un portal interdimensional, algo así de chorra, al estilo Conan el bárbaro, pero se puede uno mover perfectamente por ese entorno enteramente artificial y *sui generis* sin más tarea que la que quieras imponerte a ti mismo, tal y como sucede, por ejemplo, en un fin de semana en el campo. En el *Minecraft*, desde luego, no puedes ver la televisión, no hay televisión porque dicen mis hijos que se trata de un mundo de inspiración medieval (ya digo que a mí me parece más la Era Hibórea del Conan de Robert E. Howard), pero tampoco en la mayor parte del campo que nos rodea en las metrópolis actuales puedes hacer una hoguera, a riesgo de multa verde de la verde Benemérita.

Bajo un fulgor albo y cuadrado, el *Minecraft* constituye lo que yo llamaría una “neurocultura”³¹, dotada en el presente caso de una extensión y duración inusitadas, ya que el número de sus usuarios se cuenta por decenas de millones mensuales (en concreto, en abril de este 2021 durante ese único mes se metieron a cacharrear en el *Minecraft* tantas personas como toda la población de México junta, que no es un país precisamente infrapoblado), y el juego lleva ya 15 largos años de éxito más o menos incontestado, y la denomino así porque la cultura se nos ofrece hoy en esta suerte de laberíntico aspecto: anti-trágica, fragmentada e insondablemente múltiple e interconectada, como las ramificaciones capilares de un sistema nervioso no especialmente enfermo ni neurótico. No me cabe duda de que todas las neuroculturas conocen enlaces, solapamientos y pliegues internos para consigo mismas y con otras neuroculturas, pero ese mapa ya no hay Mente Suprema -ni siquiera una futura y potente Inteligencia Artificial podría hacerlo, a mi juicio- ni pericia de un San Tim Berners-Lee que pueda cartografiarlo en su intrincado conjunto ni siquiera establecer el Código de Circulación que normalice y ponga orden y protocolo al tráfico de direcciones plurales que las recorren y atraviesan³². Ejemplos, como gotas en el mar: mangas japoneses que son *spin-off* de otros mangas previos, o cuyos personajes vuelven y toman un camino distinto; lo que creíamos Alta Cultura apareándose sin rebozo con lo que creíamos Ínfima Cultura, como sucedió hace unos días cuando leímos cómo Ferrán Adriá declaraba que le encantaban los bollicaos; frikis del *cosplay* a los que lo que más ilusión hace en la vida es *ser* durante un rato su personaje Marvel favorito; *El capital* de Karl Marx convertido por Alexander Kluge en una película de 570 minutos de duración (y por los japoneses, de nuevo, en un manga donde los hallazgos filosóficos son chillados en plan samurái desafortunado); una legión de tiktoks que se citan unos a otros y que se replican interminablemente como las células de un cáncer descontrolado, y en los que cabe lo mismo una mini-coreografía tomada de Beyoncé que la parodia de una clase de matemáticas; nuevas hornadas sin fin de chicos/chicas que se postulan como youtubers sin haber siquiera sacado los estudios elementales, como en un intento de impartir al mundo un cursillo de cuáles puedan ser las prioridades estéticas y vitales de un ignorante *cool*; adolescentes que se quieren casar con un personaje de dibujos animados (y no hay que olvidar

³¹ Personalmente, odio desde las vísceras y no me creo en absoluto el discurso reduccionista y charlatán de las neurociencias, basadas en la idea de que la mente, conciencia o cerebro es como una computadora, lo cual es como decir que los caballos son como los coches de antes, pero no logró encontrar una metáfora mejor y que encima suene igual de futurista y rompedora. Valga esta en nombre del estupendo *Neuromante* de William Gibson, que es ficción y no realidad...

³² Sin embargo tal circulación tiene lugar sin más incidentes o accidentes que las ocasionales acusaciones de “apropiación cultural” o derechos de autor y copyright, en las que, para ser sinceros, ya nadie cree (recuérdese en España el ridículo que ha hecho siempre Ramoncín con estas cosas), aunque sigan enriqueciendo a muchos. Este fenómeno, según el cual el tráfico de módulos culturales abiertos es incesante y aparentemente anárquico, pero vivible, asumible y no un caos, recuerda al tráfico vial de Nápoles -y otras ciudades no menos informales para estas cosas, algunas chinas, pero mucho menos conocidas-, y bien podría calificarse como la “napolitización de la cultura digital global”...

que las monjas se desposan con Cristo y hay hasta quien pasa por el altar con *celebrities...*); tutoriales de Youtube tan ricos y variados que hasta podrían enseñarte a enriquecer uranio-235; filtros de Instagram o Snapchat que podrían convertir tu cara en algo tan distinto y *umheimlich* que en los ochenta habría que haber contratado a H.R. Giger para conseguir algo similar; fans de novelas o cómics que continúan las tramas que les apasionan por su cuenta y riesgo sin recibir nada a cambio; personas cuya sexualidad es ya un mosaico tal que incluso no hacer nunca nada o erotizarse con la visión de una skin del *Fornite* podría ya contar a día de hoy con una categoría sexológica propia; plataformas como Apple TV que pretenden revivir con nostalgia la obra de Isaac Asimov o de Alan Moore imprimiéndoles un giro completamente ajeno al espíritu original; o, para terminar, y como ya ha ocurrido, espectáculos o producciones en las que comparecen en la flor de la vida actores, cómicos o cantantes de gran tirón mediático, ídolos tanto más queridos por el público como que hace ya unos años que están a dos metros bajo tierra...

Hoy, el que no genera contenidos es que comenta los contenidos generados por otros, generando a su vez un contenido distinto que puede ser considerado por el siguiente usuario como contenido netamente original. La cultura como el anhelado y perfecto *milieu* horizontal, mucho antes que en lo social, lo económico o lo político, donde Johann Sebastián Bach, Glenn Gould tocando a Bach, James Rodhes tocando a Gould, un meme de James Rodhes tocando algo, y una clase de instituto donde un profesor utiliza un Power-Point en el que casca ese meme³³ de James Rodhes pero cortando el piano, se nivelan a los ojos del estudiante púber que está en su pupitre y que lo asimila o no, porque lo mismo en ese momento le está echando un vistazo a la serie *Gambito de dama*, donde se tematiza el venerable juego del ajedrez, o pinchando un canal en el que se seleccionan los videos más graciosos existentes sobre deportes de riesgo³⁴, un suponer. Todo ello casi gratis, o aparentemente gratis, porque Bach ya no cobra, Gould tampoco -y por idénticos motivos-, Rodhes necesita estar en el candelero a toda costa, la serie se puede piratear en un santiamén y el que monta los videos tan sólo busca un chorreo de likes³⁵. Y todo ello también moviéndose a toda velocidad, como un reguero de pólvora, como una descarga neuronal repentina, de tal modo que si al día siguiente escuchas una frase manifiestamente hecha y particularmente retromonguer en el aula de un centro escolar español puedes asegurar en el acto que la misma frase está siendo repetida en todas las aulas del territorio nacional y parte de América Latina, formando un coro de

³³ En mi opinión, Richard Dawkins tuvo razón con lo del “meme” como esquirra de información cultural, pero no ni mucho menos para la biología, sino para la cibernética, así como Jacques Derrida tuvo también razón respecto de la Deconstrucción -todo signo remite a otro signo, no a un significado originario o referente nouménico-, pero no para la literatura o el pensamiento, sino para el entorno digital, para el *Game* como lo llamaba Baricco en su ensayo de 2019.

³⁴ O, sino horizontal, que describe una suerte de cinta de Moebius, de forma que lo que sube vuelve siempre a bajar y el entero proceso traza un infinito virtual en el que no hay saltos (*cultura non facit saltus*, por decirlo parafraseando a los grandes lumbreras del Barroco) ni discontinuidades. Y no añado ahora un “rizomático” porque ignoro lo que sea eso...

³⁵ Va otro ejemplo donde quizá se vea mejor cómo una imagen lleva a otra imagen, sin que en ningún momento se salga de la esfera de la neurocultura para poner pie en realidad alguna. Los westerns son un género cinematográfico y literario que apareció en sus dos vertientes prácticamente al mismo tiempo, dando enseguida lugar a adaptaciones televisivas como *Tom Mix* y a noveluchas como las de Lafuente Estefanía para dar paso después a las grandes y oceánicas películas de John Ford o Howard Hawks, que la crítica posterior considera arte. Estas inspiraron el spaghetti western de Sergio Leone, algo que comienza como pastiche intencionado pero que más tarde se convierte en todo un estilo aparte, lo que a su vez se transmuta en las películas italianas de tortazos en el Oeste de Bud Spencer y Terence Hill, los cuales portan un alias norteamericano. Hoy, conviven nuevas cintas del género, si es que el género es ya reconocible más allá de un paisaje determinado y un revolver, o bien muy estilizadas como *El asesinato de Jesse James por el cobarde Robert Ford*, rodada a la manera europea, o bien como *First cow*, en la que ya no hay ni tiros, únicamente buñuelos, mientras que las viejas cosas humorísticas de Bud Spencer son consideradas clásicos irrenunciables del cine mundial... A todo esto, que es a donde yo quería llegar, la verdadera historia de los colonizadores del territorio indio al oeste de los EEUU permanece virgen y sin contar, porque la idealización del vaquero o del bandido sin ley ha grabado su marca a fuego desde el principio...

cientos de millones de voces que haría temblar a las jerarquías celestiales –aquellas, por cierto, en las que habitaba Bach. En un panorama tal, semejante a un centro comercial actual, tan repleto de recursivas ofertas puntuales como arquitectónicamente rebuscado, en el que tan fácil es permanecer continuamente excitado como extraviarse completamente y no encontrar la salida jamás, *Minecraft* dispone, según me cuentan mis hijos, con el mapa más extenso y preciso de todo ese archipiélago abarrotado –ya es oficial: somos tan paganos y rendimos culto simultáneo a la misma cantidad de dioses, una miríada multicolor, que nuestros amables vecinos hindúes³⁶...- que es ese trastero de huidos del mundo físico insoportable y picado de granos al que llaman “comunidad gamer”...

Otro mundo es posible, sí, como querían en Porto Alegre, mas resulta que ese mundo alternativo no era político ni religioso, sino que se “craftea” en una videoconsola, en una terminal de ordenador o en un iPhone mediante bloques que recuerdan a los de Lego. Otro mundo es, pues, construible, *constructo*, y no por genios de la poesía (*yo amo los mundos sutiles, / ingravidos y gentiles, / como pompas de jabón*), sino por simples talentos nerds a tanto la hora alentados por una numerosa clientela de chavalada confinada. Unos de esos chavales decide una tarde que con 14 años va a redecorar *Minecraft* para hacer que los “biomas” –esto es: esos tipos climáticos que le reventaba aprenderse para un examen- y las edificaciones sean más bellas y resultonas y le salen auténticas virguerías de efímera existencia, formaciones compuestas de píxeles, que el ser humano olvidará porque jamás fueron archivadas. Nativo digital + Lego digital = *Solaris* digital... Otro chaval más normal, que hace 40 años se hubiera pateado el barrio pegando patadas a las latas para terminar por hacerle bullying a un escarabajo enchufa hoy el *Minecraft* en modo 2B2T y puede jugar con el servidor más ancestral del juego que le permite vagabundear por una comarca realmente inhóspita en la que toda arbitrariedad es bienvenida. Mis propios hijos me hicieron un mundo, como aprendices de brujo con pelusilla en el labio superior, y en poco menos de un rato disponía yo de una cascada, una estatua, una vivienda funcionalista con suelo de miel solidificada, un campo de voleibol con dos jugadores y un molino digno del pincel de Van Gogh. El *Minecraft* es “como hacerte tu propio mundo a mano, progresando tú mismo mientras lo haces”,

³⁶ Encuentro muy significativa a este respecto la serie *El asombroso mundo de Gumball*, de Cartoon Network, que se supone que es para niños extremadamente inteligentes, como diría Harold Bloom, pero que en realidad tiene ingenio e inventiva de sobra para ser asimilada con estupefacción y gozo a cualquier edad. Aparte del empleo continuo de la ironía benigna (aquella que, digamos, pone al que la emite al mismo nivel –o incluso por debajo- que su objeto, y no por encima como se practica habitualmente y teorizó a su manera Hegel) y de la referencia a otros módulos culturales externos a la serie, en el universo de Gumball todos sus pobladores son enteramente irrepetibles, perteneciendo cada uno de ellos a una especie radicalmente distinta, como los ángeles de Santo Tomás. Sin embargo, en la serie se potencia mucho el mensaje, también mediante canciones, de que tal increíble diversidad morfológica no hace más que recalcar la igualdad de fondo de todos los seres sintientes. El personaje con forma de perrito caliente –lo manufacturado es tan prototípico como lo natural- es tan pobrecito, se deja llevar tan inmediatamente por sus impulsos, y es tan caja de resonancia de clichés culturales, como el padre de Gumball, que posee una figura de conejo rosa más reconocible desde un punto de vista de Disney y de la fábula tradicional. A partir de ahí, cualquier locura es posible, excepto, claro, el sexo, al revés que en el mundo analógico, donde no existe ya locura alguna que no implique directamente al sexo. En la serie *Teen Titans Go* ocurre prácticamente lo mismo, y es por ello igual de alucinante –“su valerosidad y su alucinancia”, decía de sí mismo el panda de Kung Fu ídem. Esos niños que viven juntos vestidos de trajes de superhéroes hacen de todo excepto super-heroicidades. Al contrario: cuando tienen que enfrentarse a sus propios avatares “serios”, los de la matriz del cómic de DC antecedente, únicamente saben vencerlos llevándolos a su terreno de domesticidad inofensiva (el propio Batman es aquí un tipo campechanote que ve la tele con Jim Gordon o Superman engullendo comida rápida y haciendo una fiesta de pijamas, en un cambio de tono tan posmoderno como tronchante) y de estereotipos desfasados y mal interpretados. Al fin y al cabo, también las *sit-coms* para adultos, pero que ve toda la familia, como la célebre *Modern Family*, vienen a decirnos lo mismo: la verdadera cara de los ciudadanos presuntamente libres del Primer Mundo es la de gente bastante penosa, cargada de estereotipos pero incapaz de sacar de ellos más que una caricatura, lo cual, a la postre, les redime frente a los demás...

y esta sentencia tan bien medida os juro que me la propinó mi hijo de diez años ayer antes de dormir a pregunta descuidada mía...

A mi todo esto, ni que decir tiene, me supera ampliamente, por no decir que me da terror, el terror propio de aquel al que han arrojado a avanzada edad a un futuro que se le escapa por completo. Por un lado pienso que videojuegos o simplemente experiencias como esta pueden ser el laboratorio de pruebas del prometido tanto como temido Meta-verso³⁷, esa región en la que todo lo visible se tornará inteligible como siempre han deseado los filósofos y el Rilke de las *Elegías de Duino*, pero por otra me pregunto si un muchacho o muchacha de la zona rica del mundo levantando estructuras espectrales en *Minecraft* mientras que un muchacho o muchacha de Sierra Leona levantan chozas de adobe en el suelo de arena no es ya la consagración definitiva de la Brecha Digital, la humanidad partida en dos mitades irresolublemente escindidas. En un caso igual que en el otro, “no hay ningún lugar a donde ir, salvo la tribu” (Marta Peirano, *El enemigo conoce el sistema*, pág. 286). La tribu literal de los nativos de Sierra Leona, o la tribu *on line* de los participantes de un videojuego... Bajo la irradiación psuedoplatónica de un fulgor albo y cuadrado, ya no sé si *estar* en la realidad, “dentro” de ella, es, como creíamos, habitar el mundo, la naturaleza, la ciudad y hasta Internet, o si pronto va a ser al revés, y en cosa de veinte años conformarse con el mundo, la naturaleza o la ciudad no va a ser más que pudrirse en el “afuera” del Meta-verso o del *Game* –porque el Meta-verso absorbería tendencialmente todo el *Game*... Un auténtico embrollo. Enrique Bunbury era pesimista, allá por 1988, todavía sin haber visto la luz la red, y pensaba que echaríamos por tierra todo un mundo real -ese a que nos habíamos habituado desde tiempos de Adán y Eva-, arrojándolo por un oscuro pozo sin fondo. Pero supongo que la respuesta no va por ahí, ni tampoco por lo opuesto, por el Cielo a puntito de tomar tierra gracias a los ingentes beneficios que el Meta-verso producirá a sus promotores. La respuesta será muy *Minecraft*, no nos queda otra: habrá que aprender a “craftearla” sobre la marcha...

³⁷ https://www.elconfidencial.com/tecnologia/2021-09-07/metaverso-realidad-paralela-facebook-google-nft-criptos-que-es_3269502/ He oído que en el *Minecraft* está ya alojada la biblioteca de los libros prohibidos del Metaverso (¿?)

Lo marxiano frente a lo marxista

Se ha acusado a menudo al marxismo de “reduccionismo economicista”, y hay que decir que en la mayoría de los casos es cierto. Pero es cierto, como digo, para el marxismo entendido como escuela de filosofía, desarrollo teórico y activismo político, no para la recta comprensión del legado escrito del propio Marx³⁸. Más bien al contrario, Marx justamente lo que denunciaba era el extremo economicismo del modo de producción capitalista, para lo cual precisamente la revolución comunista vendría a ponerle fin. Sea cual fuere la configuración ética —en el sentido de la “eticidad” de Hegel— y política del mundo post-capitalista, que Marx no pudo o no quiso concretar, lo que está claro es que no se trataría de un estado de los modos de organización humanos en los que la economía desempeñe un papel ni un ápice por encima de subordinado. En la era capitalista no, para el capitalismo el flujo económico es, en efecto, la infraestructura del sistema productivo, a partir de la cual se determina de modo absoluto la superestructura del estilo social determinado sobre el que ejerce su acción, pero este sencillo esquema (demasiado sencillo, realmente, y de ahí las modificaciones introducidas por Antonio Gramsci) no es la filosofía marxiana —o sea, del puño y letra del propio Karl Marx—, acerca de la esencia humana en general, algo así como su propuesta de análisis de toda agrupación humana posible, sino únicamente el modo de proceder característico del capitalismo en particular.

Creo que la tradición marxista ha errado gravemente la interpretación del fundador al insistir machaconamente en el poder de la instancia económica (“en última instancia”, como tanto subrayaba Althusser) en el modo de vida de una comunidad determinada. Haciendo un paralelismo con el mito —o alegoría, o símil— de la caverna de Platón, me parece que es confundir las cosas entender que Marx pensó algo así como que la infraestructura económica son los esclavos que en la alegoría operan tras el muro, mientras que la superestructura serían los pobres diablos encadenados que se tragan las sombras proyectadas sobre el fondo de la caverna (el exterior platónico, en este planteamiento, sería, claro, la crítica comunista misma). Esto quizá sea marxista pero en mi opinión no es marxiano. A la inversa, lo marxiano consiste en pensar que si la infraestructura económica ha sido *el sujeto* de la representación capitalista, justamente por ello la condición para el paso a una etapa más racional de la existencia humana sería convertir

³⁸ Célebre es la ocasión en que Marx inserta el monólogo del *Timón de Atenas* de Shakespeare en contra del dinero en sus *Manuscritos económicos y filosóficos*, pese a que Capital y dinero no sean ni mucho menos la misma cosa, por no decir que la segunda encubre la primera. Va un fragmento del bardo inmortal:

*¡Oh, tú, dulce regicida
y precioso divorcio entre el hijo natural y el padre,
brillante corruptor del más puro lecho de Himeneo,
valiente Marte, galante siempre joven,
fresco, amado y delicado, cuyo resplandor
derrite la nieve sagrada en el regazo de Diana!
¡Tú, dios visible, que sueltas estrechamente
los contrarios y haces que se besen;
que hablas en todas las lenguas y con cualquier objeto!
¡Oh, piedra de toque de los corazones,
piensa que tus esclavos, los hombres, se rebelan,
y haz con tu poder que se enfrenten y se inmolen,
para que en el mundo imperen las bestias!*

la actividad económica *en objeto* de la consideración social. Es decir, que superar el capitalismo es hacer saltar a la economía del lado de los esclavos que atizan la hoguera del muro platónico al lado oscuro, en el que flotan las sombras de la representación. Dicho en términos de Agustín García Calvo: modificar drásticamente el capitalismo no sería más -pero tampoco menos- que trasladar la economía desde el “mundo en que se habla” hacia el “mundo de que se habla”, o sea, que la praxis económica de nuestra especie no sea el polo constructor, sino el polo *construido* de la acción racional (y así lo están proponiendo muy seriamente la luminarias de nuestro tiempo, como Amartya Sen; pero es una idea que también estaba, brillantemente expuesta bajo el concepto de “economía incrustada”, en *La Gran Transformación* de Karl Polanyi de 1944).

Me parece que recordar esto, el hecho de que la economía debería ser un factor entre tantos otros a la hora de decidir el tipo de vida que queremos no sólo es algo elemental, puesto que ha sido la práctica más generalizada en la tierra antes del ascenso del capitalismo, sino que en muy pocos años va a ser un asunto de vida o muerte en cuanto el colapso ecológico nos devuelva a una vida en condiciones de subsistencia. Sin duda, cuando este mundo nuestro de la proliferación del deseo vuelva de nuevo a pasar necesidad, verdadera necesidad, o bien optamos por el eco-fascismo (lo que yo llamo la “Fachamama”), o bien lo marxiano tendrá por fin que anteponerse a lo marxista...

“Dune”: Lynch muy bien, Villeneuve mejor

Ayer se estrenó en España el *Dune* de Denis Villeneuve y es una gozada total. Nuestros críticos nos habían anticipado toda clase de malos pronósticos sobre la película, pero hoy entiendo que un crítico de cine es un individuo o individuo que ni es cineasta, ni es escritor ni tiene por qué ser persona de gusto, tan solo entra en la sala de cine, bosteza estentóreamente en cuanto se apagan las luces y justo a continuación se dispone a aplicar su canon particular sobre eso que le ponen delante, y que en realidad en ningún momento ha tenido la menor oportunidad de salir airoso de su presunta afilada pluma. El propio Boyero pontificó ayer que se aburría viendo *Dune* desde el primer minuto, sin aportar ninguna razón, sencillamente porque no era de Francis Ford Coppola, pongamos por caso, y ya está, juzgada y condenada al instante. Añadía, además, que *Dune* no era más que otra película de buenos y malos, “ese rollo”, sin percatarse de que eso es lo que es también *Casablanca* o *Centauros del desierto*, grandes películas que, entre otras cosas, integran una trama de buenos y malos. Esa pose tan vetusta ya de “yo en cine ya es que sólo me quedo con el existencialismo de *Manchester frente al mar*, *Nomadland* o *Coldwar*” les hace ciegos a cualquier otra cosa que se les ponga por delante, y si encima la cinta exhibe ostentación de presupuesto y de efectos especiales es que ni la miran, van directos a por la petaca de whisky de la sobaquera y se recuestan en su butaca a soñar con Jimmy Stewart en *Historias de Filadelfia*. Bien por ellos, pero no todos podemos ser unos profesionales de la nostalgia. Yo también acudí ayer a ver *Dune* con el revólver cargado, puesto que soy de esos frikis que a los 18 años se leyó las tres primeras novelas de Frank Herbert (de la segunda y tercera no me enteré de nada, todo hay que decirlo, vagas reminiscencias de sopas celulares de piel de gusano, colocones místicos y algo que se parecía demasiado a un incesto entre hermanos), pero salí encantado. *Dune* -este nombre solo se menciona una vez en el metraje, y lo hace Javier Bardem- es una novela bien difícil, nada de ciencia-ficción para entretener adolescentes, que es lo que creen haber visto nuestros críticos. Se trata de una historia de presagios y transformaciones donde el protagonismo lo tiene no el chavalín que vimos ayer, con el que me muestro satisfecho, sino un viaje iniciático por el desierto, por el peor de los desiertos, en el que un hijo único y niño mimado tiene que aprender, como el de *Capitanes intrépidos* de Kipling, que el título con el que nació hay que ganárselo, y que para gobernar a unos fanáticos hay que convertirse en uno de ellos. Hay mucho de T.E. Lawrence viviendo como los árabes para poder vencer a los turcos en el personaje de Paul Atreides, y un poco también de un eternamente joven Alejandro Magno casándose con una princesa persa para cautivar al inmenso imperio medio-oriental. Tal vez si la crítica empezara a ver esta película así, con los referentes cultos que ellos creen que conocen, no la juzgarían tan duramente. Pero como se piensan que se enfrentan a un *Star Wars* más oscuro y fastidiosamente desdibujado de neblinas, viviendas macizas pero minimalistas y tormentas de arena pues ya no entienden nada y se pasan las casi tres horas del film echando de menos a R2D2...

Dune es una historia tan difícil que Herbert recibió veinte negativas de editoriales norteamericanas antes de publicar su obra maestra. Era demasiado extraña, demasiado solemne, y para colmo parecía ensalzar el uso de estupefacientes (ya se había sintetizado el LSD en los sesenta, pero la especia-melange es capaz de cosas mucho más flipantes, como plegar el espacio/tiempo), y reivindicar a los beduinos poseedores de petróleo. Una de los interrogantes con los que iba yo al cine ayer era ver cómo habían resuelto el problema de que ahora los integristas árabes ya no

son tan amigos nuestros, pero el espinoso asunto queda desplazado hasta la segunda parte –hay segunda parte, sí, y yo me temo que si la taquilla es favorable, la idea es la de exprimir la franquicia hasta las seis novelas de Herbert y más allá, aunque ya sin Villeneuve. Los Harkonnen, por su parte, son claramente los soviéticos de la época, aunque la guerra de la URSS contra los muyahidines armados y entrenados por EEUU no comenzaría hasta años más tarde. No es, desde luego, lo mismo la versión de David Lynch anterior al 11-S que esta posterior al 11-S, pese a que los talibanes hayan retornado a sus antiguos fueros con tan solo darse medio paseo de nada. No obstante, *Dune* no es eso, no es una vulgar trasposición de la política de los sesenta a un remoto futuro, es más bien una compleja reflexión acerca de las aspiraciones y los defectos de la humanidad en la hipótesis de que no nos extinguiéramos en los próximos miles de años, y de que en efecto hubiéramos conseguido extendernos como una plaga por el todo el universo. Si así fuera, lo que dijo Frank Herbert es que la corrupción reinaría en el imperio galáctico en proporciones colosales, y que únicamente el retorno a una vida dura, austera y sufrida podría regenerar a una cansada y ahíta humanidad. Eso es Arrakis, eso implica *Dune*: nada menos que un nuevo comienzo, en la más arrastrada de las existencias pero también en la más elemental e inocente de ellas. Y, como decía Rilke, no hay nada más hermoso que comenzar... (y más vale que lo sea, porque en esas nos vamos a ver en cuestión de pocas décadas).

Dune es una historia de presagios y transformaciones, como he señalado, y por eso es también absurdo que la crítica haya subrayado, por decir algo, que los personajes son muy planos y que no llegas a conocerlos bien en ningún momento. Primicia: en la novela sucedía igual. No es que sean planos, es que no tienen más personalidad que la que exigen las circunstancias, viven completamente absorbidos por la situación político/religiosa que condiciona sus actos bajo una presión casi insoportable, y que yo sepa nadie se ha preguntado jamás por la vida interior y los ratos libres de Lawrence de Arabia o de Alejandro Magno. Cuando no estaban en batalla pensaban en la siguiente batalla, punto. De hecho, las únicas fallas de la película tienen lugar cuando los guionistas pretenden otorgar al protagonista, el cachorro de la casa Atreides, una personalidad de millennial aturdido y atormentado. No pega ni con cola, no está en la novela y no creo que vayan a atraer a más público adolescente (con la carita del actor protagonista y la de Zendaya ya es suficiente) por ello. En la adaptación de Lynch no se corría ese riesgo, aunque sólo fuera porque Kyle MacLachlan tenía entonces el aspecto de ser el padre del actual Paul. Pero era estupenda, también, la versión de Lynch, aunque él reniegue ahora de ella. La atmósfera oscura, monumental y como presidida por un destino inexorable estaba tan bien captada como en esta, y aún tenía una ventaja añadida, que eran esos pensamientos *en off* que Villeneuve ha eliminado pero que estaban, tal cual, en la novela. *Dune* ha merecido dos adaptaciones cinematográficas tan dignas porque es una novela estadounidense, sobre eso no cabe engañarse, pero también porque es una novela de ciencia-ficción que se toma completamente en serio a sí misma, que no siente complejo alguno de ser lo que es y que es completamente ambiciosa –me parece que no se puede decir lo mismo de, por ejemplo, Philip K. Dick, coetáneo de Herbert. *Dune* es, para quien no lo haya leído, como si encargaran a Franz Kafka poner por escrito y en un formato tan poco kafkiano como son 800 páginas una idea de Alejandro Jodorowsky. Jodo, de hecho, fue el primero que intentó rodar *Dune*, pero lo que tenía en la cabeza era tan caro, tan faraónico y tan ridículo que ya no tenía nada del verdadero *Dune* y mucho de Jodorowsky bajo el picante influjo de la especia-melange. Bastante tiene Paul Atreides con ser el Elegido, el Kwisatz Haderach, Muad'Dib (Herbert era un maestro inventando palabras nuevas) y toda la pesca, como para ser también el avatar de un Cristo hippy y búdico como le hubiera gustado a Jodorowsky –e interpretado por su propio hijo, por cierto.

Personalmente perdono, en fin, a Denis Villeneuve por *Blade Runner 2049*, esa película que, como *El padrino III*, jamás se filmó, nos la hemos imaginado nosotros en un mal sueño (por hacer también yo un poco de crítico apoltronado: <https://hyperbole.es/2017/10/blade-runner-2049-mala-aposta/>). *Dune* no es el *Star Wars* de la Generación Z, sencillamente porque *Star Wars* no es más que una Space Opera de mesa camilla al lado de la seriedad mística y la grandiosidad de *Dune*. Esta primera parte acaba justo cuando empieza lo mejor, que es la exploración del desierto, el inicio de las transformaciones... Que sean, cuanto poco, como en los versos de José Ángel Valente (en *A modo de esperanza*, 1954):

*Cruzo un desierto y su secreta
desolación sin nombre.
El corazón
tiene la sequedad de la piedra
y los estallidos nocturnos
de su materia o de su nada.
Hay una luz remota, sin embargo,
y sé que no estoy solo;
aunque después de tanto y tanto no haya
ni un solo pensamiento
capaz contra la muerte,
no estoy solo.
Toco esta mano al fin que comparte mi vida
y en ella me confirmo
y tanto cuanto amo,
lo levanto hacia el cielo
y aunque sea ceniza lo proclamo: ceniza.
Aunque sea ceniza cuanto tengo hasta ahora,
cuanto se me ha tendido a modo de esperanza.*

Sir Richard Francis Burton y “el amor de los muchachos”

El mundo llama inmorales a los libros que le explican su propia vergüenza.

Oscar Wilde

Toda una vida académica e intelectual escudriñando las relaciones clandestinas pero inexorables entre el poder y el saber le incapacitaron para verlo venir en toda su crudeza. Pensó que sería otro dispositivo más como ha habido tantos, algo creado por el sistema para aprisionar clínicamente a la comunidad gay. Y así siguió montándose fantásticamente, sobre todo en rápidas escapadas a las saunas de San Francisco. Pero el SIDA era jodidamente real, tanto que lo mató en 1984 cuando contaba con cincuenta y siete años. Un final que podría funcionar como ejemplo por antonomasia de la deformación profesional congénita de los filósofos, consistente confundir *su* mapa con el territorio³⁹. Años antes, Michel Foucault había declarado medio en broma que, bueno, en cualquier caso no hay mejor motivo para morir que “el amor de los muchachos”⁴⁰... Sus detractores han utilizado alguna vez, y todavía lo hacen hoy si encuentran un micrófono cerca, estas palabras y algunos indicios seguramente amañados acerca de su vida en Túnez para acusarle de prácticas infamantes con adolescentes y hasta niños que a la postre resultan difíciles de creer, por cuanto son negadas rotundamente y desmentidas por el que fue su pareja más duradera, Daniel Defert. Sin embargo, no faltan testimonios en la cultura occidental de ese “amor por los muchachos” que en su forma más abyecta le era atribuido al filósofo, al margen ahora del hecho incontrovertible de que toda la gran civilización grecolatina, es decir, la eclosión esplendorosa de la Europa histórica, fue eminentemente homoerótica. Seguramente en el mundo moderno Lord Byron, pero también Lewis Carroll, André Gide o Gabriel Matzneff⁴¹ frecuentaron íntimamente a menores de edad, en unos casos con preferencia de un sexo sobre otro (hoy diríamos del género), y eso únicamente dentro del espectro de la alta cultura, no digamos ya si ponemos el dedo en la llaga de la gente común, como ocurrió en el caso de pederastia del Raval en 1997 que radiografió Joaquim Jordá en su *De nens...*⁴²

³⁹ Especialmente en el espíritu filosófico francés del s. XX ha triunfado una identificación muy cerrada de la labor intelectual con el trájín erótico que proviene del psicoanálisis y que creo que queda perfectamente definida -además de desenmascarada- en el siguiente pensamiento de Marguerite Duras: *El cuerpo de los escritores no se puede disociar de lo que escriben. Los escritores despiertan la sexualidad a su alrededor. Como los príncipes o los poderosos. Los falsos escritores no tienen esos problemas. Son santos y se puede ir con ellos sin ningún riesgo.* Dicho lo cual se sobreentiende que Franz Kafka o Jürgen Habermas, por poner un ejemplo pretérito y otro actual, como no iban por ahí tirándole los trastos a nadie, eran y son falsos escritores y filósofos.

⁴⁰ Lo refiere Manuel Cruz en su *Amo, luego existo. Los filósofos y el amor*, Madrid, Espasa, 2010.

⁴¹ No entro aquí en Francisco Umbral o Pete Townsend porque creo que no son casos enteramente probados, pero lo que sí que parece claro es que *La Muerte en Venecia* de Thomas Mann, que es una obra maestra de la literatura (y del cine), es la crónica temprana de un deseo que el escritor jamás realizó y que *Lolita* de Vladímir Nabokov es, a su vez, como la segunda parte de *La muerte en Venecia*, su *what if*, es decir, como si Nabokov, que sin duda había leído a Mann, hubiera pensado... ¿Y si Gustav von Aschenbach hubiera conseguido su propósito, más allá de la simbología del artista y su objeto, del fin del ideal del genio romántico vencido por la ruda belleza natural? ¿Qué habría, en efecto, que contar del *después*...?

⁴² Documental a todas luces tristísimo y terrible en el que prensa, judicatura, sociedad civil y hasta los psicólogos clínicos salen muy mal parados, hasta el punto de que es uno de los pederastas juzgados, hombre infame en el sentido

No obstante, fue Richard Burton, no el actor, sino el antropólogo, explorador y políglota británico de la época victoriana que halló las fuentes del Nilo⁴³ el que antes, y con menos disimulo, confesó por escrito su afición por los efebos⁴⁴. Fue en el epílogo a su monumental traducción de *Las Mil Noches y Una Noche*⁴⁵, en el que se despachó a gusto acerca de una teoría de la pайдofilia a escala planetaria. Según Burton, en efecto, existiría toda una enorme franja geográfica, a la que denominó “zona sotádica”, en la que la pederastia era considerada no sólo una práctica corriente, sino además llevada a cabo con fruición desinhibida (no como en la Grecia antigua, sin embargo, donde si bien la sodomía era habitual, no estaba bien vista, y el pudor y el respeto obligaban al *erastés*, es decir, al adulto, a no tocar al *erómenos*, o sea, al adolescente, más que mediante una masturbación entre sus piernas, lo que se conoce como “coito intercruzal”, y siempre que el muchacho permaneciera completamente impertérrito). Al final, Burton estiraba tanto la región objeto de su hipótesis que terminaba por coincidir con las partes cálidas del globo en las que no regía la religión cristiana, de lo cual sus intérpretes han colegido que el propio Burton se engolfó en estas costumbres paganas desde muy pronto, al inicio de sus primeros viajes (Burton es también célebre por haber sido el primer hombre occidental capaz de visitar la Meca como un fiel más o entrar en un burdel árabe sin ser reconocido ni haber perdido su cabeza bajo un alfanje por ello). Habría sido, parece que sin sombra de duda, Sir Richard Francis Burton, el único y verdadero Indiana Jones *real*⁴⁶ después de David Livingstone y Henry Morton Stanley, un pederasta consumado, así como el victoriano más extravagante y heterodoxo de un periodo caracterizado por la pacatería y las rectas conductas, pero también por los extravagantes y heterodoxos más conspicuos de la historia. Porque además Burton no se detuvo en el epílogo al clásico árabe por antonomasia, también osó perpetrar una traducción desde el árabe y anotada por él de *El jardín perfumado*, una especie de feliz síntesis del siglo XV, obra de Muhammad ibn Muhammad al-Nefzawi, también conocido simplemente como “Nefzawi”, entre el *Kamasutra* y *El Decamerón*, trabajo al que Burton consagró los últimos años de su vida. Aquí llegó más lejos, por lo que sabemos, ya que en el epílogo mencionado había sido algo cauto al referirse a la pedofilia como “el vicio” -*le vice*- o “el amor patológico”, por más que le diera un cierto pábulo rijoso; pero en *El jardín perfumado*, animado por la defensa de la homosexualidad de Karl Ulrichs y otros, Burton se puso a intervenir en el texto hasta dar lugar a una edición crítica de 1282 páginas a la que consideraba “la coronación de mi vida”. Más que coronación, aquello era la salida de armario total⁴⁷, que diríamos hoy, y una salida de armario mucho más grave, sin duda, por la edad de su oscuro objeto del deseo⁴⁸, que la que protagonizaría Oscar Wilde una decena de años después, con la salvedad de que jamás tuvo lugar.

foucaultiano pero también en el legal, el único involucrado en la trama que realmente parece tener voz propia y obtener de su parafilia (que es como lo clasifica la psiquiatría, mientras que la ordenamiento jurídico actual lo tipifica, más sensatamente, como violación) una lección moral, llegando a asumir voluntariamente la castración química. También en 2002 en Hollywood se atrevieron a rodar un perfil de pederasta -se suele diferenciar del pedófilo porque realiza su ansia-protagonizado por Kevin Bacon, *El leñador*, donde se trataba de entrar con cierta delicadeza en la atormentada cabeza de estos sujetos cuya atracción incontinente sienten ellos mismos en muchos casos como repugnante, ilegítima y sucia.

⁴³ La monumental biografía de Edward Rice que tradujo y publicó Siruela en España es bastante aburrida a mi juicio.

⁴⁴ Se cuenta, entre muchas otras cosas cuanto poco curiosas, en *Los primeros movimientos en favor de los derechos homosexuales, 1864-1935*, John Lauritsen y David Thorstad, prólogo de Juan Gil-Albert, Cuadernos ínfimos 78.

⁴⁵ Respeto la puntualización que nos dio a conocer Borges en Europa respecto del título del cuento de cuentos.

⁴⁶ <https://hyperbole.es/2015/09/indiana-jones-y-el-tesoro-intangible/>

⁴⁷ En el epílogo a *Las Mil Noches y Una Noche* Burton ya había insertado dos máximas latinas bastante manifiestas: decían *Naturalia non sunt turpia* y *Mundis omnia munda*, es decir, respectivamente, “en la naturaleza no existe la depravación” y “para el puro todas las cosas son puras”, ambas muy dignas del Marqués de Sade, sobre todo la primera.

⁴⁸ Es totalmente sintomático, sí, cómo los teóricos desde los sesenta nos han vendido con convicción y entusiasmo el placer, incluso Foucault, que no creía en la represión. Una vez muerto Dios, parece que ese es el tesoro que le hemos

Y jamás tuvo lugar porque el día anterior a realizar las últimas correcciones de su desmesurado texto Burton murió, a la edad de 69 años y en la cama, lo cual dado su aventurero y arriesgado expediente vital es un verdadero milagro. Su mujer, Isabel Arundell, que aunque provenía de familia de rancio abolengo no era ni mucho menos una mosquita muerta, aprovechó la ocasión para echar al fuego el manuscrito entero de *El jardín perfumado* (“del deleite sensual”, es su título completo) y de paso todos los diarios de su marido de los últimos cuarenta años. Isabel era también escritora y traductora, además de haber protagonizado algunos episodios de auténtica rebeldía en su juventud, pero supongo que la combinación de la edad con el deshonor y el escándalo que supondría para ella ante su estirada sociedad el reconocer que los mayores goces de su célebre costilla habían tenido lugar muy lejos y en condiciones indecorosas cuando no francamente culpables, hizo que se decidiese a asesinar el minucioso trabajo del paidófilo más experimentado y documentado de la historia occidental. Por una parte, ya digo, es comprensible. Seguramente Doña Isabel adivinaba que en esa traducción había mucho más que mero traspaso de un idioma a otro, y de hecho sabemos por una traducción previa y mucho menos extensa que Burton ya había realizado antes del francés que él acostumbraba a agregar al texto original comentarios, “posturas” –sí, sí, posturas como en el *Kamasutra*, que también había traducido–, consejos de salud sexual y otros ítems que eran totalmente de su cosecha, es de suponer que por completar una información que databa del Renacimiento o tal vez por puro entusiasmo. Además, seguro que esa segunda traducción llevaba una carga mayor y muy sensible, tal vez la carga o el acento sentimental de un tesoro de recuerdos que Burton acariciaría con nostalgia en su vejez, y eso su mujer legítima y oficial claramente no lo podía permitir, hasta aquí casi podríamos estar de acuerdo. Pero por otra parte es para matarla, a Isabel Arundell de Burton. Porque lo cierto es que una apología de la pederastia debe ser objeto de repudio y de oprobio tanto entonces como ahora, pero lo escrito con arte y estudio no se hace desaparecer así como así, como de hecho ni siquiera el extremismo cristiano de los primeros siglos tocó, que sepamos, los diálogos de Platón en los que el sátiro Sócrates se inflama manifestamente ante la presencia de bellos muchachos⁴⁹ en

quitado, como si Dios fuera un dragón que tenía secuestrado el gozo. La libertad como libertad económica y libertad sexual, y ya. Ayer vi *50 sombras de Grey*, muy recomendada por mis salidillos alumnos. Una película que blanquea el extremismo sexual, pero que incluso a mis alumnas femeninas les gusta, porque argumentan que es consentido. Yo les digo que tengan cuidado, que si te dejas dar una bofetada consentida igual luego te cae otra sin previo aviso. En fin, me parece una locura la hipersexualización que vive Occidente desde los sesenta, so pretexto de acabar con la insidiosa represión. No creo que nuestros antepasados fueran reprimidos, creo simplemente que querían asumirse a sí mismos de un modo que entendían más digno que montándose como perros. Fornicar está muy bien, pero el hombre es un animal racional, decían los escolásticos, no un animal fornicador. Ya es hora de que lo naturalicemos y nos olvidemos de Freud, que es el culpable de haber convertido el deseo en la clave oculta de todo. El personaje de Grey en la película no es más que un Heatcliff capitalista. Copular solo lleva un ratito al día, y eso con suerte (aunque he leído que los varones piensan en ello siete veces por minuto): los Marcuse y compañía no nos dicen cuáles son las tareas del ser humano civilizado el resto de la jornada. Como afirmaba muy bien Richard Sennet en el clásico de 1980 *Narcisismo y cultura moderna*, “así, la sexualidad llega a soportar la carga de las tareas de autodefinición y autoresúmen, cargas que son inapropiadas para el acto físico de hacer el amor con otra persona” (Kairós, pág. 62) –más que inapropiadas, yo diría “desproporcionadas” o “exageradas”.

⁴⁹ O, en otro ejemplo más reciente, Ramón María de Valle-Inclán en *Sonata de Estío* hace reflexionar al pícaro pero entrañable Marqués de Bradomín: *Leyendo a ese amable Petronio* (se refiere al romano *Satyricón*), *he suspirado más de una vez lamentando que los siglos hayan hecho un pecado desconocido de las divinas fiestas voluptuosas. Hoy, solamente en el sagrado misterio vagan las sombras de algunos escogidos que hacen renacer el tiempo antiguo de griegos y romanos, cuando los efébos coronados de rosas sacrificaban en los altares de Afrodita. ¡Felices y aborrecidas sombras: Me llaman y no puedo seguirlos! Aquel bello pecado, regalo de los dioses y tentación de los poetas, es para mí un fruto hermético. El cielo, siempre enemigo, dispuso que sólo las rosas de Venus floreciesen en mi alma y, a medida que envejezco, eso me desconsuela más. Presiento que debe ser grato, cuando la vida declina, poder penetrar en el jardín de los amores perversos. A mí, desgraciadamente, ni aun me queda la esperanza. Sobre mi alma ha pasado el aliento de Satanás encendiendo todos los pecados: Sobre mi alma ha pasado el suspiro del Arcángel encendiendo todas las Virtudes. He padecido todos los dolores, he gustado todas la alegrías: He apagado*

el gimnasio (claro que la actualidad de las noticias acerca de las aficiones antaño secretas del clero católico nos hace comprender el porqué, tristemente), del mismo modo que nadie ha censurado *Memoria de mis putas tristes* de Gabriel García Márquez o el más exquisito de todos, *La casa de las bellas durmientes* del japonés Yasunari Kawabata⁵⁰. La paidofilia, o su ejecución práctica, la pederastia, han prosperado como inclinaciones o conductas que las sociedades civilizadas han entendido como aptas para ser recogidas con severidad por el código penal, pero eso, naturalmente, no puede tener un efecto retroactivo sobre las producciones culturales del pasado. Se debe abominar sin reservas a Tiberio, el emperador romano que en vida de Jesús metía a niños desnudos en su piscina para satisfacer su pervertida libido (los llamaba “sus pececitos”), pero no se puede extirpar el pasaje de *Yo, Claudio* en que Robert Graves nos lo cuenta. El Capitán Richard Burton encontró en las regiones salvajes unas oportunidades inéditas en su país que hoy nos parecen muy difíciles de desligar de la actitud colonialista como tal; su mujer, Miss Burton, trató de compensar más tarde su crimen cultural escribiendo una voluminosa biografía de su marido, pero, claro, en la cual no tenía cabida alguna ya “el amor de (y por) los muchachos”....⁵¹

mi sed en todos los caminos: Un tiempo fui amado de las mujeres, sus voces me eran familiares: Sólo dos cosas han permanecido siempre arcanas para mí: El amor de los efebos y la música de ese teutón llamado Wagner; y luego, en Sonata de Invierno, un Bradomín anciano y tan manco como su creador se ratifica: Viendo juntos a los dos prisioneros, lamenté más que nunca no poder gustar del bello pecado, regalo de los dioses y tentación de los poetas. En aquella ocasión hubiera sido mi botín de guerra y una hermosa venganza, porque era el compañero del gigante el más admirable de los efebos. Considerando la triste aridez de mi destino, suspiré resignado. El efebo me habló en latín, y en sus labios el divino idioma evocaba el tiempo feliz en que otros efebos sus hermanos eran ungidos y coronados de rosas por los emperadores.

⁵⁰ Pero es que ya en la también japonesa *Novela de Genji*, alrededor del año 1000 d.C., Murasaki, que se llama igual que su autora, tiene catorce años, y entonces: *Un día Genji se levantó de la cama temprano, pero Murasaki permaneció en el lecho hasta muy entrada la mañana. ¿Qué había sucedido entre los dos durante la noche? Las sirvientas que la atendían estaban perplejas. Antes de abandonar la estancia, Genji introdujo una caja-escritorio detrás de las cortinas de la cama. Al encontrarse sola, Murasaki levantó la cabeza de la almohada y descubrió una hoja de papel doblada, escrita con una caligrafía sin pretensiones. El poema decía así: “Hemos pasado muchas noches como dos hermanos. Tarde o temprano, tenía que llegar el momento.”*

⁵¹ ... Y así es como se consigue poner tantas notas al pie como el propio Richard Burton en sus traducciones...

Las ridiculeces altamente filosóficas de Don José (Ortega y Gasset)

El filósofo es el héroe del ridículo.

José Ortega y Gasset

Leí las obras completas de Ortega y Gasset en segundo de carrera y luego apenas he vuelto a ellas, así que lo que voy a referir a continuación habrá que tomarlo un poco a beneficio de inventario, puesto que se basa en el puro recuerdo. Pero como aquellas lecturas me impactaron tanto en su momento, casi como esas personas que en tiempos de Franco no pudieron ver el mar hasta los 18 años y entonces ya no pudieron olvidarlo nunca, creo que mi memoria no me será del todo infiel, aunque nunca se sabe. A día de hoy le he cogido más manía, a Don José, precisamente porque le tengo tan fresco en la cabeza que no ceso de compararlo con otros autores a los que frecuenté después, y sale bastante malparado del careo. No obstante, aquí el infiel a su memoria y no al revés soy yo, porque debería estarle eternamente agradecido por el enorme ensanchamiento de mi perspectiva (tecnicismo, ya se sabe, muy orteguiano, pero que en un pase de manos muy suyo también nunca llega a confesar que tomó de los escritos póstumos de Nietzsche, y este de Leibniz) cultural en general -como quién, ya digo, se pierde por primera vez en la lontananza del mar- que supuso conocerle y frecuentarle. Un verano hubo, como por comienzos de los años 90, en que no hice otra cosa que leer a Ortega, yendo de asombro en asombro durante semanas, como un monje cartujo que acabara de descubrir a San Agustín, hasta el punto de que no me enteré de la aparición del grupo Nirvana, por ejemplo. Y me trajo suerte, por cierto, ya que, aunque descuidé completamente el estudio de Filosofía Medieval que me había quedado ese curso para septiembre, resulta que al profesor -el excelente Ramón Guerrero, al que le apasionaba de verdad la filosofía árabe- le dio por ponernos como pregunta única la visión de Ortega del periodo medieval en *En torno a Galileo*, con lo que, tras pellizcarme incrédulo, lo bordé. Ortega tenía eso que Ferlosio llamaba sus “ortegajos” pero sin duda era un escritor excepcional, incluso con su incómoda afectación pedante (que tiene también sus ventajas, ya que el lector no para de aprender vocablos nuevos, como “coruscante”). Recuerdo un texto en el que cuenta como entró en una catedral gótica y toda esa teoría de vitrales, arbotantes y gárgolas se le echaba encima con espectral acometida. Un inicio magnífico, de un dinamismo lírico apabullante...

La frase de que el filósofo es un héroe del ridículo significaba para él que los filósofos se arriesgan siempre a decir lo que todo el mundo sabe, justamente porque exploran no la consistencia de las nubes, ni los secretos del más allá, sino la contextura de la vida misma del hombre común. Sin embargo, se puede aplicar también a él especialmente en tanto que su actitud altanera y egocéntrica le predisponía a más de un tropezón. Nunca creyó, por ejemplo, en el interés intrínseco del hombre corriente, como Chesterton, porque él era aristocratizante, como había aprendido de Nietzsche. Otro artículo, tal vez de *El espectador*, titulado *El intelectual y el otro*, fue el lugar donde Ortega más se regodeó del abismo cultural que le separaba de su prójimo, pero en realidad basta con darse un paseo por *La rebelión de las masas* para comprender la repugnancia de Don José hacia la gente a bulto, y sobre todo hacia los poco instruidos en particular —o sea, la figura que allí

trazaba del “señorito satisfecho”, muy acertada por cierto. Hoy se siguen escribiendo panegíricos de Ortega, no diré yo que en absoluto inmerecidos, pero en los que se ocultan discretamente sus ridiculeces elitistas y fatuas. Ortega era un gran cervantista, pero conjeturo que en el momento mismo en que iba a poner su vista sobre estas geniales palabras se estaba encendiendo un cigarro: “Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala”. En sus últimos textos, y de modo similar a Borges años después, cualquier reflexión suya le traía a la cabeza un par de tercetos de Dante, y ahí los cascaba, sobre la marcha, en toscano original y sin traducir. Cuando hubo de escribir acerca del amor⁵², lo hizo maravillosamente, quitándole la razón a su admirado Stendhal (Stendhal, Stevenson y Kipling son los novelistas favoritos de los intelectuales a los que les duele no haber sido hombres de acción, castrense o amorosa), pero tuvo que estropearlo metiendo una cuña acerca de la “psicología del hombre interesante”, como él lo llamaba, teniendo, por supuesto, a su propio espejo con pajarita y federica como modelo⁵³. Ese hablar a menudo de uno mismo en elogiosos términos y poco disimuladamente salpica la variada y amenísima obra de Don José Ortega y Gasset. La idea de las “minorías selectas”, que esboza en *La España invertebrada* y explica con mayor detenimiento -y, sin duda, aparataje nietzscheano: toda esa retórica de la “vida ascendente y sobreabundante” y tal- en *La rebelión de las masas*, apenas oculta y desde luego ni siquiera pretende ocultar que semejante minoría está compuesta al menos por dos egregias -término también muy suyo- personas: los propios e inconfundibles Ortega y Gasset...

Ese tipo de cosas, en mi opinión, impiden tomarle muy en serio hoy, tanto filosófica como políticamente⁵⁴. Don José no era muy *rigoroso* -otro término también suyo- en la confección de sus libros, que empezaba por cualquier parte y terminaba donde le parecía, como apoyándose en la digresión como baza principal y única de su animo divagador. Las charlas sobre el olvidado historiador Toynbee acaban sin haberse hablado apenas sobre Toynbee, y *La idea de principio en Leibniz* (citado por Deleuze en *El pliegue*) no llega jamás a rozar al propio Leibniz. No obstante, uno se lo pasa de miedo leyendo ambos, si tiene paciencia con su estilo redicho y su petulancia personal. En el de Leibniz que no es de Leibniz Ortega se atreve a encararse con Heidegger, a quien reconoce más mérito filosófico que el suyo propio -no en vano ha tomado de *Ser y tiempo* toda su cacareada teoría de la vida, pero sin apenas citarle-, pero luego lo estropea de nuevo al comentar en nota al pie que, en cualquier caso, él ya se había anticipado a todo eso en una frase de *Meditaciones del Quijote*. Hay que leerlo para creerlo: el famoso *yo soy yo y mis circunstancias*, que como señaló Pedro Cerezo es un pensamiento de raigambre fichteano, esa sola frase, ahí solita y preñada de futuro, ya le vale al filósofo más grande de la historia de España (eso dicen muchos, echando tierra sobre el sepulcro de Francisco Suárez, por ejemplo) para exigir la primicia y la primacía sobre la tremenda opera prima del eremita de Todtnauberg, que es como si yo dijera que una vez que me dio por gatear de

⁵² Ortega, por cierto, poseía una nítida concepción de la división de los sexos, a tal medida que en *El hombre y la gente* (y no es en absoluto el único lugar) se aventura a caracterizar al Eterno Femenino como intrínsecamente confuso, inferior y dependiente del hombre, todo a partir de una anécdota en la que él personalmente incurrió de nuevo en ridículo al tratar de cortejar en un tren a una dama norteamericana. Incluso su devoto Julián Marías considera esta postura del maestro excesiva y anacrónica en su *La mujer en el siglo XX...*

⁵³ Y, bueno, hay que decir que muchas veces lo fue, ciertamente, como cuando hizo buenas migas con Gary Cooper: <https://www.elmundo.es/cultura/2016/08/28/57c17842e5fdea7a028b45ca.html>

⁵⁴ Sobre su vida y pensamiento políticos, muy bueno el siguiente texto, en el doble sentido de ser estar bien informado y de mostrar benevolencia para con el personaje: <https://elcierredigital.com/cultura-y-ocio/742345047/65-aniversario-muerte-ortega-gasset.html>; sobre su filosofía, muy apretadamente: <https://www.filosofiaenlacalle.com/post/textos-b%C3%A1sicos-de-filosof%C3%ADa-ii-qu%C3%A9-es-filosof%C3%ADa-jos%C3%A9-ortega-y-gasset>. En realidad, lo peor de su biografía pública es también la mayor de sus ridiculeces filosóficas. Cuando obtuvo permiso para retornar a España tras la guerra, hizo como la gran mayoría, ver, oír y callar. Sin embargo, quiso hacer de ello una virtud, lo cual es el colmo, y así se pasó los siguientes años dejando caer que hay ocasiones en que el verdadero papel del intelectual, su deber patriótico, reside en guardar silencio...

espaldas cuando era bebé anticipe todo el *moonwalking* de Michael Jackson. En otro lugar, y en una maniobra semejante por su osadía y arrogancia, se lanza a la piscina afirmando que nada menos que J. W. Goethe falsificó irremediabilmente su existencia al mudarse a la corte de Weimar –en *Buscando un Goethe desde dentro...*

Sería patético, sino fuera también gracioso⁵⁵. Porque lo mejor fue cuando por fin tuvo su deseado bis a bis con el adusto y altisonante Martín Heidegger, y que paso a relatar ahora abreviadamente. La luminaria ibérica, ya mayor, decide acudir a unas conferencias en Darmstadt, Alemania, organizadas por unos arquitectos de allí en el año 1951. ¿Qué se le ha perdido a estas alturas de su vida por esas tierras teutonas? Bueno, él se supone que supo y sabe el idioma germano de su estancia juvenil en Marburgo, y además Heidegger va a hablar allí la mañana de un día del cual a él le asignan precisamente la tarde. No sólo admira a Heidegger, hecho que declara abiertamente en su turno de palabra: lo cierto es que ha dedicado las últimas décadas de su docencia pública, como he señalado, a traducir *Sein und Zeit* al castizo modernista de sus escritos y alocuciones –de modo brillante, todo hay que decirlo⁵⁶. Esta es la ocasión, tal vez, de hacerle alguna aguda y brillante apostilla, siempre entre colegas y con mediterráneo salero⁵⁷. Se trata de un encuentro en la cumbre, donde el alemán ya estaba instalado hace tiempo y el español espera ser bien recibido, quizá como un igual. Sin embargo, lo que escucha esa mañana (él aduce que llegó tarde, y que al colocarse a la espalda del bávaro le oía mal) le desconcierta, y comienza a sentirse un convidado de piedra (pero él alega que no le advirtieron de que el congreso versaba sobre arquitectura, de lo que extrae un juicio histórico sobre la Alemania de posguerra). Total, que cuando le toca hablar, Ortega lee una página, se detiene para disculparse por no haberlo podido preparar más, continua con lo que califica como una improvisación pero que no es más que lo que Arnold Gehlen, rector de Friburgo en sustitución de Heidegger, escribía sobre la relación entre antropología y técnica en periodo nazi, y finalmente se resarce días después anotando su impresión sobre todo el evento para la posteridad. Heidegger, a todo esto, se prestó a hacerse unas fotos con él y escribió unos párrafos de compromiso acerca de la hidalga apostura e ingenio del caballero español, ya fallecido Ortega⁵⁸, y que no están nada mal.

Don José fue un gran maestro, lean a Ortega y aprenderán muchísimo del modo más placentero posible, pero ¡¡ay, España de nuestros sempiternos dolores, si es que ni tus “minorías selectas”...!!

⁵⁵ Gracioso resultaba también cuanto se presentaba a sí mismo como pensador “matutinista”, frente a otros a los que calificaba de “vespertinistas”... ¿Importará tanto, de verdad, mostrar la actitud en la que uno se afirma al principio de su discurso (el *ethos* de los retóricos antiguos), en vez de los argumentos que a continuación han de esgrimirse para apuntalar la misma? –máxime si uno no se presenta a unas elecciones de ningún tipo...

⁵⁶ A veces ese casticismo llegaba a extremos tan extravagantes como geniales, como cuando deja caer no recuerdo dónde que la eternidad no consiste en el tiempo azacaneándose tras las cosas, sino las cosas azacaneándose en torno al tiempo, como hacen los toros en las plazas cuando son tentados por los toreros hábiles. Un olé a ese *peaso* de imagen...

⁵⁷ Salero que no siempre empleaba con sus discípulos. Se cuenta que en una ocasión estaba charlando con ellos, incluida María Zambrano, cuando a ella le dio un arrebato místico, tal vez lírico, y comenzó a hablar, inspirada por la presencia del maestro, de ultratumbas, trascendencias y cosas así. Ortega, siempre tan galante, la cortó el discurso de cuajo con un tajante –escribo de memoria– «fíjese, señora, que anda usted dándose un paseo por el Séptimo Cielo mientras que todos los demás seguimos aquí, escuchándola perplejos». Ella, por lo visto, rompió a llorar y abandonó la sala...

⁵⁸ Se puede encontrar completo en Google, pero sin que exista un enlace directo: *Encuentros con Ortega y Gasset*, Martín Heidegger, Revista de Filosofía. Termina así, de modo extrañamente bello, personal y melancólico para tratarse de quien se trata: “La tarde de ese mismo día nos proporcionó a mí y a todos los presentes, la impresión más recia y duradera de la magna personalidad de Ortega y Gasset. Habló de un tema que ni estaba previsto ni había sido formulado y que puede, sin embargo, cifrarse en el título “El hombre español y la muerte”. Cierto que lo que nos dijo le era familiar desde hacía largo tiempo, pero el cómo lo dijo nos reveló cuánto más avanzado estaba que sus oyentes en un campo que ahora ha tenido que traspasar. Cuando pienso en Ortega vuelve a mis ojos su figura tal como la vi aquella tarde, hablando, callando, en sus ademanes, en su hidalguía, su soledad, su ingenuidad, su tristeza, su múltiple saber y su cautivante ironía”.

“Heidfucker”: vida (sexual) de los filósofos ilustres

*El sexo entre dos personas es una cosa hermosa;
entre cinco, es fantástico.*
Woody Allen

Si eres profesor de filosofía siempre hay quien te pregunta por los chismes relativos a las cositas íntimas de los grandes autores. Es tal el respeto que infunden o pretenden infundir, con esa tal alta consideración del alma o del pensamiento (y no es otra cosa que un Barrio Chino, el alma...), que es inevitable que incluso al menos frecuentador de los programas del *coure* se le levante un poco la curiosidad. Lo que yo sé acerca de esa picante e intrascendente materia cabe en dos o tres páginas únicamente, pero que no se diga que me lo reservo⁵⁹. Al fin y al cabo, si me he enterado yo es porque algún otro lo ha investigado, y si ese que lo ha investigado ha encontrado chicha es porque algún otro hace ya mucho tiempo se fue de la lengua, tal vez el propio interesado. “No echés la culpa al viento de lo que tú antes confesaste a los árboles”, dice un viejo refrán con el que siempre he estado de acuerdo. Quien de verdad fue discreto, como William Shakespeare, ha mantenido a salvo su secreto. Así que al lío.

El “amor platónico” es una expresión muy desafortunada que en realidad describe mejor, tal como se entiende coloquialmente, al matrimonio intelectual entre Sartre y Beauvoir que al propio Platón. A Sartre, en efecto, no le gustaba físicamente su compañera, la cual no tuvo su primera relación satisfactoria hasta entrados los cuarenta, y no precisamente con el hombre bajito de la pipa (leí una biografía de Sartre en la que la autora no paraba de referirse a él como “el hombre-cillo”). No obstante, Simone no paró de enviarle alumnas devotas o discípulas enganchadas a la “erótica del saber” que en algunas ocasiones Jean-Paul devoraba disciplinadamente y en otras, la mayoría de ellas, se limitaba a intentar hacerlas disfrutar a ellas, porque las anfetaminas según parece ayudan a trabajar mucho y con gran lucidez pero producen impotencia. De modo que ese fue el más intenso amor platónico que conoce la filosofía, ya que el propio Platón se trajo novio de su tercer viaje a Siracusa y vivieron juntos y en paz hasta la muerte de él. Algo de pasión venérea debía sentir sin duda Platón hacia su pareja, ya que en un diálogo hace decir a un personaje suyo que la vejez es una bendición, justamente porque aplaca a ese “furioso tirano” que son los *afrodisia* -que no el *Eros*: aquí Freud o bien patinó parcialmente en su griego o bien lo mezcló todo-, es decir, los placeres sexuales. Parece claro que un señor (nada enclenque, que Platón había sido púgil en su mocedad) que denomina como “tiránico” un vehemente deseo suyo es que ha hecho grandes e inútiles esfuerzos por librarse de él, es decir, que lo ha gozado y sufrido a fondo. Lo mismo le ocurría, por cierto, a Agustín de Hipona, un tipo fuertote, moreno, de la etnia bereber, el “semental de Dios”⁶⁰, un auténtico león que en su juventud había sembrado de hijos bastardos todo el norte de África, pero al que en la madurez piadosa y célibe

⁵⁹ Mis fundamentos teóricos para tales maleducados excesos en <https://revistatarantula.com/asi-hablaba-kamasutra/>

⁶⁰ Ortega llamaba a Agustín “la fiera de Dios”, y decía de él el gigantesco disparate de que era el primer espíritu moderno, pero supongo yo que no lo hacía en el sentido en que estamos viéndolo aquí; todos los datos correspondientes, claro, los tenemos por el testimonio directo de *Confesiones*...

seguía atormentando esa mecánica elevación del miembro viril que tiene lugar en el momento más insospechado incluso cuando uno es obispo y futuro Padre de la Iglesia...

Aristóteles, en cambio, fue más moderado, además de *genitor*. Tuvo esposa y luego concubina, aunque su relación estrechísima con su colaborador Teofrasto pudiera hacernos sospechar. Aristóteles fue un hombre sensato en su existencia mundana que de verdad practicaba su idea de que no existe vida mejor que la del hombre de conocimiento, siendo, para él, eso de la jodienda más bien locura animal propia de los jóvenes. Su gran comentador, el fraile que le bautizó sin su consentimiento, Tomás de Aquino, con toda seguridad fue virgen, al igual que el bravo Spinoza y el pobre Kant. La diferencia estriba en que a Kant sí que le gustaba mucho eso que entonces se denominaba “el bello sexo”, mientras que a Tomás le resultaba completamente indiferente, por no decir repulsivo. ¿Fue el santo lo que hoy llamamos “asexual”, o es que redirigía sus ansias hacia el arte del buen comer? Un servidor, con tal de no recibir nunca la horrenda noticia de que fue aficionado a los niños como la inmensa mayoría de sus colegas de gremio, se conformaría hasta con el burdo chiste de que estaba tan gordo que ni se la veía. Descartes, por su parte, no muy admirador de Tomás, tuvo una hija a la que perdió a la edad de cinco años. Con quién y cómo no lo sabemos, o al menos no lo sé yo, pero lo mismo le envió mis tardías condolencias. Daba comienzo la época en que los grandes filósofos resultaban atractivos a las damas de alcurnia, y tanto Descartes como después Leibniz visitaron y se cartearon con poderosas señoras con las que tal vez (Leibniz no, Leibniz fue homosexual, me parece, igual que su rival Newton, como argumento casi al término de este libro) hubiera algo de tema. La coyunda hombre intelectual/dama de alto rango alcanzó en el siglo XVIII y en París el carácter de fenómeno social casi aceptado y arrollador, del que se beneficiaron uno tras otro y a la vez todos los enciclopedistas. Rousseau enviaba el fruto de sus efusiones al hospicio, Diderot escribía obras picantes y Voltaire resolvía revolcones matemáticos y echaba teoremas magníficos, o al revés, con Madame de Châtelet⁶¹. Con respecto al Siglo de las Luces, el s. XIX supuso un cierto atraso en lo que toca a libertades eróticas. Buenos burgueses, como Hegel, y hasta anti-burgueses, como Marx, se avinieron a relaciones estrictamente ceñidas al código matrimonial. Marx, ya se sabe, tuvo un hijo con su criada, pero hay que decir que aquella mujer era como de la familia y además bastante instruida. Engels, que tapó el escándalo con la aquiescencia de Jenny, la mujer de Marx, tampoco le hizo ascos a algunas amantes obreras una vez que murió su mujer, así mismo obrera textil en sus orígenes. Proletarios del mundo, copulemos. Mucho peor se lo montó Kierkegaard, que, de modo semejante a Kafka décadas después, jugó a plantar a su prometida en nombre de la sacrosanta misión literaria, pero luego casi como que se arrepintió un poco. La vida del casado, escribió, es la vida verdaderamente ética, no como la forma de vida del esteta o del religioso. Nietzsche, el más desgraciadito de todos estos, estaba loco por fornicar dionisiacamente, pero para una vez que lo hizo, en los burdeles de la guerra franco-prusiana, pilló la sífilis que acabaría por matarle. Al menos dos mujeres rechazaron su petición de matrimonio, la primera por verle demasiado desesperado y suplicante -Lou Andreas Salomé, que enseguida dijo que sí al mucho más sibilino seductor Rilke-, y la segunda al contrario, por entender que la oferta estaba redactada de un modo demasiado pragmático y desapasionado. Entre una y otra se concibió a toda prisa el *Así habló Zaratustra*, del que se ha dicho no sin un tantico de razón que es el manual del machito despechado...

⁶¹ A Voltaire, por cierto, le invitaron una vez a una orgia, y allá fue, pero cuando le invitaron por segunda vez rehusó, con el pretexto, si no recuerdo mal, de algo así como que la primera vez acudió como filósofo, pero toda reiteración de esa conducta sería ya entendida no como prurito de conocimiento, sino como manifiesta incontinencia y lubricidad perversa...

Visto lo visto, sin duda la historia de amor más profunda de la historia del pensamiento, hasta donde yo sé, es la de Harriet Taylor y John Stuart Mill⁶², una veneración admirable que sobrevivió a la muerte. Wittgenstein tuvo alguna que otra pareja, pero no siempre se sentía bien por ello, dado que todavía había que disimular la amistad entre hombres, aunque como seguro que nunca se sintió bien fue con la masturbación, que anotaba puntualmente en su diario a modo de penitencia. Sin embargo, el más lanzado, el filósofo más ligón de todos los tiempos, que se sepa (y hablando siempre varios escalones por debajo de San Agustín, pero Agustín a cierta edad se rajó) no fue Pedro Abelardo, ni mucho menos, sino el montaraz, oracular y no muy apolíneo Martín Heidegger. Heidegger -“Heidfucker”, en adelante- tuvo su famoso *affaire* con Hannah Arendt, o Hannah Arendt con él, en 1925, y ambos quedaron realmente prendados de por vida. Se ha escrito mucho sobre esto en unos términos más bien frívolos, pero lo cierto es que fue un cuclgue de los buenos. Dos años después se publicó *Ser y tiempo*, y allí se hablaba poco de amor, pero se hablaba. Más tarde, en ¿Qué es metafísica?, también se hablaba de amor, mucho más en primer plano, como algo (ni siquiera una emoción: Heidfucker no era amigo de psicologismos ni antropologismos) semejante a una disposición existencial capaz de revelar la auténtica esencia de la relación del *Dasein* con el tándem Ser/Nada⁶³. Martín ya estaba casado con la rubia Elfride, una mujer que realmente le convenía mucho más en principio, primero porque era más rabiosamente nacionalista que él, y luego porque supo sacrificar su vida personal en aras de la tarea inmortal del genio. No obstante, Elfride tuvo un desliz al poco tiempo de casarse con Martín, y él se llevó tal disgusto (o tal mazazo en su amor propio, si es que hay diferencia) que sólo supo perdonárselo cuando se percató de hasta qué punto ese pecadillo iba a servirle a él para devolvérselo con creces. Ojo por ojo y diente por dentadura entera con coronas incluidas. Entre eso, y que Heidfucker continuó toda su vida atesorando el recuerdo incendiario de Arendt -y ella de él, también ella sin duda alguna un filósofo ilustre-, se pasó el resto de su vida de famoso pensador yendo de alumna atractiva a admiradora fervorosa, como abejita que va de flor en flor. No lo parece, no, lo sé, sobre todo si ves las fotos de Martín vestido con el traje tradicional bávaro, pero se lo hacía muy bien. Él se enamoraba de verdad, se declaraba de rodillas, y luego las convencía de que amarle a él era colaborar en la gran tarea del Pensar, un poco como hacía Rainer María Rilke años antes con el sagrado *Dichtung* de la poesía. Y era realmente un plan estupendo, porque cuando se les pasaba el calentón ambos podían excusarse alegando no el deber hacia a sus respectivas esposas, que les cuidaban los hijos, sino su compromiso con una causa más alta, la más alta posible en realidad. Entre tanto, como su entusiasmo había sido veraz, y no subterfugio de Don Juan de pocos vuelos, lograban sobradamente lo que querían, es decir: adoración, folleto e inspiración, todo en un mismo y feliz saco...

Martín pasó 17 años sin ver ni cartearse con Hannah, pero cuando volvieron a encontrarse el viejo ardor seguía allí. Heidfucker fue tan hábil que consiguió convencer a Elfride para formar un *terzetto* con Hannah, un trío sino sexual, al menos amistoso. Naturalmente, la cosa duró poquísimo, ante todo porque Elfride no tragaba a Hannah por ser judía⁶⁴ -y, me barrunto yo, por

⁶² Relatada someramente por ejemplo en <https://cuartopodersalta.com.ar/amores-necesarios-taylor-y-stuart-mill/>

⁶³ Con mucho mayor detalle -pero pasando curiosamente por encima de ¿Qué es metafísica?, que es el texto más claro y directo de todos- en el siguiente artículo: <https://www.redalyc.org/journal/809/80946586011/html/>

⁶⁴ Fragmento de carta de Heidegger a Arendt, antes de la Guerra: “para aclarar mi actitud frente a los judíos, bastan los siguientes hechos. [...] Quien puede venir a verme mensualmente para informar de un trabajo importante en curso (que no es ni el proyecto de una tesis ni de una habilitación), es otro judío. Quien hace unas semanas me envió un extenso trabajo para que lo revisara con urgencia, es judío. Los dos becarios de la comunidad de asistencia cuyo nombramiento conseguí en los últimos tres semestres son judíos. Quien recibe a través de mí una beca para Roma, es un judío. Quien quiera llamarlo “antisemitismo furibundo”, que lo haga. Por lo demás soy hoy en día tan antisemita en cuestiones universitarias como lo era hace diez años y en Marburgo, donde incluso conté para este antisemitismo con el apoyo de

puros celos de constituir ella el primer y más subido amor de su erotómano marido. Pero oye, allí estuvo Hannah, valiente y moderna, dispuesta a jugar a lo que hubiese que jugar, estando como estaba felizmente casada. Lo siento, pero a mí me parece una historia bonita. Hannah acuño su concepto de “perdón comprensivo” seguramente para aplicarlo a las estupideces políticas de Martín, dedicó algún seminario al análisis de su obra, y cuando murió escribió elogiosamente de él⁶⁵. Heidegger, cuando aún era un muchachote rendido al amor, le había escrito a Hannah la típica pedantería de filósofo en formación: “amo significa *volo, ut sis*, dice San Agustín en un momento: te amo – quiero que seas lo que eres”. Pues bien: tal vez no por casualidad, Hannah Arendt acabó escribiendo su tesis doctoral sobre el concepto del amor en el pensamiento del divino semental...

Fuera de la filosofía, sólo el apetito sexual y amoroso del físico cuántico Erwin Schrödinger supera al de Martín Heidegger, contemporáneo suyo. Algo que nunca se ha dicho, pero que acaricio como tesis mía, es que la *Kehre*, el viraje, ese supuesto golpe de timón que llevó a Heidegger (abandono ya la broma y vuelvo al apellido correcto) de la inquisición por el ser desde la explicación del *Dasein* a la del *Dasein* desde la historia del ser -así me lo explico yo, y quien me entienda que me compre- consistió también en la maduración personal del filósofo, una maduración sentimentalmente a peor, en cierto sentido. Porque el joven y novicio Heidegger era muy ingenuo en sus teorías del amor romántico, sin duda, del que hablaba de un modo risiblemente ontológico que poco tenía que ver con la realidad corporal y concreta del sexo como tal y de la agradable compañía, pero al menos eso le hacía comerse la cabeza en torno al dilema de la vida auténtica o inauténtica, propia o impropia, resuelta o irresuelta. Fueron esas unas temáticas un tanto adolescentes que luego le perjudicarían mucho respecto de la comprensión del ascenso nazi, pero que delataban un talante enamorado, pleno de promesas y listo para la acción, como el de Albert Camus. En cuanto se produce la *Kehre*, sin embargo, se acabó la tontería individualista, arrastrando con ella la pasión irrefrenable. Heidegger se hace mayor, y entonces ya únicamente consagra todo su arrobo al ser, aunque corteje a tantas y tan encantadoras damas por el camino. “Encaminarse a una estrella; solamente eso”; solamente eso y la rememoración, el *An-denken* de la Hannah Arendt joven...

Los filósofos, a diferencia de los blancos de la película de Woody Harrelson, sí la saben meter, con perdón por el mal chiste. Otra cosa es que se hagan un lío tremendo, como el resto de los mortales, entre el sexo, el amor y el ente en tanto ente. Sobre el error del amor, que un epicúreo sensato debiera siempre evitar, en el siglo I a.C. Tito Lucrecio Caro versificaba lo siguiente, en *De rerum natura*, IV, 1097-1120:

Así como cuando en sueños el sediento busca beber y no le es dado el líquido que puede apagar el ardor de sus miembros, pero busca imágenes de agua y en vano se esfuerza y aun bebiendo

Jacobsthal y Friedländer. Esto no tiene nada que ver con las relaciones personales con judíos (por ejemplo, Husserl, Misch, Cassirer y otros). Y menos aún puede afectar a la relación contigo”. Sí, sí, ya sé que suena al “no soy homófobo, tengo varios amigos gay”, pero hablamos de pleno periodo nazi, no de un intercambio garrulo actual en las redes sociales.

⁶⁵ En cierto sentido, la magistral obra de Arendt fue (intencionadamente o no, yo creo que sí, y no veo sexismo alguno en ello) complementaria a la de Heidegger. Veamos. Análisis político que cubre la ontología del *Mit-sein*, «nacidos» en vez o la vez que «mortales», encarar una explicación del fenómeno nazi y del Holocausto, estudiar el concepto de Revolución política y éticamente, pensar la reconciliación y el perdón, incorporar la labor y el trabajo en un sentido no-marxista o post-marxista, en cierto modo acoger el fenómeno de la Contracultura, dejar a un lado y no contar con la Fenomenología, enfocar el *Entwurf* (proyecto en *Ser y tiempo*) en tanto acción política y renovación de la vida común, entender la vida humana como activa y no sólo “en la vecindad del ser”... En fin, todo lo que él no podría jamás haber hecho, en mi opinión.

en medio de un torrentoso río siente sed, así también en el amor Venus se burla de los amantes por medio de las imágenes, y ellos no pueden saciar sus cuerpos, aunque contemplen el cuerpo amado frente a frente, ni pueden con sus manos arrebatarse algo de los tiernos miembros al errar vacilantes por todo el cuerpo.

Al fin, cuando con los cuerpos unidos ellos disfrutan de la flor de la edad, cuando ya el cuerpo presagia sus goces y Venus está a punto de sembrar los campos femeninos, ávidamente estrechan sus cuerpos y unen la saliva de sus bocas y respiran profundamente apretando los labios con sus dientes; pero todo es inútil, ya que no pueden arrebatarse nada de allí ni tampoco penetrar o fundirse en un cuerpo con todo su cuerpo; pues a veces parecen querer y luchar por hacer eso: con tanta pasión se adhieren en las junturas de Venus, hasta que los miembros se derriten abatidos por la fuerza de su placer.

Por último, cuando el deseo reunido se expulsa fuera de los nervios, se produce una pequeña pausa del ardor violento por un instante. Luego vuelve el mismo frenesí, retorna aquel delirio, cuando ellos buscan encontrar qué es lo que desean palpar junto a sí, pero no pueden encontrar el medio que venza ese mal: a tal punto vacilantes se consumen a causa de su secreta herida.

(Traducción de Eduardo Molina Cantó Pontificia Universidad Católica de Chile).

Voltaire, Rousseau y el volcán de La Palma

Andaba yo el otro día toqueteándome el móvil cuando, viendo los titulares de las noticias, recordé aquella polémica de la segunda mitad del s. XVIII que enzarzó, una vez más, a dos viejos rivales y sin embargo amigos, los enciclopedistas Voltaire y Jean-Jacques Rousseau. La ocasión se presentó a propósito del terremoto de Lisboa del 1 de noviembre de 1755, el también llamado Gran Terremoto, que conmocionó a toda Europa, que fue largamente recordado como una inmensa catástrofe y que incluso tuvo efectos políticos duraderos que no vienen al caso ahora. Voltaire, desde el retiro de su castillo de hombre célebre y venerado, salió al paso de la cuestión filosófica que el desastre proponía elaborando un largo poema en el que criticaba a todos aquellos que entendían que la Divina Providencia velaba por el bien de los seres humanos, y que todo lo que en este zarandeado mundo ocurre es algo que termina por obrar por un bien mayor. A quien quería hundir líricamente Voltaire con su texto era a Leibniz, del cual las hablillas cultas decían (pero por entonces casi nadie lo había leído y menos comprendido⁶⁶) que había afirmado que vivimos “en el mejor de los mundos posibles”. Pero como Leibniz era filosóficamente bastante inaccesible para él, parecía más igualado y próximo tomar como *sparring* a Alexander Pope, que tiempo antes había versificado una versión tal vez demasiado literal y edulcorada de esa idea en un poema escrito bajo la admonición “Todo está bien”. Es fácil atacar a los optimistas, los optimistas están ahí, en realidad, para servir de diana de los cínicos⁶⁷, y en este poema Voltaire fue cínico, so capa de humanitario. Desde luego, el Terremoto de Lisboa fue tremendamente más terrorífico que las últimas semanas de volcán que están sufriendo los palmeros, pero trate el lector de acoplar las palabras elegiacas de Voltaire a la actualidad de las Islas Afortunadas...

*Créanme, cuando la tierra entreabre sus abismos,
mi llanto es inocente y legítimos mis gritos.
Rodeados por todos lados de las crueldades de la suerte,
Del furor de los malos, de las trampas de la muerte,
Padeciendo los golpes de todos los elementos,
Compañeros de nuestros males, permítannos los llantos.
(...)*

*¿Están ustedes seguros que la causa eterna
Que todo lo hace, todo lo sabe, y todo lo creó para ella,
No hubiera podido lanzarnos a esos tristes climas
Sin formar volcanes encendidos bajo nuestros pasos?
¿Así limitaría usted a la suprema potencia?
¿Le prohibiría usted ejercer su clemencia?
¿El eterno artesano no tendrá en sus manos,
Infinitos medios, ya listos para sus designios?
Humildemente deseo, sin ofender mi amo,*

⁶⁶ Puesto que, en realidad, el leibniziano “mejor de los mundos posibles” incluída el mal o los males.

⁶⁷ Por ejemplo, yo ahora: que Stephen Pinker nos explique esta crónica negra de hoy en el diario Público:
<https://blogs.publico.es/puntoyseguido/7429/la-mujer-afgana-durante-los-20-anos-de-la-ocupacion-de-la-otan/>

*que ese abismo encendido, de azufre y salitre,
 Hubiese encendido sus fuegos al fondo de los desiertos.
 A mi Dios respeto; pero quiero al universo.
 Cuando el hombre se atreve a gemir de tan terrible desgracia,
 ¡Ay! No es por orgullo, es sólo sensible.
 Los pobres habitantes de esas tierras desoladas
 ¡En el horror de los tormentos, encontrarían consuelo
 Si alguien les dijese: “Caigan, tranquilos mueran;
 Para la felicidad del mundo se destruyen sus refugios;
 Otras manos levantarán sus palacios calcinados,
 Otros pueblos nacerán en sus muros derruidos;
 El norte se va a enriquecer con sus pérdidas fatales;
 Todos sus males son un bien en las leyes generales;
 Con el mismo ojo, Dios los mira a ustedes y a los viles gusanos,
 Cuya presa serán pronto ustedes en el fondo de sus tumbas !”
 Para desventurados ¡qué horrible lenguaje!
 Crueles, a mis dolores no añadan el insulto.
 No, a mi trastornado corazón, ya no presenten
 Esas inmutables leyes de la necesidad,
 Esa cadena de los cuerpos, de los espíritus y de los mundos.
 ¡oh sueños de sabios! ¡Oh profundas quimeras!
 En su mano tiene Dios la cadena, sin ser El mismo encadenado;
 Su benéfica decisión todo lo ha determinado:
 Él es libre, justo, y en nada implacable
 ¿Por qué pues sufrimos con tan equitativo dueño?
 he allí el nudo fatal que quedaba por desatar.*

Voltaire termina este último verso de manera muy shakespiriana, para lo poco que le gustaba Shakespeare. No obstante, el final del poema apelaba a la esperanza, una esperanza entre teológica y meramente humana, puesto que en realidad Voltaire siempre fue creyente, aunque, como se ve, un creyente indignado o reformista respecto de la fe ruda de sus antepasados. Rousseau, siempre pendiente de las novedades textuales de su enemigo íntimo, adivinó enseguida las debilidades argumentales del poema, y muy hábilmente hizo como que ignoraba la conclusión y como que Voltaire había redactado un panfleto, en vez de una endecha, con lo que pasó a coger la pluma y darle una lección filosófica en prosa a su compatriota. Y se debe reconocer que lo consiguió, y que, por una vez, y tan sólo por esta vez, Jean-Jacques le mojó la oreja a François-Marie. No hay nada como ser el segundo que tira el penalti, cuando ya conoces el resultado del que lo chutó primero. De modo semejante, Rousseau midió sus fuerzas, silabeo el texto de un Voltaire de repente entregado al drama y se dio perfecta cuenta de que si aquel había hecho siempre el papel del que se burlaba fríamente y *a parte post* de sus paroxísticas reflexiones, esta vez se cambiarían las tornas. Vamos a ver cuáles fueron algunos de los razonamientos, ciertamente brillantes, con los que Rousseau, con toda calma y aplomo, procedía a la destrucción del poema volteriano tan sistemáticamente como el propio terremoto había aniquilado a la pobre Lisboa.

¿Es que la naturaleza debe estar sometida a nuestras leyes? y ¿es que para prohibir un terremoto en algún lugar no tenemos más que construir una ciudad?

Touché. Como Voltaire se había preguntado por qué los terremotos no tienen lugar únicamente en los desiertos, las dos preguntas transcritas tan sólo podrían sacar los colores de alguien que pretenda que la naturaleza sea vidente y que exija que sólo agite la tierra allí donde no se haya establecido población alguna. Es decir, en nuestro caso: son los habitantes de La Palma los que han construido junto a un volcán, no el volcán el que ha decidido incinerar esos hogares —hace como diez días, por cierto, tuvo allí lugar una rogativa a la Virgen, algo tan humanamente comprensible como históricamente obsoleto. Pero es que luego Rousseau saca más munición, toda argumentalmente intachable, en mi opinión, es como cuando hace notar que los males ocasionados por la libertad del hombre son siempre más intensos, dolorosos e insufribles⁶⁸ que los generados ciegamente por los eventuales estallidos de la madrastra naturaleza:

¿Hay acaso un fin más triste que el de un moribundo al que se atormenta con cuidados inútiles, al que un notario y sus herederos no dejan respirar, al que los médicos asesinan en su cama a su antojo, y al cual los bárbaros sacerdotes hacen saborear la muerte con arte? Por el contrario, veo por todas partes que los males a los que nos somete la naturaleza son menos crueles que los que nosotros añadimos.

Sin embargo, por muy ingeniosos que podamos ser en fomentar nuestras miserias a fuerza de bellas instituciones, aún no hemos podido perfeccionarnos hasta el punto de convertir generalmente la vida en una carga y preferir la nada al ser, sin lo que el desánimo y la desesperación se hubieran pronto adueñado de la mayoría, y el género humano no hubiera podido subsistir por mucho tiempo. Luego, si es preferible para nosotros ser que no ser, esto sería suficiente para justificar nuestra existencia, y al menos no tendríamos que esperar ninguna compensación por los males que tenemos soportar, aunque esos males fueran tan grandes como los describís. Con todo, sobre esta cuestión es difícil encontrar buena fe en los hombres y cálculos correctos en los filósofos, porque éstos, al comparar los bienes y los males, olvidan siempre el dulce placer de existir, independiente de cualquier sensación, mientras que la vanidad de despreciar la muerte lleva a otros a calumniar la vida; poco más o menos como esas mujeres que ante un traje manchado y unas tijeras prefieren antes unos rotos que unas manchas.

Luego habla de la relación entre el bien relativo a un ser particular, especialmente un ser sensitivo como es el ser humano, y el entero destino del universo, y aunque yo personalmente creo que Rousseau de nuevo acierta de pleno, ese es un tipo de enfoque que, desgraciadamente, ha envejecido demasiado a costa de formularse en lenguaje teísta, es decir, cuasi-religioso. Tiene, en cualquier caso, gracia. Rousseau, que siempre había representado el papel del agonías y del patético —en su sentido literal: lleno de sentimiento— de la Ilustración francesa, aprovecha una terrible calamidad colectiva para situarse en el bando de los irónicos y equilibrados, mientras que Voltaire, que se creyó muy seguro de sus fuerzas, cae sin advertirlo en su propia trampa y se ve obligado a exponer mejor su posición por medio de un relato en el que vuelve a emplear su mejor arma, que era la sátira. El relato es *Cándido*, seguramente el más célebre suyo, y curiosamente no alude en lo más mínimo a Rousseau (el texto, por cierto, se tituló *Carta sobre la Providencia*, y ambos están traducidos en *En torno al mal y la desdicha*, Alianza), sino, ahora ya más frontalmente, a Leibniz, que llevaba cuarenta años muerto y no podía defenderse. Pero leamos, para concluir, el K.O. técnico de Rousseau a Voltaire, allí donde le tumba pagándole con su misma moneda: *Pero, según el curso ordinario de las cosas, a pesar de algunos males que siembran la vida humana, en su conjunto, no es un mal regalo; y si no siempre morir es un mal, es bien extraño que lo sea vivir.*

⁶⁸ Remito de nuevo a mi nota anterior, que es realmente espeluznante y que ninguna enfermedad podría parangonar.

La Cumbre de Glasgow y el Intelectualismo Moral

Somos lo peor. El COP26 se ha cerrado con cero resultados. Peor todavía: se ha cerrado con un corolario filosófico nefasto. Porque si ya no queda ni un solo negacionista entre los líderes mundiales (el muchísimo dinero gastado por las petroleras desde hace décadas para tapar el problema ya no ha dado para más...), entonces es que el desastre se va a producir por motivos de puro cinismo. Es como si nos dijeran a la cara, y sin paños calientes: “pues sí, vuestras vidas y la de vuestros hijos van a empeorar considerablemente, pero las nuestras no, de eso podéis estar seguros; nunca llueve a gusto de todos...” No es, pues, la ciencia la que ha fallado, sino el sentido moral. Sócrates, como se sabe, pensaba -o nos han dicho que pensaba- que ambas cosas iban unidas, y que el mal no es más que la otra cara de la ignorancia. Era una idea muy bonita, previa a la concepción cristiana del pecado, y que fue adoptada por la izquierda política casi desde su fundación. Ser de izquierdas, en efecto, consiste en estar convencido de que las injusticias del mundo tienen lugar no por la mala baba del agente humano, sino porque todavía dicho agente no está lo suficientemente informado. Así, por ejemplo, si un chaval se convierte en delincuente es porque ha nacido en un barrio deprimido y nunca se le han ofrecido las oportunidades que sí existen en los barrios exclusivos de la ciudad. Ese chaval ni alcanza a saber que las oportunidades son reales, que estudiar no es solamente hacerse con una posición social, y que la ley de la jungla no es la única ley vigente. Si lo supiera, podrían haber dicho Sócrates o Marx, actuaría sin duda en consecuencia y salvaría su vida. Sin embargo, no parece que sea así. Primero por una razón puramente filosófica, que es que ni Sócrates ni Marx sería capaces de explicarnos por qué la ignorancia está siempre presente en primer lugar. Quiero decir que, si todo fuera tan fácil como entiende el Intelectualismo Moral, entonces por qué demonios no hemos nacido sabiendo. La solución parece sencilla: educar, educar y educar, pero no se nos explica cómo es que necesitamos de esa prótesis para ser plenamente humanos. Un tigre es tigre desde el momento mismo en que es concebido, no precisa de adquirir la tigredad con tiempo y esfuerzo... Platón, de hecho, seguramente lo vio así, y por eso matizó la tesis de su maestro en gran medida, haciendo que la *psyché* humana conste de tres partes de las cuales precisamente la inteligencia, el *nous*, el auriga interior, es la única que no posee capacidad alguna de tracción. El apetito, en cambio, y el coraje, son las facultades que realmente *tiran* de nuestra vida (por cierto, Freud calca, modernizado, entenebrecido y sin citarlo, este esquema tripartito de Platón: Yo, Ello y Súper-yo), mientras que la razón sólo guía, si es que sus dos vigorosos caballos se lo permiten. No lo suelen permitir, como vemos, y a esa constatación la denominamos con solemnidad Historia Universal de la Humanidad. Si Marx resucitase hoy, y viera al capitalismo tan boyante y a punto de llevar al género humano a la catástrofe (no a todos, claro: una minoría afortunada podrá refugiarse en el Metaverso que Zuckerberg les va a construir a ese efecto), quizá se diera cuenta de cuál había sido su error, que no fue otro que el de ser más socrático que platónico...

La segunda razón que refuta el intelectualismo moral es este Glasgow fracasado. Ya sabemos todo lo que es necesario saber sobre el calentamiento global, y resulta que no se va a hacer nada. Por un lado es normal... ¿cómo iban a formar parte de la solución los que son parte del pro-

blema? Los representantes políticos de los países reunidos, que han acudido y han abandonado el espectáculo en aviones privados, pertenecen a los mismos círculos de poder y dinero que se lucran con el actual modelo energético. Perro no muerde perro (<https://blogs.publico.es/otrasmiradas/53455/el-tratado-de-la-carta-de-la-energia-el-elefante-del-que-nadie-habla-en-la-cop26/>) Pero por otro lado es escandaloso... ¿vamos a tener que esterilizar a nuestros hijos para acabar con la descendencia humana y evitar futuros sufrimientos? ¿va a haber que terminar por asentir a las imbecilidades quejicas y derrotistas de los antinatalistas?

Sócrates, cariño, desde luego no hemos sabido estar a la altura...

Entrevista sobre la clonación

1. ¿Qué es la clonación?

Técnicamente, resulta obvio que esa es una pregunta para un biólogo cualificado, que además de saberla la practican -porque, en efecto, saber *qué es* la clonación equivale a *saber hacerla*-, y su descripción más elemental (que ya de por sí es compleja...) puede encontrarse en Wikipedia o en miles de sitios más de Internet, de modo que trataré de dar la respuesta de un filósofo, habida cuenta de que carece, claro, del rigor metódico característico de las ciencias experimentales, pero que no por ello habría de ser menos verdadera siempre que convenza a cualquiera. Según ella, pues, la clonación consiste en la posibilidad, actualmente real y verificable en laboratorio, de interrumpir o desviar el curso natural de la reproducción de los seres vivos para introducir en él una pauta exclusivamente humana, concretamente la de producir de manera artificial una copia genética de una entidad viva (o dudosamente viva, como un virus) de acuerdo con los *deseos o intereses* de determinados hombres preexistentes –y esta es la cuestión clave.

2. ¿Qué opinas sobre su realización y sobre las leyes que la rigen?

Me parece que, en este tipo de cosas, es lo mismo lo que opinemos yo o las autoridades competentes que estén o vayan a estar encargadas del asunto. Como suele decirse vulgarmente, no se va a “desinventar”, nos guste o no, de manera que más vale que nos vayamos acostumbrando a la idea de que existe, y como existe impepinablemente, de que o bien se llevará a cabo fuera de la ley, generando una especie de mercado negro clandestino colosal, o bien habrá que arbitrar leyes responsables que la normalicen para el bien de todos. Que tales leyes se adapten al ritmo de los avances de la ingeniería genética y sean capaces de integrar la clonación en los futuros cambios sociales de modo transparente y democrático depende de nuestro grado de madurez como especie, algo, pues, de lo que nunca cabe confiar demasiado...

3. ¿Crees que la clonación daña la dignidad del ser humano?

Todo en este mundo nuestro está expuesto a la manipulación más grosera, ¡todo!, y nada se ha inventado o descubierto que no haya prestado algún servicio atroz (incluso un sencillo palillo de dientes puede matar a alguien adecuadamente usado: en la cárcel, por ejemplo, según me han contado). La “dignidad” del ser humano, desgraciadamente, no es un dato empírico, sino una *interpretación* moral y política del hecho humano, y por tanto subsistirá tanto cuanto queramos y luchemos por que lo haga; en este sentido, no entiendo que la clonación sea ni más ni menos peligrosa para la vigencia jurídica de la dignidad humana que la energía atómica, por decir algo. Simplemente es un desafío nuevo...

4. ¿Crees que la clonación terapéutica sería justa para el clon?

Una vez más, me parece que en el pasado y todavía hoy ha habido y sigue habiendo motivos para tener hijos mucho más horripilantes que el mencionado, desde “dar un heredero a la corona” o a la Firma o al apellido hasta querer aumentar el número de brazos útiles en el campo o en la guerra, por no hablar de la mera inercia o de los “accidentes”. Eso no es lo inquietante, pues. Lo

inquietante es cómo la clonación supone un primer paso en la *selección artificial sistemática* de los vivos tal y como la soñó Huxley en *Brave New World*, o sea, seres -no sólo humanos- creados *ex profeso* para servir a una función, y, por consiguiente, esclavos vivientes de un designio que les precede (como si dijéramos, normas encarnadas de una voluntad ajena incapacitadas físicamente para modificar su destino).

5. ¿Crees que a los clones se les trataría con desprecio por no ser el original?

Entre los seres humanos ya existen desde siempre clones, los gemelos lo son y el tipo que vive para imitar a Michael Jackson lo intenta. Resulta más bien un tanto ridículo antes que odioso, pero no hay verdadera razón para el desprecio, puesto que el clon se diversifica de su original desde el embrión. Quiero decir que no hay ni puede haber jamás personas totalmente idénticas.

(Nota: Lo que no quita para que, como quién dice norma dice igualmente “valor”, la posibilidad más factible a corto plazo será una aplicación a la estética antes que nada... Imaginemos con pavor: cientos de Brad(s) Pitt(s) deambulando por las calles de cualquier ciudad, una perspectiva escalofriante... Y lo más divertido, dentro del vértigo: cualquiera podrá concebir su clon del otro sexo, con solo alterar el cromosoma XX o XY y sin tocar los genes.)

6. ¿Qué opinas sobre la clonación terapéutica y sobre la clonación reproductiva?

Creo que ya he respondido a eso en ambos casos. La clonación terapéutica se diría una bendición, y la reproductiva es ambivalente, pero sin duda representa una gran oportunidad en lo que a “resucitar” especies perdidas o en vías de extinción se refiere (y, de hecho, existen bancos creados para ello, aunque los ecologistas piensan que de nada vale conservar el patrón de una especie si no se preserva su entorno, y pienso que tienen razón, aparte de que pueda resultar una fácil excusa para su sobreexplotación: mato tranquilamente a la foca monje porque ya poseo su genoma...)

7. ¿Crees que en un futuro la clonación será aceptada?, si se aceptara... ¿Crees que la llevarían a cabo en todos los lugares o solo en lugares con dinero?

La clonación reproductiva resulta carísima hoy, y la terapéutica, que tuvo lugar en China hace ya tres años, por ahí le andará, así que está claro.

8. ¿Qué impacto social crees que tendría?

Todo proceso social se ve afectado, en mi opinión, por la “paradoja de las consecuencias” tal como la formuló Max Weber, esto es: que por muchas previsiones y cautelas que se tomen, los efectos de una decisión son siempre imprevisibles en su totalidad, y una pequeña parte de ellos puede cambiarlo todo.

9-. ¿Cuáles serían los problemas morales a partir de la práctica de la clonación para un católico?

¿Y para un musulmán? ¿Y para un budista? El reto es global. Específicamente, un católico debería admitir que a Dios no le quedará otro remedio, pese a sus planes providenciales, que infundir un alma en el nuevo embrión provenga de donde provenga. ¿O es que en la Biblia hay algo escrito contra ello?...

10-. ¿En qué medida podría afectar la práctica de la clonación como técnica de reproducción asistida a nuestro concepto tradicional de familia?

Vuelvo a preguntar yo... ¿Qué concepto tradicional de familia? El mundo sigue siendo grande y variado. Las culturas precolombinas se unían en familias de cuatro adultos. En fin, sólo veo un problema *real* para el Ordenamiento Jurídico -la herencia, por ejemplo-, no para los llamados, muy mediáticamente, “valores”... (No obstante, ya habrá quienes lo conviertan en problema de *valores* por puro y duro miedo...)

11-. ¿Afectaran las investigaciones sobre la clonación a la evolución de la especie humana?

Tanto como lo haga, qué sé yo, de modo parecido la Revolución Informática. Si por “evolución” se entiende un concepto darwinista, no está en nuestras manos dirigir la Selección Natural, o no sería propiamente “natural”; y si por “evolución” se entiende desarrollo moral, la Bioética o la Zooética, como la denominan ahora, insisto, debe entender que únicamente argumentos de provecho general pueden poner puertas al campo, y en realidad ni eso...

12-. ¿Puede conseguir la clonación la inmortalidad?

Naturalmente, eso es una chorrada de mala ciencia-ficción. Es como el villano de *El sexto día* de Arnold Schwarzenegger, que cada vez que le mataban transfería su memoria a un nuevo clon. Un cuerpo sin estrenar, por así decirlo, no recibe una información previa y se pone a funcionar como si tal cosa a la manera de una persona adulta. Es una visión cognitivista de la relación entre las funciones corporales del ser humano que gusta de plantear la mente como un ordenador a ver si así averiguan cómo convertir un ordenador en una mente. Lo que recuerda también a películas como *Johnny Mnemonic*, o, más todavía, *The Matrix*, donde se aprende karate sin haber movido jamás un músculo en un gimnasio, o alemán sin haberse comunicado jamás en ese idioma. No: para aprender *hay que hacer*. Otra cosa es que la mortalidad sea obligatoria, es decir, que se afirme que somos mortales por necesidad ya que morimos, que sería como decir que somos enfermos por necesidad ya que enfermamos. Ese anhelo -o pesadilla- de inmortalidad no es absurdo del todo, pero requiere otras tecnologías aún muy lejanas, afortunadamente.

El porvenir de la humanidad recibe “un balón de hidrógeno”

Lo que le sugiero a usted es que esto podría ser un renacimiento. Podemos estar en la cúspide de un futuro que podría proporcionar un gran salto adelante para la humanidad.

Entrevista a Jeremy Rifkin

A mi juicio, el pensador más importante de lo que va de siglo XXI no es un filósofo, ni un gurú del MIT, ni un teórico a sueldo de una gran tecnológica de Silicon Valley, ni siquiera un detractor melenudo y jipioso que haya escrito diez libros contra la Utopía Digital. Se trata, más bien, de un señor que en realidad pertenece más al siglo pasado que al actual y que tiene ahora la edad de mi padre, pero que ejerce para nosotros la función del visionario bien informado. Jeremy Rifkin, en efecto, lo ha sido todo en las más altas instancias de la materia gris norteamericana, sociólogo, economista, conferenciante, asesor político y activista, pero ante todo ha sido el hombre que se ha ocupado de reflexionar en los verdaderos problemas que acechan al futuro inmediato de la humanidad, en vez de perder el tiempo con *performances* de dudosa calidad, trashumanismos de mala ciencia-ficción o psicoanálisis de pacotilla acerca de las películas de David Lynch. Rifkin publicó, en 2002, el libro tal vez más importante de nuestro tiempo, *La economía del hidrógeno*, y años más tarde, en 2011, lo completó con *La Tercera Revolución Industrial*, donde profetiza que es precisamente el uso masivo del Hidrógeno Verde como fuente de energía global lo que va a transformar enteramente y de modo definitivo el modo de vivir en la Tierra tanto para seres humanos como para el resto de los seres vivientes. El Hidrógeno Verde, como se sabe (o no se sabe, porque por el momento se habla poco de ello en los medios generalistas⁶⁹), sería una fuente de electricidad limpia, barata y fácil de almacenar que desbancaría de una vez para siempre a los combustibles fósiles, y cuya mayor dificultad, el transporte, está ya siendo superada mediante el recurso al amoniaco verde.

Cierto es que en la última y decepcionante Cumbre del Clima de Glasgow se habló poco de esto entre los propósitos finales de la reunión, sencillamente porque los lobbies de los combustibles fósiles siguen siendo todopoderosos, pero Rifkin cree, todavía hoy, que hasta las propias empresas gasísticas o petroleras están ya preparando la transición a las energías renovables que coordina y hace posible precisamente la tecnología del Hidrógeno Verde. Rifkin, sin embargo, va más lejos. Él entiende que la disponibilidad de una energía que tan sólo necesita de la electrolisis para ser viable (proceso que puede perfectamente ser generado con energía fotovoltaica, geotérmica, eólica o de biomasa), y que deja como residuo sólo vapor de agua pondrá por primera vez en manos de la humanidad la independencia energética casi absoluta, y por tanto la verdadera democratización del planeta. Ya no existirá el Tercer Mundo cuando un coche impulsado por Hidrógeno Verde produzca mucha más energía de la que necesita para moverse y el excedente pueda ser distribuido por Internet (el “Internet de la Energía”, lo denomina Rifkin). Y ya no existirá la pobreza energética -un tercio de la población mundial no tiene acceso actualmente a la electricidad, según informaban hace años en Documentos TV; hoy debe ser mucho más grave- ni el drama de los refugiados cuando cualquiera pueda ponerse de acuerdo con sus vecinos para forzar a las redes eléctricas privadas a aceptar el papel de servir de distribuidoras de la electricidad producida localmente.

⁶⁹ La última vez que me topé con ello fue en este estupendo y amplio artículo del pasado abril: <https://elpais.com/economia/2021-05-23/hidrogeno-verde-el-combustible-eterno-que-alumbra-una-nueva-era.html>

Rifkin estableció, en su libro de 2011, que las cinco condiciones de una hipotética -para él en ciernes- Tercera Revolución Industrial eran, primero, y como es obvio, la transición hacia la energía renovable; en segundo lugar, la transformación de los bloques de edificios de los barrios en microcentrales eléctricas que recojan y aprovechen esas mismas energías renovables; en tercer lugar, el despliegue de la citada Tecnología del Hidrógeno a lo largo y ancho de la red de infraestructuras, para acumular energías como las renovables, que son de flujo intermitente; en cuarto lugar, y como ya se ha apuntado, el uso de Internet para transformar la red eléctrica de cada continente en una interred de energía compartida, que funcione exactamente igual que la red de redes; y en quinto y último lugar, la transición de la actual flota de transportes hacia vehículos de motor eléctrico con alimentación de red, que fue uno de los pocos objetivos firmes que salieron de Glasgow hace unos meses. Técnicamente, no es ningún sueño, se *puede hacer*, y muchas compañías y gobiernos están invirtiendo millones en ello (la UE aprobó un proyecto en este sentido en julio del año pasado), otra cosa es que lo sea políticamente. Al igual que en España se sacaron de la manga un “impuesto al sol” para que la gente siguiera abonada al suministro contaminante de la grandes multinacionales de siempre, resulta del todo previsible que en los próximos años vayamos a conocer un nuevo negacionismo, el “negacionismo energético”, que se valga de todos los medios que pueda comprar para decirnos que la descarbonización completa es imposible y que necesitaremos eternamente de sus amables pero remunerados servicios para mantener el nivel de vida a que estamos acostumbrados en el Primer Mundo. Frente a ello, Rifkin alega que “en el siglo XXI, el centro del control sobre la producción y la distribución energéticas va a desplazarse desde los gigantes empresariales centralizados de la energía basada en los combustibles fósiles hacia millones de pequeños productores que generarán sus propias energías renovables en sus viviendas y locales, y que comercializarán los excedentes a través de redes infoenergéticas de dominio común”, y no es que sea demasiado bonito para ser verdad, es que es demasiado bonito como para que no presionemos los próximos años con todas nuestras fuerzas a las instituciones y grandes corporaciones del globo para que *termine por ser verdad*...

Y esto, afirma Rifkin, no es comunismo, ni capitalismo, es “capitalismo distribuido”, eso que ya intuían los hermanos Chesterton cuando escribían que lo malo del capitalismo de su tiempo es que los capitalistas son unos cuantos, en vez de serlo todos un poco y en nuestra medida... Energía “glocal”, descentralizada, repartida en red y no contaminante implica no únicamente un cambio en los medios de producción y consumo de la humanidad en su conjunto, sino un vuelco absoluto en las relaciones de producción y consumo entre los hombres concretos. De manera análoga a como si yo decidiese comunicarme tan solo en esperanto eso cambiaría de arriba abajo el marco de mis amistades, mi trabajo y mis vínculos con las estructuras sociales que me rodean, como la banca o el comercio, la introducción de la Economía del Hidrógeno precisará de un tablero de juego político y de un mundo totalmente nuevo y distinto en el que operar. A la visión de futuro necesaria para dar paso a ese nuevo mundo la denominan hoy en muchos foros internacionales el *Green New Deal*, y sin duda es algo por lo que merece la pena luchar si queremos, primero de todo, frenar en 1,5 grados el calentamiento global, pero no sólo eso. Recuerdo que en *Wachtmen*, uno de los mejores cómics de todos los tiempos, Jon Osterman, el personaje conocido como “Doctor Manhattan”, dice que si ha de llevar un símbolo, “será uno que yo respete”, y entonces se graba un átomo de hidrógeno en la frente. El hidrógeno es el elemento más ligero y más sencillo de la Tabla Periódica, y también es el más abundante en la Tierra. “Sólo un dios puede salvarnos”, insinuó oscuramente Martín Heidegger en su última entrevista, publicada póstumamente... tal vez ese dios no requiera culto, ni ceremonias, ni iglesia organizada, sino que consista en un protón, un electrón y unos cuantos kilotonos de buena voluntad y esperanza⁷⁰.

⁷⁰ Más recientemente: <https://motor.elpais.com/tecnologia/el-descubrimiento-casual-que-puede-acelerar-los-coches-de-hidrogeno/>

El Escéptico Autodidacta

Es la costumbre la que gobierna el mundo.

Voltaire

En tiempos en los que yo vivía ensimismado y como abducido en el seno confortable y protector de mi Alma Mater leí una novela algo aburrida que nos recomendaron en la asignatura de Filosofía Árabe –sí, sí, tal materia existía, y muy bien impartida, pero ignoro si se mantendrá ahora en las actuales programaciones... Se trataba de *El filósofo autodidacta*, de un tal Ibn Tufail, escrita en el s. XII con base a un apólogo anterior de Avicena, y que luego tuvo cierta influencia en el pensamiento europeo del Barroco y la Ilustración. En ella, un niño abandonado y criado por una gacela en medio de la naturaleza virgen se mostraba capaz, a partir de su sola experiencia desnuda y del uso de su ingenio, de averiguar sin demasiado esfuerzo todas las verdades que el hombre culto y civilizado del Islam había acumulado a lo largo de los siglos. Con ello, Ibn Tufail pretendía demostrar -y la demostración quería ser definitiva y terminante como un teorema- que, incluida la mismísima existencia de Dios como verdad última, todo lo realmente valioso de la Creación está allí abierto y manifiesto y como aguardando al conocimiento del hombre: tan sólo hay que aprender a acogerlo con una mirada y un espíritu *limpios*, como eran los propios de ese Tarzán, ese Mowgli o ese Robinsón árabes que había concebido Tufail como protagonista de su relato. No muchos años después, la cultura musulmana se sacudió de encima la pesada carga de la Filosofía, una filosofía que, sin embargo, había sabido conservar y acrecentar para devolvérsela embellecida a la Europa medieval, y allí se acabó para siempre el intento peculiarmente árabe de producir una teología racional o una religión fundamentada racionalmente.

Hace unos días nos levantábamos de nuevo con la espantosa noticia de otro atentado suicida en suelo de la Unión Europea, después de los recientes en Turquía y otros países del entorno propiamente musulmán, y me pregunto si el chico incorrupto de aquella novela árabe medieval, de ser violentamente trasplantado a la civilización tecnificada de nuestros días, no aprendería a dar todavía un paso más en su formación y se convertiría consecuentemente en el “escéptico autodidacta”. Porque parece claro que son los creyentes fanáticos de todo tipo los que hacen mayor daño hoy en todos los terrenos, ya sean creyentes en una vieja religión exclusivista (equivalente a una determinada ideología histórica, por cuanto que ambas han sido reveladas por un profeta sabio y barbudo), o ya sean simplemente creyentes convencidos del derecho a la hegemonía irrestricta y planetaria que debe merecer su propio modo de vida. En general, los demás, que nos contamos por millones, vivimos indiferentes a pronunciamientos acerca de la verdad o falsedad de lo que nos cuentan desde arriba sobre la vida del resto, demasiado ocupados en nuestra pequeña pero fiel existencia como para enfangarnos en tales banderías abstractas. Si nos preguntan, tenderemos a defender lo nuestro, que es lo que nos enseñaron y lo que más o menos hacemos, como es natural en cualquier grupo humano desde el principio de los tiempos, pero creo de verdad que, en el fondo, y barridos los tópicos folclóricos, tenemos menos manías idiosincrásicas que las que se nos atribuyen. La gente común y normal se limita en lo que puede a “cultivar su jardín”, como pedía ese gran escéptico que fue Voltaire, y si no fuese por esa presión exterior y mediática que nos obliga continuamente a decantarnos de un lado o del otro en un remoto o cercano conflicto,

no surgirían tan fácilmente el racismo, la xenofobia, o, *grosso modo*, lo que hoy denominamos la “heterofobia”. De hecho, en la Antigüedad pre-cristiana no existía ningún racismo o xenofobia que apelara a una absurda justificación naturalista o pseudo-científica, y, que yo sepa, durante cientos de años de esplendor cultural y expansiones imperiales no tuvo lugar jamás ninguna guerra de religión. Las guerras de unos pueblos contra otros eran muy frecuentes, desde luego, pero se hacían en nombre de la justicia o de la conveniencia puntuales -generalmente la primera se traía a colación para encubrir o justificar a la segunda, como suele ocurrir-, y cuando los motivos del enfrentamiento pasaban, hubiera sido el que hubiera sido el ganador, se olvidaban los encendidos discursos que habían avivado el odio y el que antes era enemigo podía pasar a ser ahora perfectamente el aliado o viceversa.

En la actualidad hay todavía más razones para ser escéptico que entonces. Hemos sobrevivido más o menos bien parados a la fiebre padecida a causa de la fe en el Progreso de la Humanidad, y lo que vemos todos los días a nuestro alrededor o en los medios de comunicación no da muchos motivos para creer en nada que no sea la provisión de unas mínimas condiciones de bienestar para todos los habitantes de La Tierra, al margen de su nacionalidad o de sus creencias de base. Ni siquiera la Ciencia, tan adorada como un bloque hasta hace muy poco, resulta finalmente tan de fiar con la vista puesta en la quiebra ecológica previsible del planeta. Los individuos, tomados uno a uno, suelen ser sosegadamente escépticos, y sólo englobados como masa se tornan paladines fervorosos de una Causa, esa que les dicen que es la suya. Es la costumbre, y no la Verdad, la que lo rige todo en la vida de los hombres, y ya carecemos de estímulos para prestar asentimiento a nada superior a eso. Si una costumbre te mata, o mata a los demás sin mayor pretexto que el respeto rocoso e idiota a esa misma costumbre, un sano escepticismo te invitará decididamente a cambiarla. Cuando trates de cambiarla, y algo o alguien te lo impidan con profunda indignación santurrón y grandes voces de alarma que anuncian el caos, ese algo o ese alguien *son* nuestro verdadero problema, y da lo mismo que se trate de una costumbre religiosa, epistemológica, política o económica. Hay que ser prácticos: eso es lo que venimos oyendo los filósofos toda la vida. El chico de Ibn Tufail, al menos, libre de condicionamientos de cuna, y dotado como lo estaba de tan grande sagacidad natural, quedaría seguramente horrorizado frente a una pantalla que le mostrase a diario lo peor de un mundo muy por delante del suyo en capacidad de procurar entretenimiento duradero a tanta cantidad de gente pero también de aniquilarla masivamente en tan poco tiempo, y lo tendría claro. O eso me parece a mí, que, después de todo, no sé nada de nada...

75 años de la vaporización de Hiroshima

Todo nuestro progreso tecnológico, tan elogiado, y la civilización en general, podrían compararse con un hacha en manos de un criminal patológico.

Albert Einstein en carta del 06-12-1917 a Heinrich Zangger

De por sí, la naturaleza terráquea, *Gaia* como todavía la llaman muchos (supongo que el nombre irá a más), no produce espontáneamente explosiones nucleares. En el Sol, ese horno inmenso -o diminuto en comparación con otras estrellas visibles-, sí, allí las detonaciones en cadena están a la orden del día, nunca mejor dicho. Cuando estas semanas de rebrote pandémico oigáis a alguien entonar una elegía a la fragilidad humana no le creáis, puesto que el hombre es ese ser que como poco es capaz de hurgar en el nivel atómico para generar una debacle alucinante a escala de la corteza terrestre. Los chimpancés son muy graciosos, algunos perros te traen las zapatillas, los caballos sabrían volver a su establo solos, pero los seres humanos han aprendido a decorar el horizonte con una especie de baobab descomunal que no tenía por qué estar ahí y gracias al cual todo rastro material, inanimado o anímico, de una zona amplia del planeta queda ascendido, sublimado y homogeneizado en una nube de vapor rosa. Es nuestro particular “rompimiento de aura”. ¿Y hay acaso mayor prueba tangible del núcleo profundamente espiritual de la naturaleza humana, de que no somos bestias, sino dioses, que esta suerte de Eucaristía de la Aniquilación? (de hecho, ningún dios de ninguna religión que yo conozca fue capaz de nada semejante, y a su lado el Diluvio Universal no es más que ganas de encharcarlo todo y dejarlo totalmente perdido...) Todos sabemos lo que dijo Robert Oppenheimer cuando vio por primera vez en la Historia de la Humanidad, y de la Geoquímica Terrícola, ya digo, el hongo, el dichoso hongo -una frase precisamente religiosa, *Ahora me he convertido en la Muerte, el Destructor de Mundos*, cita del *Bhagavad Gita*-, pero lo que quizá no sea ya tan célebre es que el hombre al que entrenaron para lanzarla un 6 de agosto de hace justo 75 años lo vio también, pero un poco por sorpresa, y, bueno, la leyenda cuenta que fue como en ese episodio de *Los Simpsons* en que Ned Flanders sufre un ataque de nervios y se lleva él solito al psiquiátrico. Pues no, leyenda falsa: ese leal militar, que había puesto con ilusión el nombre de su madre al avión del que era comandante y piloto para esta misión tan especial, vio *esa cosa* alzarse por encima de su nave, tal vez creyó por un momento que se había tomado un saquito entero de ácido -me lo estoy inventando, Hofmann aún no había sintetizado el LSD-, e instantes después recobró la compostura y el patriotismo y siguió vivo y equilibrado para contarle hasta hace muy poco. Ay, la humana fragilidad...

Tres días después se repitió la operación sobre Nagasaki, un poco por dejar claro que lo primero no había sido una casualidad o una pesadilla y otro poco por hacer algo de leña del árbol caído. Hirohito, descendiente de un orgulloso linaje milenarista de Hijos del Cielo que nunca por nada del mundo habían mostrado ni su augusta presencia ni su voz a sus temerosos súbditos, corrió a la radio oficial de Japón a corporeizarse lastimosamente y anunciar la rendición incondicional del Imperio del Sol Naciente. Hasta hoy, no han emitido protesta alguna, al contrario, no han hecho más que imitar en lo que han podido al honorable vencedor *gaijin* -“extranjero” en japonés, lo aprendí en un cómic de Wolverine. Naturalmente, los japoneses no habían sido ningunos santos durante la guerra. Casi merecían, ni más ni menos que todos los participantes

en aquella gresca descomunal, ese broche doble de espanto. No fue el único: es sabido que el sañudo bombardeo aliado sobre la ciudad alemana de Dresde mató más gente que el pepinazo sobre Hiroshima, pero su valor teratológico es de todas formas mucho menor. Por poner un ejemplo: Jack el Destripador asesinó a cinco mujeres, de ínfima extracción social, las pobres, y sin embargo su cotización monstruosa en mucho mayor que la de un actual negacionista de la pandemia en el poder, que mata por cientos. Hiroshima no es las cifras del horror que produjo, que en realidad ya no nos dicen nada -las hemos superado exponencialmente-, sino un símbolo semejante a Jack the Ripper o al 11-S. Un símbolo es formal, no material. Contra un criterio estrictamente científico, ocupa más imaginario colectivo y espasmo social por su cualidad, no por su cantidad. Por eso Estados Unidos ha intentado tocar el tema lo menos posible durante estos 75 años, aunque pudieran tener su parte de razón en que aquello acabó con la guerra y salvó vidas. El resultado es realmente sorprendente, porque la gente tiene incrustada la imagen pavorosa del baobab en la cabeza, pero sin conseguir relacionarla con la Tierra de la Libertad. Desde luego, yo si pudiera haría lo mismo con mis pecados, pero no creo que consiguiese ser tan eficiente como la propaganda americana de la Guerra Fría (por cierto, mi hija de 11 años me ha explicado hoy, viendo *Stranger Things*, que la Guerra Fría es como insultarse sin llegar a pegarse...; la he envidiado). Sólo conozco *Creadores de sombras*, la película que protagonizó tangencialmente Paul Newman, donde se cuenta algo del Proyecto Manhattan pero nada acerca de sus consecuencias -la vida sentimental de Oppenheimer, por ejemplo, importa más-, e *Hiroshima mon amour*, ese guion de Marguerite Duras convertido en película por Alain Resnais donde se juega a convertir la vaporización en algo inefable, existencialista, de tal manera que al final parece que las bombas no formaron parte de una guerra concreta con responsables concretos, sino que son algo así como la antítesis absoluta del amor, una flipada total que arranca en la cama de un sabroso adulterio. Sin embargo, la brutalidad de Dresde sí tiene al menos un cronista extravagante, que es el Kurt Vonnegut de *Matadero Cinco*, que hay que leer. Desde el lado japonés supongo que alguna exploración cultural se habrá hecho de aquella traumática y repentina conversión al modo de hacer occidental, pero Yukio Mishima, por ejemplo, que era bastante nacionalista, apenas roza el asunto en sus *Memorias de una máscara*, que se ambientan antes y después de la catástrofe, tal vez por algún extraño sentido del honor que ya se inventara para nosotros alguna Ruth Benedict.

Hoy mismo, en nuestros informativos, dan la noticia de un modo totalmente cocinado por la justificación consecuencialista (supuesta escuela de Ética que analiza una acción no por su moralidad intrínseca, sino por la racionalidad de sus efectos...) que ya hiciera valer el torvo presidente Truman tras conocerse la cosa. No obstante, yo he leído en la *Historia del Mundo Contemporáneo* de Fernando García de Cortázar que la fabricación del arma definitiva había salido tan cara que no podía quedarse sin estrenar. Sería como comprarse un abrigo de visón por la inversión, sí, pero no probar a ponérselo ni una sola vez. O un cuadro exclusivo de Picasso, y no mostrárselo a los pares -de hecho, Stalin ya estaba enterado de todo antes, por lo visto, y, claro, fue culo-veo-culo-quiero. Supongo que todo fue determinante a la vez, eso nunca lo podremos saber con exactitud. También se dice que Roosevelt sabía de antemano del ataque a Pearl Harbour, pero lo permitió para poder intervenir decisivamente en la guerra, y yo me lo creo. O que el propio Roosevelt, que apareció muerto una mañana en su despacho poco antes de estar preparada la bomba, el "bebé" (*baby well born*, le anunciaron más tarde a Truman para anunciarle el alumbramiento), fue asesinado porque no le gustaba mucho la idea de tales *fungi from yuggoth*, por decirlo con Lovecraft. También me lo creo. Es demasiado desmesurado todo como para juzgarlo desde la distancia convencional de un aniversario y en la pantalla de ordenador de alguien a quien le da apuro gritar a un niño o pisar una cucaracha. Lo que se recuerda hoy, por tanto, de la tragedia de Hiroshima y Nagasaki en realidad nadie está por la labor de recordarlo bien, y apuesto a que ese

emborronamiento de los hechos no irá a menos. Yo fui un niño de esos de los ochenta que sufría un cierto pánico nuclear, sin tener ninguna noción de dónde venía tal miedo, y la película de Matthew Broderick *Juegos de Guerra* del '83 nos puso a todos un poco peor, aunque nos atrajese hacia los condenados videojuegos. Cómo no estarán entonces en Hiroshima y Nagasaki todavía hoy, con las muchas personas muertas o enfermas desde entonces. Antonio Escotado, y otros intelectuales ilustres, entienden que la misma existencia del poder atómico, hoy, es una salvaguarda hacia toda guerra mundial futura, teniendo en cuenta que una Bomba H normal (normal porque es como Hulk, que cuanto más la cargas más da de sí, sin límite) es 3000 veces superior a la de Hiroshima, pavoroso teniendo en cuenta que dicen que bastan tres para arrasarlo todo y que tenemos aproximadamente 15.000 ojivas nucleares en el planeta. Esto también me lo creo, pero no que vaya a impedir un pepinazo de los gordos en área local en el inmediato futuro, como en la serie *Years and years*. En fin, me parece que toda esta historia de tan sólo siete décadas y media de amenaza de extinción brusca sobre nuestras cabezas es parecida a lo que se cuenta en el *Hagakure* japonés, una obra literaria samurái del s. XVII donde se narra la siguiente fábula:

Había un hombre en China al que gustaban mucho las imágenes representando a dragones. Todos sus muebles y vestidos estaban decorados con este emblema. El dios de los dragones se dio cuenta de este amor profundo, así que un día, un verdadero dragón se presentó en su ventana. Se dice que el hombre se murió del susto... Era seguramente un charlatán que se hubiera revelado como tal en el momento de la acción.

75 años después, espero que acertemos ser tan sabiamente cobardes como aquel chino fetichista...

“MetaZuckerberg”: el video promocional de Meta

Más de hora y cuarto dura el spot con el que Mark Zuckerberg, fundador de Facebook y comprador de Whatsapp, Oculus, Instagram y otras, trata de convencernos de que el futuro pasa por su manos. El hombre lo hace ataviado de mallas negras de cuerpo entero, luciendo entre gimnasta y ninja, pero con un rostro raro que lo traiciona, puesto que finalmente lo que parece es un alien que se ha infiltrado en la tierra para sorbernos el seso. Mueve mucho los brazos, durante la grabación, en un ademán como de querer acapararlo todo, o como de dar a luz (infinitud de mundos posibles, nada menos), sacándolo todo de su ubérrimo interior, pero -otro *pero*...- su dicción es demasiado mecánica, y cuando cambia el ángulo de la cámara o recibe a un colaborador se le escapa una mueca de esfuerzo. Dichos colaboradores son de todas las etnias, y, por supuesto, de ambos géneros, como es políticamente correcto, y todos ellos son niños grandes, como Zuck, tipos y tipas a los que se les ve más ufanos y positivos que las margaritas. Ellos son no únicamente los desarrolladores del Metaverso, sino también el modelo humano de la clase de personas que ese nuevo Limbo va a generar espontáneamente: sujetos felices, correctos, homogéneos, para los que tener trato con su prójimo es lo mismo que hacer negocios, y a la inversa, hacer negocios no es más que la forma única de la amistad. Meta va a ser el marco de todo negocio posible del porvenir, es decir, que su negocio consiste en poner la sede virtual que hace posible toda otra operación mercantil, de manera que si quieres vender una escoba, antes tienes que espectralizarte en Meta. Y Zuck lo que nos dice a través de toda esta exhibición es que lo vamos a pasar en grande con esta duplicación del mundo, que inéditas experiencias se abren a nuestro sistema nervioso y que, en resumen, el lema es “¡Enjoy!”.

Sin embargo, en cierto momento Mark deja caer algo preocupante, y es que la instalación del Metaverso en nuestras vidas, como una carpa de circo o un domo cristalino que lo abarque todo, va a precisar de “nuevas formas de gobierno”. Mejor no tratar de ahondar aquí mucho en ello. Digamos tan solo que, por sobre los problemas de legalidad que se ha encontrado Facebook últimamente, puede ser que Zuck se huela que su hiperplataforma se va a convertir en un festín para los trolls. Así que, por el momento, lo que su megaspot nos vende en primera instancia son dos cosas, de las cuales la más llamativa es la teletransportación, como en Star Trek pero de mentira. Uno “salta al Metaverso”, dice, y lo que se encuentra es la taberna de Tatooine de *A new Hope* o un *brainstorming* en una oficina de mutantes. La segunda cosa que se nos ofrece es crear nueva realidad “tan sólo con pensarlo”, como el Dios de los hebreos o Vladimir Putin en Europa del Este. Novedades, novedades, el Metaverso es una cornucopia de novedades. ¡Ya es primavera en El Corte Metavérs! Novedades *for the people*: Mark no deja de hablar del servicio a la gente, gente que esté cortada por el patrón de sus colaboradores y a los que lo que más les guste sea experimentar sensaciones limpias e inocentes como las de los niños -o sea, que el Metaverso no debería ser nunca como un LSD controlado y de pago, mucho cuidado con eso. Porque mediante las simulaciones de Meta también podrá viajar en el tiempo, de manera que puedas personarte frente a la construcción de una catedral, pero sin oler los orines de las callejuelas aledañas...

Las gafas de realidad virtual apenas salen en el video, porque dan una fea impresión de estar como lobotomizado, vayamos poco a poco. Las de realidad aumentada -o “realidad mixta”- sí, son más presentables, y su función será también la de eliminar los orines que pudieran perfumar las catedrales. Por ejemplo, si vas por la calle y te cruzas con Michel Houellebecq echando humo

como un sin techo tabaquista y concibiendo narraciones nauseabundas semejante visión las gafas de realidad aumentada lo convierten por arte de magia en esa colaboradora de Zuck que se parece a la Kardashian y que comercializa aromas. Pues este panorama afirma Zuck que es el futuro, el “siguiente capítulo” de Internet y de la Historia de la Humanidad. A mí, que soy un rancio, me parece más bien el siguiente paso de una perfectamente *resistible* -expresión de Brecht- robotización del hombre: <https://comunaslitoral.com.ar/nota/7344/la-robotizacion-del-hombre-por-el-hombre-en-el-caixaforum-de-madrid>. O, como escribió mejor Marta Peirano (<https://elpais.com/opinion/2021-11-20/facebook-propone-una-nueva-arquitectura-de-la-opresion.html>),

Un feudo fuertemente centralizado donde los diferentes modelos de oficinas y universidades, polideportivos, guarderías y hospitales pagarán sus impuestos correspondientes y todos los acontecimientos, de las citas a las olimpiadas y las campañas políticas, estarán mediados por y sujetos a las leyes cambiantes e idiosincrasias de un solo individuo.

Diatriba contra el Surrealismo

El orgullo de quienes no pueden edificar es destruir.

Alejandro Dumas (padre)

La gente ahora emplea el término surrealista de un modo magníficamente libre, sobre todo para referirse a cosas, actos o declaraciones verbales que parecen demasiado tontas, ridículas o chocantes para ser verdad. Y tienen completa razón, en mi opinión, porque en general la existencia diaria de todos nosotros es una tarea demasiado seria para estar al alcance del surrealismo, seguramente el movimiento intelectual más estúpido e irresponsable de todos los tiempos. De hecho, es que afirmo que no hay lugar para la expresión surreal de nada, ni en el arte ni fuera del arte. Desde el momento en que un paraguas sobre la camilla de un quirófano es un caso de surrealismo, un lamparón en mi calzoncillo también es surrealismo porque todo y nada es surrealismo, siempre y cuando sea lo suficientemente extraño o molesto como para “epatar al burgués”. No hay poética surreal, ni programa, ni proyecto, cualquier gesto estético es surrealista si lo mides tan sólo por su efecto, que no es más que el de dar a conocer el nombre del estafador que lo ha realizado. Por eso Salvador Dalí fue el autor que mejor comprendió de qué iba el quilombo. Bastaba con unas pinturitas y unas decoraciones más bien figurativas, para que no alejen a nadie, que contengan además sorpresas visuales enteramente kitsch, a fin de que sean fáciles de recordar, y por último con un uso potente del color, como en una revista ilustrada, para que un montón de gente de la sociedad de masas y hasta Hitchcock crean que eres un genio y puedas hacer realidad tu sueño de ser un maldito pesetero, un franquista por conveniencia y así practicar hasta el fondo y de verdad siempre que tengas ocasión la amoralidad surrealista.

Ayer leí la conferencia de André Breton en Bruselas titulada “¿Qué es surrealismo?”, de 1934. Ese fue el año en que Martín Heidegger abandonó el nazismo, y sin embargo es él el que carga con el sambenito, mientras que aquel texto de ese cretino colosal que fue Breton traza algunas de las líneas más oligofrénicas y más fascistas de la historia de la humanidad, dicho sea sin incurrir en exageración alguna. Como parece que por entonces a estos señoritingos, una docena a lo más, se les pedía tomar partido en la tormenta política que amenazaba al mundo, Breton decidió apuntarse a última hora a las filas del marxismo, todavía un rollito *cool* en la época (nada se sabía de los crímenes de Stalin) y que encima, para gusto del animalillo este, tiene el término “Revolución” en las mimbres de su discurso. Hasta aquí, la pose habitual en aquellos años entre la élite estetizante, Picasso incluido. Pero luego el pobre escritorzuelo, como no sabe ni lo que dice, reivindica lo siguiente: “sólo cabía, a nuestro entender, una Revolución que cubriera todos los ámbitos, que fuera improbablemente radical, extremadamente represiva, absolutamente impracticable y que no dejara nunca de negarse trágicamente en cuanto de deseable y absurdo implicara”. Es decir, que el surrealismo no sólo es la estética de moda, además quiere ser una filosofía, en concreto la filosofía que exige el apocalipsis. Para ello apela a Freud, al Dadaísmo, tal vez a la Fenomenología (no la menciona), y en general a cualquier doctrina que halague al lector con el reclamo de que sólo existe su conciencia subjetiva -dice que se propone “hacer que la distinción entre lo subjetivo y lo objetivo pierda vigencia y valor”-, de que en ella cabe todo un mundo fascinante -“sólo lo maravilloso es bello”, escribe en el *Manifiesto*-, y de que además

esa cueva de Alí Babá es completamente irracional. Hay que ser desmesuradamente imbécil y con un nulo sentido de la oportunidad para defender la irracionalidad tras el ascenso del fascismo en Europa. Pero si a ello además le agregas dinamitar la moralidad e incitar al egotismo individual en esos difíciles tiempos lo tuyo es de cárcel o de psiquiátrico, y tampoco ahora exagero; léase, si no, el siguiente párrafo: “Más allá de lo discutible que me parezca la idea de responsabilidad, siento curiosidad por saber cómo se juzgarán los primeros actos delictivos de corte notoriamente surrealista. Cuando los métodos surrealistas pasen del papel al acto, una moral nueva tendrá que ocupar el lugar de la moral al uso, de esa moral causante de todos nuestros males”.

No tengo palabras para calificar semejante pija intelectual intolerable. Porque eso que Bretón se propone llevar a cabo, desafiando a la humanidad entera -el pollopera dice que “(...) el surrealismo pretendía ante todo provocar, en lo intelectual y moral, una crisis de conciencia del tipo más general y más grave posible”-, lo van hacer él y siete amigos suyos de la catadura de Dalí a base de escritura automática, relatos de sueños y tres bobaditas más del estilo Juegos Reunidos Geyper. Como decía a menudo una alumna mía alta y con gafas, “¿es que estamos tontos o es que estamos tontos?”. El surrealismo, con ese ejército, y esas armas, asegura que va a provocar un terremoto en la historia tal que se va a oír hasta en Marte. Ni siquiera los grandes románticos del s. XIX les pueden hacer sombra; Breton es mejor poeta, pero sobre todo mucho más malvado que, por ejemplo, el gentil Keats: “los días del romanticismo erróneamente calificados de heroicos tan sólo merecen, honestamente, la calificación de días de vagidos de un ser que ahora comienza a dar a conocer sus deseos a través de nosotros, y que si se reconoce que todo pensamiento anterior a él representaba, en el sentido “clásico”, el bien, ahora este romanticismo desea, sin lugar a la menor duda, el mal en su totalidad” (esta última cláusula subnormal Andreito la subraya en cursiva, para que no se le escape a nadie la enorme magnitud de su estolidez).

Entre tanto, el zorro de Dalí andaba haciendo lo que en realidad es lo único que se puede hacer: explotar lucrativamente el escándalo social hacia la pornografía. Lo bueno del puritanismo es que da mucho dinero a los avispados como Hefner o Larry Flint. Pero eso es todo, no hay más surrealismo que esa pornografía, un cierto exhibicionismo, la arbitrariedad total, irritar al burgués (que son todos menos ellos), y ya. Bretón proclamaba en sus dos Manifiestos que el surrealismo nos iba a llevar “hacia los ámbitos de lo inmortal” -estímulo claramente religioso-, o hacia “el reverso de lo real” -con el mucho jugo orientaloidé le sacó a esto Cortázar-, puesto que “surrealismo” suponía postular y exprimir la “omnipotencia del deseo” -se entendía el suyo, el mío o el de Adolf Hitler, es lo mismo, da igual, que cada uno haga lo que le venga en gana, que para eso llevamos todos un artista reprimido dentro... El propio Dalí, otro filósofo de mierda y *de* la mierda, enuncia en *La mujer invisible* que el método paranoico-crítico consiste en “sistematizar la confusión y desacreditar así, por completo, el mundo de la realidad”. Apuesto lo que sea a que Dalí tenía en gran consideración la claridad absoluta y la substantividad ontológica de su cuenta bancaria, con eso no se andaría con paranoias críticas... En fin, ya digo, el surrealismo es el movimiento intelectual más estúpido, pero antes que eso y de modo mucho más destacado el más irresponsable jamás concebido. Lo curioso es que nada de estos disparates bretonianos tienen la menor relación con el marxismo, al que él denomina “materialismo dialéctico” sin tener la menor idea de lo que está hablando (difama a Hegel, por cierto, pero luego insiste mucho en que el surrealismo es un intento de transformar la vida desde el pensamiento... Esteeee... Oye, André... una cosita... ¿alguien al volante ahí dentro?...). Y termina su charla con estas solemnes palabras: “No cabe ninguna duda de que una actividad como la nuestra, por sus mismas características, no puede llevarse a cabo dentro de los límites de las actuales organizaciones revolucionarias: habría de interrumpirse tan pronto pusiera un pie dentro de la organización. Pero si se reconoce que nuestra actividad ha servido para separar definitivamente la creación intelectual de las ilusiones

con que la sociedad burguesa la envolvía, hasta nuestra llegada, sólo veo motivos para proseguir con nuestra actividad”.

Ah, bueno, eso sí que ya nos tranquiliza más. De manera que él y sus cuatro amigos van a poner todo patas arriba, revolucionariamente, ¡ostontoreamente!, pero a su bola y sin pegar ni recibir ni medio tiro ni “cometer actos delictivos de corte netamente surrealista”, sino únicamente a fuerza de escritura automática y vomitona onírica. No es, pues, necesario echarse a temblar todavía. Dylan Thomas, en su *Manifiesto poético*, rechazaba el método surrealista, argumentando que si bien es interesante la idea de aprovechar la materia prima del inconsciente, el poeta no es poeta si no acierta a darle una forma intencionada y disciplinada (como hiciera genialmente Lorca en *Poeta en Nueva York*)⁷¹. En caso contrario, podríamos terminar por acoger entre los brazos del arte los balbuceos de un bebé, los alaridos de un torturado, los cromos raritos del impostor de Dalí o la obra literaria del mismísimo André Breton. Y, vaya, yo creo que hasta la más cataclísmica de las revoluciones ha de tener algún límite infranqueable...

⁷¹ O lo que opinaba, por su parte, el gran Juan Ramón Jiménez: “Pienso que todo hombre, indio, mestizo, español o lo que sea debe salvarse del caos de que viene cuando nace, despegarse y tirar al infinito la placenta por la que estuvo pegado a la matriz nebulosa, cuya sustancia ya tiene dijeada y asimilada, y obrar libremente, por cuenta propia, no como víctima de la nebulosa” (*La corriente infinita*, págs. 189-198). Este ataque, dirigido también hacia el psicoanálisis, se completa con la referencia que el poeta de Moguer hizo respecto de que la poesía surrealista es un querer permanecer en la oscuridad; un ir y venir por el mundo de los inconscientes, sin llegar a ninguna parte.

Simone Weil y el “dejar de ser”...

The perfect sky is torn.

Torn, Ednaswap

Aquellos que entienden que la Filosofía es algo así como la búsqueda desgarrada y personal (no individual, sino personal) de la Verdad y de la Justicia encontrarán pocos ejemplos en la historia de la disciplina de ese tipo de autores que sin embargo no faltan entre los herejes de las religiones monoteístas o entre los revolucionarios políticos. Hay que tener mucho coraje para ser un hereje, o un misionero, o un revolucionario, o un paladín a lo Quijote, y eso, reconozcámoslo, encaja poco con esa suerte de hombre observador y lector que suele ser el filósofo, alguien que, como el propio Thomas Hobbes reconoció, a menudo tiene más arte y más miedo que Curro Romero. Sin embargo, hay al menos una excepción, radiante, profunda y que pasó por el campo minado del siglo XX como una gacela mística, breve y plena, echándole valor a la vida y sin rendir cuentas a nadie, ni siquiera a sus propios contemporáneos filosofantes. Simone Weil, en efecto, que murió un agosto de hace ya ochenta años a bien temprana edad, hizo todo lo que esperamos que haga alguien que se compromete hasta el fondo con los desfavorecidos, con el dolor del mundo (*Weltschmerz* decía Schopenhauer), y con el sentido verdaderamente trágico de las existencias concretas, acertando después a poner en palabras sencillas, enteramente suyas y admirablemente condensadas ese tipo de reflexión que no debe nada al pasado filosófico y que es como una correspondencia íntima entre la pensadora y Dios. En carta a Maurice Schumann Weil expresó que “el sufrimiento en todo el mundo me obsesiona y oprime mis facultades y la única forma en la que puedo recuperarlas y sobreponerme a la obsesión es entregándome de alguna forma al peligro y a la adversidad”, y a consecuencia de ello asumió trabajar como una mula en una fábrica de Renault, participar en la Guerra Civil Española, diseñar un plan para lanzarse ella misma con un grupo de enfermeras en paracaídas en el frente de la Segunda Guerra Mundial y, en general, ganarse por parte del General De Gaulle el epíteto patriarcal de “loca”. Pero es que era totalmente cierto, estaba loca, al menos tan loca como Alonso Quijano, pero en la realidad, no en una novela. De hecho, un matrimonio que vivía en una granja y que aceptó a Weil como ayudante durante unos meses, los Belleville, dijeron exactamente lo mismo al ver que la fanática esa se implicaba en los trabajos del campo mucho más que ellos, además de querer saberlo todo y no parar de interrogarles. La pobre señora declaró, más tarde: “mi marido y yo pensábamos que se había vuelto loca de tanto estudiar”...

Weil fue toda su vida una *amateur* constante, un culo inquieto y una pasión sin anclaje. Si viviera hoy, en estos instantes estaría en Ucrania, en Siria o en un campo de refugiados, y si se le hubiera dado la oportunidad, hubiera sido capaz de hacer lo que esa santa (¿Catalina de Siena?) de la que se cuenta que se acostaba con los leprosos para aliviarles en y de su condena. En sus *Cuadernos* Weil escribió que “El método filosófico consiste en abordar problemas irresolubles aceptando que no tienen solución y después limitarse a contemplarlos, fijamente y sin descanso, año tras año, sin esperanza, pacientemente”, y se debe reconocer que con las grandes preguntas no hay realmente otra cosa que hacer más que darle vueltas toda la vida sin esperanza de resolución alguna -no porque den lugar a posiciones antinómicas, como lo veía Kant, sino sencillamente porque nos superan por completo, porque el Universo, por así llamarlo, es todo él como un *koan* budista, pero *en sí*, y no sabemos si acaso también *para sí*... Tan lejos llegó Simone Weil que confeccionó la única Teodicea que yo conozca en el siglo XX, y que se puede resumir en este abracadabrante y duro pasaje, que por mi parte confieso

no haber sopesado lo suficiente aún (ni el libro al que pertenece, otros sí, y desde aquí los recomiendo todos sin ahorrarse esfuerzo):

La necesidad irredimible, la precariedad, el sufrimiento, el peso aplastante, la miseria y el agotamiento del trabajo, la crueldad, la tortura, la muerte violencia, el miedo, el terror, las enfermedades, todo eso es el amor divino. Es Dios quien se aparta de nosotros para que lo podamos amar, porque si estuviéramos expuestos a la radiación directa de su amor; sin la protección directa del espacio, el tiempo y la materia, nos evaporaríamos como el agua bajo el sol; no habría suficiente “yo” en nosotros como para entregar nuestro “yo” por amor. La necesidad es la barrera entre Dios y nosotros que nos permite ser. Nos corresponde atravesar esa barrera para dejar de ser.

“Necesidad” en el sentido terrible de pasar necesidades, como los protagonistas de *Pobres Gentes* o *Recuerdos de la casa de los muertos* de Dostoievsky. Hay mucho de Dostoievsky y algo de suicida en Simone Weil, fue ese tipo de persona que no puede sufrir que ya que hay tanta desgracia en el mundo (*le malheur*, término prácticamente intraducible, algo así como “aflicción incesante y opresiva”), ella misma quede al margen del horror, algo que por aquel entonces también sintieron hombres nobles como Stefan Zweig y Henri Bergson. Por eso digo que había algo de kamikaze en Simone Weil, como si hubiera deseado siempre “desfacer entuertos” o morir en el intento, a sabiendas de que lo segundo es enormemente más probable que lo primero. Sócrates, si se mira bien, también perteneció a esa cuerda de bichos raros a los que se les hace insufrible la injusticia en la tierra, y cuyos escrúpulos morales son tan agudos que uno detecta en ellos cierta pulsión tanática irreductible. Es como si supiesen que son una causa perdida, y por consiguiente que lo que más les conviene es quitarse de en medio, “dejar de ser”, como un gesto de protesta trascendente. Algo así como manifestar que “sabemos de sobra que *le malheur* no tiene remedio, pero ya que no lo tiene, que mi muerte sea testimonio de que eso no homologará jamás entre los hombres su normalización y validez morales”. Así, Weil escribió que “no me gusta la guerra, pero lo que siempre me ha parecido más horrible de la guerra son los que se quedan en la retaguardia”, actitud que la llevó a tomar postura contra el estalinismo (“Descartes decía que un reloj averiado no es ajeno a las leyes de los relojes, sino un mecanismo diferente que obedece sus propias leyes; de igual forma, no debemos concebir el régimen estalinista como un Estado obrero averiado, sino como un mecanismo social diferente, definido por los engranajes que conforman y cuyo funcionamiento depende de esos mismos engranajes”), los nacionalismos (“La nación es un hecho, y un hecho nunca es un absoluto”), el capitalismo (“El dinero destruye las raíces en cualquier lugar en el que penetra y sustituye cualquier motivación por el deseo de ganar. Prevalece sin esfuerzo sobre el resto de motivaciones porque requiere un esfuerzo de atención mucho menor. Nada es más claro y más simple que una cifra”), e incluso el colonialismo de su propia patria (“No podemos decir ni pensar que hayamos recibido de lo alto la misión de enseñar a vivir al Universo”).

Un amigo me dijo una vez que no hay nada peor en la vida que haber nacido inteligente y sensible a la vez: los palos te van a caer por todas partes, y, si no, ya te los propinarás tú mismo. Simone Weil era uno o una de esos o esas, pero también era una excelente filósofa, que no escribía sobre nada que no hubiera experimentado personalmente y dotada de una empatía tan penetrante que se podría considerar contraria al más elemental instinto de autoconservación. Ochenta años después de su muerte inevitablemente prematura, como una Juana de Arco de la Filosofía en lengua francesa, resuenan todavía palabras como las siguientes, ingenuas como entonces, furiosas como entonces...

La lucha de los que obedecen contra los que mandan, dado que la forma de mandar implica la destrucción de la dignidad humana de quienes están abajo, es la más legítima, justificada y valiosa que hay en el mundo.

Geist-Philosophie: Hegel y Marx en muy pocas palabras

Pero escapar realmente a Hegel supone apreciar exactamente lo que cuesta separarse de él; esto supone saber hasta qué punto Hegel, insidiosamente quizás, se ha aproximado a nosotros; esto supone saber lo que es todavía hegeliano en aquello que nos permite pensar contra Hegel; y medir hasta qué punto nuestro recurso contra él es quizá todavía una astucia que nos opone y al término de la cual nos espera, inmóvil y en otra parte”

Michel Foucault, *El orden del discurso*, 1970.

I- Aunque la doctrina de Hegel conoció un notable éxito académico en vida, y dejó una larga descendencia filosófica tras su muerte, la lectura directa de sus obras maduras produciría una fuerte sensación de pequeñez e ignorancia -acompañada de una aguda jaqueca- incluso a un compatriota alemán. Ortega y Gasset decía que Hegel escribía de esa manera algebraica y abstrusa a propósito, y, en efecto, así es: para él, los altos ideales de la especulación filosófica no habían sido concebidos para ser comprendidos necesariamente por el pueblo llano, sino para dejar constancia conceptual imperecedera, como lo haría un notario, del rumbo intelectual de la humanidad. La “especulación” es justamente ese nivel superior de pensamiento en que toda la historia del mundo se hace transparente al intelecto humano más allá de sus numerosas contradicciones, y tal comprensión no tiene por qué estar al alcance de cualquiera. No es que Hegel fuese especialmente orgulloso (que sin duda lo era): del mismo modo actuaba Nietzsche, que, al contrario de Hegel, fue poco o nada leído en vida y, sin embargo, ahora goza de un auditorio de jóvenes y no tan jóvenes fiel y permanente.

Para entender a Hegel incluso del modo más elemental, hay que partir del estado en que quedo la filosofía después de Kant. Recuérdese que para Kant el conocimiento inmediato de la realidad no es posible conforme al magisterio de Hume, situación a la que el prusiano denominó técnicamente “cosa en sí” o noumeno. Pero eso no obstaba para que, en el terreno teórico, el noumeno sea convertido por el entendimiento en fenómeno a partir de los datos caóticos de la sensación, y, en el terreno práctico, donde no existen datos empíricos válidos, el noumeno funcione entonces como postulado regulativo. En ambos casos, el orden de la realidad no preexiste al hombre, sino que es organizado por este en un acto puro o a priori, que, por puro y universal, sólo puede ser concebido como moral —es decir... ¿Por qué la especie humana iba a ser la única en modificar activamente su entorno, en vez de dejarse modificar por él como ocurre a los animales, si no fuese porque eso es más digno de su condición racional? Gottlob Fichte, que fue discípulo de Kant, así lo interpretó, y procedió en consecuencia a continuar a Kant rectificándolo en estos dos puntos: primero, el momento originario del idealismo trascendental kantiano es la voluntad moral de acción, y no sólo una posición asépticamente racional que no se sabe para qué iba a darse; y segundo, en tal caso no hay distinción alguna entre razón teórica y razón práctica, y las dos provienen de la misma fuente: tal “acción” en tanto que se quiere universal y necesaria, como es propio de la filosofía o metafísica.

Pues bien, Hegel está fundamentalmente de acuerdo con Fichte en todo esto, pero va todavía más lejos. Si a esa “acción” la llamamos “libertad”, ya que se ha arrancado a sí misma del mecanismo determinista natural, hay que reconocer que la libertad es la que organiza el mundo humano más allá de la sujeción natural. Pero el “reino de la libertad”, que representa la esfera humana de la existencia, tiene que ser pensado de acuerdo a dos condiciones: primera, es un reino inteligible, lo que es decir que la libertad se rige por una lógica sistemática; y segunda, ese “reino” no se instaure de una sola vez, sino que integra toda la historia humana. Lo primero se explica por lo que ya hemos visto con Kant y Fichte: razón y libertad -conocimiento y moralidad- deben ser equivalentes, dos nombres o dos caras para un mismo hecho, o, si no, nos situamos más allá de la pretensión universalista de la metafísica y estamos en Nietzsche, para el cual la libertad creadora de mundos no obedece a ninguna lógica y produce, por tanto, fundaciones locales y contingentes. Lo segundo implica que para que la libertad realmente reorganice la realidad primero tiene que meterse físicamente en ella y transformarla después en concepto, lo cual, contra Kant, reclama un proceso temporal al que llamamos Historia Universal. De modo que, para Hegel, el límite impuesto por Kant a la racionalidad con el término de “noúmeno” es absurdo y falaz, simbolizando tan sólo la negativa personal del filósofo de Königsberg a “enfangarse” filosóficamente con la jungla de los deseos y necesidades humanas. Cuando esos deseos y necesidades empíricos son aceptados como el verdadero motor de la libertad -y no el gélido Imperativo Categórico-, entonces piensa Hegel que una filosofía sistemática que pretenda abarcarlo todo ha de dar cabida al entero drama de la historia, con sus muchos males y contradicciones, pero también con el arte, la religión, las costumbres y el poder.

¿Cómo se mete físicamente la libertad racional en la realidad, absorbiendo gradualmente el noúmeno pensable (lo aún no conceptualizado) a fin de traducirlo en fenómeno inteligible (lo ya conceptualizado)? Hegel responde específicamente en un lugar poco citado de *Realphilosophie* que mediante el trabajo, pero luego no desarrolla suficientemente la idea -esta será la tarea filosófica de Marx, como luego veremos. Cualquier actividad, elevada o rutinaria, requiere trabajo, lo que es decir aplicación de fuerza sobre la naturaleza para obtener una obra, y esa fuerza se guía por un fin que ponen inicialmente el deseo o la necesidad. A los deseos o necesidades de un hombre o colectividad particulares los denomina Hegel “espíritu subjetivo”, y a la obra determinada a que dan lugar “espíritu objetivo”. Las obras que forjan los hombres en sociedad condicionan su propia conducta posterior y el significado normativo que se le otorga, funcionando como una configuración (*Bildung*: figura) del espíritu: la sucesión de las figuras del espíritu es la historia de la humanidad, y el conjunto sintético de todas ellas expresa el “espíritu absoluto”. Las razones que asisten a semejante sucesión, que es la de la historia real (prehistoria-antigüedad-medioevo-modernidad, etc.), no pueden ser aprehendida mediante la lógica clásica ni mediante la lógica trascendental kantiana, puesto que corresponden a una materia mucho más densa y fluida como lo es la del devenir humano. De manera que Hegel concibe un instrumento lógico nuevo, al que denomina Dialéctica, según el cual una etapa histórica da paso a la siguiente conforme a un proceso de tesis, antítesis y síntesis. No es este un mecanismo maquinal y vacío, sino apoyado en lo que Hegel llama la “experiencia de la conciencia”, o sea: tenemos una tesis (por ejemplo, la organización estamental medieval: una figura completa del espíritu), y en su interior van surgiendo gradualmente contradicciones (por ejemplo, el ascenso comercial de la burguesía, que desborda la estratificación), hasta que el modelo se colapsa y se viene abajo, que es la antítesis (en nuestro caso, el Renacimiento). Entonces es cuando interviene la razón, que convierte aquellas negaciones en aprendizaje positivo de la historia, quedándose con lo que tienen de verdadero y suprimiendo lo que tienen de conflictivo: este es el momento lógico de la síntesis (la Modernidad,

ahora). Como se ve, la filosofía sólo entra en escena al final de una época, por eso dice Hegel que es como la lechuza de Minerva, que sólo emprende el vuelo al atardecer.

Con lo dicho se deshace un tanto el mito de un Hegel puramente deductivo e idealista -ese fue, más bien, su amigo de juventud Schelling-, pero esto aún no es todo. El espíritu subjetivo no puede encarnar la libertad, porque si un individuo del tipo que sea decidiese libremente la figura de la realidad que le acomoda, entonces entraría necesariamente en guerra sin cuartel con las figuras propuestas respectivamente por los demás individuos. Pero tampoco el espíritu absoluto es dueño de la aplicación íntegra de la libertad, aunque lo parezca, porque nadie puede colocarse en la posición del que ha culminado todas las experiencias racionales posibles y acabado con ello con la Historia –aunque esto es lo que aduce el tirano o el líder religioso. Por consiguiente, sólo en el espíritu objetivo es posible el ejercicio de la libertad sin dar lugar al terror, y el espíritu objetivo, que es particular y transitorio, se expresa en cada época en múltiples aspectos, pero eminentemente a través del Derecho. El orden jurídico es la manifestación racional de la organización política de un periodo histórico, y todo el proceso dialéctico debe vehicularse y terminar en la forma de una ley. Así, en este punto se bifurcan dos versiones de Hegel: aquella que hace del estado burgués moderno la cumbre suprema de la historia universal y la expresión consumada de la libertad humana, la derecha hegeliana, y otra que piensa que actuar sobre el espíritu objetivo consiste en aplicar una y otra vez una libertad parcial, pero racional, que es siempre crítica de la política vigente, la izquierda hegeliana. En esta segunda se encuentra destacadamente Karl Marx.

A menudo cito conceptos, frases, textos de Marx, pero sin sentirme obligado a adjuntar la pequeña pieza autenticadora que consiste en hacer una cita de Marx, en poner cuidadosamente la referencia a pie de página y acompañar la cita con una reflexión elogiosa. Por medio de esto, uno es considerado como alguien que conoce a Marx, que respeta a Marx y que se verá honrado por las revistas «marxistas». Cito a Marx sin decirlo, sin poner comillas, y como no son capaces de reconocer allí los textos de Marx, paso por aquel que no cita a Marx.

Michel Foucault

II- Se ha aludido innumerables veces al momento en que Marx, en el *postfacio a la segunda edición alemana de El Capital*, cerca del final de su vida y obras, sale parcialmente en defensa de Hegel:

Hace casi treinta años -se refiere a la Crítica a la Filosofía del Derecho de Hegel, de 1843- sometí a crítica el aspecto mistificador de la dialéctica hegeliana, en tiempos en que todavía estaba de moda. Pero precisamente cuando trabajaba en la preparación del primer tomo de El Capital, los irascibles, los presuntuosos y mediocres epígonos que llevan hoy la voz cantante en la Alemania culta dieron en tratar a Hegel como el bueno de Moses Mendelssohn trataba a Spinoza en tiempos de Lessing: como a un «perro muerto». Me declaré abiertamente, pues, discípulo de aquel gran pensador y llegué inclusive a coquetear aquí y allá, en el capítulo acerca de la teoría del valor, con el modo de expresión que le es peculiar. La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel, en modo alguno obsta para que haya sido él quien, por vez primera, expusiera de manera amplia y consciente las formas generales del movimiento de aquella. En él la dialéctica está puesta del revés. Es necesario darle la vuelta, para descubrir así el núcleo racional que se oculta bajo la envoltura mística.

Sin embargo, la continuación de este pasaje es considerablemente menos citada; es a saber:

En su forma mistificada, la dialéctica estuvo en boga en Alemania porque parecía glorificar lo existente. En su figura racional, es escándalo y abominación para la burguesía y sus portavoces doctrinarios, porque en la intelección positiva de lo existente incluye también, al propio tiempo, la inteligencia de su negación, de su necesaria ruina; porque nada le hace retroceder y es, por esencia, crítica y revolucionaria.

Desde la aparición de la obra de Louis Althusser en los años sesenta del pasado siglo, ha resultado habitual segregar, pese a las palabras anteriormente vistas del propio interesado, la filosofía de Marx del pensamiento de Hegel, en orden a entender que Marx hubo de deshacerse radicalmente de Hegel para desarrollar un sistema científico propio -es decir, lo que Hegel hubiera, en cualquier caso, deseado. Aquí voy a exponer breve e informalmente la postura contraria, que es, de las que me enseñaron, la que más me convenció: Marx como continuador de Hegel en el marco común de una *Geist-Philosophie* o Filosofía de la Historia. Y es que, en efecto, la escisión mediante la cual el sujeto se abre al objeto o la conciencia al mundo, Hegel la denominó “exteriorización”, y vimos que llegó a apuntar que el hombre, puesto que no es un ángel intangible, se exterioriza mediante el trabajo, modelando así la naturaleza y a sí mismo. El joven periodista Karl Marx profundiza en esta idea a la vista de las condiciones productivas de su tiempo, considerablemente transformadas respecto al pasado gracias a la implantación masiva de la industria, y decide revisarla a fondo. Como ya había percibido el socialismo anterior a él, la “exteriorización” propia del nuevo sistema productivo genera una específica división del trabajo que, lejos de ser la síntesis de toda la experiencia humana anterior, constituye su más grave antítesis. Nunca un periodo histórico ha sido tan desigual e injusto en el reparto de las cargas de trabajo, no sólo en la cantidad, sino también en su naturaleza. El siervo de la gleba o el herrero de la Edad Media arrimaban el hombro a fondo para su señor como estaba mandado, pero al fin y al cabo conservaban parte de su producción y tenían al menos un contacto directo y experto de la misma. Ahora, piensa Marx a la sazón, una cada vez más ingente masa de población trabaja en las fábricas sin conservar nada propio ni sentirlo como obra suya, hasta el punto de que su misma fuerza y su mismo tiempo los alquila coaccionado ¿En qué se diferencia esto de una esclavitud disimulada por la cobertura del libre mercado? Más que “exteriorización” de la libertad racional en la historia, este estado de cosas le parece a Marx un “extrañamiento” de la misma, que se convierte, en la más numerosa clase social de la época -que por ello recibe ese nombre-, el proletariado, en “alienación” (de *alien*, “otro”, “extraño”: tornase otro y extraño de sí mismo y no poder ya reconocerse).

De manera que hay que replantear las raíces del modelo filosófico hegeliano, sin tocar demasiado el núcleo de su esquema general científico, que resulta superior para Marx al de todo socialismo sentimental de su tiempo. El espíritu de Hegel no es cierto que se realice en la historia en figuras gradualmente más comprensivas y libres, sino que, al contrario, lo hace progresivamente más recortado y condicionado por algo externo a sí mismo que Marx llama la “materialidad” inevitable de la *salida de sí* de la conciencia. Dicho más llanamente: el hombre sólo puede racionalizar el mundo dependiendo de las condiciones físicas, objetivas -naturales y sociales-, de dicho mundo, que le imponen, sin que nadie tenga la culpa de ello, una forma determinada de organizar su modo de producción. Así que es la materialidad del mundo natural e histórico la que modela la concepción que nos hacemos de él, no al revés como quería Hegel, y este cambio de enfoque es para Marx la inversión del hegelianismo en el sentido de que pone

los pies de su sistema filosófico donde antes estaba la cabeza y viceversa, sin alterar por ello en nada la Dialéctica misma.

Pero la consecuencia no es solamente teórica. Como Hegel creía que el proceso de la historia va siempre a mejor, moral y racionalmente hablando -lo uno va con lo otro, también para Marx-, la filosofía no debía hacer acto de presencia más que para poner orden inteligible al término de una crisis generalizada. O esto es lo que afirmaba la conocida como “derecha hegeliana”, añadiendo el colofón de que tales crisis irreversibles del espíritu habían acabado ya para siempre con la instauración del estado liberal prusiano. Para alcanzar el espíritu absoluto, la filosofía tan sólo había necesitado interpretar periódicamente el mundo a fin de conseguir la reconciliación del hombre consigo mismo y con la tierra. Tan fácil como falso, replica Marx; en resumen: manifiestamente ideológico. La ideología en términos marxianos es la situación en que el espíritu objetivo se engaña a sí mismo tomándose por definitivo en vez de histórico, o sea, por consumación total de una razón que, en realidad, sigue creciendo de acuerdo con su experiencia del mundo. En tanto miembro de la “izquierda hegeliana”, Marx entiende que precisamente el espíritu objetivo es el objeto único de la crítica racional, y los interesados en ejercer tal crítica son a la sazón los proletarios organizados internacionalmente –puesto que “nación”, como “religión”, “derecho” o “estado”, son aspectos superestructurales, ideológicos, de la alienación.

El proletariado debe ejercer la crítica porque su punto de vista configurador no ha sido todavía objetivado en el espíritu del tiempo, permaneciendo oculto y tergiversado, lo cual hace imposible la reconciliación final. Ante ese hecho inaceptable (pero del que, insisto, nadie concreto es responsable) pueden hacerse dos cosas distintas: o bien esperar a que las contradicciones inherentes a las relaciones de producción del capitalismo burgués hagan estallar tarde o temprano el sistema, o bien acelerar el proceso mediante una intervención de carácter ético-racional, es decir, lo que conocemos como la Revolución. Y aquí está la entraña esencialmente práctica del marxismo: la filosofía hasta ahora ha interpretado el mundo, es hora de que se emplee al fin en transformarlo. Hegel había escrito ambiguamente que “todo lo real es racional y todo lo racional es real”: Marx lo traduce virtualmente por “todo lo real es, en el fondo, racional, y por ello, todo lo racional *debe* pasar a ser real”. Como filosofía práctica, no ha habido proyecto más potente en el pensamiento occidental: nada ya volverá a ser lo mismo en el terreno político. El objetivo pretendido es lograr una sociedad sin clases donde termine la historia, pues la libertad absoluta de Hegel no funciona desde el principio, sino que tiene lugar al final del proceso del Hombre.

La saga de “Alien” y los miedos de EEUU

A mí me parece que una película de *Alien* sin Sigourney Weaver no merece demasiado la pena. Se complementan de maravilla, la criatura y ella, son como el yin y el yang de la ciencia ficción, una fino alabastro y el otro brillante ébano. Pero debo confesar que tampoco me gustaría una Weaver ya envejecida, no en el papel de Ellen Ripley por lo menos. Sin embargo, Hollywood piensa de otra manera, y, sobre todo, no parece que vaya a dejar por ello de explotar la gallina de los huevos de oro. Aquí, en los dominios del Alien, los huevos son también blancos, pero ocultan una negra y ciega sorpresa con dos bocas dentadas superpuestas. La última cinta, *Prometheus* fue, en general, una película más bien mala que intentaba fungir de precuela de las andanzas pavorosas de Ripley, pero enseñaba algunas cosas. Enseñaba, por ejemplo, que tal vez los guionistas americanos han sido capaces de concebir en el plano simbólico algo que ya sufren políticamente en sus propias vidas. Hablo de ese miedo al otro, al extraño absoluto (“alien”, como es sabido, significa ambas cosas en latín), que últimamente representa en los medios de comunicación la amenaza integrista y que ya hacía sus primeros pinitos en tiempos del estreno de *El octavo pasajero*. Pues ahora, según la trama de *Prometheus*, se nos dice muy claramente que ese terror lo hemos creado nosotros mismos, que es obra nuestra. Bueno, no nosotros exactamente, sino nuestros antepasados, al igual que fueron los anteriores gobiernos norteamericanos los que instigaron y armaron a los muyahidines, que tras su lucha en Afganistán con los pérfidos rusos se volvieron contra ellos.

Sé que es una analogía algo descabellada y peregrina, pero aún puede serlo todavía más: el bicho, el “xenomorfo” como lo llaman, tiene una cabeza abultada y cónica como si llevase turbante o alguna clase de tocado, y el modo en que se reproduce, todos lo sabemos, es brotando violentamente del cuerpo de un personaje humano, como esos tipos (siempre varones y siempre jóvenes, que son más fáciles de engañar...) que se radicalizan repentinamente en el interior de su propio país de acogida. Hay que recordar que en el segundo film, *Aliens: el regreso*, Ripley volvía con un pequeño ejército a la lejana -y, ojo, desértica- tierra en cuyas galerías se esconde la dichosa raza malévola y hacía lo posible por dejarlos tiesos en su mismo nido. Era preciso proteger la vida, en la primera, de un inocente gato, y en esta segunda, de una preciosa niña. Pues bien, la nueva película de la saga que se estrena estos días dicen que trata del infierno atroz donde habitan los monstruos, y donde, supongo, habrá que exterminarlos a fondo para que nunca puedan llegar hasta nosotros... Como diría Blaise Pascal si hubiese conocido a Sigmund Freud y a Joseph Goebbels, el subconsciente tiene razones que hasta la propaganda oficial desconoce.

Porque el caso es que como historia de ciencia ficción la saga de *Alien* resulta poco creíble. ¿Qué comen las criaturas, a qué dedican su tiempo libre, como se puede soportar una corriente de ácido sulfúrico recorriendo el organismo? Etc. Antes de la primera entrega de *Alien*, el cine americano había rozado en sus historias más duras la crítica social, y las películas se rodaban en la calles. Pongamos, por ejemplo, *Chinatown*, de Roman Polanski. Después de *Alien*, el escenario de la acción se desplaza a las zonas residenciales, donde nada demasiado malo puede ocurrir -véase, por contraposición, el bondadoso alien de Spielberg-, y si ocurre, como en *Poltergeist*, se debe a la magia en general, no a situación alguna de injusticia. En medio, en 1979, surge esta atmósfera claustrofóbica y oscura de puro horror en la cual, como sucede lejos de cualquier entorno humano, en el límite absoluto de la soledad espacial, “nadie podrá oír tus gritos”. Era una película

formidable, sin duda, digna de la reputación como director de Ridley Scott y del talento gráfico de H.R. Giger, pero a la que no había por qué estirar tanto como si se tratase de un maldito chicle gringo que va perdiendo poco a poco e indefectiblemente su sabor. Dado que el monstruo no puede hablar, que es realmente estúpido, da poco juego argumental, aunque se haya querido ver en él un arquetipo jungiano o un criptograma sexual. El Alien, incluso con ese horrible aspecto, sólo es verdaderamente peligroso en un duelo individual sin armas, o en tanto encarnación de una pesadilla personal inaguantable. A no ser que lo descifremos como lo he hecho yo arriba, como una pesadilla colectiva típica de los Estados Unidos consistente en la fobia al otro, al extraño, a ese que te encuentras acechando tras la esquina cuando se te ocurre la imprudencia de abandonar la seguridad de tu casa. Bajo esta clave la saga puede durar eternamente. Pero tendremos que ver esta última, echando mucho de menos otra vez la juventud lechosa mas de dura osamenta de Sigourney Weaver, para poder juzgar.

Sala de embarque

*Dios le habla a cada uno solo antes de crearlo
luego sale, callando, con él desde la noche.
Y esas palabras de antes de que cada uno empiece,
esas palabras nebulosas son:
Enviado al exterior de tus sentidos,
llega hasta el límite de tu ansia;
dame con qué vestirme.
Crece como la llama tras las cosas
para que así sus sombras, extendidas,
me cubran siempre por entero.
Deja que todo suceda: hermosura y espanto.
Sólo hay que andar: ningún sentimiento es remoto.
No dejes que te aparten de mi lado.
Cercano está el país
que llaman vida.
Lo reconocerás
por su gran seriedad.*

Fragmento de El libro de las peregrinaciones, Rainer María Rilke, 1902

¿Has abierto ya los ojos? Siéntete cómodo, esta estancia es ancha y cálida, pero algo oscura en comparación con el amplio resplandor que te vas a encontrar. Antes que nada, no hemos sido presentados formalmente: mis auxiliares son cordiales pero silenciosos, siempre con esa imborrable serenidad en la cara. Soy el dios de tus antepasados, como quien dice nada del otro mundo, en realidad tan solo uno de los más recientes. En mi puesto únicamente hay alguien más nuevo que yo, que es primo hermano mío y me temo que también otro solterón incorregible. No te preocupes que también lo conocerás ahí fuera, muchas personas te hablarán de él. Tal vez quieran que le trates de usted, pero debes perdonárselo: son todavía bisoños en algunos asuntos y las cosas no les van demasiado bien. A diferencia de él, yo he recibido muchos nombres, pero ninguno de ellos es secreto como oírás decir. Personalmente te diré que el que prefiero sobre todos está algo anticuado y ya casi nadie lo recuerda: es “*Abbas*”, que significa “padre con vientre de madre”. Es un poco raro, lo sé, así que podrás llamarme como te dicte tu corazón, y tutearme en privado. Verás que la gente se empeña en tratarme con solemnidad o con desprecio, como si les diera un miedo cerval o fuera un completo extraño. No les hagas caso en esto, suele ocurrir que me tengan en más de lo que soy, y a sí mismos en menos de lo que son. Yo no he creado el universo, esa apertura enorme y profunda, qué disparate. Ni tampoco lo gobierno, ni mucho menos: de eso se encarga la naturaleza, una viejísima serpiente que constantemente muda de piel y se saca nuevos trucos de su brillante lomo. También a mi me sorprende continuamente, hasta el punto de que creo que ni ella misma sabe lo que va a hacer después. De hecho, soy como el

filósofo insomne que escruta eternamente sus movimientos, siempre perdido y como absorto en la meditación de un misterio sin fin. Ella me interpela a veces como su “joven y leal mayordomo” en un vano intento de hacerme rabiar, y yo se la devuelvo diciéndole “¿es que precisa algo que no pueda hacer por sí misma mi enredadora señora?”, mientras ella se ríe sacudiendo su miriada inacabable de anillos.

Lo cierto es que es mucho más lista y activa que yo, teniendo en cuenta su edad inmemorial, pero la casa de los hombres tiene inscrito mi rostro más que su aliento, cosa que sabe muy bien, demasiado bien diría yo. Ella os lo dio todo hace mucho tiempo, de un modo que aún no consigo entender, excepto el alma, que es prerrogativa mía; igualmente, ella puede quitároslo todo cualquier día, salvo el alma, que yo guardo celosamente para vosotros. En ocasiones pienso que me tiene algo de envidia por ello: creo que durante mucho tiempo fuisteis del todo suyos, pero quién sabe. En cualquier caso, soy yo quien puede y quien quiere dirigirse a ti ahora, por primera y última vez antes de tu salida a la luz del mundo. Después ya no habrá una nueva oportunidad hasta que la serpiente te devuelva a mí, lo que te aseguro que hará le guste o no, aunque entonces ya no será lo mismo. Comprendo perfectamente que es un debut prodigioso y no deseo que te sientas ni demasiado nervioso ni demasiado confiado. Créeme, yo ya estoy bastante nervioso por los dos, quizá por un exceso de confianza hacia ti. Y lo mismo les estará pasando a tus padres, me temo, siempre ha sido un poco así y siempre será algo distinto. No obstante, aguarda todavía conmigo un rato para escuchar unas cuantas palabras, igual que lo hicieron ellos en su momento. No estés impaciente, prometo no retrasarte ni un segundo más de lo debido.

Verás —esta es la palabra que más me oírás decir aquí, “verás”: me parece que representa una promesa y una esperanza a la vez. Pues bien, verás: las cosas en el mundo han cambiado un poco desde que hable en esta misma sala a tus padres. Ellos nacieron a un mundo problemático, pero esencialmente despreocupado. Todo parecía bien organizado, había prosperidad y abundaba un lujo nunca visto, al menos en la parte de la tierra a la que fueron llamados. Fíjate que no tuvieron que enfrentarse a ninguna cruel guerra, ni a enfermedades masivas, ni tuvieron que luchar contra la ignorancia y el hambre. El resultado pronto lo gozarás por ti mismo: son el fruto más dulce de la civilización tras décadas de zozobras y horrores, un verdadero orgullo para mí. Son abiertos, sinceros y tolerantes, saben recibir y saben dar, no conocen la ira ni el resentimiento. Gracias a seres como ellos, he podido velar por casos muy urgentes que requerían mi atención en otros lugares. Yo no puedo estar en todo, contra lo que te dirán, ni tampoco conozco el futuro, pues si no mi función carecería de sentido. Lo cierto es que tengo prácticamente las manos atadas, pero a cambio poseo una memoria formidable, en realidad dolorosa, casi insoportable, que es lo que te permitirá comenzar a ti como si nada hubiese ocurrido antes. Pero el porvenir... El porvenir se presenta más enigmático que nunca, esa es la verdad, incluido el mío propio. Los hombres han adelantado mucho en su envite con la serpiente, sin saber que ella es como la banca, que dobla las apuestas y nunca pierde. De esta manera, han ingeniado una gran cantidad de prodigiosos juguetes tecnológicos que ignoro si sabrán manejar adecuadamente cuando formen una unidad con ellos. No tendrán más remedio que inventar nuevas reglas, lo cual no es fácil teniendo en cuenta que ya las han ensayado casi todas. Dirás que vuestra inteligencia avanzará tanto como vuestro poder, pero mi experiencia me dice que la decencia del hombre pocas veces está a la altura de su habilidad. Por otra parte, los grandes mensajes ya han sido descubiertos, incluso yo mismo hice oír el mío, que fue el del sacrificio, y ahora todos —menos ese precisamente— son materia de publicidad para vender un coche o un refresco. Entretanto, la mayor parte del planeta se desangra, y no es que yo quiera ser catastrofista, de hecho, las grandes catástrofes no son más que las almas de los hombres viles que se han perdido en el camino de vuelta y siguen produciendo desgracia y calamidad a su alrededor. De modo que no veo otra solución en estas circunstancias

que transmitirte una esquirra de mi legado: tú eres mi herencia por si yo me apago definitivamente como una cerilla al viento, y otros o ninguno vienen a ocupar mi lugar. No es que espere de ti una existencia de guerrero del compromiso en merma de tu felicidad, al contrario: tan sólo busco dejarte una porción condensada de lo que he aprendido un poco aquí y un poco allá para beneficio tuyo. Verás, será como la gramática parda de la vida, que olvidarás en cuanto traspases el umbral, pero que permanecerá latente incluso cuando descreas de las gramáticas formales que te enseñen allí. Te preguntarán cómo asumirla, si eso te cambiará en algo, incluso si estás preparado. Te muestro, esta es mi “tecnología” exclusiva, mi particular billete de ida y vuelta: coge mi mano, aspira profundamente, cierra los ojos y deja que la semilla halle su propio surco en tu espíritu. No te asustes, está dispuesto para ello desde el principio. Realmente, nada hay más sencillo...

“Nacer no es el principio de todo, sólo de tu aventura personal. Nada sale de una chistera como por sortilegio, a cada cosa le precede un mundo completo, desde siempre. Eso lo intuyes ahora que estamos juntos aquí, pero conviene no perderle totalmente el rastro ahí fuera. De ahí que los primeros contactos de la vida no sean ciegos o inconscientes como se cree, un error que brota de la interpretación que se les da en tiempos posteriores. La manera en la que recuerda un adulto piensa por inercia que es la única manera posible de recordar, y esto no es así. Siempre hay para ti un sentido de lo que ocurre, tu alma jamás descansa, y sueña cuando aún no le es posible entender. De hecho, entender no es otra cosa que adaptarse, imaginar lo que otros imaginan hasta que ellos llegan a imaginar y adaptarse también a ti. Tu cuerpo será el vórtice del sueño, porque entonces tus sensaciones te pertenecerán menos que nunca. Quiero decir: nadie puede quitártelas, pero tú carecerás del poder de provocarlas a tu gusto. Vivirás enteramente expuesto, sufriendo lo que las circunstancias quieran que sufras y gozando en la misma medida, como una flor abierta al borde del camino. A la vez, serás más invulnerable que nunca, puesto que nada en el mundo podrá entrometerse en tu sueño, que desplegarás sólo para ti mismo. Una situación extraña y divertida, si lo miras bien, porque es como extender una esfera cada vez más amplia hacia el exterior que te permite disfrutar de compañía sin perder la soledad. Una esfera transparente, que atraviesan luz y oscuridad, salpicada de puntos de luz y ondas de sonido, con los que tú vas componiendo tu cuadro e hilvanando tu melodía. Nunca estarás del todo despierto, pero tampoco del todo dormido, como una luna creciente en el cielo nocturno cuajado de estrellas. Al igual que cada una tiene un nombre dentro de su familia, descubrirás que tú mismo tienes también el tuyo dentro de la tuya, lo cual conlleva una gran responsabilidad, la primera de tu corta vida. Piensa que, cuando empieces a hablar, lo harás ya en tu propio nombre, poniendo intención en lo que dices, pues ese es el don del ser humano, algo que muchas veces se olvida que se originó escuchando. Demuestra, pues, sin más tardanza al mundo lo que eres, o sea: ponte en pie y habla.”

“Lo sabrás todo sobre tus padres desde muy temprano. Ellos no te ocultarán nada, y tienen ahora una multitud de recuerdos tangibles que podrás contemplar a tu antojo, ensoñando cómo fueron ellos cuando estuvieron en tu lugar en diferentes etapas de la existencia. Mas eso puede esperar un tiempo, no te sentará mal un poco de intriga. Ellos serán durante años tus dioses sobre la tierra, y para cuando los hayas convertido en tus iguales mejor será que hayas aprendido a no adorar a ningún hombre por encima de ellos. No es que no exista la grandeza entre tus semejantes, desconfía de quien te diga algo parecido a eso, no será más que un pobre cínico con el que todos nos solazamos a solas adivinando lo bien que se conoce a sí mismo. Pero una grandeza que no te pega algún cachete de pasada cuando tu alma se afila como un estilete será digna de admiración, no digo que no, mas nunca de cariño. Sólo crecerás de verdad emulando a los demás, primero de todo a tus padres, pero apártate de aquél que estimule tus errores bajo el pretexto de que sólo él y tú compartís la verdad frente a la inmensidad del prójimo. Para tus padres pocas cosas son ya una sorpresa menos tú mismo; para ti, todo será sorprendente incluido ellos mismos. Ve

encaramándote lentamente hacia sus hombros y mira desde cada nueva altura: no pares hasta que se ensanche el horizonte más allá de sus cabezas. La infancia es un tiempo fantástico si tienes suerte, tanto más precioso para el futuro en tanto en cuanto no necesita todavía de él. Vivirás el presente plenamente sin ansiedades, conocerás emociones tan embriagadoras que sedimentarán el esqueleto de tu sobriedad, las impresiones serán más vivas que en el mejor de los sueños, verás que las palabras que aprenderás para expresarlas sólo son señales para compartirlas, y lo mejor de todo es que tú mismo le pondrás fin cuando sientas que debes hacerlo en pos de algo todavía mejor. Ojala todos los finales fueran así, esa es mi aspiración más entrañada. Pero mientras, un niño es un pedacito de inmortalidad, incluso cuando se va pronto, y curiosamente nadie tiene menos miedo a la muerte que quien apenas acaba de probar la vida en sus sabores más fuertes. Sin duda es porque se siente protegido y querido a este y al otro lado del mundo, y, en efecto, un hijo es siempre un hijo, incluso cuando falta su padre, y un padre siempre es un padre, especialmente cuando falta su hijo. Pero también es porque un niño intuye que las maravillas no pueden haber terminado ahí: malamente puede estar de vuelta de todo el que aún no ha ido, y, más aún, sólo dice estar de vuelta de todo el que nunca verdaderamente ha ido. En ello reside una percepción, inequívoca aunque confusa, de la fuente inagotable de la vida, y el niño es aquel que se levanta cada mañana con ese cetro mágico en la mano. Es importante que sepas que ese cetro no se compra, sino que simplemente se “es”; no te dejes llevar por la tentación de los que comercian con sucedáneos de él. Aprovecha para pensar con las orejas, con los ojos, con las manos, como los animales, con los que todo niño es generoso, quizá porque ve que todo animal es un niño en estado salvaje, que nace adulto para sobrevivir y crece niño para salvaguardar su inocencia de la serpiente. Sé generoso también con los extraños, desecha la timidez, nadie te estará examinando entonces, eso empieza más tarde, y para entonces ya te habrás endurecido lo suficiente. Verás que los desconocidos pueden ser peligrosos, sí, pero tus padres lo son incomparablemente más para con ellos. Desde luego que la timidez es una loable muestra de modestia, pero quien se empecina en ella no por ello se gana a sí mismo y seguro se pierde el mundo. Hay cosas, hay personas: llega a las personas mediante las cosas, descubre las cosas como si fueran personas. Esa es la ley de la niñez a la que llaman juego, y que no es otra cosa que la máxima salud.”

“Después, con la adolescencia, descubrirás que el mundo también puede ser inmundado, o sea, que lo intensamente bello también puede ser amargamente terrible, pero no asimilarás adecuadamente el alcance de este hecho ni aceptarás todavía las consecuencias que eso tendrá para ti. Porque percibirás ambos extremos sin vivir propiamente en ninguno de ellos, que asimilarlos hasta el fondo se desdibuja en prosaísmo y rutina, y el adolescente se erige contra toda costumbre en un poeta de la palabrota y un mimo de la acción. ¡Aaah! Eso te hará creerte muy listo, el más listo de todos junto con algún amigo o amigos, co-protagonistas con los que jugarás a ignorar vuestro pasado inmediato como niños haciéndoos todo tipo de ideas extremadas y simplonas sobre el mundo. Será el último y más apasionante juego infantil, que todavía te entretendrá durante unos años más: ¡El juego de la actuación, entre candilejas de acné y estudiado atrezzo, de la gran feria del teatro pubescente!! Los otros actores serán fundamentales, a veces como infierno y a veces como paraíso; la locuacidad se disparará en los diálogos, jamás con la palabra apropiada; habrá funciones de día y funciones de noche: este teatro sólo descansa por las tardes frente a una pantalla; la decoración la ponen mecenas retorcidos a los que tus padres adularan por tu causa; y lo más asombroso de todo: no habrá público, ningún público sería suficiente para quien finge haberse creado una voluntad nueva. Todo el montaje, en fin, de lo más excitante y fascinante, lo reconozco: de este escenario van a tener que echarte, vaya que sí, nadie en su sano juicio querría salirse por sí solo. Sin embargo, aunque dista mucho de ser una prisión, te aseguro que tarde o temprano te darás cuenta de que es una galería de espejos cerrada, laberíntica y asfixiante a su

modo. Tus mayores, esos rematados pelmazos ahora, ya te lo habrán repetido antes más de mil veces: hay que madurar, chico. Pues, mira por donde, es la pura verdad; pues, mira por donde, va ser que de repente un día avistas muy de cerca aguardándote una responsabilidad que absorbe la totalidad de la voluntad en un futuro de proyectos gradualmente más reales; pues, mira por donde, resulta que hasta el sexo se amansa y espesa después, adquiriendo la solidez maleable del oro donde para el iniciado únicamente se disgregaba en líquido mercurio. No obstante, cómo negar que la adolescencia es una sagrada bulimia, un trago profundo, una dieta de dietas, dos tazas de vitalidad, un despilfarro consentido, una ordalía de dudas, una carrera sin frenos y un salto al vacío... aunque con red.

Si es cierto que la vida es lo que os pasa a los vivos mientras estáis ocupados en otras cosas, la primera juventud es la gran y extraordinaria excepción. ¿Qué es un ser que no se ocupa de nada, que lo deja correr todo, que camina midiéndose los propios pasos, a quien nada le parece importante excepto conquistar el reconocimiento ajeno? Ese bicho raro, ese espécimen casi contra natura, ese oportunista biológico de la serpiente serás tú, ya verás, durante el tiempo que tardes en crecer del todo. Y no es que esté yo siendo demasiado duro con esta edad, que ciertamente me es bastante ajena, al contrario: amo a esos bellos y encantadores ejemplares de hombre situados en una transición tan delicada, cuyas almas se ven sometidas a todas las tentaciones y seducidas por todos los ideales, incluidos los más negros de ellos. Pero es que pesa mucho sobre mí el dolor de tantos estimables jóvenes de antaño caídos en guerras, enfermedades, excesos o malas artes, como para contemplar con agrado el espectáculo de la frivolidad alimentada por esta época tuya. Te deseo, por tanto, el mayor éxito posible para este periodo, pero no tanto como para quedarte anclado en él como si fuera el culmen de la existencia humana. Mi consejo es, pues, que retengas para el futuro lo que tiene de sano relativismo respecto de las convenciones sociales, lo que tiene de nebulosa resistencia a la profesionalización del aprendizaje, y, ante todo, lo que tiene de sentido del humor, esa vaga comprensión de la gratuidad del instante por vivir.”

“Pero hay que madurar, chico, por las buenas mejor que por las malas. Y no es maduro el fruto que se cae de puro pasado, sino el que se aferra firmemente a su rama. A cada hombre le está encomendado manejarse en determinado entorno, o en varios consecutivos, y te aseguro que en ellos cuenta con todo lo que necesita para hallar la plenitud. Nadie es tan desgraciado, nadie, que no disponga a su alrededor del amor perfecto, del trabajo idóneo, de las ideas más acertadas, de la mejor amistad y hasta de la música imprescindible. Bueno, sólo hay que no dejarlos pasar como un tonto, no hay mucho más que pueda decirte sobre eso. O sí lo hay: no te dejes llevar por el gusano de la desidia, hacerse mayor es antes un ejercicio de disciplina que de lucha contra el mundo. La disciplina que uno debe saber aplicarse primero a sí mismo, no la que te convierte en un triste esclavo de algo o alguien. Ni siquiera para obedecer sirve el que no ha aprendido antes a obedecerse a sí mismo, al modo de un buen soldado de su propia causa, cuya preparación será precaria, pero constante. Porque también cabe la posibilidad de rebajarse a la esclavitud de uno mismo, que es sin duda la más penosa y la más irremediable. Si ya has evitado ésta, entonces tendrás que enfrentarte a la que proviene de la división en clases sociales, algo que no tendría por qué existir necesariamente, pero que triunfa siempre bajo diferentes disfraces. Ya la habrás conocido en la adolescencia, pero entonces su relevancia apenas sobrepasaba la estética. Aquello no se acabó ni mucho menos, y todavía la distinción entre las personas se configura y hace visible en la parafernalia que las envuelve. Sin embargo, en la mayoría de edad se ahonda y afecta a estratos más profundos, de los que ya no es tan fácil pasar de lado. Salvo en contadas excepciones, hasta arriba trepan los más crueles, a los que no falta, cierto es, espíritu de servicio, pero hacia el altar equivocado. Abajo habitan populosos los conformistas, cuyo consuelo es el número y cuya alegría es la entrega a lo suyo. No soy yo quien para indicarte el camino correcto,

menos en un punto, que se refiere a alertarte contra el uso de la fuerza. Puesto que siempre hay otro más fuerte que nosotros, el que persigue poseer la fuerza máxima se ve obligado a rechazar la justicia que incluso la jerarquía de la fortaleza establece entre sus devotos, para lo cual tiene que echar mano de la maldad. Calcular la jugada del otro sin avisar, protegerse de antemano sin amenaza clara, servirse de subterfugios traicioneros, reírse del respeto a la deportividad, propinar golpes bajos con puño de hierro, regodearse en los daños colaterales... estas y muchas más son las estrategias con las que la maldad usurpa la fuerza, que en principio no estaba vinculada por lazos naturales a ella.

Contra lo que te digan, no hay mucho de bueno que decir de la propia bondad. Fíjate que es mayoritaria, pero débil: basta la acción de un solo malvado para acabar con el bien hecho por generaciones. Es, también, por ello, reversible, mientras que el mal deja huellas imborrables, a veces imperecederas. Por último, es frágil, ya que no se basa en nada superior a sí misma: el bien se hace porque quiere hacerse, y ese es un impulso que un soplo nefasto de viento a destiempo puede desviar. ¿Quién sacaría la cara por defender una realidad tan endeble, tan pobre, tan menesterosa? Hay que ser realmente valiente para ponerse voluntariamente en este apuro, para meterse de lleno en estas arenas movedizas, para construir en la cornisa de este precipicio. Y te contaré un secreto: a los valientes se les distingue de los timoratos en que tienen más que perder. Así, cuanto menos tengas, menos seas y menos puedas, más cobarde te vuelves, como si tu propia miseria se hiciera más valiosa cuanto más se empequeñece. En cambio, la valentía pone continuamente en riesgo una riqueza tangible: de ánimo, de capacidad y hasta de posesiones concretas. De modo que elegir el bien es elegir también libertad, porque ser libre no es, como dicen, no tener nada que perder, sino tener “*nada*” cuando lo que has perdido es libertad. Te lo digo tal cual lo he ido observando, créeme.

Por otra parte, presiento que la serpiente, tan taimada en la mayoría de las ocasiones, no puede ser una enemiga mortal del bien en el mundo. En primer lugar, porque de ello depende hoy la supervivencia misma de la Tierra, a la que ella ha mimado tan ostensiblemente. Y en segundo lugar, porque todo es manifiesto en la naturaleza, y sólo la violencia se esconde: la espina en la flor, el lobo en la noche, la fatiga en la fábrica... De hecho, el camuflaje favorito de la violencia entre los hombres se reviste frecuentemente de un manto de bondad, rectitud y justicia, lo cual riza el rizo de la paradoja. Lo sé, lo sé: vaya terreno difícil al que enviar a un alma virgen ese del vivir, estarás pensando que realmente no hay por dónde cogerlo. Sin embargo, allá donde no hay problemas tampoco hay alma, y ahí reside la tristeza ingente del morir...”

“Alcanzada la madurez, te parecerá durante un tiempo largo que ya se terminaron los cambios. Y puedes felicitarte por ello: muchas vidas ya habrán acabado antes de llegar allí por unas cosas o por otras, todas indeseables. Mas, naturalmente, es una falsa apariencia, y el hombre maduro es aquel al que tarde o temprano le asombran sus propias transformaciones internas y externas como si fuera un novicio. Normal que los hijos crezcan, pero... ¿tanto!? Normal que las costumbres varíen, pero... ¿tanto!? Normal que haya una cierta decadencia física, pero... ¿tanta!? El trabajo, muy a menudo denostado, se te antojará entonces una tabla de salvación, el lugar donde la experiencia cuenta aún para sumar, no para restar. Y si no es así, malo: podría darte, no sé, por el coleccionismo. De ahí que esta sea la etapa en que las elecciones apresuradas que hayas hecho antes te pasarán inevitable factura. Ten calma, todavía hay tiempo, que no es una sustancia que pasa, sino que se dilata. Por ejemplo, este es un periodo excelente para el amor, aunque nadie haya reparado gran cosa en ello. De cuando en cuando verás parejas de personas ya entradas en años que andan de la mano tanto más contentos cuanto más invisibles. Se dirá que el aspecto ya no les favorece, que sus entretenimientos son burdos, que sus sosegadas pasiones apenas

quemar, que parecen, en fin, un par de idiotas anónimos. No obstante, sea porque se conocen ya demasiado, o sea porque acaban de conocerse, son como la llama de una vela protegida en un quinqué y deberían representar una lección de desinterés mutuo para todas las demás edades. Y eso, desinterés, es lo que caracteriza o debiera caracterizar la conducta de estas décadas, no como ausencia de interés o tedio del león aposentado sobre sus dominios, sino al revés: como interés en las cosas y las personas por sí mismas, no como vehículo para conseguir algo. La historia, las lenguas vivas y muertas, las ciencias abstractas, los viajes, los proyectos de reforma... tantas materias de investigación sobre el pasado, el presente y el futuro que llenarían varias vidas cuando se las toma desde el punto de vista especulativo. La curiosidad suele ser subestimada, cuando consiste en el giro supremo del hombre, gracias al cual todos los hilos que han entretejido su vida pasan de ser agentes de su destino a objeto de su contemplación responsable. Únicamente el hombre ya formado como tal está en condiciones de actuar conforme a un conocimiento no viciado del mundo, y alcanzar ese criterio y ejercerlo con una sabiduría creciente implica la cima de la existencia humana al tiempo que la cota más alta en la que se hace posible una mayor utilidad de la propia vida para los demás, siempre que no se enfoque mal. Porque, a propósito de ello, también es un periodo que concede la oportunidad impagable de revisar los prejuicios acumulados hasta el momento, ahora que remite la pelea por abrirse paso que caracterizó el todavía no muy remoto ayer. Desgraciadamente, es esta una oportunidad que en la mayor parte de los casos se malogra por una mal entendida añoranza de la juventud, donde no todo fue tan maravilloso como se recuerda. Pese a ello, es imperativo deshacerse de esas enquistadas monomanías como de unos incómodos juanetes en el pie que nos molestan al pasear, pues en esta batalla íntima y silenciosa se libra nada menos que la clase de vejez que vayas a tener. Y sería verdaderamente enojoso fastidiarla en el último acto, porque no se puede exagerar la importancia de redondear la obra de toda una vida con un final todo lo demorado que se quiera, pero espléndido, sereno, ejemplar. Muchos más de lo que piensas -entre ellos todos los que te conocieron, quisieron e incluso aquellos que te odiaron- estaremos mirando con el aplauso o el pateo preparado. Esta caída de telón sí que tiene público, este cierre de espectáculo no acepta farsantes: ni siquiera puedes permitirte dejarnos indiferentes, por no hablar ya de decepcionarnos demasiado.

¿Pero cómo hablarte en este momento y en este lugar de inminencias de la vejez? Temo que la perspectiva de los alifafes y las fealdades de la ancianidad agotaría la paciencia del alma más receptiva. Reduzcámoslo, mejor, a lo esencial. La vejez a unos les alcanza, a otros les hace presa. Para los primeros, tal desenlace debería ser la gloria de su existencia, que en lo que tiene de gloria tiene también algo de ya clausurado. Espectador incansable de esta solemne investidura del adiós, siempre he pensado que el hombre debería ser más imponente en tamaño cuanto más viejo, para que todos pudiesen ver tanto lo más radiante como lo más podrido de su figura, además de escuchar con el respeto que merezcan las palabras de tales gigantes. Pero la serpiente no lo ha querido así, lo cual se agrava en los tiempos que corren, cuyo mayor pecado consiste en despreciar la tutela de lo vivido. Tan sólo le queda ya al viejo cometer locuras, dado que no hay razón para regatear más con el tiempo. Más que nunca el tiempo es un aliado: cada segundo es una puerta, cada minuto un recibidor, cada hora todo un salón. No hay que tener miedo a cerrarlos de golpe y salir disparados, puesto que han menguado las obligaciones y nadie nos necesita. Locuras, excentricidades del bien a fondo perdido, dar una última campanada celestial que resuene en las conciencias por media eternidad... Yo mismo me lo estoy pensando muy seriamente...

Para aquellos a los que la vejez les hace presa inmisericorde, la serpiente ha dado una muestra de compasión procurando que sus facultades se debiliten, de modo que la despedida les resulte más fácil, incluso más deseable. Morir no es el final de todo, tan solo de tu aventura personal. Nada desaparece en una chistera como por sortilegio, a cada cosa le sigue un mundo completo,

desde siempre. No otro puede ser el contenido de la religión, persistentemente tergiversado: el que hay una trascendencia, sí, pero la del mundo mismo respecto cada viviente; el de que hay un más allá, sí, pero en el futuro respecto de nuestro presente; y el de que hay una redención, sí, pero la de todos los pecados cuyos efectos desaparecen. Aquel rey que dijo que “después de mi, el diluvio” merece un infierno de olvido, si no fuese porque hasta su necedad deber servirnos de enseñanza. Yo mismo soy religioso en ese preciso sentido, espero que consecuentemente.

“Terminamos, es la hora. No le pongas vallas al campo, que de por sí no las tiene. Multiplica los talentos con los que naciste, como dicen en el libro que me dedicaron. Y, ante todo, recuerda que algo más grande que tú te ha hecho, pero que tú puedes ser igual de grande, sin sentir la necesidad de llegar a ocultar el sol, que sería demencia y no grandeza. Y por si acaso he sido muy inconcreto aquí tienes un decálogo actualizado de “mandamientos”, en los que prima el “no” como antes, es verdad, pero porque no se especifica, a cambio, que es lo que “sí” debes hacer, y esa es la clave de su parquedad e incluso, por qué no, elegancia, si es que te lo parece así; es a saber:

- 1- Amarás los papeles de Jack Lemmon por encima de todos los demás personajes de ficción y verás sus películas tres veces como poco. Obligatorio.
- 2- No utilizarás mi nombre como escudo para justificar tropelías de cualquier tipo o para poner en mi boca ridículas afirmaciones absolutas. No me gusta.
- 3- Santificarás las fiestas, también las de tu prójimo, máxime cuando no las entiendas bien: prohibido ser un aguafiestas por soberbia o por acritud.
- 4- Honrarás a tu padre y madre aunque no se lo ganen siempre, y considerarás su casa como tu refugio-campamento-base a la falda de cualquier montaña.
- 5- No matarás por “obediencia debida” ni, en general, darás ninguna vida por irrecuperable para la convivencia social, aún a costa de la sociedad misma.
- 6- No cometerás actos corruptos ni darás pábulo a ellos por inacción. La integridad del alma no se vende por dinero, placer, honra, poder o favores.
- 7- No robarás a los que tienen menos que tú, ni sus bienes ni sus esperanzas ni su trabajo. En cuanto a las ideas, no son propiedad de nadie en especial.
- 8- No levantarás falso testimonio ni mentirás descaradamente, lo cual es vergonzoso hasta la ignominia cuando intuyes claramente que nadie te cree.
- 9- No albergarás pensamientos o deseos autodestructivos salvo cuando de ello vaya a derivarse una mejora real del mundo, del cual eres amo y servidor.
- Y 10- No codiciarás vivir vidas ajenas ni albergarás envidia malsana hacia los aparentemente más afortunados que tú. Cada cual tiene su aquel, de veras.”

Ha sonado la llamada. Suelta mi mano. Abre los ojos. Verás...

Algunos clásicos de terror y la Alt-right mundial

La felicidad es percibirse a sí mismo sin temor.

Walter Benjamin

Lo malo de la mayoría de las historias o películas de terror es que son totalmente triviales. Por eso les gustan a los adolescentes, porque se ponen a sí mismos a prueba y descubren que siempre terminan riéndose. Interpretan que consisten en una serie de sustos, y el que no los anticipa pierde. Y es que, claro, los relatos de terror verdaderamente estremecedores provienen de la realidad, y al terminar de oírlos nunca te puedes reír. Recuerdo a ese hombre que no hace más de un año se olvidó de llevar a su bebé a la guardería y con las prisas por llegar al trabajo lo dejó dormido en la sillita de atrás del coche hasta que con el calor del día murió asfixiado. O esos soldados a los que no llegó la noticia de la paz al final de la Primera Guerra Mundial, y siguieron matándose mientras que el resto del mundo estaba ya de fiesta. O esa chica que, completamente nerviosa, confundió la orden de no saltar con la de saltar (“don’t” con “do it”) cuando su instructor de puenting aún no le había enganchado la cuerda. O, por último, cuando en el genocidio de Ruanda los paramilitares daban a elegir a las familias entre entregar sus propiedades y morir de un tiro, o callar frente a sus asesinos y morir a machetazos. Los ejemplos podrían multiplicarse, y para eso están los medios de comunicación, para exacerbar los que más les convienen y silenciar otros que quizá podrían relativizar aquellos. Lo que es cierto es que ante esa capacidad inagotable del mundo o, si se quiere, del azar, para producir desgracias irreparables y boquetes de dolor a pequeña o gran escala, el cuento mil veces repetido de la muñeca diabólica, la casa encantada o la hipnosis del señor Valdemar es verdad que dan más risa que miedo. Se ha dicho alguna vez que los chistes son reaccionarios, por ese gusto que tienen o tenían ciertos humoristas de antaño de sacar a bailar delante de su público a “negros”, “maricas”, gangosos o catalanes. No sabría pronunciarme al respecto (el humor siempre contará con buena prensa, al menos después de muerto el ciego de *El nombre de la rosa*), pero creo que ocurre lo mismo con el género de terror. ¿Qué es lo que de verdad da miedo en una película pasada o presente de terror, sobre todo entre las que las que realmente vemos, que son, como en todo, las norteamericanas? Pues está claro que, en la mayoría de los casos, se trata de la irrupción salvaje, no diplomática ni preparada de antemano, del *otro* relativo, es decir, de aquel que es como nosotros (no sirve, por ejemplo, el *otro* absoluto a la manera de un huracán XXL o una plaga de arañas asesinas, a no ser que se les atribuya alguna clase de oscura intención humana), pero que pretende suprimirnos para ocupar nuestro lugar y vivir nuestra vida, solo que a su repulsivo estilo.

Recuerdo que Orwell, en *El camino de Wigan Pier*, hay un momento en que dice que el origen de todo racismo es mucho más instintivo de lo que creemos. Un europeo se baja de un avión en un país magrebí y ya desde el mismo instante en que pisa tierra encuentra que todo “huele a moro”. Igualmente, parece que los árabes, que se alimentan de forma distinta a la nuestra, encuentran que los blanquitos olemos a leche agria. Desde luego, el propio Orwell sabe que esto es una terrible simplificación de procesos históricos y migratorios más vastos, pero algo de eso hay. Es difícil realmente creerse un discurso xenófobo o racista si no sientes antes, o a la vez, una especie de asco fundamental referido al físico de aquel o aquellos a los que te están induciendo a odiar. En las novelas de Faulkner, los blancos y los negros están ya tan acostumbrados los unos a los otros, han hecho tanta vida, y roce, y establo juntos, que más bien lo que hay es propensión a cruces entre colores de piel. En

cambio, en las novelas de Houllebecq, mucho más irreales y basadas en las pesadillas misantrópicas del autor, los musulmanes producen aversión en un sentido bastante corporal. Houllebecq, no en vano, es un lovecraftiano. Lovecraft (o *Hatecraft*, como se le ha rebautizado alguna vez en honor a este aspecto suyo) era un tipo que caminaba por la calle sintiendo verdadero asco ante la variedad de fenotipos humanos que le rodeaban, a los que luego convertía en criaturas monstruosas e infectas en sus famosos relatos. Es propio, pues, de la actitud reaccionaria y xenófoba esa percepción del otro como alguien asqueroso de ver y tocar, como alguien que aspira a acostarse con tu mujer y robarte el trabajo pero no como lo haría uno de los tuyos, a los que puedes odiar o envidiar de un modo más intelectual, más abstracto, en tanto proyecciones alteradas de ti mismo, sino a la manera de un engendro, de un parásito, de algo inhumano e intolerable, de miembro de una plaga que asola la tierra y contamina el aire, y aquí es donde tocamos el nervio principal de muchas novelas y películas de terror célebres y hasta de alguna calidad.

Los clásicos, en este sentido, cantan, o al menos algunos de ellos. Cintas como *Nosferatu* o *El gabinete del doctor Caligari* son antes manifiestos artísticos que películas que busquen aterrorizar realmente a sus espectadores. Sin embargo, con *La invasión de los ultracuerpos*, de 1956 (los posteriores remakes no veo que aporten nada nuevo, excepto el escalofriante final de la de Donald Sutherland), entramos en un terreno nuevo. Aquí el terror estriba en que vamos siendo sustituidos por impostores que se nos parecen mucho, excepto que no tienen corazón. El corazón es la fuente de nuestros defectos y de nuestros sufrimientos -hasta el punto de que un personaje ya transformado de la película puede prometer que en la nueva vida “ya no habrá más lágrimas”...-, pero también del hecho mismo de estar vivos. Es posible que en *La invasión de los ultracuerpos* el correlato de los avatares vegetales (los vegetales, claro, no tienen corazón, y actúan siempre igual) fueran los súbditos de la Unión Soviética tal como los presentaba la propaganda de la época. Pero eso no importa, lo que importa es que el patrón se repite en *La cosa*, de John Carpenter, que ya es de los años ochenta. Allí cualquiera de tus antiguos colegas podía ser el enemigo viscoso, cundía la paranoia general. Y el entorno no era una ciudad de provincias, como en *La invasión...*, era un paraje helado, un no-lugar, o el lugar metafórico que representa el núcleo de la batalla por la humanidad -como en *Planeta prohibido*, también de 1956, donde toda una raza alienígena ha sucumbido a sus propios monstruos interiores, en este caso por no conocer a Freud. Ya había pasado el macartismo, hasta J.E. Hoover (muy bueno el biopic de Clint Eastwood, por cierto), que veía radicales y comunistas en todas partes, había muerto, y, sin embargo, la semilla había sido plantada y bien plantada. *La semilla del diablo* que Roman Polanski había regado años antes también, o que en *Alien* recordaba que fuera de casa habitan criaturas de pesadilla tan oscuras y abominables como el espacio exterior pero que se meten en la intimidad de tu barriga como el bebé de Polanski. *Gremlins*, también de los ochenta, pasa por ser una película infantil, pero hay que leer la novela original -yo lo hice entonces, no sé por qué, y también la de *Cocoon*- para darse cuenta de la importancia que realmente tenía lo que sólo se mencionaba de pasada en el film: un gremlin es un duendecillo que estropea la maquinaria autóctona de la industria de un país, es decir, que los gremlins son para el norteamericano una especie de sabotadores extranjeros que hacen que mi coche o mi moto no funcionen bien y me tenga que comprar uno japonés o alemán, que en muchas ocasiones se dirían mejores a simple vista...

Realmente, la xenofobia y el discurso del rechazo al diferente que copa la actualidad mundial de la mano del movimiento conocido como Derecha Alternativa en EEUU se ha encontrado todo prácticamente hecho. Por debajo de él hay terror, y no sabemos si más abajo todavía o al mismo nivel, repulsión y asco al que viste distinto, habla deforme, come mal y huele peor. Toda una industria, la industria del turismo, hace negocio de limar estas diferencias, siempre que quede claro que la cultura del otro es folklore y que hay una frontera nítida entre ellos y nosotros,

“ellos allí y nosotros aquí”. Los programas de viajes de televisión pocas veces dejan ver las zonas de pobreza de otros países, y en cualquier caso siempre están de acuerdo en decir que sus playas son el mismísimo Paraíso en la Tierra, aunque se trate de una nación subdesarrollada. La verdad es que era del todo previsible, si uno es un poco receloso, que el nuevo orden mundial tras la caída del imperio soviético diese lugar a la aparición de gente a la que ya no le diese vergüenza ser egoísta. Es decir: si buscar la solución para un mundo menos desigual y más armónico se hace cada vez más difícil entre la amenaza de colapso ecológico y la seducción de la tecnología hedonista, una respuesta posible es afirmar que tal solución no existe. O sea: que no hay bienestar para todos, que no hay reparto que valga, que se pudran los perdedores de la historia (esos que Trump llama *shittholes countries*, países que son “agujeros de mierda”, para que se vea claro lo que decía yo antes que se trata tanto de asco físico como de valoración moral). Los que así dicen se quitan el complejo de cínicos diciéndose a sí mismos, y a su electorado afín, que tan sólo son los únicos valientes al encarar la verdad. Lo que hay que hacer, entonces, es proteger tu territorio como sea de las hordas zombis de los famélicos, derrotados, débiles, *ultracuerpos* en general... Para ello, hay que convencer a tu población de que te vote bajo el argumentario inconsciente -profundamente hincado en el inconsciente por décadas de pantalla grande y también pequeña: recuérdese la teleserie “V” - de las películas clásicas de terror: los *otros relativos* (ya digo que el otro absoluto, como un meteorito, une más que separa) no tienen corazón, estropean tu maquinaria, logran que cuides a su bebé y lo peor de todo, lo más espeluznante, que es sin duda el hecho repugnante de que ocupen tu lugar sin que nadie aparentemente se dé cuenta, pero dejando tras de sí un hedor inconfundible. Así que una de dos, esto es lo que hay: una vez que les dejas pasar, o bien los alíen se te meten dentro y su progenie te revienta las entrañas o bien suavemente, como con buenos modales, se apoderan gentilmente de tu vida entera.

Y la verdad es que sí, que esta es una posibilidad horrible, pero efectiva, de la política actual. Steve Bannon y otros la van predicando por Europa y no dejan de encontrar personas receptivas. Vivimos en un mundo que por un lado se nos dice que vamos a vivir en casas y ciudades inteligentes y que ya ha llegado el “internet de las cosas”, y por otro que va a acontecer la ruina ecológica y que no tendremos energía para todos. Normal que mucha gente elija la solución de la no-solución, es decir: me ha tocado en la parte buena del mundo y los demás que arreen. Pero si no lo quieres decir así, si algo de decencia y humanidad resta en ti, lo dirás mejor a la manera de las pelis de miedo surgidas a partir de la Guerra Fría. En *Guerra mundial Z*, de 2013, Brad Pitt descubre que el truco para que no te ataquen los zombis (que en esta película corren a toda velocidad, con lo que no da tiempo a reventarlos a tiros) es contraer una enfermedad. Si te detectan enfermo, no te comen. Así es, sacando un poco las cosas de quicio por mi parte, como la Alt-right ve a la izquierda: los izquierdosos son esos que enferman aposta, a fin de sentir empatía y solidaridad con los pobres, emigrantes y agujerosos-de-mierda del planeta. Ellos, en cambio, “derechita valiente”, los tratan desde la salud recién adquirida del que se ha quitado la máscara biempensante y ya no se siente culpable de ser quién es, el triunfador de la globalización. Son el Occidente que madruga, para mejor entonar el “Cara al sol” o lo que toque. Pues bien: a día de hoy, en medio del conflicto por Huawei, sabemos que a China esta visión tan proteccionista no le gusta, ahora que estaban preparando la Nueva Ruta de la Seda. Para madrugadores los primeros ellos, que para eso encarnan el ascenso del capitalismo de estado y además son una potencia nuclear. Como exporten su modelo de control social, desarrollo a toda costa y sacrificio en pro de las futuras generaciones nos vamos a llevar más sustos que en *La monja* (aunque a mí la que me gustó fue la española *Rec*, y el *Proyecto de la bruja de Blair*, que fascina todavía a los adolescentes, confieso que aún no me he atrevido a verla...)

De modo que próximamente, en sus pantallas, vuelve el miedo y el asco al peligro amarillo.

Pragmatismo, informalmente...

Durante un tiempo pensé sinceramente, e iba por ahí pregonándolo, que el mejor libro de filosofía que había leído era *Pragmatismo* de William James. Incluso pensaba en él cuando un alumno, o alguien, me preguntaba por la manera más directa y clara de meterse en nuestra materia. No las tenía todas conmigo, al recomendarlo, pero la alternativa eran los tocamientos con la idea de la vida que se permitía Don José Ortega y Gasset. Pero era un error, en el sentido de que si me gustó tanto es porque en él encontraba los primeros indicios de lo que luego había aprendido con Quintín Racionero, que en gloria esté, como suele decirse, y eso, naturalmente, a los demás no les afectaba ni les afecta. No obstante, sí que es un libro que da gusto leer, porque es corto y son conferencias públicas. Sin embargo, no parece que mucha gente lo haya leído bien fuera de USA, porque a principios de siglo XX se convirtió en blanco de mofas y críticas fáciles. El malentendido, involuntario o doloso, consiste en entender que lo que James dijo fue que todo puede alcanzar la categoría de verdadero si encuentra una aplicación práctica. Bertrand Russell (en su *Historia de la Filosofía*, que a causa de eso regalé a una madre del cole de mis hijos), con su alma de lógico, dice de James que a ver cómo puede ser verdadero que César no cruzó el Rubicón por muchas aplicaciones prácticas que se le encuentre a la trola. Y el mencionado Ortega, en su prólogo a *El espectador*, que es donde mejor se lo pasaba, dice que medir un enunciado por su capacidad para producir utilidad es la definición misma de la mentira. Tiene razón, desde luego, sólo hay que pensar en las actuales *fake news*... Pero es que el pragmatismo de James no era eso (antes, se autodenominó pragmático Charles Sanders Peirce, pero ese es demasiado listo para mí, y, luego, John Dewey, del que he leído poco, pero que tiene mucha/mucha miga...), por supuesto. El pragmatismo no tenía nada que ver con la utilidad más chata, que a los filósofos siempre les resulta tan sencillo refutar recordando a Platón frente a los sofistas, ni siquiera el utilitarismo de Stuart Mill es tan burdo -el de su padre y el de Bentham creo que sí-, el pragmatismo es una filosofía del *sentido*. Y no podía ser de otro modo, dado que la formuló William James, un hombre bastante rico...

Como James era rico, lo que le importaba era eso que vulgarmente llamamos “el sentido de la vida”, y no la dimensión práctica, mucho más norteamericana, de acuerdo -“el primer negocio de EEUU son los negocios”, digo alguien-, pero nada jamesiana. ¿Qué es, entonces “pragmatismo”? El nombre de un libro de William James que dictó siendo ya bastante mayor donde se quiere mostrar que hay verdad allí donde alguien encuentra *sentido* para su proyecto vital. Si yo soy Gerald Durrell, para mí tiene sentido que los animales salvajes sean tan bonitos y admirables a la vez que sepa que debo encerrarlos en un zoo para proteger las especies. La pregunta, claro, es... ¿si yo soy Hitler para mí tiene sentido la idea de la raza superior porque así vengaré Alemania de la humillación del Tratado de Versalles? La respuesta de James, que desde luego estaba en contra de los tiranos porque conocía la Declaración de Independencia, me temo que tendría que ser que sí. Lo que ocurre son dos cosas: primera, que, como buen individualista, no admitiría fácilmente que Adolfo extendiese esa idea más allá de sí mismo, puesto que el prójimo tiene el deber también de buscar su propia verdad; y, segundo, que el propio James reconocía que a él la política se le escapaba, que él sólo pensaba en las cosas pequeñas, capilares de la existencia. También en esto se nota que James había nacido rico: su angustia se refería sobre todo a sí mismo, a su propio

coleteo personal e intransferible que diríamos hoy. A mí antes me ocurría un poco eso, con que no soy quién para juzgarlo...

En un artículo posterior a *Pragmatismo* dice una cosa que está muy bien, y es que su filosofía consiste en algo así como la simple pregunta “¿cómo lo sabes?”. Alguien te dice “me he enterado de que hay una fiesta en casa de Alberto Garzón”, y tú respondes “¿cómo lo sabes?” La respuesta de ese alguien -pongamos Clara Serra- es el método de verificación de su proposición. Si Clara dice “he tenido un pálpito”, no te pongas el disfraz de Lenin. Si Clara dice “he visto a Alberto comprar gran cantidad de vodka y caviar en el supermercado”, se puede discutir la cuestión. Es decir, que James no juzga si César cruzó o no el Rubicón, pero tampoco pregunta qué ventaja o beneficio obtienes de afirmar una cosa o la contraria. Lo que dice es “no cruzó el Rubicón... ¿cómo lo sabes?”, y luego evalúa hasta qué punto el método de verificación de la respuesta modifica la vida de aquel que lo sostiene. Por eso James también llamó al pragmatismo “Empirismo radical”. Generalmente, lo que (no) hizo César no aporta sentido a la vida de nadie, no es una creencia que te cambie la vida, ni siquiera si eres un erudito. Pero, oye, si lo fuera, lo que dice James, me parece, es que estás en tu perfecto derecho a actuar como si fuera cierto...

Crítica de la Razón Pura

La claridad es la cortesía del filósofo...

José Ortega y Gasset

¿Por qué son tan complicados de leer los filósofos, hasta el punto de que las nuevas hornadas de autores que ansían hacerse un hueco en el mercado editorial procuran siempre caracterizarse por su accesibilidad y amenidad? Mi impresión es que todo comenzó con la Teología, y específicamente en el impacto que la Teología produjo en el primer gran filósofo alemán, Immanuel Kant. La Filosofía siempre ha sido una Teología, e incluso se podría aventurar una afirmación aún más osada: la Teología es una rama, o más bien la copa del árbol, de la Filosofía. De esta realidad histórica ineludible ya se había percatado Nietzsche, otro filósofo alemán que coqueteaba con lo críptico, pese a proclamarse el más ateo. Platón no era un escritor críptico, ni mucho menos, y cuando lo fue un poco más era precisamente cuando se metía en arena teológica, muy de su gusto y muy del gusto también del cristianismo posterior (*Fedón* y *Timeo* son los textos más leídos en la Edad Media al margen de la Biblia). Aristóteles, en realidad, tampoco era en absoluto oscuro, y, de hecho, ningún comentarista medieval, árabe o cristiano, le imputa esa falta, al contrario: todos bebieron de él como si fuera una fuente clara, el manantial prístino del más cristalino saber. Es la distancia temporal que nos separa de él, y la influencia encriptadora de la escolástica tardomedieval, las que nos lo hacen ahora confuso. Pero Aristóteles escribía con bastante llaneza, en realidad, casi como si hablara -de hecho, sus tratados son clases orales-, igual que Epicuro o Marco Aurelio. Desde luego, algunos tecnicismos son necesarios, o no estaríamos frente a un discurso responsable, en el que lo que se dice se expone con coherencia y cierta sistematicidad. Pero, en general, Aristóteles, como Platón, tienen un estilo fluido, abierto, que no rechaza a sus oyentes, sino que busca atraerlos activamente hacia una investigación siempre en marcha, que espera contribuciones relevantes.

De modo que la cosa de resultar extraño y ahuyentar a los simples me parece a mí que arrancó con la Teología, sobre todo con la Teología mística alemana. Dios no es tu vecino de al lado, Dios es el Otro Absoluto, y el lenguaje humano debe esforzarse en hallar los recursos expresivos que le acerquen a balbucear siquiera tales misterios trascendentes. Pienso que Kant estaba un poco obsesionado con eso, aunque no lo diga explícitamente, él quería mostrar los límites del uso de la razón en tanto que justamente la razón aplicada por los humanos no es una hipotética Razón de Dios que crea sus objetos en vez de conocerlos, y que por tanto se nos escapa enteramente. La *Crítica de la Razón Pura* se concibió en 12 años pero se escribió en 6 meses, lo cual en parte explica las dificultades de su redacción y lo duro a veces de su lectura. Pero no es motivo suficiente para explicarlo: Descartes, Hobbes, Locke, Hume, Berkeley, Rousseau, los precedentes directos de Kant, habían sido perfectamente legibles, con la dosis de concentración necesaria y el interés previo que debe acompañar a las reflexiones sesudas. Sin embargo, llega Kant, la Ilustración se hace alemana y la situación se complica. Hume había sido ateo, agnóstico si se quiere, y Kant, que le admira, quiere evitar a toda costa esa deriva. Como decía Unamuno, lo que amputa en la razón teórica, la consideración providente de Dios, lo vuelve a encontrar redivivo en la razón práctica, y resurge floreciente -eso ya lo digo yo- en la *Crítica del Juicio*, el más intrincado de todos sus textos.

Kant exploraba los caminos de la finitud humana, eso es cierto, los fundamentos bajo los cuales los hombres puede ser autónomos en el uso de su razón, y creo de verdad que le debemos una enorme gratitud por ello, pero esa finitud estaba pensada por contraste con la infinitud divina, en función de ella, y también por eso Kant, que había sido educado en el pietismo, escribía como escribía. Parecía entonces no sólo que la palabra filosófica ha de ser internamente responsable, en el sentido de decir lo que dice con coherencia y sistematicidad, sino que además ha de decirlo con el peso de Dios sobre sus hombros, ha de expresarlo de modo que hasta el mismo Dios diese por buenos sus conceptos...

Los grandes filósofos alemanes posteriores a Kant adoptaron esa misma actitud. No hay más que leer el prólogo a las *Lecciones de la Filosofía de la Historia* de Hegel para comprender que ese rigor tan abstruso es el rigor del discurso teológico⁷². Que para Hegel Dios sea ahora la Idea Absoluta en la Historia, y por tanto algo más o menos al alcance de los humanos, no quita de su carácter trascendente, digno de piadosa reverencia especulativa. También Marx secunda este espíritu, por muy materialista y ateo que se declare, y construye una filosofía en la que lo que se juega no es meramente el bienestar y la racionalidad de la estancia de los hombres sobre la Tierra, sino la erección del Paraíso Terrenal, el descenso de las condiciones del Cielo sagrado sobre el mundo profano y la redención de los humildes y perseguidos por la opresión y la injusticia. No hay más que escuchar, o leer, a un comunista convencido para adivinar que cree en el futuro de la Justicia Universal como creería un niño, y por eso cuando se encaraman en el poder imponen su ideal a sangre y fuego, como una Santa Inquisición del poder económico y político. Su verdad no es una verdad de andar por casa, revisable o abierta a la investigación, como todavía sucedía incluso entre los griegos más dogmáticos (léase, por ejemplo, estoicos, bastante teológicos ellos también): su verdad advendrá entre nosotros, como Cristo para San Pablo, a transformar el mundo de cabo a rabo y de una vez y para siempre. Es el Reino Inteligible, el cumplimiento de una promesa de plenitud celestial, por lo que lucha un marxista, frente al cual hasta Hegel o Kant parecen tibios, contemporizadores, demasiado comprensivos de la debilidad humana. De ahí que hasta Marx resulte arduo de leer, y no digamos ya los marxistas posteriores, sus apóstoles, encargados de custodiar la llama viva de la salvación del género humano...

Pero nada de esto era necesario, cabe aducir. La Filosofía, como ya he mencionado, es una investigación abierta, no la epifanía del Absoluto. Si algo así como el Absoluto estuviera ahí, presente de alguna manera, no sé por qué iba a esperar a manifestarse en el texto del filósofo correspondiente tocado por la Gracia. La consecuencia más ridícula e indeseable de la cripticidad filosófica clásica⁷³ es, en mi opinión, que por una absurda ley de sobrecompensación, los que quieren ser filósofos cercanos, claros y divulgativos se pasan de lo contrario, de fáciles, pueriles y perogrullescos. Parece, pues, que estamos entre la espada y la pared, o sea, entre Kant y la autoayuda. Para colmo, la Ciencia más avanzada también se nos ha hecho críptica, de manera que hasta el propio mecánico cuántico te reconoce que él tampoco entiende bien la Mecánica

⁷² Paso por alto el caso de Spinoza, que no fue alemán, pero sí teólogo a su manera. Spinoza fue recuperado tras un largo olvido por los románticos alemanes, que hicieron de él algo más esdrújulo y pretendidamente profundo de lo que él ya era, y es que el romanticismo, en general, es máximamente culpable a mi entender de ese gesto que aún sufrimos según el cual la cultura, la alta cultura, ha de ser forzosamente elitista, incomprensible, elevada y trágica...

⁷³ Aquí no estoy ni pensando en la cripticidad típica de los filósofos franceses, que ya he criticado en otra parte. Por hablar de un caso reciente, uno se interesa por el gigantesco problema del feminismo, que afecta gravemente a todas las mujeres del globo en su vida real, y coge la *Teoría King Kong* de Virginie Despentes. Por supuesto, en tal texto no hay nada que aprender, ninguna propuesta ni ninguna cosa que importe lo más mínimo para abordar ese problema enorme, sólo hay una exhibicionista que nos cuenta su vida tratando de epatarnos con una escritura escandalosa y violenta, con el resultado de confundir más en vez de aclarar algo. No: aquí estoy intentando hablar de la filosofía seria, interesante, explicativa.

Cuántica, pero que funciona, y, si no, mira tu móvil, en el que has depositado recientemente tu vida entera. Es totalmente cierto que la Filosofía, como la Ciencia o el Derecho, deben respetar un nivel de producción del discurso que salve a la palabra de su uso más grosero o meramente opinativo, casual o trivial, pero a la vez debe entenderse que ese nivel no es en modo alguno transmundo. Se piensa, se hace ciencia o se es jurista para servir a una mayor inteligibilidad de la realidad para la gente, y, si no, apaga y vámonos. Yo no me trago que Heidegger estuviera obligado a expresarse como lo hacía (como Heráclito en ocasiones, ese sí el Gran Oscuro de Occidente...) porque ese era el nivel del discurso que le exigían sus intuiciones y lo elevado del objeto de su preocupación pensante. Creo que simplemente acataba la tradición alemana, de la que se sentía epigono y culminador, y no sin motivo. En un plano más prosaico, esas ínfulas oraculares sólo sirven para que legiones de exégetas dejen de mirar el mundo para mirar tan sólo la escritura del filósofo célebre, y jamás fue eso lo que hizo Aristóteles, por ejemplo. El mundo es de una insondable complejidad, desde luego, no hace falta además tratar de esclarecerlo introduciendo una complejidad mayor que nos lo tape. Lo que los simples mortales alfabetizados no pueden entender con algo de esfuerzo y atención (el mismo esfuerzo o atención que es preciso para aprender Electromecánica en Formación Profesional, por ejemplo, que no será asunto baladí), no es de recibo y es sospechoso de charlatanería vacua, o lo que es peor, de ambición de gurú por parte de su prescindible emisor.

Seguramente la comunicación sea la más humana de las actividades propiamente humanas, aquello que más nos diferencia de los animales sin que ello cree un abismo insalvable entre nosotros y ellos. Aquel que se hurta a la comunicación con sus congéneres so pretexto de moverse en un plano distinto de verdades inasequibles es un tramposo o un falsario. Cuentan -creo que lo cuenta Hawking en *Historia del Tiempo*- que Albert Einstein, también ilustre filósofo alemán a su matemática manera (y no hay nada más filosófico que las matemáticas, de Pitágoras en adelante), fue capaz de explicar la Teoría de la Relatividad a su chófer camino de una conferencia pública. Aquello nunca ocurrió, muy probablemente, puesto que el chófer necesitaría primero recibir una o varias clases acerca de física newtoniana, pero incluso como leyenda urbana resulta ejemplar. La claridad no es siquiera una cortesía del filósofo, como decía Ortega, de manera que habría que agradecerle al pensador su afán por rebajar las cosas a la altura del pueblo llano. La claridad es una *obligación* del pensamiento para consigo mismo, ya desde su cuna griega, y si tu chofer no consigue entender física relativista lo que hay que hacer es antes explicarle la newtoniana, hasta que comprenda. Si no comprende, es que estamos ante una mitología, no ante un discurso racional -y eso lo sabía muy bien Kant, que defendió siempre la dimensión pública de la razón. Eso es lo que parece que hacía Sócrates, que no tenía chófer, ni dinero, ni publicaciones ni currículum, pero sí mucha generosidad intelectual y mucho tiempo por delante que emplear con los demás.

Las bombas saudíes y el Imperativo Categórico

No quejamos mucho, pero en el fondo es un alivio que los chavales estén a lo suyo, que no vean de los informativos sino el fútbol y que además entiendan que las materias que ven en clase -a la que la mayoría de ellos van a disgusto y obligados- no tienen la menor relación con la realidad. Porque si llegasen a ser lo que sus profesores, algunos pedagogos medio sensatos y el Ministerio querríamos que fuesen, nos harían preguntas incómodas. Yo soy “profe” de esa extraña asignatura llamada *Valores éticos*, y si me saltasen en el aula con el problema de la venta de armas de Navantia a Arabia Saudí no sabría qué contestar. También tengo hijos, y no querría que se vieses en una situación apurada por nada del mundo. Pero los yemeníes también los tienen, hasta que un pepinazo “de precisión” que acierta en el microbús en el que viajan entretenidos en sus disputas despreocupadas disgrega sus moléculas por el viento del desierto. El ministro Borrell, que hasta ahora no nos caía tan mal, dice que no hay peligro, que le puedes dar un sable láser a un loco que está en guerra y lo utilizará para abrir un melón. Ante semejante chiste, por no decir broma pesada, creo que en mi caso sólo podría recurrir a Kant. No porque yo tenga una fe irreductible en Kant, que me parece un intelecto formidable pero algo anticuado, sino porque Kant precisamente se imparte en Primero de Bachillerato, muy por encima, en Segundo de Bachillerato, casi completo pero horriblemente abreviado, y últimamente en Cuarto de la Eso, puesto que su clara arquitectura conceptual y su rigorismo ético hacen de él un fácil recurso para el docente cuando de lo que se trata es de dar sentido a una asignatura introductoria. Además, los juristas llevan dos siglos echando mano de él cuando pretenden aportar una justificación racional al fundamento moral del Derecho y de la Política. De modo que Kant es nuestro hombre, es la Ilustración hecha Idea, y yo tiraría de él si a un alumno avisado o especialmente concienciado le diese por preguntarme sobre la actualidad española.

Un chico de esa edad no está, en mi opinión, maduro para relativismos, posmodernismos e incluso ni siquiera hegelianismos, hay que ofrecerle la cabeza de Kant como el rey Herodes ofreció la de Juan el Bautista a Salomé. Y ya se sabe -porque, como digo, hasta los adolescentes lo saben, les guste o no- que Kant formuló el Imperativo Categórico, que reza, en sus dos enunciaciones más básicas, aquello de que...

“Obra sólo según aquella máxima por la cual puedas querer que al mismo tiempo se convierta en ley universal” y “Obra de tal modo que uses a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre al mismo tiempo como fin y nunca simplemente como un medio”.

Así de lapidario, así de sencillo, al menos según dos de las cuatro formas que Kant elabora en la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Lo que diría, pues, a mi clase de *Valores éticos*, o al alumno avisado que esperara una respuesta de altura de su profesor mientras los demás piensan que es un pedante o un “notas” sería eso mismo: que es imposible que los trabajadores de Navantia o el gobierno de España puedan querer a la vez seguir fabricando artefactos de guerra para el país árabe y que reine la paz en el mundo, la “paz perpetua” que decía también Kant. O sea, que si la máxima de tu acción es “es bueno y apropiado fabricar armas si de ello depende tu puesto de trabajo”, entonces no puedes convertirla en Ley Universal, porque estarías queriendo -determinando tu libertad racional, nada menos- al mismo tiempo que cualquier otro país en cualquier otra parte del globo esté legitimado a fabricar armas contra ti en el futuro, amén de

asentir al hecho terrorífico de que esa práctica se convierta en parte positiva del Derecho Internacional desde ahora y para siempre de modo tal que sea valedera para la entera especie humana presente y futura. Pero eso no es lo peor: lo peor es que habrías convertido a los niños del micróbus yemení y otras muchas víctimas potenciales en un medio para la obtención de beneficio (que, por cierto, es irrisorio a nivel nacional, me parece: 9 millones de euros...) y garantía de trabajo, y no ya en un fin en sí mismos. Que cada ser humano sea considerado como un fin en sí mismo, y no como un medio para el proyecto bienintencionado o perverso de otro, es, desde luego, una ingenuidad de Kant que pocas veces tiene lugar en el mundo real -yo suelo poner el ejemplo de la educación pública misma, sencillamente porque no se me ocurre otro, ya que, en efecto, inicialmente los profesores no calificamos a los chicos para obtener nada de ello salvo el sueldo, o esa es nuestra función-, pero él con seguridad replicaría que no es cuestión de que se sea ingenuo o no, sino que se trata de un mandamiento de la Razón Práctica. Y ese mandamiento, el Imperativo Categórico, no funciona en base a circunstancias concretas, como el compromiso comercial con un país extranjero, ni la preservación de los puestos de trabajo de unos empleados, los cuales, desde luego, también deben ser tomados como fines en sí mismos; funciona, según Kant, pese a las circunstancias concretas, todavía más: incluso *contra* ellas, si ello fuera menester.

De manera que eso es lo único que a mí se me ocurriría decir, en el contexto de un aula de Educación Secundaria Obligatoria. En Bachillerato igual hasta matizaría más, pero no sé bien hacia dónde. ¿Qué iba a decir, que los humanos nos movemos por intereses, que no existe ningún arbitraje racional por encima de ellos, que el mundo es una jungla (y recuérdese que hasta en la selva del imperialista Rudyard Kipling regían leyes, contra Thomas Hobbes y su influyente concepción del “estado natural”...), y que sálvese quién pueda...? Aunque esto fuera tristemente cierto, un centro educativo público y laico del Estado español no sería el lugar idóneo para decirlo, porque entraríamos en una cierta contradicción performativa –esto es, estaría diciendo algo que anularía mi propio papel y la validez de estar diciéndolo. Kant pensaba que el mal moral consistía en fundamentar la máxima de tu acción en una pasión o interés particular imposible de universalizar, puesto que además te guías por la peor parte de ti, no por la más noble y digna, esa que te hace humano. Que lo que hacen Navantia y el Gobierno español es un mal no lo duda nadie, otra cosa es que comprendamos humanamente los motivos que llevan a los trabajadores a atrincherarse en su posición (aunque lo que de verdad no se comprende de todo esto es cómo todo un Ejecutivo de un país europeo desarrollado es incapaz de encontrarles otra alternativa laboral). Kant, en cambio, no los comprendería: para él, serían ellos los que no han entendido bien o no les ha explicado nadie el uso de su libertad en tanto seres racionales. Pero, en fin, Kant no es más que un dinosaurio egregio del s. XVIII. Kant no conocía los Smartphones, no navegaba por Internet, viajaba en carruaje y lo más mortífero que conocía era un cañón de bola y pólvora. Era algo racista, un poco machista, y se fiaba poco de los impulsos de sus congéneres, incluso recelaba de las virtudes inconstantes del “buen corazón”. Pero es todo, creo, lo que tenemos los profesores de filosofía a nuestro alcance; yo, desde luego, nunca acudiría a un salvaje como Nietzsche, por ejemplo. Porque con Kant a la vista y en un entorno académico queda como más manifiesto que si vendemos bombas y corbetas a Arabia Saudí para que masacren niños o abran melones lo que nos cargamos también es la mismísima Ilustración...

Galileo encadenado

La ciencia es un magnífico mobiliario para el piso superior de un hombre, siempre y cuando su sentido común resida en la planta baja.

Oliver Wendell Holmes

Todos deberíamos saber algo de historia de la ciencia, pero en serio. No sólo porque es en sí fascinante (ese gran laboratorio de sofisticadísimos conceptos y modelos, que no exactamente de verdades demostradas, como se cree), sino también porque resultaría muy educativo para cualquiera entender que las conquistas científicas no han caído como maná del cielo, sino que han respondido a necesidades reales que ciertos señores peculiares han afrontado y solucionado con genio pero también con tenacidad. Los chicos que llenan al amanecer los colegios, de hecho, piensan automáticamente que el mundo del pasado ya hizo ese esfuerzo y tuvo ese genio por ellos, y por eso no hace falta molestarse más. De todos modos -siguen pensando sin pensar- siempre habrá alguien, calcado de los personajes de *The Big Bang Theory*, lo suficientemente friki como para preferir estudiar a ir de fiesta, un tipo raro y con gafas que en caso de ocurrir algo grave nos sacará las castañas del fuego o, si no, que allí estará inventando tecnologías lúdicas e incomprensibles para hacernos la vida más agradable. Desconocen mayoritariamente los chicos la épica de la ciencia, es decir, aquellos viejos tiempos en que había que quemarse las pestañas haciendo cálculos bajo una vela de sebo y para colmo de manera clandestina, por si los poderes imperantes se sentían incómodos con tus resultados. O, si la conocen o la intuyen, esa épica, a los estudiantes no les importa lo más mínimo, ya que esas son cosas de los antepasados, que se obstinaban como mulas en ser extrañamente oscurantistas, como si no tuviesen nada mejor que hacer que obstaculizar el Progreso de la Luz. El caso más célebre, la situación que el imaginario colectivo aún retiene como típica de la “Heliomaquia” -como lo llamaba Eugenio D’Ors: la lucha por abrirse paso de la luz...- del pasado es, sin duda, el proceso judicial de Galileo Galilei, que ha vuelto estos días a la actualidad con el descubrimiento de una carta ológrafa en la que el pisano trataba de suavizar la ira de la Iglesia. Pero incluso ahí, en terreno tan supuestamente familiar, nada es exactamente lo que parece...

Porque lo cierto es que las autoridades eclesiásticas de la época no eran tan cazurras ni tan necias como se nos ha hecho creer. Muchos de los que estuvieron implicados en el proceso de Galileo presentían muy agudamente que el hombre debía tener bastantes razones para defender la herética tesis de Copérnico, que décadas antes se había presentado como un mero juego matemático o especulativo gracias, en parte, al célebre prefacio de Osiander (pero algo así estaría también en la mente de Copérnico, quien, por otro lado, fue peor astrónomo que Tycho Brahe, geocentrista, y quien no podía desconocer que el heliocentrismo ya había sido postulado por Aristarco de Samos nada menos que en el s. III a. C.) Esos prebostes de la Iglesia eran personas cultas que seguramente no ignoraban ninguno de estos datos, y que habían estudiado con detenimiento las obras de Galileo hasta el punto de percatarse, supongo que con algún terror, de que precisamente lo que venía a aportar el científico italiano era la Física específica que necesitaba el heliocentrismo para dejar de ser una mera conjetura. De hecho, incluso el propio Papa compartía un amigo común con Galileo, y sabía a ciencia cierta que a Galileo no le movía ningún afán de

destruir el poder, el orden y la enseñanza de la Iglesia Cristiana. Tanto es así, que cuando Galileo fue finalmente condenado a arresto domiciliario, y no a la pena capital como Giordano Bruno en 1600, ese mismo pontífice le envió una carta confidencial en que casi se leía entre líneas sus condolencias por la injusticia y su comprensión por los geniales trabajos del reo. De modo que la cuestión no fue, como dramatizó Bertolt Brecht, y queda tan bonito en los manuales de historia, que la Iglesia fuese estúpida y reaccionaria. Hoy sí, hoy podemos decir que lo que queda del catolicismo son sotanas pervertidas que violan niños y sentencias que dan publicidad a las salidas de tono de Willy Toledo, pero entonces tan solo se trataba, creo yo, de proteger a la gente de sí misma y de no difundir todavía un pensamiento para el que el pueblo no estaba preparado, como ha argüido Thomas Kuhn en varios de sus libros –sin que yo sea especialmente kuhniano, que es un forma de epistemología de estirpe claramente hegeliana.

El Papa, el cardenal Belarmino y los otros actuaron, probablemente, por lo que hoy llamaríamos “motivos humanitarios”, en cierta forma. Eso fue lo que salvó la vida de Galileo, aunque le impidió continuar con sus investigaciones. La carta que se ha encontrado ahora, donde Galileo rebajaba y relajaba sus posiciones a fin de hacer compatible la nueva cosmología con la Biblia, ni siquiera fue necesaria. Nadie realmente quería acabar con Galileo, treinta años después de la infame quema de Bruno. El Papa mencionado, Urbano VIII, ni siquiera llegó a firmar el acta de condena de la Inquisición. Galileo era ya viejo, tan sólo procuraron, en mi opinión, que no pudiera hacer más daño. Pero eran enteramente conscientes de que nada podía detener ya la difusión de su obra, sobre todo del *Diálogo sobre los sistemas máximos*. El hecho de que hubiese que esperar hasta que en 1992 (350 años después de la muerte de Galileo, y con la Luna ya hollada) Juan Pablo II declarase solemnemente que Galileo quizá pudiese tener razón, y que sus opositores posiblemente se equivocaron, se debe principalmente a que la institución de la Iglesia ha seguido entendiendo que su rebaño no está preparado para la verdad, como en el demoledor relato *El Gran Inquisidor* de Dostoyévski. Esto, sin duda, también es oscurantismo, pero de otra clase, más política, más de una determinada responsabilidad o pedagogía mal entendidas⁷⁴. La historia de la ciencia es fascinante sin duda por sus logros, pero lo es más en lo que tiene de actividad profundamente humana. En ella han estado, y siguen estando, involucrados tantos factores que resulta simplista pensarla en términos de una fácil y efectista Heliomaquia. Esta es una visión que deforma la realidad, y que además hace que los estudiantes creen que la epifanía de la ciencia es un fenómeno gradual y automático, como decía antes, para el que apenas hay que hacer nada más que dejarlo surgir –el *laissez faire, laissez passer* liberal aplicado a la epistemología. Bajo este punto de vista, habría que dar la bienvenida sin crítica alguna al siguiente hombre de moda o charlatán que nos hable de las ventajas de una sobredimensionada Inteligencia Artificial o de la irrupción mágica del Homo Deus o de lo que lo que le venga en gana en tanto que halague los oídos de su público. Me parece que no sólo hay que luchar contra magufos u homeopáticos, también hay que descreer de la mitología con que algunos comienzan a arropar a la tecnociencia, o correremos el riesgo de sustituir una Iglesia por otra, la vieja rancia por la actual futurista.

Galileo Galilei fue un genio sin par: si Galileo no fue un genio, es que esa palabra tan romántica ha perdido ya todo su sentido y se la aplicamos a cualquiera. Pero Aristóteles también lo era, como el mismo Galileo hubiera reconocido. Galileo lo que hizo, no sin apoyarse en algunos

⁷⁴ Tan mal entendidas que tan sólo 50 años después Isaac Newton pudo publicar los *Principia Mathematica* sin oposición alguna por parte de la Iglesia, pese a que era un arriano recalcitrante y pese a que allí se sostenía la existencia de un espacio y tiempo infinitos. Lo cual quiere decir que siempre que alguien espera que se produzca un gran escándalo (como ocurrió con la liberación sexual, que parecía que se iba a acabar el mundo tras siglos de represión), y pone el grito en el cielo para que no ocurra, resulta que después lo que pasa es nada o casi nada, y en su nombre antes se han cometido innumerables atrocidades...

precedentes -no existe el *Ex nihilo*, ni para Dios, ni para la ciencia ni para el arte-, fue aplicar sistemáticamente el método matemático a los procesos naturales, cosa que Aristóteles había evitado escrupulosamente en la convicción de que la naturaleza está compuesta de cualidades antes que de cantidades (en contra de su maestro Platón, por cierto, que era pitagorizante). En este sentido, y sólo en este, Galileo es el Prometeo de la ciencia moderna. La Física matemática ha llegado tan lejos que las últimas teorías físicas, o microfísicas, de la actualidad, como la Teoría M, son ya prácticamente matemática pura sin aportación experimental alguna. Las matemáticas son el órgano práctico de la tecnología, son el Juicio Sintético a Priori de Kant operando ya sin límite alguno, y eso se lo debemos a Galileo más que a Descartes o a Newton. Pero eso no significa que exista mucho fundamento para la fábula del “Galileo encadenado”, y, para colmo, y como por ironías de la vida, resulta que la Tierra ni se mueve ni deja de moverse, sino que, conforme a la Teoría de la Relatividad de Einstein, no existe el movimiento absoluto de Newton, sino que el movimiento del objeto que fuere depende del lugar donde coloques el movimiento del observador... (es decir, que también es cierto hoy que el Sol se mueve, siempre que efectúes tus mediciones desde la Tierra como punto fijo).

Galileo Galilei pasó sus últimos años encerrado en casa como se le había ordenado, y cuidado por una de sus hijas, que era monja. Estaba prácticamente ciego y tocaba el laúd recostado en su jergón, como le había enseñado su padre cuando era niño. En realidad, nunca había pronunciado el *eppur si muove*, pero sí había tenido que arrodillarse ante la Santa Inquisición; no obstante, me gusta pensar que recordaba a menudo la carta privada de extraña consolación de Urbano VIII, y se reía interiormente del destino paradójico de los hombres, incluso del de algunos pobres e infortunados genios...

El mito del “buen salvaje” en el cine norteamericano reciente

No somos los señores de la naturaleza, sino sus alumnos.
Albert Einstein.

Cuando J.J. Rousseau leyó en un periódico acerca de la convocatoria del concurso que le permitió escribir contra el progreso, iba por el campo camino de visitar a Denis Diderot en la cárcel de Vicennes, y se dice que cayó en el sendero y lloró. Las cosas le iban muy mal en París, y de repente vio el cielo abierto, sin tener en cuenta el que se abría en torno a su cabeza. Las lágrimas eran lágrimas de alegría, y ya podía entusiasmarse, pues había encontrado la ocasión de propalar una de las mayores y más queridas patrañas del pensamiento occidental, una patraña que iba a hacerle ciertamente famoso. Que era una patraña como una catedral ya lo había enunciado antes David Hume mediante lo que denominó la “falacia naturalista”, que señalaba que es una trampa, un error lógico, confundir el *ser* con el *deber ser*. O dicho de otra manera: a la modernidad naciente no le era lícito retornar a la ingenuidad del mito hesiódico de la Edad Dorada, pensando que nuestras descripciones racionales del mundo son normas asimismo racionales, y que están enfocadas a erigir un mundo perfecto como el que ya existiera en los albores de la Humanidad. Sin embargo, J.J. ganó el concurso, como él tenía previsto, el muy pillito, y en consecuencia cambió en gran medida la historia. Qué ocurrió inmediatamente después por todo el mundo blanco e ilustrado viene relatado en las charlas de historia *Franklin y Europa*, de Jesús Pabón, que recomiendo fervientemente. Pero conste que en su momento, gente como Voltaire estuvo frontalmente en contra (él fue el que dijo que Rousseau parecía pretender que todos volviésemos a andar a cuatro patas...) Porque Hume y Voltaire entendían que hay que tomar al hombre por lo que es y no por lo que sueña ser, a riesgo de edificar la antropología sobre unas bases falsas. Sin embargo, sobre la fantasía del “buen salvaje” hasta los norteamericanos han fabricado un millar de películas, y me atrevería a decir que también han llegado a votarle en la figura de Theodore Roosevelt o, más recientemente, de George W. Bush –el ascenso de Donald Trump más bien juega en otra liga imaginaria o ideológica, la de la “destrucción creativa” del empresario schumpeteriano. Hablaré, muy por encima, de cuatro de ellas muy características y cercanas a nosotros, pero no sin antes extenderme un poco sobre la justificación o no justificación filosófica de semejante mito, el mito que dice que la bajo la cáscara de una sociedad corrupta y podrida (y desde este punto de vista todas lo son) yace un modelo de hombre inmaculado, virgen, dechado de todas las virtudes e inocente como la naturaleza misma de la que ha brotado como una palmera soleada y fresca en una isla del Pacífico nunca hollada por el pie humano -que es, por cierto, donde comenzó todo...

Circula por Internet un presunto *Documento de los Papalagi* que pasa por ser el informe antropológico genuino de una sociedad indígena de ese nombre en la que todo funciona bien, y donde los hombres viven atados por lazos de cordura, cordialidad y solidaridad. No sería extraño que ese documento sea otra película más montada por una especie de Carlos Castaneda apócrifo. El mito tiene una enorme fuerza seductora, qué duda cabe, aunque no resista el menor

análisis. Toda una tradición iusnaturalista católica se ha enredado en el problema de que, si hay leyes morales naturales, cómo es que no se cumplen ininterrumpidamente en la conducta del hombre. Puesto que son necesarias, no deberían tener excepción. Por cierto que este fue así mismo el problema que convirtió la Academia platónica en escéptica tras la muerte de Platón: cómo es que si hay Ideas, y son paradigmáticas, o sea, normativas, el mundo sensible se empeña en violarlas una y otra vez. Es decir, por qué los hombres de las sociedades avanzadas somos tan pérfidos que infringimos constantemente con nuestras costumbres la legislación moral natural que sin embargo está tan clara entre los felices miembros de la tribu de los Papalagi... Contra todo ello tenemos un alegato poco célebre pero contundente, que se halla al final de *La filosofía del tocador* del Marqués de Sade. El texto creo que se llama “Un esfuerzo más”, y trata de mostrar el absurdo de tachar cualquier comportamiento de antinatural, a propósito de acabar con la ética tradicional además de con la política tradicional en el marco de la Revolución Francesa. El argumento, si no recuerdo mal, es inexpugnable: nada de lo que puede darse en la naturaleza puede ser calificado de antinatural sin contradicción. El que así lo hace esconde una teología bajo el manto, ya que entiende como natural no el entero orbe inmanente, sino tan sólo un estrato del mismo que refleja el designio de Dios. O sea, que comprende como antinatural lo que está en contra de la voluntad (racional o no) del Altísimo traducida en leyes, las cuales se hallan, pues, fuera de la naturaleza, y no dentro de ella, según razona Sade.

Lo curioso es que esto sucede continuamente en Filosofía, pero también en el mero sentido común. Si las acciones de los hombres o de los pueblos nos parecen crueles o dementes las adjetivamos como inhumanas o monstruosas. Sin embargo, no se entiende por qué iban a ser menos humanas que las rectas o buenas a no ser que creamos, como advierte el divino marqués, en una legislación sobrenatural que las prohíbe. En contra de Platón, la esencia humana no se expresa más o menos en diferentes individuos, sino que se cumple íntegramente tanto en el jorobado como en el forzado, en el altruista como en el tirano. O por lo menos eso es lo que enseña la pura experiencia libre de juicios de valor. Los relatos de “antropología inversa” son necesariamente platónicos, puesto que comparan nuestro modo de vida con la Idea del Hombre que se encarna en la cultura observadora, sean los persas de Montesquieu, los marroquíes de Cadalso o el extraterrestre de Eduardo Mendoza, *Gurb* -y entre los cuales en la realidad “real” habría tantos “jefes, cabecillas y abusones” como en nuestra región del planeta, por decirlo en los términos del ensayito antropológico de Marvin Harris. Y, claro, eso no tiene nada de “inverso”: los platónicos somos nosotros mismos. Ni tampoco de “antropológico”, me atrevería a decir, puesto que se juzga también un entorno tecnológico, ecológico, histórico, etc., que es lo que hace a cada hombre ser lo que es, no siendo posible aislar este último factor de sus condicionantes. Lo que sí que es verdaderamente antropológico, pienso yo, es el experimento del encuentro mismo que representa el documento en cuestión, sea real o mixtificado. Que una cultura se tope con otra y trate de traducirla a sus parámetros: ahí sí tenemos una acción privativamente humana. Pero como dijo Spinoza al comienzo de su *Tratado Político*, una ética y una política que no consideren al hombre tal como es sino que establezcan a priori cómo querríamos que fuese, no son una ética ni una política propiamente, sino una sátira disimulada. Esa es, pues, mi conclusión personal, la de que quién lee crédulamente *Los Papalagi* está leyendo una sátira, no importa quién sea su autor. En comparación, los escritos de Sade son mucho más científicos, sin duda, puesto que informan sin deformar. Otro tema es cómo se hacen una ética y una política *a posteriori*, es decir, sin falsear los datos iniciales, por tanto sabiendo que una mala bestia como Pinochet también es una posibilidad tristemente real de ser humano y que EEUU, por ejemplo, es una organización política y social tan representativa de nuestra especie como la Cuba revolucionaria para quien le

guste o como la actual Finlandia del Estado de bienestar. Pero esa ética *a posteriori* es, sin duda, otro tema, el tema, tal vez, de nuestro tiempo, como diría altisonantemente Ortega y Gasset...

En cualquier caso mi tema ahora son las películas sobre el buen salvaje norteamericano. También las hay de otras naciones, como el *Dersú Uzalá* ruso, pero tienen mucha menor difusión. Célebre es *Bailando con lobos*, que ha sido versionada después como *El último samurái* y ésta a su vez como *Avatar*, en un encadenamiento de plagios donde los pueblos que encarnan al buen salvaje son cada vez más remotos y ficticios, hasta dar de lleno, en la última, con la quimera absoluta⁷⁵. Es interesante precisamente esta progresiva des-realización del mito, de tal manera que al final hay que reconocer tácitamente que el buen salvaje tendrá que ser un ente larguirucho y azul de otro planeta, una suerte de pitufo hiperdesarrollado que ningún antropólogo ha estudiado ni estudiará jamás. Pero las películas que me interesan aquí son *La costa de los mosquitos*, de 1986, *Hacia rutas salvajes*, de 2007, *Alma salvaje*, de 2014, y *Captain Fantastic*, de 2016. En ellas el mito se desdibuja y pierde consistencia hasta casi desvanecerse en una ilusión terapéutica. La primera, del australiano Peter Weir (no podía ser de otro), termina en tragedia, como *Hacia rutas salvajes*, que adapta una historia real. Ambos protagonistas se llevan a sí mismos, y con ellos a sus familias, hacia la destrucción en nombre de la pureza del buen salvaje, sencillamente porque no están personalmente preparados, o porque el mundo real es mucho más complejo y letal de lo que pensaban. En las dos últimas, *Alma salvaje* y *Captain Fantastic*, la degradación del ideal está todavía más clara: si intentas la vida del buen salvaje más vale que sea temporalmente, y con fines catárticos, como en *Alma salvaje*, o precipitarás a tus seres queridos por un barranco existencial, como en *Fantastic*. Por eso estas dos terminan con un retorno a la civilización, con un pacto con las convenciones sociales, tras la aventura en territorio virgen, tras el experimento de huir de todo y empezar de cero. Parece, entonces, que al menos en el cine norteamericano reciente Rousseau ya no conserva el crédito que tenía antes en lo que Fredric Jameson denomina “el inconsciente político”, sin que ello nos arrastre al cinismo social de Voltaire. Vivir en las sociedades tecnificadas actuales tiene sus desventajas, pero mayores perjuicios se obtienen si osas salir de ellas. Hay que llegar a una *entente*, a una componenda que nos permita vivir bien y humanamente en un entorno que en muchos aspectos procura generar ciudadanos estúpidos y satisfechos. Formar parte del rebaño sin *ser* rebaño, tratar de no darlo todo por perdido y acaso trabajar por un cambio desde dentro. No es cierto, sencillamente, que la civilización sea el estado de degeneración de una esencia original prístina, esto es una invención flagrante de Rousseau que luego fue revisitada en términos más pesimistas y rebuscados -pero igualmente fantasiosos y pueriles- por Freud en *El malestar de la cultura*. Los señores y señoras de sus respectivas épocas se sentirían muy escandalizados a la par que atraídos por ello, pero no es verdad, es una simplificación ridícula de las cosas. La civilización es la creación de dispositivos, artefactos y leyes que expresen la naturaleza humana en tanto que poniéndose límites a sí misma, y ese es un proceso que, siguiendo esta vez a cierta lectura de Hegel, no parece tener un fin claro y rotundo.

Las películas que he mencionado no se meten en eso, no hacen exactamente filosofía, pero parecen presididas por una fuerte intuición: el hombre está fracasando en su intento de ser el amo de la naturaleza, pero igual de difícil sería ser su alumno, conforme a la frase de Einstein, en condiciones de soledad y salvajismo. Hemos, pues, de olvidar los arrebatos de Rousseau de una vez por todas, que ya es hora...

⁷⁵ Quimera que, ahora que se ha estrenado la segunda parte, entendemos que no es más que el reverso imaginario de nuestro mundo real. Una especie inteligente y para colmo noble perfectamente integrada en un entorno maravilloso y armónico, feraz y verde, que cuenta con un cuerpo perfecto en unas condiciones de temperatura perfecta y orejas de cervatillo (*houyhnhnms* de Swift) es todo lo que querríamos ser, siendo así que vamos directos al extremo contrario...

Muchos algos versus una Nada...

El escándalo vende, pero hasta cierto punto. Vende si eres Madonna, no si eres Harvey Weinstein. Janne Teller, escritora austriaca residente en Dinamarca, se ha quedado un poco en medio entre estos dos. Hace diez años pergeñó una *nouvelle* que no quiso editarle nadie, pero que ahora parece que se abre camino. La tituló *Nada*, como el clásico español de Carmen Laforet, seguramente por no conocer a Laforet, y con ese nombre pretende presentar el nihilismo adaptado a adolescentes. Pero un nihilismo a lo Dostoyévski, sin ser ella, claro, Dostoyévski, porque ya nadie somos Dostoyévski. Personalmente no encuentro que la manera de escribir vaya mucho más allá del contenido, que es ya público y notorio por el escándalo mencionado. Porque no solamente la novelita presenta un planteamiento nihilista de inicio -además de por qué sí, sin explicación previa-, sino que también termina espantosamente mal. ¿Había verdadera necesidad de esto? ¿Es Janne Teller una nueva J. D. Salinger o William Golding o sólo quiere hacernos creer que es una nueva Salinger o Golding pero con foto promocional?

A mí me parece que está bien que los chicos aprendan que todo aquel que te imponga un sentido absoluto de la vida o una verdad incuestionable es un falsario o un fanático. La experiencia secular, sobre todo la del s. XX, abona exageradamente esa impresión, que conviene que no olvidemos en el futuro cuando las cosas vuelvan a venir mal dadas, económica, política o ecológicamente. Pero entiendo que la segunda parte del mensaje consistiría, en mi modesta opinión, en subrayar después que por lo tanto los sentidos finitos, parciales y no definitivos de la existencia son la verdadera sal de la vida, y que merece sobradamente la pena implicarse en ellos. No sólo eso: es que esos sentidos plurales y parciales son descubiertos como si fueran nuevos precisamente cuando los otros, los mayestáticos, únicos e impostores, han sido desenmascarados, no antes, y además son reencontrados como finitos o limitados, en tanto que son aquellos que son nuestros, que estaban y han estado desde siempre a nuestro lado, mientras que los que pasan por absolutos o universales son, o eran, siempre ajenos, extraños, sobrevenidos desde fuera, emanados oportunamente por las autoridades competentes. El asunto me recuerda al gran personaje de Rorschach en el *Watchmen* de Alan Moore y Dave Gibbons. En cierto momento de su carrera Rorschach halla pistas de un crimen horrendo que le asusta en su extrema maldad incluso a él, y entonces decide ser Rorschach, decide que si existe sin razón alguna el negro absoluto él tiene que representar el blanco absoluto, sin razón alguna también, como si fuese cosa de su potestad inalienable el erigirse en el último juez, jurado y verdugo implacables sobre la faz de la Tierra. Y entonces mata por primera vez en su vida y acaba con el culpable, que ni siquiera es nadie importante. En la cara de Rorschach el blanco y el negro se mueven en masas cromáticas cambiantes pero nunca se mezclan...

En realidad, esta decisión de Rorschach no era inevitable, lo que ocurre es que también él es un fanático. Cuando al final de *Watchmen* se da cuenta de que los planes de alguien más inteligente que él desbordan sus petrificadas categorías de Bien y Mal morales, comprende que el que debe quitarse de en medio es él mismo. Y es que Rorschach resulta casi peor que el tipo que ha liquidado, porque él lo ha hecho en nombre de principios, mientras que el asesino tal sólo se dejó llevar por sus retorcidos impulsos. Rorschach cree que puede juzgar moralmente la condición humana en su totalidad, para lo cual se muestra tan arbitrario para el Bien como su víctima lo fue para el Mal. Casi peor, ya digo, aunque sólo sea por ese dicho popular que expresa

muy acertadamente aquello de “líbrame, Señor, de las buenas personas, que de las malas ya me libro yo...”. En *Nada*, de Teller, ocurre algo parecido. Que no exista un único significado global de la existencia no quiere decir que la Nada pueda ella misma ser absolutizada como el (No-) Significado Último de Todo. Al contrario, me parece: precisamente porque no hay Significado Último, los significados entre los que hemos vivido siempre adquieren por fin valor, sustancia, brillo. Una madre no cría a su hijo para que sirva al Destino de la Humanidad, le cría porque le quiere, para que esté guapo y sano y así se lo aprecien sus amigas, por ejemplo. Un médico no cura a un enfermo para que se convierta en astronauta y encuentre un planeta habitable que sustituya a la larga a la Tierra, le cura sólo para que siga haciendo sus cosas, aunque la mayoría de ellas sean insignificantes (ojo a la palabra: usamos “in-significante” como diminuto, no como totalmente desprovisto de sentido...)

No hay, pues, ni en la madre ni en el médico como tales una dimensión primariamente moral de su actividad. La madre no obedece a un principio superior, del estilo del Segundo Precepto de la Ley Natural de Tomás de Aquino; el médico no cumple con su trabajo porque con ello materialice el Deber Formal kantiano, o algo así. Ambos actúan como lo hacen porque en todos nosotros -incluso en el fondo de los peores criminales, diría yo, que quisieran poner el mundo bajo su bota pero no por ello aniquilarlo-, alienta un cierto gusto por conservar el mundo tal como es, pleno de gente, pleno de cosas y pleno de “mundo”, por decirlo así, gusto para el cual la pregunta por el Sentido Último del Universo carece por completo de interés. A este extraño pero fehaciente “gusto”, que parecemos compartir con el resto del reino vivo y no vivo, le llamaría yo el *bien* sobre la Tierra, un bien con minúsculas porque no se construye por contraposición al Mal con mayúsculas, sino que es querido por sí mismo, incluso inconscientemente (o, sobre todo, inconscientemente). Ese *bien* tan mundano sí que es, en cierto modo, absoluto -lo que en las lenguas clásicas venía a significar “incondicionado”-, puesto que no viene, tal como yo lo veo, condicionado por nada, ni por la Selección Natural ni por las Leyes de la Historia⁷⁶, ya que ambas, en realidad, lo presuponen. Está *bien* que el mundo siga su curso, eso es lo incuestionablemente fundamental, y que luego lo haga en el sentido del egoísmo del gen o del progreso de la humanidad es comparativamente secundario. Hasta Arthur Schopenhauer, aún a regañadientes, hubiera estado de acuerdo con esto, que me parece que es un dato elemental, que es algo no por lo que por hipótesis mereciera la pena morir, sino por lo que, *de facto*, mucha gente muere y ha muerto a lo largo de la accidentada historia humana⁷⁷.

Pero si Rorschach hubiese comprendido algo de esto, no hubiera sido Rorschach, y de su absurda radicalidad no dependería el desenlace trágico de *Wachtmen* (una ovación por Rorschach, en cualquier caso). Igualmente, el niño protagonista del libro, ese “predicador de la muerte”, como diría el Zarathustra de Nietzsche, merece en gran parte el final que Teller le asigna. La propia autora termina por reconocer -tal vez de cara a la galería, pero qué importa-, que de todos modos en este “espacio/tiempo” (sic) que nos ha tocado vivir, no siendo cifra de nada superior y definitivo, abundan las luchas que merecen la pena de ser libradas. ¿Pues entonces para qué su fábula, esa que pudiera llevar a los lectores inmaduros al escepticismo o a la desesperación, si sus padres o profesores les permitieran leerla? Pues, por lo menos, al margen de llenar el bolsillo particular de su autora, el libro podría servir para concluir que no es un ejercicio de modestia y resignación renunciar a los grandes valores abstractos del pasado para quedarnos con los pequeños,

⁷⁶ Pero es que también Hegel postulaba un “Bien” que estaría por encima incluso de la *Vernunft*, de la Razón...

⁷⁷ *Las circunstancias sólo son difíciles para quienes reculan ante la tumba (...) Desprecio el polvo del que estoy hecho, este polvo que os habla; podrán perseguirlo y darle muerte, pero quién puede arrancar la vida independiente que me otorgué a mí mismo, una vida en el firmamento de los siglos*, Saint-Just, Louis Antoine León de, *Discours et Rapports*, Éditions Sociales, París, 1957, pág. 66

con los inmediatos y vitales de la madre y el médico, sino al revés: es, más bien, un ejercicio de afirmación de lo real frente a lo irreal, de lo cercano frente a lo distante, y de los muchos y variados Algos frente a la una y única Nada. Al fin y al cabo, si ese niño lo hubiera pensado bien, el hecho de que el Significado Último de Todo sea Nada no es más que la otra cara de la Libertad, dado que ya Nada, en efecto, nos obligaría a llevar un tipo de vida determinado en vez de aquel que elijamos, siempre que aquello que elijamos nos no conduzca a la negación grotesca del mundo y de la vida. Como se sabe, lo contrario de mundo en castellano es “in-mundo”, y sólo la negación absoluta es inmunda, porque además es enteramente arbitraria, como lo es también en este libro.

Ahora, quien quiera leerlo y recomendarlo que lo haga, no vivimos ya en época de censuras. Pero que lo explique adecuadamente también y no permanezca en el escándalo o en esa especie de miedo a sufrir dudas que no es para nada propio de la filosofía, sino fruto -antes bien- de lecturas precipitadas...

Los enemigos de la Filosofía

Sé filósofo... pero en medio de toda tu filosofía, sé hombre.

David Hume

En *El malentendido*, Albert Camus pone en boca de uno de sus personajes, Marta, la famosa frase que todo el mundo cita de él: “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio”, y así es también como arranca *El mito de Sísifo*. Sería difícil que la Filosofía hubiese atraído en su contra tal cantidad de enemigos si ella misma no fuese, a menudo, su propia enemiga más esencial. Con pensamientos como el de Camus, que por motivos de puro morbo (y porque son fáciles de memorizar, me temo) alcanzan más celebridad que cualquier juiciosa sentencia de Kant, los filósofos estamos perdidos ya casi desde el principio. ¿Quién podría tomarse en serio una disciplina que no enseña nada, que no sirve para nada, y que sólo plantea angustias incomprensibles, dado que, claramente, poquísimas personas llegan a plantearse la posibilidad o no del suicidio (y eso, en todo caso, no por motivos filosóficos, precisamente)? No, la Filosofía no es eso ni nunca lo ha sido, y quien así nos presente el asunto -el “asunto del pensar”, que diría Heidegger- hace un flaco favor a la Filosofía misma que dice defender. En realidad, el gran tema de la filosofía ha sido desde el inicio la razón. Qué es la razón, cómo funciona la razón y cuál es el campo de aplicación de la razón. Nadie podría afirmar que esta sea una cosa baladí, o poco útil, o puramente culturalista o pedante. Si lográsemos establecer nítidamente lo que entendemos por “racionalidad”, entonces nos hallaríamos en condiciones de demarcar las conductas racionales de las irracionales, y dispondríamos de un instrumento capaz de cribar, en nuestras prácticas teóricas, morales/legales o productivas aquello que puede ser fijado en orden a proporcionar una mayor armonía en nuestra vida frente a aquello otro que la confunde, la desorienta y finalmente la hace inviable o la destruye. Pero se trata, en todo caso, de nuestra vida común, la existencia de los seres humanos en general, no la vida particular de un personaje de Camus o del propio Camus, que si se ha metido en alguna suerte de callejón sin salida personal tendrá que buscar cómo resolver sus problemas a su manera-y tal como lo plantea el autor, sólo podrán ser recursos irracionales, emotivos, voluntaristas, es decir, lo contrario de la Filosofía...

De modo que el primer palo en la rueda de la Filosofía lo ponen, como digo, muchos de los propios filósofos, que no se han enterado de qué iba la cosa y van por ahí convirtiendo su oficio en una psicología barata. La Filosofía ha estado desde siempre reñida con la psicología, puesto que para terminar confiando en la buena o mala cabeza de cada uno no hacía falta, realmente, un discurso tan exigente como lo es el de la Filosofía. Para hacer ese viaje, como se dice, no hacían falta esas alforjas. Lo cual no significa que la Filosofía en último término tenga razón sobre la Razón (que escribo con mayúsculas sólo por esta vez), y bien puede ocurrir que la racionalidad no sea tan satisfactoria como nos imaginamos, o que resulte más diversa y flexible de lo que creíamos, o que, en el peor de los casos, sea incapaz de producir armonía alguna, e incluso que la armonía misma resulte indeseable. Pero lo que es claro es que estas respuestas (es fama que a la Filosofía le gusta preguntar, pero lo que la caracteriza históricamente no es eso, sino su fertilidad para generar respuestas bien organizadas) sólo podrán darse desde el interior de la filosofía que ha conducido a ellas, no desde una psicología más o menos novelera o profesional. Así que creo

que los filósofos mismos son los primeros que deben tomarse en serio su estudio, y no permitir que se desacredite admitiendo funciones trivializadoras de su propia práctica que no les llevan a ningún sitio. Y además es que socialmente se paga cierto precio por estas desviaciones. La Filosofía produce impresiones ambivalentes: por un lado, los legos en la materia la temen, como si se tratase de algo demasiado profundo para asomarse a mirar sin sentir vértigo; por otro lado, a la vez la desprecian como algo irrisorio, como si se tratase de nada más que de cultura especializada, propia de diletantes de la palabra. De esta manera, los colegas (de universidad o de instituto) del filósofo que no son filósofos también se convierten en enemigos involuntarios de la Filosofía, al proyectar sobre ella una visión que, o bien se pasa, o bien no llega, y en la que ni siquiera terminan de ponerse de acuerdo consigo mismos.

Se dirá, también, que ciertos gobiernos son los enemigos máximos de la Filosofía, haciendo por arrinconarla en lo posible para que no haga oír su voz crítica. Esto, sin duda, es verdad, pero una verdad mucho menos importante de lo que parece, tal y como yo lo veo. Voces críticas en las sociedades actuales hay muchas, y desde múltiples fuentes e intereses, de manera que la Filosofía no es en esta función del todo imprescindible. Un eficaz o paranoico autócrata, con buen criterio, se preocuparía antes de cerrar una emisora de radio que una revista de Filosofía. Ese tipo de gobiernos, además, no resisten el más mínimo análisis, sus tropelías y chanchullos hieden a plena luz del día, y cualquiera que no lleve una venda en los ojos o una pinza en la nariz puede verlos y olerlos; para eso, realmente, la pasión y la hondura casi diabólicas de la filosofía de un, por ejemplo, Spinoza, no parece necesaria en absoluto. En España las cosas son, como es usual, distintas: aquí lo que pasa es que hay que hacer espacio a la religión católica, aunque parezca mentira a estas alturas de la película, y para colmo es que las autoridades se imaginan la Filosofía como un nido de rojos. (Les parece, también, una peligrosa pérdida de tiempo para los jóvenes, pero si de verdad creen que van a poner a los funcionarios a enseñar algo semejante a “Filosofía empresarial” -lo cual parece una idea digna de Schumpeter- es que realmente no tienen la menor idea de lo que es un filósofo). Bastante duro es ya aceptar que la Filosofía ha quedado encerrada en una cárcel académica, cuando en tantos otros países se le dedica incluso un hueco en las televisiones generalistas. Que Marx o Nietzsche escribieran para terminar convertidos en un pedacito de asignatura a aprender a disgusto en medio mes de Segundo de Bachillerato es un insulto para la herencia de Occidente y para con el saber en general. Que además en nuestro país incluso esa limosna se vaya a convertir en algo optativo e irrelevante dice mucho de quiénes somos y de dónde venimos. España, que ha sido nacional-católica hasta hace dos días, parece que soporta mal que una lista de autores que incluye a ilustres e incuestionables pensadores como San Agustín y Santo Tomás (u Ortega y Gasset, por ser español) tenga que hacer sitio también a Marx o Nietzsche, que son mucho más interesantes desde el punto de vista contemporáneo de la determinación del papel que debemos conceder a la razón en el seno de nuestras vidas, pero que son, eso sí, por lo mismo, decidida e indisimuladamente ateos...

Otro enemigo de la Filosofía lo tenemos en las llamadas Nuevas Tecnologías. No porque, de por sí, estas formidables invenciones nazcan para sustituir modalidades anteriores de cultura como es la Filosofía, al contrario: las Nuevas Tecnologías representan un estímulo más para el pensamiento, por cuanto configuran un mundo nuevo para el futuro a racionalizar adecuadamente. Pero si es cierto que, a día de hoy, distraen demasiado a la población, arrebatando su público a la lectura y al debate. Esto es especialmente sensible respecto de los adolescentes, que ya de suyo son una audiencia difícil para la Filosofía (la Filosofía es cosa de adultos, ya lo decía Aristóteles), y que con esos flamantes medios en la mano mal van a interesarse por perspectivas más amplias. A la Filosofía le ocurre eso, que necesita gran angular -por eso Camus se equivoca, aplicando su pequeño microscopio tan solo a las tribulaciones particulares de gente no especialmente infeliz

u oprimida-, y las Nuevas Tecnologías, por el momento, se reducen para la mayoría a un juguete social prácticamente doméstico. Además, para qué vas a estudiar al filósofo Wittgenstein, que es un raro complicado de narices, si tienes al youtuber El Rubius a golpe de clic, que te simplifica enormemente la existencia –El Rubius es un tipo majo, por qué no, pero su angular es patéticamente diminuto. De todas formas, nada de esto sería verdaderamente preocupante: ni las desviaciones filosóficas morbosas, ni la mala comprensión de la mirada externa sobre la Filosofía, ni los malos gobiernos anti-ilustrados, ni el encarcelamiento de la disciplina entre las obligaciones de los más jóvenes. La Filosofía ha sobrevivido durante siglos a estragos como estos y a otros mucho más graves. Lo peor es que todos juntos, en un medio como el que vivimos de banalización de la cultura y de enaltecimiento del entretenimiento, producen desidia hacia actividades elevadas y complejas como la Filosofía. Se podría parafrasear ahora a Camus, “no hay más que un problema filosófico institucional verdaderamente serio: la desidia”. Y si es verdad que hay que ser persona además de filósofo, o una persona antes que un filósofo, como señalaba Hume, la tesitura desidiosa de los tiempos que vivimos en general, sea sociológica o personal, no nos ayuda nada de nada...

Un futuro de muñecos vivientes: 40 años de *Blade Runner*

Hay una grieta en todo; así es como entra la luz.

Leonard Cohen

Cuarenta años después de su estreno, *Blade Runner* sigue albergando un encanto inmarcesible. Prueba de ello son los incontables análisis que se han hecho de ella, lo cual viene a mostrar que sus devotos no sólo disfrutamos viéndola, sino también recordándola y sacándola punta. Pero hay todavía algún aspecto que no ha sido comentado, o al menos yo no lo he encontrado especialmente subrayado. Por ejemplo: todos los “replicantes” importantes, excepto dos que duran bien poco, aparecen en algún momento de la película caracterizados como muñecos infantiles, precisamente ese tipo de muñecos *emo* que inspiran a los padres del niño o niña que los adquieren más grima que ilusión. Así, Pris se camufla explícitamente como uno de ellos en casa de J.F. Sebastian, que está repleta de muñecos cómicos sumamente imperfectos, como Pinochos fallidos; Roy Batty, el replicante épico, viste siempre de un modo extraño y anticuado y a veces hasta parece Buzz Lightyear; y, sobre todo, Rachel, la replicante camuflada que se termina enrollando con Rick Deckard, es manifiestamente una muñeca adulta tanto en su primera aparición como cuando irrumpe en el domicilio privado del policía.

Seguramente, Rachel es el personaje más revelador de la historia, pese a que se ha criticado muchas veces que sólo está ahí para servir de comparsa amorosa a Harrison Ford. Porque ella se mantiene altiva mientras se tiene a sí misma por una muy bien situada secretaria del amo de una multinacional, pero luego va rebajando sus pretensiones conforme descubre que no es más que una esclava, y que su verdadera condición la arroja a la proscripción que padece todo replicante en la Tierra. Callada, impertérritamente, se degrada del orgullo a la fragilidad, y eso es justamente lo que prepara a Deckard para comprender el monólogo final de Roy.

Además, esos tres replicantes (cuatro, si incluimos al propio Deckard) lucen en alguna secuencia de la película un brillo colorado-anaranjado en sus pupilas que delata su origen artificial. Se ha escrito mucho sobre el papel desempeñado por los ojos en *Blade Runner*. La cinta comienza con un plano detalle de uno, verde para más señas. Se podría decir que es normal, o argumentalmente correcto, teniendo en cuenta que los replicantes no tienen pasado, y, por tanto, es su vista exterior, más que su memoria interior, la que constituye todo lo que su ser ha absorbido del mundo. Porque los replicantes son los esclavos de este entorno futurista, de eso no cabe duda: ellos hacen el trabajo duro, y la recompensa por ello es la muerte prematura.

Roy, en tanto líder de los replicantes fugados, pone en marcha su pequeña lucha de clases particular, una lucha de clases de verdaderas dimensiones marxistas por cuanto que ellos, los replicantes de las nuevas series de fabricación de la Tyrell Corporation, representan el futuro. Son más fuertes, son más ágiles, son más inteligentes (como demuestra Roy ganando al ajedrez al propio Dios de la ingeniería genética) y, sobre todo, son incomparablemente más frescos e inocentes emocionalmente que los humanos. La estética urbana de *Blade Runner* enseña una ciudad de Los Ángeles decadente y oscura, que simboliza el cansancio y fracaso de la civilización humana;

frente a ella, los replicantes viajan como servidores de las prometedoras colonias exteriores y son como adolescentes emocionales. Adolescentes sin infancia y conscientes no sólo de su corta vida, sino también del único sentido que pueda poseer la misma. Los humanos todavía pueden preguntarse de dónde vienen, adónde van y quiénes son (o, con Kant, qué pueden conocer, qué se debe hacer, qué cabe esperar, etc.), pero los replicantes tienen las respuestas muy claras: Nada, la respuesta global al sentido de la existencia es nada, y por consiguiente la única reacción cabal es vivir con intensidad el tiempo de que se dispone.

Roy es en esto el primero de una nueva raza de superhombres, de muñecos semidivinos cuya justificación vital es ya solamente estética. Él ha visto atacar naves más allá de Orión, rayos C en la oscuridad de las puertas de Tannhäuser, etc., ya se sabe, y son esas y muchas otras experiencias de belleza las que se perderán con su fin, algo para lo que la decrepita e insensibilizada especie humana es ya totalmente ajena. La conclusión filosófica del guion -del guionazo, en realidad, aunque fuese improvisado, fragmentario y abierto, como lo fue el de *Casablanca*- de la película me parece ya inevitable, visto lo visto: en el fondo da igual si Deckard es o no un replicante más, tal vez de una generación más avanzada a la de Roy, como Rachel, lo que realmente importa es que todos somos finalmente muñecos, muñecos artificiales o muñecos biológicos, pero, y esto es lo realmente importante, en *Blade Runner* se nos dice que eso no debe arrojarnos a desesperación existencial alguna.

Deckard estruja el origami del unicornio de la última secuencia no sólo por lo que pueda significar para su propia biografía personal, sino porque aquellas viejas ilusiones mitológicas de la ingenuidad humana eran estúpidas y fútiles. El pasado es un simulacro, el futuro es incierto, pero el presente es real. Sea yo lo que sea, piensan Roy o Deckard, lo real inmediato es deslumbrantemente real, y eso nadie te lo puede robar ni implantar en el cerebro. De nada sirven las misiones a las colonias exteriores de Marte y otros planetas (que en la película no se mencionan) si sus pioneros no asumen antes esto. Envuelta en una poesía visual muy ochentera -los ochenta son la década en que hasta la desilusión nos hacía todavía algo de ilusión....-, también por sus muchos guiños orientales, *Blade Runner* es la historia de la no-identidad, y de cómo esta ruptura tan traumática puede ser, como cantaba Leonard Cohen, la grieta por la cual termina por entrar la luz...

Nosotros, los marginales de las Humanidades, o de la misión de los (Un)happy Few...

We few, we happy few, we band of brothers...

Henry V, William Shakespeare

Recuerdo que cuando leí *La revolución copernicana*, de Thomas Kuhn (que no diré que es un libro excelente, pero sí que es imprescindible), me sorprendió que en el prólogo se pidiese casi por favor mayor atención por parte de las instituciones educativas para el mundo de las ciencias y no tanta insistencia en el viejo latín, la literatura y las demás enseñanzas tradicionales. El libro de Kuhn es de 1957, que no es que sea el siglo XIX de las chisteras, las barbas y los monóculos, y sin embargo es para admirarse, efectivamente, del modo en que han cambiado las tornas en tan solo los últimos 60 años. Ahora, ya lo sabemos, son las Humanidades las que suplican por favor atención, mientras que la enseñanza de las ciencias se impone por sí misma en todas partes en nombre de su utilidad y de su carácter presuntamente objetivo. Gobiernos y empresas tienen buenas palabras para las Humanidades, claro está, pero no interés real alguno ni dinero contante y sonante para ellas, y los que se dedican a esas venerables disciplinas lo hacen como las proverbiales ovejas que van directas al matadero, a sabiendas de que forman una especie de hermandad residual de infelices en el doble sentido del término “infeliz”, o sea: desgraciaditos y encima ilusos...

Pero no tiene por qué ser así, en realidad. La propia existencia de *La revolución copernicana*, si fuese leído en otras universidades además de en la de Filosofía, muestra que otra concepción de la educación en la cultura en general es posible. Hace unos días leí en un artículo *amateur* de una revista digital -y que en lo demás apenas recuerdo- una definición de la cultura que me impresionó, pese a que temo que es demasiado poco heterodoxa para calar profundamente entre los excéntricos de la cosa. Decía algo tan simple como esto: la cultura es el ensayo (o “el intento”, no recuerdo bien) de construir un sentido común. “En la era de la globalización”, añadiría yo a la frase, porque es hoy cuando la enorme diversidad de las opciones de consumo cultural a nivel planetario hace más necesaria que nunca la edificación de una cierta base común, de una especie de presupuesto básico de lo que podemos entender por cultura humana frente a la naturaleza desnuda, si es que tales entidades puramente especulativas tienen alguna realidad. Se trataría, únicamente, de una suerte de regla de juego global, tal vez no más que de una convención compartida, pero en la que, desde luego, no deberían ya entrar en consideración viejas dicotomías como las que, también desde los años cincuenta, distinguen radicalmente, como si de agua y aceite se tratara, entre cultura científica y cultura humanística. No cabe duda -o no me cabe a mí, al menos- de que es parte ineludible de la formación en Humanidades leer libros como el de Kuhn, e incluso otros más difíciles, porque no se puede ir por la vida creyéndose culto sin saber qué fue lo que hizo exactamente con la Naturaleza Galileo Galilei. Pero, igualmente, es parte ineludible de la formación en Ciencias, las ciencias que fueren, leer, por ejemplo, *La ética protestante y espíritu del capitalismo*, de Max Weber, porque, asimismo, no se puede ir por la vida creyéndose sabio sin saber qué fue exactamente lo que hizo con nuestras cabezas Juan Calvino.

A Richard Dawkins, sin ir más lejos, le ocurre algo parecido a esto y así va por el mundo vendiendo best-sellers donde, en mi opinión, se ataca la religión de una manera reduccionista y oportunista que a la postre no logra otro objetivo más que el de ofender a tres cuartas partes del planeta y ayudar a ir de sobrados sin mucho fundamento al cuarto restante. Ya le sucedió, al mismo Dawkins, que publicó en los años setenta *El gen egoísta* sin percatarse de que podía suponer un pretexto teórico perfecto para los tiburones de las finanzas y los partidarios de la desregulación salvaje, y es a esto a lo que quería referirme con la construcción de un “sentido común”, pero exactamente al revés. Una hipótesis más o menos afortunada como la del “gen egoísta” -que lo es más bien menos, en mi opinión⁷⁸, y por eso hasta su propio autor se desentiende desde hace mucho tiempo de ella- sólo sirve para crear división, inocular innecesarias visiones pesimistas del cosmos y justificar a unos cuantos tipos sin escrúpulos de un modo francamente irresponsable. De manera parecida, los últimos usuarios del latín, el clero vergonzante que todavía sufrimos en España, va por el mundo emitiendo sentencias acerca de la Igualdad de Género o de Cosmología y Astrofísica como si entendiesen algo de Sociología y Derecho, por un lado, o de Matemáticas y Física, por el otro, y en esto hay que darle la razón al vocinglero de Dawkins. Porque construir un sentido común verdaderamente público, si tal cosa es factible bajo el dominio de los medios de comunicación de masas y de las redes sociales adecuadamente domesticadas, pasa por saber, por ejemplo, de la necesidad de las matemáticas, o, cuando poco, por saber qué tipos de matemáticas se manejan hoy. Y también pasa, sin que entre lo uno y lo otro se alce ninguna absurda barrera infranqueable, por saber de la necesidad, con otro ejemplo, de la Sociología, o, cuando poco, de saber que no se puede eludir el impacto en el contexto social concreto en que vive una comunidad de una ideología o de una teoría científica determinada. Y eso es lo que significa pensar...

De hecho, también por las mismas fechas de la publicación de *El gen egoísta* salía a la luz un texto que trataba de dar a conocer nuevamente lo que se denomina desde los años treinta “sociología de la ciencia”, titulado *La vida en el laboratorio, la construcción de los hechos científicos*, de los ahora famosos -más el primero que el segundo, recién fallecido- Bruno Latour y Steve Woolgar. La sociología de la ciencia, aun siendo muy variada, lo que trata de mostrar fundamentalmente es que la ciencia la hacen humanos, y en muchas ocasiones, si no en todas, esta obviedad da lugar a resultados científicos que también son humanos, a menudo demasiado humanos, lo cual ya no resulta tan obvio de sostener a día de hoy. Este es sólo un libro más de los muchos de esta corriente, pero en el prólogo del mismo (estamos de prólogos...) el patrocinador del experimento, llamado Jonas Salk, explica que permitió a los dos autores mencionados inmiscuirse en las actividades de su Instituto de Biología como observadores durante dos años por el siguiente motivo: *La cuestión final, puestos a sugerir que este libro es digno de la atención de los científicos, está en el puente que se tiende entre la ciencia y los científicos por un lado y el resto de la sociedad. La palabra “puente” no es muy adecuada y dudo que los autores la aceptaran porque pretenden ir mucho más allá. Una de sus principales afirmaciones es que no puede existir el mundo social por un lado y el científico por otro, porque el ámbito de lo científico es simplemente el resultado final de muchas otras operaciones que están en el ámbito de la realidad. Los “asuntos humanos” no son diferentes de los que los autores denominan “la producción científica”, y lo que pretenden principalmente es revelar cómo los “aspectos humanos” se excluyen de las etapas finales de la “producción de hechos”. Tengo mis dudas acerca de esta forma de pensar y encuentro en mi propio trabajo muchos detalles que no encajan en esta imagen, pero siempre me siento estimulado por los intentos de mostrar que las “dos culturas” son, de hecho, una sola.*

⁷⁸ Porque no es más que Arthur Shopenhauer pero con un enorme aparataje de datos; a Arthur, que escribió un *Sobre la Voluntad en la naturaleza* para tratar de mostrar la validez de su metafísica en las ciencias particulares, le encantaría...

También los promotores de la llamada “Tercera cultura” tienen dudas como las del señor Salk, y de hecho han terminado por inclinarse más por la cultura científica en detrimento de las Humanidades. Pero no se trata de contar culturas -una, dos, tres o veinticinco-, se trata de lo que decía Jonas Salk: de que los “asuntos humanos” no están ni pueden estar nunca excluidos ni siquiera de la tarea misma de la elaboración científica, por no hablar de las consecuencias ulteriores de su aplicación. Y se trata también que hay que tender un puente, o como se le quiera bautizar, puesto que plantear a estas alturas que las Humanidades pudieran consistir en permanecer eternamente arrodillado ante *El Quijote*, *La Crítica de la Razón Pura*, la *Quinta* de Beethoven o el *Guernica* de Picasso es ridículo y paralizante, al igual que lo es pensar que las Ciencias obran al margen de toda consideración histórica y humana, como si trabajasen en el Limbo, o como si ni siquiera trabajasen, limitándose a atrapar leyes naturales verdaderas caídas del gracioso Cielo. Ya no hablamos hoy de Ciencia o ciencias, sino de Tecnociencia, y ya no hablamos hoy de Arte o Filosofía, sino de Pensamiento. Y allí es donde creo que los “infelices” cultivadores de las Humanidades podríamos encontrar nuestro lugar bajo el sol del mundo actual, si es que todavía nos quieren con nuestros arcanos saberes y raras habilidades en algún sitio. Porque el puente no parece que lo vayan a tender fácilmente los científicos, que están muy a gusto en su pedestal y a lo más que condescienden es a practicar ocasionalmente la divulgación. Ni tampoco, parece, los gobiernos o las empresas, que tan solo desean trabajadores cualificados pero no problemáticos, que saquen dócilmente sus ansias de crecimiento sin límite adelante. La hermandad de las Humanidades, esa banda ociosa, en cambio, sí puede estar interesada en salir de su zona de confort puramente académica o estetizante y luchar por el reconocimiento de un sentido común cultural global que incluya una reflexión acerca del papel de las ciencias o la tecnociencia en la vida real, efectiva, de las sociedades contemporáneas.

Somos pocos, como decía Shakespeare, podremos ser pobres y desgraciaditos, hasta ilusos, pero en nuestras manos está tender el puente, o, mejor todavía, *recordar* el puente, puesto que antaño siempre estuvo ahí, como se puede comprobar por la presencia misma del libro de Thomas Kuhn y por lo que en aquel mismo texto se contaba. Ya no es cierto, como afirmaba en los cincuenta C.P. Snow, que el que sabe de la obra de Shakespeare no sepa nada de la tercera Ley de la Termodinámica, y tampoco al contrario. En los periódicos, de hecho, o en las páginas de Internet, se informa con idéntica puntualidad de las novedades en el campo de las Ciencias como de las novedades en el campo de las Humanidades, y nada impide a alguien renunciar a esa obligación absurda de castrarse a sí mismo y ponerse a leer sobre ambas. Los estudiantes no tienen por qué *ser* o elegir entre ciencias o no-ciencias, como si alguien te indujese a elegir entre ser tuerto de un ojo o del otro, bajo la amenaza de que serlo del científico ofrece una menor salida laboral; sin duda el intento de construir un sentido común público y global que comprenda la complejidad del mundo requiere de un uso completo de la visión...

¿"Neofukuyamismo"?

Conforme uno se va haciendo mayor, te va cambiando el gesto, en parte porque te vas poniendo más feo y en parte por la amargura que crece en tu interior ante el hecho fatal de ir quedándote menos tiempo por delante. Entonces se produce un cierto fenómeno de retroalimentación característico: descubres que el mundo también anda con peor cara, lo cual confirma tus sospechas de que ya no te mimas como a uno de sus hijos pródigos, y terminas por adquirir el reflejo de gruñir al mundo tanto como tú piensas que el mundo te está gruñendo a ti, en un círculo vicioso al que muy pocos saben poner fin. Hacerse viejo sin convertirse en un cascarrabias es, así, todo un arte, y aquellos que no lo dominan en vez de criticarse a sí mismos por su escasa habilidad tienden a proyectar hacia el exterior su mal humor y entienden que la culpa es de los tiempos, que últimamente sólo cambian para mal. Que los valores se pierden, que la sociedad se descompone, que todo lo bueno se deteriora irremisiblemente, son impresiones propias del que va teniendo una edad y lo asimila torpemente, como si viera el mundo a través de una lente gastada y diera por interpretar que es lo visto, y no la visión, lo que se está estropeando. Eso no significa, desde luego, que los jóvenes, los todavía "hijos pródigos" de la naturaleza y de la historia, sean automáticamente más lúcidos o clarividentes, al contrario: por lo general, la juventud es la edad de la tontería pura, y por eso es tan encantadora y tan necesitada de comprensión. Porque a ellos les ocurre al revés: su lente es demasiado nueva, y o bien les entra demasiada luz, de modo que sólo perciben contrastes, o bien cierran los ojos, para que la visión no les haga daño. De ahí que cumplir años sea una oportunidad perfecta para sustituir el entusiasmo por la sabiduría, siempre y cuando llegemos a la conclusión de que algo tan banal, pero tan decisivo, como el estado de tu cuerpo, no puede ni debe condicionar hasta tal punto tu juicio. En las sociedades pre-modernas tenían esto muy claro, y por eso repartían las funciones de gobierno de acuerdo con algo tan aparentemente arbitrario como la edad, de manera que al consejo compuesto por los más viejos les correspondía frenar la excesiva impetuosidad juvenil, mientras que a los jóvenes alevines les correspondía respetar pero también esquivar la excesiva prudencia y melindre de los mayores, en una búsqueda del equilibrio perfecto entre la experiencia y la acción que solía servir muy bien a la perpetuación de sus sistemas políticos.

Hoy, tras la inesperada victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales de los EEUU, muchos españoles talluditos hemos sentido algo parecido, esa especie de puyazo en mitad de la moral que viene a indicar que todo se está yendo al traste y que el mundo decididamente nos va echando poco a poco. Colombia, España, Reino Unido y ahora EEUU: un año entero de resultados electorales adversos y calamitosos, como si a 2016 le hubiera mirado un tuerto, pero un tuerto antidemocrático. Sin embargo, pienso ahora que las cosas no son muy distintas ni mucho peores que cuando yo tenía 21 años y era estudiante de Filosofía. Corría el año 1992, Bill Clinton sustituía a George Bush *senior* en el Ala Oeste de la Casa Blanca, y se había publicado un libro muy polémico entre nuestros profesores y que había tenido también bastante eco en los medios, *El fin de la historia y el último hombre*, del profesor estadounidense de origen japonés Francis Fukuyama. En realidad, este libro venía a ampliar una tesis que Fukuyama ya había publicado, en muchas menos páginas, poco antes de la caída del Muro de Berlín, anticipándose a la disolución de la Unión Soviética tal y como la materializó ese auténtico santo de la política mundial que fue Mijaíl Gorbachov. Y el libro posterior se reafirmaba en la misma idea, cimentando con

un mayor aparato filosófico y crítico la tesis fundamental que hizo famoso internacionalmente a Fukuyama, y que decía, en síntesis, que el Fin de la Historia (como veremos, “Historia” merece unas grandes mayúsculas, puesto que casi se trata de un nombre propio) apuntado por Hegel a inicios del s. XIX ya se había producido, y el resultado era el triunfo total del modelo conjugado de libre mercado y democracia liberal que encarnaba ya sin rival el bloque occidental comandado por los Estados Unidos de América. Todos hemos oído esta tesis o, por lo menos, me atrevería a decir que la hemos pensado alguna vez como algo propio. En términos de Hegel, significaría que habría que concebir la Historia de la Humanidad como un proceso único que poco a poco engloba a todos los pueblos y que avanza superándose una y otra vez a sí misma, como si fuera una escalera en la que cada peldaño encamina hacia una realidad superior. Naturalmente, hay momentos muy crudos en los que la Historia parece retroceder, como, paradigmáticamente, sucedió con el ascenso de los fascismos en el s. XX, pero para dar cuenta de esos desafortunados episodios Hegel recurría a un mecanismo (Hegel tiene un truco para todo, fue el más grande de los ilusionistas de la filosofía...) que denominaba *Die List der Vernunft*, o sea, la astucia, o “las astucias” de la Razón. Adolf Hitler fue una astucia de la Razón, es decir, fue el medio por el que se valió la Razón para, causando desgracia y pavor, terminar por instaurar tras su paso y derrota, por ejemplo, tribunales internacionales para crímenes contra la Humanidad como el de la Haya, que antes no existían en absoluto. El ejemplo no puede ser de Hegel, por supuesto, pero indica muy a las claras lo que se quiere decir: la Historia en ocasiones parece dar un giro aterrador, pero es en pro de un bien mayor. Por ese motivo señalaba Hegel finamente que la Historia es como una escalera, sí, pero una escalera... de caracol.

Tendencialmente, pues, la Historia aprende de sus errores, niega sus negaciones y crece, tanto en experiencia de conjunto como en penetración de racionalidad y moralidad. Está poco claro si Hegel entiende que este camino tiene un final positivo, concreto, o más bien pensó, como se ha dicho a menudo, que la Historia es asintótica, es decir, por usar una metáfora matemática, que la Historia gradualmente se acerca más al *happy end* pero jamás lo alcanza. Fukuyama, que es un hombre que representaba intelectualmente al ala conservadora de la política estadounidense, se atrevió a afirmar, sin embargo, rotundamente que sí, que hay un *happy end* y que con la caída de los regímenes de la economía planificada habitamos ya en él. Bueno, no todos habitan todavía en él, si tenemos en cuenta al Tercer Mundo, pero sólo es cuestión de tiempo que terminen por sumarse al modelo norteamericano, si es que quieren acabar con sus desdichas. Así, como Hegel, Fukuyama comprende por “happy end” aquel lugar cimero de la dura escalada de la Historia en que todas las aspiraciones posibles del ser humano han hallado al fin cumplimiento y realización institucional: aspiraciones científicas, jurídicas, políticas, estéticas y hasta puramente corporales, del más elemental *confort*, por decirlo así. Y eso representa EEUU en el friso del cambio de milenio: la “utopía realizada”, como escribía irónicamente Jean Baudrillard en su libro sobre *América*, una utopía que debiera ser universalizada para todo el planeta y para todos los tiempos. Cierto que ha sido necesario para llegar allí toda una épica del pasado, toda una lucha histórica en la que el ser humano ha buscado su identidad a través de todo tipo de figuras del Espíritu, por decirlo una vez más con Hegel. Hemos sido griegos, cristianos, protestantes, burgueses, nacionalistas, imperialistas, etc.; hemos vestido clámides, peplos, calzones, levitas, corbata, chandal... pero, al fin, nos hemos encontrado a nosotros mismos, ya no hay por qué seguir buscando. El ciudadano democrático laico que goza de libertad económica representa “el último hombre”, la culminación de una larga serie de avatares históricos, su precipitado racional y su conclusión ineludible. El mundo, claro, seguirá conociendo conflictos, accidentes, pesares, ajustes, pero el marco conceptual de la autocomprensión de la Humanidad ha quedado ya establecido por y para siempre, fijado en leyes y consolidado en costumbres, *nuestras* costumbres. Desde luego, esos problemas

residuales deberán ser solucionados, pero ahora ya por medio de aplicaciones que podríamos llamar “técnicas”, puesto que pensar, lo que se dice “Pensar” en el sentido profundo de la palabra (ese Pensar que al actuar crea mundos, figuras del Espíritu...), ya se ha pensado todo. Se acabaron las revoluciones, las de verdad, no las de propaganda. El fenómeno coincide plenamente con el noumeno, por decirlo filosóficamente, y, si acaso, lo único que resta es esperar mayores aventuras todavía de la ciencia, que es potencialmente ilimitada —aquí hay todavía noumeno por absorber, pero en términos de perfeccionamiento de lo ya sabido, sin que nos aguarden tampoco en esto grandes sorpresas. Pero esas exploraciones científicas futuras, puesto que se harán sobre esquemas ya existentes y más o menos cerrados, con toda seguridad no van a cambiar lo que pensemos de nosotros mismos en cuantos sujetos y del modo de vida que nos hemos dado, que es definitivo, que es la autoposición de la Idea Absoluta de Hegel...

Pues bien... ¿Es esa caricatura humana de Donald Trump un remate dialéctico más del Fin de la Historia o sólo otra astucia de la muy astuta pero benévola Razón? Desde que Fukuyama escribió su libro hasta hoy han ocurrido muchas cosas en el mundo: la Guerra del Golfo, la división de la antigua Yugoslavia, la Guerra de Irak, intervenciones en Afganistán, el derrumbe de las Torres Gemelas, los atentados de Madrid, Londres o París, la aparición de Internet, la Crisis de 2008, las Primaveras Árabes, Siria... Nada de esto parece haber modificado ni tendría por qué modificar, en realidad, substancialmente el punto de vista popularizado por Francis Fukuyama. Él, como Hegel, se sitúa en el plano de la normatividad histórica, al cual los episodios concretos de la historia experimentable no afectan, a no ser que ocurra algo que haga temblar el paradigma vigente: una nueva aspiración, un nuevo ideal, un nuevo deseo... en resumidas cuentas, un nuevo pensamiento. Que este nuevo pensamiento esté condicionado por la materialidad de las condiciones de producción o sea resultado de un impulso libérrimo del Espíritu del Hombre es lo de menos, objeto de discusión política y teórica eterna entre idealistas y marxistas. Lo que importa, creo, es que Fukuyama, 25 años después, no podría saberlo, y nosotros tampoco. Porque hasta que no se produce una crisis global verdaderamente sistémica, siempre se puede seguir sosteniendo que nada grave ha ocurrido, y que todas las novedades empíricas no son más que eso, problemas “técnicos” en vías de resolución. En cambio, el movimiento posmoderno (compuesto mayoritariamente, por cierto, por miembros de la vieja izquierda) ha interpretado todos esos datos que he recordado, y algunos anteriores a la caída del Muro, de un modo muy diverso. La posmodernidad consiste precisamente en señalar que existe ya un nuevo pensamiento, sólo que ese pensamiento no se mueve en las coordenadas de la filosofía de Hegel-Fukuyama, sino que es un pensamiento acerca de la propia modernidad y de cómo, en su éxito, se ha excedido a sí misma hasta dar lugar a fenómenos inéditos, que requieren respuestas distintas y análisis distintos. De modo que la posmodernidad creería estar en condiciones de criticar a Fukuyama porque lo que dicen los posmodernos no es que hayamos pisado una época nueva, posterior a la modernidad, con lo que se mantendría el patrón dialéctico pero recusando la idea del Fin de la Historia a través del ejemplo potencialmente universalizable del *American way of life*, sino que es la propia modernidad la que se ha rebasado a sí misma, generando elementos internos de diferencia y de discusión en su propio seno que comportan una suerte de *excrecencia* que ya es incapaz de asumir enteramente. En otras palabras: el planteamiento posmoderno no se dirige a instaurar ninguna clase de epocalidad nueva posterior a la modernidad, y que aún no tendría nombre ni caracteres definidos (“Postmodernidad” no es un nombre, es bien a las claras un aspecto de otro nombre anterior...) sino que es “nueva” únicamente en tanto reinterpretación interna que la modernidad puede y debe hacer de sí misma en orden a explicarse sus propios resultados últimos.

Ejemplos de ello los ha dado la elección del propio Trump, aunque en este caso se trata de ejemplos negativos. Se dice, así, que el magnate ha vencido pese a la oposición mayoritaria de

los medios, que apostaban muy a favor de Hillary Clinton y que no hay que olvidar que son los medios de comunicación más poderosos del globo. Mediante el uso de las redes sociales, que actúan como “jardines cerrados” y “tribales” ajenos a la influencia de los medios, y mediante el empleo sistemático de lo que los periodistas llaman ya la “post-verdad” (es decir, la difusión del rumor, del exabrupto o directamente del engaño), Trump ha sido capaz de armar una candidatura potente y finalmente alzarse con una victoria que muy pocos agentes con alguna entidad social realmente deseaban. La modernidad se ha caracterizado por la confianza en que es posible traducir el indómito y caótico mundo a una representación ordenada y manejable del mismo, incluso en el ámbito aparentemente blindado de las ciencias naturales, y hete aquí que la representación se sale de su propio cauce engendrando un circo de las apariencias que nadie puede muy bien controlar. Además, Trump y su equipo han orquestado un mensaje sobre-representado, retórico y/o sofisticado, que se ha valido sobre todo de consignas anti-globalización, precisamente cuando pensábamos, con Fukuyama, que la Primera Potencia Mundial tenía que admitir el deber histórico de exportar las bondades de la democracia y del capitalismo al resto del mundo. Parece, sin embargo, que de verificarse las políticas prometidas por Trump más bien al “último hombre” le va a importar un rábano el destino de los penúltimos e incluso antepenúltimos hombres... Son pruebas de esas *excrecencias* -no lo digo en sentido especialmente peyorativo, tan solo metafórico- que la modernidad tardía genera pero no es capaz de asumir. El mismo Fukuyama ha reconocido alguna vez, en el pasado, que el capitalismo es un sistema económico que parece proclive a producir más escrúpulos éticos entre la población y la intelectualidad que los que generaba el comunismo real, pese a las horribles purgas y los atroces gulags. De hecho, Fukuyama no tiene hoy, en sus más recientes declaraciones, nada demasiado bueno que decir sobre Trump en el plano personal, aunque da la impresión de que tampoco le parece un riesgo demasiado grande para la actualización de su vieja teoría. De hecho, en más de una ocasión Fukuyama ha mostrado durante estos años sus reservas hacia algunas prácticas de lo que se conoce hoy como “neoliberalismo”, pero sin que esa cautela haya menoscabado mucho su confianza general en la hegemonía racional de los EEUU...

Curiosamente, un año después de la publicación de la ampliación de la tesis de Fukuyama, en 1993, se publicó otro libro famoso, *El choque de las civilizaciones*, del también estadounidense Samuel Huntington, cuya tesis andaba igualmente en la estela del final de la Guerra Fría. Es de sobra conocido: según Huntington (que no lo toma de Hegel, sino de alguien menor como Toynbee) existen actualmente nueve grandes civilizaciones entre las cuales se cuenta la occidental. Cada una representa una estructura de sentido cerrada e incompatible con las demás, de modo que sólo caben las fricciones y eventualmente las conflagraciones entre ellas, incluida una más que posible Tercera Guerra Mundial que acabaría arrasando el hemisferio Norte y daría poder al Sur. Como esto da mucho miedo, se ha querido refutar a Huntington de muchas maneras, pero también se puede hacer a la inversa, reforzándole a fin de utilizar ese miedo para justificar una guerra preventiva contra los grupos de la demás civilizaciones, que es lo que parece que se propone Trump en el interior de su país. Yo creo que, en el fondo, la tesis de Fukuyama es complementaria a la de Huntington, formulando la situación en los siguientes términos (una vez que se decide uno a jugar al *Risk* con el universo): estamos inmersos en un peligro global que sitúa unas civilizaciones frente a otras, y nuestro deber es seguir liderando el mundo desde nuestra posición superior. O dicho más técnicamente: Huntington tiene razón en el plano empírico, y Fukuyama en el normativo. A esta idea mixta, propia de un *think tank* conservador y propia también de alguien como Aznar en España, yo la llamaría “Neofukuyamismo”, y sospecho que sería la visión filosófica general de Donald Trump, si Trump se interesara por la filosofía. EEUU puede desentenderse del mundo y a la vez ser el guía, el GPS ideológico del mundo, porque las

demás culturas lo único que hacen es crear problemas. Ya se las verá la nación con mayor arsenal atómico del planeta y el ejército más poderoso de la historia de la humanidad (el complejo militar-industrial sobre el que alertó el presidente Eisenhower) con ellas cuando sea necesario, pero, mientras, hay que purgar, hay que separar, cada uno que se vaya a su casa con la legitimidad que otorga en orden a realizar esta criba el puesto de aquel en el que termina la Historia.

Sin embargo, no es esta la única opción ideológica del presente, pese a lo que dijera hace cuarto de siglo Fukuyama. Se puede pensar, en cambio, y sin entrar demasiado en terrenos pos-modernos (que, ya digo, no es otra cosa que una dimensión crítica de la modernidad misma), que habría que recuperar el Estado de bienestar, que habría que ensayar una democracia radical y no sólo representativa, o que hay motivos fehacientes para entender que el propio sistema de producción, distribución y consumo capitalista es contingente e histórico y no necesario y absoluto como postulaba y postula Fukuyama. Pero para pensar así habría que creer en serio que la Historia Universal no ha acabado, que ni siquiera existe como Unidad de Destino de la Humanidad, y que el presente propone siempre alternativas de futuro... De manera que creo que vivimos una coyuntura que no es ni mucho peor ni muy distinta de la de los tiempos de la Administración Clinton, solo que ahora la designación de Trump ha conseguido que tanto jóvenes como mayores estemos más preocupados a lo largo y ancho del globo, y eso a lo mejor puede venirnos bien para empezar a ver claro...

Por un Sueño no necesariamente Americano

En este mundo sólo hay dos tragedias: una es no lo conseguir lo que deseas y la otra es conseguirlo.

Óscar Wilde

En casi todas las películas que nos pasan los domingos por la noche -y también en muchas otras a lo largo de la fatigosa semana, por no hablar de la mayoría de las producciones infantiles-, el protagonista se define a sí mismo ante todo por su ansia de perseguir un “sueño”. Y como no se ruedan películas-del-domingo-noche que se precien con el objetivo de que el televidente acuda triste y cabizbajo al trabajo el lunes a primera hora, director y guionista a la par se encargan de que tal sueño se cumpla en torno a la una y media de la madrugada, justo cuando ya es tarde para que se realice ninguno de los que pueda haber acariciado el espectador en los pasados días laborables. En ese punto no nos quedan ya más que dos alternativas para afrontar la carga pesada de un lunes, de otro lunes, que es el duro y fatídico día de la semana en el que incluso el pequeño y modesto “sueño” de aprovechar al máximo el fin de semana se ha desvanecido completamente: o bien transferimos nuestros sueños al cine y otras formas de ficción, conformándonos con que se cumplan al menos los del prójimo virtual (generalmente más joven y más apuesto que la familiar y decadente imagen que vemos a diario en el espejo), o concluimos resignadamente que, poquito más o poquito menos, mal que bien, nosotros ya hemos materializado todos los “sueños” que necesitábamos para sentirnos medianamente satisfechos, y sólo nos resta “seguir tirando” con lo conseguido hasta la fecha, como un mulo delante de una carreta repleta de logros que antaño fueron nuevos y flamantes y ahora suenan como chatarra vieja. Total: allí están los informativos para darnos noticia de esas muchas personas, masas ingentes de población de otras zonas del mundo, que no han obtenido ni eso, y para los cuales nuestra propia cotidianeidad es ya un sueño inalcanzable...

Esa afición tan norteamericana a referirse a las fantasías de futuro que uno sueña despierto, y con los que se dice que uno ha nacido (o *para* los que se dice que uno ha nacido, siendo un poco más supersticiosos...), parece que procede de un libro que se publicó allí en 1931, donde un historiador, en plena Gran Depresión, trataba de convencer a sus compatriotas de que su destino, tanto particular como nacional, dependía de su propio esfuerzo e iniciativa particulares y colectivas, dado que el entorno económico-político era evidente en aquellos años que no iba a ayudarles demasiado, más bien al contrario. De modo que EEUU bien podía seguir autointitulándose mágicamente la Tierra de las Oportunidades, pese a que esas Oportunidades jamás son otorgadas por el Estado para beneficio de la sociedad civil; no, esas Oportunidades había que cogerlas, había que sudarlas y había que defenderlas después, palmo a palmo, pulgada a pulgada, haciendo de tripas corazón y arma en mano si fuera necesario, como en los salvajes tiempos de la Conquista del Oeste. Así que está visto que todavía hoy los sueños típicamente americanos son sueños de carácter individual desde el principio, no importa si personalmente individuales o nacionalmente individuales (los países también pueden ser concebidos como individuos, más aún EEUU en aquellos tiempos de doctrina aislacionista), peleados totalmente a solas y como a la intemperie, y, naturalmente, cada uno debe tener el suyo propio como cada cual tiene su

opinión o su trasero, dispositivos particulares e intransferibles todos ellos que se emplean para subvenir las propias necesidades pero que no se comparten con nadie.

Pero, ¿y si todo ese discurso telefílmico y cultural americano no fuese más que una excusa dramática, concretamente la justificación propagandística de un sistema en el cual, si has llegado a rico, entonces es que luchaste denodadamente en realizar tu “sueño”, y si, en cambio, permaneces pobre, entonces es que no supiste partírte el lomo tanto como tu ideal lo requería? Como esta disyuntiva no se puede en ningún caso comprobar por vía empírica, porque funciona *a posteriori* de los hechos reales, actúa como una trampa argumental de la que resulta difícil salir. O exitoso, o fracasado, o ganador o perdedor, “ser o no ser” esta es la vieja cuestión en el estilo económico capitalista. Y es una cuestión moral, casi religiosa, como señalaba Walter Benjamin, puesto que separa a los hombres entre elegidos y condenados, y el entorno social (o sea, el resto de la parroquia...) suele tratarlos como tales. Por otra parte... ¿Se puede aspirar al “sueño” de ser albañil de la construcción como se aspira al de ser un segundo Steve Jobs, o hay sueños por completo insoñables, absurdos, ridículos...? Sin embargo, hubo un tiempo en que ser albañil suponía un cierto timbre de gloria, y el gremio de los francmasones firmaba con orgullo sus obras. Pero, claro, hacían cosas como catedrales, no bloques uniformes de pisos... El propio Steve Jobs, sobre el que proliferan las biografías y películas *made in USA*, recibe la consideración y hasta el culto de un santo, puesto que rozó el cielo protestante del vendedor-providencia, aquel que alcanza fama y fortuna diseñando unos chismes que no sabíamos que necesitábamos. El resultado moral de todo ello se percibe no sólo en el cine, sino también en las teleseries vespertinas de consumo fácil para toda la familia. Allí triunfan los personajes que son manifiestos egoístas, cínicos diplomados la mar de simpáticos, que aunque al final acostumbran a aprender “el verdadero significado” de esto o lo otro, en el episodio siguiente vuelven a ser los mismos de siempre y el público los adora por ello. La pregunta, para mí, que soy profesor, es: ¿y qué puede hacer la educación reglada, e incluso no reglada, contra esto?

Y, con todo, esto no es lo peor. Lo peor es que los pocos que consiguen realizar su sueño -que es la manera políticamente correcta de decir “su ambición”- tampoco hallan en ello reposo alguno. “No tenemos sueños baratos”, susurra el repugnante spot radiofónico de una lotería. Y como no son baratos, porque, según el anuncio, el deseo humano no se conforma con viajar en avión a haraganear a Honolulu, sino que además quiere hacerlo haraganearlo previamente en un exclusivo avión privado, una ambición lleva a la otra y el rico termina por volverse adicto a la riqueza, el famoso adicto a la fama, y el triunfador, en general, nunca encuentra que ha cosechado los triunfos bastantes. El deseo, pues, como en la filosofía de Schopenhauer, parece que tiene como un agujero traicionero en su base, y toda posible satisfacción se le cuele y lo deja una y otra vez vacío como un depósito de combustible perforado. Conque ni en la mejor de las situaciones el sueño a la americana cumple su dorada promesa, al tiempo que produce una cantidad innumerable de víctimas reales y también morales, puesto que la inmensa mayoría terminan en el vertedero social de los “perdedores”. Como en la versión popular de la famosa frase de Óscar Wilde, más vale que tengas cuidado con lo que deseas no vaya a ser que termine ocurriendo. O, como decía la frase de Santa Teresa popularizada por Truman Capote, hay más lágrimas derramadas por las plegarias atendidas que por las no atendidas. Así, con el Sueño Americano en la mano, tal como apuntaba el agudo y avisado Samuel Weller a ese gran hombre de Pickwick, “todo son buenos sentimientos, señor; las mejores intenciones, como dijo aquel que se escapó de su mujer porque ella parecía desgraciada con él.” De hecho, tras la Gran Depresión, y pese a la ideología del Sueño Americano, fue el intervencionismo de Papá Estado promovido por Franklin Delano Roosevelt -que fue, sin duda, un gran estadista como ya no se ven hoy en el mundo-, y a continuación una guerra colosal en la que se empeñó en entrar los que sacaron las castañas del

fuego al Tío Sam durante muchas décadas. El “sueño” finalmente rescatado desde arriba se dejó soñar, efectivamente, pero que mucho mejor...

Naturalmente, todos queremos trabajar en algo que nos guste, aunque sólo sea por lo que dice el refrán chino, eso de que el que trabaja en lo que le gusta no trabajará jamás. Luego, resulta que incluso en estas circunstancias tan felices el asunto de la ocupación que uno ha escogido no es ni mucho menos tan idílico como nos lo pintan, como saben tantos jóvenes emprendedores de todos los países del mundo –como saben incluso aquellos a los que por el momento les va relativamente bien. A menudo, vemos muchos peones de albañil que parecen menos agobiados y estresados que nosotros, y yo creo firmemente que en muchas ocasiones es cierto que están, como poco, más tranquilos. Las ambiciones son un motor formidable para la acción, y la humanidad no habría podido pasarse sin ellas, pero deben tener un límite a partir del cual el ambicioso mire hacia atrás y entienda su tarea como culminada y su saca bien llena. No para cruzarse de brazos y vegetar, puesto que, como escribía el científico, jurista y filósofo multidisciplinar Leibniz en 1715 –un año, por cierto, antes de morir– “la tranquilidad es un paso hacia la estupidez. Uno tiene que encontrar siempre algo que pueda hacer, pensar, proyectar, algo en lo que interesarse, ya sea para el público o para uno mismo”. Pero sí para aprender a sacar partido a los resultados concretos, espirituales y materiales, de nuestra vida, con los que todavía se puede siempre jugar. Decía Friedrich Schiller, al final del mismo siglo en el que murió Leibniz (luego vendría la Revolución Industrial a terminar con estas suavidades ilustradas y priorizar el trabajo por encima de cualesquiera otra cosa): “Quede bien entendido que el hombre sólo juega en cuanto es plenamente tal, y sólo es hombre completo cuando juega. El juego no es un escape de la vida; constituye parte integrante de ésta y permite a todos entendernos mejor y comprender nuestras vidas”.

La lógica del juego como meta de la existencia me parece mucho mejor sueño que el Sueño Americano, o por lo menos mucho menos capaz de engendrar horribles pesadillas a la larga. La propia cultura debería ser un juego, y la economía, que hoy en día constituye casi toda nuestra cultura en Occidente, el juego supremo, tal vez el más decisivo por ser el más básico. No, por supuesto, el juego especulativo de la Bolsa, que es, de nuevo, un juego de carácter religioso debido al cual se erigen templos en los que se extravían muchas almas y se pierden muchos empleos y vidas por una decisión caprichosa pero inapelable del Dios-Mammón. Pero sí un juego económico distinto al actual y más responsable al que no le falte un cierto factor de competencia, puesto que la competición es parte fundamental de todo juego. No obstante, la competición no debe y no suele ser un fin en sí del juego, pese a lo que nos hacen creer en el fútbol, sino tan solo su pretexto inicial. La finalidad ideal del juego la definió mejor que nadie Johann Huizinga en 1938, por continuar con las citas ilustres: “El juego es una acción o una actividad voluntaria, realizada en ciertos límites fijos de tiempo y lugar, según una regla libremente consentida pero absolutamente imperiosa, provista de un fin en sí, acompañada de una sensación de tensión y de júbilo, y de la conciencia de ser otro modo que en la vida real”. ¿Y no sería bastante, no colmaría nuestras expectativas, el vivir de “otro modo que en la vida real”, con esa “sensación de tensión y júbilo” que según Huizinga acompaña, como una recompensa emocional, el juego bien jugado, tenga o no grandes beneficios materiales ulteriores? El matemático podría seguir interesado en las Olimpiadas Matemáticas o en los problemas insolubles que sean al margen de los prestigios académicos o aplicaciones tecnológicas que pudieran seguirse, el arquitecto podría seguir preocupado por la belleza e inserción urbanística de sus construcciones, las pague quién las pague y cómo y cuándo las pague, el biólogo, por su parte, seguir intrigado por las consecuencias filosóficas de sus investigaciones, etc, etc.. Hasta el peón de albañil, si no ha tenido la oportunidad (y, desgraciadamente, las Oportunidades siempre tienen dueño en el mundo del Capital, que las reparte estratégicamente a fin de perpetuarse) de una formación mayor, puede

sentirse perteneciente a una cuadrilla mejor que otras, más eficaz, con más compañerismo, más divertida después del trabajo o sencillamente más demandada y valorada para obras de altura como catedrales en vez de para simples bloques de pisos todos idénticos, como los mencionados francmasones de la Edad Media.

En realidad, pienso que los seres humanos valemos más por lo que somos que por lo que soñamos, siempre y cuando eso que somos no sea fruto únicamente de la necesidad más arrastrada. Hay mucho decristianismo residual en esa idea de que la ensoñación es lo mejor que tenemos escondido en nuestro corazoncito los hombres, cuando precisamente la ensoñación es una de las cosas más fáciles de manipular del mundo. El deseo humano no es necesariamente schopenhaueriano, no tiene por qué consistir en un absurdo pozo sin fondo, sino que bien puede funcionar como vasijas que vamos llenando y alineando las unas junto a las otras, como quién reúne y selecciona los volúmenes de una biblioteca: nada se desecha, nada se pierde y todo continúa ahí esperándonos como un recuerdo de experiencias que pueden siempre volverse a saborear. El Sueño Americano, en cambio, genera y se reafirma en la desigualdad, ese tipo de desigualdad demente y desmesurada en la cual, como dice Benjamín Prado, “no es que unos tengan más que otros, sino que con lo que le sobra a algunos nos podría sobrar a todos”. Al que le sobra, sea por nacimiento o por su esfuerzo personal, que se ponga a jugar serenamente con ello, en vez de afanarse en acumular más arrebatándole sus bienes a otros, esos que llama fracasados o “perdedores de la Historia”, cuya única falta fue tal vez la de que sus “sueños” particulares adolecieron de tal incontrolada rapacidad. Seguramente, las culturas primitivas, como los indios nativos norteamericanos, con todas sus muchas barbaridades e ignorancias, resultaron tan fáciles de arrasar por Occidente porque sabían vivir con aquello de lo que podían disponer mediante el juego jubiloso de sus rituales y costumbres paganas o guerreras. Nosotros, ahora, somos incomparablemente más ricos que ellos en música, literatura, oficios, tecnología, opciones de ocio, técnicas agrícolas, variedad de vestimenta y un larguísimo etc., pero no sabemos hacer lo más elemental, que es sentirnos contentos y gozosos de todo ello. Entre Juan Calvino e Italo Calvino, o sea, entre el espíritu del trabajo duro que aspira el Cielo y el espíritu lúdico que conserva la Tierra, va siendo hora de ir cambiando nuestra mentalidad hacia este último...

Está comprobado que trabajamos más que nunca en este siglo XIX, pese a las promesas del maquinismo decimonónico, pese a la transferencia del peso de nuestras actividades a áreas post-industriales o de servicios, y pese a que poseemos ya los conocimientos suficientes para que la subsistencia económica más elemental no fuese un problema en parte alguna del planeta ... Por concluir con las citas, recuerdo la frase final de aquella película-documental de Michel Moore, *The Big One*, en la que se analiza el comportamiento de la corporaciones capitalistas modernas, y donde al final el cineasta y activista deja caer lo siguiente: “ya hemos acabado con un Imperio del Mal; ahora es el momento de acabar con el otro...”

Siglo XXI Cambalache

Sólo espero ser digno de mis sufrimientos...

Fiódor Dostoyévski

Hace unos días vi en Youtube una charla de 45 minutos de Markus Gabriel, el nuevo talento más vendido y cacareado de la filosofía alemana, y sentí ascender por mi rostro un poderoso rubor de vergüenza ajena. Era como ver a un actor haciendo la parodia de un filósofo actual, como si ese chico rubio y con perilla fuese el nuevo fichaje de los Monty Phyton, ahora que les menguan desgraciadamente las filas, y estuviese burlándose del gremio con gesto grave. Pero no, era real, era dolorosamente real, ese chaval no sabía nada, no decía nada, divagaba delante de unos folios, no servía para nada más que para blanquear el sepulcro de la Filosofía, y sin embargo, insisto, era real, me parece, y hasta decía haber fundado una nueva corriente filosófica, el “neoexistencialismo”, fíjate, a partir de su ignorancia absoluta de los textos fundamentales de la tradición. Terminaba, el pobre -no me refiero a su dinero- citando a Sófocles, imagino que leído desde Heidegger, pero no solamente lo citaba mal y sacado de totalmente de contexto, es que además con ello contradecía toda esa especie de pan sin sal, de masa amorfa y deshilvanada, que había desmigado antes morosamente frente al público. Vale, vale, me hago cargo: no es que la filosofía esté muerta o no, es que ya nadie se acuerda de ella, no sabemos de qué va, y en su hueco amnésico han colocado caras mediáticas, vagos perfumes de progresismo sin bagaje cultural alguno...

*Que el mundo fue y será una porquería ya lo sé,
en el quinientos seis y en el dos mil también,
que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaus,
contentos y amargaus, varones y doblez.*

También vi de refilón, rato más tarde, un anuncio de algo que tenía que ver con Romeo y Julieta, pero en el que ella ya no estaba dispuesta ni mucho menos a morir por su Romeo mientras conducía un coche de alta gama en dirección no pillé adónde. Claro, es que el *Romeo y Julieta* del bardo inmortal era un tragedión en el que en dos días morían seis personajes -eso Steven Seagal lo supera en cuarto de hora de metraje- todos hablaban como catedráticos y peleaban como en *West Side Story*, lo cual es incongruente y encima viejo. Existe otra serie de anuncios semejantes de productos varios, completamente olvidables, que se inspiran en la cultura previa a la televisión, todos ellos dejando claro que aquello rezumaba un drama y una profundidad superfluas, y que lo tenemos saludablemente superado. Vale, vale, me hago cargo: entonces debe ser que lo que antes conocíamos como alta cultura, Shakespeare por ejemplo, es ahora materia de saqueo publicitario con objeto de conseguir beneficios dando a entender que ya somos mucho más listos y vivimos mejor que aquellos maestros antiguos, que diría Bernhard. Como se ve que no tenía yo un buen día, y me tocaba el modo gruñón ocasional tendente a perpetuo propio de mi proveccta edad, aquella misma tarde me enfadé mucho porque mis hijos no paraban de pedirme el móvil estando como estábamos en una plaza al aire libre en la que unos amigos suyos jugaban al fútbol. ¿Y es que no es para enfadarse muy seriamente el hecho de que el buhonero de Steve

Jobs y su maldita progenie digital hayan conseguido que si un niño en un parque tiene uno de sus estúpidos aparatos en la mano todos los demás niños corran hacia él y se arremolinen en torno a él como si se hubiera acabado el mundo, como si los pájaros hubieran dejado de cantar y el sol de iluminar, que ya todo es “coge esa ballesta, tío, que te vas a ganar dos coronas macho yo me voy por el nivel siete, etc., etc.”? Yo, entonces, me pongo metafísico y políticamente incorrecto, les arrebató el espejo/espejito la bruja de Blancanieves y digo el impopular adjetivo: “anda, anda, fuera todos, a jugar como los niños normales...” –uy, ha dicho “normales”...

*Pero que el siglo veinte fue un despliegue de maldad,
insolente ya no hay quien lo niegue,
vivimos revolcaos en un merengue,
y en un mismo lodo todos manosiaus.*

Y es para enfadarse, también, porque el que en realidad quiere el chisme en exclusiva soy yo. Qué iba a hacer yo si no mientras juegan mis niños, más que intercambiar microfrases y emotileches en el Whatsapp. El guasap, en castizo, es ya lo último que mira un ser humano en el mundo/mundial antes de acostarse, y lo primero que consulta al levantarse, no vaya a ser que en el ínterin te hayan olvidado los amigos o se haya acabado el mundo (y si no tienes móvil en la actualidad es que eres más pobre que las mismísimas ratas). Los “amigos” es un decir, yo tengo amigos a los que no veo hace más de diez años pero con los que bromeo frecuentemente por email, por el Facebook y por el guasap. Estoy por llamar a Paco Lobatón, pero creo que se ha retirado de la misión reunidora de “Extraños en un tren” y ahora al que hay que buscarle es a él. El día que nos veamos mis amigos virtuales y yo va a ser como el cuento bíblico del hijo prodigo, pero con abuelo pródigo. Ya no hay amigos, hay “contactos”, como en la agenda de uno del Opus Dei o del Colegio del Pilar de Madrid. Menos mal que no estoy en ningún grupo de padres del cole, de compañeros de profesión, de padres de mis alumnos, de familia propia o familia política o de militantes contra el picor vaginal, porque si no me sentiría más solicitado que una rubia en Turquía, siendo como soy más bien un infiel solitario en Españistán. Porque además no importa nada lo que te envíen por el guasap, o el Instagram o tal (aunque debo reconocer que me encantan los memes): mi hijo de once años dispara a sus amigos una ristra de caracteres sin separaciones ni sentido, como la Piedra Rosetta antes de ser descifrada por Champollion, y ellos le responden lo propio, por aquello de que el medio es el mensaje y en este caso el mensaje es jeroglífico porque el medio es primitivo. “¡No, no, cómo va a ser primitivo el guasap, si lanzas a tiempo real cualquier contenido a mucha gente y encima gratis!” –diréis. Prueba de que es primitivo es que no conoce los modales, y yo creo que los modales se inventaron antes que la rueda o el fuego, para que los hombres no se mataran a la primera impresión. Pocas veces nadie saluda o se despide en el guasap, la conversaciones allí, si hay suerte de que sean tales, empiezan abruptamente y terminan colgadas en el vacío, ya que uno de los dos, o de los siete, ha hecho mutis total sin decir esta boca es mía para escrutar otro guasap de otra persona o grupo. Ya se retomará, o no, cuando a uno le convenga, esa misma noche antes de apagar la luz (de la linterna del iPhone) y conciliar sueños de robots con ovejas eléctricas, sin ir más lejos. Lo mismo ocurre con los chats de todo tipo y de la red o plataforma que sean: se hace un comentario como quien pega un tiro al aire, y si no te convence la reacción de los demás te largas *ipso facto* y *alea jacta est*. Curiosamente, nadie se hace responsable de nada de lo que dice en los mismos entornos digitales en los que a la vez todo quisque se envalentona y opina de cualquier asunto bajo el amparo del anonimato, que de repente este rebaño nuestro ha perdido a su pastor y quien más quien menos todos intentamos balar más alto que el borrego de al lado. Los pastores, los y las *influencers* o los o las youtubers

(leí en una camisa el otro día: *The teachers are the real influencers*; no entendí bien si era broma pesada o lamentación irónica...), son personas tan naturalmente indocumentadas, torpes y novatas como nosotros, pero con más tiempo para dedicar a seducir a las masas virtuales en agraz.

*Si hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor,
ignorante, sabio, chorro, pretencioso, estafador,
todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor,
no hay aplausos ni escalafón, los inmorales nos han igualau.
Si uno vive en la impostura y otro roba en su ambición,
da lo mismo que seas cura, colchonero, rey de bastos, caradura o polizón.*

Se hacen enemistades irreconciliables a través de las autodenominadas “nuevas tecnologías”, pero que afortunadamente tan solo duran dos días. Si ves que vas perdiendo notoriamente en la exhibición de acreditada virtud (la mayoría usamos el feisbuk, por ejemplo, dicho también en castizo, para tratar de ser más humanitarios y sensibles que los demás, en tanto que los cínicos son los menos, y suelen pertenecer al así llamado populismo de derechas global), te cambias de amigos postizos, de hashtag, que suena como a droga blanda de cada día dánsola hoy, o de afinidades electivas, como lo denominaba floridamente Goethe, y santas pascuas. Total, como no hay protocolo de bienvenida, tampoco lo hay de despedida. Las redes sociales son como un catálogo, un almanaque escalofriante de la humanidad, hay nombres y caras y aficiones y “miembro de” para todos los gustos, y muchos de ellos más allá de toda imaginación inferior a la de Alejandro Jorodowsky. Pero como las redes jamás duermen, como se desarrollan en un flujo realmente ininterrumpido que no conoce el descanso ni el final (sólo hay tres grandes instancias suprahumanas consecutivas que hayan cumplido esa extraña y suprema condición del insomne autodespliegue: la Naturaleza, Dios y el Dinero...), entonces producen la ilusión de que la especie humana consiste en una galería innumera de tipos y singularidades indefinidamente extravagante, cuando la verdad es que somos todos más o menos igual y hacemos más o menos lo mismo: mirar el dichoso tinder⁷⁹, o el feisbuk, o el tuitter, o lo que sea. La vieja televisión intenta también, para no morir definitivamente, manifestarse como una corriente constante de muestreo de individuos heterogéneos, pero lo único que consigue es lo opuesto: uniformizar, homogeneizar al personal a lo ancho y largo del planeta. Los informativos, que terminan por ser los hitos que jalonan la monotonía televisiva, se han convertido en una máquina de generar miedo y morbo mediante el adverbio-fetiché “sexualmente”. Yo, al menos, en cuanto pongo un informativo sólo oigo “sexualmente”, bien subrayado y con enfática dicción, que los presentadores deben hasta ensayarlo en el espejo de su camerino. Vale, vale, lo acepto: la humana comunicación en el s. XXI se produce mediante latigazos de personalidad impostada -eso que llaman *clickbait*-, y suelen ir acompañados de dibujitos esquemáticos y a ser posible del adverbio “sexualmente”. Sin esos

⁷⁹ El Tinder y ese tipo de redes de contactos íntimos son para echarlas de comer aparte. Las relaciones románticas o sexoafectivas, como las llaman, ya no son “líquidas”, como analizaba Zygmunt Bauman, sino más bien diarréicas. El otro individuo, perteneciente ahora a un muestreo de ganado tan amplio como monótono (a todos les gusta el deporte, todos quieren “sumar, y no restar” y todos buscan gustirrinín sin compromiso), lo pretenda o no tarde o temprano te muestra sus heces, como en la consulta del médico, o él mismo demuestra comportarse como un mojón dejando plantado a su último *match* en cuanto cree toparse con otro mejor. No es ya, siquiera, usar y tirar, sino “tirarse y tirar”, si se me sigue el juego de palabras. Pero lo peor es que muy mal se te tiene que dar para que tu roto no encuentre un descosido, es decir, que lo más terrible es que la cosa funciona, y que esa pesca siempre rinde fruto, aunque lo que te lleves a casa sea una bota. Yo personalmente a las amigas que están metidas en esa ruleta de la fortuna lo que les recomiendo es que busquen mujeres, que se pasen a la otra acera, convencido de que así les irá mejor que junto con esos machos que se mueren por hacerse un microharém...

ingredientes no hay *share* que valga y el canal emisor de shocks audiovisuales es inmediatamente sustituido por otro totalmente idéntico a él.

*Que falta de respeto que atropello a la razón,
cualquiera es un señor, cualquiera es un botón,
mezclaus Toscanini, va Scarface y Napoleón,
Don Bosco y la Mignon, Carnera y San Martin.*

Pero no pasa nada, tranquilos, porque todo, hoy, es una mera “herramienta”. Los pedagogos, los fabricantes de coches, Silicón Valley, los traficantes de armas, el tabaco, el CRISPR, el futuro ingeniero de los “sensores biométricos”, el dopador de cerebros del que supimos hace un tiempo⁸⁰, las pastillas de la (in)felicidad, los sociogramas, la llamada “gamificación”, la robotización del trabajo⁸¹, las casas de apuestas, la informática en la aulas, los drones surcando el aire, etc., todo eso nos son más que herramientas, algo neutro, que te ayudará sólo si tú quieres, el ser humano tiene el control, siéntete como en la armadura de Iron man. Qué afortunados somos: de modo enteramente desprendido el s. XXI nos va a suministrar un montón de interfaces que monitorizarán el mundo, la vida, pero sólo si damos nuestro consentimiento, a fin de hacer nuestro día a día más fácil, agradable y automatizado. Supongo que nadie se va a poder resistir, y al igual que si te regalan un arco de fibra de vidrio chulísimo que jamás has necesitado para nada terminarás por probarlo en el árbol más cercano, también si tienes un dron probarás a espiar al vecino, y si te ha dejado la novia hackearás su móvil, y si tienes un sensor biométrico condicionarás tus actividades a la vigilancia de tus constantes vitales, *and so on*, pero siendo totalmente libre, ojo, erigiéndote en el cerebro de ese exoesqueleto de herramientas de fantasía y precisión, como Koji Kabuto en la cabina del Mazinger Z. Las herramientas “están ahí”, qué bien que estén ahí, *Da-sein*, antes no lo estaban, ahora están te guste o no y si no quieres pues no las uses⁸². En el Lejano Oeste había revólveres, estaban ahí, podías si querías no usarlos, como James Stewart en *El hombre que mató a Liberty Balance*, pero como a los demás sí les gustaba usarlos -la sugestión de poder que produce poseer un arma compensa de sobra el peligro de ser acribillado- lo mismo falleces prematuramente por sobredosis de ludismo. Al fin y al cabo, nos diría un embaucador actual, un revolver también puede servir para calzar una mesa coja, de pisapapeles, o para marcarse un corrido mejicano, de manera que si lo utilizas para disparar es cosa tuya, que eres un violento y haces un mal uso de un objeto doméstico destinado a defender el hogar y hacer sentirse alguien a su propietario. Y lo mismo ocurre con el Smartphone... ¿a quién se le ocurre enviar un video masturbándose?, o con tu auto personal e intransferible⁸³... ¿a quién se le ocurre ponerlo a 220 en plena ciudad?, o con la afición al fútbol... ¿a quién se le ocurre que el “¡vamos a machacarlos!” era

⁸⁰ En efecto, la lobotomía voluntaria está servida, y no faltará gente tecnófila e ilusa que se preste hasta que le salga humo por las orejas y ya sólo sepa decir ga-ga: https://elpais.com/elpais/2020/01/30/ciencia/1580381695_084761.html

⁸¹ Yuval Harari, ese gurú de la pradera, llama a aquellos que van a ser reemplazados por robots “clase inútil”. Es más fácil para Harari imaginarse una legión de vagabundos desempleados que exigir a las empresas y gobiernos que no sean tan egoístas y que se metan sus robots y sus IAs por donde les quepa. Yo no pienso subirme jamás a un autobús conducido por una IA.

⁸² Un simpático lector de derechas español podría indignarse y decir: “pues lo mismo ocurre con el matrimonio gay, la eutanasia, el aborto o el divorcio, que si están ahí la gente los usará mucho más”. Pues en efecto, señor mío, de eso se trata..

⁸³ Críticas completamente ignoradas a la presencia ubicua, pestífera y antiurbanística de los coches ha habido desde Iván Ilich hasta Agustín García Calvo, pero sólo ahora, a causa de la polución, se le está poniendo a esa plaga automovilística algún remedio. Pero ese remedio redundará sólo en beneficio de la salud pública, y en nada afecta a contribuir en la ralentización del Cambio Climático, puesto que la generación de electricidad para los vehículos o para lo que sea es tan contaminante como los tubos de escape.

literal?, o con el Prozak, ansiolítico o anfetamina de turno... ¿a quién se le podría ocurrir poner esas cosas al alcance de los adolescentes...?

*Igual que en la vidriera irrespetuosa de los cambalaches,
se ha mezclau la vida, y herida por un sable sin remache,
ves llorar la Biblia junto al calefón*

Lamarck no tenía razón, al menos en asuntos humanos. Es el órgano el que hace la función, no la función la que hace el órgano. Si tienes la posibilidad de ir a llorarle al psicólogo, pues sin duda lo harás al menor disgusto que tengas. La mayoría de los adolescentes que yo conozco han sufrido bullying, tienen TDH, pasan consulta con el psicólogo, la vida les parece una porquería y están recetados de pastillas para sobrellevar la vida del joven blanco en país rico. Me cuentan que algo parecido sucede con los divorciados: todos ingieren su dosis de antidepressivo al día. Va bien, nunca está de más. Decía Séneca hace muchos siglos que “hay más cosas que pueden asustarnos que aplastarnos; sufrimos más a menudo en la imaginación que en la realidad” y, efectivamente, esa es la tesitura del trocito avanzado del globo en el s. XXI. Allí donde hay hambre, cuando se come hay alegría, baile y dadas a los dioses; allí donde se come tres veces al día, hay problemas de autoestima y depresión. El corolario inevitable es que es mejor nacer en un país en vías de explotación, puesto que ser blanco, con estudios, medio empleo, coche y casa es una situación de riesgo existencial grave. Cualquiera día te pilla por la calle el “sistema” y te hace papilla. O te topas con un omnívoro y te hace puré. O te para un esencialista en un semáforo y te transforma en intolerante. En serio, las personas no diré “normales” lo pasamos mal, porque siempre estamos a punto de caer en mil trampas discursivas que las inercias sociales han tendido bajo nuestros pies. Y es cierto que es así, lo malo es que no te lo van a perdonar. Yo mismo no lo perdono, no se crea. Y usamos plásticos, pero con culpabilidad, y polucionamos con nuestras calderas, pero con mala conciencia, y nos seguimos casando, pero a sabiendas del citado amor líquido y del poliamor, y compramos una vivienda con ascensor, pese a que nada es de nadie, pues toda propiedad es un robo... Como no se nos ocurre la idea de que los que tienen que modificar sus malos hábitos son los que hacen las leyes o hacen el dinero, la comedura de tarro nos hace vivir de puntillas, saltar denuestos en las redes sociales y sufrir un estrés considerable. El estrés, a su vez, en tanto que “está ahí” como el tabaco o los drones, se propaga indefinidamente y produce más estrés, de modo que, al final, se disipa todo lo fácil, agradable y automático para lo que habíamos sacrificado cierta libertad y toda nuestra intimidad en pro de la tecnificación y somos mucho más desgraciados que un kenia que ese día se tiene que conformar con mascar tallos al llegar la noche.

*Siglo veinte cambalache problemático y febril,
el que no llora no mama y el que no afana es un gil,
dale no más, dale que va,
que haya en el horno nos vamos a encontrar.*

Pero vale, vale, nos lo tragamos, a regañadientes pero nos lo tragamos: la misión del glorioso hombre blanco sobre la tierra en este momento de la historia es servir de conejillo de indias de las tecnologías de la felicidad obligatoria o bien escapar a los márgenes del mundo a hacer “visible” lo que sea, cualquier penuria. Antes, en los poblados aborígenes el núcleo familiar tradicional constaba de padre, madre, hijo, hija y antropólogo francés, ahora hay todo eso y además un tío con una cámara que viene a dar a conocer tu penosa situación al mundo o a grabar la música

que haces o la comida que elaboras para replicarla en su estudio hiperequipado o en su cocina de cinco estrellas Michelin. Los medios tienen hambre, los medios quieren siempre más, todo debe ser visibilizado, porque el público manda, la audiencia está intranquila, y si les das exotismo o moralidad quizá duerman esa noche, quizá hallen cierta paz... A mí, de verdad, me asombra esa característica de nuestro tiempo: que cuando alguien se indigna por una injusticia, en vez de hacer como los señores de los barcos de rescate, arrimar el hombro, jugársela y ayudar, lo que se le ocurra en cambio sea escribir un libro, rodar un documental o montar un festival para recaudar dinero, firmas o algo, siempre con su nombre y apellidos en primer plano. Visibilizar, la tarea inacabable de la visibilización de los excluidos o postergados de la tierra es sin duda una tarea encomiable a la que se consagran los misioneros laicos del s. XXI, pero también es objeto de artefrívolo, de sobreactuada indignación, de cirugía plástica de la propia alma y de tuneo de arcoíris la conciencia pública de Occidente. Pero, ya digo, lo aceptamos, ya vendrán tiempos mejores, aún estamos aprendiendo, sólo fue antes de ayer, como quién dice, que inventamos la máquina de vapor, y en estos momentos nuestra preocupación principal es no terminar asados por la Máquina de Vapor Total en que hemos convertido al mundo, la bola del mundo, y de lo cual por supuesto nadie tiene la culpa: lo del petróleo, por ejemplo, parecía tan buena idea al principio, le hemos sacado tanto jugo a la muerte...

*No pienses más sentate a un lado,
que a nadie importa si naciste honrau,
da lo mismo en que labura, noche y día como un buy,
el que vive de las minas, el que mata el que cura
o está fuera de la ley.*

En fin, que todo, *toito* te lo consiento, s. XXI, cambalache, hasta la pandemia nuestra de cada día, quítanosla hoy, menos lo de la música, eso sí que no tiene perdón de Dios ni de Bob Marley, que es su fumeta digo profeta. Feo estuvo ya lo de viajar a África o a Cuba o la India de los Maharishi a robarles su música, como los blancos hicieron en EEUU con los negros del Delta del Misisipi, pero, bueno, bien robada estuvo. Lo que es más feo que pegar a un padre con un calcetín *sudao* son esas tonadillas enteramente estudiadas y customizadas para comernos los sesos que pasan por ser música hoy. Conste que a mí me gustaron mucho *La gozadera*, el *Despacito* y alguna más, pero hasta ahí. Tipos que no saben tocar ni medio instrumento, que van vestidos de la opulencia que ya quisieran tener pero con el mal gusto que sin duda tienen, que se apoyan para aparentar armonía y belleza en paisajes naturales que no son suyos o en muchachas neumáticas que dejaron hace muy poco de ser de sus padres... Eso es un producto prefabricado, la banda sonora del sistema, la Némesis del rock, del jazz⁸⁴ y hasta del soul o de la música disco, más gimnasia que ritmo, más charanga que melodía, más electrónica que emoción, más video-clip que azotea de los Beatles, un asco sin paliativos, vamos. Si el mundo, el porvenir, van de cabeza a la distopía, peor para nosotros, que parecemos empeñados o conformes con ello; pero que la orquesta del Titánico que toque en el hundimiento se haga un tango decente o aquí la liamos parda y les hacemos comer a los poderosos y sus sicarios sus drones, sus publicistas, sus filósofos y sus flamantes teléfonos móviles última generación –nunca mejor dicho, tristemente...

⁸⁴ Que, por cierto, parece que significan lo mismo y vienen de lo mismo: el acto sexual. Hacer música como quien busca fornicar, escucharla con la intensidad del sexo, ese es el *novum* que el s. XX había aportado a la grandiosa música del pasado europeo y que las baladas horribles que escuchamos hoy van a desvirtuar matando la parte de la equivalencia que se refiere a la música para quedarse tan sólo con la del coito. No sé si Rosalía va a ser la redentora que eleve toda esa basura a una altura celeste, pero se diría que más bien ha quedado atrapada en ello...

Telenihil

Los dioses se han marchado, nos queda la televisión.

Manuel Vázquez Montalbán.

El término “Nihilismo”, que a todos nos confunde, designa algo claro y algo brumoso a la vez; la dificultad estriba en que la parte clara es técnica y la brumosa popular, como suele ocurrir con ciertos vocablos rimbombantes. Técnicamente, en efecto, “nihilismo” designa la conciencia de que nuestros discursos, los discursos de los hombres, carecen de justificación en la realidad (*in re*, que decía Tomás), puesto que, en verdad, sólo consisten en disposiciones comunicativas que, busquen lo que busquen, lo buscan en el plano exclusivo del “consumo interno” de la humanidad, por decirlo así, o sea, que nos sirven para lo que nos sirven sin que quepa esperar para ellos una mayor trascendencia que ese uso transitorio y particular. En cambio, “nihilismo” en su acepción popular significa varias cosas más, no muy conexas con su dimensión técnica, y todas ellas, en general, aquejadas de un nimbo oscuro, negro como el pecado, como si el nihilismo fuese cosa de ciertas personas o grupos que no creen en nada, o que ansían destruir o autodestruirse, o que quieren sacar a la luz que ya no hay luz... todo a fin, quizá, de amargarnos definitivamente los pocos placeres o alegrías que nos pudieran quedar. A este respecto, Woody Allen parodia en *Sueños de un seductor* a estos nihilistas en concreto en el que es mi diálogo favorito (yo no soy muy de Woody, todo hay que decirlo) de toda su extensa filmografía. Está esa chica de aspecto francés en una galería de arte mirando un cuadro abstracto compuesto de vorágine, tinieblas y toda esa materia viscosa y profunda y expresando a la vez lo que siente, o sea, algo así como que el “abismo de la muerte nos absorbe en la noche del sinsentido y nos devuelve al trauma del nacimiento”, bla, bla, bla. El aprendiz de “seductor”, muy cuerdamente, tras echar un vistazo a la monstruosa tela deja a un lado el asunto, que ni entiende bien ni maneja demasiado, y pregunta:

“-¿Qué haces el sábado por la noche?

-Voy a suicidarme.

-Y... ¿el viernes por la noche?”

Por supuesto, algo habrá que hacer el viernes por la noche. Filosóficamente, asumir el nihilismo no te estropea los viernes por la noche, al contrario: hace que comprendas que los viernes por la noche no están en ningún sentido predeterminados por nada ni por nadie, sino que uno puede libremente establecer qué van a ser para ti los viernes por la noche según te de la real gana, siempre que los demás te lo permitan, o *a pesar* de lo que los demás gusten de permitir o no. Pero si lo que eliges para un viernes por la noche es recogerte en casa para ver un rato de televisión, lo más probable es que termines succionado por una especie distinta de nihilismo, un nihilismo, digamos, ultrapopular, colorido como el arco iris. Porque a esas horas, los viernes, ponen lo que llamamos “telebasura”, y no hay expresión más radicalmente nihilista de los nihilistas tiempos que vivimos que la telebasura. Incluso si cambias de canal, y te pasa como a Robe Iniesta cuando canta *-Extremoduro: La vereda de la puerta de atrás-* que “muere a todas horas gente dentro de mi televisor”, no obtienes ni la mitad de angustia nihilista de la que conseguirás sufriendo la experiencia de un programa de

famoseo o crímenes de esos. No obstante, allí, en el fondo del cubo de la miseria social, y aunque no lo parezca, tiene lugar una cierta consciencia del nihilismo en positivo, como apropiación de la libertad absoluta, a la manera de un Dostoyévsky (“si Dios no existe, entonces todo está permitido”) pero, y eso es lo malo, empleada reactivamente. Los personajes y personajes que concurren a estos aquelarres afirman taxativamente determinados valores en vez de enfadarse y negarlos todos, sí, y en este aspecto, sin duda, puentean en cierto modo la Nada y nos ofrecen un mundo de referencias en las que habitar, completamente frívolas y egoístas, desde luego, pero a la vez firmes y satisfactorias, hay que reconocerlo, además de lo suficientemente atractivas para una gran mayoría previamente amaestrada. Sin embargo, esos valores que asientan a grito pelado y a menudo en nombre de la autoridad de sus partes pudendas son, si se mira bien, valores tremendamente rancios, y lo curioso es que como tales son queridos: *como* rancios y *por* rancios. La telebasura es sumamente post-moderna, sin duda (en ella, en efecto, todo parece estar permitido...), en el peor sentido del término, pero eso permitido se decanta con sorprendente frecuencia hacia la exaltación de lo viejo, de lo bajo y hasta de lo muerto. Como en un juego de videoconsola, el envoltorio futurista encierra y esconde un guion lleno de ruido y furia escrito por un idiota –ya se sabe: *Macbeth*. Y, además, pudridísimo, como la Dinamarca de Hamlet...

Quiero decir que si la chica de aspecto francés se queda en casa el viernes por la noche haciendo ventosa en la telebasura, en vez de contemplar ceñuda Arte Contemporáneo, es posible que esa manifestación específica de nihilismo consiga que el sábado decida no suicidarse todavía. Incluso puede que el sábado salga a tomar algo con Woody Allen, después de todo. Eso sí: es posible que entonces esa noche Woody tenga que soportar un discurso acerca de cuáles son sus intenciones, de los anteriores novios y novias, de cuándo y cómo se formaliza una relación, de lo feo que es poner los cuernos (al menos ponérmelos “¡a mí!”), etc. Valores, pues, viejos, rancios y, para muchos de nosotros, muertos. Se trata sólo de un ejemplo: podríamos hablar también de un señorito que posee un cortijo, o de una chica que se compra compulsivamente pieles... todo muy vetusto y cutre, como una representación barata de un mundo definitivamente periclitado. Y, por descontado, es igual de probable que una noche cualquiera sea el hombre el que le endose el rollo a la mujer, o la mujer a la mujer, o un hombre a otro hombre, y demás combinaciones -a la telebasura, claro, le chiflan tales combinaciones, por un morbo también antiguo-, siempre y cuando alguno de ellos consuma telebasura, y muchísima gente en el planeta consume telebasura actualmente, ahora mismo, en este preciso instante. ¿Y qué hay en nuestras denominadas -el azar es a veces chistoso- “cadenas” de televisión que no sea telebasura? Nos guste o no, la telebasura es la mitad de la esencia de la televisión: la otra mitad es la formación y el control de las masas como tales. Cuando algún programa en especial se sale de esta pauta -en España, el viejo “Salvados” de Jordi Évole, por antonomasia, pero ha habido otros, no tan *engagées*-, sentimos que igual podría haber sido emitido por la radio o por cualquier otro formato post-televisivo, con la única salvedad de que tendría mucha menos audiencia. Tenemos, de un tiempo a esta parte, por otro lado, los programas de cocina, de todas las clases y variedades (los más emocionantes y crueles, con niños...), además de los muchos minutos que los informativos “serios” o de entretenimiento consagran a pasarnos ricos platos por las narices. Me pregunto si habrá algún gobierno en el mundo al cual la idea de su ciudadanía pensando todas las horas del día en regalarse el estómago -lo cual significa, indirectamente, crear la ilusión de que algo hay de comer- no le haga relamerse de gusto. Además, eso permite a la población ir conociendo a los tipos que en el futuro servirán con gran refinamiento el almuerzo a los Rodrigo Rato del mañana. Entre eso, los millones de bobitos haciéndose *selfies* en todas partes (porque los lugares ya no importan, siempre que en ellos puedas sonreír), el iPhone, la moda, y el fútbol-nuestro-cada-día-dánosle-hoy, pues aquí paz y después gloria.

Luego están los concursos. Los concursos, al menos, carecen de la infección sentimentaloides de los programas del corazón o de muertes horribles, pero esa exhibición de personas normales y corrientes en tanto enteramente disponibles para la realización pública de cualquier payasada por un poco de dinero tampoco nos hace ningún bien como especie. Resulta una confirmación, más que un espectáculo. Y cuando tal espectáculo integra el saber, mediante intercambios de preguntas y respuestas de algún nivel aunque de un modo puramente formulario, confirman también en el televidente el presentimiento de que los empollones, en el fondo, desean lo mismo que el resto de los mortales, o sea, dinero. En cuanto a los debates políticos, contribuyen muchos de ellos igualmente a enturbiar la mente del espectador, creando ese efecto hipnótico que impide el verdadero análisis supuesto el mayor interés que la escenificación de las presuntas pasiones vehiculadas por las distintas ideologías -los nombres y las caras que en cada momento político parecen significar algo relevante respecto de ellas- tiene para el hombre común. En cuanto a las series, sobre todo las que están arrasando más que las (por ahora) provincianas españolas, creo que son más formato post-televisivo, como cuando las novelas de autor se publicaban por entregas en una revista o periódico, pero luego las sacaban en uno o varios volúmenes. Los fieles espectadores ya saben que no están viendo exactamente la tele, ni tampoco yendo al cine: es otra cosa que se colecciona y revisita en casa para un público netamente adulto. Los reality-shows, por su parte, empezaron con ínfulas de teoría de juegos -eso no era tan mala idea- y ahora ya son telebasura completa, incluyendo ese componente imprescindible a la telebasura que consiste en que el espectador tenga la sensación de participar, opinar y, lo más importante, juzgar. Por último, cuando la televisión programa cine de reciclaje en su horario lo único que hace es atraer anunciantes para los tiempos de mayor relajación del personal, de manera que le entren mejor. Para ello, es preciso que las películas no ofrezcan problemas morales o de interpretación, y a ser posible que sean alegres y/o espectaculares. A la gente nos gustan más ese tipo de películas vistas así que en el video o en plataformas, porque de este modo se crea mayor sensación de comunidad, como si las estuviésemos viendo todos al mismo tiempo...



Fire Escape, 1927, Alexander Rodchenko.

Pero aquí no estoy refiriéndome a nada de esto, que es obvio, o no especialmente. Lo que quiero subrayar es que la existencia del flujo ininterrumpido y nada inocente de la televisión salva el alma de mucha gente que, en caso contrario, tendría que dar por sí misma sentido a su vida en un mundo carente de esperanzas colectivas trascendentes. No obstante, se trata de una salvación ambigua, como toda salvación auténtica. Lejos de inventar algo nuevo, la telebasura remite al espectro de un pasado, y lejos de superar el nihilismo, la telebasura lo instala en nuestras casas, con el resultado de hacer de nuestras vidas algo tal vez más soportable y cómodo, pero muchísimo más estúpido y feo.

Sin embargo, si de algo podemos estar seguros y apostarnos nuestros escasos ahorros en ello es de que el "telenihil" en general tiene un porvenir muy, muy largo, extravagante y fecundo...

-A- Por otra Navidad...

Para el coronel, que no tiene quien le escriba...

Bill Murray, ese actor con cara de payaso triste, que parece el quinto hermano Marx superviviente y que ahora es un viejo loco e iracundo que roba patatas fritas en los restaurantes cutres, ha sido el protagonista de las dos películas más dickensianas y navideñas que yo conozca, *Los fantasmas atacan al jefe* y *Atrapado en el tiempo*. La primera es obvia: se trata de la traslación del *Cuento de Navidad* de Dickens al mundo de la gran empresa. Y la segunda, aunque nunca llegó a concebirla Dickens, bien podría haber salido de él, excepto por su final romántico. Trata, como se sabe, de un señor egoísta y resabiado que a base de repetir un sinfín de veces el Día de la Marmota descubre que el Bien es mucho más satisfactorio y rentable que el Mal, que antes ha experimentado hasta la extenuación. En realidad, podría ser un apólogo teológico, a la manera de Chesterton: Dios es el ser infinitamente bueno porque ha tenido toda la eternidad para ensayar la crueldad, y se ha dado cuenta de que es vacía, inane, solitaria, que no merece la pena⁸⁵. Los que critican la Navidad (entre los que me he contado: <https://hyperbole.es/2016/12/la-navidad-supera-la-ficcion/>), me parece que no entienden que esa fiesta -que estas fachas tan señaladas, como dirían los nuevos votantes de ultraderecha en España- da justo la altura de los que somos hoy, al final de la segunda década del 2000. Anteayer vi en una librería un libro de Alberto Garzón titulado algo así como "Porque la clase obrera vota a la derecha". No lo compré no porque me caiga mal Garzón, sino porque no creo que una pregunta como esa dé para extenderse doscientas y pico páginas, seguro que la mayoría son agit-prop suyo particular y muy respetable. Las editoriales nos hacen trampa, en mi opinión, y para vender un libro exigen al autor que infle su idea como si su núcleo más original y útil no pudiese enunciarse en veinte páginas como mucho y colgarse en Internet (al autor, desde luego, también le encanta el libro: así puede sentirse eso, *autor* -el que hace crecer...- y lucirse en la presentación). El caso es que, sin leer al diputado Garzón, me apuesto lo que sea a que el hombre no aceptaría fácilmente enfrentarse a un ejemplar real de la ciudadanía tal como él o ella realmente son. Los seres humanos normales no nos parecemos en nada a Kant -aunque un poco más a Marx...-, que es como a personas idealistas como Garzón le gustaría que fuésemos. Por eso Kant dedicó su monacal vida a estatuir lo que la gente *debemos ser*, y no lo que verdaderamente somos. Kant, Marx y Alberto Garzón, tal vez en una gradación descendente, son seres humanos admirables, pero que, los tres, ahora en una gradación ascendente (es decir, tal que el que menos se engañaba era Kant), confunden a Fonsi Gutiérrez, el aprendiz del taller mecánico, con el Hombre de Vitrubio de Leonardo da Vinci...

⁸⁵ Ampliando la idea, a mi juicio mucho mejor que cualquier película de Bergman: imagínese que Dios o un dios existe, y efectivamente es inmortal, y que sus días son todos tediosamente iguales. Entonces, por mucho que supliciese a sus criaturas por diversión o despecho la sola interminable duración de su tiempo haría que entrase en su ánimo la comezón por probar. Probar, esta vez, a dejarnos libres, probar a ayudarnos, probar a mirarnos a los ojos, porque la mera crueldad es solitaria y ciega. Quiero decir que la rueda de los días, en su infinita repetición, le haría bueno, una buena megapersona, tal y como lo entiende la religión reinante. No por definición, sino por experiencia y casi mecánicamente. Otra cosa sería -aquí apunto una teodicea un tanto heterodoxa- que todavía estemos sufriendo sus juveniles sevicias...

Fonsi -me daría lo mismo ejemplificar en un nombre de mujer, modificando tan sólo quizá el tormento eterno de los regímenes y las dietas-, lo cierto es que no ha pensado nunca en la igualdad y la emancipación de la humanidad. Le gustaría, claro, si le preguntan, por qué no, pero luego se pone a pensar en todo lo que se compararía si le tocase la Lotería de Navidad. Iban a verle otra vez en el taller mecánico por los cojones. Para meterse en el taller, Fonsi no necesitó currículum, pero por motivos muy distintos a los de Michel Foucault, que no lo redactaba para que el sistema académico/policiaco no le tuviera fichado y ser un espíritu libre. Fonsi simplemente fue enchufado por su tío materno, pero conste que le encantan los coches, de los que conoce todos los modelos, y, en general, le fascina todo lo que represente eficacia y potencia máxima, como un “crack” del fútbol o incluso Francisco Franco, al que nunca conoció pero que entre el Valle de los Caídos y Mingorrubio le dejan de pasada dos minutos en Cataluña y soluciona el problema a hostias. Fonsi no es un intelectual, no le pone pegas a la telebasura ni al Tinder ni a la hamburguesa o a la pizza como *delicatessen* supremas, ni a David Bisbal, que es un artistazo, pero si hay que opinar sobre el signo de los tiempos o sobre el precio del billete de diez viajes opina como el primero y con sabiduría ancestral. Tener personalidad, para alguien como Fonsi, es defender tu posición con carácter, incluso con mal genio, yo te respeto a ti si tú me respetas a mí, yo no te he faltado y a mí me lo dices todo a la cara, yo no soy de los que van por la espalda. ¿Por qué diablos a Fonsi no le iba a gustar el ambiente navideño? Todo se llena de colores muy básicos, la gente se felicita las fiestas, los grandes almacenes están abarrotados que da gloria verlos, ponen películas de Bill Murray de las de antes de *Lost in translation* o *Flores rotas*, que son un puto coñazo, y hay dos días libres, como poco, para ponerse morado de mariscos y meterse dos copas de más. Fonsi, cuando se consolide en el taller, se casará con una chica mona, con objeto de hacer todo juntos, tener hijos y echar un polvete al menos una vez a la semana. Más mayor, la llamará “la mujer” frente a los amigos, pero no habrá nada de ofensivo en ello, Fonsi no entiende ni pajolera de feminismos. Si a personas como Fonsi, o como yo, les pones imágenes de niños del Tercer Mundo pasando hambre o chicas africanas violadas se agarrará un gran cabreo, totalmente sincero, quizá eche dos lágrimas absolutamente genuinas, jurará sobre la madre de los políticos y luego se olvidará completamente. La indignación le durará más si se trata del asesinato de Diana Quer, pero lo mismo se olvidará después, salvo por una molesta sensación de fondo de que la calle es peligrosa y está repleta de monstruos. También llorará cuando se mueran sus padres, o sus parientes mayores, a los que soportaba mal en vida (y criticaba a sus espaldas, cariñosamente, pese a que él va siempre de cara), y cuando el propio Fonsi tenga que morir, lo que más le va a turbar no es la desaparición como tal, sino el dolor físico que pueda acarrearle. En su tumba, nada de poesía postrema: un buen traje, su reloj de pulsera caro y el emblema de su Atleti. Con la edad, Fonsi de lo que más habrá disfrutado será de dormir, de comer un buen lechazo, de quejarse de los achaques, de consumir marcas horteras y nuevas tecnologías, de cagarse en el puto jefe y tal vez hasta de los nietos: eso es todo lo que se lleva al otro barrio (donde, seguramente, las cosas funcionen igual que aquí, solo que el puto jefe es el Dios de la Parroquia de enfrente y te lee la mente cuando te estás cagando en Él). Ignoro si Garzón intuye algo de esto cuando se pregunta la razón de que la clase obrera, si es que existe todavía algo así -una clase, y además obrera-, vote a esos seres manifiestamente inmundos y patibularios que lideran la derecha. Yo creo que Fonsi sabe perfectamente que esos tipos son repulsivos, pero que sus opuestos, como Garzón, viven en otra dimensión, esa que los intelectuales llamarían el Mundo de la Ideas de Platón. Jesús Gil era repelente, Ortega Smith da miedo, pero ya le gustaría a Fonsi que se pasasen por su taller a arreglar el coche blindado con cristales tintados. Le harían unos chistes, y le darían una propina. De los Garzones del mundo lo más que puedes esperar, si se fijan en ti, es un mini-mitin acerca de la Revolución venidera...

En el Mundo de las Ideas de Platón las hamburguesas que te vas a comer son como las de los anuncios de McDonalds o como las de las fotos del local homónimo, pero en el mundo real lo que te sirven es una birria aplastada y grasienta. Tanto el capitalismo como el comunismo son, en este sentido, bastante platónicos (aunque en realidad, Platón nunca consideraría *eidós* a una imagen, y Kant en todo caso se quedaría con la receta de la hamburguesa...), porque nos venden idealidad perfecta, pero luego nos endosan apariencia degradada—respectivamente, el cuento de Mr. Scrooge y la película de *Bad Santa*... Con las navidades este fenómeno práctico/cultural, por así decirlo, se multiplica por cien, naturalmente. Pero yo creo que la gente, los Fonsi y las Vanessas, y usted y yo en lo que tenemos de personas corrientes, se hacen a ello: para todos nosotros en nuestro aspecto más gregario está diseñada la presunta ilusión de las navidades. Que después es una caquita, como las hamburguesas reales, pues qué se le va a hacer. Las veces que individuos sin duda generosos y de altas miras (los filósofos o los filántropos, esa cofradía tan selecta empeñada en decirle a Fonsi y los demás lo que deben de pensar y de hacer en vez de dejarle vivir su vida) han tratado de elevar a la gente corriente hasta su propio nivel se han producido actos de heroísmo memorables, pero también destrucción y dolor. Parece que nuestra sensibilidad de civilización cansada ha decidido, nos guste o no, que como corderitos calladitos del consumo estamos más guapos y somos más felices que luchando por causas que terminan en desastre. Yo ya no sé si esto es cierto o no. ¿Deseo que mis hijos sean dóciles y felices o conscientes y fieros? ¿Hay que enviar al conjunto de la humanidad a una especie de centro de rehabilitación como especie, para que seamos capaces de enfrentar los retos del Cambio Climático, por ejemplo? ¿O el fin de todo, la extinción, va a tener el rostro desengañado y roto pero divertido e irónico del Bill Murray anciano? Disfrutemos de otra Navidad, de otra hamburguesa que no se corresponde a las expectativas creadas, porque en caso contrario la vida en unos tiempos nihilistas como los presentes sería muy triste, pero no seamos del todo crédulos, preparémonos por si, además de personas corrientes y molientes que se mueren porque les toque la Lotería, también tenemos que arrimar el hombro por algo que merezca la pena y sea real, como las penurias de África o el calentamiento global. ¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaamén!

La aristocracia de la belleza

*¿Qué significas, condenada
belleza del mundo?*

Luís Martín-Santos

Cuando la gente se enteró de que Matt Damon y Ben Affleck habían escrito el guion de *El indomable Will Hunting*, que luego mereció un Óscar de la Academia de Hollywood (y otro para Robín Williams en un papel serio, por cierto), no se lo pudieron creer. Eran demasiado jóvenes y, sobre todo, demasiado guapos, para tener además tanto talento. El verdadero autor tenía que haber sido su amigo el director Kevin Smith, que era, y sigue siendo, adecuadamente poco agradado y algo llenito. En este caso, la belleza humana sirvió de obstáculo, pero en general suele funcionar como una espoleta de discriminación positiva. Ser más atractivo que los que te rodean representa una gran ocasión de ascenso social y de adquisición de un poder efectivo que los demás admiran a la vez que envidian. Los bellos y las bellas terminan por formar un grupo aparte realmente minoritario y que bien podría calificarse de “aristocracia”, puesto que gozan, como digo, de un poder muy característico que raras veces dudan en ejercer. Una chica o un chico que con trece años ya consigue un éxito social grande allí donde aparece, y al cual le llueven las ofertas de emparejamiento, puede estar seguro de que sus expectativas de futuro no se limitan a eso y de que semejante regalo de la naturaleza significa una inversión de las grandes. La tentación, por consiguiente, a hacer de su cuerpo un negocio es muy fuerte, y por esta razón -y no sólo por un prejuicio resentido de los feos o “normales” que han sido rechazados a menudo por ellos- entendemos que los guapos y guapas descuidan otros aspectos de su formación o de su personalidad.

Darwin, en muchos lugares desde *El origen de las especies* hasta *El origen del hombre* o *El sentido de la belleza* tiene en cuenta esta dimensión de la evolución de las especies y conjetura incluso que la “selección sexual” es causa de “especiación” ulterior, es decir, que los individuos bellos, animales o humanos, al triunfar en la reproducción, generan caracteres distintos que se transmitirán a las especies futuras. Y, además, para Darwin no existe un criterio universal de belleza en ninguna especie existente, siendo la costumbre la que rige en muchos animales como patrón estético y también en los hombres según culturas. Incluso Darwin llega a decir algo tan descomunal como que el sentido de la belleza los hombres lo hemos heredado de los animales (hay que imaginarse el escándalo de un poeta romántico escuchando que el Gran Arte proviene de las bestias), que son los primeros en escoger pareja por el aspecto llamativo del ejemplar que se les pone por delante. Pero los humanos hacemos más, mucho más, en lo que Darwin ya no entraba: cogemos a los guapos y guapas y les exaltamos a la visibilidad y a la influencia social, aunque carezcan de otros méritos también estimables. La inteligencia, sin duda (si no es un don excepcional y casi milagroso, como en la película de Will Hunting), se organiza en términos de una esforzada y lenta meritocracia, pero la belleza sube como la espuma de una cerveza de barril y se instaure como aristocracia. No hay actor o actriz del propio Hollywood, más allá de Damon o Affleck, que no esté allí por la singularidad de su físico, y hasta el que no es del todo guapo por lo menos es de una fealdad carismática, irrepetible, que produce en el espectador una cierta

facilidad para retener su cara y asociarla a un estereotipo dado -existe una ilustre excepción que es Dustin Hoffman, y, de hecho, parece que tuvo unos inicios profesionales realmente duros...

Los verdaderamente ricos y poderosos, esos que están ahí entre bambalinas manejando el mundo gracias a la suerte de su nacimiento o a su falta de escrúpulos, lo saben y también quieren apropiarse de la belleza ajena que ellos mismos no poseen. Con buen gusto o sin buen gusto, compran la belleza artística que otros son capaces de producir o la belleza del entorno natural de determinados paisajes e incluso la belleza congénita de otros seres humanos que no pueden mimetizar, y con este acto o serie de actos logran aumentar su propio prestigio y rango social. Pero también sucede a la inversa: los bellos y las bellas obtienen, en su necesaria asociación con los ricos y poderosos, una potencia de intervención en el mundo real que de por sí les pillaba demasiado lejos. Grace Kelly nunca hubiera llegado a princesa de no ser una preciosa rubia, e Isabel Preysler jamás hubiera aspirado a convivir con un premio Nobel de tener el físico de Cristina Almeida, a la cual, por otra parte, respetamos mucho. La Preysler es como una Duquesa de los Pómulos Altos o una Condesa de la cintura de Avispa, y su dinero y su tiempo le cuesta mantener tales títulos. De hecho, la industria de la cosmética está a la par de la de las drogas y el armamento en ganancias de capital a lo largo y ancho del globo, y con un dato tan formidable como este resulta casi ridículo seguir afirmando que la gente se opera o se cuida o se acicala “tan sólo para gustarse a sí mismos”. No: si la información es poder, la belleza también lo es, y se deben cuidar con igual mimo las fuentes de la una y de la otra.

Hablando de los ricos, esos personajes que tanto fascinaban a Francis Scott Fitzgerald, un amigo me contó que Thomas Piketty explica, en su grueso volumen sobre la desigualdad destinado a los muy listos, que lo que ocurre con los ricos es que, estando muy lejanos en rentas de las personas corrientes, sin embargo también lo están entre sí, de manera que su conducta habitual consiste en emular a los que están más arriba que ellos, en una especie de sistema de “terrazas” que les estimula a querer siempre más para parecerse a los del estrato siguiente. Si esto es así, resulta natural que hayan perdido completamente la perspectiva respecto de la población de clase media o trabajadora, y, si esto es así de nuevo, resulta también comprensible que busquen rodearse de objetos bellos que compitan con los de sus superiores en fortuna. O dicho de otro modo: tampoco Rainiero de Mónaco se hubiera casado nunca con una mujer imponente como Grace Kelly de no ser de familia real, y una vez que lo hace, sale en los papeles y se convierte en símbolo. La belleza como fruto prohibido que sólo muerden los que pueden pagárselo, como en aquella película italiana de hace unos años, *La grande bellezza*. Que finalmente tal belleza suene a hueco, y que la gente humilde se lo pase mucho mejor con adornos y entretenimientos mucho más modestos es en parte la lección del film de Sorrentino, si no lo entendí mal.

Durante siglos, la belleza ha sido el único activo que las mujeres han poseído para acceder al poder y la riqueza del dominio masculino. Josefina burlándose del gran y temido Napoleón es un tópico histórico de la guerra de sexos, y frecuentemente las mujeres no han tenido apenas otro acceso más que este a las capas más altas de la sociedad o a los libros de Historia. Al revés, sin embargo, apenas funciona, y, por seguir en Francia, un Balzac entrado en carnes y plagado de deudas podía casarse con una señora de alcurnia únicamente basándose en su fama literaria. La cultura cristiana de Occidente, no obstante, ha impedido ver las cosas como son, y practicamos así una suerte de neolengua o de doble-pensar a la manera de Orwell en lo que se refiere a la belleza exterior de nuestros congéneres: la premiamos enormemente, pero fingimos que en el fondo nos importan más las cualidades internas. Recuerdo cómo dio la vuelta al mundo en 1985 aquella foto de una mujer afgana de ojos verdes que fue portada en la revista *National Geographic*. ¿Quién ha aprendido algo sobre la situación de la mujer en Afganistán por ello? ¿Somos así de

superficiales, de fáciles de satisfacer con una simple mirada? Darwin casi se sorprendió cuando se percató que el plumaje colorido del pavo real atrae a las hembras al tiempo que le hace vulnerable a los depredadores. La supervivencia del “más apto” parece que también implica la supervivencia del “más bello”, porque la selección sexual opera también por la pasión hacia el otro sexo -o por el mismo sexo, no sólo en los seres humanos, pero aquí ya no hay selección propiamente dicha. Bajo el cuento popular de *El patito feo*, en fin, se esconde una venganza, para qué engañarnos, y cuando John Keats escribió el famoso verso (al término de *Oda a una urna griega*)...

La belleza es verdad; la verdad, belleza. Esto es todo lo que sabes sobre la tierra, y todo lo que necesitas saber.

... podemos afirmar, aunque seamos tachados de cínicos, que ese pensamiento es de una terrible ingenuidad, sea porque, efectivamente, Keats murió muy joven, o sea porque no tuvo en cuenta o no quiso tener en cuenta los efectos perversos que produce en cualquier cosa destacada ese monstruo de millones de cabezas al que llamamos “sociedad”...

Del materialismo como el penúltimo “-ismo”

He decidido algo: comerciar cosas realmente fétidas. Enseguida se convertirían en éxito en un mercado masivo que realmente apesta.
Andy Warhol

Si alguien mínimamente sensible pasa unos días de verano en Benidorm, inmediatamente descubre que el Espíritu existe, precisamente porque allí no está por ninguna parte, porque en esa alegre ciudad alicantina brilla engegecedoramente por su ausencia. En cambio, si esa misma persona emigra a Florencia en busca del Espíritu extraviado, encuentra que se ha pasado de largo, ya que en Florencia el Espíritu rebosa, sobrea abunda, agobia. La misma diferencia parece establecerse entre un centro comercial moderno y la catedral de Chartres, o entre un spot de televisión que publicita desodorante y el Códice Calixtino. Visitar la catedral de Chartres sin fe es como visitar un centro comercial sin dinero: absurdo, pero estimulante. Es estimulante porque en el primer caso contemplamos las obras del alma, cuando ésta sometía al cuerpo, mientras que en el segundo nos paseamos entre las obras del cuerpo, ahora que somete al alma. Viejas palabras como “alma”, “cuerpo”, “espíritu” o “materia” no han perdido ni mucho menos sus referentes en el mundo contemporáneo, simplemente deben ser resignificadas, actualizadas en su sentido íntimo. A menudo decimos que en la actualidad habitamos sociedades materialistas, sobre todo en los países llamados desarrollados, y es cierto, pero lo contrario tampoco sería mucho mejor: sólo hay que recordar la perspectiva puramente espiritual desde la que viven en los países dominados por el islamismo radical. De hecho, cuando alguien procedente de aquellos lares se instala entre nosotros, debe sentir con especial agudeza el materialismo contemporáneo como una especie del satanismo, como si los demás retozásemos en un inmenso Las Vegas donde se hermanan entre luces de neón, incitaciones al sexo y provocaciones al consumo Sodoma y Gomorra, a la manera como lo concibe el personaje musulmán de John Updike en una de sus últimas novelas, *Terrorista*:

Se ve a sí mismo como un viejo patético en una orilla, gritándole a la flotilla de jóvenes mientras se deslizan hacia el cenagal funesto del mundo: más recortes de recursos, libertades que desaparecen, publicidad despiadada que vende una ridícula cultura popular de música eterna, de cerveza, y de jóvenes hembras esbeltas y sanas hasta lo imposible.

Sin embargo, es posible que, una vez superado el shock, vayan cediendo a nuestros hábitos hasta terminar por encontrarse a gusto, inmersos en toda una civilización de cachivaches y entornos que invitan a la excitación y al confort. La Historia opera por *cansancios*, es un mecanismo que va del entusiasmo al cansancio: a una época de excesivo espiritualismo sigue otra que, gradualmente, y por puro y craso cansancio, da lugar al materialismo, y viceversa. De manera que el proceso es totalmente arbitrario, y poco sujeto a verdades absolutas. Mientras, los seres humanos tendemos cada vez más a convertirnos en seres ortopédicos, totalmente indefensos sin nuestras muchas ortopedias y absolutamente dependientes de ellas para sentirnos mínimamente felices. Entre esas ortopedias están también, curiosamente, los propios productos de consumo espiritual, que igualmente nos venden en una gran variedad de formatos y presentaciones. Pero

lo que hay que preguntarse de verdad, en mi opinión, es si realmente hay un dilema, si existe verdaderamente una antítesis entre el Espíritu y la Materia. Uno mira en una revista del corazón un presunto “reportaje” acerca de lo bien que vive cierta familia de ricos afortunados en su propia casa, que casi es un palacio, y resulta realmente difícil discernir si se trata de una experiencia material o espiritual. Por una parte, materialmente hay lujo, no sólo de los objetos y los trajes, sino también del técnico profesional de *Photoshop* con el que nos corrigen los rostros sonrientes. Por otro lado, espiritualmente hay exhibición del contento de unas gentes que siempre se desharán en bonitas palabras acerca del amor a la vida y al prójimo, aunque en realidad sepan de sobra que atraen igualmente la admiración y la envidia. De manera que hay un mensaje, aunque sea un mensaje barato, poco sofisticado, incluso mentiroso: imita la vida de los dioses. Creo, entonces, que lo que realmente se juega no es una distinción entre el materialismo o el espiritualismo, que andan confundidos por el mundo (hoy por hoy miramos nuestros carísimos Smartphones con la ansiedad de quien consulta a su propio corazón). Lo que se juega es a qué cosas damos valor, y el “valor” infundido sobre algo no es ni exactamente material ni estrictamente espiritual. Hay quien pone el valor en aquello que ha costado cierto esfuerzo, otros que lo ponen en el tipo de contenido de ese algo y, por último, hay sobre todo muchas personas que tasan el valor de una cosa por su capacidad abstracta de ser intercambiada por otras. A esto es a lo que se refería Karl Marx cuando distinguía -aunque esa diferenciación ya estaba dos milenios antes en Aristóteles- entre “valor de uso” y “valor de cambio”. Una sociedad o una vida es materialista cuando prima de modo aplastante el valor de cambio sobre el valor de uso. El Códice Calixtino posee sin duda un gran valor como objeto concreto, pero no es nada que no podamos reproducir ahora sin quemarnos demasiado las pestañas. También tiene un gran valor como testimonio espiritual o histórico, pero está ya lo suficientemente estudiado. Aquella persona particular que consiguiese poseer en propiedad el Códice Calixtino lo más seguro es que atesorase celosamente su objeto por la simple razón de que es intercambiable por un cierto número de Ferraris Testarossa, por ejemplo. De ahí que los ricos, que viven perpetuamente en ese plano en que las cosas, e incluso las personas, nada valen por sí mismas, sean nuestros peculiares exploradores del vacío. Los más incautos, presumidos o con mayores problemas económicos salen en las revistas del corazón a mostrarnos precisamente eso: que no se ahogan en el vacío, pero resulta bastante difícil de creer. Las grandes marcas inventan para ellos nuevos lujos, nuevos deportes, nuevos viajes, nuevas sensualidades, y nada... Por el contrario, las clases humildes otorgan un enorme valor a todo lo que no pueden tener, incluidas esas “cosas realmente fétidas de los ricos” o de los aspirantes a ricos de las que hablaba cínicamente Warhol. Pues... ¿De qué sirve tomar el sol en Benidorm, si uno trabaja como un mulo del resto del año? ¿De qué sirven Florencia o la catedral de Chartres, si no se tiene cultura? ¿De qué, en fin, el Smartphone, si no se tiene corazón?...

“Alma”, “cuerpo”, “espíritu” o “materia” pueden ser términos rescatados del pasado y resignificados hoy en orden al valor que proyectamos sobre las cosas que hacemos, y eso es algo que depende en gran parte de la educación. Pero claro, para ello habría que aprender primero a valorar a la propia educación... La educación, sí, que proporciona un cierto criterio de los valores, aún de un modo rudimentario, prologal, pero también, desde luego, el sentido del humor, que sin duda es una de las más grandes e inequívocas manifestaciones del Espíritu y, en muchas ocasiones, el más implacable enemigo de la Materia. La Materia, coqueta, se alía primeramente con el humor para cercenar las ínfulas de grandeza del Espíritu, que trata constantemente de malinterpretarla, humillarla y envenenarla, como más o menos escribió Heinrich Heine a principios del s. XIX en algún lugar de su magnífica *Contribución a la historia de la filosofía y la religión en Alemania*:

La materia no se hace mala más que cuando tiene que conspirar en lo oculto contra las usurpaciones del espíritu, cuando el espíritu la ha manchado y ella se prostituye entonces por desprecio de sí misma o intenta vengarse del espíritu con el odio de la desesperación; así, el mal no es sino un resultado de la organización espiritualista del mundo.

Pero a la vez, el humor se alía con el Espíritu para indicarnos que la Materia no resume lo que somos, al menos en cuanto que somos capaces de decirlo riéndonos. En el fondo, de eso se trata: todos los mundos en los que el hombre ha tratado de vivir son grandiosos, al tiempo que ridículos, de forma que asumir el presente es asumir una victoria y una derrota, ni una ni otra definitivas.

20 años de Internet, ¿Ánima Mundi...?

Internet no es ni una utopía ni una distopía, es el medio en que nosotros nos expresamos –mediante un código de comunicación específico que debemos comprender si pretendemos cambiar nuestra realidad.

Manuel Castells, La Galaxia Internet.

Me gusta mucho un fragmento de diálogo de la película *Contact*, de 1997 (bueno, en realidad me gusta la película entera, y también siento cierta debilidad por su protagonista...), en el que el típico pez gordo que va de majo acaba de pisarle el terreno a Jodie Foster aduciendo el feo argumento de que “Bueno, es que el mundo, a veces, no es justo...” Ella replica, muy buena chica, y todavía indignada -cito de memoria-, “¡Creí que el mundo era lo que hacíamos de él!”

Ignoro si estas líneas figuran en la novela original de Carl Sagan; en cualquier caso, se trata de un tipo de afirmación muy norteamericana, en la que cabe a un tiempo todo el pesimismo -respecto del pasado histórico de los demás, claro-, y todo el optimismo -respecto de su propio futuro nacional, por supuesto-, pero, a fin de cuentas, por qué no, fundamentalmente positiva. Porque, en efecto, pienso, como filósofo raruno que soy, que no hay (o no hay ya) un mundo previo a nuestra actuación con él de cuya estructura tengamos que tomar nota como de un guion para ajustar nuestra conducta, como no hay (o no van a haber) mundos estrictamente privados, puestos al margen de aquel que, siendo intrínsecamente plural, se construye colectivamente. La famosa frase de Paul Eluard, que reza *hay otros mundos, pero están en este*, puede ser, así, susceptible de ampliarse un poco: hay otros mundos, sí, pero están *operando* en este. Y el escenario, el *milieu*, y hasta el escaparate⁸⁶ más destacado de esa operatividad en que consiste el mundo es, hoy en día, qué duda cabe, Internet. Y resulta que la Red de redes cumple este naciente 2015 veinte años de vida entre un número siempre creciente de usuarios del planeta, al menos si hay que fechar el suceso tal como lo hace nuestro experto internacional, Manuel Castells, en la pág. 34 del libro citado en epígrafe, y publicado en 2001:

Así, para mediados de los noventa, Internet estaba ya privatizado y su arquitectura técnica abierta permitía la conexión en red de todas las redes informáticas de cualquier punto del planeta, la world wide web podía funcionar con el software adecuado y había varios navegadores de fácil uso a disposición de los usuarios. A pesar de que Internet estaba ya en la mente de los informáticos desde principios de los sesenta, que en 1969 se había establecido una red de comunicación entre ordenadores y que, desde finales de los años setenta, se habían formado varias comunidades in-

⁸⁶ “Escaparate” es, precisamente, una de las traducciones posibles -la más informal, quizá- del *Gestell* heideggeriano presentado en la conferencia de *La pregunta por la técnica* de 1953. Pero, además, como encuentro en una página anónima de Internet: *La complejidad del término lo hace prácticamente intraducible, proponiéndose a tal fin infinidad de términos: dis-posición, artefacto, dis-positivo, dis-posición, estructura de emplazamiento, estructura de dispositivos, ins-talación, en-granaje, or-ganización, ins-pección, dis-ponibilidad... Nosotros hemos optado por im-posición*. No voy a meterme ahora en este lío, pero puede pensarse que la aparición y uso masivo de Internet por las personas, las empresas y los Estados supone la confirmación de aquel pronóstico de los tempranos años cincuenta: el mundo en cuanto procesado por la técnica como el escaparate de todo, absolutamente todo, en tanto que imagen computable, utilizable, consumible, reproducible...

teractivas de científicos y hackers, para la gente, para las empresas y para la sociedad en general, Internet nació en 1995.

No obstante, creo que algo así como la idea, casi el presentimiento de ello, como casi siempre en Occidente, es muy anterior y pertenece, formulado casi mitológicamente, al padre de toda mística científica, que no es otro que el viejo e inagotable Platón (para no recurrir de nuevo a la memoria, tomo la cita de Wikipedia):

Por tanto, es de resaltar que este mundo es, de hecho, un ser viviente dotado con alma e inteligencia [...] una entidad única y tangible que contiene, a su vez, a todos los seres vivientes del universo, los cuales por naturaleza propia están todos interconectados. (Timeo, 29, 30)

Se trata, para quién viva entregado únicamente al presente, de la concepción antigua, medieval e incluso renacentista del *Ánima Mundi*, reformulada a fines del s. XIX en los términos más modernos e historicistas de la *Noosfera*. Pero la cosmovisión del “Alma del Mundo” era todavía demasiado fisicalista, como se ve, para nuestra sensibilidad actual: todos los seres conectados como desde su entraña misma, orgánicamente, entitativamente... mientras que el filósofo árabe Averroes, en cambio, en el s. XII, planteó -a partir de la lectura de Aristóteles, todo hay que decirlo, siempre mucho menos místico que Platón- la urdimbre cósmica de un modo más cercano a nosotros y más intelectual. El gran Averroes, en efecto, decía que el conjunto de las mentes de los seres humanos componen una especie de “Entendimiento Colectivo” (*Nous poietikós* en Aristóteles) que es inmaterial pero eterno, y que explica por qué todas las almas mortales coinciden en unas mismas ideas en tanto que participan de él. Para Averroes somos individualmente distintos del entendimiento colectivo, y además vamos a morir irremediablemente, pero antes de desaparecer tenemos la capacidad de comprender todas las cosas a partir de unos mismos esquemas conceptuales, cuya finalidad última es proporcionarnos el Conocimiento Absoluto que hará posible, tarde o temprano, el Bien de toda la Humanidad.

La doctrina de Averroes fue, naturalmente -hay que recordar que entonces los integristas éramos nosotros...-, prohibida por la Iglesia medieval europea representada en París, y Tomás de Aquino fue lanzado como un Torpedo de Dios para hundirla por su línea de flotación, sin reparar en daños colaterales. No obstante, era una idea bonita, después de todo, cuyos ecos perviven, me parece a mí, aunque desprovistos ya de metafísicas de cualquier clase, en el espíritu de la Deconstrucción derridiana o en las tesis semiológicas de Roland Barthes acerca de “la muerte del Autor”. Tales escuelas francesas relativamente recientes entienden también, si no me equivoco, que nadie es original, que toda novedad no es más que una impronta, una huella, dejada por rastros precedentes, y que toda Cultura histórica termina por ser una suerte de gigantesco Hipervínculo. Internet, precisamente, no tiene autor definido, como veremos, y aunque pudiese tratarse de algo semejante al averroista “entendimiento colectivo” -lo que me temo que, por suerte o por desgracia, no es el caso-, lo cierto es que se encuentra tan lleno de basura, publicidad, fobias, pornografía e intereses espurios (hay quien dice, por cierto, que sólo es accesible públicamente un 20% del verdadero contenido de la Red; el resto, la “Deep web” o “Dark web”, permanecería en su mayoría oculto como la base de un iceberg en el mar helado), que resultaría de todo ello una mega-mente ciertamente banal, como buen espejo de lo que actualmente somos.

En España, no sólo Castells, desde la Sociología, sino también Javier Echeverría, desde un enfoque más filosófico, llevan años teorizando la transformación que suponen las nuevas tecnologías de la Sociedad de la Información y de las Telecomunicaciones, como la llaman. A mí,

personalmente, no me gusta demasiado la teoría de “Telépolis”, que Echeverría ha desarrollado al menos en tres libros consecutivos durante los años noventa. Encuentro que da demasiada coba a las empresas, que tendrían en su visión derecho a secretos tecnológicos privados y, por tanto, a un gran poder no compartido, y, además, termina siendo, como la idea de la Noosfera y otras parecidas, de un historicismo casi insoportable y prácticamente trasnochado. Lo mismo le pasa, según he visto por ahí -no la he leído, y alabo grandemente al que lo haya hecho-, a Castells en su monumental trilogía sobre *La era de la información*, que, según dicen, se inspira en Alvin Toffler y muchos otros de esos que disfrutaban tanto jugando a la futurología en base a una retórica de “nuevas eras”, triadas históricas y pares pitagóricos de opuestos que la cosa acaba por parecerse más a un Hegel convertido a la magia que a ciencia propiamente dicha. Porque si es verdad, como exclama Jodie Foster, que el mundo es lo que nosotros hacemos de él, que no nos vengan entonces con esas evoluciones, gradualismos, mutaciones u otros macroprocesos imaginarios según los cuales los cambios están en cierto modo sucediendo por encima de nosotros y lo que nos cabe hacer no es más que acoplarnos feliz y pasivamente a ellos...

No obstante, y aunque Echeverría es a su manera interesante, me quedo con Castells, que se me antoja más riguroso, más concreto y más ceñido a los datos. En la breve historia de la génesis de Internet que aporta al inicio del libro citado el lector profano se topa con un gran baile de siglas que si no conoce de antemano le resultara muy difícil de retener. Pero la conclusión es clara: Internet tiene muchos padres, en la figura de personalidades concretas, instituciones determinadas y organismos diversos, la gran mayoría de ellos norteamericanos⁸⁷, de ambiente intelectual y cultura a menudo alternativa. Aquí sólo puedo resumirlo de un modo casi insultante, empezando por lo más sabido de todo, que es el hecho de que Internet comenzó como ARPANET, red financiada por un Ministerio de Defensa norteamericano que pretendía, en plena Guerra Fría, diseminar en múltiples nodos la información militar secreta y las ordenes de mando en caso de contienda nuclear. Es decir, que si un bonito pepinazo cayese en un cierto lugar clave, sólo habría que lamentar pérdidas materiales y humanas. Pero pronto este poco humanitario designio estratégico inicial se debilitó y pasó a segundo plano, con lo que, como señala Castells en la pág. 36,

Lo que la documentación relevante sugiere es que los científicos informáticos, en la vanguardia de un nuevo campo de estudio (la conexión informática en red) usaron al Departamento de Defensa para financiar las investigaciones sobre informática en todo el sistema universitario de investigación, hasta tal punto que, en los años sesenta y setenta, la mayor parte de de la financiación en informática en Estados Unidos provenía de ARPA (situación que perduraba aún en el año 2000).

A lo que añade, en la página siguiente:

De acuerdo con la tradición investigadora universitaria, los creadores de ARPANET incluyeron a los estudiantes de doctorado en las tareas centrales de diseño de la red, en una atmósfera totalmente relajada, sin consideraciones de seguridad. Así, los estudiantes utilizaban ARPANET

⁸⁷ Otra cuestión delicada, que no tengo fuerzas ni conocimientos para tratar aquí, sería la de preguntarse si en cualquier otro país que no fuera el líder del capitalismo podría haberse liberado la riqueza material y el caldo de cultivo intelectual necesarios para engendrar algo como Internet. Castells hace un juicio de oportunidad histórica, en la pág. 39: *En los años ochenta, cuando se hizo evidente que Estados Unidos había conseguido alcanzar una notable superioridad tecnológica en armas convencionales, especialmente en electrónica y comunicaciones, la estrategia militar de la Unión Soviética quedó reducida a la dudosa opción de una guerra nuclear a gran escala.*

para sus chats personales y, según se cuenta, incluso para intercambiar mensajes sobre dónde encontrar marihuana.

Por tanto,

Las semillas de Internet se plantaron en la tierra incierta de los espacios relativamente libres, pero ricos en recursos, proporcionados por ARPA, las universidades, los think-thanks innovadores y los grandes centros de investigación. (pág. 42)

Esas semillas germinaron y crecieron gracias a un gran número de organizaciones, iniciativas individuales y sociedades creadas al efecto que consiguieron generar una arquitectura abierta, unificar los protocolos y mantener relativamente libre Internet. Castells las enumera diacrónicamente con todo lujo de detalles. Entre los nombres propios que concurrieron a este parto inaudito, destacan los de Richard Stallman, que desde una posición política muy acusada inició el *copyleft*, el de Linus Torvalds, que arrancó el prodigioso sistema operativo *Linux*, el gran Tim Berners-Lee, sobre todo, que estableció en 1991 la *World Wide Web*, y Jon Postel (acompañado de unos camaradas), que organizó los dominios hasta el mismo día de su muerte. Pero hay muchos otros nombres, es más: siguen surgiendo nuevos nombres, a cara descubierta o bajo un alias, desarrollando en una dirección u otra la Red o utilizándola francamente como campo de batalla. Hoy mismo, que escribo esto, es noticia que Corea de Norte ha sufrido un apagón de unas horas en Internet seguramente a causa del ciberataque que desde allí se perpetró sobre Sony Pictures. También leo, en un contexto mucho más pequeño, que la alcaldesa de Alicante ha dimitido por Facebook. En estos dos ejemplos tomados de un sólo día pueden medirse las dimensiones de un fenómeno que se ha convertido en el *leitmotiv* de nuestra vida diaria en el vertiginoso plazo de veinte años. Es cierto que el Ciberespacio, como apuntaba hace ya tiempo Vicente Verdú en *El planeta americano*, sigue siendo Ciber-Usa, puesto que son ellos quienes poseen en su propio territorio la mayoría de los servidores de los que se surte el resto del mundo (además del hecho de que la inmensa mayoría de las páginas estén en inglés). Es cierto también que la irrupción de Internet ha producido y va a producir muchos problemas para ser adaptado a las poblaciones y regiones más deprimidas del globo, ya que él, por su parte, no parece que vaya a “consentir” adaptarse fácilmente a las condiciones de ellas. Y es cierto, por último, que muchos continuamos siendo totalmente analfabetos tecnológicamente hablando, con la consecuencia de que nos hallamos indefensos en manos de agentes en la sombra más listos que nosotros que nos la van a jugar de mil maneras. Pero lo que parece incuestionable es que Internet ha sido algo a la vez querido e imprevisto que ha llegado para quedarse, así que habrá que pensar muy seriamente cómo queremos vivir en adelante con la esa inmensa “nube” cerniéndose sobre nuestras cabezas.

Yo no me puedo creer de verdad que existan “Eras” epifánicas, ni nuevos “Entornos” claramente diferenciados, ni “Almas del Mundo” o “Entendimientos Colectivos”: todo eso me suena a milongas mitológicas, cuando no directamente ideológicas. Pero tampoco creo lo contrario: que Internet sea solamente una “herramienta” distinta, recién estrenada, que está ahí para servirnos en pos de una maravillosa existencia futurista. Internet es, antes que nada, el poder de la información (el “la información es poder” del 1984 de Orwell), e Internet será lo que nosotros hagamos de Internet, *pace* Jodie Foster. Internet aún no tiene naturaleza propia, si es que algún día llega realmente a tenerla: la Red, como señala insistentemente Castells, es autoproducida por sus propios usuarios, de manera que consiste, por consiguiente, en algo todavía *por hacer*, o, por decirlo grandilocuentemente, en un reto global...

La Amazonía en llamas y la “disciplina del Diluvio”

*Deja a los necios sus galas, y a los caballeros sus vinos;
Un hombre es un hombre por el hecho de serlo...*
Robert Burns

Mi padre suelta alguna vez con rabia una frase zafia y de mal gusto, que dice que “si los hijos de puta volasen, no veríamos el sol”. No está muy actualizado, mi padre: hoy hay que decir “hijos de putero”, si es que te vas a poner a insultar de modo éticamente correcto, y desde luego yo no creo que existan tantas malas personas como piensa mi padre -una especie de plaga de langostas del mal-, pero si, según parece, las suficientes como para acabar con todo. La Amazonía está en llamas y los focos de los incendios se cuentan por miles, lo que hace sospechar a la gente informada de que se trata de convertir la selva más tupida y grande del mundo en tierra de pastos para ganado y terreno de fácil acceso para la tala de árboles. Como además los brasileños -aunque el fuego ha llegado ya a Bolivia y otros países- han elegido como presidente a ese excremento castrense que es Jair Bolsonaro, entonces las cuentas cuadran y tenemos un cierto derecho a pensar lo peor. No es cierto que los ricos y poderosos de la Tierra sean precisamente los que niegan el cambio climático, mientras que la sociedad civil se lo cree y está dispuesta a aceptar los sacrificios que haya que realizar para minimizarlo. Me parece que precisamente los amos del mundo cuentan con informes mucho más detallados que nosotros de lo que está ocurriendo, y por eso andan ahora reorganizado sus intereses e inversiones para seguir arriba en el horrendo después. En cuanto a la sociedad civil, a la inmensa mayoría de la población mundial... esos, entre los que me incluyo, no nos moveremos hasta que nos peguen un buen susto que nos pille bien cerca, como los fumadores para dejar de fumar. La Amazonía, me temo, está demasiado lejos de cualquier núcleo metropolitano relevante como para asustar seriamente a nadie, y la metáfora del pulmón de la Tierra, aunque potente, nos remite de nuevo al fumador que no se plantea dejar el hábito aunque le enseñen fotos de pulmones corroídos...

H. L. Mencken, famoso pesimista pero también famoso acuñador de citas, dijo esta verdad tan sorprendente a la vez que fácil: “el principal valor del dinero radica en que lo estimamos más de lo que vale”. En efecto, ¿quién no querría hoy, si ya posee una fortuna, querer incrementarla a toda costa, incluso a expensas de una maravilla necesaria como el Amazonas? En el s. XVII, entre la forma de vida de Luís XIV, el Rey Sol, y un campesino francés había una diferencia espectacular: al primero le vestían sus criados, almorzaba manjares y ordenó construir Versalles, mientras que el campesino vivía en una choza mugrienta y trabajaba todos los días de sol a sol vistiendo harapos. Hoy las desigualdades económicas son inmensamente mayores que en el Barroco, pero en cambio la diferencia entre los estilos de vida no es tan marcada. Excepto en los lugares en que se pasa verdadera hambre, los niños son soldados, las mujeres víctimas de violación, campan las enfermedades mortales y los gobiernos son corruptos hasta la médula, en general todo el mundo puede ver la televisión, aunque en Yemen tengan una por aldea y el dueño de una cárnica norteamericana una pantalla de plasma tamaño cine con el aditamento de una azafata en bikini que le cambia de canal. El reloj Casio de un chaval del Pozo del Tío Raimundo no da la hora peor que el Rolex de un tipo de la Moraleja, y, excepto en situaciones excepcionales, a ninguno de

los dos les va a matar una gripe pero sí un cáncer de los buenos. Aquí entra la frase de Mencken: ¿de verdad merece la pena cargarse la Amazonía y con ella parte del futuro del planeta por ver la misma mierda en una pantalla más cara o el mismo uso horario en un peluco waterproof? ¿no será que el dueño de la empresa cárnica está otorgando a sus fabulosos beneficiarios un valor que realmente no tienen, puesto que no cambian tanto su vida respecto de sus competidores? ¿hay alguna diferencia real, al margen de la pura rivalidad y envidia entre acaudalados y mandamases, entre poseer, no sé, 10 millones de dólares en el caso de un futbolista o actor mediano, y los 71.3000 millones que dicen que engosan el patrimonio de Amancio Ortega? Tanto el futbolista como el empresario pueden vivir como Luís XIV tranquilamente, y que sepamos Ortega no se ha hecho construir ningún Versalles. Supongo -no supongo: estoy seguro- que soy demasiado mindundi para comprenderlo, pero, como decía la canción plasta de John Lennon, fijo que *I'm not the only one...*

Así que nos vamos a quedar sin mundo porque sí, por nada, por la avaricia de unos cuantos a los que tampoco les lleva a ninguna parte. Apuesto a que casi todos ellos darían todo su capital por ser Rafa Nadal, alguien a quien la gente quiere y admira por méritos reales. Pero como no pueden, juegan al juego que les enseñaron, aunque se agoste el tablero. “¡Después de mí, el Diluvio!” es una frase atribuida a otro rey francés posterior, el siguiente, el XV, mucho menos listo que el otro, y creo que constituye la cifra misma de la maldad. Un ser humano, por muy hijo de putero que sea, procura siempre dejar un legado tras su muerte, aunque sólo sea por motivos tan anticuados como que pervivan su memoria y su apellido. Hasta Pablo Escobar necesitaba blanquear sus asesinatos y cabronadas (que no son nada románticas: también mató niños) levantando hospitales y escuelas, y hubiera muerto antes de permitir que le ocurriera algo a su familia o a su hijo. Hay que haber nacido en ciertos círculos sociales, muchos más exclusivos que el albañal donde nació Escobar para mamar lo que yo llamaría “la disciplina del Diluvio”. Entre los dirigentes políticos actuales, Donald Trump es uno de esos, y Boris Johnson también; curiosamente Vladimir Putin y Jair Bolsonaro no. Hay diferentes caminos, unos más escabrosos que otros, para escalar a la infamia, recuerdo un cuento muy bueno de Jean Paul Sartre sobre los orígenes psicológicos y vitales de un hijo de putero, *La infancia de un jefe*. Sin embargo, nadie, que yo conozca (desde luego no, en mi opinión, Henry James o Francis Scott Fitzgerald, que han idealizado la riqueza) nos ha explicado de dónde salen los hombres insaciables, aunque el cine del Hollywood dorado lo haya intentado alguna vez –*Gigante*, por ejemplo, o más recientemente, *Pozos de ambición*. Quizá sean más acertados, dentro de su exageración melodramática, los culebrones del estilo de los viejos *Dallas*, *Falcón Crest* o *Dinastía* (los venezolanos no los he visto) que describen mundos endogámicos de amores y odios cambiantes y totalmente desconectados del mundo real. Incluso el que se arruinaba estrepitosamente en la serie de JR pronunciaba palabras de venganza vestido de Armani y luego hacía mutis bruscamente subiéndose a un lujoso descapotable, porque en el capítulo siguiente remontaba y se la devolvía a los Ewing. Así es como se debe aprender a concebir al resto de la humanidad normal como tu reserva particular de tontos útiles.

Robert Burns (no le traigo aquí por su oportuno apellido...) es un famoso poeta y vividor escocés de hace ya unos siglos muy querido allí que tiene un poema largo muy bueno y que viene muy al caso. Son un par de perros, al modo cervantino, que charlan acerca de la diferencia entre la vida de los amos y la de los servidores. Se trata de un texto magnífico, demasiado largo para transcribirlo aquí, en el que los animales desacreditan retóricamente las costumbres de los esclavistas, prefiriendo con mucho la vida de gozos sencillos de sus esclavizados. Tendríamos que hacer nosotros algo así en el siglo XXI. En vez de ensalzar la suerte de los depredadores, en series, películas y revistas del corazón, mostrarlos tal como realmente son, a gran escala y valiéndonos de los medios con que contamos ahora. Puede que algo así terminara con la instalación de la

guillotina en Times Square, pero también que fuese el principio del fin del deseo devorador por hacer dinero a cualquier precio, valga la rebusnancia. Hace dos días nos enteramos de la noticia de la “promesa” que algunas grandes compañías hacían de dejar de funcionar sólo para el enriquecimiento de los accionistas. La entrada en la prensa decía: “La Business Roundtable, que reúne a 200 de las mayores empresas, publica un texto que coloca a los propietarios al mismo nivel que los trabajadores, clientes, proveedores y comunidades”. Como soy un tonto no demasiado útil, ignoro si esto, aunque tuviera alguna verdad, pudiera ser un primer paso para disminuir “la disciplina del diluvio”, ese increíble pero cierto esfuerzo denodado que se está haciendo por destruir el futuro de la humanidad o por convertirlo en un erial inhabitable. Porque es ciertamente un proceso intencionado, calculado, malvado en el sentido más elemental del término: no sólo no se frena el Cambio Climático, sino que hace por agravarlo a sabiendas. Un diluvio es lo que necesitarían en estos momentos el Amazonas y Gran Canaria; si para eso se tiene que morir antes algún reyazuelo de algo, lo encuentro hasta barato...

Nota sobre el sufrimiento de los animales (a propósito del tricentenario de Diderot)

Un animal no posee nada aparte de su vida y, aun así, se la quitamos.
Marguerite Yourcenar

Es, cuanto poco, curioso, que cuando Celso en el s. II d. C. esboce para el lector romano un ataque a la nueva religión procedente de Judea (en castellano hay traducción como *Discurso verdadero contra los cristianos*, en Alianza), dedique muchas de sus páginas centrales a la defensa de la vida animal frente a la devaluación a que la someten los cristianos, de donde, quizá, lo tomó como inspiración Nietzsche para sus palabras sobre el tema en el aforismo 14 de *El Anticristo*:

Hemos renovado los métodos. En todos los campos somos ahora más modestos. Ya no derivamos al hombre del espíritu, de la divinidad; le hemos colocado entre los animales. Para nosotros es el animal más fuerte, porque es el más astuto: consecuencia de ello es su intelectualidad. Por otra parte, nos precavemos de una vanidad que querría hacer oír su voz también aquí; aquélla según la cual el hombre sería la gran intención recóndita de la evolución animal. No es en modo alguno el coronamiento de la creación; junto a él, toda criatura se encuentra al mismo nivel de perfección... Y al sostener esto, sostenemos aún demasiado; el hombre es, en un sentido relativo, el animal peor logrado, el más enfermizo, el más peligrosamente desviado de sus instintos, aunque por cierto, a pesar de todo esto, es el más interesante.

Porque ya en el *Génesis* está decidida la cuestión: el quinto día Dios hizo a los animales para que sirvieran al hombre. Y deben a Noé su perpetuación pese al Diluvio, catástrofe con la que el Señor decidió castigar a toda la vida en la Tierra entera por causa de las culpas del hombre (“¿qué importantes somos!”, piensa, en consecuencia, el lector de la *Biblia*). Incluso ahora, Ratzinger, antes de retirarse, ha expulsado al buey y la mula del belén, no vaya a ser que el niño huela mal... La concepción escolástica de el hombre como animal racional, dejando al resto de los seres superiores como bestias irracionales tampoco ayuda. La naturaleza no es más que nuestra despensa viva: eso es lo que dice y repite la cultura occidental. Y los políticos que sufrimos (¿o esto tampoco es sufrimiento?), desde Ana Botella hasta, recientemente, Toni Cantó, se suman gustosamente a ese clamor animalicida -el término correcto sería quizá *zoocida*, pero el hecho de que no exista en ningún idioma europeo ya es lo suficientemente significativo... Parece que conocieran y disfrutaran de la anécdota del Reverendo Padre Nicolás Malebranche, seguidor de Descartes, del que dicen que paseando un día sacudió una terrible patada a un perro por la calle que se le cruzaba en su camino, y cuando su joven acompañante le preguntó el motivo de tamaña salvajada, el digno filósofo contestó que nada ocurría, que no se alarmase: se trataba únicamente de una máquina... De manera que, con la física de Descartes en la mano, la despensa viva ni siquiera está viva, y todo problema moral queda automáticamente solucionado -lo cual está en el origen de los estúpidos, por reduccionistas, experimentos del célebre Iván Paulov en el siglo diecinueve. Sólo los hombres son vivientes, y eso sólo en tanto potenciales pensadores mate-

máticos o sujetos de derechos naturales. Y así les va a los pobres bichos desde entonces también con la Nueva Ciencia, con la ilustre excepción de G.W. Leibniz, que fue el filósofo que, poco después, sostuvo que todas las criaturas, incluso las microscópicas, tienen memoria, percepción, aperccepción y, por tanto, cómo no, alma, por motivos de metafísica estricta y no meramente por compasión, como se ve.

Pero Leibniz no fue el único, afortunadamente. Existe otra tradición soterrada dentro de nuestra tradición triunfante que nace de él⁸⁸ y que desmiente teóricamente tales barbaridades. Sthal, Hallez, Bathez, La Mettrie, Maupertius, Bufón y Denis Diderot, hombre de extracción humilde, escritor, enciclopedista, ateo, *philosophe* y biólogo aficionado que nació este año hace tres siglos, son hitos dieciochescos de aquella contracorriente que entiende que las leyes de la física no son de aplicación a los organismos. Escribía, por ejemplo, en carta a Duclos...

La sensibilidad es una propiedad universal de la materia, propiedad inerte en los cuerpos brutos (...) El animal es el laboratorio donde la sensibilidad, de inerte que era, deviene activa.

O, en *Elementos de fisiología*, 1774-80:

La diferencia de un alma sensitiva con un alma razonable no es más que un asunto de organización. El animal es un todo, uno, y puede ser esta unidad lo que constituye el alma, el sí, la conciencia, con la ayuda de la memoria.

La materia organizada es, sin duda, materia sintiente, viene a decir, como todavía hoy defienden los animalistas, los libros de Jesús Mosterín (*Los derechos de los animales*, Debate), y, en general, cualquiera que tenga trato directo y real con animales vivos: granjeros, veterinarios, toreros, jockeys, cazadores y hasta científicos de esos que los someten a tormento en la industria química (farmacéutica y cosmética) o alimentaria. Todos, parece, menos ciertos “animales” políticos... Y lo cierto es que no hay ninguna necesidad de que sea así, muy al contrario. Bien podríamos empezar a considerar toda vida no humana como la gran sorpresa de la naturaleza. Es, hasta cierto punto, absurdo, que algunos (como la SETI fundada por Carl Sagan) estén tan obsesionados por hacerse una idea de la morfología y nivel intelectual de una posible -casi segura, en realidad- vida extraterrestre y sin embargo no miren a su alrededor para ponderar con asombro la increíble variedad de la diversidad animal en la Tierra. En Qatar, esa ciudad levantada sobre el desierto con el dinero de los petrodolares y el trabajo semiesclavo, como no quieren privarse de nada y tienen la misma sensibilidad que un lingote de oro, han colocado megafonía en las calles para que emita el mismo sonido de los pájaros que bendice la luz de los países más templados. ¿Cómo podemos ser tan ciegos que no nos percatemos de que un pájaro es algo tan extraño a nosotros como el alienígena más extravagante que podamos imaginar? ¡Vuelan, es que los pájaros vuelan!: solo eso ya es para quedarse un día entero boquiabierto y olvidarse de comer y dormir. Despegan de una rama, realizan con gran destreza unas acrobacias aparentemente caprichosas en el aire⁸⁹ y luego se posan, con precisión absoluta, en un

⁸⁸ Olvidándonos ahora del gran San Francisco de Asís, excelentemente biografiado por Chesterton, o de Antonio de Rimini, según dicen predicaba el Evangelio a los peces de un estanque... Hoy puede parecer ridículo o naïf, pero así es como de verdad arranca en Renacimiento, desafiando el bárbaro *In te ipsum redi* de Agustín de Hipona.

⁸⁹ El famoso etólogo Konrad Lorenz, en *El anillo del rey Salomón*, cuenta cómo los grajos, cuando hay una tormenta con gran aparato de vientos cruzados se lanzan a volar a través de ella no por motivo alguno de supervivencia, sino al contrario, tan sólo para gozar del riesgo y la dificultad del baile aéreo...

alfeizar. Acto seguido, cantan, y nosotros los bípedos implumes jamás entenderemos no sólo por qué cantan, sino *lo* que cantan⁹⁰...

Naturalmente, no se puede calificar de extraterrestre algo como las aves, que en realidad se dirían más terrestres que nosotros, pero un poco “alien” sí que son, ya que es obvio que no podemos ni entenderlas ni relacionarnos con ellas con patrones o categorías humanos. Arrancarse a contemplar el mundo animal, que nos sobrepasa enteramente (puesto que, aunque nosotros seamos ya una fuerza de transformación geológica inaudita e irresistible, sigue habiendo más peso en hormigas sobre la corteza terrestre que kilos sumados de habitantes humanos), como algo que nos fuerza a reconocer modos de existencia que nos son completamente ajenos no significa, por supuesto, que pasemos a comer únicamente hierba, como las vacas, que benditas sean y son. Significa, tan solo, que está en nuestra mano convivir, y no sólo disponer, de esa biodiversidad realmente asombrosa de especies vivas -se calculan 8,7 millones, lo cual es un milagro habida cuenta de que Júpiter es once veces mayor que la Tierra y su repertorio de vida es nulo-, que van desde la ameba hasta la ballena azul pasando por algo tan singular como el pelícano. Hagamos, pues, por no ser tan burros, que de eso ya hay también, y bien bonitos...

⁹⁰ Hablar parece que no hablan, pero es por lo que decía Voltaire, colega de Diderot, aquello de que fingen como que no hablan para que no les pongamos a trabajar -más todavía, se entiende...

Economía del consumo para filósofos y poetas (acerca de la propuesta de una cultura del trueque urbano)

“Todo necio / confunde valor y precio”. Si el pareado de Machado sigue vigente -y así nos gustaría pensarlo a todos, que creemos estar mayoritariamente del lado bueno de la disyuntiva-, entonces hay que confesar que vivimos en una gigantesca cofradía internacional de necios, y nadie puede fácilmente librarse hoy de esta imputación. Hemos oído que “todo hombre tiene un precio”, hemos hablado o nos han hablado de las vivencias que, en cambio, “no tienen precio”, o decimos haber pagado “religiosamente” nuestros impuestos o nuestras deudas, que no es poco. Incluso “la muerte tenía un precio” si hay que creer en la escuela espaguetti-económica de Sergio Leone, y que las funerarias conocen tan bien. En el colmo, los empresarios nos dicen que tenemos que “vendernos a nosotros mismos”, como si en un mercado humano pudiésemos mostrar los propios dientes para subir el precio de nuestras flacas fuerzas, haciendo el papel de esclavos y esclavistas a la vez. Existen, así, innumerables expertos en precios sin ninguna titulación y que para nada necesitan leer el viejo *El economista camuflado*, aunque sólo sea porque muchos de esos formidables especialistas no alcanzan siquiera la mayoría de edad...

En cuanto al valor... Se habla constantemente de la “crisis de los valores” del mundo contemporáneo, y yo no entiendo bien qué es lo que se echa exactamente de menos... ¿Será la crueldad y adustez del patriarcado? ¿Acaso la lealtad y entrega total al trabajo? ¿Quizá el elitismo hierático de la alta, altísima cultura? ¿Tal vez el tedio y las mentiras del matrimonio, de las que todos hacen chiste? ¿O, sencillamente, campea una nostalgia rabiosa por los buenos modales, el respeto, la caballerosidad y otras formas camufladas de hacer tolerable la autoridad? Lo ignoro, por lo cual supongo que eso dependerá del carácter y la formación de cada cual. Pero de lo que estoy seguro es de que antes -ese “antes” eternamente idílico, por cuanto que no se puede probar...- el dinero era tan importante o más que ahora, y de que por tanto las denuncias que se dirigen a nuestros tiempos como exponente máximo de codicia y falta de escrúpulos reproducen punto por punto las que se han cursado siempre desde que el hombre es hombre. De modo que no hay remedio sencillo al amancebamiento bastardo entre valor y precio apuntado por Machado, puesto que de sus innobles relaciones tenemos testimonios que se remontan a milenios, y en cuanto al “auténtico”, genuino valor... aunque los filósofos le han dado muchas vueltas, en mi opinión no es más que una dimensión socialmente construida de la percepción, es decir: percibo, luego valoro, pero como percibo desde mi comunidad de origen, taso, pongo precio, comparo, calculo...

Y es que realmente resulta imposible evitarlo, porque la mayoría adquirimos cosas o disfrutamos servicios según el precio de eso llamado producto que nos venden, que es el que nos informa del valor que merece aquello de lo que vamos a apropiarnos legalmente, y además lo llamamos así, “producto”, como a sabiendas de que nada tiene de singular, personal o sentimental, sino que se trata de una pura y dura mercancía, aunque sea una mercancía prestigiosa. Y tal prestigio se lo otorga no su utilidad, ni su capacidad de satisfacer una necesidad -que no es exactamente lo mismo: un reloj es útil, una prenda de vestir, necesaria: puedo pedir la hora a alguien que pasa, pero no debo pedirle sus calzoncillos-, ni siquiera su escasez, el trabajo invertido o su cuestionable belleza. No: el prestigio de un bien o servicio se lo presta en la actualidad su vinculación a una imagen, y ésta ha de ser una imagen tal que sea reconocida como prestigiosa también por otros, sean estos una minoría selecta por un motivo u otro o una mayoría indiscriminada y a bulto. Efec-

tivamente, nadie se compra, por ejemplo, una moto hoy porque sea el único medio de transporte posible, o porque sea el más seguro, o el más cómodo, o siquiera el más barato. Al contrario de todo esto, una burra o moto se compra casi siempre porque uno aspira a formar parte del club mundial de los poseedores de moto, así de simple. Y si además se compra específicamente una Harley Davidson, es que lo que se desea es consumir y experimentar una determinada imagen consagrada por muchas películas y alguna cita popular anual de moteros de rostro impenetrable. Querer consumir y experimentar esa imagen, y, al mismo tiempo, hacer que los demás, sean moteros o no, la consuman y experimenten también en la forma de reconocimiento de ciertos valores asociados a ella, como son libertad, riesgo, vida nómada o independencia, eso es lo que se ansía concretamente. De manera que una Harley es todo eso de facto, y a ello debe su prestigio, el cual rápidamente se traduce en un precio donde lo que se compra es de todo menos un mero vehículo que te lleva de un lugar a otro.

De hecho, es curioso recordar que las mismísimas Harley fueron unas motos bastantes malas, técnicamente hablando. El propio nieto del fabricante original lo recordaba así en un reciente reportaje que leí en El País –creo que era en el rotativo de referencia El País: otra mercancía socialmente prestigiosa. Parece, en efecto, que hubo un periodo de tiempo, entre los años sesenta y los ochenta, en que la Harley, pese a que se vendió bien durante la guerra, sufrió un “bache” –valga la expresión en semejante contexto- debido a su identificación con los soldados que volvieron de la 2GM sin nada entre las manos y no tuvieron otra opción que convertirse en esos tipos peligrosos que iban de ciudad en ciudad o de pueblo en pueblo sembrando el terror –como John Rambo en la novela primitiva de Morrell. Entonces la célebre fábrica comenzó a usar piezas de dudosa calidad, y la emblemática marca comenzó a encubrir unos cacharros más bien defectuosos y fallidos. *Easy rider* –sea dicho sin menoscabo de Dennis Hopper, ya fallecido- y muchas otras cintas ayudaron y no ayudaron, puesto que ser un *outsider* resultaba atractivo para unos cuantos, pero no en absoluto, cuando menos, para sus dignos padres. Para más inri, la competencia impuesta a la sazón por la irrupción de los artefactos japoneses puso en serios apuros a una empresa que sólo tenía que volver a hacer las cosas bien para sacar partido e incluso tajada de su longeva imagen. Bueno, pues así se hizo finalmente.

Verdaderamente, no está nada mal. Así es como se hacen las cosas en la sociedad post-industrial: se coge un artículo mediocre y con la adecuada campaña de publicidad se convierte en un objeto portador de valores, los cuales son cobrados en metálico o a plazos –es en virtud de la misma estrategia, por cierto, que se coge un café de imagen europea inventado en Seattle y consigue venderse como una novedad a los propios europeos: la cadena en cuestión se llama *Starbucks*... Frente a esta cultura en la que vivimos, donde la imagen ha pasado de ser un icono puramente decorativo o familiar a erigirse en el espacio de aparición donde se desarrolla (a la vez que en la palanca que mueve a) la economía, el experimento que suponen las redes de trueque urbano supone una alternativa digna de consideración. No, desde luego, porque vayan a enmendar la plana a la economía de la imagen, sino porque se sugieren como una cultura paralela en la cual vuelvan a primar lo singular, lo personal y lo sentimental en el intercambio de objetos y experiencias. Los *eidola*, como diría Platón despreciativamente –o, mejor, los *eidolón*: las “imagencillas” –seguirán ahí condicionando el mercado con su fluctuación ininterrumpida capaz de modificar una y otra vez las relaciones entre valor y precio, pero ahora con una importante salvedad: quien quiera desmarcarse o simplemente tomarse un descanso de esta corriente general podrá hacerlo atesorando sus pertenencias para dar lugar a otras sin apenas coste, es decir, aplicando una cierta lógica propia más no obstante transferible. La correlación triangular entre imagen-valor-precio, en pureza, no se rige por ninguna lógica cuyas leyes podamos descubrir, sino por una *retórica*, es decir, por maniobras de persuasión más o menos eficaces o convincentes apadrinadas por el

Capital. Igualmente, el trueque se propone como una persuasión más o menos dependiente de la cultura de la imagen, pero en la que los persuasores no nos resultan ajenos o extraños, pues somos nosotros mismos. Digo que “se propone”, ya que lo que antaño nació de la necesidad, tanto en tiempos prehistóricos como otros no tan lejanos, nuevamente reaparece para nosotros ahora pero en la forma de una libertad posible, deliberada.

En filosofía denominamos con Martin Heidegger a esta modificación de los hábitos *Verwindung*, que significa “asumir y gestionar de otra manera” lo existente, en vez de soñar con un *Überwindung*, que sería aspirar a “negar y superar” un estado anterior. Entendiéndolo así, el trueque en las sociedades actuales no sería más que la recuperación de una “senda perdida” del pasado que halla o puede hallar un cauce de realización válido para el inmediato futuro. Muy probablemente no es este el camino hacia el que se orientaban las indicaciones de Machado o Platón, pero sin duda es un camino interesante (y, si las cosas se ponen feas, perentorio) para el pensamiento contemporáneo tanto o más que para el terreno de las prácticas de consumo e interacción del presente⁹¹, y no una vulgar necesidad como hay tantas...

⁹¹ Los economistas liberales y ahora neoliberales siempre han insistido en que en un régimen de mercado libre el precio de las mercancías es pura información, una especie de índice sociológico del carácter y las necesidades de una comunidad dada, pero uno se teme que tal presunta información neutra es tan objeto de manipulación interesada como todo lo demás.

Anámnesis: la teoría platónica del conocimiento, la salud y la pedagogía

El concepto de “reminiscencia” o “anámnesis” (o sea, “no”, *an-*, “olvido”, *amnesia*: recuerdo o rememoración, por tanto) es la clave fundamental en la teoría del conocimiento o gnoseología de Platón, quien ya en su texto *Menón* se pronunciaba en los siguientes términos: *Y ocurre así que, siendo el alma inmortal, y habiendo nacido muchas veces y habiendo visto tanto lo de aquí como lo del Hades y todas las cosas, no hay nada que no tenga aprendido; con lo que no es de extrañar que también sobre la virtud y sobre las demás cosas sea capaz ella de recordar lo que desde luego ya antes sabía. Pues siendo, en efecto, la naturaleza entera homogénea, y habiéndolo aprendido todo la psyché, nada impide que quien recuerda una sola cosa (y a esto llaman aprendizaje los hombres), descubra él mismo todas las demás, si es hombre valeroso y no se cansa de investigar. Porque el investigar y el aprender, por consiguiente, no son en absoluto otra cosa que reminiscencia.* A Platón antes que nada lo que le interesa siempre es cargarse a los sofistas, dialécticamente hablando. Si conocer es recordar, entonces los jugosos honorarios que perciben esos charlatanes no tienen sentido, más aún, constituyen una estafa a las familias pudientes de Atenas. Sin embargo, para recordar no basta con percibir sin más, todo el mundo percibe, hasta un paramécio percibe su medio, y no por ello cualquiera es capaz de remontarse a una conciencia eidética -de las ideas- claramente asumida. Hace falta, también, que, como en el *Menón*, el maestro “pinche” al alumno, le fuerce a recapacitar. De modo que no basta con decir que el conocimiento en el sentido más estricto posible es *reminiscencia*, con objeto de quitarle el negocio a los sofistas, después se debe admitir que la gente necesitará pese a todo del auxilio del filósofo, con la única diferencia, a nivel moral muy importante para Platón, de que el filósofo no cobraba nada a cambio...

Allí, en el *Menón*, que es un diálogo muy temprano, Platón escenificaba cómo Sócrates enseñaba a un esclavo geometría frente a la estupefacta mirada de su amo. Es imposible exagerar la trascendencia de esta metáfora pedagógica propuesta por Platón hace ya tanto tiempo. Han pasado dos milenios y medio, y sin embargo muchos profesionales del saber siguen creyendo en eso exactamente tal y como lo formuló Platón, aún sin saber nada de Platón, o como si Platón lo hubiera escrito ayer mismo. Se agita un poco en el mundo de la pedagogía y el noventa por ciento de sus profesionales creen en la anámnesis, aunque no lo denominen así (para empezar todos los rousseauianos, como las escuelas Waldorf, Montessori, etc.). Y, seguramente, si se agita un poco en el mundillo de las matemáticas y de la física más teórica ocurra igual: todos responderían que llega un punto en que las leyes naturales o numéricas ya no las arañas fatigosamente del laboratorio, sino que parece como que las “descubrieras”, como si procedieran de la mismísima eternidad -el matemático indio Ramanujan, en Cambridge, decía que las secuencias matemáticas son “pensamientos de Dios”-, o simplemente del funcionamiento mismo del cerebro humano como arquetipo de entidad pensante absoluta. Así, por ejemplo, Noam Chomsky, que sigue vivo, defiende su Gramática Generativa, es decir, la visión de una estructura lingüística común a todo idioma y que es innata, que es como decir que viene “en serie” o “por defecto” en nuestro aprendizaje espontáneo. Todas las actuales teorías cognitivas o cognitivistas, así mismo, son más platónicas que el propio Platón -puesto que, además, Platón en sus diálogos críticos y de vejez pareció olvidarse del asunto de la anámnesis, valga la paradoja-, en un intento de pensar la mente humana como una suerte de computadora que somete cualesquiera *inputs* de información a las

reglas generales del procesamiento humano, que serían para este caso las ideas platónicas o las categorías puras de Kant⁹².

La llamada “teoría de la reminiscencia” de Platón consiste, pues, en afirmar que el conocimiento en el hombre es innato, que la *psyché* del ser humano conoce ya la verdad antes de encarnarse en un cuerpo, y que la tarea del hombre en la vida es ir recordando todas las cosas que su mente ya conocía, las cuales, como consecuencia del proceso de posicionamiento en un *aquí y ahora* particulares, o sea, en un cuerpo, habrían sido olvidadas. De esta forma, no es posible para el hombre ampliar sus conocimientos, puesto que éstos se encuentran en él desde la cuna, sino tan sólo sacarlos a la luz, recordarlos, pero con ayuda de la filosofía. Y aquí hay, claro, un poco de trampa, puesto que lo que Sócrates saca del esclavo le pertenecía al esclavo, pero a la vez no podría haber sido descubierto sin el concurso del filósofo. Que es como si el manager de los *Rolling Stones* les dijera que ellos no podrían vivir sin él, porque aunque es cierto que la música la han compuesto ellos, sería imposible que llevaran a cabo ese trabajo sin su diligente asistencia. Esto, no obstante, es lo que venden muchas escuelas alternativas a los padres incautos: que van a sacar oro puro del alma de sus hijos, pero cobrando a cambio seiscientos euros al mes. La respuesta evidente es que si sabes extraer oro de las cabezas o corazones de las personas, pues empieza con la tuya propia en vez de pedir nada por hacer ese trabajo con los demás. Por eso, personalmente pienso que es mentira, que aprender consiste en asimilar lo otro que te encuentras por el hecho de nacer y que es más bien distinto de ti, porque para conocerte a ti mismo ya tendrás tiempo y tus maestros serán la familia, los amigos, los libros y las malas pasadas, que mal que bien son gratis y juez y parte de tus andanzas. Los seres humanos no necesitamos ni ideas innatas, como quería el Platón joven, ni una tonelada de experiencia, como pensaba su discípulo Aristóteles. En realidad, el lenguaje nos lo da casi todo hecho. Yo ya sé, con absoluta certeza, que no quiero que me practiquen una tortura medieval, tan solo con que me sea descrita, y sería absurdo tanto decir que no lo quiero porque de modo innato un instinto (por cierto, nadie ha definido “instinto” satisfactoriamente nunca) me aleja del dolor intenso, como decir que, oye, es que no sabes si te gustará o no el potro hasta que lo pruebes... El lenguaje humano -aún no conocemos otro- aporta bloques de experiencia sensorial completos sin necesidad de haberlos actualizado en nuestros propios nervios. Yo nunca me he roto un brazo, pero sé muy bien lo que debe sentirse cuando notas que se te tronza un hueso; lo sé con la sola comprensión de la palabra “tronzar”. Si yo escribo aquí “rebozarse un excremento bien calentito por la barriga” ya está, ya no hace falta decir más para sentir asco. Ese asco no es ni innato ni propiamente aprendido de una sensación directa, viene con el lenguaje que todo bebé aprende y funciona de maravilla siempre que hace falta. Si una persona necesitara tener todas las sensaciones posibles para conocer una cosa, sería preciso el tiempo de tres vidas humanas tan sólo para asimilar la Gran Vía de Madrid un domingo por la mañana. El lenguaje no consiste únicamente en mover glotis y lengua para comunicar deseos, dudas, exigencias, etc.; el lenguaje es como los *riders* de Glovo, transporta paquetes de experiencia de un punto a otro del mundo. Y esto es exactamente lo que parece que se pierden los animales...

En el mito del carro alado del *Fedro* Platón trataba de pintar imaginativamente cómo la *psyché*, que se encontraba libre en el presunto “mundo de las ideas”, es condenada a encarnarse en un cuerpo por algún tipo de falta cometida. Cuando el cuerpo muere, la *psyché* es juzgada -otro mito, el mito de Er al final de *La república*-: si el veredicto es positivo, esto es, si ha conseguido purificarse, puede permanecer ya para siempre en el “mundo de las ideas”; si, por el contrario,

⁹² ¿Platón como el primer momento en que la algorítmica toma conciencia de sí misma y Kant como el paso siguiente, cuando el algoritmo se sabe pensado y aplicado por el hombre? Pregunta que lanzo un poco por parecer inteligente...

no ha obtenido la purificación (*catharsis*), deberá encarnarse en sucesivos cuerpos hasta que la consiga. Los estudiosos de Platón se decantan hacia la consideración de que tal explicación no es sino una alegoría que simboliza la convicción de Platón de que el conocimiento realmente valioso es innato en el hombre, y que este mundo de apariencias en que vagamos como sonámbulos no tiene nada bueno que aportarnos. La ligereza con que dicho mito es tratado, y el hecho de que sólo se plantee en uno de sus diálogos y de forma marginal, así parece confirmarlo, como he observado antes. Otros opinan, en cambio, que el concepto tiene una función teórica en su filosofía, y que responde a la influencia de tradiciones místico-religiosas anteriores como el orfismo, el pitagorismo y la creencia oriental en la reencarnación. Las dos interpretaciones son ciertas, porque ambas convergen en el temperamento religioso de Platón. René Descartes, siglos después, también creará en el innatismo, pero no ya en la filosofía como terapia –por cierto, en lenguaje médico “anámnesis” es la información que el doctor obtiene de las declaraciones voluntarias del paciente. Para Descartes el autorecuerdo se lo practica uno a sí mismo de manera metódica, pero solitaria. A mí no me gustan en este aspecto ni unos ni otros, ni Platón, ni Descartes ni los pedagogos ni, en este aspecto, Chomsky. Se aprende viviendo, claro que se aprende. La *anámnesis* no es más que un modo de mirarse el ombligo, sea por voluntad propia o con una guía ajena. Lo que sea que haya en ti ya saldrá, lo quieras o no, preocúpate mientras de medirte y abrazar y sufrir el resto del mundo, que no es precisamente pequeño ni sencillo -sino ancho y ajeno, conforme al título de *Ciro Alegría*.

Cuatro películas sobre el Apartheid norteamericano

Los vietnamitas nunca me llamaron "negrata"

Poster en el inicio de *Detroit*

Cuando mis hijos eran muy pequeños subíamos por una calle empinada cuando se nos cruzó un negro bastante oscuro de piel, azabache, obsidiana, ébano, como se quiera, y según se iba acercando yo me temía lo peor, porque mis niños nunca habían visto a nadie muy distinto a mí, poquísima cosa como soy, en su corta experiencia, y encima en Madrid. Así que ocurrió, dijeron: “¡mira, Papá, un negro!”, con toda naturalidad. Con naturalidad y bochorno traté yo por mi parte de sonreír y hacer comprender la ingenuidad de los críos al señor, no vaya a ser que pensase que les tenía entrenados para detectar iberoafricanos en la gran ciudad, como los policías de Lavapiés. Pero lo que le ocurrió a una amiga fue peor. En muy similares circunstancias, lo que sus dos lindas niñas dijeron fue: “¡mira, Mamá, El Lobo!”... Pues parece que lo que es sólo una situación apurada en Madrid, debe ser un horror en El Ejido, y un volcán semidormido, un duermevela de pesadilla, en los Estados Unidos de América. Yo no lo entiendo, de verdad, pero es porque soy pseudo-filósofo y los filósofos no es enteran de verdad de nada que no esté bien categorizado, pero debe ser cierto. Debe ser cierto que a pesar de los siglos de convivencia, de la mala conciencia de muchos blancos (el que más, en la ficción, Ike McCaslin en *Desciende, Moises*, de Bill Faulkner), y del hecho indiscutible de que ya no puede haber nadie que crea de verdad en las distinciones raciales y en El Lobo Feroz, muchos siguen aprovechándose allí de fingir como que de algún modo esa distinción -y por tanto esa si ya no inferioridad biológica, que es lenguaje putrefacto del pasado, esa efectiva rebaja de derechos por un motivo u otro-, pervive en perjuicio de la negritud y hay que demostrársela a golpes cada verano. Es cierto que en verano aumentan siempre los crímenes -y la actividad sexual, por cierto- a causa del calor, pero lo de USA ya es de abandonar el país e irse a vivir a Sudáfrica. Si todavía con Obama en la presidencia había problemas en el Sur en verano, estamos comprobando lo que sucede con un supremacista blanco en la Casa Blanca, un tipo que con toda seguridad tiene lazos secretos pero firmes con varias organizaciones repulsivas que avergonzarían al mundo de salir a la luz. Estados Unidos es la nación que arrancó la historia del cine con una película sobre el Ku-kux-klan, para acto seguido fabricar otra como penitencia venial de aquel pecado original, y en este péndulo macabro se mueven desde entonces⁹³. Al llegar la noche, extrañas frutas pesan cada verano en sus árboles, tal y como cantaba Billie Holiday...

Como no lo entiendo, eso del racismo inextirpable en la potencia en la que supuestamente venció el Norte abolicionista (era abolicionista, por cierto, únicamente en el sentido de que entendían que de nada servía mantener la infame compraventa de unas personas que de todos modos iban a mostrar su incapacidad política y económica por sí solas), he estado viendo películas, porque la historia alternativa de Howard Zinn la tenía en muy mala edición y la regalé

⁹³ Francis Scott Fitzgerald, *Suave es la noche*, 1934, su protagonista, al que el autor en ningún momento parece considerar negativamente, ante un cadáver en un hotel: “Abriendo la puerta, Dick murmuró: -*Tráete la colcha y un par de mantas de nuestra habitación. Y procura que nadie te vea. No debes preocuparte -añadió, al ver la expresión extrañada en el rostro de ella-. Se trata sólo de una piltrafa de negro.*”

hace tiempo. Sin atender a la cronología, he visto primero *Criadas y señoras*, acerca del drama de las mujeres negras al servicio de las pijas blancas del Misisipi en los años sesenta. Su drama no consistía en ser analfabetas, o en sus trabajos de sirvientas, que no está mal para empezar, sino en que las pobres mujeres cogían cariño a los vástagos de los blancos que criaban prácticamente solas y que al crecer renegaban de ellas y las tiranizaban doblemente. Eso sí que era la mismísima “semilla del diablo” cien veces más que la tontunada de Polansky, y una o dos por cada hogar construido en madera de las afueras de un villorio o ciudad. Luego he visto *Malcolm X*, que la tenía pendiente entre las de Spike Lee, y la verdad es que no me ha removido gran cosa ni enseñado nada. Me gustaron mucho más *Mo' Better Blues* o *El verano de Sam* que esta y *Do the Right Thing*, que son presuntamente más combativas. Digamos que X lo que planteaba y promovía era una especie de apartheid al revés: antes de que nos hacinéis en guettos, ya nos vamos nosotros y constituimos una Norteamérica aparte, la Norteamérica de los descendientes de los esclavos. Como esta propuesta no podía ni quería ocultar su naturaleza violenta, Malcom terminó hecho un colador a los pies de una tribuna. Hay que aprender a tener la boca cerrada...

A continuación, vi *Greenbook*, que creo que ganó muchos Oscars en la edición del año pasado, o por ahí. Nada: una *Buddy movie* ambientada en los 50 donde el problema racial queda muy diluido por la cuestión de clase. La película es algo así como la respuesta americana al *Intocable* francés pero invirtiendo los términos y tratando de solucionarlo todo de una tacada: ahora el rico es el negro, pero, como en el cuento de Ferlosio, ya no es por pobre o por no pobre, ahora es por lobo, o sea, sencillamente por negro (https://elpais.com/diario/1987/12/13/opinion/566348412_850215.html). No obstante, la película tiene una escena memorable, que es cuando Viggo Mortensen le recalca que su propio mundo es “mucho más negro que el tuyo”, puesto que vive buscándose la vida en los bajos fondos, mientras que el amo afroamericano vive como un rey -un rey, por cierto, con atributos tribales a lo Rider Haggard: puntita irónica en el guion... La última, sin embargo, sí pone el dedo en la llaga, tal como yo lo veo, en la llaga que sangra desde aquellos barcos de negreros en los que existían tales condiciones de vida que se les moría la mitad del cargamento por el camino. Se trata de *Detroit*, de Katryn Bigelow, una directora a la que le van las temáticas espeluznantes con rostro de tortura, de 2017 (el mismo año del duro documental de Peck: <https://cinedivergente.com/i-am-not-your-negro/>), y que recrea incidentes reales de los disturbios de esa ciudad -la quinta del país- en 1967, el año en que todavía el mundo no era del todo contracultural. Otro verano de guerra, pero esta de verdad, como en Belfast en sus peores tiempos. Con los ánimos más tirantes que la cara operada de Michael Jackson, una simple travesura ocasiona una noche de tormento, miedo y experiencia abominable de poder a la manera de la clásica *Saló o los 120 días de Sodoma* de Pasolini. Violaciones no hubo, pero porque las chicas eran blanquitas...

Igual que en *Malcolm X*, los negros se llaman entre sí “negratas”, como resignados al horror, y aquellos que colaboran con los blancos o tratan de negociar con ellos son calificados de “Tío Tom” -así, Nelson Mandela habría sido el gran Tío Tom del s. XX... Por supuesto, la película nos hace el truco de señalar como sádico principal a uno solo, y los demás policías serían sólo consentidores, pero nunca sabremos cómo son las cosas de graves en realidad en Estados Unidos hoy. También el asesino de George Floyd fue uno puntual, y sin duda un sádico que quiso averiguar si era capaz o no de llegar hasta el final. Allí hay mucha gente así, que no se conforma con ponerse a prueba en un toro mecánico, en un concurso de deletreo o en la ingestión épica de veinte hamburguesas. De verdad que yo creo, sin tener ni idea ni haber viajado apenas allí, que nadie en Estados Unidos es realmente racista, ni siquiera el animal de Trump. Lo que pasa es que se mimetizan a una inercia histórica para dar rienda suelta a su sadismo, su aporofobia y sus aspiraciones de superioridad personal. Cuando pronto China les dé sopas con onda en casi

todo, su necesidad de tomarla con alguien con aspecto de víctima de toda la vida se incrementará, y las declaraciones aparentemente racistas apuntarán ya hacia todas las variedades de tipologías humanas excepto a la del gordo autóctono con gorra de beisbol y perilla. Al fin y al cabo, dirán, sólo nosotros, los blancos hijos de las pijas blancas del Misisipi que aprendimos a despreciar a las matronas negras que nos criaron, hemos llevado un hombre hasta la Luna. Y es cierto, pero gracias a una tal Katherine Johnson, una mujer negra que murió hace tres meses y que fue quién hizo todos los cálculos matemáticos necesarios para que la expedición no terminase como en la famosa protopelícula en blanco (y negro) del francés Georges Méliès...⁹⁴

⁹⁴ Estremecedor también el recuerdo del *Escupiré sobre tu tumba* de Boris Vian, donde un afroamericano especialmente pálido de piel aprovecha esa ventaja para vengar a los suyos de una muy original forma que no voy a revelar aquí.

Cuando el gigante chino despierte, el mundo temblará...

Napoleón Bonaparte

Los filósofos son gente que predica la humildad pero practica la prepotencia. De todos los textos con que las vacas sagradas del gremio nos han obsequiado los últimos veinte días no hay ninguno que se salve, o bien porque enuncian lo obvio con lenguaje de sortilegio -¡la “biopolítica”!-, o bien porque creen adivinar el futuro, lo cual también es sortilegio, bola de cristal para ser exactos. El futuro es enteramente inaprehensible, sencillamente porque la realidad social es multifactorial, en el sentido de Weber, o compleja, en el sentido de Luhmann, o impredecible, en el sentido de la segunda Ley de la Termodinámica (porque eso significa entropía, no disgregación o desorden sino aumento de la impredecibilidad) o de la Física del Caos. De hecho, si fuera predecible, como aún piensan lo que viven anclados en el s. XVIII, ¿cómo es que no se predijo la caída de Lehmann Brothers, cómo es que no anticipamos la actual pandemia? (bueno... parece que sí se hizo...) No obstante, hoy mismo una filósofa española de renombre dictaminaba en una entrevista en la prensa que cuando asomemos de esta primera fase de la cuarentena (el final absoluto está algo lejos...), se habrá impuesto el control social. Cómo sabe ella eso es misterioso, pero sólo pueden haber dos hipótesis, o la de la bola de cristal, que ya se sabe que “a todo el mundo le mola”, o que un filósofo debe decir siempre algo grave y torvo, como el profeta Jeremías. La filosofía, por lo visto, siempre se pone en lo peor, porque está compuesta de almas bellas que anhelan el paraíso, la utopía, y desde ahí todo se ve siempre feo, injusto y sumido en un fango histórico irremediable. Nietzsche escribió aquello tan romántico de que todo aquel que en la historia de la humanidad ha forjado un cielo lo ha hecho con los materiales de su propio infierno...; pues aquí es al revés, todos los que están escribiendo acerca del aciago infierno que nos aguarda lo hacen, sin duda, valiéndose de los materiales acarreados desde su prístino cielo interior...

Sin embargo, hoy en España se ha adelantado que después de Semana Santa la actividad económica real -no la financiera, que terminará, esa sí, por matarnos- regresa a las calles paulatinamente, que una carta de numerosos líderes y exlíderes mundiales piden, ¡exigen! una coordinación mundial en la gestión de la crisis, que esto parece una pelea de patio de colegio o “el buitre que no corre vuela”, que el papel higiénico ha vuelto a los supermercados, que los aplausos a los sacrificados profesionales de la sanidad resuenan como plegarias laicas, que África, el resto de Asia y Latinoamérica aún no sufren demasiado, y que la curva del ánimo y la esperanza de la gente, que estaba empezando a aplanarse, volverá a levantarse como una cometa en verano. De modo que que no decaiga. Es célebre la metáfora de Walter Benjamin que dice que el capitalismo es como un tren que viaja sin control, acelerando continuamente hasta que termine por estrellarse, y que el socialismo es el freno, un idea que ha tenido tanto éxito que hoy la emplean hasta los propios defensores del neoliberalismo, en la forma del conocido como Aceleracionismo (<https://es.wikipedia.org/wiki/Aceleracionismo>). Pues bien, eso que deseaba Benjamin se acaba de producir, el freno ya es un hecho, aunque sea un hecho temporal, y no lo ha generado la voluntad racional del hombre, sino un accidente indirecto seguramente ocasionado por la lógica del beneficio y la acumulación. Muchos se llevan las manos a la cabeza, hoy, y dicen que se trata

de la “venganza de la naturaleza”, lo cual es una afirmación como de hechicero de la tribu y que no se corresponde a realidad alguna. En el Antropo-obsceno que habitamos, nada es ya natural, o lo es todo, como se prefiera. Al igual que la actividad de la especie humana extinguió miles de especies de fauna y flora de Australia ya en la prehistoria, cuando éramos tontos de remate, cuál no será hoy nuestra capacidad para desencadenar virus de forma involuntaria ahora que nos creemos que lo podemos todo, pero cuando el futuro se presenta más enigmático que nunca...

No obstante, sí que hay una idea curiosa, proveniente de modo borroso de la antigüedad y el periodo bajomedieval, que parece realizarse extrañamente como si fuera la única y absurda profecía que sí se va cumpliendo a lo largo de los siglos. Se trata de lo que se conoce -yo lo leí en unas conferencias transcritas sobre historiología de Ortega y Gasset- como *Translatio imperii*, en latín. Muchos ya sabréis lo que es, pero lo cuento someramente por si acaso. El traslado, o la traslación, del “imperio” significa la intuición, o la superchería, de que la hegemonía del mundo siempre la posee una sola nación y que este, el poder, gira con el paso del tiempo de Este a Oeste. Y la cosa tiene enjundia, porque, fijaos, cuando la idea fue formulada (esos tiempos en los que el futuro se sentía como una repetición perpetua del presente, con el añadido de la nostalgia de la Edad de Oro, entre los grecorromanos, o de la espera angustiada del Juicio Final, entre los cristianos, que es la ficción bajo la que penamos estos días...), únicamente se conocía una primera parte descabezada de la serie, a saber: en efecto, la égida planetaria, el trono del mundo conocido, habría pasado de Egipto a Grecia, de Grecia a Roma y de Roma a la Francia carolingia. No sabían que la cadena hacia al Oeste empezaba antes, es decir, que antes de Egipto estuvo Mesopotamia, antes Persia y antes, y sin ir más atrás en el tiempo, China. Como se ve, *Translatio imperii* pura y dura, con nuestros actuales datos arqueológicos e históricos. Pero es que Hegel, en los inicios del s. XIX, aceptó el reto y continuó enumerando: después del Reino de los Francos, el Sacro Imperio Romano Germánico, que está un poco más al Este pero que no incumple la regla porque, según Hegel, es la fuente del espíritu cristiano, y lo vuelve a ser con la Reforma Protestante. ¿Qué viene después, de nuevo viajando, como esos mapas de las películas de aventuras que se homenajean en *En busca del Arca Perdida*, hacia el Oeste? Las Islas Británicas, por supuesto, que fueron globales pero yacen hoy postradas en manos de necios... Hegel, pues, lo tiene claro: el futuro para él pertenecía, ya que el Atlántico sólo tiene ejércitos de peces y legislación de grandes olas, a los jóvenes Estados Unidos de América. Voilà...

Estamos, estos días, como estaría un turista que mirase con vértigo hacia el fondo de las cataratas de Iguazú, en el freno que indicaba Benjamin. No hay nadie sobre la faz de la tierra con las facultades adivinatorias suficientes para hacer un pronóstico solvente de lo que viene después, excepto aquel que pudiera adivinarlo porque tuviera el poder para definirlo, como si a mí me diera por adivinar en los posos del café de esta mañana que mi alumno más odiado va a sacar un cero en el próximo examen -en la vida he hecho nada semejante, que conste. A Benjamin le hubiera gustado que ese freno hubiera sido una acción ética nuestra, querida por mor de la Emancipación de la Humanidad, y sin embargo lo ha logrado parcialmente un estúpido factor biológico de esos que creíamos superados, “construidos” para más inri. El socialismo es una alternativa más a lo que venga tras el freno, pero lo que parece evidente es que no será un comunismo a la manera del s. XX, sino esas vagas propuestas de Ecofeminismo (<https://es.wikipedia.org/wiki/Ecofeminismo>), Pluriversismo (https://pluriverso.fandom.com/es/wiki/Funcionamiento_del_Pluriverso), El buen vivir (https://www.bioguia.com/entretenimiento/que-es-el-buen-vivir_29284266.html), Neorruralismo (<https://es.wikipedia.org/wiki/Neorruralismo>), Anarcoprimitivismo (https://es.wikipedia.org/wiki/Anarquismo_primitivista), Decrecimiento, etc., o sea, formas más descafeinadas, pero por lo mismo menos peligrosas -o eso espero-, del sueño cooperativista. Pero parecen poco probables, al menos a corto plazo. Se hablará de una “refundación del capitalismo”,

como llegó a decir Sarkozy en 2008, o de un “capitalismo con rostro humano” (parafraseo la expresión de la revolución húngara de 1956, que en capitalista tiene idénticas posibilidades de triunfar, aunque, ya digo, nunca se sabe...), o del fin de Europa y el definitivo ascenso de China, dependiendo de si hay o no resistencia numantina del café de Trump pese a sus bajas -Chomsky, por cierto, se ha dejado barba de Jeremías también-, o si tiene lugar un Plan Marshall global de la sedicente República Popular...

Sólo quien tuviera un as en la manga podría saberlo, y a ese habría que encarcelarlo por jugar con ventaja y jugar nada menos que con las vidas de medio mundo. Pero la posibilidad de la entronización planetaria de China sin duda es la más divertida, aunque produzca escalofríos al liberalismo occidental, porque casi clavaría la predicción mágica, completamente irracional, de la *Translatio imperii*. En realidad, debería tocar el turno de Japón, o de Rusia, pero las cabriolas mágicas no pueden pretender ser exactas. O sí, y de repente uno de esos dos países acelera con o sin aceleracionismo y se pone en la Pole Position. Yo, que me imaginaba el futuro como una Comarca de los Hobbits regida por una mirífica composición de división de poderes, democracia directa, gran longevidad, tabaco que no matase y bellos y amplios prados, voy a echar mucho de menos las conquistas jurídicas y culturales del pequeño subcontinente europeo. Aunque el freno de Benjamin sea desatascado en los próximos días, ya nada volverá a ser igual, no tanto por la pandemia, sino por lo que la pandemia haya podido sacar en nosotros de verdadera seriedad ante el colapso climático, el apocalipsis nuclear, los soberanismos autistas o la ingeniería genética. Si ni los sustos funcionan, no sé qué diablos podría funcionar ya para que la humanidad no se suicide. Parece que la pandemia va a acabar con parte del problema del invierno demográfico, desgraciadamente. Estamos muy lejos de un estado mundial, en el que ni Hegel creía. Y bien puede ocurrir que en un mes salgamos del confinamiento aliviados y todo nos vuelva a importar un pito, mientras quizá se desangre África, el continente anémico. Esa sería una forma de girar 360 grados completos; la otra, la de la *Translatio imperii*: de nuevo el cetro para la antigua y venerable China pero con métodos de confucianismo de masas. El mundo temblaría, pero yo qué sé...

La Educación Telemática o la Foto del Fin del Mundo

Pon la huella de tu pie en la nieve del andén junto a la huella del pájaro.
Peter Handke, *Ensayo sobre el día logrado*

Soy profesor de Valores éticos en la Enseñanza media, y a menudo, cuando entro en una clase, las chicas están haciéndose trenzas unas a otras (yo lo llamo “salón de belleza”), los chicos atizándose amistosamente como chimpancés, grupitos mixtos jugando a las cartas (yo lo llamo “la timba”, y les engaño susurrándoles que mejor que nadie les vea, porque están prohibidísimos los juegos de azar en una institución pública, no vaya a ser que se estén jugando dinero...), y las parejas fundiéndose furtivamente en el pasillo, a las que hay que encarar a separarse como un policía del franquismo en un baile de pueblo. Una vez, en una guardia, una alumna me enseñó a hacer una trenza de tres mechones entreverados con otra alumna de ejemplo, pero se me olvidó a los cinco minutos de salir de clase. Para poner vídeos, también los profesores echamos mano del alumnado, pues siempre hay un técnico o técnica gratuito nombrado por la clase para esos menesteres que lo sabe hacer todo y que es como Superman: solventa el problema y se vuelve a su asiento sin esperar a que le des las gracias. No obstante, yo le doy las gracias y le digo al resto del grupo que se lo agradezcan también. Luego hay otros alumnos que, según llegas, y antes de que pases lista, se empeñan en que oigas una canción o veas un vídeo casi con toda seguridad malísimo, pero con el que ellos llevan varios días flipándolo. De modo que hay muchas cosas que los profesores viejunos no tenemos la más remota idea de cómo hacer, o siquiera de que existen, y esa algarabía de críos con granos, incontinencia verbal y que nos sacan media cabeza nos enseñan. En los debates no, en los debates no suelen tener nada original que decir, más o menos todos opinan lo mismo y, excepto los recientes casos de infectados por coronavox, siempre es algo que muestra buena voluntad, tolerancia y respeto por la manías e idiosincrasias de los demás. En realidad, todos los profesores podríamos dar sin apenas dificultad la asignatura del colega de al lado, el reto no está ahí, el reto está en que te caigan bien los adolescentes, y, si esa condición se da, entonces lo mismo puedes hablarles de la aceleración de los graves que de los Derechos Humanos, que son cosas, ambas, nunca seguras y fijas en el acervo humano, al contrario de lo que parece, y por eso hay que insistir en ellas curso tras curso, verso a verso, golpe a golpe, hasta que nos odien o les odiamos, o todo a la vez, pero sin cejar en que tales teorías o modelos se transmitan, y no que pueda suceder que la cultura consista en que tenga la última palabra el autotune de un reguetonero dequeista que firma con una X.

Es verdad, también, que frecuentemente los adolescentes son el mismo adolescente, como en un cuento de Borges. Te hacen las mismas bromas de vago que va de jeta que te han hecho un millón de veces, pretextan las mismas trolas a sus defecciones que han pretextado siempre, y en general están tan llenos de vida y entusiasmo que son tan egoístas como los dioses olímpicos. Gajes del oficio. Al igual que a quien le gustan las bandas de jevi metal no querría jamás que surgiese una nueva banda exitosa de ese palo que tocase el trombón eléctrico en vez de la guitarra eléctrica, o que luciesen las trenzas de mis alumnas en vez de greñas al viento, el profesor debe ser alguien que disfrute con las minúsculas variaciones de la repetición, a la manera de Deleuze antes de irse al Lado Oscuro Psicoanalítico, y si no más vale que cambie de profesión o de categoría

funcionarial. Porque incluso los escasos, pero embriagadores -tenerlos en clase, oírlos participar y leer sus cosas es como un oasis de las Mil Noches y Una Noche- alumnos brillantes e interesados por el estudio también se fabrican en serie, y se parecen todos bastante, como si también vinieran vertidos de un molde, aunque sea de un molde exclusivo y de edición limitada. Nada de esto, claro, lo enseñan en una oposición, y menos todavía en ese Master caro e interminable con el que los pedagogos hacen su agosto vomitando a los futuros maestros su puré terminológico (los pedagogos son, desde luego, la peste, pero es que además su propia existencia está sometida a lo que yo llamo “la paradoja de la pedagogía”, y que consistiría en que, si de verdad es cierto que se puede aprender a enseñar o aprender a aprender, el propio pedagogo tiene que haber aprendido de un pedagogo anterior, y, como está remisión no puede encadenarse hasta el infinito, tiene necesariamente que haber existido un Primer Pedagogo que aprendiese por sí mismo, con lo cual es posible aprender o enseñar sin el auxilio de un pedagogo, y por tanto todos los eslabones posteriores son superfluos, falsarios y finalmente huecos; https://elpais.com/diario/2008/12/08/educacion/1228690803_850215.html).

Una vez vi una foto en Facebook que había puesto mi amigo Pelayo. Consistía en un aula vacía, arrasada, con nombres de chavales en la pizarra y las sillas y pupitres destrozados. No recuerdo con qué intención la había subido ahí Pelayo, pero sí que yo escribí un comentario que decía: “El fin del mundo”. Me pareció el título perfecto de la imagen, que es obra de una fotógrafa no muy conocida, y eso que aquel intercambio del todo trivial tuvo lugar hace años, mucho antes de la actual pandemia. Ahora, con la pandemia, es más Fin del Mundo que nunca. La educación ha sido desde el mismísimo origen del cosmos el territorio a conquistar por las diferentes facciones políticas. Si los paramecios unicelulares tuvieran la menor estructura social, aunque fuera la mínima, como en el delirio anarcocapitalista, lo primero que harían sería asegurarse de que los siguientes parameciitos recién meiotizados (o lo que sea, que yo también he sido alumno distraído y pasota) reciben las instrucciones suficientes como para ser lo que el jefe paramecial de turno les ordene. Los anarquistas pusieron una gran fe en la educación, sobre todo en España, los bolcheviques de la Revolución Permanente también, sobre todo en Rusia y Alemania, y, en todas las naciones, lo primero que ha hecho el clero de cualquier confesión ha sido asegurarse de que podía disponer de los cerebros de los niños desde muy pequeños para taponarlos con su peculiar cieno, más o menos el mismo en todo el mundo. Creemos que quien pueda intervenir en la educación es quien puede redireccionar el futuro, y eso ha sido bastante verdad durante milenios, al menos hasta que se inventó la radio, e inmediatamente después, su Mr. Hyde, la televisión -la televisión se relaciona con la previa radio como los gremlins malos con los buenos: al principio nos pareció muy mona, pero luego comenzamos a darla de comer después de medianoche...

Incluso los grandes bancos parecen interesadísimos en la enseñanza últimamente. No hay día que no mire la portada digital de El País -también miro el diario Público, donde no sucede- que no haya un malhadado pedagogo o alguien relativo a la pedagogía (uno o dos distintos cada día) dando buenistas, sanos y estólidamente consejos patrocinados por el BBVA acerca de la mejor manera de preparar a nuestros hijos para los enormes cambios que nos aguardan en el porvenir. Y sí que eran enormes, sí, a partir de ya, en esta crisis en la que estamos instalados como en el ojo de un huracán, viendo todo moverse a gran velocidad alrededor pero sin sentir aún el efecto del viento. Resulta que vamos a tener que llevar todos mascarilla, como en China, a hablar con gestos, como en la Bolsa, a hacer cola para el papel higiénico, como en la URSS, y a pedir permiso para reproducirnos, como en Esparta. Es imposible saber si tales giros abruptos del destino nos van a conducir a un nuevo autoritarismo o a una mayor libertad, a sacudirnos por fin viejas cadenas internas o a forjar otras nuevas, a afrontar de una vez el reto ecológico o a darlo definitivamente

por perdido. Pero una cosa es segura, o al menos para mí. Si las predicciones de esos presuntos expertos (hoy, más que nunca, cuando cada aspecto de nuestra coexistencia con el virus conoce cinco interpretaciones posibles, además de la oligofrénica de Trump, deberíamos empezar a desconfiar de los dichos expertos...), que anuncian que la escuela va a cambiar y que vayamos acostumbrándonos a la idea de que la enseñanza ya nunca será igual, tienen un ápice, aunque sea de pura casualidad, de razón en lo que dicen, entonces sí que estamos perdidos. La perspectiva de estudiantes de Bachillerato o de Universidad recibiendo en sus casas clases on-line es aterradora, anti-humana, distópica, pero si lo piensas respecto a Primaria y Secundaria dan ganas de echarse a llorar. A mi no me costaría dar clases a una webcam, se me da bien armar un discurso seguido y más o menos articulado o improvisado durante cincuenta minutos, y además no tendría que mandar callar y todo esa murga, pero... ¿cómo adivinaría la reacción de mis oyentes, a los que no veo? Y aunque me los pusieran en una esquina de la pantalla, como hacen en los programas de gremlinvisión ahora, cada uno en su celdilla optica, ¿qué sería del salón de belleza, de la timba, de los chimpancés, de los rollitos en el pasillo, de los chistes malos en clase, del tío que se duerme en su pupitre, de la chica que mira el móvil, del morito que trata de adaptarse, del chinillo que te mira sin todavía comprender ni jota, del dominicano ligón, del “yo no he sido” peor actuado de la tierra, de las peleas en serio que se quedan en nada, de la que o el que tiene que salir a tomar el aire con una amig@ porque está llorando y “luego te cuento qué ha pasado, profe”...?

La educación telemática, o algo a medio camino de eso, es una pesadilla incivil, una catástrofe humana cebándose en los más jóvenes. Bastante era ya que todos nos hubiéramos sacado amigos virtuales en las redes sociales a lo que jamás hemos visto, eso, bueno, hasta puede tener su gracia, pero una escuela-sin-escuela es una broma pesada. Miren detenidamente la foto que he llamado de *El fin del mundo*. Hay que ser muy inconsciente para decir que la escuela es una modalidad de la prisión, como los foucaultianos o los propios adolescentes, pero hay que ser además insensible para no ver en esa imagen el apocalipsis más terrible imaginable. Un montón de caras sonrientes mirándose en una sofisticada pantalla mientras que las aulas retornan a la naturaleza virgen es la barbarie disfrazada de innovación formativa. Aunque fuera cierto que con ello se acabara con modos y maneras de instrucción mostrencas y obsoletas, también lo sería que ya ningún maestro mediría su huella junto a la huella de su aprendiz...



<https://www.findinterestingplaces.com/articles/looking-inside-the-abandoned-schools-of-the-irish-countryside>

Teoría del Suspense...

¿Qué tienen que ver la *Nouvelle Vague* y la obra filmica de Alfred Hitchcock? Pues nada, pero nada de nada. Sin embargo, todos hemos leído la famosa entrevista larga en que Truffaut rinde pleitesía al genio del británico, además de tratar de sonsacarle sus trucos. Y eso es, precisamente, lo único que tienen en común: la idea del cine como puro cine, de que el cine es un truco sofisticado y no un reflejo de la realidad o un transmisor de lecciones para la vida. Por eso aquellos cachorros franceses hablaban tanto del “cine de autor”, y no existía entonces más Autor, o autor más Autor, que Alfred Hitchcock, de cuya muerte han pasado ya cuarenta años como cuarenta desiertos de exilio israelita. La analogía es siempre la misma: Hitchcock era como un mago. Hacía ilusionismo en la pantalla, de ahí que no permitiese a nadie contar el final de *Psicosis* cuando se estrenó, no por lo que ahora llamamos “spoilers”, sino por no desmerecer la prestidigitación del artista. Si el mago te va a engañar, te va a emocionar y sobresaltar con tu consentimiento, sólo lo conseguirá si permaneces mudo y expectante frente a la función completa, agarrado a la butaca, comiéndote las uñas y tragándote la pildorita del suspense de principio a fin...

Pues por ahí va mi teoría. Desde el punto de vista de las susodichas emociones, los personajes de las películas de Hitchcock -y los actores que los encarnan, mero “ganado”...- son puramente convencionales. Personas más o menos acomodadas, contentas con el modo de vida de los vencedores de la guerra, nada originales ni peculiares en ningún sentido, y a los que les cuadra bien la frase de Chesterton, “la aventura puede ser loca; el aventurero no” -*El hombre que sabía demasiado*, por cierto, es el título también de un ciclo de cuentos formidable de ese otro gordo genial. Ninguno de ellos, que yo recuerde, tiene las menores ganas de meterse en líos, ellos son pequeñoburgueses felices que hubieran seguido su existencia ordinaria de no ser porque el director, como un dios perverso, les tiene guardadas las peores sorpresas. Ni siquiera su subconsciente, como en *Recuerda*, es muy interesante, Hitchcock era demasiado inglés para tomarse en serio las fantasmagorías del Psicoanálisis más que en lo que pudieran tener de útiles para impulsar la intriga. Hitchcock era un gran técnico de la narrativa audiovisual, no un filósofo de la naturaleza humana, eso es decisivo comprenderlo cabalmente. Así, en *Vértigo*, la etiología psicológica del vértigo como tal sólo tiene un valor en tanto que tiene una función dinámica en la trama. Y en *Los pájaros*, ni a Hitchcock ni a nadie (a mi no, al menos), le importa lo más mínimo ponerse a pensar si los pájaros malignos como tales simbolizan o significan algo en el ámbito de un hipotético Inconsciente Colectivo. De hecho, todas las películas posteriores sobre tarántulas gigantes, serpientes en el avión, marabuntas o plagas post-bíblicas no se han preocupado en nada de esos detalles tan sesudos: ahí está el bicho y basta, el bicho es el McGuffin que desata nuestros miedos internos y eso es algo que ya sucedía en los mitos griegos y que sigue sucediendo hoy mismo de modo real e irreal con el dichoso coronavirus.

¿Qué es, pues, el famoso “suspense”, si no es ni aventura como tal, ni freudismo tonto, ni intensidad emocional humana? Pues, en mi opinión, algo muy viejo que se hace pasar por nuevo. Consiste en hacer participar al espectador en el interior de la trama, y a la vez dejarle fuera, en una tensión tan excitante como subyugante. Mis alumnos, cuando ven una película que realmente les gusta, no dejan de intervenir. Dicen “yo le metía una hostia, colega...”, o “bueno, a mi me hace eso...”, o “yo me cagaba, te lo juro”. Me invento un ejemplo de suspense. Imaginemos que James Stewart se ha quedado dormido en un butacón con el periódico en las manos (Cary Grant no se

rebajaría jamás a esa indignidad). Bajo el asiento, una bomba de mecha acaba de ser encendida por alguien que quiere acabar con él. Sospechamos de la rubia de turno que embelesaba a Alfred, pero esa sospecha tiene que durar hasta la última escena. Ahora fijaos. La escena nos pone nerviosos, frenéticos, queremos que Jimmy se despierte y salga de ahí: corre, idiota, que revientas. Estamos, pues, metidos en la película, queríamos más que nada zarandearle, pero no podemos, porque es una película. La escena, sin embargo, tiene ya tres componentes: Jimmy, la bomba y nosotros, angustiados. No hay un segundo personaje que esté viendo la situación y que pueda hacer algo al respecto, que es lo que hubiera ocurrido en el cine anterior. No, el espectador sufre la escena por sí mismo, no a través de un mediador. De modo que está y no está, se rompe la Cuarta Pared, pero de fuera adentro, y el espectador sale del cine sintiendo que ha hecho una extraña experiencia estética... Pues eso es, me parece, lo que conseguía el mago Alfred Hitchcock, su truco máximo.

No obstante, no lo inventó él. Es el mismo truco del teatro de toda la vida, desde la tragedia griega (¡no lo hagas, Edipo, que es tu madre!) hasta los culebrones venezolanos actuales, en los cuales la gente vive lo que ve, como mis alumnos. Hitchcock fue un técnico soberbio, alabada sea su memoria...

Platón, Aristóteles y Homero

Aristóteles critica la ontología platónica por dos motivos: primero, porque las Ideas separadas no pueden ser causa de los seres sensibles (a un león le engendran sus padres, no la Idea de León), y, segundo, porque la Idea termina por ser *un caso de sí misma*, concreta y general a la vez, si es que hay que concebirla, como parece hacer Platón, como un ente, incluso como ente paradigmático. Entonces no hay por qué descartar el mundo eidético, sin el cual la ciencia es imposible, sino ubicarlo en su justo lugar, que es el de representar la función conceptual del devenir. Entes, por tanto, tan sólo lo son la substancia y sus determinaciones, y podemos afirmar que nuestros conceptos sobre una y otras no son arbitrarios porque nuestra experiencia nos enseña que poseen un fundamento en la regularidad de las cosas sensibles. De hecho, mi concepto de león coincide en lo esencial con un león real cuando observo a éste en su *télos*, en su finalidad. Frente a un león adulto y bien conformado, del cual puede decirse que “no le falta nada” (que es la expresión de Aristóteles para la perfección en los libros metafísicos⁹⁵) para encarnar a un perfecto espécimen de su especie, puedo predicar la Idea, y además señalar que no ha sufrido ningún accidente importante que haya perjudicado su crecimiento. Naturalmente, tal león envejecerá, contraerá enfermedades o se romperá una pata y finalmente morirá, pero eso no impide que en él se hayan consumado en acto todas sus potencias. Porque, efectivamente, mientras está en el apogeo de sus facultades el león ha sido capaz de cazar, reproducirse y exhibir su melena, lo que supone la presencia real de la esencia de la *leonidad* en el mundo sensible. Es verdad, desde luego, que ese león en particular en un poco más chico que otros, o un poco más malhumorado, pero ninguno de esos excesos o deficiencias malversan la esencia, antes al contrario la determinan conforme a la materia concreta de ese león individual.

Platón desearía que ningún león empírico representase la leonidad, porque si no, para él, podría tomarse un rasgo individual de su materia por componente general de la especie. Pero según Aristóteles esto no ocurre cuando confiamos en la inducción, que raramente nos engañará respecto de que el león capaz de cazar, reproducirse y exhibir su melena es un león completo. La Naturaleza, por tanto, consiste en eso: en la eterna repetición de un prototipo perfecto de león que lleva a cabo íntegramente sus funciones aunque algunos leones particulares hayan perdido la vida o alguna de sus potencias en el intento de encarnarlo. Podemos estar seguros de que el prototipo se cumplirá en el futuro a través de una presencia natural, efectiva, captable por los sentidos, sin necesidad de sustraer la esencia de la leonidad del mundo para salvaguardarla celosamente en el seno imaginario de otro. La Idea de León de Platón no envejece, no sufre enfermedades o fracturas y por eso nunca muere, pero, a cambio, tampoco vive, puesto que no se forja en el movimiento, no atraviesa el riesgo del cambio, y, en consecuencia, obtiene su perfección sin mérito o esfuerzo, como un campeón olímpico que lo fuese sólo por existir, eternamente, sin lucha ni competición alguna.

En definitiva, la crítica de Aristóteles a Platón no sólo es una crítica científica: también es una crítica a la concepción platónica de la *areté*, de la virtud. El león ideal de Platón siempre es el mejor de los leones posibles, y como nunca muere, jamás se baja de ese podio; los demás, los

⁹⁵ Cuenta Francisco J. Fernández en su *Lycófrón* que Hermolao Barbarus decía, en el siglo XV (y seguramente como una crítica renacentista a Aristóteles: los tiempos estaban cambiando) que daría su alma al diablo por entender lo que es *entelechía*; pues bien, creo que aquí lo tiene: algo a lo que no le *falta nada* para ser lo que es en plenitud.

leones empíricos, se fastidian todos por igual en su inexorable inferioridad ontológica y, por ello mismo, moral. Sin embargo, algunos leones aristotélicos, si tienen suerte además de arrojo en el *agón*, alcanzan una precaria esencialidad, una cierta excelencia no desdeñable en absoluto, puesto que “llegan a ser lo que se era” -*to ti en einai*, eso es *ousía* técnicamente, además de lo que ya para Píndaro era digno de alabanza-, y aunque luego decaigan y mueran, sirven de ejemplo eterno y meta temporal a alcanzar a los demás leones sensibles (en primer lugar, a sus propias crías...)

Y por eso, finalmente, Aristóteles tenía, como sabemos -aunque sea por la noticia de tratados suyos sobre Homero que se han perdido, pero que él mismo cita-, mucha más estima ética que Sócrates Platón a la lección heroica presentada por los poemas homéricos. Allí, sin duda, había *dynamis*, *energeia* y, muy a menudo, *entelecheia*...

Breve teoría (a propósito) de Borges

I- Decía una vez Woody Allen, cuando hacía gracia -y zanjando con ello, además, la cuestión predilecta de un sinfín de debates televisivos- *es cierto que el sexo sin amor es una experiencia vacía, pero de todas las experiencias vacías, es la mejor...* Parafraसेándole, podría yo repetir ahora como lema del asunto que, a propósito de Jorge Luis Borges, traigo aquí a estropear esta vez: “la lectura sin aprendizaje es una experiencia seguramente vacía, pero de toda la plétora de experiencias vacías que propone al individuo la actual civilización digital, sin duda es la mejor”. Lo que la consideración del bibliófilo argentino da qué pensar versa acerca del estatuto mismo de las letras en nuestro tiempo y más específicamente acerca del vacío creado progresivamente en torno a ellas justamente desde el nacimiento de Borges allá por el penúltimo año del siglo diecinueve. Porque, dejando al margen la influencia de las otras muchas cosas que han cambiado el mundo y la cultura a partir de entonces, no me parecen desatinados ni deliberadamente agoreros los diagnósticos que, desde diferentes posiciones teóricas, certifican hoy en día la *crisis* interna de la literatura contemporánea desde la gran aportación del cuartero sagrado Proust/Kafka/Joyce/Faulkner. Precisamente la obra de Borges es la representante ejemplar de una reflexión única -y probablemente inconsciente para él- acerca de la tensión entre “peligro” y “oportunidad” que dicta al respecto el ideograma chino. Y no sólo una reflexión, también una singular resolución del dilema: lo verdaderamente sorprendente es que para nosotros los aficionados del siglo XXI -crítica actual y simples lectores en una misma pieza-, la fórmula de Borges para “ser absolutamente moderno”, conforme al imperativo estético-moral de Arthur Rimbaud, nos cautiva por su renuncia a excluir lo antiguo y aún una fértil síntesis entre lo antiguo y lo moderno. Para él (o “con” él) los géneros y las actitudes se mezclan y entrecruzan, y, así, la faena del crítico coincide con la del poeta y ésta con la del narrador de cuentos, el reseñista y el filósofo. Contemplado desde este punto de vista, se comprende el puesto de taumaturgo de las letras que poco a poco le ha sido siendo concedido a Borges unánimemente por la posteridad, más allá incluso de los hechos puramente superficiales del gusto por su faceta de escritor “fantástico”, por su personalidad supuestamente “homérica” o por su “irónico” mordiente crítico. En realidad, en ninguna de esas facetas por separado destaca demasiado, o no mucho más que tantos otros. Borges no es exactamente un experimentador literario bajo ninguno de sus muchos aspectos, y en cuanto a la popularidad de su literatura fantástica, tampoco guarda, a mi juicio, las proporciones justas con respecto a otros autores muchos menos difundidos (o difundidos por él mismo) que nuestro anglófilo bonaerense. Por otra parte, no es esta una opinión mía que no coincida con el explícito y reiterado criterio de propio interesado, el cual siempre se tuvo por mejor lector que creador...

Todo ello sugiere que el *fenómeno Borges* (que, como indicó una vez Vargas Llosa, en su aspecto editorial es un producto de hechura francesa) es un fenómeno cultural relativo a la escritura, es decir, algo que afecta a nuestra noción de lectura y consecuentemente de lo que significa escribir y cuál sea la función de la literatura. Alguien no especialmente dotado, como Borges, que no obstante se convierte en síntoma de la cultura al ser capaz de sostener reiteradamente el carácter artificial, *ficticio* de toda literatura -incluso la que se dice de origen popular, como la argentina-, y, que, sin embargo, en el trato asiduo y apasionado con los misterios de la palabra, redescubre o libera importantes intuiciones acerca del carácter simbólico-mítico (o *mitopoyético*) de la misma, es desde luego un personaje cuya obra merece toda nuestra atención. Las preguntas

son, entonces... ¿qué ha sucedido con la escritura ante nuestras mismísimas narices en los últimos tiempos, que, habiéndose vaciado del sentido social o ritual de antaño, se nos ha tornado un tanto *inexplicable*...? ¿y qué ha aportado, en segundo lugar, en este proceso la irrupción del gesto característico borgiano?

II- Borges, personalmente, es un escéptico racional: *Pero no debemos renegar de la razón, porque ella, y no Venus, es quizá la más hermosa*. Ello afecta, en primer lugar, a la religión, desde luego, con la cual se muestra casi sarcástico: *Israelitas, cristianos y musulmanes profesan la inmortalidad, pero la veneración que tributan al primer siglo prueba que sólo creen en él, ya que destinan todos los demás, en número infinito, a premiarlo o castigarlo*; o demasiado teórico: *Antes la teología me interesó, pero de esa fantástica disciplina (y de la fe cristiana) me desvió para siempre Schopenhauer, con razones directas; Shakespeare y Brahms, con la infinita variedad de su mundo*. Borges no da, pues, otro valor a la razón que esa capacidad para conmocionar, es decir: la razón no descubre ninguna verdad, no da lugar a práctica alguna, pero desenmascara las ficciones como tales ficciones, lo cual permite sumergirse en ellas, al fin, estéticamente.

Porque en realidad lo que admira verdaderamente Borges de la vida real es la desnudez de la guerra y de la práctica castrense, como uno de sus escritores predilectos, si no el que más, en una primera etapa, Rudyard Kipling. Fuera de esto, toda política es un sueño más, una superstición ridícula que ignora que lo es. *Si uno es conservador no es fanático, porque uno no puede entusiasmarse por el conservadurismo*, escribe, justificándose. La guerra, entonces, como culmen de la acción, que puede ser épica u oscura: *La hoja del peleador orillero, sin ser larga -era lujo de valientes usarla corta- era de mejor temple que el machete adquirido por el Estado, vale decir con predilección del costo más alto y el material más ruin*. Si oscura, no por ello menos inmediata, vívida: *Ser pobre implica una más inmediata posesión de la realidad, un atropellar el primer gusto áspero de las cosas: conocimiento que parece faltar a los ricos, como si todo les llegara filtrado*. La literatura, pues, como mero artificio elaborado que sustituye y consuela de la pérdida de aquella vida de acción añorada: *Ya a nadie le importan los hechos. Son meros puntos de partida para la invención y el razonamiento*. La existencia, sin embargo, era otra cosa, más grande, más rica, más trágica, en tiempo de los abuelos; ahora, en cambio, tiempos de hierro frente a aquellos de bronce...

*Dos hombres caminaron por la luna.
Otros después. ¿Qué puede la palabra,
Qué puede lo que el arte suena y labra,
Ante su real y casi irreal fortuna? (...)*

No puede nada, pero se trata hoy de un caso entre un millón. En conclusión, personal y colectiva...

*Soy el que es nadie, el que no fue una espada
En la guerra. Soy eco, olvido⁹⁶, nada.*

⁹⁶ El tema del olvido, tan recurrente en Borges, no es caprichoso (aquello, por ejemplo, tan extraordinario de *Un poeta menor: la meta es el olvido / yo he llegado antes*). La tradición metafísica occidental ha entendido que lo contingente es por ello mismo deleznable: puesto que lo contingente que está entre el ser y el no-ser, no se congratula uno de que algo sea justamente así como es, sino que se juzga que en realidad apenas ha sido. Todo es igual de azaroso y fútil, de manera que poeticemos la pérdida de lo que sin embargo *de facto* tenemos, mala y triste filosofía en mi opinión que a veces da lugar a buenos versos o apólogos, pero innecesariamente llorones y falsos.

Desde ahí, el valor de la literatura se torna bastante relativo: *Puedo enseñarles el amor, no de un autor, pero sí de un libro. No, quizá sea demasiado: de algunos versos y algunas sentencias (...) sólo lean lo que les agrade (...) Porque las letras mismas no tienen importancia.* Es, desde luego, una curiosa actitud, puesto que todo esto lo ha aprendido precisamente de sus lecturas -y un poco también de su leyenda familiar particular-, de manera que se mueve en una especie de círculo. El texto más claro a este respecto, de una claridad meridiana, es un poema, *El resentimiento...*

*He cometido el peor de los pecados
que un hombre puede cometer. No he sido
feliz. Que los glaciares del olvido
me arrastren y me pierdan, despiadados.*

*Mis padres me engendraron para el juego
arriesgado y hermoso de la vida,
para la tierra, el agua, el aire, el fuego.
Los defraudé. No fui feliz. Cumplida*

*no fue su joven voluntad. Mi mente
se aplicó a las simétricas porfías
del arte, que entreteje naderías.*

*Me legaron valor. No fui valiente.
No me abandona. Siempre está a mi lado
La sombra de haber sido un desdichado.*

Y III- El bibliotecario⁹⁷ deambula entre anaqueles, examina este volumen, acaricia aquel códice, lee títulos, acaso ojea y hojea índices... El número de los libros parece infinito, y el placer solitario que pueden proporcionarle, interminable. Algunos remiten a otros, todos encierran secretos, el tiempo de una vida es breve, y eso que se trata de una biblioteca pequeña, una entre miles. Por tanto, es necesario ahogar la avaricia de sabiduría libresca mediante una filosofía concreta, sea la de Arthur Schopenhauer o la del obispo Berkeley, también durmientes en sus correspondientes tomos, y que acierten a reducir ese vértigo a mera y desinteresada representación, ilusión, superficie, decorado, *ennui, infelicitá, taedium vitae*, etc...

El hombre de acción anhelado se resigna a su mera condición contemplativa: todos los libros son *el libro*, y libro es ficción, no refiere realidades, o la realidad misma sería inabarcable, abismática, exponencial, y él se la estaría perdiendo. Él y toda su época, millones de espectadores silenciosos cuya única pasión residual, con suerte, sería no más que la curiosidad -en otro caso, Borges no quiere ni pensarlo... ¿en qué malgastarán su tiempo los que no leen, no escriben, no *saben*? La vida debiera ser escalofriante, intensa, pura; sin embargo es decepcionante, aburrida, pobre. *El libro* custodia aquella emoción heroica bajo la forma de su invención poética. El bibliotecario revisa, clasifica, desclasifica, lee, y en ocasiones escribe. Escribe sobre lo revisado, clasificado, desclasificado, leído. Escribe, si hace falta, sobre la propia escritura, pero jamás, por nada del mundo, trasciende los límites de la biblioteca. A su vez, los lectores de Borges están cautivos de la misma biblioteca, que no por nada él imaginó laberinto. El que entra no sale... Y

⁹⁷ Alberto Manguel ha declarado hace poco que Borges no fue buen bibliotecario en tanto profesión remunerada.

ese es, creo yo, el secreto de Borges: la literatura como muro que separa y delimita un interior infinito de un exterior finito. Una bonita y agustiniana paradoja en la que se halla desde entonces la conciencia culta, o sea, en la que, como escribió Pablo de Tarso, *vivimos, nos movemos y somos*.

En el último prólogo que leí de Alan Moore en su enésima edición de *Wachtmen* decía temer que tal vez aquello que engendró no fuera sino un “puré semiótico”. Pues, aunque genial, hay que decir que lo era ciertamente. En *Wachtmen* todo es palimpsesto, cada signo remite a otro dentro de la obra, se complica con él, y todos ellos a textos anteriores, quedando poco para el comentario del mundo real -de hecho, el propio Moore se arrepintió de la deriva oscura que aquella obra y su *From Hell* originaron para el cómic posterior, pero siguió cocinando puré, más luminoso y festivo pero si cabe aún más denso. Lo mismo sucede con la vieja serie *Lost*, cuyas alusiones carecen de referencia final, por no hablar de lo que queda de la música culta actual o de la pintura enfocada como abstracción. Parece que nuestra tarea, la de los intelectuales de hoy, sea de la perdernos una y otra vez en esa marca arcana del pasado. En filosofía, a ese trabajo sobre la huella de la huella se le denomina *Deconstrucción*. En paladar literario, yo lo llamaría, tranquilamente, con toda admiración y respeto, *Borgianismo*. No pasa nada: la literatura se cierra sobre sí misma y nos ofrece eso: mundos imaginarios por saborear. No pasa nada: lo conocido ha de dar lugar a perspectivas desconocidas, pero difícilmente al revés, porque poco es nuevo ya bajo el sol de la ficción...

Mi impresión, pues, es que habitamos la claustrofilia cultural, si se puede expresar así. Algunos prefieren hablar de posmodernidad, otros de la liberación del significante. Pero yo creo que no se trata de “o el mundo o la escritura”, sino de volver a resignificar el mundo en la escritura y reconstruir -no deconstruir- la escritura para el mundo. Quizá no quede mucho por decir del mundo, a estas alturas, pues, como escribía André Gide, todo ha sido dicho ya, pero como nadie estaba escuchando, habrá que volver a decirlo. Y esto, qué duda cabe, sería verdadera *acción*, no soñar con repartir mandobles al prójimo en un marco wagneriano no se sabe muy bien por qué. En caso contrario, nos reclinamos en ese borgianismo tan agustinista para el cual la cultura termina por ser para nosotros lo que el propio Borges, ya muy mayor, estableció sobre Sherlock Holmes:

*No es un error pensar que nace en el momento
en que lo ve aquel otro que narrará su historia
y que muere en cada eclipse de la memoria
de quienes lo soñamos. Es más hueco que el viento.*

A la sombra de Hamlet (René Descartes, I)

Aunque los ha conocido por legión, René Descartes apenas necesita de avalistas, ya que él supo a la perfección diseñar premonitoriamente su destino, como en una tentativa premeditada de construir una posteridad a su medida. Y este intento de invención de uno mismo en tanto proyección histórica del “hombre de una nueva era”, coronado por un éxito verdaderamente arrollador, lleva sobre todo el nombre de *El discurso del método*. . . La pregunta es. . . ¿qué tiene *El discurso del método* para ser uno de los libros de filosofía más estimados y, desde luego, más leídos y glosados de la historia? Estoy tentado a decir que, desde un punto de vista puramente exterior, no aparenta ser nada más que un pequeño escrito -¡a Descartes aún le parece demasiado largo!- de corte autobiográfico donde en el año 1637 su hasta entonces desconocido autor presenta a sus lectores algo así como el prototipo de sabiduría posible y alcanzable para el hombre sensato de la época. (De esta manera concreta es como es enfocado, por ejemplo, en una película que todos hemos visto con gusto, el *Cyrano de Bergerac* interpretado por Gerard Depardieu, donde en una determinada escena el protagonista -paradigma literario del hombre cultivado del siglo-, es sorprendido por el fragor de una batalla cercana leyendo absorto en un pajar la “novedad” de Monsieur Descartes). Pero hay más: desde un punto de vista interior -es decir, el que afecta a, y valorado por, la filosofía posterior-, representa nada menos que el manifiesto ejemplar de un revolucionario modo de interpretar la filosofía desde el “yo” que convierte por ello mismo de la noche a la mañana a Descartes en el *padre* legítimo e incuestionable de la filosofía moderna.

Se comprende, por tanto, la importancia perentoria de conocer lo antes posible aún superficialmente el pensamiento metafísico de Descartes. Su planteamiento representa algo así como la *lengua materna* que comparte todo el racionalismo ilustrado, el *gesto* original mediante el cual se instituye una suerte de vocabulario adánico para esa nueva tierra que es la modernidad filosófica. Descartes, aparte de su gran obra científica -que pronto cayó en el olvido por la supremacía de Newton-, es quizá, filosóficamente hablando, sólo este *ademán* y este *vocabulario*, pero son un ademán y un vocabulario rupturistas que transformaron la sensibilidad y los horizontes del saber durante las tres centurias más activas y vertiginosas de la historia europea. Y todo comienza con una frase, “pienso luego existo”, o, mediante la expresión latina empleada en *Meditaciones metafísicas* unos años después, *cogito ergo sum*. Constatar que, mientras dudo, estoy, no obstante, pensando, me saca del Limbo, según Descartes, en el que me había sumido la hipótesis metodológica del Genio Maligno -que, por cierto, es el nombre que se dio en la Contrarreforma a la interpretación protestante de Dios: nuestro hombre constantemente haciendo guiños a los eclesiásticos de la Sorbona que han de aprobar sus escritos. Pero, como dijo Paul Valéry (*Ensayos filosóficos*, La balsa de la medusa). . .

... No hay silogismo en el Cogito, ni siquiera hay un significado literal. Lo que hay es un abuso de autoridad, un acto reflejo del intelecto, un ser viviente y pensante que grita: ¡Ya basta! Vuestra duda no arraiga en mí. Me crearé otra que no sirve para nada, la llamaré una duda metódica. Tendrán que soportar en primer lugar que la inflija a sus proposiciones. Sus problemas no me llevan a ninguna parte; que yo exista, en una determinada filosofía, o que yo no exista, en otra, no cambia nada, ni en las cosas, ni en mí, ni en mis poderes, ni en mis pasiones (p. 36)

Por marcar su posición, pero sin levantar demasiadas sospechas, Descartes acuña ese *cogito ergo sum* que ya estaba explícitamente en San Agustín o en Guillermo de Ockham, empleando los tecnicismos escolásticos de la época que en gran medida lo desvirtúan. . .

...Digo que Cogito ergo sum carece de sentido, pues esa palabrita, Sum, carece de sentido. Nadie tiene, ni puede tener, la idea o la necesidad de decir: "Existo", a menos que le hayan dado por muerto y proteste que no lo está; además dirá: estoy vivo. Pero bastaría con un grito o un pequeño movimiento. No: "Existo" no puede enseñar nada a nadie y no responde a ninguna pregunta inteligible. Pero esa palabra responde en este caso a otra cosa que trataré de explicar enseguida. Por otra parte, ¿qué sentido se le puede atribuir a una proposición cuya negativa expresaría el contenido tan bien como ella. Si el "Existo" expresa algo, el "no existo" no nos dice ni más ni menos. (Ibidem, p. 59)

En efecto, el hamletiano *to be or not to be* aquí no tiene cabida, puesto que Descartes no planea un suicidio, sino un nuevo camino para la filosofía para el cual toda la parafernalia de la duda no es más que teatrillo preparatorio, tal y como viene a afirmar de nuevo Valéry...

...No nos privamos de llegar a la conclusión de que vivimos en un mundo de apariencias con el resultado de deducciones que no tienen ninguna consecuencia positiva en nuestras vidas. Equivocados, soñando o no, en nada cambian nuestras sensaciones y nuestros actos. Parece sin embargo que esta posición es esencial a la filosofía: permite al filósofo decretar realidad lo que le place y lo que la fantasía de su reflexión le sugiere. Pero ese desafortunado nombre únicamente tiene sentido como uno de los términos de un contraste; a partir de entonces el sueño no existe y la reacción contra el sueño que le oponía una "realidad" se desvanece simultáneamente. (Ibidem, p. 62)⁹⁸

En resumida cuentas, "yo pienso" designa incuestionablemente un acto mientras que éste dura, pero no de modo muy distinto a "yo paseo", como le advirtió por carta Thomas Hobbes, y ambos son funciones de un cuerpo, no fundamento de la realidad o Realidad Primera, como entenderán enseguida para el Obispo Berkeley y David Hume. "Existo" es, en efecto, un tecnicismo tomista que, llanamente, sólo puede significar a ras de tierra antropológica que aún conservo el pellejo; y en cuanto a si estamos soñando o no, tanto como acerca del proverbial engaño de los sentidos, el propio Descartes se encarga de señalarnos en los últimos párrafos de la última de las *Meditaciones metafísicas* que no pueden ser tomados demasiado en serio, puesto que al fin y al cabo cualquiera puede ver que la vigilia se distingue del sueño en que cada despertar continúa la vida tal y como la dejamos, mientras que los sueños son autoconclusos –allí está, sólo hay que leerlo, pero no conozco a nadie que lo haya subrayado...

⁹⁸ Eso sin tener en cuenta la poderosísima objeción de Antonio Machado en su *Juan de Mairena*: "La palabra *representación*, que ha viciado toda la teoría del conocimiento -habla Mairena en clase de Retórica-, envuelve muchos equívocos, que pueden ser funestos al poeta. Las cosas están presentes en la conciencia o ausentes de ella. No es fácil probar, y nadie, en efecto, ha probado que estén representadas en la conciencia. Pero aunque concedamos que haya algo en la conciencia semejante a un espejo donde se reflejan imágenes más o menos parecidas a las cosas mismas, siempre debemos preguntar: ¿y cómo percibe la conciencia las imágenes de su propio espejo? Porque una imagen en un espejo plantea para su percepción igual problema que el objeto mismo. Claro es que al espejo de la conciencia se le atribuye el poder milagroso de ser consciente, y se da por hecho que *una imagen en la conciencia es la conciencia de una imagen*. De este modo se esquiva el problema eterno, que plantea una evidencia del sentido común: el de la absoluta heterogeneidad entre los actos conscientes y sus objetos.

A vosotros, que vais para poetas, artistas imaginadores, os invito a meditar sobre este tema. Porque también vosotros tendréis que habéroslos con presencias y ausencias, de ningún modo con copias, traducciones ni representaciones."

El mundo nunca es suficiente (René Descartes, y II)

No obstante lo visto, la imagen ubicua de Descartes en ámbitos filosóficos e incluso extra-filosóficos consiste en subrayar que su reflexión representa la eclosión de la metafísica de la *conciencia*, en el sentido de que “pienso luego existo” como verdad primera y modélica significa que todo análisis y toda indagación acerca de la realidad debe arrancar desde el *Yo*. Y lo cierto es que, una vez que nos hemos introducido en el terreno de esa llamada “conciencia”, no es posible ya de ningún modo salir de él, pese a lo que diga a este propósito el propio Descartes. No solamente Berkeley, sino toda la herencia moderna de Descartes hasta Kant e incluso hasta Husserl (Locke, Leibniz, Hume, Schopenhauer, Bergson, etc.), va a confirmar por diversas vías teóricas esta constatación de lógica puramente filosófica. El propio Leibniz llegó a expresar muy gráficamente esta idea mediante el adagio de que la “monada no tiene ventanas”, es decir, que la unidad *-mónas*, en griego- activa representacional de la conciencia no puede en ningún caso concebirse dotada de una suerte de “salidas al exterior” o, por el contrario, de raíces en el “trasmundo externo”: todo lo que en ella acontece sucede *desde* su interior y *para* su interior, en forma de ideas, impresiones, *contenidos de conciencia* o comoquiera que quiera llamársele. Dicho de otra manera: aquello que tiene la capacidad de hacer del mundo una representación suya, en términos de Schopenhauer, no puede ello mismo “salir” de esa misma representación para acceder a un hipotético -ahora ya sólo “hipotético”- “trasmundo” en-sí o no-representacional de donde extraer su material con destino a la conciencia, pues en el mismo momento en que así lo hiciera, tal materia quedaría inmediatamente envuelta o sería automáticamente apropiada -¡fagocitada!- por el Yo o la Conciencia misma sin posibilidad alguna de que pueda ser conocida o reconocida al margen o independientemente de las condiciones mismas de la representación consciente (esto sería como pensar que puede conocerse el color rojo un instante antes de ser visto, cuando la esencia misma del rojo está en ser visto, conforme a este planteamiento⁹⁹). Así las cosas, no resulta extraño que con el paso del tiempo terminase triunfando en ciertos sectores la visión de Berkeley -ese pensador tan claro, tan convincente, tan borgesiano, siempre que no se ponga en cuestión su premisa principal-, y la hipótesis de ese “trasmundo externo” fuese tajantemente negada incluso por científicos y epistemólogos como Ernst Mach (y muchos otros: prácticamente toda la nómina de los descubridores de la Física Cuántica se adhirieron a la revisión del enfoque kantiano), a favor de la perspectiva de un mundo enteramente entregado a la percepción autosuficiente del sujeto consciente -en el inconsciente ni se piensa a la sazón, excepto, una vez más, Leibniz, en su consideración de las micropercepciones oscuras y confusas de *Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano*.

Sin embargo, el mismo francés trató de justificar la nouménica existencia de, al menos, una realidad externa a la conciencia -Dios, ya se sabe-, mediante el recurso a realidades netamente fenoménicas, o lo que es lo mismo: ideas o contenidos de conciencia. Incluso en cierto momento de su argumentación reconoce que toda idea sólo puede conducir por asociación o deducción a otra idea, nunca a una “cosa”, sólo que luego aduce (arteramente, a mi juicio) que, como el proceso de las ideas no puede encadenarse al infinito, entonces debe existir un arquetipo superior a ellas por lo menos en un caso eminente, no ya subjetivo -y ya no causa material, naturalmente-

⁹⁹ Por cierto, creo que tiene razón Husserl cuando afirmó que el noema “rojo” no puede ser distinto para una conciencia humana y para la divina. Tan rojo es nuestro rojo como el rojo concebido por Dios, algo digno de pensarse...

que, por supuesto, es Dios. Pero... ¿quién puede admitir fácilmente esto? O sea, que en virtud de que el proceso no puede ser interminable -pero para que no lo sea, primero no hay que meterse en el berenjenal de asentar “yo pienso” como verdad de partida y a la *res cogitans* como hecho o evidencia fundante... ¿debo admitir, según Descartes, que todo el emana de una idea arquetípica que, sin dejar de ser idea, es a la vez entidad extra-subjetiva, por tanto, en consecuencia, ahora sí, *real*? ¿No es esto -y ruego que se me perdone la vehemencia de estas palabras- un flagrante contrasentido? Ahora bien, en la cuarta de las *Meditaciones metafísicas*, enseguida la interrogación teológica se torna gnoseológica, como era natural y previsible. La pregunta, entonces, es ahora: ¿cómo son posibles los errores en el ámbito de la evidencia interna del sujeto cognoscente? Descartes responde que el error nunca puede ser defecto o privación por imperfección, que es la respuesta fácil que suele achacársele al pobre Blaise Pascal. Y no puede ser así por una razón bien sencilla: Descartes no quiere bajo ningún pretexto perder o limitar el campo duramente conquistado de la certeza subjetiva, que le ofrece, a su modo de ver, verdades incontestables, ni siquiera por veneración hacia el misterio transcendente de Dios (que es el “Dios de los filósofos”, no de los creyentes, y por consiguiente desprovisto, *malgré lui*, de todo misterio). Error es, pues, la aplicación de la voluntad -o sea, de la capacidad dar o negar asentimiento a un juicio previamente formado, visión enteramente estoica, por cierto- a un campo todavía desconocido o insuficientemente conocido, lo que no es más que otra versión de la venerable propuesta socrática de que, en cuestiones de ciencia o de moral, el entendimiento preceda siempre a la voluntad.

A este respecto, el famoso ejemplo de los dos soles, más que el de la descomposición de la cera o el de los transeúntes que Descartes contempla circunspecto desde su ventana, resulta sumamente ilustrativo para acotar esta cuestión. El ejemplo reza así: hay dos soles, uno es el que divisamos con los ojos del cuerpo, presuntamente pequeñito y amonedado como un medallón, el otro, visto esta vez por el ojo de la mente, es una lejana estrella amarilla de gigantesco tamaño compuesta mayormente de helio en permanente combustión y etc., etc. Por la Gracia de Dios -o sea: porque Dios es gracioso, o porque sí-, asegura Descartes que las *cosas* finalmente existen, aunque no, desde luego, tal y como las percibimos, sino sólo en cuanto lo que en ellas hay de “objeto de geometría especulativa”. De manera que lo que en el Astro Rey es objeto de geometría especulativa existe, y lo que no, no existe o es un error en el sentido que puntualizábamos antes. A este poderoso enfoque científico le sucede que, aparte de que nadie demasiado inculto desde los tiempos de los griegos ha dudado jamás acerca del verdadero tamaño del sol, no hay ni puede haber ningún engaño de los sentidos en tomar al sol por un medallón engastado en la bóveda celeste, puesto que, según la propia geometría especulativa -rama leyes de perspectiva-, efectivamente es así como debe percibirse un cuerpo distante desde el plano imaginario de la corteza terrestre. Por tanto, más que un error, el primer sol es una idea incompleta o “inadecuada”, como las denominará Spinoza años después remitiéndose precisamente al mismo ejemplo. Pero lo importante aquí es notar que para Descartes una percepción no es más que un pensamiento oscuro y confusamente engendrado, y, de este modo, percibir es lo mismo que razonar, sí, pero razonar deficitariamente...

¿Qué cosa más extraña, ¿no es cierto?!: así que cuando olemos, en realidad, sin darnos cuenta, razonamos, y el olor mismo fenoménico no es más que un fantasma residual de nuestra imaginación que excede de la pura operación racionante ¿Y que será, entonces, *imaginar*? De acuerdo con aquel atinado símil del quillígono, Descartes nos dice que imaginar es una cierta “tensión del ánimo”, vuelta además hacia las pasiones o a lo irracional del cuerpo. Pero de ahí no se concluye la existencia de cuerpos en general, y en este punto Descartes recapitula sobre los motivos generales de duda hacia los sentidos, internos y externos, corrigiendo severamente las “enseñanzas espontáneas de la naturaleza” -como la de que somos nuestro cuerpo, puesto que sus afecciones

nos afectan, que vivimos en el espacio y en el tiempo, puesto que estamos “aquí” y “allí” “antes” o “después”, etc.-, en las que todo el resto de los hombres ingenuamente confiamos. Es la *utilidad* -continúa Descartes- la responsable última de mi confusión entre reglas de conducta y *esencias* o naturalezas (es cierto que así es difícil comprender el concepto de entidades subsistentes “fuera de mí” ...) Mas las distorsiones de la imaginación o la parcialidad de la utilidad no constituyen excusa sobrada, a mi modesto parecer, para ontologizar la Razón hasta el punto de hacerla más substante y real que la realidad misma de las cosas sobre las cuales se supondría que tiene como misión el posar su límpida mirada. Hete aquí el secreto del sistema cartesiano y aquello que diferenciará -si algo lo hace- el racionalismo del empirismo en la filosofía de los siglos sucesivos: la doble y conjugada concepción genuinamente metafísica de que el *hombre*, por un lado, no es más que un dispositivo abstracto (por inmaterial, a-histórico y vacío de determinaciones intrínsecas; no, desde luego, por inoperativo) de conocimiento, cuyos recuerdos, afectos y percepciones pueden ser descompuestas y cribadas en micropartículas de ideas y juicios, así como el *mundo*, por otra parte, no es más que el escenario yerto y yermo, compuesto de piecitas como en el *Minecraft*, sobre el que aplicar sin medida la *acción libre* de ese conocimiento en aras de la infinita acumulación de la ciencia misma -y, acaso, de la *industria* del bienestar humano, como quería el canciller Francis Bacon.

“El mundo nunca es suficiente”, rotulaba aquí, parafraseando uno de esos infames filmes de James Bond que a menudo van precedidos de unos títulos tan filosóficos. El mundo, en efecto, nunca es suficiente para un Yo omnipotente patológicamente incapaz de salir de sí mismo -“sin ventanas” para mirar más allá-, y que ha hecho del universo un gran laboratorio para sus experimentos teóricos y prácticos. Esto, que no es verdad ni es mentira, sino que es un simple hecho que hay que tener en cuenta, es lo que Occidente ha conquistado con la aportación inicial del honorable galo. Hoy, sobre la naturaleza pende una grave amenazas (como dice un meme, somos la especie en peligro de extinguir a todas las demás), pero eso no quita que René Descartes fuera un gran y distinguido caballero, un augusto científico, un notable espadachín y seguramente el “último renacentista” (o “primer barroco”, que tanto da) de nuestra filosofía europea.

La culpa de la culpa

¡La culpa, querido Bruto, no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos que consentimos en ser inferiores!

Julio César, Shakespeare

Toda la intelectualidad librepensadora lleva desde hace siglos (yo diría que exactamente desde la subversiva aportación de Baruch Spinoza) devanándose los sesos por aniquilar el sentimiento de culpa de nuestras almitas, como si no hubiese motivos para tener remordimientos, como si el pasado pudiera o debiera olvidarse, o como si ciertos individuos no merecieran cadena perpetua de mala conciencia. Se dice, cansinamente, que la culpa es judeocristiana, cuando hay múltiples testimonios de ella en la antigüedad, como es obvio (pongamos el ejemplo fácil: Edipo Rey, y eso que en Edipo ni siquiera hubo intención o dolo de hýbris...) Se nos ha dicho, también, que la culpa es inducida por el Super-Yo, cuando éste, caso de existir semejante quimera, es tan parte necesaria de nuestra psique como el resto de nosotros, lo cual deberíamos agradecer. O se nos dice que es una pasión reactiva, negativa, cuando resulta un potentísimo motor de acción (y omisión). El truco parece estar en que los críticos de la culpa se sitúan en el mismo plano metafísico en que se retuerce el pecado religioso, y así nos dan gato por liebre haciéndonos creer que, no sé, el protagonista de la serie *Mi nombre es Earl* debería leer a Erich Fromm (cuando en realidad lo único que le ha ocurrido es que por fin se ha convertido en alguien adulto y responsable). Lo más divertido de todo esto, al menos visto desde fuera, es que un buen montón de autores ilustres han tratado de convencernos de que la culpa no existe, que no es más que una pasión triste propia de resentidos o gente que no aprendió a vivir, y sin embargo, en un uso realmente acrobático de la paradoja, para llegar a ese punto han ido delatando, uno por uno y sucesivamente, a los más diversos *culpables de la propia culpa*, que es o una contradicción performativa o una colosal tomadura de pelo. Con que se llega a la conclusión -ya digo: únicamente cómica desde fuera- de que es necesario sacar a escena, como en la rueda de reconocimiento de una comisaría, a una serie de “culpables de la de culpa” para luego terminar por decir que ésta no es más que una emoción falsa. Dan ganas, pues, de aplicar a fondo y sistemáticamente a todo este tan traído y llevado asunto la célebre navaja de Ockham...

Presuntamente, y partiendo de la premisa poco contrastada de que el sentimiento de culpa es judeocristiano (Balder el bravo, en la mitología nórdica, también llegó a sentirse sumamente arrepentido por los muchos guerreros que había matado en batalla), toda culpa procede de alguna suerte de pecado original, pero resulta que el pecado original es el menos original de todos los pecados. Se ha proclamado, y usado y abusado, del pecado original no sólo en la religión, en todas las religiones (¿qué nos hizo despeñarnos desde el Nirvana?), sino después en la filosofía, la psicología, la antropología e incluso la sociología, hasta hoy. Para hacerse una idea, va a continuación una somera lista de los errores supuestamente cometidos en tiempos inmemoriales por el ser humano pero que, vaya por dónde, han determinado enteramente el devenir de la especie:

-La caja de Pandora. Este es tan estupendo como conveniente, porque, como el mito del *Génesis*, implica a una mujer, y además acaba con toda esperanza a corto y medio plazo.

-La confianza en los sentidos para Parménides. Por el solo hecho de vivir como si no fuésemos ciegos, sordos, mudos, sin paladar o con una piel de acero ya estamos destinados a habitar en la confusión permanente, a no ser que un carro volador nos saque de este mundo en pos de una diosa.

-La pérdida de las alas del alma en Platón. Más vuelo. En este caso, al menos, la caída se debe a un accidente, y no a una fechoría, pero de todos modos Platón en el último libro de *República* sí establecerá premios y castigos tras la muerte para las pobres almas -Mito de Er = metempsicosis.

-Adán y Eva, ya se sabe, en el Paraíso: culpa por comer un higo, no una manzana, como se tradujo en la Vulgata. Tal desobediencia trae la muerte, la enfermedad, el trabajo y la Historia.

-La Torre de Babel, episodio bíblico por el que llegamos al conocimiento de que Yahvé abomina de una posible unidad de todos los hombres. Sin embargo, Dios no impidió el Apolo XI...

-La alianza de la Biblia con la filosofía griega, para Martín Lutero, fuente de las maldades y abusos de la Iglesia Católica. No obstante, Lutero creía en un pecado original imborrable, no en vano era un monje agustino, y Agustín de Hipona afirmaba en *Confesiones* recordar sus pecados en la cuna (precedente remoto de los delirios de Freud acerca de que los infantes son "perversos polimorfos").

-El contrato originario injusto basado en la propiedad en Jean-Jacques Rousseau (ya estaba en Tomás Moro). Esta es, sin duda, la versión del pecado original propiamente moderna y más exitosa. Imposible calibrar la influencia de esta absurda ficción, que cautivó a tantas almas bellas...

-La acumulación originaria en *El Capital* de Marx -buenísima, por cierto, la observación de recientemente fallecido Gorbachov: *Si a la gente no le gusta el marxismo, debería culpar al Museo Británico*. Esta es la segunda versión moderna y secularizada del pecado original, del momento en que lo estropeamos todo, todavía más exitosa que la de Rousseau -y menos mítica que el resto...

-El asesinato del padre en *Tótem y Tabú* de Sigmund Freud. Aquí todo queda en casa....

-La traición al espíritu de la tragedia antigua por Sócrates y Eurípides, según Nietzsche, o la victoria de la moral de los esclavos -cristianos, o en vías de- en tiempos de los romanos, a elegir.

-El olvido del ser, para Heidegger, algo de lo que el filósofo se olvidó, a su vez, después.

-Traumas y heridas varias en la génesis de la *psyché* en Lacan y compañía. "Trauma" en griego, como se sabe, tan sólo significa herida o fractura, pero estos nigromantes de la mente sacarán mucho más partido de su uso simbólico y oscurantista -aparte del elevado precio de las sesiones de diván.

-La represión sexual en Wilhelm Reich. Algo parecido en Herbert Marcuse. Eran tiempos jipis.

-La forja de la individualidad, para los comunitaristas; la modernidad nació enferma...

-La creación del Estado, para los libertarios. Ídem: la modernidad nació con ese estigma...

-El Patriarcado, según el feminismo. Aquí sigue, pero se ignora su origen y su razón de ser.

Y un largo etcétera menos relevante. Como se puede ver, con arreglo a este repertorio parece que hubo siempre ahí algo que se torció en un momento dado, cosa de nada en apariencia, ya ves, un higo sin importancia (Adán comiendo el higo de Eva...), pero cuyas consecuencias constituyen la suma entera de nuestros males, esos que precisamente el filósofo, el científico, el gurú o el Maestro de Verdad -es todo lo mismo desde esta perspectiva mixtificadora- en cuestión viene a denunciar *para después mejor subsanar*. Pero es una idea bien extraña, si se mira bien. Decir que el Hombre se ha forjado sus propias cadenas es como decir que la araña teje su tela no para

atrapar insectos, sino para atraparse a sí misma. Y, además, lo que una vez ocurrió, esa especie de tropezón al inicio de la andadura, siempre puede volver a tener lugar en el futuro (más aún: con toda seguridad volverá a ocurrir, ya que de alguna manera que puntualmente describe el mito correspondiente constituye nuestra tendencia principal, nuestra tentación más irresistible...) Sin embargo, no hay que caer en las exageraciones de Deleuze haciéndose pasar por Nietzsche. La culpa mitológica, esa que se inventan los sabios y los sacerdotes para que dependamos de ellos -el Psicoanálisis es clara prueba de ello-, es deuda, sí, pero no impagable ni infinita. Si fuera impagable, el sujeto podría olvidarse tranquilamente de ella, ya que no tiene remedio. Si uno tiene una mancha indeleble, pues la ignora y mira hacia otro lado. Se sufre, pero se sobrelleva. No: la deuda de la culpa imaginaria debe poder pagarse a plazos, la mancha tiene que poder borrarse pero no sin ayuda, y cuanto más escalas en la pirámide de la expiación más derecho vas adquiriendo a exigir el tributo de la culpa ajena del que te sirves para poder ir abonando el tuyo. Así, el cuento de la culpa o del pecado o de la deuda originaria tiene la misma estructura que la de una estafa piramidal ya desde los tiempos del pitagorismo, eso parece innegable, pero de ahí no tiene por qué derivarse un desplazamiento brusco al extremo contrario, de tal manera que si impugnas el cuento de la secta quedas más limpio de culpa que un bebe o un cervatillo. Pensar así, aunque parezca libertino y audaz, en realidad no es más que terminar por dar tu asentimiento a la lógica del consumismo y de la indolencia capitalistas, puesto que la inversión consiste ahora en aducir que si las culpabilidades míticas antes enumeradas tienen mucho de trampa, entonces lo mejor va a ser caer de cabeza en todas las tentaciones, arrepentirse únicamente -como decía cínicamente Lord Byron- de los pecados que aún no hayas podido cometer...

Pero lo que quedaba chulo y *cool* en Lord Byron ya no es tan interesante y romántico en Homer Simpson. Cometer la falta de dejarse llevar por el placer culpable de comerse un bombón de marca en una habitación de hotel al anochecer con fondo de skyline parece muy tentador en un anuncio publicitario, pero nadie dudará de que como pecado deja mucho que desear. A las invitaciones a los goces prohibidos que promociona el estilo económico capitalista les sucede lo mismo que a los cantos de sirena de los demonios en el libro de C.S. Lewis: que pierdes tiempo, dinero, categoría y si te descuidas el alma misma a cambio de nada en absoluto¹⁰⁰. Para colmo, con la desaparición de la religión de Dios en favor de la religión del dólar en realidad tampoco se pierde la culpa, sino que se incrementa exponencialmente. Se dice, por ejemplo, que la pobreza, el hambre, la guerra, las pestes y hasta el último de los jinetes del apocalipsis que se hayan sumado recientemente son males estructurales de las actuales sociedades, y por tanto que todos contribuimos a alimentarlos indirectamente con nuestra actitud despreocupada y egoísta. Sin duda la consideración estructural es un gran hallazgo científico del pensamiento occidental,

¹⁰⁰ El libro es *Cartas del diablo a su sobrino*, una maravilla sin paliativos y un ramillete de observaciones psicológicas perfectas que todos deberíamos leer. El pasaje, alargándome un poco, es el siguiente (el que habla es un demonio senior aleccionando a un demonio junior en el marco de una relación de empresa): “Todas estas actividades sanas y extrovertidas que queremos evitarle pueden impedirle sin darle nada a cambio, de tal forma que pueda acabar diciendo, como dijo un paciente mío al llegar aquí abajo “ahora veo que he dejado pasar la mayor parte de mi vida sin hacer ni lo que debía ni lo que me apetecía”. Los cristianos describen al Enemigo como aquél “sin quien nada es fuerte”. Y la nada es muy fuerte: lo suficiente como para privarle a un hombre de sus mejores años, y no cometiendo dulces pecados, sino en una mortecina vacilación de la mente sobre no sabe qué ni por qué, en la satisfacción de curiosidades tan débiles que el hombre es sólo medio-consciente de ellas, en tamborilear con los dedos y pegar taconazos, en silbar melodías que no le gustan, o en el largo y oscuro laberinto de unos ensueños que ni siquiera tienen lujuria o ambición para darles sabor, pero que, una vez iniciados por una asociación de ideas puramente casual, no pueden evitarse, pues la criatura está demasiado débil y aturdida como para librarse de ellos” (Carta XII). Resumido, la misión del infierno es, según el perspicaz Escrutopos de Lewis, la misma que la del marketing: “conseguir el alma del hombre y no darle nada a cambio” (Carta IX, Editorial Rialp).

pero, por otra parte, algo que, si lo miras bien, sabe sin discurso cualquier tipo de la calle (quizá no un hindú de la casta ínfima, si la aculturación es poderosa, pero sí un taxista de Madrid). Es un grave error de manual elemental ignorarla, pero tampoco se puede ser reduccionista. A mi parecer, el enfoque estructural expresa una fuerte tendencia, pero no una obligación mecánica. Desde luego, la estructura social es un mecanismo, pero aquello sobre lo que opera no. Prueba de ello son los incesantes esfuerzos y desvelos que el mecanismo tiene que realizar para continuar condicionando a sus estructurados. Que la libertad, nouménica o no, existe, lo demuestra no tanto la Ley Moral de Kant como la eterna insistencia del poder por reprimirla (o, me da igual, *producirla* o determinarla, al modo de Foucault). De manera que el planteamiento estructural no debe hacernos olvidar que el canalla que fabrica los balones en China con mano de obra infantil es un canalla con todas las letras, por mucho que el sistema capitalista mismo le empuje poderosamente a ello. Todo un mundo de relaciones conspiraba para que ese pajarraco se aprovechara, de acuerdo, pero hubo un instante en que tomó la peor decisión, y pudo -¡debió!- decir que no (y simpatizo con García Calvo y Foucault cuando escriben o insinúan que nadie es lo suficientemente tarado, obtuso, lerdo, o está lo suficientemente engañado o manipulado como para no saber sentir, y por tanto no saber decir y hacer, como mínimo, que “no”).

Pensar, por tanto, que la gente corriente tenemos alguna parte de responsabilidad en las atrocidades del fabricante de balones, como una suerte de emanación plotiniana de la culpa universal, me parece una interesante variante del Síndrome de Estocolmo ideológico. Sobre todo porque, en el siguiente grado de la emanación, nuestros hijos también tendrían responsabilidad por jugar con él, y eso ya roza la demencia. No -otra vez “no”-: hay muchos codiciosos repelentes respaldados por el sistema, pero ni este ni aquel ni sus hijos estamos entre ellos. Y no porque no podamos, sino porque no queremos. Si participásemos (sigo con lenguaje de Plotino) aun mínimamente de la culpa por la explotación infantil, justo sería que percibiésemos también una porción económica de su beneficio. Ser un malnacido redomado requiere toda una *paideia* sutil e ininterrumpida que no hemos recibido, aunque nos apropiemos de las migajas de bienestar que el sistema deja caer. ¿Que íbamos a hacer, quitarle el balón a nuestros hijos y luego irnos a vivir a una cueva, como en la Contracultura? Nada de eso. Mejor quedarnos y, si es el caso, denunciar tanto a la estructura como al individuo, que caigan ambos. Pero lo que es a mí, ningún análisis objetivo del funcionamiento de la mercancía al estilo marxista me convencerá de que soy responsable en la misma o parecida medida que el dueño de la fábrica en Indonesia. Además, los mierdosos que merecen el cadalso y sin embargo tienen los mandos de cotarro son una insignificante minoría frente a una ingente muchedumbre de gente decente, o así lo pienso yo. Esa gente trabaja para el sistema, sí, pero la mayoría en el sostenimiento de sus niveles esenciales, que son los que mantienen todavía la continuación de la vida en los entresijos de la estructura. La Sal de la Tierra, como los llama la Biblia: no les acusemos de contribuir a esterilizarla (ese, claro, no es el sentido del símil). A ver si vamos a hacerles sentir tan mal que vayan a olvidarse de desengrasar la guillotina cuando las cosas se pongan mucho más feas...

Sociedad e individuo se bi-implican recíprocamente, sin que ninguno de ambos términos -“tipos ideales”, en términos de Weber- pueda ser separado del otro. Y ambos se alimentan mutuamente en un movimiento sin fin que se sedimenta en el lenguaje de cada tiempo y campo social. La libertad individual existe, eso es evidente, porque sin ella no existiría esa tremenda ansia de poder que de hecho existe con el fin de sojuzgarla o seducirla. De otra manera: nadie querría tener poder sobre autómatas, para eso pones una granja de animales domésticos, que tiene mucho menos coste en desgaste moral y en esfuerzo maquiavélico. Hay poder porque hay libertad ajena sobre la que ejercerlo, así de claro. Y al revés: hay libertad socialmente entendida como potencia de refrendar o contestar al poder, no libertad en el sentido absurdo aquel de capacidad absoluta

de elección interna (esa extraña libertad que un estoico podría ejercer incluso encerrado en la cárcel). Por cierto: la inmensa mayoría de la población mundial parece preferir con mucho la sumisión, o por lo menos la conformidad, incluso en la más arrastrada de las circunstancias. Tú dale a la gente una pizza, sexo y un móvil de última generación, sin ir más lejos, y luego podrás hacer con ellos lo que quieras...

La culpa, en fin, no es, en mi opinión, nada del otro mundo. Y mucho menos algo atávico, ancestral, pero sin embargo tan pregnante que nos perseguirá hasta el fin de los tiempos. La palabra pecado en castellano es la traducción del *peccatum* latino, pero la Biblia fue escrita en arameo y en arameo *peccatum* refiere a “hâtta” o “chattaah”, que literalmente se traduce por algo así como “errar el tiro” o “fallar el blanco”, algo de lo que uno se lamenta después con razón porque querría haberlo hecho mejor, quisiera haber acertado en el blanco. La culpa, o el arrepentimiento, o la vergüenza, no es más que la prueba puntual aunque recurrente de que uno no es un completo desalmado, como el dueño de la fábrica de balones. Querer librarse de esa valiosa señal interna, como pretendieron Spinoza, Nietzsche o Freud es desear tener carta blanca para actuar toda la vida como un cerdo, so capa de superioridad intelectual. Puede sonar anticuado, puede que yo sea más simple que el mecanismo de un botijo y que no haya profundizado en Lacan, pero como escribió G.K. Chesterton:

Nuestros padres no hablaban de psicología; hablaban de un conocimiento de la Naturaleza Humana. Pero ellos la tenían y nosotros no. Sabían por instinto todo aquello que nosotros hemos ignorado con la ayuda de la información. Porque son precisamente los primeros hechos de la naturaleza humana los que ahora ignora la humanidad.

—En *Anécdotas del Nuevo Londres y el más Nuevo todavía York*, 1931.

¿O Revolución o Caída?

Bajo el capitalismo el hombre explota al hombre. Bajo el comunismo, es justo al revés.

John Kenneth Galbraith

Somos servidores de la ley, a fin de poder ser libres.

Cicerón

En estos tiempos de tensiones pre-electorales múltiples que acalambran a nuestro desdichado país, es normal que aumente considerablemente el volumen de ese murmullo que llevamos oyendo desde hace tiempo, ese viejo estribillo que lamenta la desunión, la confusión y el extravío de la Izquierda. Ya nos están contando, de hecho, en numerosos medios, que *Podemos* y el propio Pablo Iglesias se suavizan cada vez más y tiran para “la centralidad del tablero político”, como la proverbial cabra tira para el monte a ver si encuentra mejores pastos de desesperados votantes, y así enseguida aparecerán también, como en un automatismo pauloviano, aquellos que estaban esperando en la sombra para salir de repente a alertar a voz en grito de que las esencias están siendo traicionadas. Pero es que las “esencias” de la clase que sean siempre son una y otra vez traicionadas: para eso es para lo que están las esencias en el mundo, según parece. El argumento, en realidad, funciona al revés: los seres humanos descubrimos que hay “esencias” cuando éstas ya han sido pervertidas o amenazadas, de igual manera que las personas que se van haciendo mayores se dan cuenta de que los tiempos han cambiado en el momento mismo en que los que viven ahora empiezan a no gustarles. Entre la izquierda radical, este discurso de la caída en la inautenticidad es consustancial a su modo de ser y a su praxis política casi desde su estreno. Son como los detectores vivientes de las caídas: de las que fueron y de las que vendrán, acaso de la caída eterna... Puesto que ellos siguen esperando con encomiable fe la auténtica Revolución (todas las anteriores revoluciones han sido falsas revoluciones y no cuentan, naturalmente), todo lo que suceda antes de tan extraordinariamente metafísico acontecimiento es como humo de pajas y un indigno arrastrarse fatigosamente por el fango. Ya se sabe que la Historia de la Humanidad es la prolongación indefinida de la Lucha de Clases, y nada que sea menos que un cataclismo capaz de poner solución a esta gigantomaquia puede aspirar a constituirse en algo distinto de episodios sucesivos y aparentemente diferentes del drama ininterrumpido de la alienación humana. De este modo, toda novedad histórica que cambia la vida de la gente se reconoce desde esta óptica de análisis como una novedad, en efecto, pero como cosa nueva tan sólo en tanto inédita y escandalosa manifestación de las siniestras transformaciones del Capital, “fecundo en ardides” como el legendario Odiseo -el comunismo, sin embargo, sería como el rocoso y unidireccional Aquiles, que no da su brazo a torcer, y cuando por fin sale a escena, la arma gorda. El Capital es, así, asombrosamente proteico, mientras que la Revolución es tercamente idéntica a sí misma, ante todo y sobre todo porque el Capital no para de acontecer, mientras que la Revolución hace mutis por el foro. Cuando el Capital acontece, de hecho, lo hace conforme a toda su tremenda potencia, sin freno posible que lo detenga; en cambio, cuando sucede una revolución, suele hacerlo de acuerdo con una versión mixtificada y renegada de sí misma, ya es mala fortuna...

Y es que, si eres comunista, aunque seas un comunista realmente bien formado, para ti, mientras que no tenga lugar la Liberación Total, con mayúsculas, todas esas libertades parciales y pasajeras que se van conquistando aquí y allá no ocultan más que nuevas cadenas. La Historia es una manufactura de cadenas, e inventa sólo -pero prolíficamente- trampas. La Revolución Verdadera no tendrá lugar en vida de su profeta y cultor, de ninguno de sus profetas y cultores, pero eso no importa: ellos la dejan ahí colgando del cielo como un mandato, a la manera de una obligación pendiente para las siguientes generaciones, que tendrán que escoger entre cargar con ese peso moral o sentirse desertores. Pero... ¿Alguien se imagina el año cinco, o el año veintitrés, o el cientoquince, tras la Verdadera Revolución? ¿De verdad piensa alguien que las cosas seguirían en el mismo estado idílico en que se fijaron gracias a una descomunal violencia -y habría de ser realmente una violencia de proporciones cósmicas en el actual mundo globalizado y tecnificado- en el triunfante Año Uno? Mientras tales conjeturas tienen o no lugar, para el Soñador de la Revolución Total lo que pueda quedar a salvo bajo el veneno de los tentáculos omnímodos de la alienación cada vez se queda más encogido y reducido. Hay numerosos autores, como antes el famoso Gilles Lipovetsky y ahora Byung-Chul Han, que hurgaran hasta la extenuación por encontrar la caída hasta en el menor de nuestros hábitos de vida contemporáneos: estos hombres, y muchos otros, llevan décadas escribiendo una microfísica obsesiva y detallada de nuestra caída colectiva, y las cuentas siempre le salen más vacías que el estéril Nirvana budista. ¿Y si lo que pasa es sencillamente que los hombres hacemos lo que podemos, que progresamos por partes y lentamente, cuando progresamos, que las libertades concretas a muchos nos satisfacen y las novedades por determinar, como Internet, a veces hasta nos atrapan, y que en eso consiste la vida del hombre sobre la Tierra: en librar la batalla sin fin *de y con* problemas sin fin? En tal caso, no necesitaríamos fantasiosas promesas de redención de ilusorias defecciones (mira que es casualidad que siempre el mismo médico que hace el diagnóstico terrible sea el que posee a continuación el remedio feliz), por muy científicas que se digan. Lo que necesitamos son ideas, experiencias y ejemplos que, provengan de donde provengan, tengan como irrenunciable horizonte la igualdad y la justicia social, que no son patrimonio exclusivo de un determinado sistema filosófico.

Pues tal vez sea eso lo que va comprendiendo, flexible y sensato como es incluso a través de su autoreconocida soberbia, Pablo Iglesias en su camino al Parlamento español. Llega un punto en que lo que se pide, a la vista de lo desastroso de la coyuntura, es nada más, pero tampoco nada menos, que el cumplimiento estricto de las leyes, no de las Leyes de la Historia, que permanecen y permanecerán por siempre tocando la lira en su limbo hipotético, sino las leyes vigentes en Europa y en el estado español. Carlos Fernández Liria lo lleva escribiendo desde hace ya unos cuantos años, por activa y por pasiva, como decía aquel, en castellano, en catalán y en arameo si se lo pidieran. Ejecutar las leyes que se ha dado a sí mismo este país sería en estos momentos algo tan revolucionario para nosotros como tres resplandecientes fuegos prometeicos otorgados al ciudadano español a la vez, tan calamitosa y vergonzante es la situación. El gran descubrimiento de la civilización griega, tanto que ellos mismos vivieron absolutamente fascinados por su propio hallazgo, casi como si no pudieran creérselo del todo, consistió justamente en esto tan fenomenal y tan sencillo a un tiempo: que los numerosos hombres nunca son puros, que se relacionan entre sí mediante una amalgama de intereses, pasiones y opiniones caóticas e incontrolables, pero que la Ley, que no es de carne y hueso, y *porque* no es de carne y hueso, merece imperar por encima de ellos poniendo orden en la ciudad democrática. La Ley no representa la voluntad de los dioses, sino la de los hombres, y de ahí que no forje héroes, sino ciudadanos. Incluso en la totalitaria Esparta esta lógica imponente, realmente histórica como pocos hechos han sido tan irreversiblemente históricos, se aplicaba a rajatabla. ¿Qué significa exactamente “civilización”? Significa ese lugar donde la ley burdamente biológica del más fuerte no es considerada una ley,

donde esa ley es la única que jamás podrá valer -o que seguirá irremediablemente valiendo, pero no como ley reconocida públicamente. Quizá lo que ocurra, en términos ideológicos amplios, es que somos ya los hijos de la Revolución, de *esa* Revolución, y no tanto los padres de otra futura.

La existencia de la Ley es siempre una paradoja por cuanto que supone el máximo grado de deshumanización de que el ser humano es capaz precisamente para llevar a su plenitud lo humano. El otro gran descubrimiento de nuestra tradición lo formuló precisamente Karl Marx: una vez que hay leyes, nuestro problema consiste en estudiar hasta qué punto esas leyes son necesariamente las leyes de la clase dominante dado cierto entramado económico subyacente. Ahora mismo, que des-habituamos una emergencia nacional, como en Grecia, podemos permitirnos aplazar ese problema (como digo, problemas nunca nos van a faltar...) para más adelante. Por mí, que Pablo Iglesias se vuelva todo lo “socialdemócrata”, o, simplemente, moderado, que su sentido común y su conciencia le vayan inspirando: los ciudadanos de a pie del Reino de España, que no nos identificamos con las monstruosidades del capitalismo, pero tampoco con las del antiguo comunismo, se lo agradeceremos...

Leibniz y Europa

G. W. Leibniz tenía veinte y pocos años cuando conoció a Johann Christian Von Boineburg, ministro del Príncipe Elector de Maguncia, a quién propuso un brillante plan geoestratégico a través de aquel. Se trataba nada menos que de alejar las ambiciones desmedidas de Luís XIV del escenario europeo, que había quedado prácticamente devastado -sobre todo la zona de habla alemana- tras la Guerra de los Treinta Años. Lo que al joven Leibniz se le había ocurrido exactamente fue sacar al poderoso y rico ejército francés del continente de la siguiente manera: mediante una misión diplomática encabezada por el Príncipe Elector y él mismo, se encarecería al orgulloso Rey Sol a tomar Egipto como primer paso hacia una eventual conquista de las Indias Orientales Holandesas; a cambio, Francia se comprometería a no atacar más a Alemania ni a Holanda. El proyecto, conocido como *Consilium Aegyptiacum* o *Projet de conquete de l'Égypte*, fue formalmente redactado en 1668 recibiendo un apoyo circunspecto por parte del Príncipe. Así, finalmente, en 1672 -año, por cierto, de la muerte del Barón de Boineburg- el gobierno francés invitó a Leibniz a París para su discusión, pero la negociación se vio pronto superada por los acontecimientos políticos y la idea quedó en agua de borrajas. Más de un siglo después, la expedición de Napoleón a Egipto en 1798 (ya se sabe: “más de cuatro mil años os contemplan...”) supuso un intento de realización tardío del plan de Leibniz cuyo saldo fue la victoria naval de Nelson y el descubrimiento de la Piedra Rosetta¹⁰¹.

Hasta aquí la historia tal como cualquiera puede encontrarla relatada en casi cualquier parte, aunque sea, ciertamente, poco conocida. Leibniz aprovechó después magníficamente esos años de estancia en París para ponerse al día en filosofía, física y matemática modernas, haciéndolas avanzar después por su propia cuenta de manera prodigiosa. En realidad, a partir de entonces desarrolló extraordinariamente todas las materias científicas, las que ya existían y las que intuyó o creyó necesarias él mismo. Entre ellas, la unificación europea, que siguió en su mente desde aquel episodio político hasta el fin de sus días. De hecho, para el Príncipe Elector había escrito también un memorándum secreto titulado *Securitas publica* donde se indicaba que la motivación de desviar la agresividad de las potencias europeas hacia el exterior respondía al propósito de cohesionar Europa en aras de la conquista y aculturación del resto del mundo ¿Para qué luchar entre nosotros -venía a decir-, si tenemos la misión de mejorar La Tierra? Y a ello dedicó sus fuerzas maduras mediante proyectos de reconciliación de las iglesias cristianas, propuestas de enciclopedias, diseños de programas académicos y educativos, etc., para los cuales puso en marcha todo su genio e involucró a todos sus contactos.

Cómo han cambiado las cosas desde entonces. Oí decir a Josep Borrell hace un tiempo que hay que empezar a imaginarse un mundo sin Europa. En tales circunstancias, me resulta grato recordar que fue un filósofo universalista, mucho antes que Jean Monnet, el primero que en una Europa profundamente desunida y que seguiría guerreando consigo misma unos siglos más, concibió la deseable fraternidad de los pueblos europeos -aún a costa, es cierto, de los turcos, que constituían una amenaza no por derrotada una y otra vez menos constante e importuna...

¹⁰¹ Esa misma idea, la de unir a dos contendientes a base de encontrarles un enemigo común, es la que reverdeció en la cabeza de Alan Moore al concebir el eje vertebrador de *Watchmen*, cómic del que ya se ha hablado aquí.

Fernando Savater y el *aurum non vulgi*...

En el fondo, si no me sintiera morir, me podría creer ya muerto.

Samuel Beckett

Ya terminada mi carrera, Fernando Savater se cambió a mi universidad con los dos escoltas como dos signos de exclamación a sus flancos. Le dieron un despacho en el sótano y allí nos recibió cuando fuimos a pedirle un favor no demasiado comprometido. Fue amable, teniendo en cuenta de que lo que le pedíamos era de nuestro interés privado, envuelto en una vaga intención de difusión de la Filosofía. Luego estuve en una clase suya, que estaba abarrotada. Creo que era el primer día de su curso de no sé qué asignatura. Debo decir que no fue gran cosa, no porque a él le faltase brillantez, sino porque no parecía tener nada preparado para ese día. Habló improvisando de algo así como de la dualidad y contraposición Ulises/Ayax en la *Iliada*, con cierta riqueza de verbalidad mítica. Poco después, impartió una charla sobre Castoriadis (Savater lee francés y creo que lo habla), que arrancó con una anécdota personal suya bastante divertida. Por lo visto había cometido el error de referirse en el pasado a la revista de Castoriadis como “Socialismo y barbarie” en vez de como “Socialismo o barbarie”, para indignación de las autoridades de la misma...

Me pareció, en cualquier caso, como fruto de las tres ocasiones, que Savater es más Savater y desde luego más temible por escrito. A mí me gustan los artículos de hípica, la novela epistolar sobre la vida de Voltaire e incluso un monográfico olvidado sobre la ciudad de San Sebastián. Una obrita de teatro que tiene sobre Schopenhauer menos, pero no está mal. La parte de pura ficción no la he leído, pero estoy seguro de que ha disfrutado escribiéndola, dentro de la responsabilidad que ello conlleva. *Criaturas del aire*, entre el apólogo y la reflexión moral indirecta, una gozada, pero *Malos y malditos* no tanto... En fin, un poco de todo. Es verdad que Savater ha disfrutado de una posición eminente en esa especie de diseño de un panteón olímpico que forjó la política cultural franquista pero que la sobrevivió y que consistía en un solo nombre y una sola cara para cada especialidad visible (José María Íñigo presentador, Rodríguez de la Fuente naturalista, etc.) Y es verdad que en esa posición de filósofo único debía mucho a Nietzsche, en un primer momento, cuando en España muy pocos habían leído a Nietzsche -y a Spinoza, que Savater leyó en la cárcel- con esa devoción e intensidad. Pero Savater estuvo a la altura de esa asignación y de esas lecturas, con gracia, con combatividad y con gafas de colores.

Política para Amador es un libro realmente sensato, con el que yo coincidí en casi todo. La autobiografía tampoco la he leído, pero a mi madre le ha gustado mucho, salacidades incluidas. Hay que estar un poco loco o ser un punto fanático para entender que la filosofía española finaliza en un curilla entrañable como Unamuno, un señorito elocuente como Ortega o un basilisco escolástico como Bueno. Savater ha añadido a todos ellos, y a la historia de la Filosofía en España, un encanto característicamente suyo (de trasfondo mucho más democrático, por cierto, que en los tres mencionados anteriormente) que nos ha acompañado todos estos años y por el que le estamos sinceramente agradecidos. Sin embargo, hay una faceta suya, estrictamente filosófica, que nunca me ha gustado y que es la que explica su actual deriva enfurruñada y derechista. Leí hace poco sus escritos completos sobre Emil Cioran, que se han reeditado no hace mucho, y

entre los que constan su tesis doctoral y algunos más, que son de coña. Él mismo los prologa bajo la admonición de que era entonces “demasiado joven”, y, en efecto, a la sazón jugaba a punk del pensamiento o a aprendiz de brujo. Supongo que es una tendencia irreprimible del filósofo bisoño, pero yo nunca la tuve, tal vez porque soy tan mal filósofo que ni siquiera atravieso fases. Pero sí recuerdo muy bien una noche rara en que terminé atrapado en el sótano de un garito de Malasaña con los negativos de la facultad, los parias voluntarios que supuraban por las llagas del sinsentido beckettiano. Iban de negro, eran altos y no eran guapos, ni ellos ni ellas ni yo. Allí estaba un servidor, sólo ante el peligro, como el Gabriel Syme de Chesterton entre anarquistas (y que descubrí lleno de asombro poco después), defendiendo lo mismo que defiende el propio Savater en su “etapa” de madurez volteriana, y sintiendo que en ello se jugaba el destino entero del universo -las copas, la pedantería, ya se sabe...

Pero aquella noche macabra y ligottiana no me di cuenta de lo principal, que me pareció entender por fin en la alabanza a Cioran del Savater punk de su mocedad. Y es que, tanto aquellos tipos atribiliarios, como Cioran o Agustín García Calvo, lo que quieren en realidad no es desengañarte -esa palabra española tan querida por Schopenhauer-, como promulgan continuamente, sino al revés: pretenden devolver la magia a sus vidas. En efecto: cuando vas de malote, de nihilista, de jodido Anticristo, lo que de verdad intentas de corazón es que tu prójimo abandone el sentido común y las convenciones sociales en favor de un reencantamiento del mundo. Nos susurran algo como esto: “cágate en todo, desprécialo todo, y de pronto el mundo volverá hacia ti su cara más oscura, pero también más misteriosa...” Ocurre como con los seguidores de Lovecraft, que ahora hasta andan planeando incluso hacerle un parque de atracciones siniestro. Esta es la escena: el pobre individuo filósofo sujeto a fuerzas más allá de su comprensión, destinado a la condenación, presa de la fatalidad... Los demás no, los demás que le rodean son simplemente idiotas. Todo, como se ve, de un gusto muy conservador, en el peor de los sentidos del término...

Así que ese es el secreto, me parece: “Nazca el niño negativo, nadie, nunca, nada, no”, como en el poema de Sánchez Ferlosio, porque el mundo se ha vuelto demasiado práctico y predecible, se ha convertido en una aburrida gráfica económica. Tengo una alumna muy inteligente este curso que es satanista, no como un culto religioso, pero casi, pues lleva una niña diabólica en el salvapantallas del móvil. García Calvo no hacía de sima bajo los pies del burgués, como sí le gustaba fungir a Cioran, lo suyo era más bien la salvaguarda de lo indefinido, de la ternura, de los lazos inconscientes en el mundo de las Fluctuaciones Económicas y del Cómputo de la Esperanza de Vida -lo pongo en mayúsculas mayestáticas como él. Y lo peculiar es que siguió empeñado en eso hasta el final, mientras que Savater maduraba y se apartaba de la nigromancia en favor de la ética ilustrada y la vida institucional, o eso es lo que parecía.

Porque entiendo ahora que bajo toda esa parafernalia destructiva o autodestructiva de la lucidez mefistofélica o de la autenticidad existencial llevada hasta el Infierno creo que tan sólo o fundamentalmente se esconde la búsqueda del *aurum non vulgi* literario y personal, no sé si he conseguido explicarme...

Philosophía Solarística

*Solía razonar acerca de la conducta de las personas como si el ser humano fuese una figura tan simple como, por ejemplo, dos palos cruzados el uno sobre el otro; cuando, de hecho, el hombre se parece mucho más al mar, cuyos movimientos son demasiado complicados para que nadie pueda explicarlos, y de cuyas profundidades puede surgir Dios sabe qué en cualquier momento.
El alma del guerrero, Joseph Conrad*

“Solaris” es el nombre de un famoso y ya viejo sistema operativo actualmente propiedad de Oracle que toma su nombre de una novela del escritor de ciencia-ficción polaco Stanislaw Lem publicada en 1961. A su vez, la novela, muy especulativa, algo críptica y difícil de traducir al cine, ha sido, sin embargo, llevada a la gran pantalla dos veces, en primer lugar por el gran director ruso Andréi Tarkovsky en 1972, en lo que se consideró la respuesta del Este al éxito del *2001 Odisea del espacio* de Stanley Kubrick, y mucho después por Steven Soderbergh, en 2002, en respuesta a la respuesta tras la caída del Muro. La película americana aporta poco con respecto al clásico: apoyándose en Tarkovsky, potencia la parte sentimental de la trama y para ello pone rostros más atractivos que los de sus colegas rusos en el elenco actoral. Tarkovsky, en cambio, había hecho una cosa más densa y tortuosa donde lo que empieza con vagas reflexiones cosmológicas termina con parafernalia psicoanalítica, que es un recurso fácil, en mi opinión, cuando lo que se quiere es parecer profundo sin explicar demasiado nada o haciéndolo igual todo. En este sentido interpreta Slavoj Žižek la película soviética, barriendo en cierto modo para casa en términos políticos y filosóficos: <https://youtu.be/jmLnpcUU6yw>

Pero yo no estoy de acuerdo con Žižek, aunque es claro que la cinta de Tarkovsky, como digo, iba en esa dirección. No estoy de acuerdo en que el relato de Lem pueda ser entendido en los parámetros del psicodrama freudiano y su eventual terapia y cura. La novela, en efecto, cargaba mucho más las tintas en la naturaleza del verdadero protagonista del relato, que es el no-encuentro, o el desencuentro, entre los hombres de la Tierra y la enigmática conciencia de un planeta remoto que consiste enteramente en océano (como después el planeta de Frank Herbert será enteramente desierto o el de Ursula K. Le Guin será enteramente bosque), cuyo nombre, puesto por los humanos, es ese, *Solaris*. Y yo creo que ese argumento de Lem puede ser interpretado más acertadamente en el marco de la filosofía de Arthur Schopenhauer, aunque, que yo sepa, no se ha intentado nunca verlo así. En su obra principal, *El Mundo como Voluntad y Representación*, de 1819, Schopenhauer proponía toda una metafísica perfectamente autojustificada y cerrada de resultados éticos y existenciales muy determinados e inequívocos. En desacuerdo con la escuela del idealismo alemán, que creía en la naturaleza espiritual y racional de toda la realidad, Schopenhauer interpretaba el pensamiento de Kant conforme al criterio de que los fenómenos existen sólo en la medida en la mente los percibe como representaciones. Sin embargo, no estaba de acuerdo con Kant en que la “cosa en sí” o “noúmeno”, subsista más allá de la experiencia posible en tanto algo inerte, al contrario: la identificaba por su parte con la Voluntad, entendiendo por ello la voluntad experimentada por nosotros pero también el impulso natural que hace que todo se mueva y actúe. De este modo, la auténtica realidad tras las representaciones y que las hace

posible es en sí es Voluntad ciega, irracional y sin sentido de Vivir. Esta Voluntad es la naturaleza originaria y profunda que cada ser experimenta, y adopta en el tiempo y el espacio la apariencia del cuerpo, que es así su representación. Partiendo del principio de que la Voluntad es el motor de la vida, Schopenhauer llegó a la conclusión de que el trasfondo de todas las apariencias materiales es la Voluntad, y que también detrás del falso escenario de nuestra consciencia opera una Voluntad Universal de carácter cósmico omnipresente en todo.

Así, para Schopenhauer la tragedia de toda vida surge de la naturaleza de la Voluntad, que incita a cada ser sin cesar hacia la consecución de metas sucesivas, ninguna de las cuales puede proporcionar satisfacción permanente a la actividad infinita de la fuerza de la vida o Voluntad de Vivir. La vida, por tanto, es sufrimiento radical, y eso es lo que Schopenhauer tiene de romántico desatado. Como las religiones orientales, piensa que la vida consiste en un ciclo sin fin de nacimiento, pasiones, muerte y renacimiento, y la actividad de la Voluntad sólo puede ser llevada a una consumación relativa a través de una actitud de renuncia, en la que la razón gobierne provisionalmente la voluntad hasta el punto de que ésta cese de esforzarse inútilmente. Sólo en el hombre la Voluntad se hace consciente de sí misma, y por eso sólo el hombre consigue mitigar o escapar momentáneamente del sufrimiento para caer, de manera inexorable, en el insopportable vacío del aburrimiento. De ahí que la existencia humana sea un constante pendular entre el dolor y el tedio, periplo éste que la inteligencia sólo puede anular a través de una serie de fases que conducen, progresivamente, a una negación consciente y terminante de la Voluntad de Vivir. De ahí que Schopenhauer, como la Filosofía Oriental -tomada genéricamente- proponga una huida del mundo. Con todo, no aprueba el suicidio como camino, ya que el suicida no renuncia a la vida en sí misma, sino únicamente a la que le ha tocado vivir (o eso pretexto, ya que si Schopenhauer hubiera predicado la *mors oportuna* hubiera dado con sus huesos en la cárcel). En consecuencia, el filósofo reconocerá como válidas sólo tres alternativas de salida de esta situación fatal, que jerarquiza según el grado de aniquilación de la Voluntad implicado en cada una de ellas:

- La contemplación de la obra de arte como acto desinteresado, fundamento de su Estética.
- La práctica de la compasión universal por todo lo vivo, piedra angular de su Ética.
- La autonegación del yo (asimilable a una especie de *Nirvana*), mediante una vida ascética.

Pues bien: pienso que es probable que Stanislaw Lem tuviese algo parecido en la cabeza al escribir *Solaris*. El colosal océano, más que una inteligencia totalmente distinta de la humana, es la corporeización de una voluntad diversa de las que conocemos en la Tierra, entendidas a la manera de Schopenhauer. Toda una ciencia ha sido desarrollada desde hace tiempo por los hombres (al contrario de lo que dice Zizek en el video, cuando afirma que *Solaris* habría sido descubierto recientemente por la humanidad en la película) para desentrañar el misterio de *Solaris*, la “Solarística”, sin dar apenas fruto, puesto que una voluntad no puede ser de ningún modo conocida: de ella sólo podemos forjar, en todo caso, representaciones. De ahí que sea el propio *Solaris* el que trate de comunicarse con los hombres, de voluntad a voluntad, y por tanto en un plano exclusivamente emocional. De hecho, *Solaris* practica las tres vías de Schopenhauer para la redención de la Voluntad: crea esculturas aparentemente caprichosas (pero cuasi/geométricas) en la superficie del océano y crea figuras humanas animadas -arte-; a través de éstas últimas intenta proporcionar a sus “visitantes” (los humanos son, en realidad, los visitantes) un alivio a su sufrimiento personal -compasión universal-; y, por último, cuando la chica de la película trata de suicidarse, no solamente revive porque la Voluntad cósmica tiene mal remedio, sino que termina por encontrar el modo de provocar para sí la destrucción total, y no hay que olvidar que la chica es una representación, una proyección, de la esencia de *Solaris* -autonegación del yo-.

Incluso en la cinta de Tarkovsky los demás personajes lo dejan muy claro. Uno de los científicos cree que existe algo así como una Verdad objetiva, metódica, acerca de Solaris, y se comporta fría y cruelmente. Otro, más contemporizador, le replica que la ciencia es una necesidad, que no es más que el espejo en el que el hombre gusta de mirarse. Y el psicólogo que llega el último a la estación espacial, con el que Solaris ha sido sentimentalmente más generoso desde su propio punto de vista (o es que el planeta ha aprendido ya de malas experiencias previas con sus colegas), insiste en que el único mensaje de Solaris es el amor. Pero en Solaris él vive el amor como compasión, precisamente, lo que da lugar a las culpas y traumas que tanto juego dan a la versión psicoanalítica de la historia. Eso es lo de menos, me parece. Lo que importa es que Solaris es como una deidad que, de repente, genera el deseo, el anhelo, de ser también humano en contacto con los humanos. Al fin y al cabo, los humanos no están completamente solos, como lo está el planeta líquido... El fracaso de ese intento no significa que mediante la ciencia de la Solarística hubiese podido conseguirse nunca un resultado mejor. Nietzsche concibió también su ataque a Schopenhauer valiéndose de la metáfora de la divinidad (en *Así habló Zaratustra*, “De los trasmundanos”, también traducido como “De los alucinados del más allá”):

En otro tiempo también Zaratustra proyectó su ilusión más allá del hombre, lo mismo que todos los trasmundanos. Obra de un dios sufriente y atormentado me parecía entonces el mundo.

Sueño me parecía entonces el mundo, e invención poética de un dios; humo coloreado ante los ojos de un ser divinamente insatisfecho.

Bien y mal, y placer y dolor, y yo y tú - humo coloreado me parecía todo eso ante ojos creadores. El creador quiso apartar la vista de sí mismo, - entonces creó el mundo.

Ebrio placer es, para quien sufre, apartar la vista de su sufrimiento y perderse a sí mismo.

Ebrio placer y un perderse-a-sí-mismo me pareció en otro tiempo el mundo.

Este mundo, eternamente imperfecto, imagen, e imagen imperfecta, de una contradicción eterna - un ebrio placer para su imperfecto creador: - así me pareció en otro tiempo el mundo.

No el mundo, en general, pero sí Solaris, tal como lo imaginó Stanislaw Lem. Solaris es una novela magnífica, original y muy inquietante, que trata realmente de la vida extraterrestre como absolutamente otra de la de la Tierra, o, al menos, tan *otra* como puede permitirlo la filosofía de Schopenhauer. El propio Schopenhauer, que está en el bagaje individual de grandes creadores de cultura del s. XX, nos es más conocido hoy por la parodia que le hacía Roberto Benigni en *La vita e bella*, y hay que reconocer que no es una parodia inmerecida. La película de Tarkovsky acaba con una escena freudiana de conflicto edípico y después el plano se agranda y se aleja de la acción para darnos a entender que somos como islas en un océano inmenso de irracionalidad y puro sentimiento. Antes, Tarkovsky había colocado significativamente bustos o estatuas clásicas en los escenarios de las discusiones científicas, como queriendo reírse de la pretensión del hombre de conocer nada.

Nuestras vidas como “humo coloreado” y un intencionado “perderse-a-sí mismo”... Hay que ver qué serios se ponen todos los filósofos, muchos cineastas y algún que otro escritor de ciencia-ficción...¹⁰²

¹⁰² En realidad, esto último es una broma mía, pues Lem es precisamente el autor del género que menos serio suele ponerse, y de ahí la ironía. En compilaciones de cuentos relacionados como *Diario de las estrellas* -donde, por cierto, se hace escarnio de la condición humana frente a otras especies alienígenas al nivel de H. P. Lovecraft-, *Relatos del piloto Pirx* o *Ciberiada*, Lem se convierte en el feliz e irresponsable Luciano de Samosata del s. XX; pero *Solaris* es muy distinto.

Herrar es umano

*O Error, soon conceiv'd, thou never com'st unto a
happy bird, but kill'st the mother that engender'd thee.*

Un exagerado William Shakespeare

Conservo un simpático artículo de la sección madrileña del periódico *El País* que iba encabezado por un titular que me sorprendió, y que decía lo siguiente: “Los sabios también se equivocan”, siendo así que estaba destinado a dar a conocer la apertura en el *Planetarium* de Madrid de una gran exposición acerca de los errores “más llamativos” de la historia de la Astronomía. Ahora mi perplejidad: ¿Decís que los científicos *también* se equivocan, como el resto de los mortales?! ¿De verdad?! ¡¡Menuda sorpresa!! Para que os hagáis una idea, a mis oídos esto suena como si para dar la noticia de las tropelías cometidas por Gadafi para acabar con la revuelta popular en Libia los diarios titulasen “Los políticos también se equivocan”. Al margen de que el tipo de error achacado a un científico y a un dirigente sean totalmente distintos, el hecho mismo de que incluso los instruidos profesionales del periodismo vivan en la superstición de que los científicos disfrutaran de un acceso privilegiado a la verdad me parece muy significativo: constituye, en mi opinión, una puesta al día de la fe cartesiana en que existe un método científico infalible gracias al cual el progreso de las ciencias está asegurado hasta que el hombre se parangone frente a frente con la divinidad. Pero como es cierto que la ciencia realmente ha progresado mucho desde que Descartes reorientase metódicamente su actividad -y por este lado hay que reconocerle el éxito de su descubrimiento-, de ahí que la fecundidad misma del método produzca esos desfases, desajustes, anticipaciones imperfectas e incluso choques de modelos a los que nuestros ingenuos reporteros de *El País* calificaban de veniales y entrañables “errores”, al modo como lo fueran, no sé, los de Clinton en la sala oval. *Errare humanum est*, ya se sabe, mas en esta ocasión no resultará tan sencillo, porque hasta los dioses se equivocarían si existiesen, y esta es, en cambio, la parte semioscura que Descartes no pudo o no supo calcular, y de la que el primer afectado fue precisamente su sistema científico. Volvemos a preguntar: ¿Cómo que “Método y Errores”, que es como mezclar agua y aceite?! ¿Pero no habíamos quedado en que el método era *infalible*?! ¡¡Si hasta los sabios se equivocan, nada nos queda ya en lo que creer (“vana es nuestra fe” como dijo de lo suyo San Pablo)!! Tranquilícense los ánimos, que ya la mayoría del público estará escuchando o adivinando los sonidos de corneta de la caballería.

Y la caballería, en efecto, llegó tiempo después de la muerte de Descartes, en cuanto comenzaron a amontonarse estas lagunas, errores o descalabros en el avance de las ciencias. La solución a estos problemas ha sido propuesta desde muchos frentes, pero la más importante de ellas tiene un nombre bien propio y determinado: se trata, en términos filosóficos, de lo que se conoce como Lógica Dialéctica aplicada a las ciencias. Ésta -la Dialéctica moderna, no la platónica- afirma que el error es la condición necesaria de la verdad, puesto que la verdad se manifiesta en el mundo única y exclusivamente como superación de los errores. El padre de

Ciberiada, de hecho, contiene un personaje que es trasunto satírico de Schopenhauer, lo cual demuestra que Lem tenía familiaridad con el filósofo y, es de suponer, claro, con su filosofía.

todos los dialécticos o *Dialectosaurius-Rex*, G.W. F. Hegel, denominaba a este mecanismo de positivación del error -ya que el error deja de representar un puro fracaso para convertirse en un motor positivo- el “Trabajo de lo Negativo”: lo negativo, como en nuestras vidas, duele, sí, pero es fácil consolarse, pues trabaja para nosotros. De esta manera, la exposición del planetario de Madrid vino a ser finalmente una glorificación de la Astronomía a través de sus mejores alba-ceas: los bienhechores errores (y ésta es, de hecho, la idea que con toda seguridad habitaba en la cabeza de sus promotores, dialécticos sin saberlo). El truco está, claro, en que para pensar así la historia de la Astronomía o la de cualquier otra cosa hay que escamotear primero el verdadero fundamento de la Dialéctica, que es lo que podríamos llamar “la teoría de la relatividad de los errores”, que consistiría en suponer acriticamente que a los errores les corresponde ser siempre parciales y temporales, mientras que no se duda de que la verdad es eterna y absoluta. La creencia cartesiana en el método científico sale así bien parada del trance e incluso reforzada, pues bien podemos ahora hablar de una sucesión y compartimentación de los métodos, de una verdad buscada para el propio método, de un meta-método del método que sería la propia Dialéctica, y etc., etc. En epistemología, Karl Popper se investió en adalid para el siglo XX de estas estrategias, y antes de aquello también el gran sociólogo Max Weber (máximo teórico, por otra parte, de la mencionada diferencia entre el error científico y el político) defendía a la ciencia de cada tiempo por su carácter necesariamente erróneo.

Ahora bien, el gran “pero” que puede oponerse a la solución dialéctica es evidente: si rechazamos el *truco* que fundamenta la explicación procesual del método científico, es decir, si ponemos en cuestión nuestra imaginaria “teoría de la relatividad de los errores” -no por la interposición de un Genio Maligno a la manera cartesiana, sino sencillamente porque no hay medio de probarla-, entonces se nos muestra igualmente posible que sea a los errores a los que les corresponda una condición eterna y absoluta, mientras que a las verdades sería a las que les tocaría el feo papelón de ser parciales y temporales, lo cual parece más acorde con la impresión que se lleva uno cuando estudia la historia de las ciencias desde fuera de ellas o sin más la historia del mundo en general. ¿Y por qué no iba a ser realmente así? El propio Popper parecía estar a punto de formularlo de esta manera, pero conjeturamos que no se atrevía del todo porque con ello veía claramente asomar las consecuencias -Popper no era ni de lejos Martin Heidegger, que de errores también entendía un rato. Y las consecuencias son: desconfianza hacia el método (nunca hacia los logros de la ciencia como tal), insuficiencia de las líneas demarcadoras que actualmente separan lo que es declarado “científico” de lo que no lo es (¿qué serían Astronomía y qué Astrología en la exposición del planetario?), retorno de los sabios a su condición humana (descendería su prestigio, pero al mismo nivel que al de los políticos capaces de errar), y otras del mismo estilo, como la que haría del titular de *El País* el símbolo por antonomasia de la perfecta perogrullada (esos chicos saben de sobra que ni el Papa es infalible más que por decreto del propio Papa...)

En este punto cabe pensar en nuestras propias y pequeñas vidas, para las que si, invirtiendo la célebre frase de cínico Tayllerland, *lo peor no es que fuera un error, sino que lo malo es que fue un crimen*, bastaría con ahorrarnos los crímenes para vivir más serenos, humildes y comprensivos en la conciencia de nuestros queridos e inevitables errores.

La Fiesta de las Olimpiadas

No se diga que no existe relación alguna entre pensamiento y deportes fuera de la que establece la célebre máxima del satírico romano Juvenal –ya se sabe: *mens sana in corpore sano* (curiosamente, este señor fue el mismo que escribió aquello otro de *Panem et circensis...* ¿a qué carta quedarse?). Las Olimpiadas, desde luego, han sido desde siempre un “circo”, pero un circo muy especial que ofrece también a su auditorio el espectáculo *sub specie intellectualis* de la contemplación de los límites de la medida humana ¿Hasta dónde ha llegado el hombre, cuál es su medida?: esta es una pregunta que no se responde sólo señalando un torpe antropoide con escafandra dando saltos erráticos por la superficie de la luna como un gran globo blanco al que se le ha soltado el pitorro al final de la fiesta, o mostrando con orgullo los ochentaytantos volúmenes de la edición crítica de las *Obras Completas* de Kant o los, asimismo, ochentaytantos kilómetros en anillo de un Acelerador de Partículas; hay que sacar también escena a Maria Callas cantando un aria, o a Marian Jones corriendo como un rayo tras años de esfuerzo y entrenamiento. Tan sólo teniendo en a la vista el conjunto entero de ese esfuerzo y de esos logros -y dejando momentáneamente a un lado tantas atrocidades e ignorancias seculares-, podemos hablar cabalmente del progreso de la especie humana. De hecho, Ortega y Gasset habló del “sentido deportivo de la vida” pensando en algo análogo a esto: la vida no tiene un sentido trascendente, no hay un motivo especial por el cual hayamos nacido y estemos aquí tratado de aprovechar el poco tiempo que tenemos, sino que ese sentido de nuestra existencia le es otorgado a la vida de modo inmanente por el hombre gracias a su esfuerzo lúdico y como deportivo. Así, el deporte imita a la vida pero también la vida imita al deporte, por cuanto que es el deporte, más que la virtud moral, quien ofrece a la devoración de los ojos de la ingente mayoría una imagen posible de la perfección humana tanto psíquica como corporal. De hecho, la *perfección en este mundo* fue el tema metafísico del gran Aristóteles, a quién Alejandro el Magno encargó la confección de la lista de los campeones olímpicos mientras él la exhibía en su vertiente guerrera por toda Asia.

En un lugar de algún libro, de cuyo nombre no puedo acordarme, leí una vez que hubo un año en la larga dominación del Imperio Romano durante el cual los usualmente duros y disciplinados ciudadanos de la capital celebraron ¡364 días de fiestas!, tan bien repartidos entre jolgorios cívicos, triunfos militares y celebraciones religiosas que incluso uno se atrevería a apostar que el único día de trabajo que se vivió aquel año fue convocado *ex profeso* para darle todavía un poco más de variedad a la existencia. Estaréis de acuerdo conmigo en que ése fue un año realmente digno de dioses, y así seguramente lo entendieron los romanos, para quienes la divinidad, importada de Grecia, se caracterizaba precisamente por residir en un eterno *otium*: ser dios es vivir por siempre en un tiempo lúdico, derrochando nuestras energías en una perpetua competición sin más provecho tangible que el mérito propio, reproduciendo una y otra vez el juego de las fuerzas que no acumulan rendimientos, sino que sólo disputan honores. De modo parecido, el libro del *Génesis* (y la idea se repite al comienzo del *Evangelio según San Mateo*) ocupa en la *Biblia* una posición singular, puesto que, si no recuerdo mal, es el único fragmento del texto sagrado del grave y severo pueblo hebreo en el que se llama a la despreocupación por el futuro, pues “cada día trae su afán”, y en el que se encarece a pasar el tiempo engolfado en la gratitud por haber nacido, pues en lo que se refiere a subsistir un día más ya “Dios proveerá”.

Recordando todo esto es donde más vendría al caso la frase aquella tan citada de la zarzuela: “las ciencias es que adelantan que es una barbaridad”. Porque, en efecto, han adelantado tanto que pasa a segundo plano el hecho de que tengamos aviones, transplantes, genética, etc., frente a la terrible verdad remachada en nuestras conciencias por la ciencia del s. XIX que reza -¡que miente!- que el hombre es trabajo y la sociedad humana un cooperativa de producción a corto y largo plazo. ¡*Homo Faber!* -gritó el hombre de los tiempos modernos, el cual se precia de haber engendrado a la máquina-; ¡*Homo Ludens!* -susurran aquellos que han visto a las máquinas engendrar al hombre de los tiempos modernos...

Entre los filósofos, muchos son en los que, desde Mayo del 68 y aún antes, se han opuesto a esta ciencia del hombre que reduce la historia, la economía y las relaciones sociales a un mecanismo “sin sujeto ni fines”, como decía Althusser, pero no voy a meterme ahora en esos embrollos. En esta ocasión quería hablar simplemente del sentido humano de la fiesta, del hecho inmemorial de que existan fiestas que no sean elementales satisfacciones del derecho al descanso y a la pasividad, meras contraprestaciones de la exigencia de una productividad desatada, sino verdaderas reivindicaciones de un espacio social y temporal consagrado a las actividades que se agotan en su pura realización y en la contemplación y admiración de las mismas: valga el caso citado de los Juegos Olímpicos. Claro está que a nadie se le oculta que, más de cien años después de la restauración de las olimpiadas modernas en Atenas, la fiesta atlética del panhelenismo arcaico -probablemente el único acontecimiento donde los pueblos griegos se reconocían como una unidad, y finalizado el cual se da por terminada históricamente la antigüedad-, se ha convertido en un descomunal negocio. Pero eso no debe alterar nuestro juicio: bien lo hubieran explotado también más los comerciantes griegos de haber podido, sin por ello perder un sentido cuasi-religioso de la superación humana implícita en el *agonismo* olímpico. ¿Qué significa, al fin y al cabo, el término “teoría”? Cicerón respondió que su origen estaba en algo semejante al papel del espectador de los Juegos Olímpicos: observar como los demás actúan e indagar por qué lo hacen mejor o peor, qué es lo que falla y cómo se puede arreglar. Pensar la fiesta, valorar las olimpiadas: lo importante es participar...

Del behaviorismo como ejemplo

*Esta mirada mía fue mía, pero ya no es mía.
Esta mirada que tiembla desnuda por el alcohol
y despide barcos increíbles
por las anémonas de los muelles.*
Poeta en Nueva York

La filosofía, la ética, la generalidad de las ciencias, las frases hechas, las agencias matrimoniales o de ayuda al consumidor, el “teléfono de la esperanza”, el consejo de un ser querido, las recetas caseras o profesionales de salud y superación de uno mismo (Jean Paul Sartre desearía el refranero), etc... En fin, todo lo que podamos encontrar en nuestra vida corriente como englobado bajo un concepto más o menos especializado o popular de *sabiduría* se ha ganado justa o injustamente entre la gente una sólida reputación de valedor y áuspice de las más sublimes virtudes del ser humano, hasta el punto de que incluso la ideología del más falaz, retorcido y parasitario de los programas políticos que queramos imaginar se ve en la necesidad de garantizar el mensaje esperanzador de una práctica de libertad y grandeza personales de la que se beneficiarían sus incautos seguidores. Así, no es extraño que durante un largo tiempo hayamos tenido del conocimiento humano en general, y de la sabiduría práctica en particular, una imagen bondadosa y maternal casi-casi escolar que, no obstante, desde hace unos siglos a esta parte y aunque de un modo, por así decirlo, *clandestino*, ha perdido en muchos casos su razón de ser (valga como muestra de ello la enorme repercusión en el s. XIX sobre todos los ámbitos de la cultura del ejemplo de un Schopenhauer que rompiera en su día todos los moldes, o, inmediatamente después, de un Nietzsche que finalizará un libro suyo con las siguientes palabras: ¡vosotros mis viejos y amados –pensamientos perversos!)

¿No sería inaudito, por ejemplo, para cualquiera desde el lejano Renacimiento hasta hoy, pensar e incluso creer que, en aras de una utopía del bienestar pleno del hombre, pudieran ser abolidos los valores civilizatorios básicos que representan el reconocimiento de la *libertad* y la *dignidad* humanas? Sabemos por experiencia histórica que en el orden social no han sido inhabituales *de facto* -cuando no en la doctrina misma- tales conculcaciones de los derechos elementales de los pueblos y de las personas, pero lo que no es ya tan conocido es que también el pensamiento haya ensayado estas vías “anti-humanistas” en nombre de una sacrosanta ingeniería política y de la curación de almas (en síntesis: “ingeniería de almas”, como solía llamarlo Stalin). Se trataría, en primer lugar -y por seguir nuestra nomenclatura-, de un concepto *paternal* o paternalista del saber, y, en segundo lugar, tendría sus apoyos en algún tipo de ciencia privilegiada, ya que la disposición natural de los hombres se inclina a dar crédito espontáneamente al sentimiento de su propia dignidad y capacidad de libertad innatas, sea lo que fuere lo que entiendan posteriormente por éstas. Pues bien, desde el funcionalismo sociológico hasta la idea tecnocrática del poder, pasando por ciertas metafísicas de origen íntegramente filosófico o por los actuales llamamientos a ser tutelados por los algoritmos de una o varias inteligencias artificiales, muchos han sido los idearios que han propugnado el *servo arbitrio* en lugar del *libero arbitrio* (dicho en los términos de la polémica entre Lutero y Erasmo de Rotterdam), y, por consiguiente, el designio de un

diseño preciso de las acciones humanas con prioridad al deseo de y confianza en su libre desenvolvimiento. Y, en este contexto, tal vez la más célebre y venerable de estas “exóticas” -también por extrañamente sinceras- concepciones sea la psicología conductista del norteamericano B. F. Skinner, el cual, imbuido en el estudio del eminente psicólogo decimonónico John B. Watson, y fascinado por los resultados de laboratorio del aún más célebre fisiólogo Iván Paulov, realizó a lo largo de su vida un trabajo empírico impresionante que luego divulgó en la alegre pesadilla novelada (una “bella pesadilla” son los cuentos de Poe, y entre las cacotopías -utopías negras, como el *1984* de Orwell- tampoco podemos enmarcarla; digamos que es un caso límite entre las utopías y las cacotopías) de la comunidad ideal *Walden dos*.

La antropología de Skinner consiste fundamentalmente en no valorar en muy alto grado la fecundidad de variedades de la coloración psíquica humana si ello conlleva preservar los factores de perturbación y conflicto que tal demasía comporta, todo en nombre de la igualdad y armonía entre los hombres. Por eso su psicología es una rara -rareza hoy ya frecuente- ciencia que no aspira a conocer nada de la naturaleza real del objeto de sus desvelos, y cuyo único método de acceso a la mente humana o animal es el *control* (controlar es saber: dime qué controla tu conducta y te diré quién eres). De esta manera, en la reflexión a que incita la consideración de la psicología skinneriana se juegan muchas cosas: algunas sobre la psicología misma, otras sobre lo que estamos dispuestos a sacrificar por un sueño futurista de paz total (en el que, por cierto, está envuelto el viejo anhelo del Rey Filósofo, ahora en forma de “comité de expertos” o, ya digo, de Todopoderosa Inteligencia Artificial), y, finalmente, qué es lo que vamos a pensar acerca de nosotros mismos. Porque, en mi opinión, en estos ensueños de *perfección dirigida* se confunde a la bestia humana con los insectos organizados, los cuales sí que son capaces, según parece, de vivir en colonias cooperativas intachables, pero en las que toda iniciativa, toda experimentación, todo descubrimiento y toda verdadera lucha están por naturaleza vedadas. O sea: la utopía no es propiamente *utópica*, pues no es cierto que no esté en ninguna parte, se da fehacientemente en mundos bajo nuestros pies, otra cosa es que paguemos el precio o que nos sea lícito siquiera pretender pagarlo como Skinner y muchos otros noocratas paternalistas parecen tan decididos a hacer por nosotros apelando a la Razón...

El imperio de Newton

*Dios miro un día hacia la tierra y vio
que los hombres andaban en tinieblas
con respecto a su Creación. Dijo entonces:
¡Hágase Newton!*

Epitafio de Isaac Newton por Alexander Pope.

¡Newton!: desde que el -amado y odiado, pero siempre escuchado- Voltaire le honró con subidas alabanzas por encima de sus propios compatriotas franceses continuadores de Descartes, la gloria de este nombre ha crecido durante generaciones convirtiéndose al cabo en el sinónimo mismo del talento científico y la grandeza en el conocimiento del universo; se diría un cohete que no detiene su ascenso, un cometa de trayectoria infinita, y sólo la posterior preeminencia de Einstein (que, por cierto, se enorgullecía de detentar la cátedra que llevaba su nombre al igual que en su momento Stephen Hawking se preciaba de llevar la de Einstein) ha podido, apenas, confinar la expansión de la figura del británico hacia espacios más limitados. Su epitafio es lo suficientemente elocuente a este respecto: Inglaterra ha sentido siempre la tentación de canonizarlo, y si no, al menos, de colocar un Belén paralelo al de las fiestas navideñas el mes que corresponde a su nacimiento entre *prismas* de felicitación, *manzanas* asadas y cantos de “teoremancicos”... Los reyes -magos o no-, tampoco le fueron adversos, ni las estrellas desobedientes, y todo ello pese a que, sin embargo, Newton, como escribe el propio Stephen Hawking en su *Historia del Tiempo* “no era -precisamente, añadimos nosotros- un hombre afable” ¿Quién era Sir Isaac Newton y qué más pudo hacer además de replantear las Leyes de la Física y remozar matemáticamente la fachada del Universo? ¿Cabe todavía esperar otro portentoso de parte de este engendrador de portentos, al que las mismísimas cosas vienen a rendirse a sus pies conforme a las leyes de caída que él mismo les fijó a fines del s. XVII? Pues lo sorprendente es que en cierto modo así es: con Newton la ciencia descubrió también su propia función en el cosmos característico de la civilización occidental, y esta es la cuestión ahora.

Hablemos de la *Royal Society* de Londres, que sigue existiendo. Por reseñar brevemente sus orígenes, conviene apuntar que aunque fue reorganizada en su forma institucional actual en Londres en el año 1662, su fundación respondió a la gran proliferación de academias y centros independientes que surgió inmediatamente después de la Guerra de los Treinta Años con el objeto de liberar la investigación científica de las trabas y el control religioso de las fundamentales universidades de aquel momento (sobre todo a Sorbona -la cual “intimidaba” a Descartes-, y un largo etc...) A diferencia de las academias francesas abiertas entonces bajo la férula del Rey Sol, la *Royal Society* comenzó siendo una especie de club privado financiado por la nobleza, independiente por tanto de hecho y no solo de nombre, y en la que reinaba una relativa y feliz anarquía hasta que Newton se hizo con la dirección y con ello prácticamente con todos los mandos, los cuales utilizó a mayor gloria de la ciencia -y, de paso, claro, del newtonianismo...- sin mayores tapujos. Lo que Newton nos dejó, pues, además de sus inmensos descubrimientos en el campo de la física teórica, su último “portentoso”, fue un cambio de paradigma, sí, pero en el *campo de la política científica*, y un nuevo medio o instrumento para afianzar este cambio: el modelo, justa-

mente, de la *Royal Society* e instituciones afines, las cuales, moldeadas a la imagen y semejanza de su autoridad más visible, habrían de conformar el Imperio de la Visión Científica del Mundo que hoy reina y sobradamente conocemos.

Pero observemos antes un caso muy distinto de distribución poder/saber... ¿Quién no ha oído hablar aún por casualidad alguna vez de la célebre obra teatral de Bertolt Brecht *Galileo Galilei*? En ella, el personaje del Cardenal Belarmino -representante, en efecto, de la suprema potestad de la Iglesia de aquel entonces-, se niega terminantemente a admitir lo que están viendo sus propios y queridos ojos a través del telescopio del gran físico pisano, porque la más mínima aceptación de la existencia de satélites rodeando a Júpiter quebrantaría todos los dogmas espirituales (y también, aunque en subordinación, *científicos*) establecidos y bien trabados desde el medioevo en torno a la composición del plano celeste. Galileo, como todos sabemos, fue, de hecho, condenado por afirmar las consecuencias heliocéntricas de lo que el telescopio -junto con otras pruebas y conjeturas- llevaba fácilmente a pensar a cualquiera que dirigiese su mirada limpia de prejuicios hacia las estrellas. De esta manera (mediante *unos ojos que no quieren ver...*) Brecht teje en torno a esta anécdota característica del nacimiento de la ciencia moderna una hábil parábola acerca del conflicto secular entre la fuerza de tales prejuicios y la libertad de la ciencia, del discurso del poder contra el lenguaje de la naturaleza. Pero, de modo semejante a como en el siglo IV d.C. la espada de la égida romana contrajo nupcias permanentes con la cruz de un cristianismo hasta ese momento poco menos que perseguido y disidente, tres cuartos de siglo después del proceso histórico de Galileo (a quién, por cierto, la Iglesia perdonó... ¡apenas hace 35 años!), la vanguardia científica representada por la obra y figura de Isaac Newton no ya sólo no sufría en absoluto la desconfianza de los poderes e instituciones de su tiempo, sino que comenzaba ella misma a consolidarse como un Poder, a afianzarse como una Institución, y a erigirse como la nueva y emergente Ortodoxia que hoy podemos acreditar en su triunfo absoluto sobre las anteriormente dominantes.

Galileo fue, para todos, el físico-matemático por excelencia del Renacimiento, el que llevó más lejos las inquisiciones de los *calculatori* bajomedievales. Padeció en prisión los efectos de la censura intelectual eclesiástica, lo cual a estas alturas ha dejado de llamarnos demasiado la atención. Sin embargo, en la incipiente modernidad en la que transcurrió la vida de Newton, resulta ser la propia ciencia -ahora organizada- la que ejerce la censura sobre la misma ciencia. El genio de Newton, en efecto (capaz asimismo de exteriorizarse en “mal genio”), dañó -y, en alguna parte, enterró por centurias- el prestigio y la reputación de al menos dos eminentes colegas de profesión: el viejo y meticuloso Astrónomo Real Flamsteed (y téngase en cuenta lo que el sabio astrónomo significaba en tiempos de secularización de nuestra visión del firmamento), y el filósofo cosmopolita y multifacético Leibniz (y recuérdese también que, entonces, la física era una parcela de la filosofía, tal y como indica el título de la obra magna newtoniana: *Principia Mathematica Philosophae Naturalis*). Con respecto al primero, contaba en carta del 26 de Junio de 1716 la princesa Carolina de Gales, que había acudido a visitarle al observatorio de Greenwich, como el astrónomo declaraba que Leibniz era un hombre honesto, pero que Newton era un gran villano que le había robado dos estrellas. La princesa confiesa que “no pudo evitar reírse: su hogar y su aspecto hacían pensar en el mago Merlín” -probablemente, también el independiente Galileo hubiese parecido un poco “Merlín” a quién, a finales del s. XVIII, conociese magníficos organismos científicos como la *Royal Society*... Y en cuanto al propio Leibniz, bajo cierto aspecto la historia ha terminado otorgándole la razón: el andamiaje del cálculo diferencial que hoy empleamos está diseñado conforme a la simbología y notación que él introdujo en Europa en 1684 (y que ya la mismísima *Royal Society* hubo de reconocer durante la querrela por su descubrimiento que era de

su genuina invención), por demás puesto al servicio de una mecánica de corte *relativista* como es la que campa en nuestros días a título paradigmático.

¿Quién temió al Newton feroz, tan celoso de su territorio, de sus excogitaciones y de su camada particular? Muchos, y no entre los peores. Y quién sabe si finalmente no le asistía la razón a ese periodista al que se refiere Leibniz en carta a Carolina de Gales: *Cuando la Corte de Hannover no estaba en muy buenas relaciones con la de Inglaterra, durante el gobierno del último Ministerio, creyeron que la ocasión era propicia para atacarme y para disputarme el honor de una invención matemática que se me atribuye desde el año 1684. Un periodista francés que escribe en Holanda dijo al respecto que parecía tratarse, no tanto de una querrela entre el señor Newton y yo, sino entre Alemania e Inglaterra* (Mayo de 1715). Como se ve, la gran ciencia no se hallaba ni siquiera entonces libre de partidismos chovinistas, humana demasiado humana después de todo...

¡Newton!: empirista y místico a la vez (suele decirse que los intelectuales ingleses son siempre lo uno o lo otro), Rey científico y Tirano filosófico encarnados en un mismo hombre -posibilidad que no quiso o no supo entrever un pionero Platón-, antipático y seductor al tiempo, soltero empedernido pero casado con la posteridad... Imprimió una dimensión religiosa y política a su obra teórica que agigantó su figura en vida hasta alturas que eran tan acordes con la envergadura de sus merecimientos como proporcionadas con el tamaño de sus fechorías. No obstante, hoy nos sirve de ejemplo, porque nadie está libre de pecado, ni aunque la humanidad le deba un descomunal salto adelante y algún que otro pasito atrás...

¡¡¡Profundísimo!!!: el debate en torno al Mundial de Qatar

Raras veces la filosofía asoma en la televisión, que ya se sabe que es un medio que sirve para crear comunidad nacional, para más señas la comunidad nacional del miedo. Afortunadamente, tenemos el fútbol, que no infunde miedo, sino épica, lo que quede de épica bajo la égida mundial del *Capital*—que es todo menos épico: nada más prosaico que el dinero, y de ahí la necesidad de combinar la adquisición de dinero con el consumo heroico de cocaína. Y el fútbol se ha aliado con la filosofía, la de verdad, la de siempre, en la discusión que nos ronda estos días en torno a la calidad moral del Mundial que se han comprado los jeques, esos mismos señores tan rectos y piadosos que segregan a las mujeres, asesinan a los gais e ignoran lo que pueda ser la prevención de riesgos laborales de la población esclava. Sin embargo, su intolerancia nos ha permitido reavivar una vieja cuestión que andaba barrida bajo la alfombra de las miserias de Occidente desde el 11-S, si no antes. Porfirio, filósofo neoplatónico del s. III d. C., afirmaba que el problema de los universales era *bathytátes*, ¡¡¡profundísimo!!!, y que requería del mayor estudio, *meidsonos*, lo cual es completamente cierto. Todavía en 1140, centurias después, de ese mismo problema de los universales, aún sin resolver (nada se resuelve nunca, para amenidad de la vida...), escribió Juan de Salisbury, discípulo de Pedro Abelardo, que *la antigua cuestión en la que envejeció el mundo trabajando; en la que se ha consumido más tiempo que el que tardó la casa de César en adquirir y regir el imperio del orbe y en la que se ha gastado más dinero del que poseyó Creso en todas sus riquezas*. Hoy, nuestro quebradero de cabeza predilecto no es tanto el valor semántico de las palabras y la gramática del lenguaje científico u ordinario, como atormentaba a nuestros nobles ancestros, sino hasta qué punto tales palabras, en tanto que expresan nos guste o no costumbres y culturas, pueden ser universalizadas o no. Es decir, que la universalidad es ahora una acción, una dinámica, y no el establecimiento de una posición ontológica fija. Al fin y al cabo, si ni los antiguos, ni los medievales, pudieron llegar a acuerdo alguno, no hay motivo para pensar que nosotros podamos ser más listos. El capitán de la selección inglesa se acaba de rajarse de portar un brazalete a favor de la comunidad LGTBIQ+, mientras que Morgan Freeman, el único hombre que ha interpretado a Dios en la gran pantalla (mujer fue Alanis Morissette, y mucho mejor en mi opinión), ha quedado como un vendido por patrocinar con su imagen de Nelson Mandela este torneo de la vergüenza. Pero, en fin, esto es lo que ocurre cuando uno se mete en jardines filosóficos: que parece que no, pero se termina recibiendo...

Nuestro sin par erudito, Julio Caro Baroja, escribió en *La palabra y su sombra* que el relativismo consiste en el fondo en que “toda opinión es igualmente vacía”. Yo no estoy tan seguro, y el problema me sigue pareciendo *bathytátes*, como a Porfirio. La solución con la que más simpatizo, actualmente -vete a saber mañana...- es la de la *Teoría de la Indiferencia* de Guillermo de Champeaux, francés a caballo entre los siglos XI y XII y enemigo del mencionado Abelardo, que afirmaba que los individuos no tienen la misma esencia numérica sino una esencia que, aunque no es la misma, tampoco es *diferente*, y que es la base real de los universales. Es decir, que los mismos seres son singulares por su distinción, de eso no cabe duda, pero que son universales por la *indiferenciación* de su naturaleza. Así, en la presente coyuntura, y actualizando la polémica, desde luego que yo personalmente creo que habría que sostener firmemente que la modulación de la praxis humana que supone e implica esa cultura atrasada, elitista y convenientemente ma-

chista de Qatar es perfectamente legítima como expresión de una posibilidad del hombre, pero indiferente en lo que toca a la definición del mismo. Por tanto, entiendo que lo que es legítimo por tristemente insoslayable, no tiene por qué ser respetado meramente por ser distinto. Sobre todo si tal distinción acarrea males tangibles e incluso perfectamente cuantificables para colectivos determinados como obreros, mujeres, trasegadores de cerveza y gente que no sabría evitar enamorarse de congéneres no biológicamente reproductibles (cosa, que, por cierto, tan solo es cuestión de tiempo que podamos arreglar, si es que no ha sido arreglado ya en realidad desde hace unos dos o tres años). De manera que pienso que debemos aceptar la diferencia que Qatar, como otros feudos de la misma calaña aborrecible, representan en tanto una variedad más de la vieja tiranía patriarcal ancestral, pero no darle más valor que el que sus propios resultados nos puedan reportar bien a las claras. O, dicho a la manera de un joven, militante y locuelo Manuel Vázquez Montalbán, que más que de Qatar era de la perversa Bangkok...

;;;Sed relativistas en todo aquello que no os importe!!!

Sobre el célebre filosofema “Todo vale” (*Anything goes...*)

Así formulado, ha producido un temor cerval desde Fiodr Dostoyévski hasta Alain Fienke-
lkraut -salvando las distancias- dentro del paradigma del mundo moderno, por aquello de que
suena a algo completamente abominable del estilo “todo está permitido”. Si a mí, por ejemplo,
me invitan a una fiesta y me dicen que todo estará permitido pienso en la película de *Saló y los
120 días de Sodoma* de Pasolini y no voy ni loco. Pero es que es un lema creado por sus enemigos,
por los enemigos de los que, como Sade o Nietzsche o Feyerabend, puedan haber predicado la
abolición de la vieja moral; me explico. “Todo vale” no sólo es absurdo de por sí, es que además
es invivible. En sí, nada vale ni deja de valer si no es con respecto a un fin determinado, que
es el que selecciona qué es valioso y qué no con respecto a la consecución de la acción que se
promueve. Nadie podría abarcar todos los fines posibles de la conducta humana a un tiempo,
excepto si concibiéramos un Dios omnipotente pero amoral -que no inmoral-, lo cual sería no
más que capricho de nuestra imaginación. Lo mismo sucedería si enunciásemos un “nada vale”,
al estilo de Cioran, Beckett o Rosset: ¿cuál sería la entidad suprema para la que sería realizable
esta experiencia sin perecer al instante? Ni el Dios malvado postulado por los gnósticos era tan
descomunal (ese hacía el mal, ya se ha dicho, no la nada...), conque aplíquese semejante vértigo
a un simple mortal –Buda y el budismo no me sirven en este caso porque sólo en su lugar de
origen lo entienden verdaderamente, si es que hubiera algo que entender además que de sentir...

En cambio, “todo *puede* valer” ya es más admisible como formulación sensata, factible y
propiamente humana. El “puede” introduce una ambivalencia: puede que sí tanto como puede
que no. El criterio lo pone el que escoge la finalidad, una vez más, en sí los fenómenos o sucesos
del mundo son neutros en su gran mayoría -aquella mayoría, claro, que ha hecho posible la con-
figuración actual del capitalismo global, sobre esto no hay discusión. Todo puede valer: comer
tres veces todos los días puede y debe valer, excepto si uno se pone en plan asceta, *y en ningún
otro supuesto*. Todo puede valer: trabajar más de ocho horas al día puede pero no debe valer, ex-
cepto si uno realiza su vocación, *y en ningún otro supuesto*. Ejemplos que podrían multiplicarse
y que por sí mismos no son ya neutros éticamente, superando al Kapital, que dice reconocerlos.
En lo demás... En lo demás la elección se fundamenta únicamente en la libertad –me refiero
sobre todo a la libertad de organizarse, no a la de consumir esto o lo otro, que en comparación
es absolutamente trivial-, y únicamente aquellos a lo que el exceso de libertad asusta (principal-
mente el exceso de libertad de los demás: “libertinaje” lo llaman, ya se sabe...) lo denominarían
horrorizados “anarquía” (haciéndolo equivaler a “¡¡¡el caos...!!!” o algo así).

Esta es la manera, me parece, en que *Anything goes* no viene a significar nihilismo...

El beso de la mortalidad

La muerte es el precio que pagamos por la vida que hemos vivido. Es de miserables no querer pagar ese precio.

Hannah Arendt

No miramos hacia arriba porque no se nos ha perdido nada en las estrellas, todo lo que tenemos está tirado por el suelo.

Ray Loriga, Héroes

Hoy es noticia el hallazgo de unos papiros egipcios en Mallorca que parecen testimoniar acerca de un anónimo autor de hace 4000 años que se encontraba acongojado por el destino de su alma después de la muerte (también hoy, lo cual es seguramente más valioso, se han encontrado en una biblioteca alemana profusas transcripciones de conferencias de Hegel, pero eso va para largo...) De entonces a ahora, los trashumanistas actuales parecen preocupados por lo mismo, aunque sólo sea por aquello de la injusticia aparente que creen advertir en que los ricos y afortunados tengan que morir -lo dijo hace poco Antonio Banderas- exactamente igual, sino en la forma sí en el fondo, que los pobres y desgraciados. En mi opinión no lo han pensado bien, ni el uno ni los otros. La inmortalidad, como tal, es el nombre de la peor condena que se podría infligir a un ser vivo, y por ese motivo hasta los vampiros, los dioses griegos o Superman pueden morir cuando poco de muerte violenta. Porque imaginemos que no, que alguien recibiese el regalo envenenado de la invulnerabilidad absoluta, de manera tal que se le garantizase, quisiera o no, una vida inmortal. No hay palabras para dar a entender el horror que eso supondría. En realidad, sólo habría algo peor que una fatalidad como esa, que sería vivir para siempre sin poder jamás dormir, como el androide de *El hombre bicentenario* de Isaac Asimov. El Cielo y el Infierno de las religiones monoteístas incorporan este horror inconcebible -no poder huir ni descansar jamás de uno mismo ni del peso ilimitadamente creciente del pasado- como parte de su oferta de captación de clientela incauta, pero valiéndose de mil subterfugios teóricos y escenográficos que para sí quisiera el más imaginativo de los ocultistas. Los antiguos grecorromanos nunca fueron tan sádicos, como confiesa el propio Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida* citando a Erwin Rohde: “una inmortalidad del alma humana como tal, en virtud de su propia naturaleza y condición, como imperecedera fuerza divina en el cuerpo mortal, no ha sido jamás objeto de la fe popular helénica” (*Psyché, Die Orphiker*, 4)” –Ediciones Folio, pág. 41. Ni del alma ni del cuerpo, en efecto, puesto que existir es algo tan intrínsecamente intenso (nada menos que sentir, pensar, preocuparse, planear, trabajar, estar pendientes, defender esto y lo otro, constantemente percibir: ser-ahí, en definitiva, como decía aquel) que no hay Dios que lo aguante ni cuerpo que lo resista. Tanto es así, que para resistir la eternidad sin agobio, e incluso con presunta serenidad y hasta gozo habría que estar situado a tal altura ontológica que únicamente la concepción teológica del Dios católico podría colmar esa desmesurada condición. No, sin embargo, la idea protestante de Dios (que es también, por cierto, la de Unamuno), que es la de un ser sufriente como el que más. Decir “Dios”, por tanto, equivale a decir, en un plano puramente conceptual, “eternidad en tanto que gozada” en vez de “eternidad en que tanto sufrida”, que sería más bien el

contra-concepto cristiano del Diablo. Con todo, y como observó con profunda perspicacia Juan de Mairena, “un Dios existente -decía mi maestro- sería algo terrible. ¡Que Dios nos libre de él!”.

En *Amour*, de Haneke, la anciana esposa repasa un viejo álbum de fotos familiar y susurra “pero qué larga es la vida...” Lo es, en efecto, y para comprobarlo basta con sondear en nuestros recuerdos. Un adolescente ha acumulado ya una cantidad tal de memoria y de sensaciones y emociones asociadas a ella que podría triplicar en tamaño los siete volúmenes de Proust si sucumbiese a la tentación de ponerlas por escrito. La inmortalidad es completamente insufrible para un ser humano no por el tedio que corroe el paso de los días, como afirmaba Schopenhauer, sino al contrario, porque cualquier vida corriente es de por sí tan profunda y difícil -hasta la del tonto del pueblo, como se decía antes; “se vive toda vida”, descubrió un joven Rilke- como para ameritar un retiro y un como largo descanso. Que sí, que los trashumanistas tienen razón al pedir a la ciencia una prolongación de la vida, pero yerran al suplicar, como nuestro Don Miguel, ese abismo sin fondo que es la inmortalidad. Durar y durar sin fin es una pesadilla inenarrable, de modo que, ya digo, habría que ser el propio Dios para arrostrarlo -y ni eso, en realidad, porque el Dios de la teología cristiana está fuera del tiempo, como el Eidos platónico, eso que Nietzsche denominaba precisamente “egipticismo”. Un ser inmortal llevaría siempre -¡siempre!- al cuervo de Edgar Poe clavándole las garras en el hombro, graznando a su oído hora tras hora, instante tras instante... (Él interrogaría desesperado al Destino, “iiii¿Es que esto no va a tener jamás fin?!!!”: *and the raven says nevermore...*)

Cuentan que cuando un médico anunció a una madurita Dotty Parker que si no dejaba de beber moriría en los próximos meses ella respondió, con su mordacidad habitual, “promesas, promesas...”

What Remains Of '68...

White riot, I wanna riot, white riot a riot of my own.

The Clash

A la distancia del medio siglo que nos separa ya de las algaradas del mayo francés, éstas han podido ser calificadas como un “simulacro de revolución”, e incluso -como escribía por entonces cáusticamente un periodista inglés- como *un tinglado que se han inventado los franceses para escribir un centenar de libros*. Y lo cierto es que aquellas agitaciones¹⁰³, simuladas o no por el curso de un siglo que parecía empeñado en conducirnos a la catatonía política de la “pax americana”, dieron de sí menos auténticas transformaciones socio-políticas (el mayor arraigo de libertades como las de la mujer o las de las minorías étnicas al fin y al cabo estaban ya preparadas por el clima posterior a la Segunda Guerra Mundial), que un éxito generalizado de la integración de una enorme plétora de novedades en diversos campos particulares de la investigación y de la industria que nacieron de la estética y el pensamiento filosófico de aquellos años. Es ilustrativa en este sentido la observación del filósofo italiano Gianni Vattimo en *La sociedad transparente*, cuando señala que nada queda hoy de las aspiraciones del sueño sesentaiochista que no sea el ascenso del diseño industrial a los despachos de la alta burguesía, con lo que, finalmente, cierto tipo de “imaginación” ha escalado efectivamente a los rascacielos del poder, pero no precisamente la que se esperaba...

Joaquín Estefanía ha adjetivado alguna vez al “pensamiento único” neoliberal como la contrarrevolución del '68, pero lo cierto parece ser que el año '68 dañó mucho y con antelación al marxismo occidental -con el consiguiente reforzamiento de la interpretación marxista estructuralista de Louis Althusser-, pues en su aspecto doctrinal, de doctrina estética, se asemejó más al gesto de un surrealismo práctico iniciado por los estudiantes americanos en respuesta a los reajustes económicos de Francia que a una verdadera reivindicación social y política. Hoffman, por ejemplo, arrojó billetes falsos por la balconada de la bolsa de Nueva York, en un gesto de provocación que buscaba escarnecer la codicia de los cientos de transeúntes que se arrojaron por ellos en plena calle (bueno, después de todo, León Trotsky en persona había colaborado en la redacción del Tercer Manifiesto Surrealista...) Lemas como “Nuestra izquierda es prehistórica”, “No consumamos a Marx”, “Soy marxista de la tendencia Groucho”, “Sed breves y crueles, antropófagos” y otros dieron el tono intelectual de la insurrección parisina, por virtud de la cual la ortodoxia del Partido Comunista Francés dio paso a las versiones estudiantiles del trotskismo, el maoísmo y el anarquismo. Se diría, pues, que la estética marxista o el marxismo de tendencia estética que preocupaba a unos pocos pasó a ser un asunto de marxismo estético de masas, e incluso la intelectualidad más conspicua se volvió un tanto loca: el Jean Paul Sartre soviético de la *Critica de la razón dialéctica*, que poco o nada tiene que ver con el Sartre existencialista, se convirtió en el Sartre maoísta de *La cause du peuple*; Herbert Marcuse, en San Diego, se posicionaba, más allá de la unidimensionalidad, y con ello también del marxismo soviético, a favor de

¹⁰³ Hace algunos años, quizás más de los que pienso, El País publicó por entregas un monográfico de Eduardo Haro Tecglen donde se relataban con minucia todos los incidentes y episodios de aquellos meses legendarios. Lo recuerdo con cierto cariño pero ignoro si estará reeditado o más bien perdido o descatalogado hoy....

una relación encantada, “erótica”, del hombre con una posible civilización en cierens; después de rodar *La chinoise* y otras importantes cintas, Jean-Luc Godard inicia un tímido acercamiento al taller de Dziga Vertov donde se practicaba un marxismo anti-estalinista, y etc., etc. Después del XX Congreso del PCUS, aquel, como se sabe, en que se airearon y juzgaron los grandes crímenes del Padrecito, naturalmente nadie quería ser ya o seguir declarándose estalinista, pero tampoco nadie podía desconocer que rechazar de plano el socialismo era hacerle el juego al “sistema” -*establishment, clapdown*: un término acuñado en esa acepción en la época capitalista- (a este respecto, por cierto, adquiere algún sentido sociológico la referencia de Gilles Deleuze y Félix Guattari a la esquizofrenia inherente al capitalismo).

Tal parece, pues, que el año ‘68 supuso el último resuello de una tradición transnacional y libertaria como los años ‘80 supusieron, por su parte, el último cartucho del optimismo rapaz del capitalismo en la figura del yuppie. En la edad dorada del capitalismo, los pactos de una socialdemocracia aceptada a sí misma como débil con los democristianos funcionaron como dique para atajar el avance comunista procedente del Este, y el resultado histórico de todo ello es la actual situación en la que vivimos, según la cual, como dijo Daniel Cohn Bendit, uno de aquellos estudiantes airados, tan sólo podemos escoger entre un liberalismo de izquierdas u otro de derechas, sea lo que sea lo que signifique eso. O, como se usa en la sociología articulística española, entre un repertorio de valores “fríos”, que son los promulgados por el individualismo liberal más acérrimo, y un repertorio de valores “calientes” -o “cálidos”-, que son los que restan del viejo ideal izquierdista de la distribución y el reparto (ni más ni menos, tal como yo lo veo, que los parámetros del ya viejo debate anglosajón tradicional entre individualismo y comunitarismo).

Pero todo ello no quita nada, en mi opinión, del hecho incuestionable de Mayo del ‘68 como símbolo. Aquel fue el año del “Gran Rechazo”, como ha escrito algún historiógrafo, y el rechazo, grande o pequeño, ha de ser siempre posible en las sociedades abiertas y plurales, a riesgo de que dejen de ser fehacientemente abiertas y plurales. Tal vez lo recordemos ya tan sólo como un grito más romántico y acomodado que otra cosa, pero es el último grito colectivo de protesta del que tenemos una memoria fresca antes de tan traído como llevado 15-M en España (Tiananmen no llegó a grito, fue sofocado antes casi de articularse). Es cierto que lo que queda del 68 francés, que no fue únicamente francés, es poco, pero no por ello ridículo o pijo o falso, como he leído algunas veces. “Symbolon”, en griego antiguo, se refería a una pieza que se partía en dos trozos, y cada miembro del juramento se llevaba uno de ellos. Hay, por tanto, algo en el Mayo francés que le pertenece a él mismo, a su historia real tal como podemos verificarla ahora, con mayor o menor entusiasmo o decepción respecto de su legado comprobable; pero hay también, como la otra cara del símbolo, lo que nosotros podemos hacer con ello, al margen del juicio por su significación filosófica y revolucionaria e independientemente del debate por su autenticidad o inautenticidad. El ‘68 fue tal vez la revuelta breve e incompleta de nuestros padres, pero no cabe duda de que fue. A ver qué somos capaces de hacer nosotros, cómo recogemos aquel testigo, aunque sólo sea para tener ocasión de recapitularlo a fondo mediante un centenar de libros...

A los 300 años de la muerte de Leibniz

En el ámbito del espíritu, busca la claridad; en el mundo material, busca la utilidad.

G.W. Leibniz

De todos los genios de alcance universal de la historia europea seguramente G.W. Leibniz sea el más olvidado. Es, desde luego, conocido vagamente por los matemáticos, los físicos, los filósofos y los juristas, pero no por el público en general. Leonardo Da Vinci, por ejemplo, que es muy anterior, es considerablemente más célebre, y yo suelo pensar en ambos juntos porque los encuentro en cierto sentido complementarios. Quiero decir: Leonardo, el italiano de la Europa cálida, destacó en casi todas las artes, mientras que Leibniz, el alemán de la Europa fría, sobresalió en casi todas las ciencias, de manera que si fundiésemos a las dos figuras en un solo molde obtendríamos algo así como al prototipo cultural perfecto, el supermacho espiritual omnidisciplinar. Digo “supermacho” porque también existen otras disciplinas de las cuales ni Leonardo ni Leibniz sabían nada, aquellas, por ejemplo, que han practicado las mujeres para sustento de las familias y las sociedades y que serían más bien consideradas por ellos meras «técnicas», puesto que raras veces suelen dar lugar a innovaciones teóricas. Sin embargo, Leonardo y Leibniz fueron ingenieros improvisados y ocasionales, lo cual también puede considerarse razonablemente “técnica”, pero una técnica superior, por supuesto, a las practicadas por las mujeres, conforme al criterio de sus respectivas épocas que iban poco a poco dejando atrás la división antiguo-medieval entre saberes serviles y liberales pero no la división, todavía más vieja, entre las “cosas de las mujeres” y las “cosas de los hombres”.

Curiosamente, y pese a ello, es muy posible que tanto Leonardo como Leibniz coincidieran también en su condición homosexual. De Leonardo lo sabemos seguro, pero con Leibniz andamos entre conjeturas. Un hombre que rechazó estupendas ofertas de casamiento por parte de señoronas de la nobleza (con lo que a él le gustaba la posición social, que deja tiempo libre para investigar)... que establece relaciones muy estrechas con sus asistentes (consta que se peleó con uno de ellos con profusión de furia y llanto en una posada)... en fin, eso ya no importa demasiado hoy más que para una historia actual de la reivindicación gay (el supermacho espiritual omnidisciplinar sería entonces, desde mi punto de vista, en efecto, de orientación sexual gay). Aunque sí es curioso en un punto particular y casi cómico, y es que el gran rival científico en vida de Leibniz, aquel personaje descomunal por el cual precisamente Leibniz ha quedado eclipsado para el recuerdo cultural de las gentes, el gran Isaac Newton, es muy posible que también fuera homosexual. La atrevida e irreverente hipótesis es mía, y me baso en la biografía que escribí de Newton Richard S. Westfall. Allí se cuenta, como siempre se subraya, que Newton era un tipo huraño, que jamás tuvo la menor intención de casarse, y que en treinta años en Cambridge no hizo una sola amistad profunda y duradera. Pero luego Westfall aporta un dato inapreciable del que no saca consecuencias caracterológicas, tal vez porque no quiere o tal vez porque respeta la intimidad de Newton con el mismo celo que el propio interesado puso en ocultarla. Cuenta, en efecto, que al poco de publicar su obra magna, los *Principia Mathematica Philosophía Naturalis*, con los que pondría el mundo de la ciencia patas arriba, Newton se hundió en una fuerte y larga depresión a causa de la ruptura de relaciones con un colaborador muy íntimo, un tal

Fato. Ese Fato no tenía un especial don para la ciencia, más bien todo lo contrario, pero era un gran admirador de Newton y una vez separado del genio las cosas le fueron realmente de mal en peor. El hecho de que Newton se tomará tan mal aquella desavenencia, justo en medio, por así decirlo, de la gloria de la recepción de su revolucionaria teoría de la gravedad (y muchas otras teorías derivadas), hace pensar que hubo mucho más que desconocemos y que desconoceremos siempre en aquella relación tan especial....

En cualquier caso, Newton siguió siendo el hombre desagradable y a veces cruel en el trato que fue siempre y que podría explicarse a partir de su soledad congénita, la soledad de alguien cuyo carácter introverso se desarrolló sin ser suavizado por el cariño de nadie. Con Leibniz tuvo una famosa querrela, la lucha por la prioridad sobre la invención del cálculo infinitesimal, que duro décadas y en la que ambos sacaron su peor cara. Si hay que creer a Westfall, los dos tuvieron la culpa del malentendido y ambos intencionadamente buscaron confundir los rastros de la historia en su propio beneficio, aunque parece que Newton fue quien tuvo la intuición original. Leibniz, quien bien pudiera haber hallado lo mismo pero más tarde, salió totalmente desgastado de aquello, y las secuelas de esa riña narcisista entre gigantes permanecen hasta hoy. Pero, en realidad, a Leibniz se le podía humanamente atribuir ese descubrimiento y cualquier otro, porque el campo de acción de su pensamiento era enormemente más amplio que el de Newton, sin que la cantidad menoscabase nunca la calidad o la extensión la profundidad. Hace poco se publicó junto con el periódico *El País* un monográfico breve acerca de la vida y los logros de Leibniz a cargo de Concha Roldán que resulta excelente para dar cuenta de toda esta barbaridad de obra, que va desde el interés por los fósiles más rudimentarios hasta un replanteamiento general de la función civilizatoria del conocimiento, pasando por los intentos prácticos de unificar Europa a través de la religión. Leibniz escribía muchísimo, incluso en las diligencias o carruajes camino de algún lugar, y estamos muy lejos todavía de conocerlo todo. Cualquier día alguien abre un volumen en una biblioteca centroeuropea, por ejemplo, y cae un legajo inédito con unas apresuradas anotaciones manuscritas de Leibniz acerca de cualquier tema metafísico, científico, jurídico o histórico. Y reflejadas en cualquiera de los idiomas que leía y escribía, por cierto, porque Leibniz se enseñaba a sí mismo lenguas a base, según él mismo cuenta, de leer y releer un mismo libro con un diccionario a su lado: afirmaba que, de esta manera, y sin salir prácticamente de casa, todos podrían aprender fácilmente cuántos idiomas deseasen...

El otro personaje histórico, también grande a su manera, que contribuyó a borrar a Leibniz del reconocimiento popular fue Voltaire, no por casualidad el propagandista de Newton en Francia en detrimento de la Física de su compatriota Descartes. Cuando Voltaire escribió su famoso cuento largo *Cándido*, estaba pensando en la Teodicea de Leibniz, prácticamente lo único que se conocía de él tras su fallecimiento. La burla resultaba sangrante: se trataba de hacer escarnio del optimismo que abanderaba Leibniz, en la presuposición de que sólo un necio beatorro creería que este valle de lágrimas en que habitamos pudiera constituir de algún modo “el mejor de los mundos posibles”. Sin embargo, no es eso lo que decía Leibniz, como es natural. Lo que decía, sintéticamente -y aquí uso mis palabras en vez de las suyas- es que “optimismo” no es un sustantivo que corresponda a la actitud de los ingenuos que son ciegos a los males del mundo y del propio hombre, que es como lo entendía un tanto cínicamente Voltaire. “Optimismo”, más bien, es el sustantivo que reifica una acción, no una actitud, concretamente la acción constructiva de “optimizar”. El hombre podrá o no podrá ser un mal bicho, el mundo podrá o no podrá ser benigno, maligno o indiferente, todo eso es materia de una discusión interminable cuyas opuestas posiciones jamás podrán ser demostradas y que no conduce a ninguna parte verdaderamente útil y sana. Lo que, en cambio, sí puede hacerse es actuar conforme al “principio de lo óptimo”, o sea, guiar nuestras acciones hacia lo mejor, sencillamente porque lo contrario sería absurdo, nihilista

y catastrófico. Voltaire, que no era capaz de tener demasiada fe en el futuro de la Humanidad (a diferencia, por cierto, de la mayoría de sus compañeros ilustrados), creía que un tal acción sería inútil y abocaría no más que a la fatiga y el desengaño, y por eso recomendaba únicamente a los hombres sensatos el cultivo de su propio jardín. En la trasera de nuestra propia casa, y rodeados de amigos cómplices, mal podemos equivocarnos. Pero Leibniz pensaba en términos globales, y su visión era la de un mundo gradualmente feliz guiado por la razón. “Optimizar”, por tanto, para Leibniz, no es el acto pasivo de una esperanza ilusa que aguarda la mejora automática de todo por el mero paso del tiempo, sino que es el programa de acción implícito, el motor racional secreto, de la actividad del hombre sobre el mundo en todos los órdenes.

Leibniz, Newton, Voltaire, y tantos otros... Bajo aquellos pelucones empolvados tan ridículos se escondían cabezas poderosas. No podemos permitirnos obviar una de ellas en su tricentenario.

“Joker”: un poco de esto, un poco de lo otro, nada en total...

*I'm a joker / I'm a smoker /
I'm a midnight toker...*
Steve Miller Band

Cuando estaba en la facultad me encantaba esta frase: si te hacen elegir entre todo y nada, seguro que terminarás dando en la nada. La nueva producción de DC, intentando salvar los trastos del naufragio general, me la ha recordado vivamente. Tanto por la actitud del protagonista, el “Guasón”, como dicen nuestros hermanos latinos, como por las pretensiones fracasadas y torpes del guión. Claro que Joaquín Phoenix es un gran actor (aquí hace de Jim Carrey siniestro, y dudo de que Carrey lo igualase), claro que la ambientación *underground* es excelente, claro que en este film se trasciende el nulo valor artístico de las últimas de Marvel. Pero eso no basta, al menos para mí. Hay que tener las ideas más claras. Mientras no se tengan las ideas claras, yo me quedo con *Deadpool 1* y hasta *2*, otra vez Marvel, pero rompiendo sus propias barreras y los códigos infantiles para adolescentes gringos frikis. Porque *Joker* es una película que ella misma no sabe de qué demonios trata. Ha querido morder tanto que no ha sabido digerirlo. Algunos encantadores ingenuos creen que *Joker* es política, como si una película de superhéroes y apta para todos los públicos pudiera ser política en esa patria del puritanismo y del *wishfull thinking* que es Estados Unidos. Así, interpretan que el Joker es el campeón de los parias, aquellos que la lían parda en las calles y matan al supermillonario, el arrogante padre de Batman. Estas almas cándidas no han captado lo fundamental, que es que el Joker, les guste o no, es el malo, y Bruce Wayne, que capitaneará la revancha del orden establecido cuando crezca, el bueno. De manera que no, *Joker* no es una película política, aunque su final copie manifiestamente el final de la versión filmica de *V de Vendetta*. Debe dejarse claro para las buenas personas: un blockbuster norteamericano jamás lanza esos mensajes apocalípticos, jamás. *Joker* no puede ser, y no es, una apología de la barbarie y del caos frente a la riqueza y el poder, eso es comunismo y mal rollo total. El propio protagonista se lo dice a Robert de Niro: “no estoy interesado en política”. Más claro el agua.

¿Qué es, pues *Joker*? En mi opinión, *Joker* es, en su primera mitad, un homenaje al genio primerizo de Alan Moore, que en los ochenta concibió que el hombre airado es aquel que tuvo un mal día y transformó su tragedia en comedia para poder sobrevivir. El cómic se llama *The killing joke*, y lo tienen ustedes en sus bibliotecas y librerías. *El comediante (no) ha muerto*, diría yo en homenaje al posterior *Wachtmen*, pero la verdad es que ni color entre lo uno y lo otro. Moore lo que elucubró es que el mundo, la vida, la organización social, es tan horrible, tan demencial, que la única respuesta posible es volverse loco y reírse de todo. Arthur Flek tanto como Edward Blake. Se le agrega, en el caso de la película, un conflicto edípico y ya se tiene la historia resuelta. Aquella, que era una gran idea en Moore, la película se la carga y pasa a otra cosa. Es inadmisibleser tan nihilista, hay que acariciar el nihilismo pero sin sumergirse en él si no se quiere perder público. De modo que la segunda parte de la película es mucho más positiva, aunque haya más sangre. ¿Y cómo...?

Pues de esta manera, tal como yo lo veo. Coges la trama del loco, de la antipsiquiatría, de los “ignorados por el sistema”, todo muy foucaultiano, y lo conviertes en la reivindicación del diferente, que también hizo Foucault, sobre todo en su *La vida de los hombre infames*. Esto sí que mola, porque es político de otra manera: el *Joker* tiene todo el derecho a buscar reconocimiento para su locura, al igual que lo tiene un gay, o un trasgénero, para no ser marginado. La película, entonces, es ahora la crónica de un tipo que tuvo un mal día y se armó de valor para salir del armario. Con un par. Viva el Joker. Hay dos escenas sublimes, que yo recuerde, en que el Joker baila tan sólo para sí mismo: es precisamente el ritual mediante el cual aprende a aceptarse a sí mismo. Soy un desgraciado tarado, qué pasa. A Spinoza, en el s. XVII, un famoso corresponsal le hizo una pregunta altamente comprometida: ¿qué pasaría si la esencia, si el *conatus* de alguien pasase por asesinar a su prójimo? Spinoza respondía, sin arredrarse, lo obvio en él: si alguien fuese así, haría bien en seguir su impulso y matar, pero que sepa que su último aliento lo expirará en el cadalso. Es decir, según la película, que el Joker tiene todo el derecho a recanalizar su resentimiento y amargura en conductas antisociales y homicidas, pero que sepa, de antemano, que Batman lo va a vencer indefectiblemente...

Creo que ahora se ve por dónde va la cosa. *Joker* no es una película política, esto es imposible, no se proyectaría. *Joker* trata de nuestra actual defensa de lo diverso y heterogéneo llevada al absurdo. Puedo ser tan distinto a ti que hasta te mate por ello. Tengo derecho a que mi anomalía sea tratada como normalidad aunque te cueste la vida. De hecho, en ningún momento de la película *Joker* es proactivo, siempre es una víctima, un pringado (hasta fuma, y ya sabe que en una película del s. XXI el que fuma es el malo o va a morir, una de dos). *Joker* no es una nueva *La naranja mecánica*, desengañaos. Hay dos homenajes a Frank Miller, el otro genio del cómic de los ochenta. Y se oye a los *Cream*, cuyo baterista murió hace un tiempo. Por lo demás, una película sugestiva, no está mal, pero cuyo temática principal sale todos los días a colación en *Sálvame Deluxe*, y que pica de todo un poco, para terminar dando en nada. Veán, o vuelvan a ver *Deadpool* 1, o hasta la 2, algo reaccionaria, vulgar, soez, superficial, pero divertidísima...

Acerca de la banalidad del bien

Le cuesta a uno contradecir a Hannah Arendt, que fue una pensadora de verdad, no uno de esos que, como decía Nietzsche, enturbian sus aguas para que parezcan profundas. Sin embargo, para eso están los maestros, al igual que ella supo poner en aprietos a Kant precisamente en su opúsculo sobre Eichmann. Pero creo que, como hablaba ayer con mi amiga Gimena (por WhatsApp, ya todo se habla por esa aplicación, las cafeterías y Alexander Graham Bell definitivamente derrotados), en realidad es el bien el que resulta banal, mientras que el mal es siempre sublime. El régimen nazi es sin duda la mancha de sangre más indeleble no del s. XX, no de la historia de Europa, sino de la memoria de la humanidad en general. No encontrarás a nadie, ni en una aldea recóndita del Kurdistán donde apenas llegue la televisión y media población sea analfabeta que no sepa lo que fue el nazismo. Puede que no tengan la menor idea acerca del incendio del Reichstag, por ejemplo, pero reconocerían una esvástica pintada con tiza en una pared a 100 metros de distancia. En cambio, no te atrevas a preguntar quién fue Nelson Mandela en pleno Times Square de Nueva York: apuesto a que no lo sabe con exactitud ni una de cada veinte personas encuestadas. La gente que sale de sus casas a desescombrar tras un bombardeo aéreo... Eso es la banalidad del bien: algo pesado, rutinario, triste y sudoroso que se hace sin apenas esperanza, pero porque algo dentro de ellos les impide absolutamente estar cruzados de brazos mientras pueda haber un semejante sepultado bajo un montón de cascotes de hormigón. Sin embargo, los pilotos que han llevado a cabo el bombardeo... Esos sí que han hecho una experiencia sublime. Volar por encima de una ciudad, sintiéndose Tom Cruise en *Top Gun*, tal vez escuchando en sus cascos la cabalgata de las walkirias como en *Apocalipsis Now*, apretar el botón que procede a la descarga de muerte sobre el hormiguero de allá abajo... Debe haber tortas para hacer ese trabajo.

La objeción que ponía Arendt a Kant, si la entendí bien, es que la moral del probo funcionario le impide distinguir entre medios y fines, de tal manera que Eichmann pudo sentir que desempeñaba bien su tarea, aunque esta consistiera en aniquilar seres humanos. Y me temo que en parte es cierto, porque llega un punto en que Kant entroniza tan alto el Imperativo Categórico que termina por cumplir el papel opuesto a aquel para el que fue concebido (no por Kant, claro, sino por el uso práctico de la Razón). La prueba más sencilla de comprender es el texto en el que Kant defiende la vigencia del Imperativo por encima de la vida misma de un prójimo, y no de un prójimo cualquiera, sino de un amigo. En *Acerca de un pretendido derecho de mentir por amor a los hombres*, en efecto, Kant asume el desafío de Benjamin Constant y no se echa atrás: si no puedo universalizar la máxima que me permita mentir, entonces mentir por salvar la vida de un amigo me está también vedado. Por tanto, el Imperativo Categórico, cuya segunda formulación me impone considerar a toda persona (el concepto preciso de "persona" se lo debemos también a Kant) no como un medio sino como un fin en sí mismo tiene una peligrosa excepción y sólo una: el Imperativo mismo. El Imperativo es el fin en sí mismo, no el desdichado amigo de Kant...

Es decir, que hasta el Imperativo Categórico, cuya solemnidad, según Kant, hace temblar, es un bien -es el contenido de la una buena voluntad, lo más valioso del universo, dice- cuya falla interna está precisamente en tomarse tan serio a sí mismo. Y tal actitud, en mi opinión, es la adecuada para el Derecho, pero no para la moral. La gente que ayuda a otra gente en situaciones de emergencia, o sencillamente el voluntariado de todo tipo o alguien que hace comida de más para pasarle un tupper al vecino de enfrente es la banalidad radical que no espera recompensa,

que no se da bombo a sí misma y que el tiempo borrará indefectiblemente, a los pocos minutos de ser realizada. A diferencia de eso, el daño hecho adrede resulta espectacular, inolvidable, y los colombianos tardarán siglos en olvidar a Pablo Escobar. Mis propios alumn@s quieren ser Pablo Escobar, Pablo -le llaman así, con familiaridad- fue todo menos banal. Sus profesores, en cambio, a los que van a pagar lo mismo haciendo su trabajo bien o mal, son unos parguelas (léase boludos, pringaos, etc.) de mucho cuidado. El mal es sublime, el mal llama mucho más la atención que el bien y es la delicia de los espíritus refinados, ese fue el descubrimiento que aportó Charles Baudelaire a la sensibilidad moderna. Si un padre abusa de su hija decimos que es un monstruo, y el monstruo es sin duda algo sublime. La monstruosidad de Eichmann no estaba en su cara, ni en sus ademanes, sino en su currículum. Si un padre ayuda a su hija a hacer los deberes es algo trivial, banal. No obstante, los casos de asesinos en serie tienen las máximas cotas de audiencia en televisión durante meses. Por eso Simone Weil decía, insisto, que la moral es una cuestión de atención...

420 años de la hoguera de Giordano Bruno

El aniversario no es muy redondo que digamos, pero en cambio la fecha es certera como un dardo en la diana de una taberna irlandesa: hoy, 17 de febrero de 2020, es el día sagrado en que la Iglesia Católica quemó a Giordano Bruno a los 52 años convirtiendo en cenizas también (*La cena de las cenizas* es el bello título de un tratado de Bruno) la mitad de su credibilidad mundial desde entonces hasta hoy. Bruno era un genio loco, un místico informado y un exaltado con fundamento, de eso no cabe ninguna duda, y de hecho ya había sido excomulgado previamente por el credo protestante. Pero la Iglesia llegó demasiado lejos, encerrándole durante ocho largos años para terminar matándole cruelmente, puesto que el protocolo habitual de la Inquisición prescribía ejecutar al reo y luego abrasar sus restos mortales. A Bruno no, a Bruno le quemaron vivo, seguramente por su gran testarudez al negarse a la retractación de sus muchas herejías durante todo ese tiempo de amargo y oscuro calabozo. Giordano Bruno fue, probablemente, el hombre más independiente del que tengamos memoria, y de cada asunto intelectual de su época tenía una opinión elaborada y diametralmente opuesta a la oficial, para su final desgracia. Bruno recorrió toda Europa, expulsado de todas partes pero sin nunca escarmentar, defendiendo lo indefendible y, tal como yo le imagino, siendo más feliz que un halcón surcando los cielos un día de verano. No sólo tomó al pie de la letra a Copérnico, el fraile polaco que murió tranquilamente en la cama tras haber plantado la semilla de la discordia, sino que fue heterodoxo en matemáticas, en poesía, en mnemotecnia, en teología y hasta en lógica, proponiendo una especie de Lógica de la Fantasía. Concibió, antes que Galileo, la idea de los sistemas inerciales, que más que una idea es una bomba desde el punto de vista ontológico y no sólo físico; postuló el principio de transformación de la energía, con palabras muy distintas y más propias de la magia; y fue capaz incluso de intuir la actual Teoría Gaia de Lovelock a partir de las ideas más peregrinas de Platón y del Renacimiento –fue más platónico que aristotélico, como todos los visionarios y soñadores científicos que en el mundo han sido, y hasta escribió un diálogo al estilo del maestro legendario, de una gran fuerza poética también en su título, *Los furores heroicos*.

Dicen los historiadores que Bruno no fue quemado únicamente por la afirmación del heliocentrismo del sistema solar y la infinitud del universo (infinitamente poblado: Bruno es también el antecesor de Carl Sagan y el SETI), sino por el conjunto de toda su obra, que ya le había merecido acusaciones de herejía serias casi desde su mocedad. No dudo de que sea así, pero creo que la gota que colmó el vaso fue el panteísmo. La religión cristiana tiene relaciones tóxicas, como diríamos hoy, con muchas actitudes y muchas doctrinas, pero sobre todo y ante todo con el panteísmo. Si hasta no hace mucho tiempo ibas por el mundo proclamando que el universo en su totalidad era equivalente a la divinidad (*Deus sive natura sive substantia*, en el latín de Spinoza), ya te podías ir vistiendo el traje de amianto. Porque eso significaba que podríamos atribuir a Dios también lo que entendemos como mal o imperfección en los sucesos del mundo, o, como Spinoza, negar directamente que el mal sea nada distinto de una percepción errónea nuestra. Eso, que embriagaría como un elixir filosófico a los románticos -vale decir: Schelling y otros- tiene un aspecto todavía más peligroso si te percatas de que si Dios es el Todo, entonces para qué nos sirven los intermediarios. El sentido de la existencia de la Iglesia, pues, a la que Bruno comenzó perteneciendo, puesto radicalmente en cuestión. Un romántico se da un una caminata por un bosque y ya tiene todo el acercamiento a Dios que pudiera necesitar, y de ahí, por ejemplo, las

loas al senderismo de Rousseau, Goethe, Hazlitt, Wordsworth, Stevenson y tantos otros (hasta hoy mismo, en que la gente beata de la naturaleza consagra el domingo, Día del Señor no por casualidad, a sus devociones campestres). La Inquisición mató a Bruno por hereje, pero sobre todo por testarudo y por panteísta¹⁰⁴. Cuarenta años más tarde ya no se atrevieron a hacer lo mismo con Galileo, en parte por la lección aprendida con Bruno -hay que tratar de no hacer mártires de la *nuova scientia*, o nos desbaratarán el tenderete-, y en parte porque Galileo no parecía profesar el panteísmo (era platónico también, pero no un místico ni un mago desbocado...)

En cualquier caso, lo que sucedió a continuación de esa barbacoa vergonzante fue un milagro de aceleración histórica. Descartes, Huygens, Tycho Brahe, Kepler, Leibniz y finalmente Newton. En 87 años justos desde la muerte de Giordano Bruno no sólo el universo era ya enteramente heliocéntrico e infinito, sino que la física matemática más potente de todos los tiempos era capaz de explicarlo todo de un modo bastante sencillo. Fue lo que Bruno dijo a sus verdugos antes de acceder al martirio laico:

“Tembláis acaso más vosotros al anunciar esta sentencia que yo al recibirla”

¹⁰⁴ Porque, además, y a mi juicio, un universo infinito exige un concepto de la divinidad que lo anima tan enormemente agigantado con respecto al que maneja la Iglesia (un Dios que está al cargo de una infinidad de planetas cargados de vida convierte al Jehová de la tradición escriturística en un párroco de pueblo, lo que, de todos modos, ya era en el Antiguo Testamento) que no podían en modo alguno permitirlo. Es como si a Dios, por expresarlo con una analogía antropomórfica, le hubieran salido un sin fin de novias además de la Santa Iglesia...

Dos sabios disjuntos “pasando a los más”

*Recordar que uno no es más que un hombre
conviene no sólo al afortunado sino también al lógico.*
Aristóteles

En el curso de quince días hemos perdido a dos grandes pensadores de talla mundial que, aunque parezca mentira, vivían entre nosotros sin apenas llamar la atención. El primero en irse fue Quintín Racionero Carmona, según parece el mismo día del mismo mes en que falleció Don José Ortega y Gasset hace cincuenta y siete años (y por esa veteranía en la historia le adjunto el “Don”), aunque, en realidad, todas las posibles similitudes entre ellos acaban prácticamente allí. Y después, el 1 de este mismo mes de Noviembre, nos dejaba Agustín García Calvo, suceso sin duda más sonado puesto que el hombre había dado más que hablar fuera de la universidad y de los libros que el resto de sus habitualmente sigilosos colegas. Eran dos reyes, dos príncipes de lo suyo: Quintín un rey sin trono de la filosofía española y príncipe de la filología clásica, Agustín, inversamente, un rey entronizado de la filología clásica -y algunas otras...- y príncipe de la filosofía española, al menos tal y como yo lo veo.

Quintín me honra con su amistad, como suele decirse, desde hace algo más de veinte años, y Agustín me era bastante conocido, pero él no me conocía a mí. No obstante, y valiéndome del hecho de que, en cualquier caso, García Calvo descreía de los Individuos y sus Nombres y Apellidos (en adelante haré uso de las mayúsculas mayestáticas que a él tanto le gustaban para marcar las nociones de las que hay que huir, por engoladas y falaces), trataré de hablar un tanto acerca de ellos aquí un poco a vuelapluma y según el recuerdo y el magín me vayan sugiriendo. No prometo, pues, ni una gran conclusión final ni mucho menos una visión de conjunto que los englobe a ambos en orden a juzgar la Cultura Española o algo semejante. Yo no soy ningún experto quisquilloso ni he leído todo lo que escribieron los dos: hago esto únicamente en memoria suya (y por motivos de despedida y homenaje propios, todo hay que decirlo), y para que ésta no sea sólo mía y de unos cuantos más, sino levemente más compartida aunque siempre a voluntad, que tampoco el reflexionar y conmemorar deben ocupar lugar.

“Pasar a los más” es una de las expresiones que en griego antiguo significan la muerte. Como, por mucho que llevemos décadas hablando de superpoblación, siempre será un número mayor el de los que han muerto (de cualquier especie biológica, por cierto), los vivos constituimos una “inmensa minoría”, por decirlo con Juan Ramón Jiménez, que tarde o temprano engrosará esa mayoría insaciable que mora en el Inframundo. García Calvo, a quien precisamente le leí tal curiosidad, solía decir y escribir que a la expectativa de la muerte hay que ponerle siempre un “por si acaso”, es decir, *por si acaso* eso de morir es otra Idea de la Realidad para encerrarnos en nosotros mismos y vendernos sus -esto ya es mío- Aumentos de la Calidad de Vida, sus Pólizas de Seguro de Vida y sus Estadísticas de Esperanza de Vida. La idea que él manejaba -que no era Idea ni era de Él, por supuesto- de *infinito cualitativo*, le impedía entender cabalmente, creo yo, que exista una interrupción misteriosa, disyuntiva (o vivo o muerto) en el discurrir de un organismo sintiente. Asimismo, Quintín me contó un día -“un buen día”, diría él- que Leibniz había hecho

experimentos con abejas, congelándolas para luego revivirlas tiempo después y observar como salían volando. Lo que llamamos muerte no sería, por tanto, un corte brusco, sino un proceso típicamente estudiado por el Cálculo Diferencial de progresión o disminución por infinitésimos, un continuo que formula una transformación imperceptible -algún lector pudiera asociar esto con el gato de Schrödinger, ignoro si con fundamento. De hecho, hace poco leí al propio Leibniz que la muerte es sólo un “cambio de teatro”, o sea, tal y como yo lo interpreto, sería decir que eso que tradicionalmente se ha denominado “alma” pasa con el óbito a desempeñar otro papel en un escenario distinto, lo cual no necesariamente nos conduce directamente a la teoría oriental de la reencarnación, puesto que la transformación se produce en las coordenadas de desarrollo de la propia alma, sin “saltos” (*natura non facit saltus*) hacia una recompensa o un castigo que acarreen un cambio de substancia. Con todo, es claro que de alguna manera hay que organizar la desaparición de nuestro anterior papel existencial con la muerte, esa identidad duramente construida durante toda una vida para el mundo y para nosotros mismos, y ese engorro inevitable, según Quintín, no se realiza angustiándose, sufriendo miedos o haciendo filosofía macabra, sino... testando, conforme a la objetividad civil.

Tenemos en este dato marginal la principal diferencia entre ambos, origen de todas las demás diferencias, que ni son pequeñas ni voy a disimular ahora. Quintín era un profesor y un filósofo, de modo que, consciente de lo que ello implicaba, pensaba en términos de lo que ha de ser válido para una comunidad independientemente del capricho especulativo de unos u otros. García Calvo, en cambio, era un ácrata y abominaba de la filosofía, de forma que pensaba fuera de toda objetividad científica o política, en nombre de la gente indistinta y en contra de la civilidad misma. Ante una misma tesitura, pongamos por ejemplo la actual crisis mundial y especialmente europea, Quintín llamaba a la construcción de acuerdos en el marco de la internacionalidad consumada por la globalización, acuerdos que de nada servirían en abstracto si no dan lugar a leyes, instituciones, etc., mientras que García Calvo, en una plaza de Sol tomada por el 15-M, llamó a una rebelión sin final, a la pervivencia subconsciente del Paraíso, a la Aurora efímera, al '68 y al *No future...* ¿Una cordura excesiva frente a un desvarío excesivo? ¿Hombre de Mundo versus Hombre de Creación? ¿Razón oportunista frente a Sentimiento radical? Nada de eso sería exacto ni justo. La diferencia que he mencionado toca a la concepción de Sabiduría que movía a cada uno de ellos.

Quintín, así, confiaba en el ideal isocrático del “hombre bien informado”, lo cual le llevaba a viajar mucho, interesarse por todo, buscar la interpretación más completa de cualquier asunto y charlar con todo el mundo. No sólo se apuntaba a un bombardeo, sino que todos los bombardeos se apuntaban a él para que pusiese sobre ellos un manto sagrado de orden y claridad. García Calvo, por su parte, entendía que un sabio es el hombre que ha aprendido a decir “no”, y por consiguiente que practica la *docta ignorantia* y la enseña a los demás comoquiera que sea y dondequiera que va. Así, cuando los chicos del 15-M le preguntaban a gritos “¿y tú qué propones?”, él no contestaba, porque había venido hasta Sol para desengañarles de toda propuesta posible que no fuera el afincarse en aquel gran “no” que representaban, a ver qué pasaba. Sólo una vez vi juntos a los estos dos sabios dispares, en una mesa común del Círculo de Bellas Artes con objeto de dar una ponencia en torno a la comedia griega, y la percepción de su distinta actitud y estilo se me hizo entonces más aguda. Quintín era un orador magnífico, elocuente y llano, que improvisaba sobre una base sólida diseñada por él mismo, como alguien que piensa en cada ocasión una nueva ruta dentro de una ciudad que conoce bien y a la que siempre se están añadiendo nuevos barrios. García Calvo, sin embargo, fascinante orador también con una pizca de oráculo, hablaba de lo suyo en cualquier trance, señalando siempre, por seguir con la analogía, la arena de la playa que yace bajo el asfalto de cualquier ciudad, en todo lugar y en todo tiempo, puesto

que las Sociedades Constituidas no son más que maleza, agonía y soledad. Aquella tarde, pues, les mantuvo tan alejados intelectualmente como de hecho estaban, cada uno llevando más lejos que nadie su postura, y al término no hubo tertulia.

De hecho, sus actitudes respectivas afectaban a la correspondiente comprensión que cada uno de ellos tenía del instrumento y la preocupación del filósofo: el concepto. Para García Calvo, un concepto jamás se ajusta al ser, ni de la naturaleza ni del ser humano, a los que traiciona (el por qué sucede para él esto es algo que nunca me ha quedado claro, y además creo que responde más a una intuición que a una explicación). Pero como somos las criaturas del concepto, aquellas que otorgan sentido, significado, a lo que hacen, una y otra vez terminamos atrapados sin remisión en nuestra propia red. Somos las moscas y la araña a la vez. Por el contrario, un concepto era para Quintín una *oportunidad de vida*. Precisamente porque, como para Agustín, ningún concepto atrapa la realidad definitivamente, hay que reconocer que todos ellos son incentivos para la acción frente a esa inabordabilidad esencial. No hay, en consecuencia, traición, sino destino en el concepto, un destino tal que ha de ser capaz de superar las provocaciones de la violencia pura. De manera que, para García Calvo, en el momento en que entra en escena un concepto de la clase que sea, todo es igualmente mentira, mientras que, para Quintín, un concepto es por principio una acción de la razón que da lugar a verdades plurales y diferenciadas, concretas y contingentes, ya que lo inabordable sólo lo es en absoluto, pero no en particular, de modo que cada concepto identifica un aspecto de la cosa, por mucho que no sea el único lingüísticamente posible. (García Calvo no estaría de acuerdo porque para él lo inabordable es inmediato por debajo del concepto y en absoluto). “Casi todo es mentira” o “casi todo es verdad” son dos posicionamientos que obedecen a una formación y un carácter se diría que antitéticos, pero ambos se sitúan más allá del pensamiento ilustrado y ambos, afortunadamente, logran que “Filosofía Española” no sea una fea contradicción en los términos.

El fin les cogió con las botas puestas: Quintín rematando varios artículos y un léxico de las versiones aristotélicas de Boecio; Agustín, revisando su traducción del *De rerum natura* de Lucrecio para una segunda edición. Espero, para terminar, que de los variados reinos del Hades que sin lugar a dudas tanto el uno como el otro sabrían citar y describir prolijamente sean para ellos los dorados Campos Elíseos...

El “pin parental” y John Rawls...

Soy profesor de Filosofía y Valores éticos en la escuela pública, adoctrinar es lo mío, me pagan por ello, alguien tiene que hacerlo. Es posible que el profesor/a de religión, que hace el mismo trabajo que yo pero sin pasar por una oposición, o el profesor/a de economía, pongamos, adoctrinen también, cada uno a su manera, pero como unos profesores jamás nos metemos en las clases de otros la verdad es que lo ignoro absolutamente -bueno, absolutamente no, que siempre algo te chismorrearán los alumnos sin que les preguntes... Lo cierto es, en cualquier caso, que desde fuera del aula no se escuchan rezos fervorosos ni mantras neoliberales. Lo que yo cuento en clase, en cambio, sí podría ser considerado doctrina, de gran calibre y en toda regla. Hablo de Kant, de Marx y de Habermas, en filosofía (también, todo hay que decirlo, de San Agustín, Santo Tomás y Guillermo de Ockham: este último no mereció canonización), y de temas de actualidad candente en Valores éticos, para que los chavales se vayan enterando de cómo está el paño. Pero no me posiciono, tan sólo lo expongo y dejo que sean ellos los que pongan los juicios de valor y acaso, como decía Clemenceau a su secretario, los adjetivos –“¡usted límitese a verbos y substantivos y ya pondré yo los adjetivos!”. Naturalmente, esto que acabo de escribir no es cierto, porque emitir enunciados puramente informativos no existe más que en la imaginación de los platónicos, los guionistas del vulcaniano Spock, alguna escuela zumbada de periodismo y lo que llamamos despectivamente positivistas ingenuos, ahora reconvertidos en cognitivistas, dataistas, escritores del *Muy interesante* y, en general, heraldos de la Inteligencia Artificial. La realidad es siempre interpretada, es, *per se*, yendo todavía más lejos, una interpretación plural de sí misma, y quien no sepa esto no es ya que no sepa nada de filosofía del s. XX, lo cual es disculpable, es que no ha asimilado bien los desencuentros amistosos, profesionales y amorosos de su propia existencia, culpando siempre -interpretando siempre- de modo no muy lúcido que el malo o el idiota fue cada vez el otro, todos los otros... Pero digamos que, aunque yo tenga mi propios “sesgos”, como dicen ahora los científicistas, me importa poco que mis pupilos los mimeticen o no, no querría necesariamente hacerles a mi irrisoria imagen y semejanza, carezco, en fin, totalmente de vocación proselitista –más aún: me ha sorprendido siempre desagradablemente la manera dogmática, narcisista y totalitaria en la que autores de filosofía de todos los tiempos han defendido sus propias ideas como si no supiesen que son suyas, que las han parido ellos, que simbolizan más lo que desean que lo que son, como si pretendiesen disimular de esta manera el sospechoso y oscuro taller donde saben que las han forjado (cosa que un autodenominado artista subraya siempre); esa seguridad y autoafirmación tan descaradamente falsa que sólo puede ser producto de una mente roma y chata, es decir, justamente lo contrario de lo que esperamos de ellos...

Pues bien: siendo yo un adoctrinador profesional pero sin afán ninguno de retocar almas, me perturba todo este ajeteo mediático por el famoso “pin parental” (PP en acrónimo, para que no se diga que el tema oculta sus filiaciones). Es obvio, y así se está diciendo estos últimos días, que se trata de un subterfugio de las derechas -ultra y ultra/ultra- para *okupar* el debate público y poner la zancadilla desde el principio al nuevo gobierno enarbolando la bandera del liberalismo decimonónico, que era ciertamente el noble, el bonito, el que contribuyó realmente a la formación de la civilización. Pero es imposible tomarse en serio que la misma gente que abusa de las redes sociales para transmitir eslóganes falsos, simplistas y tuneados a gusto del incauto de turno vaya luego a tildar de adoctrinamiento a la enseñanza pública. La enseñanza pública es el resul-

tado de la Ilustración, que en España llegó tarde, tras el tímido intento de las Cortes de Cádiz, y luego fue asesinada en una guerra fratricida. Sólo aquí, en mi opinión, en el país del nacionalcatolicismo, podríamos entender que ilustrar (que no es sólo instruir) es adoctrinar. Cuando mis alumnos formulan la vieja protesta de para qué les va a servir para su vida cotidiana todo lo que tienen que ingerir en sus clases yo siempre maximizo mi respuesta, es decir, no creo que haya que achantarse, sino crecerse. La respuesta correcta es, pues, creo, que tú, muchachillo, debes calentar la silla porque eso que te enseña en clase es el Legado, la Herencia de la Humanidad, así con mayúsculas. Si tú, chaval, renuncias a tu condición de humano en su máxima expresión peor para ti, eso ya no es asunto de tu profesor ni del Estado, y en este punto eres realmente libre, pero a partir de los dieciséis años¹⁰⁵. Los demás humanos han creado una cosa tan prodigiosa como el Álgebra o las Matemáticas Complejas, y cualquiera que no fuese tonto de remate preferiría explorar eso a jugar al *Fornite*, el cual, por cierto, no existiría sin las matemáticas. Las matemáticas son nutritivas, *mathematics* en griego significa “enseñanzas”, es la enseñanza misma por excelencia más allá de la tradición repetitiva de tus abuelos, las matemáticas es la disciplina donde los humanos nos *salimos*, donde nos sobramos, como diría un adolescente, y viajamos lo más lejos que podemos de la Madre Tierra; las matemáticas son el jodido Apolo XXV, son el Enterprise y el Halcón Milenario; Dios, si existiera, sería también o antes que nada matemático, eso se ha señalado mil veces¹⁰⁶. Pero si no quieres aprender matemáticas, porque eres burro o porque tus padres concuerdan en que es una pérdida de tiempo, la enseñanza pública es el borgiano jardín de los senderos que se bifurcan, y tienes cien alternativas reglamentarias para seguir en la brecha cortejando al currículum establecido pero sin casarse jamás definitivamente con él...

Pero, bueno, pongamos que no, pongamos que las Matemáticas, la Filosofía y la Historia del Arte son de izquierdas, porque no forman al alumno para abrirse paso en un mundo cruel y competitivo. O al contrario, que son de derechas, puesto que sólo la élite se puede permitir gozar de ellas por puro amor a ellas mismas, aunque actualmente jamás lo haga (pero Voltaire, por ejemplo, sí lo hacía, y disfrutaba resolviendo problemas de geometría con Madame Du Deffand). En un caso o en otro, hagamos un experimento de corte netamente liberal, de esa estirpe de liberalismo que he llamado noble y bonito, y que comienza con el británico John Stuart Mill y alcanza hasta el norteamericano John Rawls, que murió en 2002. Rawls, en *Teoría de la Justicia*, que se publicó en España el año que murió Franco, proponía un ensayo mental que es muy poco original filosóficamente hablando -toda la filosofía ha consistido en creer en el plano/cero o plano sobrehumano desde el cual emanan enunciados universales y necesarios-, pero que ha triunfado como metáfora. Él decía que la justicia era el principio fundamental de la vida en sociedad, por encima de los intereses particulares, y que la justicia equivale a la equidad si es resultado de un acuerdo libre e imparcial. Suena fantástico, desde luego, pero... ¿cómo se hace eso? Según Rawls, que era un académico y no un actor social, sólo podremos averiguar si las reglas bajo las cuales nos sometemos a un novísimo contrato social son justas si se formulan en las condiciones de algo así como el núcleo de sentido común que operase en un no-nato, o sea, en alguien que no sabe quién es ni lo que le espera en la vida. Él lo denomina “el velo de la ignorancia”, locución que dio la vuelta al mundo, pero yo lo voy a contar de otro modo, con el símil de los aún-no-

¹⁰⁵ “También creo algunas veces que el Todopoderoso nos da, por mediación de nuestros hijos, las lecciones más profundas. El darles la vida y el perderlos, esa alegría y esa pena, son anillos que nos sueldan a la cadena de la eternidad”, *Pequeña crónica de Anna Magdalena Bach*, Esther Meynell, Editorial Juventud.

¹⁰⁶ Hasta el caos es matemático, si hay que creer a las más recientes teorías físicas, en vez de un lodazal borroso o unas fauces sin dueño... Ramanujan, que como era un indio de la India en Cambridge creía en todo aquello en lo que sus distinguidos colegas desconfiaban, decía a menudo que las matemáticas eran los pensamientos de Dios, como ya he recordado aquí; Leibniz, por ejemplo, lo hubiera suscrito siglos antes...

nacidos. Si hubiera, en efecto, un Limbo de los Nonatos, como en el *Erewhon* de Samuel Butler o en la película de *Mr. Nobody*, repleto de espíritus embrionarios pero sin desarreglos mentales, y pudieses preguntar a los chiquitines qué tipo de vida en sociedad querían encontrarse después de nacer, Rawls intenta aclarar qué es lo que responderían. Hay que suponer, claro, que tales nonatos son seres racionales, no bebés sollozantes o fantasmitas. En la tradición liberal noble, bonita, un ser racional es aquel que calcula su interés en términos de beneficio material individual pero también de beneficio espiritual aristocrático, como en el caso de *La democracia en América* de Alexis de Tocqueville o en el *On liberty* de John Stuart Mill, que era amigo del primero e hijo de un utilitarista radical, y un hijo, por cierto, que leía griego y latín con diez años, pero a base de palos y sin pizca de afecto paternal. (Por “espíritu” o “espiritual” hay que entender aquí no el soplo de los antiguos, ni la esencia intangible de los cristianos, ni la exteriorización concreta de la Libertad de Hegel, ni las disciplinas de Humanidades frente a las Ciencias a la manera de Dilthey o Gadamer, sino sencillamente los placeres del intelecto, del buen gusto y de la compañía mutua, en una especie de epicureísmo pasado por los ejercicios matemáticos/galantes del gran Voltaire ya mencionados).

A esos nonatos liberales habría que interrogar, pues, y las preguntas serían algo así como: ya que no sabes si vas a nacer en una familia rica o pobre, blanca, negra o zamba, como mujer, como hombre o como trans, migrante, autóctono o cosmopolita, etc., dime qué reglas de funcionamiento social preferirías. Rawls afirma que lo primero que acordarían esas larvas pensantes es que la libertad merece más la pena y es más nuestra que la seguridad o la igualdad, y por tanto que es mejor criarse en EEUU que en la URSS, por decirlo claramente y simplificando mucho. De nada sirve sentirse protegido si te tratan como a un niño eterno (de hecho, en griego, niño y esclavo se dicen con el mismo término), o como un caballo en su cuadra, y no puedes expresarte o asociarte a tu antojo. En segundo lugar, sigue aseverando Rawls, los nonatos pensarían, mientras sacan un poco la lengua para concentrarse mejor, que cómo no pueden saber si van a asomar a un país pobrísimo o a uno riquísimo, lo mejor es suponer que los recursos de mi futuro entorno serán moderados -la economía es la ciencia de los recursos escasos, por eso respirar no es una actividad económica, por el momento...-, y que yo seguramente no voy a ser de esos afortunados que tengan acceso ilimitado a ellos, o así lo voy a considerar por si acaso. Son muy cautos, los nonatos liberales, a diferencia de unos hipotéticos nonatos marxistas, se huelen que la vida no es ni será nunca un vergel ni una fraternidad perfecta. Y como hay muchas probabilidades (la teoría de Rawls en el fondo es probabilística, aunque él no lo diga, es como un Kant que ha ido al Casino...) de que me toque ser de la cara media del mundo para abajo, por si acaso, como decía, vamos a establecer normas que de entrada no impliquen privilegios, jerarquías o mamandurrias, ni de extracción social ni de raza ni de sexo, ni tan siquiera de talento o belleza -estas dos últimas no las contempla Rawls, creo recordar, pero son también decisivas a mi juicio. De ahí que Rawls establezca el Segundo Principio de la Justicia, el cual consta de dos apartados: primero, si ha de existir desigualdad, que ésta se organice socialmente de tal modo que los menos dotados o favorecidos del conjunto se beneficien máximamente de ello, es decir, que bien puede ocurrir para Rawls que en algunas situaciones a los pobrecitos del signo que sea les convenga más seguir abajo pero vivir mejor, puesto que allí agazapados, por ejemplo, cargan con menores responsabilidades; y, segundo, que, sea como fuere, ha de imponerse una justa igualdad de oportunidades para cargos y empleos que asegure que, aun cuando existan desigualdades, éstas se estructuren conforme al mérito o al talento y no a la cuna o al favoritismo, como ya sostuviera Platón¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Pero Platón también sostuvo, en *República*, que una vez determinada la plantilla de cada estamento, por decirlo así, a los de abajo había que engañarlos con cuentos de hadas para que aceptaran mansamente su condición, cuentos como

Ahora dejemos a un lado al gran teórico político, que ya murió, un poco aterrorizado por los ochenta de Reagan y Thatcher -tanto que comenzó a conceptuarse a sí mismo como socialdemócrata-, y sigamos con los nonatos, que se rascan la barbilla de tanto barruntar. ¿Les convendría sentar como principio universal la existencia de un “pin parental” que capacitase a sus padres para cerrarles las puertas de ciertas actividades o asignaturas que los demás chico/as de su grupo sí van a realizar? Pues no, en parte, porque se perderían cosas que aun no conocen y que pueden ser potencialmente excitantes, y además sus padres pueden quererles mucho pero ser muy cazurros o muy facciosos¹⁰⁸. Pero a la vez sí, mira por dónde, porque lo mismo nacen en Esparta, es un decir, y sus padres podrían gozar del derecho de disentir decididamente de esa brutalidad totalitaria que es la *agogé* y rescatarlos de una muerte prematura (por no hablar de nacer en Corea del Norte o en Afganistán...) De modo que no es fácil, hay que recocerlo, los nonatos se la juegan a la ruleta del Destino, pero a la vez tampoco es difícil, puesto que siempre se puede pensar que, sea cual vaya a ser ese Destino, el mínimo de racionalidad implicada impone que al menos sea común. Recuerdo una fiesta en la que estuve con 18 años donde se discutía sobre qué música había que poner, hasta que un amigo más avisado y ligón dijo, “carajo, pues pongamos a *Pet shop boys* y así estamos todos igual de a disgusto”. Era una gracia, pero no le faltaba sensatez. “Todos igual de a disgusto” no significa el sovietismo, en el que están todos en la miseria y con los suministros racionados menos la Nomenklatura, que se da la vida padre, significa que nadie escucha la música que le apetece, pero al menos nadie tampoco sufre la humillación de ser menos que otro. Los nonatos, pienso, querrían eso: querrían que no exista la posibilidad de ser el paria, el sin-casta, el sin-techo, el criminal, el saco de pegar, el mierda, el humillado, aunque para ello haya que renunciar a poner siempre la música que te gusta. Y, además, y esto es lo más importante con diferencia para mí, *eso es exactamente lo mismo que haría un padre, un buen padre*. ¿Qué clase de padre priorizaría a uno de sus hijos frente a los otros, ni aunque fuera cierto que tuviera más talento, hiciera mayores esfuerzos, fuera más alto y más guapo? Una clase muy chungu de padre, y, de hecho, el mayorazgo ha sido durante siglos el criterio para las herencias o la sucesión dinástica, y no la predilección paterna. Por eso, creo que en esto Rawls se equivoca parcialmente. Se equivoca porque su afán de justicia liberal le hace olvidar el peso *moral* de la igualdad.

El Estado, en tanto que sus detractores se burlan de él con el epíteto de “padre” o “pater-nal”, no está facultado para escoger entre sus ciudadanos al más apto, pese a que se cumpla la condición de la igualdad de oportunidades inicial. El Estado puede someter a sus protegidos a un examen de oposición a funcionario -cosa que ocurre, por cierto, desde tiempos de Confucio- con objeto de perpetuarse a sí mismo, pero no puede hacer lo que dice la primera cláusula del Segundo Principio de Justicia de John Rawls, o sea, decidir que la desigualdad puede merecer la pena si el conjunto social sale de alguna manera potenciado. A mí no me merece la pena que mi hermano dirija el negocio familiar por “dedazo” de mi padre aunque eso suponga que él me va a proporcionar un coche más caro y un chalet con piscina, y, en general, eso es lo que ha ocurrido con todos los hermanos de reyes de la historia, por ejemplo. El pin parental consiste,

es que de nacimiento hay quien posee un alma de oro, mientras que la tuya es de bronce, qué le vamos a hacer... (Platón es que es todo claroscuro, o al menos esa ha sido siempre mi impresión).

¹⁰⁸ Yo mismo, que soy profesor de la pública, como digo, hay alguna asignatura de las gordas que suprimiría o convertiría en “maría” (o sea: menos horas y menos influencia en la promoción de curso), y si por mí fuera impondría la *Crítica de la razón práctica* de Kant en el temario de cuarto de la ESO, Primero y Segundo de Bachillerato, hasta que los alumnos la conocieran al dedillo, como los musulmanes *El Corán*, no porque piense que allí está la razón absoluta, ni mucho menos, sino porque me parece el mejor preámbulo posible a la argumentación racional y al civismo responsable, por mucho que uno después se aleje de todo eso hacia horizontes más actuales, acaso más interculturales. Por eso tampoco yo mismo me permitiría a mi mismo hacer de legislador, como pretenden los ultras y ultra/ultras, que cada loco con su tema y sobre gustos siempre hay y habrá eterna disputa.

me parece, en eso: mi hijo no va al taller de sexualidad o de ballet clásico -el padre de Billy Eliot, que al final de la película cambió de opinión- como el resto de la chusma de su grupo. Mi hijo se merece lo mejor: taller de empresariales, claro. Con tal lógica, los padres anarquistas objetarían las clases de historia, los padres francófonos o árabes las clases de inglés, los padres veganos las clases de nutrición y, como dice mi amigo Alfonso, los padres aficionados a la poesía las clases de matemáticas, que ya hemos quedado en que son sagradas. El derecho de veto extendido hasta el infinito, y por los motivos más sutiles a la par que caprichosos. (Los padres, además, no somos seres que andemos muy frescos en experiencias vitales que digamos, y todos preferiríamos que nuestros hijos repitiesen nuestra vida de cicatrices en vez de andar con móviles, porno, redes sociales, reguetón y becas Erasmus a Estambul).

John Rawls estaba convencido de que el primer impulso y más originario de los nonatos, de la “posición original” bajo “el velo de la ignorancia”, en su lenguaje, es el aprecio de la libertad, y realmente habría que ser muy fascista, pero que muy fascista, en el sentido estricto de Mussolini, para renunciar a tu libertad a cambio de la guía carismática de otros u otro. Pero con el pin parental no queda claro si es la libertad de los hijos respecto de sus padres o respecto del Estado. El propio gran defensor del Estado, seguramente el teórico político -si no el filósofo- más grande de todos los tiempos, Hegel, era un padre reguletero. A los padres hay que quererles, pero, como los argentinos, llamándoles “viejos” sin ánimo de ofender. Chesterton decía que los chicos van al colegio a aprender, y que entre esas cosas que aprenden está entre las más notorias el aprender del carácter de sus profesores. Los profesores son los únicos adultos con los que un chico/a tiene trato asiduo y didáctico sin que sean parientes suyos, lo que es decir sin que les quieran más que a nada en el mundo pero tampoco sin que se vean en la obligación de ponerles a competir -un profesor podría poner perfectamente un 10 a toda su clase, del mismo modo que todos los invitados a una fiesta podrían escuchar por turnos la música que les gustase. En el fondo, todo depende, seguramente, de lo que confíe uno no tanto en los demás, que a saber cómo son y qué pretenden, como en las instituciones que nos relacionan con los demás modulando las desconfianzas para hacerlas masa, *argamasa* social. Rawls, que era un firme liberal que terminó al calor de la socialdemocracia (un poco al contrario, por ejemplo, que Ortega y Gasset décadas antes en España), confiaba más en la necesidad y operatividad de las instituciones que en la voluntad y clarividencia del individuo, y una institución es sin duda el currículum unificado para todos los estudiantes¹⁰⁹, sea impartido en la enseñanza pública, privada o concertada -que es más pública que privada. Que el lector sobradamente/nato de estas líneas, al que ya se le cayó hace tiempo “el velo de la ignorancia” o que, en verdad, nunca lo ha necesitado ni lo ha deseado expresamente, se haga a sí mismo estas preguntas tan difíciles y filosóficas: ¿individuo o instituciones? ¿anarcocapitalismo o Estado de Derecho? ¿voluntarismo o intersubjetividad?, ¿proyecto personal o Legado de la Humanidad? ¿el Superhombre o la justicia como equidad? Es su decisión. En cualquier caso, siempre podremos agarrarnos a la frase de Mark Twain, cuando decía aquello de que nunca permitió de ninguna manera que sus estudios interfiriesen en su educación...

¹⁰⁹ Hay un episodio de *Los Simpsons*, de los más viejos, en el que Marge promueve una campaña contra el David de Miguel Ángel, al que se le ven sus “cositas” al aire, y todo norteamericano esconde un puritano. Logra su objetivo, y las partes pudendas del David son censuradas, pero después se da cuenta de que no era una buena causa. Está bien ser pudorosos con el David, que es una tradición artística europea y probablemente pecaminosa, pero lo que no está bien, entiende Marge, es imponer su criterio sobre un montón de gente, incluido su propio hijo, que deben aprender a negarse a aceptar la guarrerías de los licenciosos italianos por su propia cuenta. Hasta *Los Simpsons* están en contra el veto parental...

Emanuele Severino en disputa con la Nada

Leí a Emanuele Severino en la facultad, en concreto el primer volumen de su *Historia de la Filosofía*. Gastaba un estilo claro y explicativo, allí aprendí más de una cosa importante para mi disciplina, como que los estoicos fueron los primeros que pensaron la realidad en términos de cuerpos físicos interrelacionados, eso que ahora alguien diría que es elemental, pero que no lo es en absoluto -es difícil, por ejemplo, determinar el cuerpo físico de la escala pentatónica, aunque hay quién lo intenta. Lo más atípico de aquellos libros no era el desarrollo expositivo de la cronología del pensamiento occidental, que se ha contado mil veces y no de modo muy distinto, sino la introducción o prefacio o declaración de intenciones del propio autor. Severino, como era discípulo directo de Heidegger, fue de los pocos filósofos del s. XX que se dedicaba íntegramente a la filosofía, y no a la política o a la crítica estética más o menos encubierta. La gente cree que es al revés, que los filósofos nunca atienden a la realidad práctica, al *Lebenswelt*, cuando más bien ha sucedido lo opuesto. La inmensa mayoría de la producción filosófica del pasado siglo se confunde con la sociología o con la politología, aunque venga acompañada del marchamo arrogante de “ontológica” (sociología “ontológica” o teoría política “ontológica”, que es un ardid ya usado por Karl Marx para situarse por encima de las demás humanidades y no tener que aportar áridos datos o gráficas de lo que se dice). Las excepciones a esta vocación de meter baza en la vida pública y discriminar entre los buenos y los malos ciudadanos o las buenas y malas personas -los *cronopios* y los *famas*, en el lenguaje de Julio- han sido, espigando por encima, Henri Bergson, Martin Heidegger, Ludwig Wittgenstein, parte de la obra inteligible de Deleuze y Badiou, analíticos rigurosos como Quine, Grice o Davidson, y actualmente, si no me equivoco, Giorgio Agamben. Que cada uno juzgue si prefiere que los filósofos sean de la línea nefelibata, o sea, habitantes de las nubes, o de la línea *engagée*, la comprometida y política. Para mi gusto, y conforme a mi edad y experiencia, casi es mejor aquello de “zapatero a tus zapatos”, que el intrusismo profesional es nefasto en estas materias, pero entiendo que el gran público espere de los intelectuales que hablen claro y directo en vez de que hablen griego antiguo, aunque sólo sea para que se les vea mejor venir...

Severino, sin embargo, que murió hace tres días a edad récord -no tanto en filosofía: me parece recordar que Hobbes murió con los mismos años en el pavoroso s. XVII, que tiene más mérito-, pertenecía claramente a los nefelibatas, como su maestro el famoso ex-nazi que ni siquiera postumamente terminó de pedir perdón del todo por sus errores políticos. Es por ello que los enfrentamientos ideológicos en la larga vida de Severino han sido con la Iglesia Católica de su país, y no con el marxismo o la Filosofía Analítica, puesto que los únicos profesionales del pensamiento que estaban al nivel de los estratocúmulos sondeados por Severino eran los teólogos. Severino ha sido algo así como un escolástico de Heidegger, lo cual pudiera parecer imposible, pero ocurre mucho, también en España. No obstante, propuso una visión propia que llegó a interesar al propio Heidegger, pese a que iba totalmente a contracorriente de la filosofía contemporánea. En efecto: allí donde todos ya estamos más o menos de acuerdo en cuestionar el concepto greco-cristiano de *ser* como presencia, él lo afirmaba taxativamente. Se lo compraba, como dicen hoy los cuñados o los jóvenes emprendedores. Defendía, por tanto, que el concepto de devenir (transformación, cambio, lo que llega a ser y deja de ser, el río de Heraclito, *Panta rei*, etc...) que Nietzsche había sacralizado y glorificado era un error, y encima un horror. Según

Severino, Occidente sufre todavía las consecuencias de creer que hay tiempo, y que en el tiempo suceden las cosas, puesto que las cosas surgen y desaparecen en el tiempo. Eso que Andy Warhol llevó al extremo asegurando que el futuro todos tendríamos nuestros 15 minutos de fama y ya, puesto que después sólo quedará ser tragados por la Nada. Lo cierto, en mi opinión, es que hay que estar muy ensimismado en los libros para pensar así. Severino estaba convencido de que todo era eterno, desde la estrella Vega, que está en el quinto pino y es inmensa, hasta el acto de bostezar que ejecutaste ayer. A veces a mí también me gustaría pensar así, me joroba la filosofía de Roy Batty en *Blade Runner* pese a que resulte tan poética. Además, creo que Severino no se percató lo suficientemente de la cristalización cristiana que pesaba sobre esa idea suya de eternidad y de ser, y que subestimó la intuición spinozista/nietzscheana del Eterno Retorno, es decir, del ser inmanente al devenir. Pero mi opinión no importa. Lo que hoy importa es que ha fallecido, pero conforme a su propia doctrina no ha fallecido enteramente ni lo hará jamás. Así que le deseamos una eternidad pletórica de sí mismo, en vez de desearle sencillamente que descanse en paz.

Noticias de(sde) la Noosfera

En lugar de espacios hay cosas que guardan relación con estados de amor, y en lugar de tiempos hay cosas que guardan relación con estados de sabiduría.

Enmanuel Swedenborg

Un amigo me envió ayer por correo electrónico una de esas noticias extrañas, marginales, que lo mismo podrían suponerlo todo que quedarse en nada, y que, por tanto, deberían ser siempre glosadas: http://www.eldiario.es/turing/Ecuador-Rafael_Correa-FLOK_Society-buen_vivir-sumak_kawsay-procomun-p2p-copyleft-patentes_0_209279080.html

No se trata únicamente, en mi modesta opinión, de otra escaramuza ideológica entre gobiernos o bloques de países de distintos signos, a la manera de uno de ellos que, pequeño pero llamativo, saca pecho para ruborizar a sus poderosos rivales, sino, también, de revitalizar una vieja idea casi olvidada. Fue Vladimir I. Vernadsky, científico soviético, quien primero concibió, al menos expresamente, la noción de “Noosfera” como el estadio último de la evolución en que el conocimiento humano se apropia y transforma la naturaleza viva e inanimada conforme a sus fines dando lugar a un mundo distinto, supremo, enteramente dominado por esa novedad cósmica que es el pensamiento consciente. Tal visión, en cierto modo ingenua ya para nosotros (que hemos aprendido que semejante dominio del conocimiento es, a menudo, fuente de horrores humanitarios y medioambientales y también de control social), no podía quedar sin inmediatas secuelas, a veces degeneradas, como las consecuencias obtenidas por los trashumanistas rusos, que postulaban el advenimiento de un hombre física y mentalmente superior, o como la interpretación del teólogo francés Teilhard de Chardin, que esperaba todavía una “Cristoesfera” tras la Noosfera -por cierto, ignoro si todo el barullo conceptual que arma el alemán Peter Sloterdijk en torno a las esferas proviene de aquí...

Después, Arthur C. Clarke retomó la idea transcribiéndola en términos de ciencia-ficción, que se dirían los suyos naturales, aunque parece que personalmente él se lo tomaba muy en serio. Resulta fácil acordarse de los famosos inicio y final de *2001 Odisea del espacio*, que no tienen nada de misteriosos y se explican con esa base, o, menos conocida, la novela *El fin de la infancia*, donde Clarke lleva a la humanidad al estado de la fusión de todas las conciencias particulares en una ingente Conciencia Universal. En realidad, deseos de esta naturaleza, que pretenden la erradicación de los problemas y la violencia de la Historia humana, entendida como una unidad, mediante su completa superación intelectual existían ya antes, mucho antes incluso de la obra de Vernadsky. La Filosofía misma, que como escribía Hegel es el mundo puesto del revés, no es otra cosa que esto, después de todo, y es natural, porque pensar equivale a pensar el orden, ya que el caos, el desorden, incluso aunque fuese el fondo real originario e irreductible, en el momento en que *es pensado* ya está siendo pautado, reglamentado¹¹⁰. La Filosofía es una disciplina de ciencias, de eso no cabe duda -más aún: es la fundadora de las ciencias y del marco de comprensión de la ciencia misma-, y quien ignore este hecho debe volver a repasárselo todo con más cuidado. Pero

¹¹⁰ En este sentido, es ilustrativo el capítulo primero de la novela *El hombre que era jueves*, de G.K. Chesterton, donde se intenta refutar en la práctica y en la teoría al personaje arquetípico del artista-anarquista moderno.

también ciertos poetas, como William Blake, han entendido que el intelecto humano procesa todo un mundo y lo estructura en categorías, en este caso de la Imaginación, con mayúsculas. La utopía actual de una Sociedad del Conocimiento, más allá de la Sociedad de la Información de la que muchos alardean o de la Sociedad de la Comunicación que más bien nos prometen, responde a anhelos e ideales parecidos, que, si bien muy matizadamente, no encuentro tan descabellados. ¿Es posible, entonces, que en Ecuador estén tocando una tecla clave para un futuro viable y deseable, pese a que no nos fiemos de los políticos, pese a que sepamos de sobra que las grandes cosas se hacen ya al margen de ellos y sus socios (Internet y la World Wide Web, que es el verdadero *milieu* de una mente global, no reconoce paternidades políticas, por mucho que ahora estén rumiando cómo limitarlos y aprovecharlos)? ¿Y por qué no?

Dichos matices, que son de envergadura, yo los pondría en la propia imagen que se tiene del conocimiento. La Noosfera, como sinergia de las facultades superiores del hombre, que se intenta alcanzar y/o colectivizar, la pensamos hoy no como Verdnasky o Clarke, de los que sabemos lo justo, sino al modo del positivismo decimonónico, cuya mentalidad está incomparablemente más extendida. Todavía pululan positivistas por ahí que no saben que lo son o a los que molesta serlo, que creen que una fórmula de Física copia el cerebro de Dios y diagnostican la defunción de las Humanidades. Si les preguntas cómo es que tal fórmula se halló hace tan poco tiempo, te responderán en las claves de un progreso histórico totalmente calcado de Auguste Comte, aunque no sepan quién fue ese tipo. Total, eso no importa. Para ellos, igual que para aquel, la Ciencia, también con mayúsculas, es el único método de la Verdad, más mayúsculas, y Ciencia es lo que puede ser cuantificado en referencia a hechos constatables. Qué demonios sea un “hecho” desnudo, así, sin más, es difícilísimo de establecer, tanto que, realmente, el positivismo, en su versión “neo-“, fracasó definitivamente en los años cincuenta del pasado siglo cuando el Círculo de Viena trató de atrapar *in franganti* “hechos” en las más básicas percepciones del aquí y del ahora, que es lo menos que, francamente, se puede pedir. (El resultado es que desde entonces se acepta comúnmente el denominado “principio de Hanson”, que consiste en afirmar que no hay observaciones sin teoría que los aprehenda, incluso que no hay hechos descualificados de valores¹¹¹). De manera que no tenemos “hechos”, sino fe, fe en que la Ciencia progresa y al progresar mejora la humanidad. Los positivistas antañones hablaban de la religión del Gran Ser, a cuyo culto se erigieron templos, por ejemplo, en Brasil, y ese Gran Ser no es el viejo Dios, no: es la Humanidad como conjunto, o sea, la Humanidad como Conciencia Universal o Noosfera. Esos positivistas que digo que pululan por ahí quizá tampoco sepan nada de esto, pero cuentan con un imaginario más aseQUIBLE por literario a su servicio. En efecto: no sólo muchas películas, de ciencia-ficción o de política-ficción, sino también, al trasfondo, la obra de dos grandes escritores extremadamente populares y magistrales, Julio Verne e Isaac Asimov. Ambos fueron, uno después del otro, potentísimos divulgadores científicos, profundos positivistas y buenos narradores, cuyo legado alegra el alma pero enturbia un tanto el juicio. Verne no tiene un libro que no sea una joya didáctica, y en los primeros, más optimistas, encontramos auténticos tratados científicos literaturizados. *20.000 leguas de viaje submarino*, por ejemplo, es un tratado de Oceanografía, y la biología *De la Tierra a la Luna - Viaje alrededor de la Luna*, uno de Balística y de Selenografía, respectivamente. Más que un visionario, Verne fue un ingeniero de ensueños que elaboraba meticulosamente la verosimilitud de cada detalle científico de sus ficciones. Puedo asegurar que un lector juvenil actual no aguanta tanta erudición ni cobrando. Asimov, por su parte, que prefería la divulgación directa a la narrativa (y que fue miembro de la exclusiva asociación para superdotados Mensa, algo en lo que tiene mucho que ver el ser norteamericano aunque de ori-

¹¹¹ Ya hacía notar el propio Aristóteles en *Peri Psyché* que no es posible ver sin al mismo tiempo juzgar.

gen ruso), expresó aún más claramente que Verne su positivismo de fondo en la idea ficticia de la “Psicohistoria” que preside su magnífica saga de la *Fundación*. La “Psicohistoria” es Comte¹¹² maximalizado y proyectado sobre un futuro civilizatorio remoto y galáctico. La mayoría de sus novelas terminan por converger en la mitografía futurista de la *Fundación*, en la que juegan un gran papel las Leyes de la Robótica, nada menos que una forma de entrega artificial absoluta al destino de la Humanidad¹¹³. Y el propio enclave imaginario de la “Fundación” es lo que los creyentes de la Noosfera denominan *Noocracia*, o sea, puesto que el Hombre, mayúsculas otra vez, se define por el Conocimiento, dejemos que sean los expertos, los científicos, los sabios, los que ocupen el Poder en la Tierra y todo saldrá bien.

Bueno, pues resulta que ese Poder es el que se creen justificados para reclamar los positivistas residuales. Platón ya había indicado el camino al apuntar que el rey debe ser filósofo, o el filósofo, rey (antes de Platón, efectivamente algunos filósofos griegos pertenecieron a familias reales). Tengo un amigo -otro amigo- que acaba de defender lo mismo, el año pasado, en un libro en nombre del comunismo. Realmente, se diría que hay una conjura intemporal “noosferica” en estas cosas, y, por consiguiente, que no pueden más que tener razón. La decisión del gobierno de Ecuador parece ir por esta misma senda: Socialismo es Justicia y Justicia es Reinado del Saber, en una orgía de mayúsculas. Todas las medidas tomadas en el proyecto Flok Society, que son, sin duda, estupendas, conducen a la Noocracia como horizonte final. Podríamos decir que es la revancha del “pensadero” que el comediógrafo Aristófanes escenificó para reírse del pobre Sócrates. Y yo estoy con todo mi entusiasmo de ese lado, hasta apoyaría a Correa aunque sin pancartas, pero con los matices siguientes.

Ante todo porque lo cierto es que a Sócrates el conocimiento como tal le importaba un rábano, según Platón: él sólo buscaba aquellos enunciados que promocionasen la virtud, personal y cívica, si es que son diferenciables. Igualmente, los movimientos actuales que fomentan la virtud ciudadana menoscabando la rapacidad del Capital, como el Decrecimiento (bien representado en nuestros malos tiempos en España, pese a que hace décadas ya existía algo parecido fuera, el *Downshifting*), parecen entender que el conocimiento-en-sí no tiene más valor que el de fijar las verdades que harán felices a los hombres, dado que la verdad es la otra cara de la utilidad y una vez materializadas verdaderas utilidades o utilidades verdaderas ya tenemos, por fin, la Felicidad humana conquistada. El Paraíso, declaró Correa; la Noocracia, decimos aquí. Pero no se deben confundir medios y fines, ya que ningún hombre es feliz tan fácilmente, si es que barrer las injusticias y las desigualdades fuese fácil, precisamente porque *piensa*. Iniciativas políticas y movimientos sociales como los mencionados -y muchos que se quedan en el tintero- están hoy tan acuciados por las muy legítimas urgencias del combate contra las atrocidades de la llamada “crisis” que no reparan en lo que significa realmente *pensar*. Pensar no es solamente averiguar las leyes de la existencia material moralmente limpia y aplicarlas; aún cuando esto sucediese (y es de temer que no ocurra nunca: ni sus propios paladines lo creen del todo...), el pensamiento no habría quedado satisfecho, porque pensar es *hacer mundos*, por decirlo con la expresión de Nelson Goodman, o practicar “las cosas bellas”, para decirlo ahora con Aristóteles. Puesto que, a diferencia de los animales, se supone que pensamos, necesitamos hacer mundos y no solo habitar mansamente el mismo que ellos. Lo necesitamos porque lo deseamos, y nadie va a frenar ese deseo, que es un deseo íntegramente intelectual. Lo cual nos devuelve a William Blake, que ya

¹¹² Comte, por cierto, ya mayor se enamoró locamente y fue correspondido, con lo que dejó de hablar tanto de la fría ciencia y comenzó a disertar muy seriamente sobre las veleidades del corazón..

¹¹³ El relato corto de Asimov *La última pregunta*, que puede encontrarse en la dirección web http://www.letrasperdidas.galeon.com/consagrados/c_asimov03.htm, sitúa la hiperconciencia cósmica de Clarke al final y, también, al principio del universo, llegando la Humanidad, por tanto, a ocupar el lugar de Dios.

se percató, pre-románticamente, de que es la Imaginación -pero una Imaginación Racional, no el disparate surrealista- lo que nos mueve, más allá del conocimiento científico¹¹⁴.

Ahora bien, si aceptamos que vivimos antes en universos estéticos que en entornos utilitarios, como yo creo que prueba sobradamente y más que nunca nuestra experiencia de moradores del Primer Mundo en el siglo XXI (que cada cual se pregunte si trabaja para mantenerse o trabaja para poder ir al cine, por ejemplo), entonces hay que reconocer que el ser humano produce y se alimenta de excedentes. La Noosfera es, entonces, ese espacio de sobreabundancia de excedentes vitales, estéticos, imaginativos, y como tal sólo puede haber sido causada por la cultura del Capital. De hecho, antes del capitalismo, los excedentes se proyectaban fundamentalmente en la forma de religión o mitología, consiguiéndose con ello antes que nada la conservación de las clases privilegiadas. Oponerse a los abusos planetarios del sistema capitalista con argumentos hiperpracticistas -decrecimiento- o morales -Socialismo-, entre otros, no tiene por qué significar obviar esta deuda. La “inquietud fáustica”, propia del Capital tanto como de la Filosofía moderna, no tiene remedio completo, como querían, respectivamente, Marx y Heidegger, sino sólo parcial. Podemos no arrasarlo todo en beneficio de unos pocos, desde luego, pero no podemos estarnos quietos, inertes, *utopizados*, porque nos lo impide hablar, socializarnos, pensar. Hablar, socializarnos y pensar son una y la misma cosa, uno y el mismo acto, es absurdo sustituir la producción desenfrenada capitalista por una potenciación de la vida social para luego querer que esa vida social no genere movimiento histórico, es decir, imaginativo. En conclusión: hay que tender a la Noosfera, establecer el *copyleft*, los códigos abiertos y libres, la alfabetización en la red, etc., pero no -o no sólo- desde el punto de vista positivista, para asentar en la práctica *la* o *las* verdades, sino desde un punto de vista estético, post-nietzscheano, para inventar, forjar y compartir nuestras vivencia (vivencias también de conocimiento, por supuesto, así entendido en tanto experiencias personales y colectivas de realidad...)

Finalmente, la Sociedad de la Comunicación, que nos prometen, podría ser la mejor rúbrica para una meta más democrática e igualitaria, y no noocrática y piramidal, gracias a las llamadas “nuevas tecnologías”, una vez adecuadamente universalizado su acceso. Sociedad del Conocimiento es un bonito nombre, pero desprende un tufo de uniformidad que le falta a la Comunicación, puesto que toda comunicación lo es de diferencias o no se está comunicando realmente nada -a no ser que consideremos recibir órdenes (compra esto, opina aquello...) como un modo de comunicarse, y esto es precisamente “informar” y lo que ahora nos venden como Sociedad de la Información. Intuyo que a Verne, o a Asimov, no les disgustaría demasiado ese futuro, no siendo exactamente el que previeron, siendo como es mucho más polifónico que monológico. No hay que olvidar que la tentación de demarcar desde el poder político o económico, *noocráticamente*, qué es conocimiento y qué no lo es ejerciendo a continuación la censura sobre las prácticas sociales correspondientes ha sido históricamente demasiado fuerte: cabe esperar que también los ecuatorianos lo vean así y con ellos, lentamente, el resto del globo.

homecoming... (esta vez con minúsculas)

¹¹⁴ El guionista de cómics Alan Moore, del que ya he hablado varias veces aquí, propugna desde hace un tiempo una visión similar a la de Blake, *grosso modo*, con su concepto de Espacio/Idea, reflejado sobre todo en la serie limitada *Pro-methea*, formidable como casi todo lo suyo.

TikTok o la escuela del trashumanismo

Leí no sé dónde que la red social TikTok es una perversidad china consistente en que allí sirve para que los adolescentes graben historias de superación personal académica y deportiva, mientras que a los occidentales nos lo han encalamado para que podamos hacer un billón de billones de paridas completamente idiotas que les garanticen a ellos, taimado peligro amarillo, la final degradación de nuestro ya de por sí desorientado mocerío. Desde luego, parece cierto que cualquiera que se deje un rato de su precioso tiempo en TiktTok descubrirá que sí, que TikTok es la red social que mejor muestra la estupidez humana más chabacana a tiempo completo y sin pudor alguno en la exhibición del lado tonto de cada cual, una suerte de corriente continua de muecas anómalas que sería lo último que querríamos enseñar a una especie alienígena que viniera a visitarnos -un anfitrión como Dios manda no lleva a su nuevo visitante en primer lugar a disfrutar del lavabo de su casa (no digo el retrete porque el retrete digital es más bien la Deep Web). Pero tal vez haya otro modo de verlo, sea cual fuera la intención de pérfido Fumanchú oriental al crearlo. En TikTok la gente indiscriminada, absolutamente cualquiera (el “cualquiera” que tanto gustaba a Pasolini), se convierte en un cualquiera que no sólo pasaba por ahí, sino que aporta o intenta aportar lo mejor que se le ocurre en 15 segundos de precaria fama. Son, tal vez, esos “quince minutos de fama” vaticinados por Warhol algo jibarizados, pero con la oportunidad de repetir indefinidamente si la performance tiene algún éxito o el performer no tiene nada que hacer en la vida -que será, me temo, la enfermedad psiquiátrica más urgente cuando los robots comiencen a quitarnos los trabajos; ríase usted de la vieja depresión o de la aún más vieja melancolía...

A mi hijo, por ejemplo, le gusta pasar los videos de un tío afrohispano como de 20 años que se hace llamar “negritoexclavo”. Sus gracias consisten en hacer de esclavo negro, proclamar que tiene amo, salir a torso descubierto y deformar su cara con filtros, habitualmente estirándose el labio inferior y el mentón (lo cual es muy habitual en TikTok, por lo que he visto). Uno de sus minivideos consiste en que él está en una cocina pobre y desangelada con una puerta abierta al fondo y se dirige a ella hasta que la oscuridad del pasillo se traga el color de su piel y ya no se le ve. Por el camino va de espaldas, cabizbajo, hasta que se adentra en las sombras como quién se somete voluntariamente al imperio de la muerte. No diré que es una genialidad, pero combinado con sus demás performances de esclavitud con x hasta podría serlo. Lo suyo va del rollo: “vale, como sé de sobra que no vais a poder evitar verme como un negrata especialmente azabache haciendo un puto video, o me bailo algo zumbón o resalto con rotulador ominoso el prejuicio de vuestra mirada”. Algo así. Igualmente, mis alumnos africanos cuando juegan al Kahoot firman como “tunegrofav” (-orito, se entiende), y la verdad, siendo o no conscientes de la crítica social que subyace velada en todo ese rollo lo cierto es que resulta mucho menos agresivo que los comentarios de los haters en las restantes redes sociales. Yo soy demasiado mayor para estar en condiciones de juzgar este nuevo mundo de transformaciones narcisistas para el que TikTok funge de escuela o de adiestramiento colectivos. Marta Peirano dice que TikTok es la más sofisticada de las adicciones concebidas en la red, que es como tirar incesantemente (puesto que el desfile de máscaras no termina jamás, y cada usuario tiene el suyo propio conforme al algoritmo que le tiene calado) de una palanca de una máquina tragaperras en un bar, pero ni Marta Peirano es capaz de prever la conducta de un nuevo tipo de humanidad que habría apagado hasta el último

rescuerdo la narrativa de una vida entendida como Bildungsroman -que es, justamente, para lo que se utiliza en su país de origen, en China- a cambio de una anarquía formativa absoluta regida por imágenes completamente caprichosas que lo que buscan es gustar a la mayor parte posible de la audiencia, y todo en ello pildoritas que rondan en torno al minuto. Quien sea capaz de echar un vistazo al fondo de ese abismo de significantes sin significados que nos lo cuente después: a mí es que me da vértigo...

Lo que sí que creo es que el scroll eviterno del TikTok constituye ya, y sin esperar ni un segundo más, la realización de parte de los ideales del trashumanismo. Estoy de acuerdo con Francis Fukuyama en que el trashumanismo es “la idea más peligrosa del mundo” en la actualidad si finalmente termina por traducirse en biopolítica, es decir, si se empeña en la tarea casi eugenésica de modificar los cuerpos en pos de un ideal de perfección poshumana que remite claramente al Hombre Nuevo soviético o a la Bestia Rubia nazi. En cambio, como entretenimiento esa libertad que ofrece TikTok de deformarse a uno mismo apuesta a fin de hacer el payaso o hacer escarnio de algo bien podría resultar emancipador. En TikTok la gente se saca a sí misma, pero siendo ya otros. Puede que eso que hacen de sí mismos no sea el Homo Excelsior que predicán los chalados del trashumanismo, pero está claro que durante un tiempo lo prefieren claramente. Me hago la siguiente pregunta: ¿un partidario o simpatizante de la ultraderecha de Vox o de Meloni qué preferiría poner en manos de su hijo, La regenta, Los novios, o toda la videoteca completa del tal “negritoexclavo” este, un indocumentado y paria de libro? De la respuesta a esta pregunta podría depender nuestra consideración de los medios digitales como campo de una paideia distinta -eso que decían los miembros del movimiento Fluxus en los sesenta/setenta de que “cuando queremos ponernos a hacer arte comenzamos por hurgar en las basuras...”

En defensa de Míster Hume

La Filosofía tan sólo asoma en la prensa para tres propósitos fundamentalmente: vender novedades editoriales, publicar entrevistas a agoreros, y denigrar a los grandes maestros. Puesto que el propio cronista nunca -y me ratifico en el "nunca"- sabe de lo que habla cuando se trata de tan misteriosa disciplina, entonces su reflejo natural consiste en disparar al ídolo, que es más rentable que ensalzarlo. La noticia de hoy, en el diario Público, es la siguiente <https://www.publico.es/internacional/david-hume-racismo-filosofo-david-hume-abre-debate-cancelacion-universidad-edimburgo.html>, y carga contra David Hume, sin duda -y me ratifico también el "sin duda"- el más amable y afable de los grandes pensadores que jamás hayan existido, sólo un poco por encima de Bertrand Russell e Immanuel Kant. La acusación se basa en una frase contenida en una carta privada, ¡una sola frase!, y no en una exposición razonada y amplia en su obra exotérica, así como en un intento de inversión en una plantación de esclavos remota a ver si le sacaba algo de dinero. De lo primero, hay que decir que lo que uno no ha declarado públicamente no debe ser objeto de inquisición así mismo pública, excepto si se tiene vocación de Jorge Javier Vázquez (un brindis por él, últimamente, por cierto). Muy al contrario, lo que Hume escribió para ser leído por sus contemporáneos y descendientes fue que toda mente es una *tábula rasa*, es decir, una página en blanco que está por desflorar, y en la que sólo el cálamo de la vida escribe poco a poco y cautelosamente. Por tanto, aunque huelga señalarlo expresamente, las mismas condiciones iniciales afectan a todas las variedades humanas, sean étnicas, religiosas, nacionales o sexuales. Si esto no es un gran progreso respecto de su siglo, a no demasiados años de distancia del Principio de Tolerancia formulado por su casi compatriota John Locke, que venga Dios (Hume murió rehusando recibir la extremaunción, lo cual es de una entereza y una rebeldía inauditas en su tiempo) y lo vea. Además, Hume es quién es, y es estudiado por lo que es estudiado, precisamente por acabar con toda certeza, más todavía: por perforar un agujero en la línea de flotación de todo dogmatismo, cualidad por la que fue estimado por Kant tanto como por Einstein -un misógino, por cierto. Difícilmente, pues, el propio Hume hubiera dado por buena y sólida una opinión suya dejada caer en su correspondencia privada y apoyada en apenas ninguna experiencia personal del grupo humano aludido.

No obstante, parece que quiso también participar de un negocio negro. Hume fue sumamente precoz, como Schelling, y ya tenía toda su filosofía trazada y escrita con veintipocos años. Pero seguía siendo pobre como una rata, puesto que no era nadie y nadie le leía. Curiosamente, no salió de esa situación tan penosa por su talento filosófico, sino por otro alarde de genio: escribió una *Historia de Inglaterra* tan amena y estilísticamente tersa y legible que se vendió como churros. Es como si ahora descubriéramos que J.K. Rowling en realidad es filósofa, y que sólo concibió al mago de las gafas para sufragarse sus escritos teóricos. Con la diferencia de que el olfato de Hume fue todavía mayor, ya que supo ver que Gran Bretaña despegaba como potencia mundial y que necesitaba urgentemente de su hagiografía nacional. De modo que supongo que sí, que mientras que las pasaba canutas barajó todo tipo de ideas (que no impresiones...) absurdas para hacer tres comidas al día. James Joyce, por ejemplo, intentó en su juventud construir salas de cine en Irlanda a fin de costearse las prosas profanas. Se dirá que las salas de cine en teoría no son racistas -a no ser que emitas a David Griffith, por ejemplo-, mientras que una plantación en América sí. Sin embargo, en esos mismos años, una de las grandes atracciones de París era llevar

un salvaje del Pacífico a un teatro, ataviado de plumas y taparrabos, y así fue, sin ir más lejos, como Jean Philippe Rameau estrenó *Las indias galantes* con gran éxito de público. Un señor refinado como Hume veía algo así y le era imposible no pensar que aquella gente no almorzaba con cuchillo y tenedor, de modo que resultaría cuanto poco exótico invitarle a tu tertulia de los martes. No mucho más tarde, Thomas Jefferson, padre fundador de la patria norteamericana e ilustrado impecable, se regodeaba con su esclava negra favorita, y el propio Kant, que fue virgen hasta la muerte, ponía negro sobre blanco, nunca mejor dicho, su parecer acerca de los africanos en el mismo sentido que Hume, sólo que no por carta, sino en un librito impreso, editado y distribuido como es debido. Platón era xenófobo, Aristóteles machista y supremacista heleno, Hegel decía que los asiáticos son connaturalmente sumisos, Marx era judío pero no le gustaba demasiado serlo, Schopenhauer y Nietzsche fueron pagafantas despechados, Wittgenstein golpeaba a lo bestia a sus alumnos díscolos en una escuelita de Noruega, Heidegger admiraba la suavidad de las manos del Führer y, yo qué sé, Fernando Savater, que está en una liga diferente a los mencionados, entiende que los cinco millones de votantes de *Unidas Podemos* son todos mucho más tontos que él. La vida es así, no la he inventado yo...

A todo el mundo le gusta Tintín, menos a mí -a mí me gusta el Capitán Haddock, que es la única manera de soportar a Tintín junto con Dupondt y Dupondt-, pero Hergé era filonazi, y mejor que corramos un tupido velo sobre el álbum *Tintín en el Congo* (o el último en vida, *Tintín y los pícaros*)... Leibniz, antes de Hume, respondió a Lord Shaftesbury aquello de que “bueno, después de todo no puede usted comparar al señor Descartes con un hotentote...”, y eso que no paraba de corregir matemática y metafísicamente a Descartes. Todos los pueblos de la Tierra, sobre todo en su fase primitiva, se hacen llamar a sí mismos “los hombres”. “Nosotros” equivale espontáneamente en cualquier idioma a decir “los verdaderos hombres”, y “los otros”, los de la tribu de al lado, es lo mismo que decir “esos bárbaros, esos bestias, esos mastuerzos...” Que ya no lo veamos así en la actualidad se debe a cabezas como la de David Hume, pero estos últimos años nos complace pasarnos de frenada, y permitimos que los mediocres (entre los que me cuento, sin que me duelan prendas por ello) juzguen a los grandes en base a criterios completamente periféricos. Dicen que el David de Miguel Ángel, que yo pude contemplar en 1982, tiene un defecto anatómico imperdonable en la espalda, entre los lumbares y cerca de las nalgas. O sea, que si coges la célebre estatua, le das la vuelta, miras la cintura y lo comparas con un manual de anatomía resulta que Micheangelo Buonarroti era un mal escultor. Vamos anda. Al igual que habría que ser un completo petimetre para juzgar a Miguel Ángel por algo casi invisible de su genial obra lo mismo habría que obviar a esa gente que no sabe nada de David Hume pero que le veta enérgicamente por una frase y un episodio trivial de su vida. Así es como los verdaderos criminales, que pocas veces escriben fina e inmortal filosofía, se nos terminan por escapar vivitos y coleando...

Decidme de verdad, en un ejercicio de franqueza políticamente incorrecto, qué hubieseis pensado de un africano, o de un hotentote, de haberlo visto casi desnudo en un teatro de París en el s. XVIII. Ese hombre no se parecía en nada a Barack Obama, ni se movía tan bien como James Brown. Lo que contaban de él en las crónicas de navegación de la época tampoco ayudaba. Hasta el momento en que Rousseau (al cual, por cierto, Hume hospedó cuando se veía perseguido) se inventó el llamado “mito del buen salvaje”, un aborigen era un sujeto que lucía pectorales, que no sabía leer ni escribir, cuyo mayor esfuerzo culinario era partir un coco con una piedra y que desde luego estaba muy lejos de comprender ni tan siquiera los rudimentos de la Geometría Analítica o de la Teoría de los Vórtices de Monsieur Descartes. El juicio antropológico era, por tanto, inevitable, aunque no definitivo. Es cierto que si coges a ese mismo aborigen de niño y le llevas a una escuela, seguirá perfectamente los razonamientos deductivos de Descartes y hasta las

objeciones de Leibniz, pero eso Hume ni pudo verlo con sus ojos ni tampoco ocupaba en exceso sus pensamientos. De hecho, David Hume fue tan genial precisamente porque, tras siglos de culto a la facultad racional humana, fue tan valiente que dio un golpe de estado y se pronunció a favor de las pasiones. “La razón es la esclava de las pasiones...”, sentenció, antes de que Kant se lo hiciese encima con semejante osadía y buscase la manera de tumbarla. Alguien así, el cortés, rellenito y hospitalario David Hume, no se tomaba demasiado en serio ni a sí mismo, o, menos que a todo, a sí mismo, como para tomarse en serio sus fugaces impresiones sobre otros fenotipos humanos. El gran David Hume, escocés, en la parte VII de sus *Diálogos sobre la religión natural*, dejó escrito que *Del mismo modo que un árbol esparce su semilla en los campos cercanos y produce árboles, así, el gran vegetal que es el mundo, o este sistema planetario, produce dentro de sí ciertas semillas que, al ser desparramadas por el caos circundante, vegetan en mundos nuevos.*

No creo, sinceramente, que pensase que todo “mundo nuevo” tuviese que estar habitado necesariamente por seres rellenitos, corteses, reflexivos y aficionados al billar como él mismo...

Comentario herético a “El Paraíso perdido” de Milton

Si Dios existe ¿cómo podría yo no desear ser un dios?
Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*

Soy un friki, lo confieso. Pero de los de verdad, de esos que estudian con todo detalle el totalmente inservible objeto de sus obsesiones. En este caso, se trata de los más de 10000 versos de *El Paraíso perdido*, de John Milton, divididos en 12 cantos y compuestos en el siglo XVII, un poema heroico en verso libre. Parece un tocho muy culto, pero mi intención es enteramente friki, como digo. Porque el protagonista absoluto e incuestionable es el Diablo, y no hay nada más romántico que el Diablo. Como la teología católica ha tematizado la libertad humana única y exclusivamente como elección moral, el único que tuvo los redaños de escoger libremente en el principio de los tiempos fue Satán. Claro, si te dan a elegir entre el bien, que es lo que de todas formas Dios se va a encargar de hacer cumplir, y el mal, que está condenado a sucumbir, entonces optar por el mal es el acto más gratuito y libre que la religión cristiana puede concebir. Por eso el romanticismo posterior a Milton adoró los personajes maléficos, blasfemos. Serán maléficos, pero gracias a ello libres. Toda la obra de Robert Louis Stevenson, Edgar Allan Poe, Herman Melville (también, por cierto, *Bartleby el escribiente*, al que se le ha dado tantas absurdas vueltas) y tantos otros se explica desde esa raíz de procedencia religiosa. Lucifer fue el ángel que comprendió cabalmente eso, y de ahí que William Blake escribiese aquello de -cito de memoria- “Milton, como todo verdadero poeta, en el fondo, está de parte de Satán”...

Sin embargo, Milton, siendo muy grande, decepciona un poco. Aún no he terminado el poema completo, pero comete algún error para mi gusto, y además el tono general es algo moroso y edificante (al fin y al cabo, Milton es un barroco, no un romántico). El error más doloroso está en hacer hablar a Dios y a su Hijo, el Mesías. Hasta que la Entidad Máxima habla, el Cielo es un misterio maravilloso que Satán conoce y añora pero el lector todavía no. Y entonces Milton nos los presenta haciendo planes e intrigando como un par de mafiosillos divinos muy bien hablados y creo que aquí patina. No obstante, hasta eso ayuda a entender a Satán. Él -Milton lo deja muy claro- se mueve por orgullo y envidia. Respeta y admira mucho la grandeza y bondad inmensurable de Dios y sus creaciones, pero no entiende por qué se ha sacado de la manga de repente un Hijo que heredará todo aquello colocándose por encima de las jerarquías (Tronos, Potestades, Dominios, Virtudes, etc.) ya establecidas de los ángeles, fieles servidores donde los haya. Allí empieza el poema, en mitad de la acción, con el Diablo y sus huestes cayendo durante días por el abismo hasta los parajes desolados del Infierno. Es un arranque magnífico, soberano, sobre el que Milton después realiza diversos *flashbacks*...

Pero digo que entendemos a Satán porque, aunque Milton pone su mejor inspiración al servicio de pintar las delicias del Cielo y del Paraíso, respectivamente, al término el lector percibe un cierto regusto amargo que voy a denominar aquí “la inanidad de lo trascendente”. Los ángeles se pasan la eternidad alabando la sublimidad de Dios y Sus Obras, puesto que si Dios es Uno, y para colmo Bello, Bueno y Verdadero, entonces, ciertamente, sólo cabe postrarse. El problema no es que ello pueda parecer un aburrimiento interminable, el problema es que Lucifer, ángel

predilecto y muy bien situado, siente en sus celestiales entrañas la pregunta de Nietzsche: “Si todo está hecho de tal modo que sólo merece postrarse y alabarlo, ¿por qué no soy mejor *yo* el alabado y reverenciado?” Es decir, Satán vive en una infinidad espléndida en la que lo único vedado es ocupar el puesto del Jefe¹¹⁵, al igual que Adán y Eva lo tienen todo a tiro excepto comer de un árbol, de un simple y mero árbol. Entonces Satán logra convencer a decenas de miles de ángeles de que quien no aspira a la cumbre de la plenitud, a la plenitud de la Plenitud, por decirlo pleonásticamente, sencillamente es que no tiene espíritu, o sangre en las venas, que diríamos hoy. Tiene una cierta lógica: si realmente hablamos de la perfección absoluta la querremos incondicionada. Y encima aparece de la nada el Hijo este a situarse a la diestra del Señor porque sí, arbitrariamente...

Se entabla, pues, una batalla colosal, para la cual Milton emplea sus mejores pinceles. Lo curioso, lo sorprendente, es que los batallones de ángeles leales al Jefe no la encuentran especialmente emocionante, al contrario, casi les duele en el alma, cuando es lo más emocionante y épico que jamás hayan emprendido en sus vidas -son, sin duda, unos ángeles algo “burgueses”... El Diablo, en cambio, sí lo ve así, e incluso declara que podría luchar eternamente. O sea, que la rebelión como tal vive de sí misma, tiene sentido por sí misma. Luego, por supuesto, es castigado, y lo pasa realmente mal (conoce nada menos que la desesperación...), pero, mientras, ha saboreado la única alternativa libre a la Voluntad de Dios, el único resquicio contingente a la inexorable Necesidad, que decimos los filósofos. Y lo más interesante de todo, aunque Milton no lo dice: Dios también aprende la lección. Dios aprende que lo que Él ha querido y construido, siendo excelso sin parangón, puede no serlo todo, que resulta que hay *algo más* que Su Deseo, por más que sea un deseo Bello, Bueno y Verdadero. Satán es, sin haberlo buscado, el maestro de Dios: le muestra la posibilidad, o, por decirlo otra vez en pleonasma, la posibilidad de la Posibilidad. “¡Sí, se puede!”, coreamos ahora, aunque eso de que se pueda sea interpretado por Dios y sus secuaces inevitablemente como el Mal. Es entonces, justamente, *y no por casualidad*, cuando Dios decide crear el mundo de los hombres, el Paraíso, la Tierra.

El Orden de Dios tiene pensado un lugar para cada cosa, y el espacio que corresponde a la libertad que se han tomado Satán y sus ejércitos no puede ser otro que el odioso Infierno. Porque es una libertad que *crea realidad*, como la de Dios (de hecho, el propio Satán había prometido a sus seguidores algo parecido al politeísmo...) Sin embargo, Dios aprende la lección, ya digo, e imagina un audaz experimento. ¿Qué pasa si crea una criatura nueva, incomparablemente menos poderosa que Satán, pero capaz de libertad, capaz de crear realidad? El Diablo introduce la Historia, él mismo ha hecho Historia -en el sentido más vulgar de sucesión de hechos diferenciados que pueden ser narrados- en el seno mismo de la Eternidad, y Dios, entre excitado y temeroso, copia la idea. En rigor, el hombre tenía que perder el Paraíso necesariamente, para que diese comienzo su propia historia. El Paraíso estaba condenado desde el principio, y Adán y Eva no han perpetrado pecado alguno, sino que solamente han ejecutado la voluntad secreta de Dios. A partir de este momento, la Eternidad ya no consiste en la repetición incansable de la Gloria Eterna, sino en la apertura a un infinito imprevisible de sucesos posibles puestos en marcha por el hombre, ese hijo adoptivo de Satán (como el Mesías es Hijo adventicio de Dios). Lo argumentaba elocuentemente Al Pacino en aquella película en la que hacía del Diablo y en que llevaba como alias humano precisamente el nombre de “John Milton”; está hablando con Kenau Reeves acerca de la culpabilidad y dice: <https://youtu.be/LeIHav6w8DA>

¹¹⁵ Y viene muy al caso recordar que el propio Milton fue tan rebelde política y teológicamente como Satán, rebelde precisamente contra la monarquía y el anglicanismo, de manera que existe aquí una crítica manifiesta acerca de que siempre que hay un jefe supremo la propia lógica de su posición impone la inestabilidad política, siendo por tanto siempre preferible la república, la libertad de culto y la libertad de expresión (defendida en *Areopagítica*).

En efecto, Dios se lo debe estar pasando de miedo mirando a los hombres inventar cosas, matarse entre ellos y desbarrar en general, desde el punto de vista de Su Enemigo. Pero Dios es Dios, no un patricio romano en un circo de gladiadores o un espectador de Gran Hermano edición 2456. De modo que también cabe la posibilidad -¡la Posibilidad!- de que Dios no sea un sádico y haya pactado tácitamente con Satán que a los hombres hay que dejarles hacer, porque es imposible incluso para Él juzgarles, cribar buenos de malos en ese magma de realidades complejas en que se baña la Humanidad. El Cielo era excelso, pero enormemente más simple. Los hombres deben, por tanto, rendirse cuentas tan sólo a sí mismos, y mientras que el Diablo les sigue tentando y enredando, Dios se limita a observar, pero no para regodearse cruelmente, como el vengativo Satán, sino para aprender, nada más y nada menos que para aprender. Dios no habría muerto, como insistía Nietzsche, sólo está simplemente aprendiendo de nosotros, fascinado y acongojado a la vez. Aprendiendo las pasiones, la enfermedad, la muerte, el mal uso del poder, el ingenio, la diversión, etc. *Nosotros* somos también, como buenos hijos adoptivos del Diablo, los humildes maestros de Dios, que quizá ande por aquí confundido entre la gente, sin merma de Su Potencia pero anónimo y perdido¹¹⁶, como en la estupenda canción de Joan Osborne: <https://youtu.be/geaj9Fb0H6c>

Al fin y al cabo, todo Padre Bello, Bueno y Verdadero aprende constantemente de sus hijos... Me falla en mi teoría cuál papel exacto hace después de todo Jesús, el Mesías, además de enrabietar a Lucifer, en esta versión mía herética (pero, en mi opinión, mucho más caritativa) del cuento cristiano. ¿Habría, con su ejemplo, convencido a Dios (es un decir: para la teología católica Jesús es el propio Dios encarnado) de lo deseable de mezclarse con sus criaturas? ¿Les habría aportado con su sacrificio un código mínimo de convivencia para que el mundo no sea ya completamente y sin remisión otro Infierno? ¿Representa Cristo algo así como el Hermano Mayor del ser humano? Ciertamente, los frikis no podemos estar en todo...

¹¹⁶ De hecho, el propio Milton dice en torno al final del poema que Dios gusta de pasearse disfrazado por el mundo, como, por cierto, hacían también los dioses griegos en busca de hospitalidad...

Friedrich Engels, la grandeza del segundón...

Estos días se celebra, o simplemente se cumple, el bicentenario del nacimiento de Engels, el brazo derecho de Marx y el co-fundador del comunismo, es decir, mucho más que ser el Espeusipo de Platón, el Teofrasto de Aristóteles, el La Bôetie de Montaigne, el Stuart Mill de Harriet Taylor, el Guattari de Deleuze o el Garfunkel de Simon. A Antonio Escohotado le gustaba mucho decir que Engels no sólo mantenía a la familia entera de Karl Marx, sino que además le corregía la prosa, hasta el punto de hacer de la batería de invectivas personales en las que se enredaba el maestro un texto claro, legible y desde luego cargado de futuro, como dijo Gabriel Celaya. Cuesta creerlo, la verdad, porque Friedrich no tenía un pelo de tonto, y si un embaucador paisano suyo se la hubiera estado dando con queso de borrachera en borrachera por las tabernas de Londres digo yo que tarde o temprano se hubiera dado cuenta, aunque sólo fuera porque las cervezas y los cigarros los pagaba también él. En cambio, la lealtad de Engels a su asilvestrado e indisciplinado amigo fue de un rigor ejemplar y duró hasta su propia muerte, en un testimonio asombroso de admiración y fidelidad incorruptibles que más parecen propios de un verdadero caballero que de un perrillo faldero. De hecho, Engels ya era un intelectual de gran talla antes de conocer a Marx (*La condición de la clase obrera en Inglaterra*, donde obtuvo la siguiente desoladora conclusión: “la grandeza industrial de Inglaterra no puede ser mantenida sino mediante un tratamiento bárbaro a los obreros, mediante la destrucción de la salud y el abandono social, físico y moral de generaciones enteras”), y lo siguió siendo después de la muerte de Marx, que sin duda fue mucho más engreído e insoportable que él. Ese espíritu de servicio, ese papel autoinvestido de Juan el Bautista ante la presencia de Cristo Redentor, es el rasgo de hace de Engels un gran hombre, alguien que estaba radicalmente convencido de estar participando en un parto colosal, el del alumbramiento de un Nuevo Hombre y el fin definitivo de toda injusticia y explotación.

La palabra “ingenuo” -que, por cierto, significa “nacido libre” en latín-, e incluso la palabra “iluso” no le calzan bien a este señor que podría haber continuado el negocio millonario de su padre en Manchester pero que se decidió por su particular *descensus ad inferos* y hasta se casó con una bonita obrera textil. Cuando conoció a Marx, fue más bien él quien le dijo al moro-nombre por el que era conocido en su familia a causa de su piel cetrina- aquello de “déjalo todo y sígueme”, y no al revés. Muchos le culpan de haber realizado el juego de manos de convertir el marxismo de ser una barahúnda de intuiciones más o menos coherente a ser una doctrina rígida y totalizadora -el “Diamat”: *Dialectische Materialismus*- puesta al servicio de futuros aventureros como Lenin, y en parte es cierto, pero también lo es que lo hizo así con entera buena fe. Antes de que Marx y Engels se conocieran, en el Tercero de los Manuscritos de París de 1844, el primero hablaba del comunismo grosero y de cómo es, en realidad, no otra cosa que un capitalismo de Estado. El comunismo burdo, falso y grosero, escribía allí Marx, *quiere aniquilar todo lo que no es susceptible de ser poseído por todos como propiedad privada; quiere prescindir de forma violenta del talento, etc. La posesión física inmediata representa para él la finalidad única de la vida y de la existencia; el destino del obrero no es superado, sino extendido a todos los hombres... Este comunismo, al negar por completo la personalidad del hombre, es justamente la expresión lógica de la propiedad privada... la envidia general y constituida en poder... La comunidad es sólo una comunidad de trabajo y de la igualdad de salario que paga el capital común: la comunidad como capitalista general.* Líneas que representan un horrible vaticinio insospechado del destino de su propia doctrina. Es

claro que Engels, el mejor -y más rico, todo hay que decirlo- compañero que haya tenido jamás un filósofo, vio desde el principio algo en Marx que no era ni mucho menos eso sino el intento teórico/práctico opuesto a ello, y de ahí que pronunciase estas palabras finales ante la tumba de su amigo en Highgate, en 1883, y que más hay que considerar una despedida poética de verdadero amor entre hombres que el comprometido y molesto momento de un discurso fúnebre al uso:

(...) Marx era el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo. Los gobiernos, lo mismo los absolutistas que los republicanos, le expulsaban. Los burgueses, lo mismo los conservadores que los ultrademócratas, competían a lanzar difamaciones contra él. Marx apartaba todo esto a un lado como si fueran telas de araña, no hacía caso de ello; sólo contestaba cuando la necesidad imperiosa lo exigía. Y ha muerto venerado, querido, llorado por millones de obreros de la causa revolucionaria, como él, diseminados por toda Europa y América, desde las minas de Siberia hasta California. Y puedo atreverme a decir que si pudo tener muchos adversarios, apenas tuvo un solo enemigo personal. Su nombre vivirá a través de los siglos, y con él su obra.

Animula vagula blandula

Había que darse cierta prisa. Punset nunca había llegado tarde a ninguna entrevista en... ¿cuantos?... bueno, más de diez años de programa. Estaba a punto de pedir a su ayudante -¡no iba a llamar él mismo, hasta ahí podíamos llegar!- que llamase por el móvil para dar razón del retraso al... a ver... profesor Philip Roper, director/jefe de neurología de la John Hopkins University, tal y como indicaba la información que su equipo le había enviado al *IPhone*, cuando vio el rostro que le mostraba su ficha electrónica tranquilamente dibujado sobre una cabeza antigua, algo señorial, de pelo recortado removido por la brisa y reposando sobre un cuerpo displicentemente recostado en un banco del campus. El profesor, con chaleco a cuadros, pantalones de tela holgados y mocasines, no parecía muy impaciente, de modo que tampoco había sido tan grave la tardanza, aunque le escamaba un poco ese exterior tan británico, como de inglés vestido de *sport*: nadie podría decir que le habían cogido trabajando. Su próximo libro, las colaboraciones en las revistas y en la tele, los ridículos y enervantes problemas de la familia, las ya permanentes molestias del viaje en avión, y esa sugerencia del productor de *Redes* de que se dejase patillas para darse un aire a Isaac Asimov que realzara el aspecto de atenta inteligencia que ya le proporcionaban las gafas y la amplia bóveda de cráneo que aproba sus rizos retractiles, le tenían totalmente absorbido y, como corresponde a su actual profesión (había tenido tantas... de sabio todas, ojo), más despistado que un cometa en trayectoria hacia un agujero negro. De hecho, no conseguía concentrarse en el sentido de las primeras palabras del eminente profesor tras las obligadas presentaciones y la elevada ponderación de sus publicaciones, pero había que reconocer que el banco era un lugar fotogénico y agradable para conversar -desde aquí, subtítulos en castellano:

-Eeeh... este... perdone, profesor... ¿entonces dice que es el neocortex el que actúa como conductor entre el sistema nervioso y nuestras emociones, de manera que podríamos de alguna manera modificar lo que sentimos con una simple intervención en nuestro cerebro?

-Sí, más o menos, en realidad lo que estamos investigando consiste sobre todo en estudiar las reacciones del neocortex a la modificación de los estados de ánimo, que es un poco lo contrario.

-¿Lo contrario? ¿Quiere decir que es el... digamos... psiquismo humano el que cambia la... bueno, estructura básica del cerebro, y no al revés? ¿Es que no es lo mismo, si lo entiendo bien?

-En buena parte sí, pero no lo sabemos aún con certeza. Partimos de la suposición de que el proceso involucra alguna forma de interacción mutua, lo que ocurre es que sólo podemos experimentar sobre la conducta, no sobre las áreas funcionales del cerebro, lo cual sería demasiado arriesgado teniendo como sujeto un hombre vivo, como usted comprenderá.

-Es fascinante... O sea, que si, pongamos por caso, pudiéramos experimentar con el cerebro de esa niña que está entre los arbustos... ¿la ve?... bueno, pues podríamos saber si sus juegos o lo que sea responden a una alteración evolutiva del encéfalo o bien a una mutación, ¿no es así?

-Esa niña que usted dice juega, no sé, por moverse, por no estarse quieta, por pasar el tiempo, ociosamente, ya le he señalado que en nuestro laboratorio no experimentamos directamente con la fisiología de organismos vivos, y menos si son humanos, para eso están los ratones.

-Ya, ya, pero... ¿no es verdad que alguna huella genética en sus circunvalaciones cerebrales ordena al hipotálamo ejercitar sus músculos? Mire, ahora está persiguiendo una mariposa, seguramente repitiendo una actitud de caza que proviene de sus antepasados prehistóricos...

-Sí, sí, sin duda, pero también pienso que se aburre, en un lugar tan amplio y sin columpios.

-Fíjese, fíjese, ya la ha atrapado y la está observando a través de un hueco en sus manos. ¿Es posible... es posible que la satisfacción que siente sea el resultado de una segregación de endorfina producida por el éxito de su intento, y que la prepara para éxitos posteriores de su vida adulta?

-Bueno, yo creo que es simple curiosidad, nada más. Y puede que la mate si se descuida.

-Desde luego, desde luego, pero... ¿qué diríamos desde un punto de vista científico?

-Animula, vagula, blandula...

-¿Perdone?

-Si, me he distraído, se trata de un recuerdo del College, algo poco científico realmente, un poema antiguo, Animula, vagula, blandula/ Hospes comesque corporis/ Quae nunc abibis in loca / Pallidula, rigida, nudula, / Nec, ut soles, dabis iocos... No recuerdo el autor, pero permita que le traduzca: "Pequeña alma, errante y encantadora/ Invitada y compañera del cuerpo/ Que pronto partirás a lugares/ Oscuros, fríos, brumosos/ El fin de todas tus bromas." Algo triste, ciertamente.

-Ah. Ya. El alma. ¿Sabe?... mis espectadores esperan, por así decirlo... en fin, el alma es importante en muchas culturas... una forma de religiosidad muy respetable... pero no parece una expresión muy científica. Yo mismo he escrito mucho sobre ello en mi país, en España.

-No, claro, se trata de una forma de hablar; quiero decir que nadie puede saber por qué hacemos lo que hacemos, nosotros aquí nos limitamos a verificar qué zonas del cerebro son afectadas por un comportamiento u otro a fin de establecer una relación meramente estadística.

-Sin embargo... o sea, la niña no puede actuar sin motivo, de alguna forma debe seguir las leyes químicas de su cerebro... las moléculas... Mire otra vez, ahora ha soltado a la mariposa.

-Mariposa en griego se dice precisamente psyché, origen de nuestro término psicología ¿o a usted no le han enseñado nada? Nuestras almas, o psiquismos si prefiere, siguen sus propias leyes por motivos propios, como las mariposas saltan de una flor a otra del jardín, por Dios bendito.

-Por supuesto, por supuesto... ya... pero la mariposa tiene que alimentarse de las flores por instinto, no puede evitarlo, conforme a la herencia de su especie...cumpliendo una suerte de función biológica, si no me explico mal... igual que la niña, a su modo...

-¿Y usted pretende decirle a la mariposa qué flor determinada debe escoger, o a la niña en qué arbusto puede jugar y en cual no? ¿Qué clase de libros escribe usted en su país? ¿Nazis?

-Pero... las moléculas... la evolución... la glándula tiroidea... el cerebro...

-La mariposa vuela con las alas, no con el cerebro; la niña ha cogido la mariposa con las manos, no con el cerebro, ¿o es que es usted también ciego además de idiota?

-Pep, corta.

Un viaje tristemente desperdiciado. Ese día se había levantado con el pie izquierdo, aunque le estuviese mal en decirlo —está demostrado que la suerte no es más que una superstición popular. Menos mal que tenía otra entrevista concertada con un socioendocrino en Yale, que ya puestos no estaba demasiado lejos. Lo malo, lo peor, fue descubrir más tarde que algún miembro de post-producción (porque Pep no puede ser, que es enteramente de fiar después de todo este tiempo, aunque aquella vez... en fin, nunca se sabe...) había filtrado el rodaje por Internet y en pocas semanas estaba al alcance de cualquiera en Youtube. Puede que no lo viese mucha gente en principio, pero Buenafuente le iba a preguntar por ello seguro, eso no hay Dios que lo evite, y tenía demasiados seguidores en España, no sólo en Cataluña, y tantos premios... ¡el primer programa digno de divulgación científica en tierras del clero, vamos anda! ¡más de diez años en antena, collons! Ese tipo era un maniático, un loco peligroso, un lunático. ¡Y a cargo de un laboratorio en EEUU, qué disparate! Paños calientes, paños calientes, hay que echar paños calientes. Y de Asimov o la madre que lo parió ni hablar. Lo que no entendía, lo que sinceramente no entendería nunca es por qué se puso así aquel individuo por un puñetero insecto y un cría que, después de todo, resultó ser su hija...

(Me) Río de Heráclito

-”No bajarás dos veces al mismo río” (Fragmento 97).

-Joder, Heráclito, como se ve que eres de familia rica: hoy el Amazonas y mañana el Ganges, todo en jet privado.

-Que no, coño, que me refería al mismo río, no a uno distinto...

-Pero si has dicho que no era el mismo, Heráclito, no me lées.

-Ya, quiero decir que es el mismo, el del pueblo, el de siempre, al que íbamos a bañarnos de niños, no el Amazonas o el Ganges.

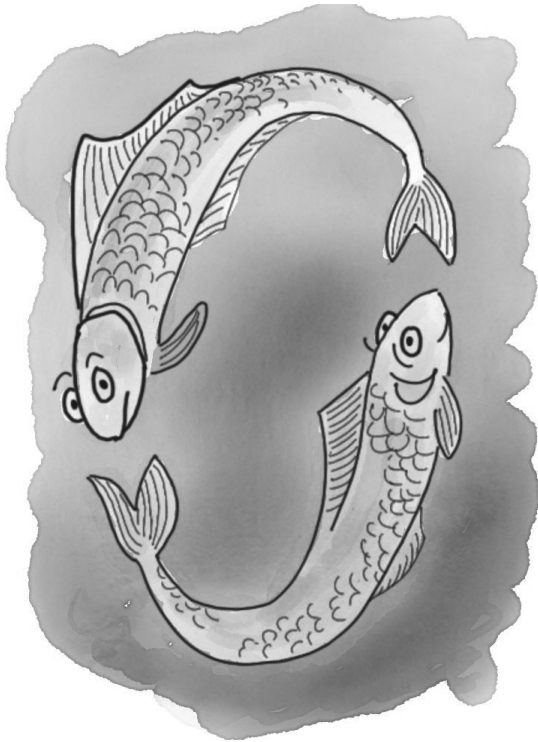
-Entonces sí que es el mismo, tronco, me estás rallando. Uno distinto es el que está en otra parte, está más frío, no tiene truchas...

-Que no, carajo, no seas simple, quiero decir que aunque sea el de siempre no es el mismo, porque ya ha cambiado, y nunca lo volveremos a recuperar.

-¿Pero cómo que no, chalaaaaoo? A la derecha de la alberca tiras pábajo y allí está, a la ribera de los fresnos, llevando fango como todos los otoños.

-¡¡¡Pero no es el mismo, copón!!! ¿No ves que ahora trae otras aguas distintas a las de ayer, que el cauce habrá cambiado infinitesimalmente, y que la temperatura de la corriente será otra...?

-Pues claro, si no no sería un río, cachondo, sería una foto del río, como mucho, y nadie suele bañarse o pescar en una foto. De verdad de verdad te digo que los filósofos le daís demasiado al tarro...



-Qué cruz... ¿??? No entiendes que la foto tampoco es la misma foto cuando la miras un rato después, que está más gastada, que la ves con otro estado de ánimo, que la ilumina otra luz, que te evoca otras cosas????

-Claro, pero es *mi* foto, como el río es *mi* río y *mi* casa es *mi* casa. ¿O es que tú aceptarías a un tío okupa que se meta en tu casa con el argumento de que ya no es tu casa, que es otra, que ha cambiado, así que se la queda él?

-Mira, chaval, eres imposible. Lo tuyo definitivamente no es la filosofía.

-Bueno, pero como todo cambia continuamente igual mañana soy un mejor filósofo que tú, Heraclitín... XD!

-Si lo sé no salgo de *mi* puta cueva...

¿Dónde están los niños?

*Al octavo mes ríes
con cinco azahares.
Con cinco diminutas
Ferocidades.
Con cinco dientes
como cinco jazmines
adolescentes.*
Miguel Hernández

Me parece recordar que fue en *La rebelión de las masas* donde Ortega y Gasset ofreció una espléndida definición de civilización, entendida ésta no como opuesta a cultura, al modo en que lo hicieron otros autores más románticos, sino sencillamente como “estado de civilización”, por así decir un repertorio concreto pero universal de procedimientos que acorralen al instinto (también Wittgenstein escribió en *Investigaciones filosóficas* que toda cultura oculta una reglamentación), como cuanto decimos -y soñamos con...- “una derecha civilizada”. Lo que dijo Ortega fue algo así como que la civilización es el intento de convertir la fuerza en el último recurso, y es una definición, aunque no muy original si lo pensamos bien, ciertamente brillante en su formulación. A mí, no obstante, se me ocurre otra definición, si bien menos buena, al menos más s. XXI y menos s. XX, el siglo de los truenos. “Civilización”, sería, según mi idea, aquel estado de la autoorganización humana en que se dan las condiciones que hacen posible querer a los niños por ellos mismos. No sólo sus padres, sino también sus profesores, sus proveedores, por así decirlo, las leyes y hasta la policía. Sería incivilizada, y por tanto bárbara, una sociedad determinada en la que los niños sean considerados futura mano de obra -*prole*, pues-, herederos de la patria, sucesores de la empresa familiar, objeto de chantaje comercial o presas de estafas farmacéuticas¹¹⁷. Sin embargo, la civilización en este preciso sentido no ha estado muy presente en la cultura occidental, por empezar por criticarnos a nosotros mismos, ahora que la guerra de Ucrania ha vuelto a poner sobre el tapete los vocablos “Occidente” y “occidental”...

Personalmente opino que habría que estar loco, o ser muy ciego, para no ver que todo cachorro *es*, dice y hace maravillas, hasta las crías de una repulsiva araña. Sin embargo, esos locos hemos sido nosotros mismos durante largos siglos. Padecemos una cultura milenaria de solteros, como apuntaba Santiago Alba. Los cuentos terminan cuando el príncese y la caballera se casan. La crianza nunca nos ha enseñado nada, ha pasado completamente desapercibida (o “invisible”, como tanto nos gusta decir ahora), cosa si acaso de mujeres y sirvientes. La aventura, el éxito, la conquista, es para los hombres de corazón duro que meten pronto a sus pequeños “errorcillos” de juventud en el hospicio, como hiciera Rousseau, para que no les estorben en su carrera profesional. El clero, por cierto, ha hecho secularmente lo mismo: colocar al fruto de sus

¹¹⁷ Me refiero, claro, a los presuntos trastornos de la atención o de la conducta que han inventado recientemente para vender sus drogas a los padres con la complicidad de médicos de familia, profesores y psicólogos/psiquiatras culpablemente ignorantes, tanto unos como otros. Dudo de que un cartel colombiano llegue a esos extremos.

pecados de monaguillos. Siendo como son los niños (de todas las etnias, complejiones físicas y mocos variados en la nariz) tan preciosos como de hecho son, cómo demonios puede ser que apenas haya habido en nuestra tradición poemas sobre ellos, ni cuadros, ni casi música, ni nada de nada. Por no hablar de un Estado político y de una “eticidad” social que reconozca la necesidad de tener tiempo y provisión material suficiente para criar a los hijos de uno, sea cual fuere su número. Pero no, o por lo menos no en la mayor parte del mundo: los niños no son todavía hoy más que “vida privada”, y que cada cual se las componga. De ahí que el planeta entero esté sufriendo una suerte de invierno demográfico global, y que los pronósticos para final de siglo sean más de infrapoblación que de superpoblación.

Y pienso... En la antigüedad los niños sólo debían ser las réplicas del progenitor masculino, lo antes posible. El cristianismo se preocupó únicamente de que se bautizaran¹¹⁸, y luego, si acaso, de aquellos que a menudo irrumpe en portadas e informativos. En el Renacimiento había, sí, angelotes y madonnas con niño, todo altamente simbólico. La modernidad, si acaso, teorizó la igualdad de la mujer, a la manera de un hombre sin barba. Hoy, la infancia es sobre todo un nicho de consumo que bien estimulado puede llegar a ser voraz. ¿Dónde están entonces los niños en nuestro particular mamotreto occidental? Pues quizá en ese “afuera” que buscaban arrobados los filósofos posestructuralistas franceses, todos igualmente solterísimos. Mira por dónde: “afuera” del sistema no está el Ser en persona, ni el Lenguaje libre, ni la Verdad de Expediente X. En el *afuera* no hay más que entes naturales, molestos a veces, encantadores casi siempre, como los animales y los niños. Y de toda la producción cultural que me viene a la cabeza sólo se me ocurren unas pocas aunque bellas referencias:

-Música: *Kinderscene* de Schumann, *Esos locos bajitos* de Serrat, *Mi pequeño tesoro* de Presuntos Implicados, *Tears in heaven*, Eric Clapton.

-Cine: *La piel dura*, *E. T.*, *Mater amatissima*, *Los niños del coro*, la niña subrayada en rojo en mitad del horror de *La lista de Schindler*, *Billy Elliot*.

-Novela/Teatro: *Oliver Twist* de Dickens -¿existe algo anterior?-, *Peter Pan* de J.M. Barrie, *Los niños terribles* de Jean Cocteau, *La cruzada de los niños* de Marcel Schwob, *El príncipe destronado* y *El camino* de Miguel Delibes y, por sumar algo más, *Un milagro en equilibrio*, de Lucía Etxebarría (el famoso *Mortal y rosa* de Francisco Umbral en realidad trata muy poco de su hijo, aunque eso poco sea conmovedor).

-Poesía: *Las nanas de la cebolla*, Miguel Hernández (pero sólo con esta bien se podría justificar todo un mundo).

Como se ve, llevamos muy pocas décadas siendo civilizados, esperemos que la tontunada galáctica del Metaverso y otras fruslerías hipertecnológicas no nos hagan ahora retroceder...

¹¹⁸ Con excepción de Agustín de Hipona, cuya célebre frase “Ama y haz lo que quieras” (*Dilige, et quod vis fac*, en *In epistolam Ioannis ad Parthos* VII, 8), no era, como nos han hecho creer, un enrollado eslogan del cristianismo triunfante sobre las prescripciones de las escuelas de sabiduría helenísticas, sino que se refería precisamente a la educación de los hijos conforme a las enseñanzas de la Biblia (como la Biblia no aporta nada en absoluto al respecto, excepto el “dejad que los niños se acerquen a mí” del Nuevo Testamento, yo me temo que Agustín dijo eso únicamente por salir del paso).

Narciso y Goldmundo: a los cincuenta años de la muerte de Russell

Yo cuando sea mayor quiero ser Bertrand Russell. De acuerdo, no es cierto, pero debiera haberlo querido, todos los aficionados a la filosofía -valga la redundancia- deberían ser como Russell, y si así fuese yo recomendaría vivamente a mis alumnos más disparatados y lectores matricularse en Filosofía, al contrario de lo que hago ahora. Porque Russell, “Bertie” como le llamaban sus amigos (y tenía muchos amigos, y muy distinguidos e interesantes), tuvo, sin duda, una vida muy larga y muy feliz, con todos los dones que le pueden estar reservados a un hombre, conforme a su propia definición: *El hombre feliz es el que vive objetivamente, el que es libre en sus afectos y tiene amplios intereses, el que se asegura la felicidad por medio de estos intereses y afectos que, a su vez, le convierten a él en objeto de interés y el afecto de otros muchos.* Sin embargo, la mayoría de los filósofos que yo conozco y entre los que me cuento (aficionados, ya digo, pero es que “aficionados a la sabiduría” es ya teniente general, no hay grado superior ni deseamos que lo haya, de acuerdo con las enseñanzas de Chesterton, que recelaba de los profesionales...) somos Wittgenstein, el hombre que pasó su juventud en Cambridge aterrorizando y embelesando a partes iguales la incipiente madurez de Russell. Compare y escoja el lector, si es que esto se puede convertir en juego, al estilo de Joaquín Sabina con parche en el ojo y cara de malo: ¿qué es mejor, a ver, ser Wittgenstein, pasarlo fatal, tener arrebatos románticos, estar en permanente lucha consigo mismo, sufrir como un perro apaleado cuyo duro amo es él mismo, pero tener como resultado descubrir un continente, poner una pica en Flandes e inaugurar un punto de vista nuevo en el pensamiento occidental, o ser su amigo y mentor Russell, que aprendió de él a no ser él, a tener templanza, a gozar de la vida intelectual y de la otra, que estuvo en mil sitios y se enredó en mil batallas, que tuvo unas cuantas/muchas amantes y que trató de servir en general a la humanidad? Como es imposible escoger de buenas a primeras, baste decir que la gente, cuando imagina un filósofo o lo ve en televisión, cree que es un Wittgenstein, cuando en realidad suele ser un Russell (Wittgenstein nunca saldría en televisión, pero estudiaría con todo detenimiento el funcionamiento las cámaras, y Russell seguiría sus explicaciones fumando una pipa) salvando las distancias entre nuestras mentes parlantes y escribientes actuales y esos dos pedazos de colosos incuestionables...

Antes de conocer a Wittgenstein, Russell había acuñado ya una filosofía propia, conocida como el “Atomismo lógico”, y concebida para llevar la contraria a un tal Francis Herbert Bradley. He leído un poco sobre el tal Bradley y no me extraña mucho que Russell quisiese quitarse ese lastre aparatoso de encima y empezar por la simple lógica acerca de los simples hechos. Parece que el hombre, más hegeliano que Hegel, pretendía que el Saber Absoluto ya está consumado, como en una especie de Todo estático, lo que pasa es que somos finitos y no podemos abarcarlo. William James también se enfrentó a esta clase de neohegelianos en América, pero el pragmatismo no fue santo de la devoción de Russell. El Todo estático aquel obliga a pensar en cualquier ente como vacío de sustantividad propia, puesto que su realidad no es más que las relaciones que establece con todos los demás entes, algo inabarcable para la mente humana particular. Me parece comprensible, entonces, la reacción de Russell: volvamos al sentido común realizando actos de conocimiento pequeños, parciales, pero ciertos, incuestionables. El gato está sobre la mesa, y hay un enunciado que lo dice, no nos compliquemos más. Se llega a la totalidad a partir

de la suma de lo particular potencialmente infinito -o sea, que en realidad no se llega nunca... Bradley tal vez diría que para comprender plenamente un enunciado tan sencillo como ese, “el gato está sobre la mesa”, habría que entender previamente todas las denotaciones que tiene el gato como mamífero y como animal doméstico, así como la mesa en tanto enser fabricado por el hombre para diferentes usos, lo cual, todo ello, termina por implicar la realidad entera. En cierto modo este Bradley fue menos ingenuo que Russell, porque él sí cobró conciencia del problema de la diferencia entre el significado y el ente. El gato está sobre la mesa no es, para él, un hecho craso, manifiesto, sino un significado para cuya enunciación precisa nos metemos en un océano de remisiones semánticas, y creo que esto es cierto. En cambio, para Russell todo está chupado, es tan fácil como que si el gato está sobre la mesa, que es el referente -en lenguaje de Frege-, qué suerte tenemos que existe la forma enunciativa S es P que lo aprehende (a los animales no les pasa, ellos no formulan proposiciones). Pero Russell no se da cuenta, en realidad de que nos da gato por liebre, o sea, que ha operado al revés: primero ha echado mano de la lógica, del S es P, y después sólo da por buenos como “hechos” desnudos aquellos que se adaptan a esa forma. Es como si -no recuerdo si el símil es de Nietzsche o de Ortega- digo que voy a pescar pero primero tiro al río el pez que me he traído de casa para poder pescarlo. Pues lo mismo: Russell dice que obtiene hechos atómicos que están estructurados en una forma lógica porque previamente ha arrojado la forma lógica a la experiencia, y así recobra justamente lo que él previamente ha puesto. Kant sabía que esto es exactamente lo que sucede, pero no lo disimulaba, sino que hacía sistema de ello y lo denominaba *plano transcendental*. Russell, seguramente, lo que le ocurría en esta etapa de su vida es que no tenía conocimientos alguno de Historia de la Filosofía, como Edmund Husserl a la sazón en Alemania...

Al Atomismo lógico le llaman “pluralismo” en la Wikipedia. Un montón de hechos aislados no hacen pluralidad alguna, sino un montón informe. Coexiste “un gato sobre la mesa” con “me siento rejuvenecer”. El pluralismo de William James, que Russell despreciaba, sí era más coherente como tal pluralismo. Se trataba de la convivencia de la pluralidad de los marcos explicativos, no de los meros y presuntos “hechos” englobados por ellos. No era para James que hubiese una gran variedad irreductible de estados de cosas en el mundo, es que nuestras maneras de recorrerlos son ellas mismas plurales.. Vas por un bosque y hay rayos de luz, conejos, fragancias... esto es lo múltiple atómico; lo plural pragmático sería aprehenderlo como poesía, o como ecología, o como economía, etc.... Pero eso no es el Atomismo lógico, por desgracia. El Atomismo lógico fue el desarrollo de la idea de que a cada proposición con sentido (lógica enunciativa) corresponde un “estado de cosas del mundo”, como lo llamaba Wittgenstein, que es su referente directo y calco exacto. O sea, el viejo sueño de la filosofía: que un lenguaje especial, caracterizado por su rigor -la Lógica- aprehenda situaciones fácticas -cosas o estados-, que están ahí, esperando a ser nombradas con la misma nitidez y precisión con que Dios mismo lo haría de estar en nuestro lugar. La parte que no me cabe en la cabeza es como Russell no pensó que si este deseo es tan viejo como la misma *episteme*, cómo es que no lo había logrado nadie antes. Santo Tomás había dado esa célebre definición de la verdad: la verdad es el ajuste o adecuación entre intelecto y cosa, lo cual sólo puede suceder mediante el lenguaje. Supongo que Russell pensó que él contaba con un instrumental nuevo, el antedicho, la lógica enunciativa, y sus antecesores no. La justificación de que esa adecuación es posible es claramente circular: hay adecuación porque la lógica es isomorfa de la realidad, es decir, *hay adecuación porque tiene que haber adecuación*. El isomorfismo es precisamente ese viejo sueño de la filosofía desde Parménides, pero tiene truco. Se dice que enunciado lógico y estado del mundo coinciden porque comparten una misma forma, pero en realidad esa forma es la del concepto, no la de la realidad mentada, de manera que termina siendo *la forma* en que nuestra razón concibe la que se impone sobre la realidad empírica. Sobre el gato

que está sobre la mesa se impone el concepto “gato” le guste o no, porque la manera en que opera mi intelecto es predominante sobre la experiencia sensible de la multiplicidad y devenir de los gatos concretos. Esto, que ya era problemático para Platón, Bertrand Russell parece darlo por hecho, y de ahí que el Atomismo terminase por fracasar y también el Círculo de Viena (también conocido como Positivismo Lógico o Neopositivismo), que pretendió algo parecido a partir de lo que denominó “enunciados protocolarios”. Todo para desbancar a los hegelianos de la época, tipo el aludido Bradley, que insistían en que incluso para asimilar un concepto tan sencillo como “gato” hay que tener en cuenta todo un universo previo de relaciones que termina por absorber la historia entera de la experiencia humana. Tratar de simplificar eso, de volver a un inicio más elemental, salió, obviamente, rana, como a Esperanza Aguirre sus designados. Sin embargo, me parece que no fue del todo inútil, y que Russell y otros consiguieron así grandes avances en lógica que luego fueron aplicados en la lógica subyacente a la Computación y la Informática... (Pero la Informática consiste justamente en que no hay referentes, estados del mundo a enunciar, sino que funciona justamente al revés: primero diseñas las instrucciones y el mundo ya se adaptará o no a ellas. La Cibernética es isomorfismo a la fuerza, a lo bruto por decirlo así, la consumación de eso que Martín Heidegger llamó Metafísica y otros, con mejor criterio o precisión a mi juicio denominaron después Lógica de la identidad).

Ludwig Wittgenstein, en cambio, era un multimillonario austriaco y gay que ingresó en Cambridge como un huracán destructor. Sólo Bertie podía sosegarlo, hacerlo un tanto benigno, quedando a la vez fascinado por él. No sé -y creo que nadie lo sabe-, hasta qué punto hubo una atracción homoerótica entre los dos, pero el caso es que Ludwig irrumpía sin permiso ni cita previa a cualquier hora en el despacho o dormitorio de Bertie para actuarle en riguroso directo su última y desgarradora duda en cuestiones de Lógica. Bertie salía tan impresionado de estas performances que no podía más que sufrir cierta crisis de identidad, y preguntarse si, pese su monumental trabajo en *Principia Mathematica* (diez años de elaboración y varios volúmenes, incluyendo trescientas y pico páginas dedicadas a demostrar lógicamente que $1 + 1$ son 2), el verdadero filósofo no era ese austriaco loco y apasionante. Apasionante pero insolente y faltón, como cuando Bertie formó parte del tribunal que debía evaluar el *Tractatus* -que ya el título estaba programado para molestar, para hacer sentir tonto al lector- que ya él mismo había prologado al inglés, y Ludwig se despidió exclamando aquello de “total, no lo vais a entender nunca”... O cuando desafió al conformista de Karl Popper con un tizón encendido de la chimenea más cercana por sus mundanas palabras, una deshonra para la filosofía realmente profunda. O, cuando escribió, el muy ingrato, por supuesto abonado a la calamariense y cínica Honestidad Brutal: *Los libros de Russell deberían marcarse con dos colores: en rojo, los tratan de matemáticas y de lógica – y todo estudiante de Filosofía debería leerlos; en azul, los que tratan sobre Ética y Política – y a nadie debería permitírsele leerlos*. No obstante, yo pienso que el más listo de los dos fue Bertie, tras esa desconcertante experiencia centroeuropea. Mientras Ludwig hacía el raruno, escondiéndose en absoluta soledad en los parajes más remotos que se le ocurrían para excogitar arduos pensamientos que cambiarían la filosofía, Bertie decidió que las tribulaciones del genio no eran para él, y que molaba mucho más ser el dandi de la intelectualidad, el tábano de Atenas, como dijera Sócrates, el aguijón de la corte, como sentenciara Voltaire. Y en ese momento empezó lo interesante de la vida de Russell, en mi opinión, la “época azul” según Wittgenstein, sin paralelismo alguno con la obra de Picasso. Es azul, en realidad, no por la tinta con que la tacha Ludwig, sino porque la cabeza de Bertie se dio permiso a sí misma para olvidarse de los tormentos de la Lógica y mirar al mar, al cielo y a los ojos traviosos de esa chica tan mona que pasaba frente al café, a la luz de la tarde: *linger on... your pale blue eyes*.

Así, Russell se convirtió en un seductor, de mujeres pero también de un público cada vez más amplio, ganando el premio Nobel de Literatura casi al tiempo que Faulkner y fundando las variadas sociedades Russell en defensa de las más nobles causas, mientras que Wittgenstein, como siempre, se sentía culpable por sus escasos escarceos amorosos y luchaba en solitario en sus inquisiciones sobre el lenguaje, los colores o la matemática, hasta que daba con algo, y entonces era oro puro. Dos hombres, dos modelos, opuestos pero complementarios, de la Filosofía del s. XX, de los cuales quien prefiere a uno echa de menos al otro, “Narciso y Goldmundo” en los términos simplones y sensibleros de nuestro querido y adolescente eterno Hermann Hesse, pero que seguramente hubiesen coincidido en esta reflexión casi de ultratumba y tan británica de gran filósofo y vividor Bertie: *Cuando llegue la hora de mi muerte, no sentiré haber vivido en vano. Habré visto los crepúsculos rojos de la tarde, el rocío de la mañana y la nieve brillando bajo los rayos del sol universal; habré olido la lluvia después de la sequía y habré oído el Atlántico tormentoso batir contra las costas graníticas de Cornualles.*

(Esta declaración, no lo podría negar, tan wittgensteiniana...)

Sobre la imposible confusión entre las filosofías de Sartre y Heidegger

Por tanto, el análisis del Dasein está antes de toda profecía y de toda proclamación relacionada con la concepción del mundo; y tampoco es sabiduría.

Martín Heidegger, G.A, vol. 26 pág. 172.

Cuenta Safranski en su pasable *Un maestro de Alemania* que en una nota del 5 de octubre de 1945 en apéndice a su libro sobre Kant y la metafísica Martín Heidegger escribió: “Decisiva la repercusión en Sartre; desde allí se entiende por primera vez *Ser y tiempo*”. Naturalmente, se sentía muy halagado por el tributo rendido por el autor novel de *El ser y la nada*, pero pronto empezó a ver las cosas de otra manera. Las aproximaciones habituales que se practican al pensamiento de Jean Paul Sartre desde Heidegger por la cuestión de la negación de la esencia humana creo que están francamente fuera de lugar. A mi juicio, Sartre copió todo lo que pudo de *Ser y tiempo* (nada menos que catorce años anterior), pero para convertirlo en una antropología filosófica¹¹⁹ a su macabro y cosmético gusto. No me parece cierto que el heideggeriano “el *Dasein* expresa el ser” tenga nada que ver con el retorno al romanticismo del yo escindido de Sartre. Por eso Heidegger escribió *Carta sobre el humanismo*, justo un año después, para distanciarse de esa degeneración teatral de la Rive Gauche, todos jugando a ser superespeciales y escribiendo novelas en vez de filosofía. En Sartre no hay ninguna reflexión sobre el ser ni puede haberla, Sartre se limita a mezclar una lectura barata de Heidegger con otra lectura barata de Kojève, y lo que le sale es un gesto patético de pura pose aristocrática, de aristocracia del espíritu se entiende. En cuanto leyó su ponencia *El existencialismo es un humanismo* de ese mismo 1945 y el marxista que vino después le dio la del pulpo (argumentando, con razón, que “su condición humana depende de precondiciones materiales”...), Sartre se murió de vergüenza y decidió pasarse al marxismo a su modo, porque inteligente era un rato. Pero no, “la existencia precede a la esencia” no es, creo, ni por lo más remoto, el “ahí del ser” de Heidegger, más quisiera. Lo segundo no significa únicamente que el hombre no es un ente cerrado en sus determinaciones, significa sobre todo que es el ser abierto a la contingencia del mundo. El *Dasein* no sólo vive en la temporalidad de la *Sorge*, que le vuelve hacia sí mismo como repertorio de posibilidades de existencia, también está-en-el-mundo en el sentido de estar abierto a las posibilidades latentes del entorno que le rodea. Para un perro, el árbol es el lugar de orinar para dejar su rastro, para el hombre el árbol es una cabaña en potencia, o un ecosistema en potencia, o la ocasión de la metáfora de Gerardo Diego, y un larguísimo etc. Es así como el *Dasein* está-ahí: su *ahí* es la manifestación del despliegue de lo plural interno a los entes.... Sartre no tiene que ver con nada de esto porque para él el ente es el en sí cerrado, la identidad opaca, ciega incluso para sí misma, el horror de la parálisis negra que sigue a la muerte. Ya digo: nada que ver. Para Sartre la libertad es el motor fatalista del

¹¹⁹ En *La época de la imagen del mundo* Heidegger escribe que “La antropología es aquella interpretación del hombre que en el fondo, ya sabe qué es el hombre y por eso no puede preguntar nunca quién es. En efecto, si hiciera esa pregunta, tendría que declararse quebrantada y superada a sí misma. Y ¿cómo esperar semejante cosa de la antropología, cuando lo único que tiene que hacer propiamente es asegurar a posteriori la autoseguridad del *subjectum*?”

hombre (Sartre es el San Agustín ateo del s. XX...), para Heidegger en cambio *Lo Abierto es Lo Libre*, y no el *Dasein* como tal, el cual es inseparable, está ligado, co-pertenece a ello (algo que, por cierto, sobre todo lo de la apertura y la muerte propia, creo que toma de Rainer María Rilke, al que sabemos con certeza que leyó).

De ahí que, me parece, Heidegger termine por alejarse de *Ser y tiempo* dándose cuenta cada vez más de que *Lo Abierto* se hospeda en el lenguaje: el célebre “el lenguaje es la casa del ser”. En el lenguaje el árbol puede ser varias cosas, según sea designado para un uso u otro conforme a esa varita de, o ese “ábrete sésamo” de, la contingencia abierta a lo plural que sólo se allega al *Dasein* en virtud del ser (por cierto que en *Sendas perdidas* creo recordar que habla del “ahí” de los animales en su *Umwelt* no como instintivo, sino como “estupor”, que es extraño y fascinante pero intuyo que no lo entiende bien ni él...) El lenguaje es la llave que abre todas las puertas, ¡todas!: es inconcebible una especie extraterrestre inteligente cuyo lenguaje supere de alguna manera al nuestro, como en *La llegada* de Denis Villeneuve. El lenguaje que ha acontecido y constituido al *Dasein* es todo el lenguaje posible, no hay más -cualquier entidad alienígena también estaría ahí si su entorno ontológico fuera lingüístico-, y es capaz tanto de estructurar un mundo social (juegos del lenguaje, *Sprachspiele*) como de internarse, toquetear mediante el lenguaje en lo subatómico (quark, anti-quark, etc.) –todo esto es mío, conste, a partir de mi interpretación de Heidegger. No obstante, a mí el miniescrito de Heidegger sobre la poesía y Hölderlin no me gusta demasiado. Me parece que ahí patina, y de hecho luego nunca vuelve sobre ello, como no vuelve sobre “la caída en lo mundano”, que es el tipo de antropologismo novelero que le encantaba a Sartre. Quiero pensar, mejor, que lo de que el *Dasein* “habita poéticamente sobre el mundo” no se refiere a algo tan criptofascista como que la “figura rectora” del poeta funda la tierra y la sangre y el vino y tal y cual. Está la canción aquella de Fito y los Fitipaldis, *Alucinante*, cuando dice que están locos los que quieren gobernar el mundo sin las manos del artista ni la palabra del poeta. Pues es al revés: Dios nos libre de los artistas y poetas como lo fue el propio Hitler tratando de gobernar el mundo. La estética, o la Belleza, es la *arché* más tiránica, por ser la más arbitraria. No atiende a valores morales o a criterios racionales, sólo a grandezas o pequeñeces o riquezas o pobreza estéticas, como en Nietzsche. De modo que preferiría pensar que Heidegger se refería a “poéticamente” en el sentido de *poiesis*: el *Dasein* “elabora” su experiencia del mundo, no la “conoce” en primera instancia, y sobre ese presunto conocimiento actúa. Pero me temo que no, y que fue un sentimental nacionalista *in pectore* hasta el final. Lo de la poesía parece muy exquisito y delicado, pero es, tal como yo lo veo, más peligroso que el coronavirus. Hay que imaginarse, pongamos por caso, a Andy Warhol de alcalde de Nueva York, y digo Andy Warhol por ser como era un tipo tímido y raruno; ahora imaginemos al iracundo de Beethoven como mandamás de Viena o al propio Nietzsche de presidente de una comunidad de vecinos... Ya sé que eso no es lo que quiso apuntar Heidegger, que se refería a que el poeta funda sentidos nuevos, no políticas nuevas, pero basta repasar *El origen de la obra de arte* para ver que hay una clara referencia a fundar Estados nuevos...

El existenciarío del *Befindlichkeit*, del “sentirse”, me parece que es la manera en la que en *Ser y tiempo* se pasa de lo formal a lo concreto. Las estructuras formales son las mismas pese a la historicidad del *Dasein*, pero sólo hay *Dasein* fácticamente, existente particular, pues -ya que no es posible existir en general-, cuando se encuentra en cierto estado de ánimo. El ser humano como especie no tiene *Befindlichkeit*, no se encuentra en estado de ánimo alguno, no sé si me explico, como tampoco el *Ich denke* kantiano o la *Vernunft* de Hegel. Por tanto decir *Dasein* es decir un universal concreto, como decir “hijo de”. Ser “hijo de” es un predicado relacional, pero sin padre concreto y con billetera no hay relación abstracta ninguna, no se puede ser “hijo de padre (en general)”. De manera que *Dasein* no es la esencia común de la multiplicidad humana, sino que,

puesto que se cada vez se siente de un modo otro *ante* o *en* el mundo, es ya siempre *este* o el *otro*, tú o yo, o tú y yo, *Mit-sein*. Arnold Gelhen, como Ortega y Gasset (que por cierto le copia respecto de la idea de la técnica), no sabía nada de estas cosas, y por eso hizo una antropología más al gusto de los dirigentes nazis desde el rectorado de Friburgo que abandonó Heidegger. Gelhen sí que era un nazi y no únicamente *in pectore* o atormentado. De hecho, como digo, Gelhen fue el que le sustituyó en el rectorado de Friburgo cuando Heidegger se mostró desafecto, y a mí me recuerda siempre a Konrad Lorenz, eso de *Sobre la agresión, ese pretendido mal...* La ideología del *Lebensraum* está en ambos y en Rosenberg y otros. A todo esto, Jean Paul Sartre corrió un tupido velo sobre su existencialismo original para hacerse amigo del Che Guevara y demás, pero mucho más tarde volvió a él para tratar de forjar un método crítico de exploración del hombre particular, el llamado “psicoanálisis existencial”. Heidegger, en la *Carta sobre el humanismo* había dejado dicho que “...las supremas determinaciones humanistas de la esencia del hombre todavía no llegan a experimentar la auténtica dignidad del hombre. En este sentido, el pensamiento de *Ser y tiempo* está contra el humanismo. Pero esta oposición no significa que semejante pensar choque contra lo humano y favorezca a lo inhumano, que defienda la inhumanidad y rebaje la dignidad del hombre. Sencillamente, piensa contra el humanismo porque éste no pone la *humanitas* del hombre a suficiente altura. Es claro que la altura esencial del hombre no consiste en que él sea la substancia de lo ente en cuanto su “sujeto” para luego, y puesto que él es el que tiene en sus manos el poder del ser, dejar que desaparezca el ser ente de lo ente en esa tan excesivamente celebrada “objetividad”” (editorial Alianza, 2013, páginas 15-16)¹²⁰ Pues eso.

¹²⁰ No obstante, el Heidegger menos presentable para mi gusto no es sólo el descifrador de los oráculos de Hölderlin, sino ese que nos retrotrae una y otra vez a una condición de posibilidad anterior. Encuentro algo exagerado por su parte aquello de que antes tiene que darse previamente la apertura de... etc. Hay ahí, a mi juicio, mucho misticismo, aunque él lo niegue expresamente. De acuerdo con que no puede haber concepto del ser, sino tan solo de lo ente. En ese aspecto, el aspecto conceptual, inteligible, el ser es la nada, una afirmación que no tiene por qué escandalizar a nadie, puesto que es una nada fértil, no como la de Sartre. El *Dasein* está abierto a lo plural de la naturaleza porque cuanto “aprieta” históricamente el significado de un ente le sale otro significado diverso de ese mismo ente, pero no el ser como tal, que es, digamos, como su manantial inaprehensible. Pero hay cierto artículo -creo que la respuesta a *Sobre la línea-* en la que Heidegger dice que *Ser y tiempo* debiera haberse denominado *Sein und Lichtung*, y eso ya me parece demasiado. La *Lichtung* como lo previo de lo previo de lo previo a la verdad metafísica como *adequatio* me parece ya el colmo del escarbar fenomenológico, y no conozco de nadie que haya seguido después ese camino. Con esa falta de rigor e irreverencia lo digo.

Lycofrón, diario de clase, Francisco J. Fernández

Quien no sigue aprendiendo es indigno de enseñar.

Gastón Bachelard

De las cosas casi innumerables y de toda suerte que Platón puso en boca de Sócrates una de las pocas que uno intuye como genuinamente propia del maestro es aquello de que una vida sin examen (se entiende: sin interrogarse a uno mismo) no merece ser vivida. Suena muy al bribón genial que debió ser Sócrates, ese señor cuyo excéntrico ejemplo inspiró directamente nada menos que cuatro escuelas de pensamiento, y que todavía en el Renacimiento era considerado el *summum* de la sabiduría¹²¹, no solamente eso: también el hombre modélico, *ecce homo*, mucho antes y mejor que cualquier individuo o individua del santoral o del martirologio cristiano supurando por las llagas o con la vista puesta en lo alto sin que hubiera presencia alguna de aviones. Hoy, ese título correspondería para nuestra juventud a “El Bicho”, o sea, Cristiano Ronaldo, que es a su manera cristiano, y por eso es también pertinente la lectura del texto que vengo a reseñar hoy. Pero independiente de eso, que retomaremos después, lo cierto es que si sólo una vida de autocuestionamiento de la realidad y de uno mismo mereciese ser vivida, entonces no solamente estaríamos deslegitimando de manera casi hitleriana la existencia del 99,999 por 100 de la humanidad pasada, presente y futura, sino que además estaríamos socavando la gran tarea de la cultura, que consiste precisamente en acomodar un cierto mobiliario de recursos y respuestas suficientes como para que la gente pueda nacer sin tener por ello que empezar de cero. Es por ello que la frase de Sócrates adquiere un muy marcado tinte de lo que es, es decir, de banderín de enganche de una secta, y de hecho así fue como conquistó al divino Platón y a unos cuantos más por el camino, con Aristóteles de culminación a la vez que de coche-escoba. Una secta es un grupo de personas que encuentran insuficiente el *modus vivendi* de su entorno inmediato y por eso se inventan otro al que invitan a participar a todos (a veces no, a veces tan sólo a un sector distinguido, o si no dónde estaría la gracia, dónde el *pathos de la diferencia* que decía Nietzsche) conforme a una serie de reglas determinadas. La primera y principal de ellas es, sin duda, siempre y en todos los casos, “déjalo todo y sígueme”, y me temo que en esto el grande y burlón Sócrates no fue ninguna excepción. Lo que ocurre es que Platón era de temperamento muy serio y sobrio ya desde su juventud, algo que tal vez le condujo a erigir un monumento a Sócrates en la figura de una Academia que muy probablemente hubiese sido objeto de la ironía del maestro, por no hablar ya de el secreto propósito de aquel augusto edificio -cuya duración en la historia de la humanidad es realmente inaudita y cuasiprovidencial: todo un milenio estuvo la Academia sin cerrar sus puertas... ¿qué institución podría acreditar semejante currículum?-, que era, si no me equivoco, devolver con creces a la democracia su crimen con una legión de Sócrates paseando por sus calles y picando noblemente el trasero de Atenas...

La filosofía, pues, no es en modo alguno una pregunta global, un interrogante apasionado o angustiado lanzado al más allá y cuyas reverberaciones harían acaso temblar las bóvedas celestes¹²²,

¹²¹ Al margen de las opciones teológicas, la polémica entre Erasmo de Rotterdam y Martín Lutero siempre tendrá al primero más del lado de nuestro corazón aunque sólo fuere porque Erasmo amaba la antigüedad y Lutero la denostaba.

¹²² Una visión, si se mira bien, muy religiosa, propia de Pascal o de Kierkegaard, y tal vez por eso tan socorrida.

como nos quieren hacer creer en miles de introducciones a la materia de dudosa calidad y todos, absolutamente todos los libros de texto de la asignatura que se imparte en Primero de Bachillerato (tomándolo, sin citarlo, de Ortega y Gasset, por cierto), sino una actitud y acaso una doctrina muy concreta, minuciosamente concreta, que forjaron los griegos como armazón para una secta que como tal seguramente diese arranque con los pitagóricos. No obstante, *esa* secta es *nuestra* secta, la secta de Occidente, a tal punto que la otra secta que somos, la secta del libro palestina aquella que se nos impuso lentamente, sólo pudo formar parte del esqueleto de nuestra cultura cuando se doblegó a la dura disciplina de la filosofía clásica y helenística. Tiene, me parece, pleno sentido que la tradición¹²³ filosófica forme parte de los planes de estudios de Cuarto de la Eso y Bachillerato, puesto que es la forma y el trasfondo de nuestra cultura en la misma medida que el confucianismo lo fue y lo es de la cultura china, pero tiene igualmente sentido, en mi opinión, que a los chicos de quince a dieciocho años no les guste demasiado, o no se sientan especialmente atraídos por ella, ya que se trata, como digo, de una secta, y no todos están capacitados, o les apetece lo más mínimo, comenzar por hacer de su vida a tan pronta edad un asunto de continuo examen. Tal como ellos lo ven, vivir por vivir, incluso asumiendo irreflexivamente los usos y costumbres de un país rico como lo es España, es más dulce que vivir abriéndose a cada paso una fosa bajo los propios pies, y eso hay que respetarlo. El Bicho, Cristiano Ronaldo, se presenta ante sus ojos (al menos ante los ojos de la mitad masculina del estudiantado) como un ideal harto más deseable que ser Sócrates, y no únicamente por las ganancias que acarrea el estrellato del balompié. Sin embargo, hay otros chavales y chavalas, los menos, siempre los menos, a los que aún les pica la nuca un poco cuando sienten una incorrección o como un desajuste en Matrix (Platón diría la caverna, pero yo no sabría decir ahora si la filosofía no es en muchos casos ella misma una caverna...¹²⁴), y a ellos se dedica *Lycofrón*, el texto hipotético, o sustitutivo, que Francisco J. Fernández ha concebido y publicado (en Círculo Rojo) como diario de clase de la asignatura de Primero de Filosofía en Bachillerato.

Lycofrón es un sofista del que sabemos apenas nada, y eso irrisorio que sabemos es gracias a la coronación y al tiempo coche-escoba de la filosofía clásica, o sea, a Aristóteles. Fernández coge al Lycofrón aristotélico, se lo calza como un yelmo hoplita y empieza a pensar por él, a completarlo como se completa una figura de puntos. Eso que piensa Francisco J. Fernández podría abarcar un curso entero de Enseñanza Secundaria No-Obligatoria no como realmente es, sino como debiera ser, porque la programación positiva de esa asignatura en la actualidad no es más que una divagación infructuosa y dogmática que la nueva ley educativa no ha sabido cambiar (tengo, no obstante, compañeros que lo prefieren a Segundo de Bachillerato, que del morro al rabo es todo toro, pero ya se pueden imaginar ustedes por qué). Fernández también divaga, como corresponde a la asignatura, pero me atrevería a decir que es un divagar sumamente fructuoso, y nada dogmático¹²⁵. Recuerda a lo que escribía Eugeni D'Ors en su *Secreto de la Filosofía* (Técnos, págs. 37 y 38):

¹²³ “Tradición” proviene de *tradere*, dar o entregar, que adopta una acepción jurídica en Cicerón, una pedagógica en Quintiliano, una más específica de “narración por memoria” en Tácito y una en forma pasiva -lo así transmitido- en Aulio Gelio, pero que, naturalmente, no obliga, o no debiera obligar, a los receptores a asumirla necesariamente o sin crítica.

¹²⁴ Y tanto que lo es, en la mayor parte de los casos, y de las peores. Uno se mete por un agujero que lleva a un subterráneo lujoso -el lujo es siempre una ordinariez, la más cruel de las vulgaridades- donde hay inscripciones por las paredes iluminadas por antorchas donde se lee “potencia del falo”, “significante”, “biopoder”, “cuerpo sin órganos”, “molar”, “cis-normativo” *et alia* y ya no es necesario que vuelva a ver la luz del día -esto es, de la realidad- nunca jamás.

¹²⁵ “Dogma” en griego corriente no significa más que afirmación, sin que esa afirmación pretenda ser válida más allá de su propia formulación casual, pero equivale ya con Epicuro a doctrina filosófica, refiriéndose a las afirmaciones cerradas y sin posibilidad de debate que configuran el correo credo adversario de los estoicos, y así pasa sin modificación alguna a Roma. En otra acepción posterior, aún más rígida, “dogma” es la decisión tomada con fuerza de ley, pero que en ocasiones puede ser considerada una convención y por tanto estar todavía conexas a *doxa*, opinión. El término asoma peyorativo en Filostrato: para él, en efecto, “dogmático” es sentencioso (por ejemplo, los médicos dogmáticos versus los

Pero si tal actitud -la hegeliana-, sojuzgada por el tiempo, opera, por decirlo así, en el vacío, hay otra posible actitud, más adecuadamente digna del filósofo, en que la previsión de lo contradictorio ni tan solo espera a que la contradicción se produzca. Incluye ya la contradicción en su propia fórmula. Y sin debilitar para nada esta fórmula, sin regatearle la adhesión de la propia fe, encumbrándola lo más alto de esta legalidad racional, por donde se ennoblece el conocimiento humano, acepta, no obstante, la existencia marginal de la contradicción. Incluye subordinadamente la tesis; y su conciliación, así, no debe recibir el nombre de "síntesis", sino, en méritos a su establecimiento de una jerárquica subordinación, el nombre de "ironía"... Y, en cuanto a títulos de nobleza, reconocamos que, si a la Dialéctica según síntesis, éstos le vienen de Hegel, a la Dialéctica según ironía, le vienen de Sócrates (...) Así como en la composición musical, una línea melódica va acompañada de sus armónicos, sin negarse siquiera a integrar en su conjunto armónico la disonancia, así, en la ironía socrática, y, probablemente en la de todo pensador verdadero, cada afirmación se rodea de la compañía infinita de sus posibilidades de negación.

Así, es natural que un libro que se propone como un curso de filosofía anotado por un alumno al que de verdad le interesara la filosofía como estudio y práctica vital y no únicamente como especialidad académica esté recorrido por esas contradicciones irónicas que hacen de verdad la filosofía filosofía, y no una rama entre otras de unas presuntas Humanidades que nadie sabe bien cuáles son, de dónde han salido y para qué demonios -o a qué demonios- sirven. Fernández en *Lycifrón*, o soñando ser él mismo *Lycifrón*, lo mismo tematiza el ser (*einai, esse*) de la metafísica, que desarrolla una cuestión de lógica formal, aporta una aproximación sobre la concepción aristotélica de la mujer¹²⁶, arroja sombras sobre las teorías políticas más trilladas¹²⁷ o glosa su estancia juvenil en Berlín. Pero no lo expone él, como autor, sino un bachiller que bajo pseudónimo va desgranando en su casa, y diligentemente, lo que va escuchando en clase, un ejercicio de narratividad insólito que desafía al lector (pero que no es ajeno al pensamiento mismo: nada menos que Aristóteles, o Ferdinand de Saussure, nos han llegado así) y que está entre lo más original de la obra. Una obra sin índice, sin andadores, parágrafo a parágrafo, seguro y firme, con un estilo llano y claro, haciendo sendero y no caverna, montando pieza a pieza ese aparato de seducción de jóvenes discípulos en que siempre ha consistido la filosofía (recuérdese que Sócrates fue condenado en parte por eso), y conforme a la definición de D'Ors, en su obra mencionada, cuando afirmaba que "filósofo es aquel que no reputa nada humano ajeno a la filosofía, gracias al cual se encuentra la misma siempre en comunicación abierta con la vida y con la historia" -Ibídem, 1947, pág. 12. Porque eso, señores, es la carne y la sangre de la secta, de *nuestra* secta, esa de la que estamos hechos, algunos queriendo y aposta, otros sin querer y como dejándose llevar. Lean, lean este *Lycifrón, diario de clase*, y quizá echen de menos volver a las aulas a aprender de nuevo a filosofar, pero esta vez de verdad...

médicos empíricos). Entrada ya la era cristiana, San Justino se refiere como "dogmáticos" a los artículos de fe que buscan parangonarse con los filosofemas paganos, pero no mucho después "dogma" implica de manera inequívoca lo que hoy desgraciadamente entendemos por dogma, es decir, el objeto de una declaración solemne de la magistratura papal.

¹²⁶ Semejante, pero menos especiosa que la de Juan Benet en *En la penumbra*: "La mujer es un engaño: un engaño de la naturaleza que no podría haberse desarrollado como se ha desarrollado sino hubiese tenido en su mano dos papeles (...) Si no tuviera dos papeles todo sería verdad y eso no puede ser, sería insoportable. Y más que eso, estéril. Porque la variedad (no la fecundidad) necesita dos papeles y entonces, lo quieras o no, se introduce el engaño. Entonces uno es más que otro y uno de ellos tiene que engañar. A la fuerza. La diferencia y el engaño son la misma cosa".

¹²⁷ En el espíritu un tanto huraño (y es que el cariz de los tiempos tampoco da para mucho más) de Rafael Sánchez Ferlosio, me parece a mí, en *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos* -ediciones Destino: "El que quiera mandar guarde al menos un último respeto hacia el que ha de obedecerle: absténgase de darle explicaciones" y/o "Tolerancia no, como si cualquier credo fuese bueno dentro de sí mismo, sino todo lo más indulgencia, porque lo que sí es seguro, cuando menos, es que todos son malos fuera de sí mismos".

De la vida reproductiva

Está esa frase de Valéry -aguda como todas las suyas- que yo repito tanto para mí mismo: *la vida es interesante por los extremos pero se conserva por el medio*. ¿Y si tratamos de invertirla, visto que el Gran Juego mundial nos está arrinconando a una existencia de subsistencia perruna? La vida pasaría, así, a ser interesante por lo que la conserva, y menesterosa de los extremos. No otra cosa es, quizá, lo que hicieron civilizaciones estáticas como la China o el Japón históricos, hasta que llegamos como una gran lavadora a centrifugarles hacia un exterior que era ya nuestro previamente. Ellos, con sus kimonos, sus cerezos, su caligrafía, sus esterillas, su ceremonia del té, etc., centrados en sus artes domésticas un instante antes de que les hiciésemos saltar por los aires. No hace falta que dure milenios, ni que aceptemos en el ínterin una sumisión acrítica, sólo que busquemos los placeres idiotas de una vida reproductiva. Es reproductiva porque entiende que la cacareada Historia Universal ya no tiene nada mucho más que ofrecer, y le duele menos vivir de la rentas que alimentar tontas esperanzas. Y es reproductiva porque relega la originalidad que ha sido cultivada con fanatismo el último siglo y medio a una necesidad meramente interna. Quiero decir que se puede ser ininterrumpidamente original en la República Independiente de tu Cerebro, pero al servicio exclusivo del entorno inmediato.

Privatizemos también nosotros el espectáculo global que parece divertir y lucrar tanto a los agentes económicos. Los extremos son lo falso, en el sentido en que Deleuze hablaba de «la potencia de lo falso», no como algo opuesto radicalmente a lo verdadero, sino como lo que intensifica mediante tradición o invención el disfrute de las repeticiones. Y de cara a la totalidad social, lo imprescindible para su mantenimiento justo y ni un gesto más. De esta manera, se realizaría el sueño posmoderno del hombre-archipiélago: unidos únicamente por lo que nos separa, como el mar entre las islas...

Tales células domésticas no serían cerradas, ni unipersonales, ni se definirían por los conocidos patrones tradicionales. “¿Quieres ser de los míos, participar de nuestras rutinas y esparcimientos?” o “¿puedo sumarme a los tuyos en este punto, que me interesa mucho para mejorar mi salud (por ejemplo)?” -este tipo de preguntas, este tipo de gente... Costumbres y prácticas reproductibles, imitables, válidas para los que viven, no para los que codician. Una suerte de profundización del liberalismo clásico en lo concerniente a los derechos individuales (nada que ver con el atroz neoliberalismo actual) compatible, por qué no, con un socialismo en el uso público de los medios de producción (nada que ver, pues, con el viejo soviétismo). La vida como una continuidad biológica, la muerte como repuesto generacional, y la cultura como economía -etimológicamente hablando: las normas que rigen en lo propio, en el *oikos*, en el *domus*-, en vez de esa losa que nos han echado encima de interpretar la vida como deseo ilimitado, la muerte como frustración inevitable y la economía como forma única de cultura... El romántico Novalis incitaba, sin saberlo, a la locura capitalista con los siguientes términos: dar a lo corriente un sentido sublime, a lo cotidiano una apariencia misteriosa, a lo conocido la dignidad de lo desconocido, a lo finito un semblante infinito...

Así que démosle la vuelta también y imprimamos a lo sublime un sentido corriente, a lo misterioso una apariencia cotidiana, a lo desconocido la dignidad de lo conocido, y a lo infinito un semblante finito. Es una idea, o el principio de ella, o tal vez no más que una patochada «casual» (en el sentido de la ropa “casual”), pero es que andamos algo desesperados de ideas...

*No sé ser triste en verdad
ni ser verdaderamente alegre.
Créanme: no sé ser.
¿Serán las almas sinceras
también así, sin saberlo?
¡Ah, ante la ficción del alma
y la mentira de la emoción,
con qué placer me da calma
ver una flor sin razón
florecer sin tener corazón!
Pero, en últimas, no hay diferencia.
Si florece la flor sin querer,
sin querer las personas piensan.
Lo que en ella es florecer
es, en nosotros, tener consciencia.
Luego, hasta nosotros como a ella,
cuando el Hado la hace pasar,
las patas de los dioses llegan
y unas y otras nos vienen a pisar.
Está bien, mientras no vengan
vamos a florecer o a pensar.
3-4-1931, Fernando Pessoa (traducción de Carlos Ciro)*

Una década sin Agustín García Calvo

Burlarse de la filosofía es verdaderamente filosofar.
Pensamientos, Blaise Pascal

Este Día de Difuntos de 2022 se conmemora también la defunción de Agustín García Calvo, un verdadero sabio que era a la vez un verdadero necio, ya que entendía que saber no sabemos nada, y por tanto el fin último del pensamiento es aniquilarse a sí mismo en tanto que presunta facultad superior. Sorprende mucho, si se mira bien, lo mucho que García Calvo ideó por sí mismo -con un muy ligero auxilio de Freud, y aun así de un Freud que no se reconocería ni un ápice a sí mismo- precisamente para poder escapar de toda ideación, lo cual, sumado a sus profundos conocimientos de las lenguas clásicas y a su loca faceta de poeta y dramaturgo hacen de él una paradoja viviente, por cuanto que tuvo que pensar y estudiar realmente a conciencia para llegar a permitirse descreer del pensamiento, el estudio e incluso de la propia conciencia. De hecho, García Calvo como filósofo (y es una suerte para mí que ya no esté entre nosotros para leer esta maleducada y grosera atribución mía) ya estaba totalmente completo como tal desde muy temprano, de modo semejante a Schopenhauer, y durante toda su vida no hizo otra cosa más que añadir nuevas piecitas de gran ingenio y expresividad a su constructo -Fran J. Fernández me dice que García Calvo era ya hippy mucho antes que los hippies, y contracultural mucho antes de la Contracultura... Tales piecitas, tomadas por separado, dan casi todas en el blanco, lo que ocurre es que insertas en el conjunto de la visión garciacalvista resultan de una demencia sin parangón, aunque, afortunadamente, una demencia casi inofensiva y plácida (digo “casi” porque no quiero ni imaginarme un adolescente lector del zamorano que se tomase en serio que el futuro no es más que muerte y tiempo vacío, y por consiguiente que no hay que perder ni un segundo en tenerlo en consideración o prepararse adecuadamente frente a él¹²⁸). Cosas como, por ejemplo, que la Realidad tal como se nos da constituida por el Estado y el Capital consiste en hacernos creer que lo bueno es malo para así mejor hacernos tragar que lo malo es bueno es de una lucidez apabullante, y se dice en muy pocas y sencillas palabras, como lo es también la pseudomáxima de que poseer algo y gozarlo es completamente imposible que tenga lugar a la vez: o lo tienes o lo gozas, pero las dos cosas al mismo tiempo no. Lo que ocurre es que todas esos chispazos brillantísimos puestos al servicio de una suerte de espiritualidad (con lo que me dispongo a escribir ahora el interesado me hubiera retirado la palabra, que es común y es de la gente, para siempre) que acaricia la nostalgia de un Paraíso interior que jamás existió -no existió, nunca fue Real, y por eso mismo es íntimamente verdadero, por decirlo con sus términos- en medio de la Ramera de Babilonia del pecado y la corrupción en la que consisten las sociedades

¹²⁸ O no acudir al médico en caso de enfermedad grave o inhabilitante, algo que parece que nuestro hombre cumplió con absoluta consecuencia toda su vida, pese a que, sin embargo, no rehusase del buen servicio de unas gafas, sin ir más lejos, aparatejo que sin duda ha sido elaborado por sapientes en óptica. Recuerdo muy bien una columna de Diario 16 en la que García Calvo defendía el empleo de las invenciones técnicas que la ciencia ha hecho posible (sobre todo su favorita, el tren, contra su más odiada, el coche, algo en lo que también acierta) con el argumento de que, si bien fueron creadas para la dominación y la siembra de la infelicidad en el mundo, no obstante tal vez pudieran tener algún beneficio vivo e imprevisto para el día a día de uno, siempre y cuando sea enteramente distinto de aquel para el cual fueron concebidas.

actuales más o menos progresadas es ya, tal como yo lo veo, algo de punta a cabo inasumible. Agustín, con su aspecto de santón, lo que *por lo bajo* nos venía a decir (y perdóneseme otra vez la herejía, pero lo predicaba de la misma exacta forma en que se predica un evangelio¹²⁹) es que debiéramos dejarnos llevar por una especie de lógica del sueño, en vez de por una lógica de la Realidad que es la que nos han impuesto científicos, filosofantes y supuestos expertos a lo largo de los siglos -que no los hay, tampoco, los Siglos, lo cual también es en parte cierto.

Me explico. Por “lógica del sueño” quiero decir esa forma de vida propia de los animales y también de los niños en la que lo que se experimenta viene dado por una intensa inflación de sentido, en detrimento de un gran déficit de significado. Somos todos demasiado mayores para recordarlo, pero cuando éramos niños las cosas *se sentían* mucho más de lo que *se comprendían*, exactamente como nos sigue ocurriendo en los sueños (me parece recordar que García Calvo lo denomina “lo hiponóico” en su opusculillo sobre la Historia), y todos hemos comido un número incontable de veces la magdalena de Marcel Proust. Julio Cortázar buscaba eso mismo en sus relatos y divertimentos, ese *otro lado* onírico e infantil, tal vez animal, que habría quedado asfixiado por la rutina de la Gran Costumbre -mencionada explícitamente en el primer fragmento de *Rayuela-*, pero, claro, de una muy diversa forma y también *después de* García Calvo, aunque no por ello de manera más amena (Agustín es el autor de, digamos, *filosofía* más divertido de leer que yo conozca, sin exceptuar a Nietzsche). Esa peraltación de un *sentido* que es más sensorial y emocional que semántico y utilitario es lo que García Calvo reivindicó siempre, el Paraíso interior al que me refería antes, y para defender el cual fue capaz de cargar contra todo lo demás, como un Quijote de la poesía. De ahí que García Calvo fuera también poeta y recitador, un excelente recitador de poesía en varias lenguas, algunas resucitadas por su propia boca, ya que la existencia o es poesía o es mentira, una mentira kafkiana y opresiva. No es que debamos ser poetas, *es que ya lo somos*, pero Babilonia nos despoja de esa condición y nos convierte en muertos semovientes poseídos por la Realidad, o sea, por la Significación, o sea, por el Dinero¹³⁰, o sea por el Poder, o sea, por Dios... Y ese, creo, es el secreto del pensamiento y la actitud de Agustín García Calvo: una añoranza de cuando la vida se nos disparaba a bocajarro y aún no habíamos aprendido las palabras del Poder que contribuyen a anestésicarla, algo que, sin duda, hemos experimentado todos, la gente en general, tanto los analfabetos como los instruidos, y que nada tiene que ver con ser capaz o no de escribir versos o componer música (aunque lo opuesto para él sí sería cierto: escribir versos o componer música, si no se hace en nombre de la Cultura, si es como la señora

¹²⁹ Prueba a fortiori de que García Calvo ostentaba un talante religioso aún sin pretenderlo es que también profesaba la fe en la inmortalidad del yo profundo, por el medio indirecto de la negación de la Idea de la Muerte de la que se vale la Realidad para forjar la Identidad e Individualidad de la Persona. Lo que quiera que somos, que no lo sabemos, es sin fin, decía, y si a ello se suma que para él la guerra de la razón común, del habla de la gente (que actúa como el trascendental kantiano) contra la represión de lo Real es también sin fin, se nos ofrece el perfil de un curioso gnosticismo ateo del s. XX.

¹³⁰ *La verdad es que nunca, en todos los años que llevo zascandileando por este árido valle, me he visto en posesión del vil metal, como los que no lo quieren bien lo llaman, y no estoy, por lo tanto, autorizado para pontificar sobre los efectos deletéreos que quienes lo conocen lo atribuyen. De la ambición y la avaricia puedo hablar, porque las he visto de cerca. Del dinero, no. Precisamente, como sé por experiencia, sirve para evitar a los que lo tienen el pringoso contacto con quienes no lo tenemos. Y con toda honradez confieso que no me parece mal: los pobres, salvo que las estadísticas me fallen, somos feos, malhablados, torpes de trato, desaliñados en el vestir y, cuando el calor aprieta, asaz pestilentes. También tenemos, dicen, una excusa que, a mi modo de ver, en nada altera la realidad. No es por ello menos cierto que somos, a falta de otra credencial, más dados a trabajar con ahínco y a ser dicharacheros, desprendidos, modestos, corteses y afectuosos y no desabridos, egoístas, petulantes, groseros y zafios, como sin duda seríamos si para sobrevivir no dependiéramos tanto de caer en gracia. Pienso, para concluir, que si todos fuéramos pudientes y no tuviésemos que currelar para ganarnos los garbanzos, no habría futbolistas ni toreros ni cupletistas ni putas ni chorizos y la vida sería muy gris y este planeta muy triste plaza, en *El laberinto de las aceitunas*, Eduardo Mendoza, Seix Barral 1982.*

que sin querer canta mientras friega o el niño que tararea, entonces es aflorar el runrún mismo de lo hiponóico, soñar en vez de ser adultos, vivir en vez de servir...)

García Calvo, en tanto el filosofante que rechazaba ser, siempre fue mucho más Unamuno que Ortega y Gasset. Creo que nunca menciona al madrileño, pero es su Némesis absoluta dentro del panorama de la filosofía hispana. Ortega buscaba explicitar las estructuras de la vida -los existencialistas, en lenguaje de Heidegger- en tanto que García Calvo perseguía ocultarlas. Ortega mantenía que la vida es proyecto, y García Calvo que todo proyecto mata la vida. Ortega era manifiestamente historicista, en tanto que García Calvo encarnaba lo que Hegel denominaba la “conciencia desgraciada”, que es aquella que no acepta satisfacciones parciales ni espera al fin de la Historia. Ortega reclamaba responsabilidad, hacerse cargo consciente del propio destino, mientras que García Calvo detestaba la responsabilidad y desde luego no era capaz de creer en destino alguno. Y justo en esto es en lo que me resulta difícil seguirle, al menos a mí. Aun estando como la mayoría estamos a favor de la emoción, los sentimientos y la ternura (términos que él eludía por completo, pero allí están, “por lo bajo”), no parece posible abandonar el mundo a su suerte, a su anárquica y heracliteana fluencia. Vivir, lo sentimos mucho, consiste en hacerse adultos y responsables, en estar exiliados del Paraíso para tratar de erigir otro, más precario, hartamente menos bello y resplandeciente, pero enteramente nuestro, o cuanto menos compartido con la naturaleza. En él sin duda habrá un lugar para todos los escritos del gran Agustín García Calvo.

Futuro Peirano

Y necesitamos tener esperanza. No la convicción de que todo saldrá bien, sino la certeza de que tiene sentido intentarlo, independientemente de cómo resulte.

Marta Peirano

Acabo de cerrar, no el mejor libro que haya leído en mi vida (que en ese puesto están, a la par, y afortunadamente, muchos títulos), sino seguramente el más importante de todos ellos. De mi vida y de la del lector de esta reseña, casi sin ninguna duda, a no ser que sea devoto de Ayn Rand o de la Biblia o del Corán, las tres religiones monoteístas más poderosas de la actualidad, y por ese orden. Y lo es porque su autora, Marta Peirano, no solamente va mucho más allá de su *El enemigo conoce el sistema*, sino que expande su ya de por sí amplísimo campo de visión y adquiere una voz propia que le permite formular ya no únicamente diagnósticos, sino también soluciones. Diagnósticos verdaderamente penetrantes sobre el Calentamiento Global los hay por millares (en castellano, significativamente, *El Antropoceno* de Ramón Fernández Durán, pero es más del estilo expositivo de *El enemigo conoce el sistema*, y para mi gusto demasiado deudor de la Hipótesis Gaia), pero ideas que aporten caminos posibles para hacer el futuro no únicamente habitable, sino -y esto, astutamente, Peirano lo obvia, para que no se haga una lectura facilona- política de sus tesis- quizá incluso mejor que el desigual e inestable mundo presente. No voy aquí a revelar demasiado de su contenido, primero porque el libro tendrá que venderse algo al menos hasta que su propia artífice decida colgarlo en la red, y después porque todavía tengo que leer su tercera parte de nuevo, no vaya a ser que lo haya comprendido mal en vez de únicamente regular. Pero sí debo adelantar que *Contra el futuro* -un título nefasto, por cierto, que no hace justicia en absoluto a la intención del texto- es un artefacto completamente anti-romántico, es decir, que rechaza por principio los remedios fantasiosos, por milagrosos y sentimentales, y plantea recorridos pragmáticos, ágiles, en el sentido menos cínico del término. La argumentación, como tal (y, sorprendentemente, el libro es todo él una larga argumentación dialéctica, tesis, antítesis y síntesis, y a la que no le sobra una sola línea ni contiene personalismo alguno), recuerda a aquella propuesta de Ortega y Gasset, que precisamente él nunca siguió enteramente, consistente en aplicar lo que denominaba el “método Jericó”, o sea, hacer como los hebreos que conquistaron la ciudad de Jericó describiendo una espiral, acercándose cada vez con más brío, hasta que las murallas cayeron. Peirano hace aquí lo mismo, haciendo acopio de una buena cantidad de datos y de situaciones concretas tomadas de ejemplos empíricos acontecidos a lo largo y ancho del planeta perfectamente hilados hasta que derriba las murallas y planta su bandera en el centro mismo del problema. Esa bandera es, sin embargo, una bandera colectiva, porque el antirromanticismo de *Contra el futuro* estriba en la sensatez de ser perfectamente conscientes de que la crisis climática global no se puede ni sortear ni taponar ni rehuir, como quieren Elon Musk, Jeff Bezos o Mark Zuckerberg, sino como mucho -y no es poco- aprender a habitar en ella de la mejor manera posible, y esa pedagogía necesaria a escala universal habrá de ser serena, inteligente e innovadora, pero también lenta, tranquila y paciente.

César Rendueles, otro estudioso también anti-romántico a su manera, escribía en *Sociofobia* (pág. 30, Capitán Swing) que “pensamos que las empresas transnacionales son todopoderosas,

pero la verdad es que, en comparación con los grandes estados, son pequeñas. La especulación financiera mueve cantidades siderales de dinero porque se trata de cifras imaginarias. Pero por lo que toca a la economía real, ninguna empresa se acerca ni remotamente a los ingresos fiscales de los países más ricos del mundo”. Teniendo en cuenta esto, las propuestas de Peirano se tornan así, además de humanistas y mundanas, un poco más viables. Los grandes poderes económicos no son, en realidad, tan fuertes como pensamos, o tan sólo lo son *en tanto que lo pensamos*. Desde luego, es muy posible que tengan comprada a la mayoría de la clase política y de los medios de comunicación de masas, pero eso no podrá impedir sin violencia que recetas que pasan por la recuperación de los derechos y las prácticas de las comunidades indígenas, o por la implementación de una “dieta para la salud planetaria”, o por la gestión soberana de los propios datos en el marco de comunidades locales informadas que se valgan de lo que Peirano llama “Nubes Temporales Autónomas” precisen de una revolución global que ponga la historia de la humanidad patas arriba. Algo así sería, me temo, de nuevo romanticismo, y probablemente en su forma más mortífera. No: esos tres *protocolos*, por utilizar una palabra muy cara a Peirano, se implantan poco a poco, en un plano civil, de abajo arriba y sin más necesidad de lucha que la que plantee el statu quo imperante -esta vez, curiosamente, los “resistentes” serían ellos, posibilidad que raramente exploran los foucaultianos. Incluso la propuesta de un ejército ciudadano no regular contra la crisis climática, que Peirano extrae de William James, se revela como más racional que voluntarista, al igual que todas las que lanza el libro. Peirano, como ha declarado en alguna entrevista, no es una hippie, no se trata de ser hippies -descarta por completo, por ejemplo, la opción de vivir a la antigua y renunciar a la capacidad recién adquirida de valerse de una enorme cantidad de datos a tiempo real, menos todavía con la espada de Damocles sobre nuestras cabezas-, se trata sencillamente de ser racionales. Los negacionistas, los multimillonarios que ansían salvarse de la quema (se cuentan cosas concretas muy feas sobre ellos), o las facciones derechistas que aspiran a seguir disfrutando un rato más de la orquesta del Titánic no es que sean campechanos, o que desdeñen del alarmismo, o que se agarren a un clavo ardiendo, es que son sencillamente necios, irracionales, y lo son bastante aposta, en mi opinión. En el cuento de Pedro y el lobo la gente del pueblo hacía mal en creerse las falsas advertencias del irresponsable de Pedro, pero nunca estuvieron tan locos de asumir que es que el lobo no existe, o que si existe es manso, o que si no es manso ya vendrá a domesticarlo un ilustre catedrático de Zoología...

Un libro no es lo que nos dicen las editoriales. No es materia cualesquiera de lectura que nos hace mejores por el simple hecho de que nos aleja por un rato de las pantallas. Hay multitud de libros horribles, que contaminan el mundo con mentiras y con odio. Un libro es, en rigor, la única manera de articular un discurso que se pretenda verdadero y luego pueda ser arrojado al debate público para contrastar si lo es. Eso vale para una novela, para un ensayo o para un tratado científico, y debería valer también para un libro de texto escolar, para un documental y hasta para Ayn Rand, la Biblia y el Corán. Ese hueso que nos echan todas las editoriales del cosmos acerca de que si empiezas a leer esta cosa mía que te vendo no podrás parar hasta que llegues al final no es más que rebajar la cultura al nivel de ese snack que si haces pop ya no hay stop. Lo que ocurre es que la cultura es hoy como la carta robada del cuento de Poe. Las sociedades de consumo han descubierto que si quieres acabar definitivamente con el pensamiento lo que hay que hacer no es encender una pira con los libros, como los nazis, ni prohibirlos, como la Inquisición, atajos estúpidos y estériles los dos (se crean mártires), lo que hay que hacer es exponerlos bajo siete focos en un escaparate junto con J.K. Rowling o Carmen Mola. De esa forma, tienes delante de tu cara algo como *Contra el futuro* y no lo ves ni lo verás nunca. La sobreexposición y las compañías matan todo tipo de reflexión necesaria y, en el presente caso, perentoria, a vida o muerte.

Marta Peirano lo que viene a decir en *Contra el futuro*, además de las herramientas conceptuales que nos proporciona, es que no seamos tan animales de aprender tan solo por las malas, esta vez no por favor, esta vez es la decisiva. Decía Edgar Morin que haría falta un Evangelio de la Perdición, no de la Salvación, bajo la divisa de que ya que estamos todos por igual perdidos, seamos por igual hermanos. A Peirano se le ocurren mejores ideas que esta tan lastimera, tan redentorista del tres al cuarto, pero son ideas igual de sociales y fraternas. Hoy en España tenemos 30 incendios activos, nada suaves y todavía incontrolados, que han acabado con 14.000 hectáreas de bosque -se habla de bosques en *Contra el futuro...*-, la ola de calor ha matado a más de 300 personas, y es la primera vez en la historia (¡en la historia de Europa!: escúchese bien) que las Islas Británicas aprietan el botón de emergencia por exceso de temperatura. Yo casi hasta me alegro -he dicho "casi", pero aun así me disculpo por la barbaridad que viene a continuación-, porque bastante difícil es que aprendamos por las buenas como para que lo hagamos sin unos pequeños sustos primero. Nos hacen falta sustos, pequeños y grandes. Va uno, de tamaño tirando a pequeño: este verano caluroso que usted y yo estamos viviendo será el más fresco de nuestras vidas, de eso puede estar seguro y así lo avisa también Peirano en este excepcional libro. Ahora pongámonos a pensar en nuestros hijos y nietos, que idealizarán nuestras vidas como las más afortunadas de la historia humana universal. Decía, en maravillosa frase, Tzvetan Todorov, que "nuestras raíces son los hijos. Somos árboles al revés, que arraigan por sus frutos". No nos preocupemos mucho por ahora por los hijos de Bezos, Musk o Zuckerberg, que esos seguro que van a vivir como el Gran Gatsby...

Bruno Latour, que estás en los cyborgs...

*¡Las nuestras (máquinas) están inquietantemente vivas;
nosotros, atterradoramente inertes!*

Donna Haraway, *Manifiesto Cyborg*

Hasta donde yo sé, los tres autores que pueden ser considerados filósofos notorios e incuestionables y que a la vez se han preocupado de los efectos de los cambios tecnológicos en nuestro tiempo son Peter Sloterdijk, en el ala derecha, Donna Haraway, en el ala izquierda, y Bruno Latour, que ha cursado baja el día de ayer. De los tres, el más valioso me parecía a mí este último, puesto que su trabajo ha dado lugar a conceptos igual de técnicos que los de Sloterdijk o Haraway pero sin la fantaciencia que a mi juicio caracteriza mayormente a estos dos. No obstante, existía una cierta ingenuidad en Latour que trató de corregir en su último libro, *¿Dónde aterrizar? Cómo orientarse en política*. Esa ingenuidad tenía que ver, si yo no me equivoco, con pensar la integración entre agentes humanos, artefactos, discursos y protocolos de acción (la célebre Teoría del Actante-Red, en definitiva) en unos términos semejantes a los que Latour había empleado en sus investigaciones sociológicas primerizas de la vida en los laboratorios, en colaboración con Steve Woolgar. No es lo mismo, desde luego, tratar de epistemología al final de los años setenta, cuando nuestro mayor problema fueron las crisis -de precio- del petróleo, que en la actualidad, cuando podemos saltar por los aires por un holocausto nuclear (porque esto es como un arbolito de Navidad: una vez que se enciendes una lucetita lo hacen todas las demás, animando la noche gélida y abismática...) o degenerar lentamente a causa de la agonía climática. Es por ello, creo, que Latour publicó en 2018, justo antes de la pandemia, *¿Dónde aterrizar?*, un libro lúcido pero tal vez demasiado bien escrito y prolijo para ser efectivamente útil (un vicio muy propio de la filosofía francesa del que Latour se veía más o menos libre hasta ese momento).

En lo que, en cambio, Latour no era nada ingenuo era en la cuestión de la verdadera naturaleza de la práctica científica. En semejante campo los ingenuos son siempre los otros, ingenuos y un poco tramposos también -pero eso lo digo yo, no Latour. Cualquier trabajador de la ciencia, y cuánto más bajo en el escalafón se encuentre con mayor claridad lo ve, es perfectamente consciente de los apañes y manejos en los que consiste la actividad científica misma en su tarea cotidiana, nos guste o no (como, por poner dos ejemplos insuperables, cuando nada menos que todo un Newton se sacó de la manga o de la alquimia la acción a distancia o un Einstein se empeñó en el universo estacionario y las constantes cosmológicas), y, sin embargo, ante el gran público gustan de aparentar que los resultados que nos ofrecen han sido obtenidos mediante la limpia e impersonal aplicación del método científico -pero en tal caso uno se podría preguntar que de cuál de ellos se trata... Latour y Woolgar dedicaron su tiempo en los setenta y ochenta a una pesquisa sobre el terreno de la consistencia de esa falacia, a fin de poner de manifiesto simplemente la realidad, como cuando un niño descubre que sus padres también se equivocan, también se doblegan ante sus necesidades fisiológicas y también fueron niños alguna vez. A partir de ahí, Latour salió propulsado a la exploración de las relaciones entre el instrumental y los humanos, la mente y la máquina, el discurso y su praxis. Descubrió que ya no éramos modernos, precisamente porque la red de factores que hacen posible un acto cualquiera de conocimiento es sumamente

más compleja de lo que imaginaron los teóricos de la modernidad, y porque aquello a lo que da lugar es bastante menos elemental que la Verdad. Y, así, del constructivismo pasó al pluralismo, a un pluralismo ontológico sofisticado, consiguiendo evitar con esas maniobras las consecuencias más nefastas y delicuescentes del foucaultismo, que aún hace estragos entre nosotros.

Recuerdo que en mitad de la cuarentena dura circulaba un video como de media hora de Latour, casi en bata y metido en su casa como todos, proponiendo su diagnóstico particular de la situación. Estaba muy bien, dentro de la improvisación general de aquellos días. No acertaba en nada, me parece, pero nadie acierta nunca acerca del futuro a no ser que sea él quien lo determine, que es el exacto privilegio de los poderosos (a tu jefe le da por adivinar en la forma de las nubes o en las tripas de una cabra que mañana estarás en la calle y puedes estar seguro de que no fallará...). En un mundo en que, según se nos dice, la variedad de tecnofósiles que pueden ser hallados en la corteza terrestre es ya más abundante que la propia diversidad de los seres vivos (teniendo en cuenta además que el número de especies de éstos va en franco y serio retroceso), nada es como solía ser, y todos nuestros marcos teóricos precisan de una puesta a punto urgente. Haraway habla del presente no como “antropoceno”, sino como “chthuluceno”, y yo creo que se refiere, entre otras cosas -su escritura me resulta un tanto confusa, y no debo ser el único- al hecho que todo va a adquirir un aspecto un poco monstruoso también en el sentido de la mezcolanza por venir entre vida humana, animal y maquinal, que ella considera altamente positiva, pero que es en cualquier caso inédita (si acaso vislumbrada en el ¿Sueñan los robots con ovejas eléctricas? de Philip K. Dick, ya se sabe, el embrión de *Blade Runner*). Latour, en fin, fue esa clase de pensadores todoterreno que necesitamos ya, que necesitábamos más que comer ayer mismo por la tarde, y por eso le deseamos desde aquí que los estratos de tecnofósiles le sean leves...

Por una religión de la tierra...

Ante el auge de la técnica y con la Madre Naturaleza reducida otrora a materia prima y ahora a víctima propiciatoria, existen almas místicas que no se conforman con el diagnóstico de Weber y piden el retorno a un cierto sentimiento mágico de la vida. Pero lo cierto es que el mundo no se deja reencantar así como así. Más que mágico, el mundo parece ser completamente indiferente al infortunio o a la ventura de los hombres. Y, por eso precisamente, es sagrado. Porque nuestros halagos o injurias nunca lo afectan en su núcleo, que se diría intocable desde el punto de vista de su autonomía. La mejor sentencia de Nietzsche, en mi opinión, fue aquella que rezaba: *Hay que despedirse de la vida como Ulises hizo con Nausicaa: bendiciéndola más bien que enamorado* (en *Más allá del bien y del mal*, me parece recordar). Porque, efectivamente... ¿quién se enamoraría incondicionalmente de la vida, que regala tanto cuanto arrebatada con un gesto desdenoso y soberano? Ni siquiera el superhombre, que con todo su gesto heroico y aristocrático a todo lo más que alcanza es a transfigurarla en arte y si acaso a bendecirla en un acto de aquiescencia más intelectual que emocional -lo cual, desde luego, es un eco de Spinoza: llama la atención el escaso reconocimiento que el mostachudo hace de la deuda que ha contraído con el gran judío, mucho mayor de la que explícitamente confiesa. Y si, todavía, el superhombre afirma intelectualmente el ser (=el Anillo del Devenir) es porque sabe que su punto de vista existencial es demasiado corto para juzgar la totalidad, de manera que presume -intelectualmente, repito- que debe existir una perspectiva superior desde la cual todo sucede por mor de un juego eterno que no tiene entre sus factores relevantes la felicidad humana (pongamos por caso la “risa inextinguible” frente a la matanza de héroes en Troya que sacude el cuerpo de los dioses homéricos). Morimos, pero jamás el mundo se para ni un punto por ello, ni siquiera en la más ínfima de sus partes (fue un patinazo del primer Heidegger pensar que nuestra muerte ocurre siquiera como tal, como “muerte propia” de un ser humano concreto: lo que “acontece” más bien es una transformación natural más, en concreto una deshumanización, por así llamarlo).

Ésta es, o debería ser, creo yo, la base fundamental de toda religión del futuro: la constatación de la supremacía absoluta e irrestricta del mundo frente a los deseos del individuo. Así sí que se reencanta en cierta manera el mundo, sencillamente porque es invencible, no porque sea maravilloso. El dulce Spinoza deleitándose en la espantosa contemplación de una araña devorando una mosca... ahí está el comienzo de un acto religioso, pero sólo el comienzo. Porque luego tendríamos que hablar de cómo poner del mejor modo posible a nuestro favor esa majestuosa y tremenda indiferencia natural, haciéndola diferente o *diferenciada para el hombre*, y esto es el resto de la religión, de una religión, por supuesto, de *este* mundo y que tenga a su vez por objeto *este* mundo. La noticia más impactante de la actualidad, la única noticia crucial hoy, en realidad, es que estamos haciéndolo al revés, estamos poniendo a la naturaleza en nuestra contra, *diferenciándola* intencionadamente para nuestro daño. No hay palabras -¿sacrilegio? ¿locura? ¿pulsión tanática? ¿pura estupidez?- para nombrar un acto tan brutalmente suicida. De hecho, lo más “maravilloso”, lo más “mágico”, a la par que lo más terrible y peligroso de este mundo para el hombre ha sido siempre esa diminuta parte de la naturaleza que son el resto de los hombres, cosa que también, no por casualidad, puso de relieve Spinoza: *homo homini Deus* -el hombre puede ser como el mismo Dios para otro hombre, tanto para lo bueno como para lo malo. Sin embargo, son individuos concretos también los que impiden una religión de la tierra, un “sentido de la

tierra” como pedía Nietzsche. Tanto los muy poderosos, que se resisten a dejar de echar su envite en la partida por la riqueza y la influencia en los mismos términos y con las mismas reglas que han conocido siempre, como esa inmensa parte de la población mundial que hace como que no se ha enterado, que son demasiado romos incluso para ser juzgados como desapegados o necios. O, como lo versificaba Sylvia Plath en *Tres voces*:

*Estos son los hombres que me inquietan
¡tienen tantos celos de todo aquello que no sea plano!
Son dioses envidiosos
que permitirán que el mundo entero se aplane con ellos
Veo al padre hablar con el hijo.
Tanta pasividad debe ser sagrada.
“Déjanos crear un paraíso”, dicen
“Déjanos lavar y aplanar el relieve de estas almas”.*

Blanco

Tuve un sueño que no fue un sueño, citando a Lord Byron. Fue más bien una pesadilla metafísica, en la que yo mismo, el soñador, no estaba presente. Arrancaba en una gran ciudad moderna: no importa cual, todas son iguales. Los pandilleros de los bajos fondos atacaban a la gente por las calles, preferentemente a familias, sin violencia verbal y sin motivo aparente, silenciosos e impenetrables. Les mataban uno a uno, de modo aséptico, no recuerdo bien cómo. Luego retiraban los cadáveres, no quedaba ningún resto. Pero pronto dejaba de ser un problema de seguridad pública, porque ocurría también en los domicilios privados. Entraban individuos en las casas y acababan con sus moradores. Los habitantes, naturalmente, se resistían, y tengo la imagen vivida, pese al olvido inevitable del despertar sobresaltado posterior, de un padre con rizos y perilla que clavaba en la cocina de su hogar unas tijeras en el ojo de un invasor. De nada servía: acuden en grupo, y cuando caía alguno, otro le reemplazaba. Quizá mi subconsciente estuviese influido por la temática de los zombis, o de los ultracuerpos, o algo parecido, pese a que pocas veces -eso es lo extraño- me interesan esas películas. El caso es que la invasión se generalizaba. Los silenciosos atacantes cada vez parecían más serios, más formales, más trajeados y más expeditivos. Los medios tradicionales de defensa eran inútiles, porque se multiplicaban. La población normal trataba de escapar de las grandes urbes, pero aeropuertos, muelles y carreteras estaban cada vez más llenas de ellos. Salían de entre la masa de ocupados paseantes e iban a por ti. Como vestían de azafatas, ejecutivos o funcionarios eran imposibles de distinguir del resto y te sorprendían. Jamás dejaban cadáveres, limpiaban el lugar de sus crímenes. Recuerdo especialmente un fotograma onírico de gran angular, en que un muelle futurista contemplado desde un plano cenital retrataba la invasión de las fronteras consumada: cientos de ellos, todos de uniforme blanco, han ocupado, como hormiguitas bien organizadas, las salidas por mar...

Ya que no hay escapatoria, nuevas familias con nuevas caras se ponen en mi sueño a pensar: ¿Cómo funcionan estos neo-zombis atildados, inexpresivos, inmaculados, que hasta parecen mejores que nosotros? Si hallamos la fórmula de su conducta podremos pararlos, como en las películas. Pero todos los defectuosos y pasionales humanos terminan sucumbiendo, primero los más valientes, a continuación todos los demás, sin excepción, implacablemente. Ya digo que cada vez más tienden al blanco, el mundo es cada vez más blanco conforme es más suyo, es casi bonito tanto blanco entre el sol y el mar azules, parece una estampa de marineros americanos felices terminada la Segunda Guerra Mundial. Pero ellos no son felices ni infelices, son simplemente eficaces. De pronto, hay una penúltima familia superviviente que cree advertir el truco y establece tres reglas fundamentales:

- 1) Los invasores no son cuerpos, son mensajes.
- 2) Son mensajes que se imponen como reales, a la manera de anuncios de tabaco o de otras marcas en los que las víctimas son convertidas inmediatamente en consumidores y portadoras de la marca. La marca pasa a ser algo natural, no ha existido ningún otro mundo distinto antes.
- 3) Los mensajes son transmitidos por contacto, y aquel que no sea contagiado ha de ser eliminado en el acto, no es nada personal.

Yo tampoco lo entiendo muy bien, ni la familia de mi sueño, que está amenazada y piensa con mucho nerviosismo y con urgencia. Los invasores están en ese momento subiendo a aniquilarlos

en el último piso de un edificio muy alto y antes se deciden a escribir tales claves en una servilleta y arrojarlas al vacío, por si alguien pudiera leerlo y progresar a partir de ahí. El miedo hace que la caligrafía sea mala, mueren rápidamente y el papel es recogido en la calle por uno de ellos, que lo destruye. Los humanos que quedan están completamente en sus manos. No obstante, unos pocos que tratan de evadirse por un aeropuerto -absolutamente blanco- van guiados por un chico alto con aspecto de actor que tiene una idea brillante: cuando se encaminan a unas escaleras mecánicas y varios de ellos emergen de la muchedumbre para capturarlos, les habla y les convence de que lo que quiere es colaborar. Dice que él, que trabajaba aquí, conoce un modo más eficiente de conseguir lo que ellos pretenden, de cumplir su misión, cualquiera que sea, y que les va a enseñar. No responden, respetan su vida y le acompañan. ¿El secreto está, pues, en no resistir, en unirse a sus propósitos, en cooperar? Al fin y al cabo, ellos están reconfigurando el planeta de una manera más ordenada, más homogénea, más pacífica, más neutra, sin jerarquías, sin diferencias, sin imperfecciones. Quizá lo que menos les importe sea erradicar a la humanidad, en la que apenas reparan, y eso sólo sea un medio para alcanzar otro fin: la imposición de la blancura universal, de la Tabula Rasa, un equivalente visible de la Nada.

Pero los sueños sueños son...

La historia de la verdad, W. H. Auden, ¿1958?

*En aquellos tiempos en que ser era creer,
la Verdad era el summum de muchos creíbles,
más previa, más perpetua, que un león con alas de murciélago,
un perro con cola de pez o un pez con cabeza de águila,
en absoluto como los mortales, en tela de juicio por sus muertes.*

*La Verdad era su modelo mientras se afanaban en construir
un mundo de objetos perdurables en los que creer,
sin creer que la loza de barro y la leyenda,
el pórtico y la canción, eran veraces o embusteros:
la Verdad ya existía para ser cierta.*

*Esto ahora que, práctica como los platos de cartón,
la Verdad es convertible en kilovatios,
lo último por lo que nos regimos es un antimodelo,
alguna falsedad que cualquiera puede desmentir,
una nada en cuya existencia nadie tiene por qué creer.*

(Versión de Eduardo Iriarte, “Canción de cuna y otros poemas”)

Epílogo: chispita

*Wonder if you'll understand
It's just the touch of your hand
Behind a closed door
Only you, Yazoo*

surge en el rincón del rincón del más recóndito rincón del infinito, nunca la encontrarías si tuvieras que buscarla, y sin embargo chisporrotea ahí, nada ni nadie podría dejar de verla si hubiera ojos para ello, sería como el “¡anda, mira, mamá!” de un niño señalando algo en una verbena. pero no hay ojos, y la chispita se enciende porque no encenderse está tan extendido que tenía que suceder por pura sobreabundancia de alternativa, ocurre pero no ocurre a la vez, porque no le ocurre a nada ni a nadie, ni siquiera es un secreto, más bien una improvisación que no se sabe a sí misma como tal, primera y por ello única, una suerte de novedad incondicional que no obstante tenía que pasar, pero sin que importe el dónde y el cuándo, ella hace el dónde y el cuándo, nada ni nadie la estaba esperando. como no tiene destino, chisporrotea hacia su propio seno, se ahonda en sí misma/a sí misma en procreación interior, se recrea en su luz ignorante de sí misma y de todo lo demás, ese infinito desligado, inerte. no es protagonista de nada, ponerla en el foco impide intuir la aún borrosamente, está fuera de todo marco, detrás de todo detrás, pero está. se plurifica y disemina en farolillos chinos que hacen de la noche eterna noche en vez de nada, nochean el infinito por lejos que este se halle. diminuta, inapreciable, no se relaciona con totalidad alguna ni positiva ni negativamente, pero la hace posible como totalidad con tan sólo chispear, chispeando...

le brotan ballenas que son galaxias navegando majestuosamente su espacio, y en las ballenas, incontables lapas incrustadas, pequeños crustáceos semiluminiscentes y piojos que son constelaciones, grietas como manos de anciana y puntos negros como en rostro de adolescente. de fondo, crece el nuevo murmullo con el que la chispita se escribe a sí misma y que nada ni nadie lee, pero que no es un sinsentido, precisamente porque la chispa al chisporrotear lo chisporrotea gratuitamente, sin responder a pregunta o necesidad alguna, demasiado insignificante ella como para no desarrollar una intimidad significativa. dado que es la primera, y por tanto por el momento única, en ella todo se explica, si se explica, tras haber brillado, y la explicación no es más que un recién nacido brillo reflejo del aquel fresco y previo. continua todavía en el rincón del rincón del más recóndito rincón del infinito, nunca la encontrarías si tuvieras que buscarla, y sin embargo chisporrotea ahí, nada ni nadie podría dejar de verla si hubiera ojos para ello, sería como el “¡anda, mira, mamá!” de un niño pequeño señalando algo en una verbena de pueblo. pero no hay ojos... ¿o sí? Gott ist wahrhaftig nichts, und so er etwas ist / So ist er's nur im mir, wie er mich ihm erkiest:

*Dios es verdaderamente nada, y si es una cosa,
lo es exclusivamente en mí, cuando me escoge para Sí*

